

THEODORE BRUN  
FUEGO,  
HIERRO  
Y SANGRE



Lectulandia

Guerreros legendarios, dioses caprichosos y valkirias. Una novela épica en tiempos de los vikingos. Esta historia comienza en las tierras nórdicas de Escandinavia a comienzos del siglo VIII d. C. Hakan, hijo de Haldan, jura lealtad a su padre en fuego, en hierro y en sangre. Pero cuando una terrible tragedia cae sobre el hogar de Hakan, este se ve obligado a abandonar su mundo y buscar un nuevo rey al que servir con su espada. Solo y sin nombre, se embarca en un viaje para escapar de las ataduras de su pasado y cumplir su destino como un gran guerrero.

**Lectulandia**

Theodore Brun

# **Fuego, hierro y sangre**

ePub r1.0

Titivillus 20.02.2018

Título original: *A Mighty Dawn*  
Theodore Brun, 2018  
Traducción: Daniel Hernández Chambers

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---





## Prólogo

La carcajada ascendió por su garganta, alegre y salvaje.

A su alrededor, el rocío del atardecer se pulverizaba en gotas de plata mientras sus piernas agitaban los helechos.

Miró hacia atrás.

A lo lejos languidecía el más veloz de sus compañeros. Los había dejado a todos atrás, exhaustos. Ahora no eran más que pequeñas sombras corriendo entre los árboles.

Continuó hacia delante, con los muslos ardiendo por el esfuerzo. Se sentía vivo. A su lado corría su adorado perro de caza. El animal tenía solo un ojo; quizá la mitad de la visión de otros perros, pero el doble de corazón.

Hasta el momento la caza había sido escasa: un par de zorros y un ciervo era todo lo que tenían después de una larga jornada. Pero esto iba a convertirlo en un día que merecería ser recordado.

Por delante de él, la bestia huía a través de la maleza. Un venado magnífico, coronado con enormes astas de una docena de puntas.

El rey del bosque.

«Y un premio digno del hijo de un rey», pensó el joven, sin aliento. Los dioses sabían que hacía tiempo que no se celebraba un festín en la mesa de su padre. ¡Si consiguiera una buena línea de tiro! Lo único que necesitaba era una oportunidad.

De repente, ahí la tenía.

Se paró. Su perro se detuvo a su lado.

El viento había cesado, el aire estaba ahora quieto como si todo hubiera muerto. El venado, a menos de cincuenta pasos de distancia, resollaba contra el suelo presa del pánico. El príncipe se sorbió la nariz con satisfacción. Había supuesto que conseguiría su oportunidad. Con aquella cornamenta, el animal no iba a llegar muy lejos.

El único ojo del perro lo miraba fijamente, con lealtad, paciente como siempre. El príncipe le hizo un guiño como gesto de buena suerte.

Con sigilo, preparó una flecha y se deslizó un poco a la derecha para tener un mejor ángulo de disparo. El perro le imitó, cauto como un fantasma. Delante, el venado había encontrado unos arándanos y los estaba mordisqueando. La luz estaba

menguando. Aquel sería su último disparo del día. El último, y el mejor.

Calmó el ritmo de su corazón, estiró la cuerda del arco, inhaló y contuvo la respiración.

«Solo... uno... más...».

De pronto, la cabeza del animal se alzó. Durante un efímero instante, sus ojos atravesaron la penumbra. La punta de la flecha del príncipe osciló arriba y abajo. Y por un segundo se le heló la sangre.

El venado tenía ojos de hombre.

Sin duda había sido una ilusión. Pero antes de que pudiera mirar de nuevo, la bestia arremetió hacia él.

Dio un paso atrás. Solo un paso, pero lo bastante para perder la concentración. Podía disparar a un objetivo móvil, pero los venados deberían huir de sus perseguidores, no correr hacia ellos.

El perro gruñó mientras la mente de su amo flirteaba con la empuñadura de la espada. Pero no había tiempo. El venado avanzaba recto hacia él, y sus músculos se ondulaban bajo su piel.

Volvió a alzar la punta de la flecha, fijó su objetivo, percibió el poder de su arco. Un disparo.

De repente, el venado hizo un viraje brusco y cruzó su campo de visión. El príncipe echó un vistazo a su flanco, giró su arma concediéndole al animal algo de ventaja.

Y soltó la cuerda.

La flecha voló como un cometa. Pero en el último instante el venado giró a la izquierda. La punta rozó sus cuartos traseros, pero no se clavó y la flecha siguió su vuelo hasta perderse en la oscuridad. El animal lanzó un bramido de protesta y cargó. El arco parecía ahora terriblemente vacío. El joven retrocedió, con el pánico creciendo en su interior, pero trastabilló y se precipitó al suelo.

Un golpe sordo de hueso contra madera. Su cabeza explotó de dolor mientras se desplomaba contra el tronco, solo para ver que el animal agachaba su matojo de cuernos. Apenas tuvo tiempo de gemir antes de que la cornamenta le golpease. Gritó, con el dolor extendiéndose por todo su torso como una marea ardiente. Percibió el sabor de la sangre. El perro estaba ladrando.

«Haz algo», suplicó en su mente. Pero, por una vez, su fiel amigo le falló. El joven yacía estupefacto. Sangrando.

Muriendo.

El venado retrocedió con lentitud, como si considerase la posibilidad de arremeter de nuevo. Pero, por el momento, se mantuvo apartado. En lugar de atacar, estiró el cuello para contemplarlo de cerca, lanzando su cálido aliento contra la cara del príncipe.

Gruñó. Sentía su cuerpo en llamas. Y entonces vio otra vez aquellos ojos. El mismo terror de antes se apoderó de él, y mientras observaba a través de una neblina



causada por el dolor, le pareció que el animal se transformaba. Su poderoso lomo se contrajo, las patas adquirieron volumen y longitud. El pelaje se marchitó, volviéndose firme y suave. El hocico se desvaneció. Solo los ojos permanecieron igual.

Sin hacer el menor ruido, la criatura se echó hacia atrás. El perro dejó escapar un gáñido y se escabulló en la penumbra. El corazón del príncipe latía agitado. No podía creer lo que le mostraban sus ojos. Y, sin embargo, tenía que hacerlo. No había posibilidad de error.

El venado se había transformado en un hombre.

La figura estaba frente a él, su cuerpo desnudo manchado de suciedad, con un reguero de sangre cayendo de su hombro. En su mano aferraba un trozo de la cornamenta, cuyas puntas estaban ensangrentadas.

El príncipe sintió que sus entrañas se licuaban. Aquello no era real. No podía serlo. Era el material de las viejas canciones.

«El material de las pesadillas».

La figura se estremeció por un escalofrío y, entonces, lentamente, se inclinó hacia delante. El príncipe se puso rígido de horror al reconocerlo:

—¡Tú!

El destello de una sonrisa recorrió los labios blancos y fríos. Luego una mano se cerró en torno a su garganta. Tosió, y sintió que la sangre salpicaba sus labios. Aquello no era como se suponía que había de ser. Él era el hijo de un rey, heredero del reino. Pero el cambiaformas se limitó a gruñir y le clavó el cuerno en el estómago, hundiéndolo hasta el fondo.

Sintió que el hueso giraba. Percibió el hedor de sus propias entrañas. Trató de apartar al hombre, pero sus brazos no le respondieron.

Oyó voces, pisadas sobre la maleza. Intentó gritar, pero lo único que brotó de su garganta fue un quejido deformado.

—Silencio. —La voz sonó fría como el invierno. Una mano le tapó la boca. Su corazón golpeaba contra sus costillas como una mula. Los sonidos se hicieron más débiles. Sus párpados se cerraron.

Y entonces ya no oyó nada más.

PRIMERA PARTE

HIJO ELEGIDO

# 1

Cuatro meses antes, en la lejana tierra de los jutos, la alquería de Vendlagard era un torbellino de excitación. Eran los últimos y ajetreados días anteriores a la Fiesta de los Juramentos.

Los gansos aleteaban y las gallinas chillaban perseguidos por todo el corral por esclavos de barbillas peludas. Las mujeres, con los brazos sumergidos hasta las axilas en cubos rebosantes de espuma, limpiaban sus mejores galas: hermosos vestidos de lana cosida a mano, cintas de seda para el pelo o costosos chales con los que adornarse para las fiestas. Las espadas, pulidas como si fueran espejos por los criados de los guerreros, proyectaban destellos de luz que bailaban por todas partes. Todos querían lucir su mejor aspecto.

A los chicos y chicas se les encargó recoger flores y hiedra de los bosques, y brezo que crecía salvaje en el páramo que había al oeste. Los más pequeños chillaban de felicidad por el corral, esparciendo hojas a su paso.

No pasó mucho antes de que el salón de Vendlagard fuese un estallido de color, con sus columnas oscuras engalanadas con flores rojas y azules, blancas y amarillas, pero los rostros grabados en el hastial mantenían su aspecto de enfado, pese a los colores que jugaban cerca de sus orejas.

Llevaban esperando aquel día desde hacía mucho. En diecinueve años de servicio, Tolla había visto a muchos jóvenes frente a su señor realizando sus juramentos delante de sus familiares. Tan solo unos muchachos, todos ellos. Algunos aún vivían, muchos otros habían caído. Así eran las cosas. El Dios Supremo hacía su elección, y no había nada que nadie pudiera hacer al respecto.

Pero esa noche era especial. Esa noche era el turno de Hakan de realizar sus juramentos y comprometer su sangre y su hierro a su señor padre. Tolla sintió una punzada de orgullo. Después de todo, ¿acaso no amaba ella a Hakan como si fuera suyo? Quizás incluso más que eso.

Y ahora todos los miembros de la familia Vendling vendrían, y también muchos miembros de otras familias de jutos, para verle convertido en un hombre. La noticia había llegado a todos los rincones de Jutlandia. El hogar de lord Haldan rebosaría de felicidad. No quedaría un asiento libre.

«Y ya ha pasado el mediodía».

La idea le hizo sentirse de repente enferma. Faltaba muy poco para que llegasen los primeros invitados y todavía quedaba mucho por hacer.

¿Dónde estaba Inga? La joven prima de Hakan era voluble como una golondrina. Siempre la tenías encima cuando querías perderla de vista, y nunca podías encontrarla cuando había alguna tarea que hacer.

—¡Einna! —gritó a la escuálida doncella que transportaba a toda prisa un cubo de leche por el patio—. ¿Has visto a esa condenada de Inga?

—También a mí me gustaría ponerle las manos encima —repuso la chica, con las mejillas coloradas—. Me prometió que haría la mitad de mis tareas y no le he visto el pelo en toda la mañana.

El maestro de lanzas de lord Haldan pasó a su lado dando grandes zancadas.

—No habrás visto tú a Inga, ¿verdad, Garik?

—Mira en los establos. Apostaría mi mano a que se ha ido con Sorvind. Y que Hakan está con ella.

La mayoría de las veces aquella era una apuesta casi segura, pero Tolla acababa de pasar por los establos y el adorado semental de Inga estaba amarrado allí.

—Esa se cree que es demasiado importante para rebajarse a hacer el trabajo duro —dijo Einna, dejando el cubo de leche y apartándose el alborotado pelo de la cara.

—Solo necesita que la domestique el tipo adecuado. —Sonrió Garik, pasándose la lengua por un diente mellado—. Sea cual sea vuestra sangre, siempre ocurre igual con todas vosotras.

—Sigue tu camino, bruto lascivo —le espetó Tolla, dedicándole un gesto para que se largase—. Y ten cuidado con hablar así de un miembro de la familia de lord Haldan. Especialmente hoy.

Garik le guiñó un ojo.

—Todas tienen que aprenderlo tarde o temprano, querida —dijo con una carcajada, y se alejó con pasos airados.

«Tal vez —pensó Tolla—. Pero no Inga. Aún no».

¿Dónde demonios se había metido esa chica?

—Van a descubrirlo —se rio Inga, haciendo aún fingidos esfuerzos para repeler las insistentes manos de Hakan.

—¡Nunca! —Se rio también Hakan—. Ni siquiera encontrarían una aguja aunque se les clavase en el ojo. —La empujó contra el árbol. El aroma dulce y pegajoso del pino se mezclaba con el aire salado del mar. Esta vez ella cedió, y levantó la mirada hacia él. Hakan meneó la cabeza, maravillado ante aquellos ojos de cervatillo. En ellos veía tanto a una chica como a una diosa. Todo lo que siempre había querido.

—Necesitas una correa. —Sonrió ella, mordiéndose el labio—. Y Tolla, ella siempre lo vigila todo. Debemos tener cuidado.

—¡Bah! ¡Que el infierno se lleve a los cuidadosos! Ven aquí. —Hakan la rodeó

con un brazo y tiró de ella para atraerla. En su pelo notó el olor del mar. Sus labios se encontraron y se abrieron. El sabor de Inga era salado. Su lengua toqueteó los dientes de él, un juego que habían descubierto juntos ese mismo verano.

Habían descubierto muchos juegos.

—Los mejores besos son los de después de un baño —murmuró ella.

—Sí, y más que solo besos —gruñó Hakan, mientras tiraba ansioso de su pantalón.

—¡Aquí no! Ahora no. Podría venir alguien. —Inga lanzó una mirada inquieta por encima del hombro de Hakan hacia la casa.

—La otra noche no pareció importarte.

—Eso era diferente. —Sonrió al recordarlo—. Además, me están esperando. Probablemente Tolla ya estará deseando darme unos azotes.

—Solo un poco más —murmuró Hakan, con el rostro hundido en los rizos de ella.

—No puedo —insistió Inga, apartándolo de un empujón—. Hay mucho que hacer.

—Mierda de caballo.

—Bueno, no deberías quejarte, primo. Es todo por ti, ¿o no? —Se zafó y empezó a pavonearse de un lado a otro—. Esta noche debes convertirte en un hombre, Hakan —bramó, emulando la voz del padre de Hakan.

—Ya soy un hombre —repuso Hakan, molesto por la broma. ¿Acaso no lo había convertido ella en uno?

¿Solo hacía dos meses? Aquella mañana habían salido hacia el Skaw, la punta más septentrional de Jutlandia; parecía que hubiera transcurrido una vida entera desde ese día. Entonces eran dos personas diferentes, cabalgando hacia el norte. Hacia el lugar donde los mares chocan. Ese día eran primos, los compañeros más próximos durante la infancia. La de Inga era la primera cara que él podía recordar, la última que jamás olvidaría. Pero ese día, bajo la sombra de la hierba agitada por el viento, Hakan había probado su sabor por primera vez. Había sido capaz de mostrarle el amor que siempre había sentido por ella.

Cuando regresaron a Vendlagard, al antiguo hogar de sus padres, como habían hecho tantas otras veces antes, ambos lo sabían: el mundo ya nunca sería el mismo.

—No te enfades —dijo Inga, acariciándole la mejilla con la yema de los dedos—. Vamos. —Le cogió de la mano—. ¿Estás nervioso? —preguntó, mientras le introducía la túnica por encima de la cabellera húmeda.

—¿Nervioso?

—Por lo de esta noche —explicó, mientras peleaba con los broches que mantenían su ropa en posición.

—Puede. Un poco —dijo él, encogiéndose de hombros—. Todo el mundo me estará mirando. Pero no tiene sentido, ¿no te parece?

—¿Por qué?

—No hace falta una ceremonia para que jure lealtad a mi propio padre. O para que le sirva. No es como si tuviera otra opción.

—Puede. Pero un juramento marca la diferencia. Tu vida se enlaza con la suya de un modo más profundo. En la vida y en la muerte.

—¡Por los dioses, hablas como Garik!

—Bueno —se rio ella—, ¿es que no es cierto? —Entonces su rostro se nubló—. Ahora tendrás que luchar.

—Lucharía de todos modos —dijo Hakan, sonrojándose ante la mención de que nunca había formado parte del grupo que portaba los escudos.

—Sí, pero ahora estarás obligado por tu juramento. —Hakan percibió un destello de tristeza en los ojos color de avellana de Inga.

—Inga —le dijo, apretándole la mano—: sabes que nunca te dejaría sola.

Ella se obligó a esbozar una sonrisa valiente:

—Eso ha de decidirlo el Dios de la Lanza.

—Escucha, mi destino está unido tan fuertemente al tuyo como cualquier juramento puede unirme a mi padre.

—¿Lo prometes?

—¿No lo he hecho ya mil veces?

Inga fingió un puchero.

—Hazlo una vez más.

—Lo prometo.

Inga sonrió, y Hakan sintió que le faltaba el aire. La belleza de la muchacha era fresca como la primera mañana del mundo. De repente, ella lo atrajo hacia sí y lo besó.

—Vamos, te hago una carrera de vuelta.

—Perra. —Sonrió Hakan—. Sabes que ganarás.

—Siempre —repuso Inga con una mueca, y echó a correr por la ladera sin dejar de reír.

Salió tras ella, con una punzada de dolor cruzándole la pierna a cada zancada.

Cuando llegaron, casi sin aliento, el aire era rico en aromas que manaban de la cocina (cerdos girando en asadores, calderas rebosantes de burbujeantes sopas de pescado, salsas de ajo y pan recién horneado). Y, por supuesto, el olor a malta de la cerveza.

Cuando vieron a Tolla, esta estaba hablando con una mujer a la que ninguno pudo reconocer. Desde lejos, no daba la impresión de que su conversación fuese amistosa.

—Te lo he dicho ya —espetó la criada, y sus rasgos siempre cálidos parecían ahora decididamente fríos—. No queremos a los de tu clase aquí.

—Pero para una ocasión como esta —insistió la desconocida—, y para una familia tan noble. El señor de Vendlagard estará encantado de que le adivinen el

futuro. Esta noche más que ninguna otra noche.

—No pretendas conocer la mente de lord Haldan. ¡No quiere que le molesten los de tu clase!

La extraña tenía ojos punzantes y veloces. No podría haber visto más de treinta veranos, pese a que su piel era dura y morena por el sol.

—Que sea él quien me diga que me vaya y nadie más —repuso—. Así que será mejor que vayas a buscarlo.

Se apoyaba en un báculo, con aires de ser la dueña del lugar. Tolla tenía una tarea complicada entre manos.

Inga le dio a Tolla en el hombro.

—¿Me has echado de menos?

La mujer se giró hacia ella:

—¡Incordio de niña! Ya te diré yo si te he echado de menos. ¿Dónde has estado?

—Una chica necesita bañarse —respondió Inga.

—¿Ah, sí? Y mientras estás zambulléndote por ahí, los demás hacemos tus tareas, ¿no es eso?

—Lo siento. —Inga se esforzaba por parecer arrepentida, lo cual no era una de sus mejores habilidades.

La expresión tensa de la cara de Tolla mostraba a una mujer no dispuesta a pasar por alto la falta. Al percatarse de que su prima iba a recibir una reprimenda, Hakan decidió intervenir.

—¿Quién es? —preguntó, con un gesto de la cabeza hacia la desconocida.

—¡Una *spakona*! —Tolla escupió la palabra como si fuera una maldición. Hakan no entendía por qué Tolla se sentía tan irritada por una adivina. Había muchas de ellas por aquellas tierras.

—Mi nombre es Heitha —dijo la mujer, imperturbable a pesar de la hostilidad de Tolla—. Soy una *vala*.

—¿*Vala*? ¿*Spakona*? —exclamó Tolla—. Son lo mismo. Las sanguijuelas son sanguijuelas, me parece a mí.

—Oh, Tolla —dijo Inga—. No seas tan quejica. ¡Esto es perfecto! No podrías haber venido en mejor día.

—Eso he oído, hermana —asintió la *vala*—. Las gentes de Hildagard me hablaron de una fiesta aquí esta misma noche.

—¿Hildagard? ¡Vaya, has hecho un largo camino!

—No para estas viejas piernas. —Sonrió Heitha—. Me han llevado a muchos sitios durante estos años, y todavía me llevarán a muchos otros.

—¿Hiciste alguna predicción para las gentes de Hildagard?

—Desde luego que sí. Y fue una positiva. Un bebé en primavera, y una buena cosecha antes de que las hojas caigan. Y también algunas otras cosas sin importancia. Lo que vi les llenó de satisfacción.

—Y apuesto a que hay oro en tu bolsillo para probarlo —dijo Tolla.

—Así es, hermana. Debo decir que el señor de Hildagard me pareció un anfitrión muy generoso.

—Mi tío no te parecerá menos —prometió Inga.

—¡Calla, niña tonta! —le espetó Tolla—. Aquí no necesitamos adivinaciones.

—¿Qué mal puede hacer? —preguntó Hakan, divertido.

—Esta gente saca provecho de las maldiciones —dijo Tolla—. Roban la bolsa de un hombre y le ponen de camino al infierno.

—¡Tolla! —protestó Inga—. Es nuestra invitada.

—No lo es, todavía no.

—Parece que tienes una visión borrosa de los talentos de una *vala*. —Sonrió Heitha.

—¿Talentos? ¿Es así como lo llamas? Lidias con la oscuridad. Lo he visto. Tu tacto es la muerte.

—Vamos, hermana. Eso son mentiras. —Y, por primera vez, las mejillas de Heitha se ruborizaron un poco—. Una *vala* ve lo que será, eso es todo. No lidio con nada. Las nornas han tejido todos nuestros destinos. Yo solo digo hacia dónde puede ir el hilo que nos lleva.

La madre de Hakan había dicho lo mismo. A menudo cantaba canciones sobre las tres nornas, tres hermanas que moraban en las sombras entre las raíces del Árbol de los Mundos, girando y tejiendo el destino de los hombres. Cada hilo era tan irrompible como el hierro. Tan inalterable como el granito.

Tolla soltó un gruñido de indignación.

—Así es como debería ser. Pero no hay nadie que ame más el oro que una *vala*. Ni nadie que maldiga tanto para obtenerlo.

Heitha observaba a Tolla. En un principio su mirada parecía de curiosidad, pero luego se volvió más y más dura, como si la penetrase y viera su interior. Y, entonces, de manera inesperada, soltó una frágil carcajada:

—¡Ahora empiezo a entenderlo! Veo lo que está sembrado en tu cara. —Tolla cambió de posición, incómoda. La *vala* se rio a carcajada limpia—: ¡Cuánto del pasado está en las máscaras que nos ponemos!

—No te preocupes por mi pasado. —Durante un efímero instante, pareció que una sombra había cruzado el alma de Tolla.

—No es que a mí me importe. Pero quizás a otros...

—¿Me estás amenazando?

—¡Oh, Tolla! —intervino Inga—. Ya es suficiente. ¡Eres tan seria! Deja que se quede. Puede ser interesante. —Aplaudió—. Tal vez Heitha nos haya traído una gran bendición. —Miró a su alrededor para enfrentar a Hakan—: Primo, hoy es tu día. ¿Qué dices tú? ¿No sería divertido que nos leyeran el futuro?

Hakan no estaba seguro. Podría resultar divertido saber el curso que su vida debía tomar. Pero poseer ese conocimiento... para quedar atado por él. ¿Acaso quería él eso?



Antes de que pudiera responder, una voz familiar pronunció su nombre.

Todos se giraron para ver a su padre cruzando el patio hacia ellos.

Haldan Haldorsen, señor de Vendlagard, cabeza del linaje de Vendling y gobernante de los jutos del norte. Era más alto que su hijo y ancho de hombros como un oso, pero el resto de su cuerpo era delgado y duro como un cuchillo. La gente con frecuencia decía que Hakan era su padre nacido otra vez. Ciertamente compartían el mismo pelo negro desaliñado, la misma nariz afilada, la misma postura. Pero el rostro de Hakan todavía era joven, mientras que la barba de su padre era espesa como la brea, y veinte años de acero y batallas dejaban su marca en cualquier cara.

—Deberías estar preparándote, para que tengas tiempo de visitar a tu madre antes de que la fiesta dé comienzo.

—¿Hasta allí arriba? —La madre de Hakan ya no era más que huesos, convirtiéndose en polvo en un túmulo en la colina donde su padre la había enterrado ocho años antes.

—Limítate a hacerlo. Es lo que ella habría querido.

—Si tú lo dices. —A su padre parecía importarle mucho más lo que su madre quería ahora que estaba muerta.

—¿Quién es ella? —inquirió Haldan, con un gesto hacia Heitha.

Inga empezó a tirar excitada de su mano.

—Tío, tienes que ayudarnos. Esta es Heitha. Es una *vala*, y nos ofrece sus adivinaciones esta noche. Por favor, di que puede quedarse.

Haldan examinó a Heitha de arriba abajo.

—Lo único que quiere es vuestro oro, mi señor —dijo Tolla—. ¿Alguna vez habéis conocido a una *vala* que no fuera tan avariciosa como un enano cuando se trata de oro?

—Una mujer tiene que vivir, mi señor —repuso Heitha, y le dirigió una sonrisa a Haldan.

El señor Vendling la contempló:

—Una buena *vala* cuenta fielmente lo que ve. Una malvada, lo que piensa que alegrará a quien sea que le pague. ¿De qué tipo eres tú?

Heitha abrió las manos para mostrar las palmas.

—No puedo hablar por mí misma.

—¿No sientes curiosidad, tío? —preguntó Inga, excitada.

—He conocido a muchos que se han arrepentido de saber demasiado sobre el porvenir —respondió Haldan.

Hakan se encogió de hombros.

—Supongo que es bueno saber qué de bueno o de malo nos depara el destino.

Los labios de su padre esbozaron una sonrisa irónica:

—Entonces ¿quieres saberlo todo, hijo mío?

—La palabra de una *vala* ata, mi señor —suplicó Tolla—. No trae nada bueno.

Hakan se dio cuenta de que la *vala* le miraba con intensidad, y después hacía lo

mismo con Inga, sin que al parecer le preocupase el resultado de la conversación. Había algo desconcertante en aquellos ojos clarividentes.

—¡Entonces puede bendecir además de predecir! —gritó Inga—. Es simple. Dale oro para que cuente la verdad sobre lo que ve, y oro para que nos bendiga a cada uno de nosotros.

La *vala* sonrió.

—Hay mucho amor en esta joven. Algún día hará muy afortunado a un hombre. —Se giró a Hakan y, durante un instante cargado de inquietud, sus ojos punzantes parecieron conocer todos sus secretos—. Sí, y también le causará problemas.

—Puedes quedarte —dijo Haldan.

—Pero, mi señor... —empezó a decir Tolla.

—He dicho que se queda. —Inga cerró sus manos en gesto de triunfo. Tolla se enfadó, pero contuvo su lengua—. Tendrás tu oro —dijo Haldan a Heitha—. Solo asegúrate de que dices la verdad. Ahora cada uno a lo suyo. Los primeros invitados llegarán en poco tiempo. —Hakan iba a marcharse cuando su padre le indicó que se acercase—: ¿Estás preparado? —Cogió a su hijo por los hombros, clavándole los pulgares. Hakan asintió—. ¿Sabes los juramentos que harás?

—Sí, padre. —Hakan había sabido cada palabra del ritual desde hacía cinco veranos. O más. Todos los chicos lo sabían. Todos los chicos soñaban con el día en que tendrían que pronunciarlas, en fuego, en hierro, en sangre.

—El momento se acerca, Hakan. —Una sonrisa asomó en los labios de su padre—. Mi Hijo Elegido.

## 2

El sonido del tambor era insistente. Le convocaba.

El sol había caído ya hacía algún tiempo. Pero por encima de su cabeza la noche tenía vetas de luz de verano. Hakan permanecía en las sombras, a poca distancia del hogar de los Vendling, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, dándole la bienvenida. La luz se desparramaba hasta el patio y bañaba los rostros de los invitados que iban llegando con el resplandor de las chimeneas que ardían en el interior.

Llevaba un rato observando cómo llegaban. Familiares cercanos y lejanos; aquellos que habían jurado fidelidad a su padre con sus esposas e hijos; criados caseros con doncellas hermosas.

Los hombres se pavoneaban como ciervos, aunque la mayoría de ellos eran rufianes y borrachines. Pero esta noche presentaban sus mejores dagas, túnicas elegantes, mallas que centelleaban bajo mantos recién teñidos. Sus mujeres se deslizaban a su lado, cogidas de sus brazos, con las melenas cepilladas hasta brillar, sujetas con trenzas de todos los estilos, anudadas con cintas y flores. El aire se llenaba de sus comentarios y sus risas.

Hakan contemplaba la escena, mientras intentaba no pensar en el vacío que sentía en su estómago, o en que muy pronto los ojos de todo el mundo se posarían sobre él.

Oyó pisadas apresuradas hacia el cada vez más delgado torrente de gente. Era su amigo Leif, tarde como siempre, que se ajustaba todavía la hebilla de su cinturón.

Hakan silbó. Leif se detuvo y escrutó las sombras.

—¡Ah, eres tú! —gritó—. El hombre del momento. —Se hurgó la oreja de soplillo que tenía y sonrió—. ¿No llego tarde?

—Todavía no. ¿Algún consejo?

—Mantente erguido. No grites. —Leif se encogió de hombros—. Y si bebes demasiado, trata de no hacerte pis encima. Nunca queda bien delante de las chicas.

—Sabias palabras.

Su amigo soltó un bufido:

—Lo aprendí por experiencia propia, igual que el siguiente idiota.

—Bueno, ese soy yo.

—Exacto. —Leif le guiñó un ojo y se rascó la cicatriz con forma de estrella que

tenía encima del ojo. Había sido un chico salvaje. Desde muy pequeños habían peleado el uno contra el otro. Pero también había sido lo más parecido a un hermano que Hakan había tenido—. Será mejor que entremos. Buena suerte. —Le dio una palmada en el hombro.

La cicatriz había sido un regalo de Hakan. La venganza por haberle llamado lisiado después del accidente. Entonces solo tenía cinco inviernos, pero aun así le había acertado de pleno con una piedra. Al final no había merecido la pena, pues su madre le había dado la azotaina de su vida: Vas a ser un hombre, le había dicho, no un monstruo.

Decía eso a menudo.

Como fuera, Leif no había vuelto a llamarle lisiado. Al menos, no a la cara.

«Vas a ser un hombre...».

Hakan todavía se preguntaba qué quería decir con eso. Ahora nunca lo sabría. Los muertos sabían guardar sus secretos.

El último de los invitados cruzó el umbral; el tambor continuó tocando.

Hakan salió de las sombras.

Inga estaba en éxtasis, anticipando lo que había de suceder. No podía recordar una fiesta como aquella. Las mujeres estaban preciosas, con sus adornos relucientes y sus vestidos ceñidos con cinturones dorados, sus hermosas siluetas emitían susurros de la tela al moverse.

Los hombres parecían atractivos. Bueno, tanto como podían. Incluso Hadding, el viejo verde del marido de su tía Tuuri, no semejaba un sapo como otras veces.

Inga se preguntó si las demás mujeres estarían admirando a su vez su vestido carmesí. Tolla la había ayudado a recortar la tela de uno de los vestidos de su madre. Se había quedado junto con el pequeño baúl con cosas que componían el único enlace entre ella y sus padres. Cuando Tolla había dado los últimos toques al dobladillo e Inga se lo había probado, la criada se había quedado sin habla. Incluso se le había escapado una lágrima al decir que Inga tenía la sangre de su madre y era fresca como la primavera.

Inga no pudo evitar fijarse en que muchos hombres la miraban. Bajó los ojos con recato, como sabía que debía hacer. Pero, por dentro, su corazón cantaba. La última gran fiesta en Vendlagard había sido dos veranos atrás. Entonces ella contaba trece años, y pocos hombres se habían molestado en mirarla dos veces. Ahora percibía sus miradas casi desde cualquier rincón, hombres jóvenes y viejos que la miraban y disimulaban si ella alzaba sus ojos.

Decidió que aquello le gustaba. Probablemente Tolla diría que no debería gustarle, pero Tolla siempre se preocupaba por todo. Aquella vieja gansa consideraba más seguro sentarse entre una manada de lobos hambrientos que en un banco ocupado por hombres.

«Tolla no lo sabe todo», se rio Inga por lo bajo. En realidad había mucho que Tolla no sabía.

El tambor continuaba sonando. Si no paraba pronto, los volvería locos a todos. Pero, de repente, se produjo un silencio y todos los invitados se volvieron hacia la puerta.

Todos menos uno.

Una cara en el otro extremo de la estancia se mantuvo mirándola a ella. Tuvo que mirar hacia allí. La cara era de un hombre. Un hombre bastante joven, pero se dio cuenta enseguida de que era muy atractivo. La estaba mirando fijamente, con el descaro del dios Baldur. Lo cierto es que la examinaba de arriba abajo, como si estuviera valorando a un esclavo en el mercado. Y ahora, al ver que ella se había percatado, siguió sin apartar la mirada. Al contrario. Su mirada se transformó en una sonrisa. Cálida pero provocativa.

Inga frunció un poco el ceño. Odiaba que se burlasen de ella. Una cosa era que un hombre admirase su belleza, y otra que le hiciera sentir incómoda. Vio que él se reía con disimulo, y apartó bruscamente la mirada, enfadada al notar que se ruborizaba. Con el rabillo del ojo vio que eso hacía que el otro se riese aún más.

Bueno, no permitiría que aquel idiota insolente echase a perder la fiesta. Porque Hakan había entrado y su aspecto era espléndido.

Poco menos de dos metros de alto y recto como una lanza. El resplandor del fuego incidía en su túnica de cuero, que había sido encerada hasta sacarle lustre. En torno a sus hombros colgaba lo que ella le había regalado: un manto hecho con la piel de un lobo que él había matado. Su cojera no parecía tan pronunciada mientras caminaba entre sus familiares. Ella sabía que le debía estar doliendo, pero Hakan no permitía que nadie lo notase.

Inga apretó los labios, temiendo que se le escapase una sonrisa tonta, no quería parecer embobada. Hakan estaba ahora cerca de ella. Quería que la mirase. Que viera lo hermosa que estaba esta noche, para él. Pero los ojos de él estaban fijos en su padre, al fondo de la estancia. A Inga le molestó que pudiera ser tan frío. Pero justo cuando pasaba a su lado, notó que la comisura de sus labios se retorcía y supo que estaba conteniendo una sonrisa.

¡Claro que se había fijado en ella! ¡La amaba!

Hakan llegó a la plataforma donde estaba sentado su tío y se detuvo ante el señor de Vendlagard.

Inga dejó escapar un suspiro. Esta era la parte aburrida, su tío Haldan daba el primer trago del cántaro, por así decir. Se levantó y lanzó un discurso monótono sobre el honor y el deber y los lazos de sangre, o el vino del cuervo, como él los llamaba. Inga nunca había podido entender por qué a los hombres les gustaba referirse a ciertas cosas usando nombres absurdos. El mar era el camino de la ballena. Una batalla era el estruendo de las lanzas. Un guerrero era el que alimentaba a los cuervos, una imagen que a ella se le antojaba especialmente repugnante.

¿Acaso no había suficiente poesía en el mundo si se hablaba con claridad?

Después de Haldan, era el turno de Logmar. Blanco como un cadáver desde la cabeza a los pies, con una nariz nudosa como un palo viejo, Logmar era *godi* para el clan Vendling. Lo había sido desde que cualquiera podía recordar, pues era viejo como los gigantes, así que, por supuesto, los rezos y bendiciones fueron responsabilidad suya. Inga puso los ojos en blanco. Los jutos tenían muchos dioses, cierto, pero daba la impresión de que Logmar quería sacarle un favor a cada uno de ellos. Odín, el Dios Supremo, dios de la guerra y los reyes, por supuesto. Frey y Freya, los dioses gemelos de la prosperidad y la buena fortuna y la fertilidad; bien, aunque a Inga no le parecía que la fertilidad tuviera mucho que ver con hacer juramentos de lealtad a un señor guerrero. Thor, por la fuerza y el buen tiempo; Njord, por la fortuna en el mar; Loki, por la astucia; Tyr, por la destreza con las armas; Weyland, por espadas bien forjadas. Las oraciones del viejo *godi* sonaban como graznidos incesantes. Cuando empezó a pedirle a Heimdall que bendijera el cuerno de Hakan para que su sonido fuera largo y duradero, Inga quiso acuchillarse a sí misma por la frustración.

Por fin Logmar terminó y convocó a Hakan para que se aproximase. A Inga poco le faltó para que gritase de alivio.

—En el nombre de Odín, el Dios Supremo, ¿estás preparado para realizar tu juramento, por hierro, por fuego y por sangre? —preguntó el *godi*.

Hakan asintió:

—Estoy preparado.

Logmar sacó una daga, sujetó la muñeca de Hakan y tiró de él para acercarlo a un brasero. En el corazón del fuego, las brasas relucían en rojo y naranja.

Logmar alzó la daga para que todos la vieran.

—El hierro es el símbolo de tu fuerza. ¿Juras por el hierro que comprometes tu fuerza incondicionalmente al servicio de tu señor, Haldan, hijo de Haldor, jefe de los jutos del norte?

—Lo juro —dijo Hakan.

Logmar hundió la hoja de la daga en las brasas.

—El fuego es tu espíritu vital —zumbó su voz cascada—. ¿Juras por el fuego que tu vida está ahora sujeta a la voluntad de tu señor, Haldan, hijo de Haldor, azote de los godos, campeón de Vendling?

—Lo juro.

Inga gruñó. Como si fuera necesario que Hakan realizase aquel juramento a su propio padre. Se descubrió a sí misma detestando al *godi* y todo cuanto el viejo decía. Tal vez porque sabía lo que iba a pasar a continuación.

Logmar sacó del fuego la daga, cuya hoja resplandecía roja a causa del calor. Giró sus ojos gélidos hacia Hakan.

—La sangre es el sufrimiento y la muerte a través de la cual todos debemos pasar, ya sea para ascender a la mesa de Odín o para descender a las salas de Hel. ¿Juras por

la sangre que estás dispuesto a sufrir hasta la muerte en el servicio de tu señor, de su tierra, sus gentes y su buen nombre?

—Lo juro.

—Entonces que el hierro, el fuego y la sangre se unan en un único y solemne juramento del que sean testigos los dioses y los hombres.

El *godi* aferró la muñeca de Hakan, alzó bien alto la daga, y luego pasó su borde afilado por la palma de la mano.

Inga se estremeció ante el sonido que produjo el hierro al cortar la carne.

Todo el mundo contemplaba a Hakan. Si este hubiera gritado habría avergonzado a todos los Vendling. Pero su rostro era como piedra. Inga no percibió nada más que una ligera tensión en su mandíbula. Hakan cerró el puño y la sangre goteó sobre los polvorientos tablones de madera del suelo.

La ceremonia no había concluido aún. Hakan había jurado a su padre como su señor. Ahora lord Haldan tenía un juramento que realizar.

Un juramento de amor y confianza. Un juramento para proveer grano y oro. Un juramento de protección. Inga sintió pena en su interior mientras su tío hablaba. Había debido hacer el mismo juramento por el padre de ella, tantas lunas atrás. Su mirada se clavó con anhelo en el asiento al lado de su tío. Su padre debería estar sentado en aquel lugar vacío. A cambio, *Cólera*, la gran espada que le había pertenecido, estaba allí para honrar su memoria.

Un cambio lamentable: un padre por una espada. ¿Qué importaba que Haldan honrase a su hermano con tanta fidelidad? ¿De qué había servido su juramento de protección, después de todo?

Los juramentos no eran más que palabras. Y las palabras eran débiles como el aliento que las creaba.

Pero todo el mundo aplaudía, y los sombríos pensamientos de Inga quedaron ahogados por los aplausos.

—¡Bebed por nuestro nuevo guerrero! ¡Por Hakan! ¡Por mi hijo!

Ahora Hakan tenía la libertad de sonreír, y no tardó ni un segundo en buscar la cara de Inga. Ella se echó a reír cuando Hakan la encontró, y sus ojos brillantes disiparon toda la inquietud de su corazón. Debía recuperar la compostura. Aquella era una gran ocasión y estaba orgullosa de su primo. Por supuesto que lo estaba.

Le demostraría lo orgullosa que estaba.

«Más tarde...».

Pero ahora, debían disfrutar del banquete.

Fue un poco más tarde cuando Hakan decidió que no iba a orinarse encima. «Al menos, todavía no». Pero su cabeza daba vueltas. Mañana tendría el martillo del mismísimo Thor golpeando en su cabeza. Pero ¿qué podía hacer? Todos sus primos, todos sus familiares, todos los lacayos, todos querían brindar con él. Hombre con

hombre. Hermano con hermano. Y él bebía una y otra vez. Cuernos de aguamiel, jarras de cerveza, copa tras copa, ahogándole en bebida.

Para entonces, la fiesta ya estaba bien avanzada. Los rostros danzaban en una neblina de alientos y vapores y risas. Las esclavas iban de un lado a otro, sirviendo aún más comida o rellenando jarras. Guisos de pescado ahumado; camarones glaseados con miel, enormes lonchas de carne de cerdo, asadas y crujientes. Pasteles de cebada rellenos de queso y puerros, remolacha horneada y cordero hervido; empanadas de zarzamora dulce y pudín de frutas, cuajada y tartas de nueces. Hakan nunca había visto tanta comida.

Los invitados hacían cada vez más ruido, vociferando de un extremo de la mesa al otro, las conversaciones iban de las cosechas y los rebaños a las conquistas bélicas allende los mares o las amorosas bajo las mantas del lecho. Incluso su padre, que por lo general era más dado a levantar un escudo de plomo que a sonreír, estaba muy contento.

—¡Hadding! —gritó—. ¡Un brindis por el viejo Ottar!

El ogro que la tía Tuuri tenía por marido chocó su jarra contra el cuerno de Haldan:

—¡Por Ottar y su cerdo!

—¿Qué pasa con su cerdo? —balbuceó Hakan, esforzándose por enfocar bien al grandullón de Hadding.

—¿Qué? —bramó su padre—. No me digas que no has oído esa historia.

Hakan meneó la cabeza y enseguida se arrepintió de ello, cuando los pilares de roble que sostenían el techo se tambalearon de forma alarmante.

—¿Te acuerdas de Ottar? —gritó su padre—. Feroz como un oso, tonto como un buey. Siempre regresaba de una pelea empapado en sudor. Ataba a su esposa y la molía a palos hasta que las vigas temblaban. «Tormenta de truenos», lo llamaban cuando volvía a casa. —El rostro de Haldan se contrajo en una mueca de felicidad—. Bueno, atendía a su mujer mucho mejor de lo que cuidaba de su casa. El lugar estaba podrido. Un día vuelve a casa y los dos se ponen manos a la obra, y en el momento de trabajo más intenso, oyen un crujido y luego un chirrido, y antes de que pudieran darse cuenta de lo que ocurría ¡los dos cayeron por el emparrado y dieron de lleno con el culo sobre su cerdo favorito!

—¡Lo dejaron seco! —chilló Hadding, y los dos hombres estallaron en una risotada.

—La mejor carne que he probado nunca —bramó Haldan, y vació otro cuerno de vino dulce.

—Sí, y el pobre idiota no vivió otro año —dijo Hadding—. Dejó a su esposa sola. Hakan sintió un codazo en el costado.

—Y «ella» fue la mejor carne que he probado nunca —susurró Garik, entre sus dientes mellados. El instructor de Hakan era un tipo afortunado, en la batalla y fuera de ella. Le había enseñado a Hakan todo lo que sabía sobre el combate, desde que



este había sido lo bastante grande como para sostener un palo. Pero nunca se había molestado en tener esposa. En lugar de eso, se había granjeado una reputación de consolar a viudas solitarias cuyos maridos se habían convertido en polvo. Después de los saqueos de verano, la mayoría de las veces eso le mantenía suficientemente ocupado—. Creo que tendremos que verte este verano manchado de sangre —dijo, propinándole una sonora palmada en la espalda—. De una forma u otra. —Estiró el brazo para sujetar a una esclava que pasaba cerca y la obligó a sentarse en su regazo—. Adoras a nuestro joven héroe, ¿no es verdad?

La chica era una de las esclavas orondas que su padre había comprado la primavera anterior, vendidas desde las lejanas tierras de Gaudarika, más allá de los grandes ríos al otro lado del mar del Este. Tenía el pelo más negro que las mujeres del norte, una nariz ancha y achaparrada y labios gruesos.

—¡Más que a ti! —Rio, derramando un poco de cerveza sobre los calzones de Garik.

—¡Eh! —Garik se la quitó de encima—. ¡Zorra estúpida!

—Te lo tienes merecido. ¿Por qué no puedes ser un buen chico como él? —La chica se inclinó hacia delante y rellenó la jarra de Hakan hasta que la espuma se desbordó. Mientras lo hacía, se le acercó más y susurró en su oído—: No me importaría mostrarte cómo ser malo, ¿eh?

Hakan sintió que la lengua de la chica jugueteaba con su oreja y se apartó de ella. De repente, lo único que podía ver eran ojos oscuros, labios rollizos y unos pechos enormes. Lo cierto era que todo el salón parecía balancearse como un navío en medio de una tempestad. Apartó a la chica de un empujón, mientras murmuraba:

—En otro momento.

«Débil», pensó asqueado, esforzándose por levantarse del banco. Iba a vomitar. Y lo iba a hacer muy pronto.

Necesitaba aire. Necesitaba salir. Pero entonces vio algo que le golpeó como una flecha en el ojo.

Inga.

Estaba en el otro extremo de la estancia, cerca de la puerta que daba a la noche azul y cálida. A través de la nube de cerveza que tenía en su cabeza, le pareció un sueño carmesí, con su larga melena dorada peinada en una única trenza sobre un hombro, anudada con cintas color escarlata. Iba a saludarla, pero justo entonces Inga echó la cabeza hacia atrás y se rio, y en un abrir y cerrar de ojos su sueño se convirtió en pesadilla al ver con quién estaba su prima.

Ahora era mayor, claro. Un hombre, no ya un muchacho. Pero Hakan reconoció la sonrisa engreída, la vanidosa inclinación de su cabeza. Konur, hijo de Karsten, heredero de las tierras de los Karlung y azote de los recuerdos infantiles de Hakan. Recordaba las pullas de Konur, la abrumadora humillación de las risas de los otros niños, su impotencia frente a él. Había intentado luchar contra él, pero solo había conseguido un ojo morado y otra severa reprimenda de parte de su madre.

Esta vez sería diferente.

Mientras arrastraba los pies hacia ellos, Konur se inclinó sobre Inga y le susurró algo al oído. Ella sonrió y Hakan vio cómo la mano de Konur le tocaba el codo y la guiaba hacia la puerta. Un momento después habían salido y la noche se los había tragado, y algún otro patán borracho le bloqueaba el camino intentando hacer un brindis con él.

—¡Que Fenrir te lleve, idiota! —El invitado pareció herido por aquellas palabras, pero a Hakan no le importó—. Quítate de en medio —gruñó, tambaleándose hacia la brillante noche veraniega.

Inga había estado disfrutando de una noche maravillosa. El espectáculo y el sonido de una fiesta siempre llenaba su pecho de una cálida sensación. ¡Qué placer ver que su duro trabajo era correspondido con los rostros felices y las estridentes carcajadas de sus familiares!

Bueno, al menos parte del trabajo había sido cosa suya. No tanto como Tolla había deseado, pero Tolla siempre esperaba demasiado. En especial, de Inga. Después de todo, ¿no estaba ella bajo la tutela del señor de Vendlagard? ¿Por qué debería hacer las mismas tareas que una esclava cualquiera?

Fuera como fuera, la cuestión era que todo estaba siendo un éxito. Hakan había sido honrado y los invitados estaban alborotados. Se habían cantado canciones; los hombres bebían; las mujeres rebosaban de historias que contar; y todo el mundo había sido muy cortés con ella.

En particular, los hombres. Hacia donde quiera que se girase, allí había otro deseando hablar con ella. ¡Qué diferente a la última fiesta, cuando la habían tratado como poco más que un incordio! Ahora hacendados y condes y grandes guerreros competían por hacerla reír. Como si «ella» fuera alguien a quien debían impresionar.

Sí, había sido una noche espléndida.

Y un hombre en especial había querido divertirla. El que antes había estado riéndose mientras la miraba. Al principio, cuando se había acercado para hablar con ella, Inga había tratado de quitárselo de encima, pero él parecía muy decidido y se mostró encantador. Juró que se habían conocido antes. Cuando ella le aseguró que debía estar equivocado, había insistido:

—Hace doce años. En este mismo salón.

—Entonces yo tendría tres años.

—Es verdad, eras muy pequeña. No parabas de suplicarme que te dejase escalar por encima de mí.

—¿Y me dejaste?

—Apenas tenía alternativa. —Rio él—. Puede que haya llegado el momento de que me devuelvas el favor.

Inga tardó un momento en comprenderle, y cuando lo hizo notó que se sonrojaba.

—Este salón está lleno de hombres que han jurado proteger el honor de mi tío y de su familia. Eso me incluye a mí.

—¡Ja! No tengáis miedo, lady Inga. No es vuestro honor lo que me interesa.

Le había dirigido una mirada que a ella se le antojó molesta. De repente había recordado a Hakan, y miró hacia la mesa donde él estaba sentado. Para su sorpresa, Hakan parecía sumergido en las ondulantes curvas de Kella, una de las esclavas de su tío. Aquella chica era una puerca, todo el mundo lo sabía, pero no daba la impresión de que a Hakan le molestasen sus atenciones en absoluto.

Inga apartó la mirada, enfadada.

—Había un aljibe, lo recuerdo —prosiguió su admirador—. Al final, me incordiabas tanto que te arrojé dentro.

—¡Conque fuiste tú! —Inga echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Recordaba el espasmo del agua fría, y sus propios gritos para que alguien la sacara de allí—. Entonces debes ser Konur.

Él asintió.

—Espero que ya me hayas perdonado.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De que merezcas ser perdonado, supongo. —Los dos se miraron el uno al otro. Konur tenía ojos color gris pálido, bonitos como los de una chica, y pómulos altos y marcados. Inga no podía negar que era atractivo—. Hablar de agua me ha dado sed —dijo para romper el momento. Pero cuando él se ofreció a acompañarla al aljibe, ella aceptó. No sabía por qué.

En el exterior el cielo era de un rico color púrpura. Vetas de luz veraniega quebraban la oscuridad, a pesar de que hacía rato que había pasado la medianoche. Inga adoraba el mundo en verano. El modo en que palpitaba con una especie de lujuria por vivir, desde el gran sol en el cielo hasta el más minúsculo escarabajo bajo tierra. Como si no hubiera tiempo para dormir. Como si hubiera demasiada vida para vivir.

El aljibe estaba allí, tal y como había estado doce años antes. Guio a Konur por el patio y tomó el cazo que colgaba de un trozo de bramante. Le ofreció un trago, pero él negó con la cabeza.

—¿Estás loca? ¡Un hombre no puede saciar su sed con agua! ¿Qué diría la gente?

—Idiota. —Sonrió ella, llevándose el cazo a los labios. El agua resultó balsámica tras el calor de la fiesta.

Lanzó de nuevo el cazo al agua, y cuando se giró, Konur se le había acercado y, sin previo aviso, su mano se deslizó por su cintura.

—¿Qué estás haciendo? —dijo con la voz entrecortada.

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —murmuró con voz áspera, tirando de ella hacia él—. He visto cómo me miras. También yo te deseo.

—¿Desearte? —tartamudeó Inga mientras trataba de zafarse de sus manos—. No,

estás muy equivocado.

—Tócame aquí. —Konur le sujetó la mano y tiró de ella hacia abajo. Sus dedos rozaron algo duro—. No hay ningún error. Te deseo.

Inga retrocedió, asqueada, pero él la apretó con más fuerza contra él y su boca buscó la de ella. Inga ladeó la cabeza, desesperada por apartarse, pero a él no pareció importarle.

—Para, por favor. Déjame ir. —Lo empujó con fuerza, pero fue inútil—. ¡Déjame!

De improviso, Konur giró sobre sí mismo y antes de que Inga supiera lo que estaba ocurriendo, un puño se estrelló contra el rostro del muchacho. Se oyó un crujido nauseabundo y Konur se fue hacia atrás hasta darse con el aljibe.

El tonel se inclinó primero hacia atrás y luego hacia delante, derramando agua sobre Konur y su atacante.

Konur estaba gimiendo y trataba de proteger su nariz ensangrentada. Inga se apartó, contenta por verse libre. El atacante arremetió contra Konur y los dos empezaron a revolcarse por el suelo.

—¡Bastardo! ¡Bastardo!

—¡Hakan! —gritó Inga al reconocer la voz de su primo. Pero él no la escuchaba, ni a ella ni a nadie más. Los dos rodaban el uno sobre el otro, intentando sujetar al otro, y, pese a la penumbra, Inga pudo distinguir la ira en la cara de Hakan.

Nunca le había visto así. Jamás había visto aquella furia ciega ardiendo en sus ojos. La asustó.

Konur se había recuperado lo bastante como para contraatacar, y ambos se concentraron en un aluvión de puños, dedos, nudillos y rodillas, golpeándose como verracos. Konur rodeó con su brazo la garganta de Hakan y le obligó a girar la cabeza. Entonces Hakan le agarró la entrepierna y tiró con fuerza. Konur chilló y cayó hacia atrás, lanzando un puñetazo afortunado que acertó a Hakan en la mandíbula. Hakan escupió un salivazo de sangre y giró por el suelo, gimiendo.

—Eres hombre muerto —gritó Konur, saltando sobre Hakan y golpeándole una y otra vez en la cara.

—¡Para! —chilló Inga—. ¡Los dos! ¡Parad!

Pero no había forma de que le hicieran caso. Nada pudo hacer que Konur se detuviera hasta que Hakan le estrelló su mano abierta en la cara. Konur soltó un quejido y un chorro de sangre brotó de su nariz, mientras que los labios de Hakan espumeaban babas color escarlata.

Inga supo que tenía que hacer algo. Aquello no era una pelea entre borrachos. Uno de los dos cometería un asesinato más pronto que tarde. Corrió de vuelta al salón.

—¡Se van a matar! ¡Tío Haldan! ¡Tienes que venir enseguida!

Esperó lo bastante para ver que su tío se giraba para comprobar a qué se debía la conmoción y se levantaba de su asiento. Entonces corrió de nuevo afuera.

Los dos formaban una maraña de extremidades y barro y sangre y maldiciones, sin que ninguno fuera capaz de obtener ventaja sobre el otro. Inga oyó voces a su espalda: por fin la gente acudía. El primero se limitó a quedarse boquiabierto. Otros formaron un círculo en torno a la pelea, riéndose y abucheando. Y, por último y por fortuna, llegó su tío.

Ni siquiera cambió el ritmo de sus zancadas. Simplemente caminó hasta ellos, cogió a Hakan por el cuello de su camisa y tiró de él. Inga se maravilló de lo fácil que su tío lo hizo parecer.

—¿Qué diablos estáis haciendo vosotros dos? —Haldan dejó caer a su hijo lejos de Konur, que se había incorporado sobre un hombro y se limpiaba el rostro ensangrentado con la manga.

—¿Por qué no le preguntas a tu hijo? Es un jodido animal.

Hakan estaba cogiendo grandes bocanadas de aire, con la cara aún negra de odio.

—¿Y bien? —exigió saber Haldan.

—¡Estaba atacando a Inga! —gritó su hijo.

—¡No estaba atacando a nadie! —protestó Konur—. El idiota de tu hijo estaba intentando matarme.

—Vigila tu lengua, muchacho —le advirtió Haldan—. Es imprudente que un invitado insulte a su anfitrión.

—Sí, y también que un anfitrión lo haga con su invitado —replicó Konur, levantándose del barro—. ¿Es esta la clase de hospitalidad que un hombre debe esperar bajo tu techo?

Inga estaba al lado de Hakan. El chico escupía fragmentos de dientes al suelo.

—Fue un malentendido —dijo.

—¿Qué tipo de malentendido? —quiso saber su tío, lanzándole una mirada tan feroz como las que había dedicado a los otros.

Inga no estaba segura de cómo responder. Konur se había lanzado sobre ella. Pero ¿la había «atacado»?

—Él... él estaba... forzándome.

Konur se mofó de sus palabras:

—¡Bah! Apenas le puse un dedo encima. Y lo siguiente que supe fue que tu lisiado me había roto la jodida nariz. —Arrugó la nariz y echó la cabeza hacia atrás.

—Le estaba haciendo daño. Ella estaba gritando. Padre, créeme. —No había forma de disimular el balbuceo de Hakan al hablar—. No hace más que despreciarnos.

—¡Vete al infierno, lisiado! Tu hijo es un demente, Haldan. Deberías mantenerlo atado.

—Te sugiero que ates esa lengua tuya antes de que tu pelea sea conmigo y no con mi hijo.

—No he tenido ninguna pelea con tu hijo.

—Habría deshonrado a Inga, padre. —Hakan estaba incorporándose. Inga fue a

ayudarle, pero él le apartó la mano—. Ella está bajo tu tutela. Has jurado protegerla.

—No necesito que me recuerdes lo que debo hacer. Inga, cuéntame qué ha ocurrido.

Inga siempre se sentía desconcertada cuando su tío le exigía que hablase, y ahora más que nunca. Abrió la boca, pero no sabía qué decir. Quizás hubiera sido culpa suya. Intentó pensar. ¿Qué había ocurrido? Solo un momento antes parecía una mujer segura de sí misma, y, sin embargo, ahora volvía a ser una chica traviesa otra vez. Pero antes de que pudiera contestar, otro hombre avanzó entre la multitud.

—Veo que tu hijo tiene la sangre caliente de su padre —dijo el hombre con una voz susurrante. Inga reconoció en él a un familiar lejano, del clan Karlung, aunque con la cantidad de invitados de esa noche no podía recordar su nombre. Pero sí recordaba su ojo sin vida. De niña siempre la había aterrorizado. Y todavía la ponía nerviosa.

—Solo ha sido una pelea entre chicos, Karsten.

Karsten, eso era. Lo cual lo convertía en el padre de Konur y conde de las tierras de los Karlung.

—Déjame adivinarlo: ¿el orgullo de los Vendling herido? —Karsten soltó una risotada—. Tu padre era igual. Hay muchos hombres muertos en el mar del Este, gracias a que tenía la piel muy fina.

—Su honor era algo muypreciado para él.

—Mucho más que las vidas de los hijos de otros hombres. O sus juramentos. O su lealtad.

—Fue a él a quien traicionaron.

Karsten refunfuñó:

—No es así como Diente de Guerra lo ve.

Inga estaba tratando de seguir la conversación. Diente de Guerra era Harald Diente de Guerra, eso lo sabía. El viejo rey de la Marca Danesa, una vez señor supremo de sus tierras. Pero también conocía la historia de su abuelo, Haldor el Negro, que había roto con el rey danés.

—No puedo evitar que el viejo verraco se cuente historias a sí mismo —replicó su tío—. Los hombres cambian la verdad a su gusto.

—Tal vez. Pero tampoco puedes permitir que tu hijo te haga perder a los pocos amigos que te quedan. Sea cual sea el motivo de sus quejas.

—La ofensa fue de tu hijo.

—La ofensa está ahí —siseó Karsten, señalando a Konur—. En su nariz ensangrentada. Un invitado, un familiar que ha venido en paz. Una ofensa y una provocación, diría yo.

—Una riña entre chicos. Nada más. —El tono de Haldan no daba pie a la discusión. Resultaba obvio para todos. Excepto, al parecer, para Karsten.

—Los chicos que son herederos de nuestras respectivas tierras. Compartimos sangre, tú y yo, por mucho que sea cinco generaciones atrás. Pero si nuestros linajes

han de enemistarse, que así sea. Descubrirás que la pérdida de la amistad de los Karlung te perjudicará. Y tengo amigos poderosos...

—No habrá enemistad. Sea lo que sea lo que había entre estos dos, ya está arreglado. Una nariz ensangrentada a cambio de una boca ensangrentada. Es el punto final de la pelea.

—Siempre y cuando sujetes bien la correa de tu hijo —dijo Karsten, y su ojo sin vida emitió un destello, pálido como la luna.

—Haz tú lo mismo —repuso Haldan—. Hay más de una forma de causar problemas. —Hizo un gesto hacia Inga y la chica se sintió de repente estúpida. Como una oveja boba que debiera ser malvendida.

De manera gradual, la expresión tensa del rostro de Karsten se suavizó hasta formar una sonrisa lánguida.

—Cierto. Muy bien.

—Venid, estrechad las manos y sellad la paz —dijo Haldan a los dos chicos. Hakan comenzó a protestar y su padre le gritó—: ¡Harás lo que te ordeno!

Inga los contempló, casi esperando que cada uno se lanzase sobre el otro en cualquier momento. Pero los dos aceptaron la mano del otro y se la estrecharon. No obstante, mientras lo hacía, la mirada de Hakan bullía de rabia, y en los ojos pálidos de Konur se distinguía un odio frío como el hielo. «No hay paz entre ellos. No era una simple riña».

Ambos se separaron.

Viendo que el momento álgido de la trifulca había pasado, la multitud empezó a dispersarse, distraída su atención por alguna otra cosa. Desde el interior llegaba un sonoro golpeteo: puños chocando contra mesas de roble y un murmullo que no cesaba de aumentar.

—¡Una predicción! ¡Una predicción!

Su tío ya había entrado junto a Karsten, rodeándole con el brazo como si compartiesen una broma. Su tío sabía cuándo luchar y cuándo hablar.

Inga se dio la vuelta. Hakan estaba mirándola fijamente. Podía distinguir en sus ojos lo mucho que había bebido, pero Hakan no dijo nada. Se limitó a quedarse donde estaba, mirándola. Luego, lentamente, se giró y escupió sangre al suelo.

—Hakan, yo...

Él la cortó sacudiendo la cabeza, y se apresuró a seguir a su padre.

—¡Una predicción! ¡Una predicción! —Los cánticos siguieron aumentando de volumen.

Inga se estremeció y notó la presión de las lágrimas en sus ojos. Konur estaba en pie, con una mueca lasciva en su cara. Tal vez esperase que ella le dirigiera también una, incluso después de lo que había hecho. Inga le dio la espalda. Estaba cabreada con él. Con todo el mundo. Sobre todo consigo misma. Pero no iba a llorar, se dijo, cerrando los puños y tragándose las lágrimas. De pronto tenía ganas de lanzar una maldición a todos los hombres, que te confunden, te exasperan, que te dan pena, que

son aterradores y maravillosos, todo a la vez.

—¡Una predicción! ¡Una predicción! —Las columnas de Vendlagard parecían temblar con los gritos.

La curiosidad pudo con ella y siguió a los demás al interior.

Hakan se sentía confuso, enfadado y completamente borracho. Nunca había sido capaz de tolerar bien la bebida. Lo de esta noche no hacía más que demostrarlo. Aun así, Konur se lo llevaba mereciendo desde hacía diez años, y fuera lo que fuera lo que había intentado con Inga no había hecho sino empeorar las cosas.

Le dolía la cabeza por el exceso de cerveza y de los golpes recibidos. Pero eso no le molestaba ni la mitad que el dolor que sentía en su corazón. Para empezar, ¿por qué estaba Inga allí fuera con aquel zalamero hijo de puta?

Volvió a su asiento frente a su padre justo cuando el cántico de cientos de voces alcanzaba su punto más alto:

—¡Una predicción! —aullaban—. ¡Una predicción!

Por fin, la *vala* consideró que ya les había hecho esperar lo suficiente. Se levantó y una ovación retumbó por todo el salón. La mujer sonrió, gesticulando para que los más alborotadores se sentasen, y su báculo de bronce resplandeció al incidir sobre él la luz del fuego.

—Una predicción tendréis —dijo en voz bien alta, inclinando su rostro en dirección a Haldan—. Si le place a nuestro señor Vendling. Y si el señor tiene oro —añadió.

Un abuceo de complicidad se extendió por los rostros alcoholizados.

El padre de Hakan se quitó un anillo del dedo y se lo lanzó a la mujer, que lo cogió en el aire con destreza.

—Hay oro para empezar. No digas ninguna falsedad solo para complacernos, hermana.

—Nunca —dijo ella, con una profunda reverencia; el anillo desapareció entre los insondables pliegues de su capa—. Las que cuentan mentiras para obtener oro se burlan del Verdadero. ¡Viejas roñosas, y estúpidas! Se maldicen a sí mismas. No temáis ningún engaño de mí, mi noble anfitrión. Lo que el Señor de los Ahorcados me muestre, eso os contaré.

Se acercó a la chimenea. Tanto que Hakan pensó que su manto se prendería fuego, pero el calor no pareció importar a la mujer. Su silueta se oscureció ante las llamas danzantes, su rostro se veló de sombras.

—El camino al Árbol del Mundo se alcanza con canciones *galdra*. ¿Pueden algunas hermanas alzarse y cantar al Dios de los Caídos? —Miró a su alrededor, con una sonrisa retorcida asomando a sus labios—. ¿Tal vez tú, hermana? —Su mirada recayó sobre Tolla.

La criada palideció. Con los labios cerrados firmemente, negó con la cabeza.



—Canta —dijo Haldan. Los ojos de Tolla se movieron hacia él, pero continuó inmóvil—. ¿Debo decírtelo dos veces?

Tolla se puso en pie con extrema lentitud.

—Gracias, mi dulce hermana —exclamó la *vala*—. Necesito otras tres.

Otra esclava se levantó. Después lo hizo una parienta lejana, venida de las costas del océano Occidental. Por último, Inga se puso en pie, morena y encantadora con su túnica carmesí. El corazón de Hakan se aceleró.

—Cantad, hermanas —gritó la *vala*—. Cantad a Odín, el Antiguo. Cantad para que me conceda la visión de cosas que permanecen todavía ocultas.

Tolla fue la primera en hacerlo, y las otras enseguida enlazaron sus voces a su dulce y sinuosa melodía:

*El Dios de Ojos Marrones cuelga de un árbol  
gritando que ve lo que fue y lo que será.*

La canción serpenteó en el aire, con las cuatro voces alzándose entre los zarcillos de humo hasta las vigas del techo.

*Cuando el fuego arde el Enmascarado llama  
todos los caídos se desplomarán a su alrededor.*

La *vala* comenzó a balancearse, con la cara ladeada, los ojos cerrados, el báculo oscilando hacia delante y hacia atrás, los dedos tamborileando sobre los huesos que colgaban de su cinturón. La canción llegó a su final y las mujeres permanecieron en pie, en silencio. Pero la *vala* continuó danzando, como si escuchase alguna otra música que los presentes no podían oír. Mientras sus párpados temblaban, comenzó a emitir un quejido gutural. Se irguió sobre las puntas de sus pies, balanceando los brazos cada vez más alto. De repente sus ojos se abrieron como platos, medio enloquecidos por el calor, buscando, escrutando por encima del asiento que ocupaba lord Haldan.

—El Altísimo habla. —Gimió—. El Altísimo ve. Esta tierra está bendecida con fortuna y riqueza, para esta generación y muchas otras. —Una ovación retumbó por el salón y algunos golpearon las mesas con gestos de aprobación. Pero de inmediato los demás les hicieron callar—. Los hijos e hijas de Jutlandia llevarán su sangre lejos, sobre las olas y los valles. Los jutos vivirán mucho tiempo en las canciones de los hombres.

Hakan observó los rostros sonrientes, sonrojados por el aguamiel, igual que debía de estar el suyo. Por los dioses, él podía hablar tan bien como aquella condenada *vala*. ¿Fortuna y riqueza? Era muy fácil prometer eso y conseguir el oro de su padre

por ello.

—De los vientres de vuestras hermanas vendrá fama y oro —continuó la mujer. Otra ovación. Pero entonces se detuvo, y una arruga surgió en su frente—. Y, sin embargo... —Sus ojos se abrieron aún más. Los presentes se inclinaron hacia delante, callados todos de golpe—. Esta tierra conoce el fuego y la muerte —murmuró—. Antes de que pase mucho tiempo, la sangre correrá por los surcos de esta tierra. Las lágrimas correrán como ríos.

Las caras de todos se ensombrecieron. Aquello no resultaba tan agradable.

—¡Y tú! ¡Señor del linaje Vendling! Ni hombre ni bestia te hará caer. —La cinta que la mujer lucía en su cabeza emitió un destello plateado al tiempo que sus ojos se volvían de repente feroces—. Y, no obstante, serás herido. ¡Una herida horrible! Tu corazón será atravesado por una espada que no puede ser detenida. Tus días serán largos y amargos. El Dios Supremo nunca te concederá descanso.

Los ojos de todos se giraron con rapidez hacia su señor, en espera de la explosión de rabia que muchos de ellos conocían demasiado bien. Pero Haldan permaneció sentado, escuchando, con la expresión de su rostro dura como el pedernal.

De pronto, la *vala* soltó un chillido que cortó el aire.

—¡Temblad, hombres; estremeceos, mujeres! ¡El Dios de los Caídos tronará aquí! La destrucción final sacude estos muros desde el fin de los tiempos. La leña que reducirá el Árbol del Mundo a cenizas se encuentra aquí: los lazos familiares son cortados; la belleza y el amor son sacrificados como cerdos. Debéis beber la copa de la pena hasta que no queden ni sus posos. —El cuerpo de la mujer estaba convulsionando; por fin sus piernas se doblaron y cayó de rodillas.

Las últimas palabras de su predicción se extinguieron y los presentes permanecieron quietos, anonadados. ¿Nadie iba a decir nada? Hakan se puso en pie, con la indignación bullendo en su cabeza.

—¿Eso es todo lo que dices? —Golpeó con fuerza su copa contra la mesa, haciéndola rebotar por los aires—. ¿Hablas de buena fortuna para nuestra gente, y luego maldices esta casa?

La cabeza de la *vala* se giró hacia él, con los ojos en llamas, y al punto Hakan deseó haberse quedado en su asiento. La mujer le lanzó una mirada feroz durante un momento, como si estuviera viendo algo que le resultase extraño incluso a ella.

—¿Quién habla? —dijo al fin, con su voz reducida a un susurro.

—Soy Hakan, hijo de Haldan. Hijo Elegido del señor de los jutos del norte. Lo sabes bien. —Rojo por el trasiego de cerveza y todavía enfurecido por la disputa con Konur, Hakan habló más alto de lo que había pretendido. De repente se sintió tonto.

En un primer momento, la *vala* no respondió. En lugar de eso, se colocó con parsimonia la capucha sobre la cabeza y le dedicó una reverencia. Una vez... dos veces... y una tercera. Con cada inclinación se tumbó en el suelo, apretando la frente contra el suelo y extendiendo sus brazos. Los familiares de Hakan la observaron boquiabiertos, sin comprender aquella extraña postración ni qué era lo que podía

presagiar.

Hakan contuvo su lengua, tan confuso como los demás.

La *vala* se puso en pie.

—Te saludo, Hijo Elegido. Me postro ante ti porque tu camino será de sufrimiento. Estás marcado para recorrer una senda que queda incluso más allá de la vista del Dios Supremo. Una mano más grande está sobre ti, con una magia más profunda, más allá de lo que puedo vaticinar. Soportarás mucho dolor, pero jamás te quebrarás. Caerás y te alzarás de nuevo.

—¡Ya basta, desgraciada! —El rugido de Haldan sonó como un trueno—. ¡Negra zorra del infierno! ¡Te damos oro y nos recompensas con maldiciones!

La *vala* estaba preparada para aquello y recibió el ataque verbal con una fría sonrisa, mientras su rostro quedaba semioculto por la danza de las sombras.

—Por oro, hablo, sí. Sin embargo, poco importa si Odín me hace decir lo que será o no. El destino de todos los hombres está grabado en el Árbol del Mundo. No puede deshacerse.

Lord Haldan la miró un buen rato antes de responder, con los ojos oscurecidos por nubes de tormenta:

—Ves el destino de otros con bastante claridad. Me pregunto si has visto el tuyo también.

Un destello de duda cruzó la cara de la mujer. Haldan hizo un gesto a un esclavo que se hallaba cerca.

—Trae una cuerda. —El criado titubeó mientras sus ojos iban de uno a otro—. ¡Ahora! —Y el hombre salió a la carrera.

El rostro de la *vala* adquirió el color de la ceniza.

—Señor, he dicho solo la verdad, como me pedisteis.

—Y por ello tienes tu oro. Pero decir la verdad da sus frutos. Tanto dulces como amargos.

—Pero ¡señor, esto no es justo!

—Con esta mano imparto justicia —replicó Haldan, mostrando su mano izquierda primero y luego la derecha—: y con esta protejo a mi gente. Verdad o no, tus predicciones son una enfermedad en esta tierra. Una enfermedad que pienso cortar de raíz.

La *vala* revolvió los profundos pliegues de su manto para sacar el oro de Haldan.

—Señor, quedaos vuestro oro. No es nada para mí. Por favor. Tomadlo.

—No, quédatelo. Lo has ganado justamente. Junto con esto. —El esclavo regresó con la cuerda. Haldan la cogió y comenzó a hacer un nudo—. Deberías estar satisfecha. Odín ha hablado esta noche. Mostraremos nuestra gratitud con un sacrificio en su honor.

El temor en el rostro de la *vala* se transformó en una mueca de desdén:

—No podéis cambiar lo que ha de ser.

—Tampoco tú. Cogedla.

Dos hombres que la flanqueaban se levantaron sin tardanza y la sujetaron. La mujer forcejeó en vano mientras la empujaban hasta el estrado.

Haldan lanzó la cuerda hacia las sombras que cubrían las vigas. Un momento después, el nudo cayó al suelo. Lo recogió y lo deslizó por la cabeza de la mujer, pese a las sacudidas que esta daba. La *vala* balbuceaba una retahíla de oraciones y súplicas y maldiciones. Pero Haldan no les prestó atención alguna.

Todas las miradas estaban fijadas en él mientras ajustaba con fuerza el nudo de la cuerda. El corazón de Hakan latía como las pezuñas de un caballo al galope.

—El Señor de los Ahorcados te aguarda.

La *vala* gritó.

La cuerda emitió un quejido y el grito de la mujer quedó interrumpido en seco.

No obstante, las palabras de la *vala* aún resonaban en la mente de Hakan. «Soportarás mucho dolor, pero nunca te quebrarás».

Por encima de él, los pies de ella, cubiertos de callos y negros de suciedad, emulaban la danza de la muerte de Odín.

«Caerás y te alzarás de nuevo».

A la mañana siguiente, soplabla una brisa desde el sudoeste. Hakan pensó que aquello era lo único bueno de aquel día, puesto que, en lugar de estar durmiendo la mona, estaba montado en su caballo.

Su padre le había despertado de una patada y le había dicho que se vistiera. Cuando se sacudió el sueño de encima y se presentó en la alcoba de Haldan, su padre dijo que lo iba a enviar a Vindhaven, el pequeño puerto mercante a media jornada de camino hacia el sur.

Oficialmente, debía informar sobre los suministros en la zona: cómo había ido el comercio durante el verano, qué reservas de la cosecha habían almacenado, el estado de sus rebaños, cómo se habían preparado para el próximo invierno, qué impuestos en pieles, ámbar y cosas por el estilo pretendían enviar al norte a Vendlagard.

Extraoficialmente, su padre le enviaba al sur para quitarlo de su vista.

—No quiero verte durante una semana —refunfuñó—. O dos, mejor.

Después de Vindhaven, Hakan debía dirigirse a Vestberg y luego desviarse al norte hasta Hallstorp antes de volver a casa. No era la primera vez que le había tocado soportar las consecuencias de la ira de su padre. Pero Hakan tenía que admitir que esa mañana Haldan había montado en cólera como raras veces lo hacía.

—¡Tú y tu maldito temperamento! —Hakan había puesto en peligro todo lo que él había estado construyendo durante quince años, le había recriminado. Hakan sabía que la enemistad con los Karlung no les interesaba, y su refriega con Konur le había dado al conde Karsten cierta influencia sobre su padre.

Pero también sospechaba que Haldan se había levantado con remordimientos propios. La noche anterior se había excedido con el asunto de la *vala*. Quizás hubiera sido la bebida. Eso y la certeza de Haldan de saber distinguir siempre lo correcto de lo equivocado. Pero Hakan sospechaba que esta vez su padre había actuado sin pensar. Eso era algo poco frecuente. Fuera cual fuera el resultado, los actos de su padre no recibirían la alabanza de nadie.

Así pues, Haldan estaba pagando su descontento con su hijo. Y allí estaba él, bajo un sol sofocante, sudando a través de unos calzones demasiado gruesos, con el estómago revolviéndose como un arenque en un anzuelo.

Faltaba poco para el mediodía. Ya se había detenido para echar una cabezada a la

sombra de una arboleda para evitar caerse dormido de su silla de montar y romperse el cuello. Había metido la cabeza en un arroyo algo más atrás. Había sido una bendición mientras el frescor había durado, pero no lo suficiente como para detener el martilleo en sus sienes ni la sensación de náuseas en su vientre.

Mareado y enfadado.

Estaba bien que su padre le regañase por su mal genio, pero no hacía falta una *vala* para saber cuál era su origen. Desde que podía recordar, Hakan había tenido que responder a las burlas de otros chicos. Lisiado, lo llamaban. Y lo era, gracias a su padre.

Apenas tenía cinco inviernos cuando Haldan lo llevó a dar un paseo por las costas del Cinturón de los Jutos. Allí le había ayudado a escalar a la cima de un peñasco, más alto de lo que jamás había subido. Hakan pensó que estaban jugando. Su padre permaneció abajo, con los brazos extendidos.

—¡Salta! —le dijo—. Salta y yo te cojo. Vamos, ¿no confías en mí?

Por supuesto que había confiado en él. Hakan se había tragado su terror y había saltado. Y en el último momento, su padre se hizo a un lado. Pretendía que su hijo cayera en la arena y diera una voltereta. Pero había una roca oculta bajo la arena. Hakan había aterrizado justo encima y se había roto el tobillo. Después de eso solo podía caminar cojeando, y apenas podía correr. Al menos no como los otros chicos, desde luego. Su madre había estallado de rabia:

—¿Qué diablos creías que estabas haciendo? —había gritado.

—Dándole una lección —había replicado Haldan.

Ella había blasfemado y preguntado de qué lección se trataba.

—Que no puedes confiar en nadie en este mundo —había contestado Haldan—. Cuanto antes aprenda eso, mejor.

Pues bien, Hakan había recordado la lección. Su tobillo difícilmente le permitiría olvidarlo. Por supuesto, su padre lo había sentido. No había pretendido que se hiciera daño. No era un honor para Haldan tener un hijo con cojera, después de todo. Pero de un modo algo retorcido, aquello le había venido bien a Hakan. Si no puedes correr, tienes que mantener tu posición y luchar.

Había aprendido cómo hacer eso, y muy bien.

Cuando el martilleo en su cabeza se lo permitió, pasó el viaje intentando no torturarse con las palabras que la *vala* había pronunciado sobre él. Era más fácil decirlo que hacerlo. No dejaban de volver a su mente como el estribillo de una canción interminable. Con cada repetición, se adentraban más y más en su cerebro, sus raíces se hacían más profundas para que nunca pudiera quitárselas de la cabeza.

Trató de disiparlas con ensoñaciones más felices sobre Inga. Pero estas parecían pasar de visiones soleadas de ambos como esposos y un niño absurdamente hermoso correteando entre sus pies a recuerdos de sus sudorosas cópulas, de pie contra la pared de un cobertizo o revolcándose por el suelo de algún bosque. Ninguna de esas imágenes consiguió mucho más que dejarlo frustrado y a punto de perder los nervios.

Y entonces recordaba cuando la vio en la fiesta, riéndose por algo que Konur había dicho y la forma en que este le tocaba el codo. Y en lugar de su propio cuerpo, revolcándose con el de ella en una marea de sudor, veía el cuerpo de Konur, y los celos bullían amargos en sus entrañas. Y, pese a todo, se trataba de Inga. Por muy exasperante que fuera, Hakan nunca había sido capaz de estar enfadado con ella durante mucho tiempo.

Cuando el sol alcanzó su cénit, Hakan llegó a la cima de una colina y vio por primera vez la ensenada donde se hallaba Vindhaven. El asentamiento había crecido a lo largo del borde septentrional de Odd's Sound, un fiordo poco profundo que se abría a las grandes olas grises del Cinturón de los Jutos. Un pequeño hayedo cubría la cumbre, ocultando el pueblo, pero por encima de las copas de los árboles podía ver espirales de humo subiendo al cielo.

Arreó a su caballo hacia el bosque. Pero al hacerlo percibió que había algo que no iba bien.

En una mañana de verano, habría fuegos encendidos. La gente tenía que cocinar; las forjas de los herreros debían permanecer encendidas. Pero ¿tantas? ¿Con un humo tan negro? En lugar de unas volutas de humo, lo que había era enormes jirones que manchaban el cielo.

Al alcanzar la arboleda, desmontó de su caballo y lo guio entre la maleza. De repente se detuvo. El instinto le dijo que continuase solo. Ató las riendas de la yegua y se arrastró hacia delante unos metros más.

En el linde, se quedó petrificado.

Vindhaven estaba ardiendo.

Por debajo de él, el terreno se convertía en praderas; más allá, en la línea de costa, estaban los cobertizos y viviendas de Vindhaven. Todos ardían.

La paja emitía un estruendo de chasquidos. El pueblo era un caos. Había hombres que acechaban con uniformes de guerra, amenazadores con sus cascos de hierro y sus cotas de malla. Algunos iban con el pecho descubierto, otros vestían pieles de lobo. Todos ellos portaban hachas de aspecto terrible o toscos cuchillos de carnicero. Incluso desde donde estaba, Hakan pudo ver que estaban manchados del rojo de la sangre.

Se encogió detrás del tronco de un haya de sangre, con el miedo secándole la boca. La brisa le traía espirales de gritos y gemidos. El tejado del edificio de reunión, el corazón del pequeño puerto, cedió de repente con un estallido de hollín y chispas.

Vio montones de ropas tiradas. «No son ropas, sino cuerpos», comprendió. Vindhaven no estaba bien defendido. Tenían lanzas, hachas, unas cuantas espadas y un puñado de hombres que sabían cómo utilizarlas. Pero nada con que resistir el ataque de aquellos asesinos. La carnicería debía haberlos golpeado como una tormenta marina.

Había todavía cosas peores que ver.

Frente al edificio de reunión, llameaba una hoguera. A unos pocos metros había

una hilera de personas arrodilladas. Algunos sollozaban, otros se retorcían en el suelo. Otros suplicaban a los guerreros. Unos pocos esperaban, sumisos como corderos.

En el interior de la hoguera se distinguían figuras oscuras asándose. El hedor de la carne abrasada flotaba como el aliento de un demonio hasta el lugar donde Hakan se escondía. Y, entonces, el más grande de los guerreros-lobo inició su horrorosa tarea.

Chas, chas, chas. El ruido de su hacha ascendía hasta la colina junto con el hedor. Hakan miraba, con sus ojos fijos en la visión de las cabezas que caían rodando al suelo como huesos de un juego y pintaban el barro de color carmesí. Desde aquella distancia podrían ser muñecas de trapo a las que un niño les arrancase la cabeza y la tirase para asustar a otro. Solo que las muñecas no gritaban de aquella forma.

De repente, en una de las casas próximas apareció un niño que no tendría aún diez inviernos, gritando como si fuera el perro guardián del infierno. Corrió hacia el guerrero que tenía más cerca, un asesino rechoncho, medio desnudo, con la cara negra por los tatuajes. El niño sujetaba un cuchillo de carnicero.

«Valiente bastardo».

Hubo un destello de acero, y el hacha del asesino partió al niño en dos. Se desmoronó en un montón de harapos y huesos.

Hakan sintió el sabor de la bilis.

Algo captó su atención con el rabillo del ojo y se giró para mirar hacia el este. Una mujer de avanzada edad salió del refugio de una herrería y corrió hacia la ladera. Iba en línea recta hacia él. Hakan apretó los dientes, deseando que lo consiguiera, pero la mujer era desesperantemente lenta.

Había recorrido quizás unos cuarenta metros desde el poblado cuando uno de los guerreros-lobo la vio. Echó a correr tras ella y solo tardó un momento el alcanzarla y tirarla al suelo sin siquiera inmutarse. La mujer rodó por el suelo, en un intento de repelerle, pero él se limitó a ignorar sus endebles puños, la puso boca arriba y le apartó las faldas. Sus alaridos se transformaron en gemidos lastimeros. Cuando hubo terminado, el guerrero se subió los calzones y, casi como si acabase de pensar en ello, la atravesó con su lanza.

Para entonces, muchos de sus compañeros cargaban con arcones o mesas llenas de tiestos y toneles y otras mercancías. No encontrarían mucho de valor en los humildes hogares de Vindhaven. Un poco de oro o plata escondida, si tenían suerte. Quizás algo de bronce o cristalería, lo que pudieran llevarse de la cosecha almacenada y unas pocas armas.

No se marcharían con las manos vacías, pero no podía considerarse el suyo un gran botín.

Hakan miró más al este, y a través de los jirones de niebla vislumbró la silueta de un barco. Desde donde estaba, podía ver que se trataba de un auténtico lobo del mar: un casco de líneas puras y color negro, quizá de unos treinta pasos de una punta a la otra; con un único mástil, la vela replegada contra el viento; y una proa feroz. En el



compartimento de carga, Hakan vio a varias mujeres, atadas unas a otras y miserables como pordioseras; una docena de ellas, con la cabeza inclinada por el miedo.

Quizá los asaltantes habían obtenido un botín mejor del que había pensado en un primer momento. Los esclavos eran valiosos en cualquier parte; las esclavas aún más.

De pronto se sintió lleno de rabia. Aquella era su gente. Contaban con su padre para que les protegiera. Algún día sería con él con quien contarían. Pero aquella supuesta protección no había servido de nada.

Se sintió avergonzado y ansioso de venganza.

Pero ¿qué podía hacer? ¿Un guerrero que todavía no había saboreado la sangre contra todo un grupo de invasores? Habría unos cuarenta, como mínimo.

Se fijó en ellos con más atención. El que estaba más cerca de él tenía una barba color del óxido; otro tenía pelo rubio blancuzco asomando por debajo de su casco. Muchos otros tenían ese mismo color. La mayoría eran corpulentos. No eran jutos. Ni siquiera daneses. Lo cierto era que podrían haber llegado desde cualquier punto del mar del Este. A ojos de Hakan parecían norteños, pero había muchas tierras hacia el norte. Godos o finlandeses. Quizás estlandeses, ¿o tal vez normandos?

Fueran quienes fueran, el asalto debía ser vengado si era posible.

Si acudiese a informar a su padre ahora, ¿qué sentido tendría si no sabía hacia dónde se habían marchado? Por tanto, cobijado por la sombra del bosque, decidió esperar para ver en qué dirección se iban.

Era media tarde antes de que los asaltantes hubieran cargado todo cuanto pudieron, prepararon su navío y se hicieron a los remos para seguir el fiordo de Odd's Sound hacia mar abierto.

Subió a su silla de montar y cabalgó hacia la costa. El viento se había levantado y soplaba hacia el oeste. Había hombres atareados en cubierta, y poco después la gran vela bermeja se desplegó y se hinchó con el viento.

El barco se inclinó y los tablones de su casco levantaron cortinas de agua pulverizada al cortar las olas. Al principio el navío enfiló hacia el este para alejarse de la costa. «Recto a través del Cinturón de los Jutos». Hacia la tierra de los godos.

Pero a cierta distancia de la orilla, la proa giró hacia el norte.

Habían establecido el curso.

Hacia el norte.

Hakan guio a su caballo hasta la playa, manteniendo el barco a la vista todo el tiempo que pudo, hasta que este cogió velocidad y comenzó a desaparecer a lo lejos.

—Normando —murmuró. Le pareció oír risas más allá de las olas—. Reíd, si osáis hacerlo. Pero será mejor que huyáis como el viento.

El brazo de la venganza de su padre era largo, rápido y más cruel que el mismo infierno. Observó cómo la popa del navío de los normandos subía y bajaba con el vaivén del oleaje.

—Iremos tras vosotros —susurró, hincando los talones en el costado de su caballo. La yegua partió al galope lanzando una lluvia de arena tras de sí—. ¡Iremos

tras vosotros!

—¿Cerveza o vino dulce? —Era probablemente la vigésima vez que Inga hacía la misma pregunta.

—Hidromiel, gracias, milady. —Lo mismo que todos los demás. El hidromiel era la bebida de Odín, el Dios de la Lanza. El Que Elige. ¿Qué otra cosa tomaría un guerrero supersticioso antes de luchar?

Inga llenó la jarra y siguió avanzando por el banco.

El ánimo era diferente esa noche en el salón. Sombrío como un trueno.

Era de esperar una pausa, mientras los invitados se recuperaban, con dolor de cabeza y la lengua seca, antes de emprender el camino de vuelta a sus hogares y sus alquerías. A veces la gente se esperaba al último momento, estrujando hasta la última gota de la hospitalidad de Haldan, pero ese día los invitados se pusieron en marcha temprano, con un regusto amargo en la boca por más de una razón.

Con el propósito de mantenerse fuera de la vista de su tío, Inga había dedicado el día a hacer algo para Hakan. No era mucho. Un recuerdo, en realidad: un amuleto de plata con la forma de un martillo. No es que a Hakan le gustase en especial el Dios del Trueno, pero el martillo de Thor era fácil de hacer. Aun así, Brok, el herrero, la había ayudado, y le llevó casi toda la tarde grabar los elaborados tejidos en el metal.

Pero le gustó tener que concentrarse. Le daba tiempo para pensar. Y había mucho en lo que pensar.

Sobre todo en Hakan. Inga se había enfadado, pero también se había sentido aliviada cuando se enteró de que su tío lo había enviado a uno de sus tontos recados. Enfadada porque Hakan no se había molestado en despedirse; aliviada por retrasar su inevitable e incómoda conversación. Pero cuando descubrió que estaría fuera al menos una semana, se dio cuenta de lo mucho que iba a echarlo de menos.

Sin embargo, si era sincera consigo misma, Konur aparecía en sus pensamientos más de una vez. Varias veces, la verdad. Y siempre, cuando intentaba aplastar su imagen como si fuera una cucaracha, reaparecía reptando un poco más tarde.

Era porque estaba enfurecida con Hakan, se dijo a sí misma. Pero, a pesar de ello, estaba dispuesta a perdonarle por comportarse como un bruto. Después de todo, solo había pretendido protegerla, aunque lo había hecho con sus habituales modos contundentes. En ocasiones, deseaba que Hakan fuera más rápido con sus palabras

que con sus puños.

Meditó durante un buen rato si ella, a su vez, debería pedir su perdón. Después de todo, ¿acaso había hecho algo aparte de hablar con Konur? Reírse con él, quizá. Pero ¿no le estaba permitido reírse si alguien decía algo gracioso?

Para cuando estaba aplicando los toques finales al amuleto y puliéndolo para darle brillo, había decidido que, si debía hacerlo, estaba dispuesta a pedirle perdón cuando Hakan regresara. De todos modos, tardaría aún unos días. Tal vez se habría calmado y no habría nada que decir.

Eso es lo que había pensado.

De ahí su sorpresa cuando, justo al caer la tarde, Hakan entró con gran estrépito en el patio sobre su caballo bañado en sudor, y gritando algo sobre invasores en Vindhaven.

Después de eso, los acontecimientos se habían precipitado.

Su tío apareció y escuchó las desalentadoras noticias.

—La sangre correrá por los surcos de esta tierra —murmuró cuando Hakan hubo terminado. Y en un abrir y cerrar de ojos, se había transformado: su ánimo sombrío había quedado atrás y empezó a lanzar órdenes como si fueran dardos.

Tomó su cuerno y emitió un sonido tan largo y alto que Inga pensó que la cabeza de Haldan se partiría en dos. El eco apenas se había desvanecido cuando otros cuernos en granjas vecinas respondieron a la llamada. Y muy pronto la convocatoria de Haldan se extendía en todas direcciones.

Muchos familiares estaban todavía cerca cuando recibieron la llamada. De ellos, muchos dieron la vuelta, aunque no todos. Inga había estado observando con ansiedad cómo llegaban los jinetes, pero Konur y su padre no estaban entre ellos.

Cuando la tarde se convertía en noche, los hombres que habían jurado fidelidad a la espada y al honor de Haldan fueron llegando uno tras otro, y con ellos traían a cuantos vasallos pudieron reunir de las poblaciones más cercanas. En total, bastantes para llenar dos barcasas grandes, unos ochenta hombres.

Haldan dio a los canosos gemelos Eskel y Esbjorn una docena de esclavos para preparar los barcos que esperaban en la playa. Ambos habían navegado desde pequeños y podían hacer que un lobo de mar volase sobre las olas.

Eskel dijo que tendrían una marea favorable dos horas antes del amanecer, si todo estaba listo para entonces.

—Bien. Saldremos entonces. Mientras tanto, que todos coman y duerman lo que puedan.

Llegaron noticias del puesto de vigilancia oriental. Justo antes del anochecer se había visto una vela dirigiéndose al norte: color óxido, enfilada hacia el Skaw. Llevaba una ventaja considerable, pero Haldan no se inmutó.

Por supuesto, Tolla había encargado a Inga que ayudase a alimentar a los hombres.

—Para algunos, la próxima comida caliente que prueben será en los salones del

Valhalla —había dicho Tolla.

Semejante idea había hecho que a Inga se le encogiera el estómago. «Algunos —rezó al Dios de la Lanza—. Pero no a mi Hakan». Una oración vergonzosa para un guerrero, pero no le importó.

Mientras tanto, la penumbra se llenaba de chispas a causa del trabajo de las piedras de amolar, que no cesó hasta que todo hombre estuvo satisfecho con el filo de sus armas. Los esclavos se apresuraban a llenar toneles con pan y cerveza y cubas con cerdo y pescado secado en sal para luego llevarlo a las barcas. Cargaron a bordo tiendas de cáñamo y mantas de lana. Comprobaron que los remos estuvieran en buenas condiciones, ataron maromas y prepararon las velas.

El ritmo de los acontecimientos había sido tan frenético que Inga ni siquiera había encontrado la oportunidad de buscar un momento a solas con Hakan. Y un presentimiento le roía por dentro. Había sabido que aquel momento debía llegar. Un día. Solo que no tan pronto. Ahora, gracias a aquellos estúpidos juramentos, Hakan también debía subir a los barcos.

En los bancos, los hombres compartían bromas o cantaban canciones subidas de tono para divertir a las esclavas o cantos marineros como adelanto a la travesía. Entre las mujeres, Inga percibió un ánimo más sombrío. Para ellas no se trataba de una broma. Algunos de los bancos quedarían vacíos cuando Haldan y sus hombres regresasen.

«Si regresaban...».

Rellenó otra jarra y pasó al siguiente de los hombres.

—¿Cerveza o vino dulce?

—Cerveza para mí. Ya soy bastante dulce, milady —dijo Garik, dirigiéndole una mirada amistosa.

—Pero tu aliento sigue siendo agrio —bromeó ella, contenta por vaciar un poco de la cerveza que portaba.

Garik se rio de mala gana, y cuando algunos otros también rieron, él desapareció tras su jarra. Pero reapareció enseguida, limpiándose la barba:

—Eres difícil de contentar, milady. Sin embargo, hay montones de chicas por aquí que no lo son tanto. Aunque por lo general no es mi boca la que les interesa.

—Déjala en paz —dijo Gunnar, un hombre de pelo rubio con una mirada seria en los ojos que era el mejor arquero al servicio de su tío—. Las chicas de alta cuna como ella no deberían saber nada de tus sórdidas proezas.

—¿Qué? ¡No hay nada sórdido en ello! Lo que tengo es una belleza, ¡eso me han dicho! —Se echó a reír a carcajadas.

—Bah, sabes bien que todas las mujeres mienten —repuso Gunnar, dedicándole un guiño a Inga a modo de disculpa.

—Bueno, no he recibido ninguna queja —dijo Garik, y alzó la voz para hacerse oír al otro lado de la mesa—: ¡Eh, Hakan! Viste que se llevaban chicas. ¿Había alguna belleza entre ellas?

Hakan levantó la mirada de su comida para ver que todo el mundo aguardaba la respuesta. Se encogió de hombros.

—Me encontraba bastante lejos. Y ellas no vestían exactamente sus mejores galas.

—Hmm, bueno, será mejor que haya una o dos por las que merezca la pena hacer el viaje. De lo contrario, ¿qué diablos estamos haciendo? —Garik soltó una nueva andanada de carcajadas.

Unos pocos rieron con él, pero Inga se dio cuenta de que su pregunta había dejado petrificados a un par de los guerreros más jóvenes.

—¿Nunca te das un descanso y dejas de pensar con la polla? —refunfuñó una voz desde otro punto del banco. Todos se giraron para ver quién hablaba. Sentado apartado de los demás, donde la luz de las antorchas era más tenue, había un hombre de nariz larga y puntiaguda y ojos oscuros y hundidos. Inga lo conocía. Se llamaba Dag. Su reputación de asesino era tal que a cualquiera se le cuajaba la sangre en las venas.

—¿Y por qué diablos debería? —gruñó Garik—. Lo que sea que te haga levantarte por la mañana, digo yo. ¡O quién! —gritó, y nuevas risas le respondieron.

Dag dio un largo trago de su jarra y, sin levantar la vista, dijo:

—Es solo que resultas... jodidamente... aburrido.

—¿Tú crees? —preguntó Garik, sorbiéndose la nariz—. Bueno, sabemos que eres un hijo de perra sin corazón, Dag, pero ¡no sabía que tampoco tenías nada entre las piernas! —Los demás no estaban muy dispuestos a reír una broma sobre Dag—. Como sea, un hombre tiene que tener una razón para luchar.

—¿Por qué no puede tan solo luchar? —La voz de Dag sonó gélida como las nieves del norte.

—¿Me estás diciendo que no te importa nada traer de vuelta lo que esos bastardos normandos se han llevado?

—Si un hombre me roba un caballo, lo perseguiré. Lo mataré. Pero no porque me importe una mierda el caballo. Lo haré porque ese hombre pensaba que podía robarme. Porque me tomó por un idiota.

—Como quieras.

—Hay otra cosa más —dijo Dag—. Si tú vuelves a casa y yo no, si se te ocurre acercarte a mi esposa, juro que regresaré de entre los muertos y te daré un susto terrible.

—No te preocupes, amigo. —Sonrió Garik—. Un hombre tiene que mantener ciertos niveles. —Bajó la voz y añadió—: Además, ¡ya me asusta terriblemente!

Todos rieron estruendosamente. Garik alzó su jarra hacia Dag, que le respondió con un guiño mientras sus labios esbozaban una sonrisa lobuna.

Inga, al ver a Hakan a solo dos asientos, aprovechó las risas y fue a rellenar su jarra.

—Necesito verte antes de que te vayas —le susurró.

El chico levantó la mirada:

—Y yo a ti.

—Afuera. En cuanto puedas.

Hakan hizo un rápido gesto de asentimiento.

—Se ha acabado todo —mintió Inga al siguiente hombre, sacudiendo sus jarras, a las que aún les faltaba para estar vacías. Mientras se alejaba entre tímidos gruñidos de disgusto, oyó que Hakan anunciaba que iba a salir para orinar. Se apresuró de vuelta a la cocina, dejó las jarras y se escabulló sin que la vieran por la parte de atrás hacia la noche.

En el exterior el aire era frío. Se deslizó bordeando el salón con una mano en la pared, oculta en las sombras. En los dos meses de su amor secreto, habían aprendido a hacer de la oscuridad su compañera. Sus dedos fueron al bolsillo de su delantal y tocaron por enésima vez el perfil achaparrado del amuleto.

Vio que una silueta aparecía al fondo del salón y luego se sumergía en las sombras de los contrafuertes.

De repente surgió ante ella la cara de Hakan, recortándose pálida contra la penumbra. Inga se detuvo, sobresaltada. Abrió la boca, pero ningún sonido brotó de ella. Pese a todo lo que había estado pensando ese día, no sabía cómo empezar. En lugar de hablar, se miraron el uno al otro con cautela.

—Te fuiste sin despedirte —dijo Inga al fin.

—No tuve opción. Mi padre me quería lejos lo antes posible. —Se sorbió la nariz—. Además... pensé que no te iba a importar.

—Y demostraste que a ti sí que no te importaba.

—Deberías haberte alegrado. Seguro que tuviste más tiempo para decirle adiós a tu nuevo amigo.

—No seas crío.

—Oh, pero tú estás lista para ser una mujer, ¿no es cierto? Ya has crecido y estás preparada para impresionar a hombres elegantes como Konur.

—¡Te vuelves muy desagradable cuando te pones celoso!

—¿De quién es la culpa?

—No hice nada malo. —Se había pasado todo el día diciéndose eso a sí misma—. Solo estábamos hablando.

—No es eso lo que vi.

—¡Luego él me forzó! Tú mismo lo dijiste.

—¡Por supuesto que dije eso anoche! Tenía que tener alguna razón para aplastarle la cara. Si lo hizo o no, ni lo sé ni me importa. Solo quería quitártelo de encima.

—¡No parecías tan ansioso de quitarte de encima a esa puerca gordinflona!

—¿Qué? —Hakan parecía genuinamente confuso.

—¡Kella! La tenías encima.

Hakan negó con la cabeza.

—No recuerdo eso.

—No me sorprende, ¡estabas borracho como un danés! —Inga notó que sus manos se cerraban en puños—. ¡Oh, anoche te comportaste como un auténtico bestia!

—Todos nosotros somos bestias —le espetó Hakan—. ¡Tú no eres mejor que los demás, puta!

Inga le abofeteó. Con toda la fuerza que pudo. El sonido quebró la oscuridad. Los dos se quedaron como congelados; cada uno sorprendido por lo que el otro había dicho o hecho. Hakan se llevó la mano a la mejilla.

—Lo siento, eso ha sido excesivo —dijo—. No... no quería decir eso.

—¿Por qué te estás comportando así? —Inga sintió las lágrimas a punto de derramarse de sus ojos—. ¿Por qué?

No hubo respuesta.

Inga se inclinó hacia delante para buscar en el rostro de él algún indicio de estar reblandeciéndose. Por fin, en sus ojos surgió un atisbo de vergüenza.

—Te habrás marchado antes de que amanezca. —Sollozó Inga—. Solo los dioses saben cuándo volverás. Tengo miedo por ti, ¿no lo entiendes?

Esperó, llorando. Y entonces Hakan extendió el brazo y le limpió una lágrima con el pulgar. Sus dedos siempre habían sido más elocuentes que su lengua. Ninguno dijo ni una palabra. Cayeron más lágrimas, arroyuelos cálidos serpenteando por sus mejillas. Con la yema de un dedo, Hakan trazó el perfil de la sien de Inga, bajó hasta la mandíbula y luego deslizó la mano por su cuello, bajo su pelo.

—Mi amor. —Tiró de ella hacia sí. Inga sintió la calidez del aliento de él en sus labios, mezclado con el sabor de sus propias lágrimas—. Perdóname —dijo Hakan, y volvió a besarla.

Tras un momento, Inga se apartó.

—Yo también lo siento. —Se restregó las mejillas con la manga de su camisa—. Anoche no estaba pensando. Quizá me sentía celosa por la atención que recibías de todo el mundo. Pero nunca podría haber otro aparte de ti. Nuestras vidas están unidas como una sola.

Hakan bajó la mirada. No hacía falta que dijera nada. Sus pensamientos eran los mismos que los de ella. Nadie la conocía como él. Nadie había hecho tanto por ella. Inga vio amor ardiendo en los ojos de Hakan con el fragor de la locura. Y entonces él la atrajo hacia sí. Pudo sentir su urgencia en su respiración entrecortada y también cómo crecía en ella misma.

Cerró su mano en torno a la suya en la oscuridad y la guio hacia abajo hasta que los dedos de Hakan percibieron la calidez entre sus muslos. Inga cerró los ojos y gimió. La lana parecía basta contra sus partes secretas, y el movimiento de sus dedos le producía una suave agonía.

Hakan la empotró contra la pared. Inga le vio agacharse para subirle las faldas, vislumbró sus propios muslos, blancos y esbeltos en la noche. Deslizó sus manos hacia la nuca de Hakan cuando él la alzó a pulso sujetándola por el trasero y empujándola aún con más fuerza contra la pared. Cerró los muslos en torno a las



caderas de él. Tras un instante de torpe búsqueda, lo sintió en su piel, duro y caliente como piedra ardiente. Estaba húmeda por el deseo, y, de repente, él estaba dentro de ella. Ambos gruñeron a la vez.

Inga dejó escapar una risita:

—Podría venir alguien.

—Que vengan, ¡maldita sea! —jadeó Hakan, mordisqueándole el lóbulo. Los músculos de sus hombros eran firmes como los de un semental. Cuando se ponía así, no había forma de quitárselo de encima. Su pecho presionaba el de ella, asfixiándola, aplastando el suave calor de sus pechos y restregando sus pezones duros dentro del vestido. Un murmullo compuesto por muchas voces se filtraba por las rendijas de la pared. Pero nadie salió al exterior.

Un gemido brotó de las profundidades de su garganta. Se lamió los labios y notó aún el sabor de los de él en los suyos. Sus movimientos se volvieron cada vez más apresurados.

La mente de Inga era una tormenta de placer, pero todavía podía recordar una idea.

«Ten cuidado», quiso murmurar. Pero no llegó a hacerlo. Quizá ya ni siquiera le importaba. Ahora era demasiado tarde. Sintió que el cuerpo de Hakan se ponía rígido, notó su semilla en su interior y entonces ambos se desplomaron contra la pared del salón.

—Si esta no es una buena razón para regresar con vida, no sé qué otra cosa puede serlo —jadeó Hakan, con su pecho agitado al ritmo de sus latidos.

Inga se echó a reír. Se sentía invencible, como si su mundo particular nunca pudiera terminar. Pero entonces, con excesiva rapidez, su éxtasis disminuyó. Lo que había parecido tan pasmosamente real se desvaneció como el rocío. Apretó con fuerza a Hakan.

—Vuelve —susurró—. Tienes que volver.

—Lo sé.

—No dejo de pensar en lo que dijo la *vala*.

—No debes pensar en eso.

—No puedo evitarlo. Me aterroriza.

Hakan pasó la yema de su pulgar por la frente arrugada de ella.

—Tienes que apartarlo de tu mente. Prométemelo.

—Lo prometo.

—Viviré. Y seremos felices. Juntos.

Inga vio que sus ojos brillaban en la penumbra. Parecía muy confiado. Pero ¿cómo podía estar tan seguro?

Asintió.

—Tengo algo para ti. —Rebuscó en su bolsillo y sacó el amuleto con su cinta de cuero—. Lo he hecho para ti.

Le pasó la cinta por encima de la cabeza. El pequeño martillo ocupó su lugar en el

cuello de Hakan. El chico lo cogió y lo volteó entre sus dedos. El metal resplandeció a la luz de la luna.

—Para que te dé suerte —añadió Inga.

—¿Y amor?

—Sí, amor también. Mantenlo a salvo para mí.

—Lo haré.

Inga lo apretó contra su pecho.

—Ahora debes dormir —dijo con un suspiro—. Y yo debo enviarte lejos, mi amor, a los vientos salvajes de la voluntad del Dios Supremo.

Lo único que sabían era que tenían que ir hacia el norte. Hacia el norte en pos de un enemigo que podría haber venido desde medio centenar de tierras, medio millar de lugares.

Algunos dijeron, con la voz ronca, que la opinión de un muchacho no era mucho con lo que tirar. Pero Hakan estaba seguro: los atacantes eran normandos. Si iban al norte, los encontrarían.

Y con la última luz de aquel primer día, Njord, dios de los mares, les arrojó un poco de suerte. Una vela en el horizonte, no más grande que un remache en un escudo. Los hombres se alegraron, olfateando a su presa. El viento les llevaba al oeste alrededor del Skaw y luego al norte, dejando muy atrás los territorios de muchos enemigos. Raumerika, Horthaland, Hedamark, Ringarika.

Entonces el viento cambió. Olas enormes y grises cargaron contra ellos desde el norte. Haldan ordenó que todos fueran a los remos, y palada a palada el punto oxidado en el horizonte fue aumentando de tamaño.

Durante dos días y dos noches las dos barcas continuaron así. Una pesadilla de mares agitados y ventiscas que les removía el estómago y les pelaba el trasero. Azotado por el viento, cubierto de sal, con el pelo tieso como la paja, Hakan aguantaba. La espalda le dolía, las palmas de sus manos estaban peladas y ensangrentadas, paraba solo para comer pedazos de bacalao seco, que vomitaba enseguida en un agrio torrente de babas.

Nunca había experimentado una sensación tan miserable. Pero los hombres que lo rodeaban remaban, así que él remaba con ellos mientras el vigía gritaba que el barco fugitivo seguía allí.

Oyó que Eskel le decía a su padre que la única tierra más al norte era Halogaland. Más allá solo había hielo. El mundo del invierno interminable. El mundo donde habitaban los gigantes.

Hacia el este, la tierra se alzaba en torres de roca que apuñalaban el cielo como lanzas colosales. De tanto en tanto, profundos fiordos tajaban a cuchillo las montañas. Era una tierra diferente a cualquier cosa que Hakan había imaginado. Hermosa, extraña y aterradora.

Al atardecer del cuarto día, los atacantes se hallaban a, apenas, media legua de

distancia. Su padre gritó:

—¡Reunid ánimos hasta el alba, y mañana tendréis sangre!

Los hombres lanzaron vítores y acto seguido reanudaron su trabajo. La noche pasó con suavidad, interrumpida tan solo por el sonido de las burbujas bajo ellos, los crujidos de los remos y la respiración del océano.

El amanecer reveló que los atacantes se dirigían hacia tierra. Los jutos remaron con fuerza, y los remos martilleaban el agua para alcanzar a su presa antes de que esta llegase a tierra y pudiera situarse en una posición ventajosa. Pronto estuvieron lo bastante cerca como para oír los gritos de los saqueadores. En torno a ellos, la costa se alzaba en sombras gigantescas.

—Se dirigen a esa isla —gritó Eskel, señalando hacia delante.

Hakan echó un vistazo por encima de su hombro pese a que los ojos le picaban por el sudor. Distinguió justo enfrente la forma de un páramo sin árboles, surgiendo de las aguas oscuras.

Su padre había dicho en una ocasión que una isla era un buen lugar para una batalla. Un territorio de tierra y mar. Un lugar entre mundos. Un lugar de los vivos y de los muertos.

Los invasores llegaron a la playa, por lo que las barcas de los jutos viraron al norte para tomar tierra en el otro lado de la isla. Los hombres hedían a sudor y mar y vómitos rancios. Cinco días a los remos habían hecho trizas las manos de Hakan. Ahora, al menos, estaban de nuevo en tierra firme.

Un amanecer carmesí empujaba la oscuridad hacia el océano Occidental.

—Nos encontraremos con ellos en el brezal —gritó su padre, indicando la colina que había por encima de ellos, mientras sus hombres desembarcaban.

Hakan aterrizó con un crujido. Daba gusto sentir la grava bajo los pies. Odiaba el mar. Siempre lo había hecho.

Se habían acabado cinco días de infierno salado. Ahora le aguardaba un nuevo tipo de infierno.

Sintió arcadas una vez más, tanto por la náusea producida por el oleaje como por el miedo. Se restregó la boca. El peso de su hacha resultaba tranquilizador. Las letras grabadas en su hoja serían puestas a prueba hoy: runas mágicas para amarrar armas o desafilarse espadas. Por encima de su cabeza soplaban el viento, y por milésima vez tocó el amuleto que colgaba de su cuello.

«Te envió lejos, mi amor. A los vientos salvajes de la voluntad del Dios Supremo».

Siguió con los dedos la forma del martillo mientras recordaba el cálido y dulce aliento de Inga.

—Aquí estás, muchacho. —Garik le dio en el pecho con el odre de cebada—. Da un buen trago. —El maestro lancero le sonrió ampliamente, con su pelo mugriento cubriéndole los ojos—. Ahora comprobaremos si lo que te he enseñado mereció la pena más que el pedo de una esclava.

Hakan se llevó el odre a los labios y bebió, dando varios tragos antes de sentir el calor en su pecho. La infusión ardía como el fuego de Loki. Tosió con fuerza y pasó el odre suponiendo que los hombres se reirían de él.

Pero nadie lo hizo. En lugar de eso, sus ojos se iluminaron, absortos en su señor.

Hakan también lo miró, mientras sentía cómo la sangre se hinchaba en sus venas. Le zumbaban los oídos, el corazón se le aceleraba, el dolor de su espalda y su trasero había quedado olvidado. La bebida hacía efecto con rapidez.

Su padre sacó su espada y señaló los nubarrones carmesí que se extendían sobre ellos. Sus ojos emitieron un destello azul bajo la sombra de su yelmo. Su barba, húmeda por la sal marina, relucía rojiza a la luz de la mañana.

—¡Un cielo rojo sobre nosotros, hermanos! ¡Un día de muerte! Las valquirias han hecho su elección. Cabalgan hacia aquí, llamando a gritos a los hombres marcados por Odín. Si estáis entre ellos, la suerte está con vosotros. —Unos cuantos de los hombres de más edad rompieron a reír—. Y por lo que concierne al resto de vosotros, esto es lo que se cuenta de la tierra de las sombras: el Dios de la Victoria nos favorece. ¡Cabalgad hacia el Salón de los Caídos, si eso es lo que debéis hacer! O quedaos, y venced sobre esos bebedores de sangre.

Sus hombres lanzaron vítores, con muecas tensas, de terror, en la boca.

—¿Lo sentís, hermanos? —Sonrió Haldan, con la mirada fija en el viento—. El vendaval de Gondul se agita. Dejad que los cuervos se den un festín con sus cuerpos. Luchad y no vaciléis nunca, ¡hasta que todos y cada uno de ellos muerda el polvo!

El precipicio se alzaba amenazador detrás de él. «La muerte aguarda en su cima. —Hakan se quedó boquiabierto mirando el collado—. Pero no para mí».

Los placeres del Valhalla aguardaban a los elegidos. Disfrutarían de banquetes, luchas y mujeres hasta que llegase el Ragnarok, la batalla final en la que todo ardería. Todos los hombres lo sabían.

Pero Hakan no quería nada de eso. Tenía algo mejor en su mundo.

«Al infierno con el favor del Dios Supremo».

Que perecieran los otros si querían. Él debía vivir para volver junto a ella. Debía vivir porque ella se lo había dicho.

Él debía vivir.

A Inga le parecía que el mundo se había quedado en silencio cuando los hombres se marcharon.

«Mortalmente silencioso».

Los establos y abrevaderos lucían ahora extrañamente vacíos. Incluso el salón parecía siniestro, silencioso como un túmulo con su puerta abierta, invitando a los muertos a que entrasen.

«¿Cómo puede nadie soportar esta horrible espera?».

Se alegró del sonido del telar de Einna. Inga miró hacia allí. El clac-clac de las

varas y el pelo lacio de Einna ondeando al viento. En cierto modo, ver aquella escena la tranquilizó.

La cabeza alargada del animal le dio un empujoncito, resoplando.

—Eres muy impaciente —dijo, acariciando el cuello del caballo.

Habían pasado unos cuantos días. Los hombres podrían estar fuera muchos más. ¿Y si los días se convertían en semanas, o, peor, en meses? ¿Cuánto tiempo debía pasar para que tuviera que aceptar que jamás iban a regresar?

«No. No pensaré eso. No debo».

Su mirada vagó hasta posarse en el lugar donde se había despedido de Hakan, y en sus labios surgió una sonrisa al recordar la sombras cálidas, las ásperas planchas de madera, las manos de Hakan levantándole el vestido muslos arriba.

—Si sigues así el pobre caballo se quedará sin cuello.

Inga se giró sobre sus talones con un aleteo de rizos sobre su hombro.

—Oh, Tolla, eres tú. —Inga se sintió un poco tonta al darse cuenta de que llevaba frotando el mismo punto un buen rato. Acarició el hocico del semental—. Mi mente estaba a miles de leguas de aquí.

—Sé que estás preocupada. —Sonrió Tolla, dejando en el suelo su cubo—. Siempre es así. Tiene que serlo. Pero siempre vuelven.

—Mi padre no lo hizo.

—Sí —admitió Tolla—, tu padre cayó. Pero no cambiarás nada preocupándote por ellos. Regresarán a casa. Lo puedo sentir en mis viejos huesos.

Tolla no era tan vieja. No parecía que tuviera más de treinta y ocho veranos, pero si lo sentía en sus huesos... bueno, sus huesos acertaban más que los de la mayoría.

—¿Y si no lo hacen?

Tolla apretó el brazo de Inga.

—Seguiremos con nuestras vidas.

«Como si eso fuera tan sencillo. ¿Cómo podía Tolla entenderlo? Ella no lo sabe. Nadie lo sabe». Inga trató de desprenderse de sus dudas obligándose a sonreír.

Pero la mirada de Tolla se posaba ahora en algo que quedaba más allá de Inga, afuera, en el patio.

—¿Qué tenemos aquí?

Inga se giró para mirar hacia allí. Más allá de la puerta de entrada, un jinete se acercaba por el camino. Un hombre alto sobre un caballo alto. Penetró en el patio causando un alboroto entre las gallinas que revoloteaban para no ser aplastadas por sus pezuñas.

Inga lo reconoció al instante.

Konur.

—¿Qué está haciendo aquí?

Tolla no respondió. Lo observaba con desconfianza.

Sin embargo, su aspecto era espléndido, vestido todo de negro, su manto sujeto con un broche de plata, su pelo castaño vetado de mechones rubios por efecto del

largo verano. El caballo se detuvo. A Inga no le sorprendería que la propia Einna estuviera fascinada ante el esplendor del caballo recién llegado.

Aunque si no hubiera tenido la herida en su nariz habría sido aún más atractivo.

—¡Buen día, damas!

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Inga. Trató de que su voz sonase especialmente fría. Eso era lo correcto.

—No es la bienvenida que merece un familiar —repuso Konur, con una sonrisa, imperturbable—. No puedes haberme olvidado tan pronto.

—Te recuerdo. Tanto como me da la gana. —La frase sonó orgullosa, y no había poder en el mundo que le hiciera admitir que Konur había estado en sus pensamientos más de lo que debería desde el día de la fiesta—. ¿Has vuelto para iniciar una pelea con mi primo?

—Eso fue un malentendido entre borrachos. —«Una lucha vil y cargada de odio en la que se habían roto la cara el uno al otro, es lo que quiere decir»—. Estoy seguro de que Hakan no estará resentido por un diente roto —añadió Konur, riéndose por lo bajo.

—Hakan tiene muchos otros dientes. Siento que tú solo tengas una nariz.

—¡Cierto! —Se rio, tocándose el inflamado puente de su nariz. Al ver que Inga no se reía, cambió a una mueca de arrepentimiento—. Si te ofendí de algún modo, permíteme arreglarlo.

—Lo hiciste. Y no creo que puedas arreglarlo.

Konur refunfuñó, impacientándose.

—Me hubiera gustado que fuera tu tío quien juzgase eso. Pero hemos oído que se ha visto obligado a atender asuntos urgentes. ¿Es eso cierto?

Inga y Tolla intercambiaron incómodas miradas.

—Lo es. Mi señor tío se ha ido —dijo Inga—. Junto con todos sus hombres de armas.

—¿Hakan también?

—Por supuesto —replicó Inga. ¿Acaso tomaba a Hakan por una especie de cobarde que preferiría quedarse en casa?

—¿Dónde han ido?

—¿Cómo vamos a saberlo, por los Nueve Mundos? —exclamó Tolla.

Konur se encogió de hombros, como si el asunto le interesase bien poco.

Inga enlazó su brazo con el de Tolla y le dio a la criada una palmada cariñosa.

—Hubo un ataque.

—Eso he oído. Pero no mucho más.

Inga le contó lo que ellas sabían, que los invasores llevaban pieles de lobo y habían asesinado a la gente de Vindhaven y se habían llevado a un grupo de mujeres.

Konur la escuchó toqueteándose la barba.

—Así que tu tío fue tras ellos, ¿eh?

—Hace cuatro días que zarparon hacia el norte en dos barcos. Ochenta hombres

en total.

—Un poco apresurado.

—No. Mi tío se preocupa por sus mujeres. Está decidido a recuperarlas.

—No es eso lo que a mí me parece —dijo Konur, alzando una ceja con expresión cínica—. Después de todo, aquí estás tú, la dama de la ciudadela. Completamente sola.

—No está sola —intervino Tolla—. Tenemos hombres que nos protegen. —Indicó un viejo esclavo que avanzaba a duras penas por el patio bajo un haz de paja. El hombre llevaba una pequeña hacha sujeta al cinturón—. El viejo Rapp. Y otros, también.

—Espléndido.

Inga ignoró el tono con el que había pronunciado aquella palabra.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, Konur?

—He venido para entregar un mensaje de parte de mi padre a tu tío —contestó, fijando sus hermosos ojos azules en ella—. Y para verte.

—¡A mí! —exclamó Inga. Nadie había ido nunca a Vendlagard para verla a ella—. ¿Qué quieres de mí?

—Nada... en particular. Solo quería verte otra vez. Tu primo nos interrumpió la última vez. Con su puño en mi cara.

—Te lo merecías.

—¿No crees que es un poco... sobreprotector?

—Los dos estabais borrachos, y él tenía toda la razón para ser sobreprotector: era una fiesta en «su» honor. Tú eras el que estaba equivocado.

—¿Es culpa mía si no puedo resistirme a una cara tan bonita como la tuya? —Su boca esbozó un mohín a mitad de camino entre una sonrisa y una mueca lasciva.

—Te permites muchas libertades con tus palabras allí donde no se necesitan. Como sea, mi tío no está aquí. Si no tienes nada «en particular» que decirme, yo no tengo nada que decirte a ti.

—Le diremos que has venido cuando regrese —añadió Tolla—. «Si» regresa.

—Cuando regrese —insistió Inga—. Lo siento, pero no puedes quedarte. —Se dio cuenta de que Konur estaba perdiendo la paciencia, pero no le importó. Disfrutaba haciéndole enfadar.

—¡No puedes hablar en serio! Somos familia. ¿Entiendes lo que eso significa? He cabalgado veinte jodidas leguas desde Karlsted. ¿Y ahora vas a echarme? —Los tendones de su cuello se le marcaban cuando se enfurecía. Y las orejas se le ponían rojas. Pero le gustaba el aspecto feroz que adquirirían sus ojos.

Inga se encogió de hombros.

—¿Y bien?

—¿Y sin ofrecerme siquiera un cuenco de gachas? —Konur meneó la cabeza—. Me pregunto qué opinará mi padre de esto. ¿Otro insulto para su hijo y heredero? Se lo tomará mal. Por no decir nada de las costumbres de hospitalidad. —Inga observó



cómo se le erizaba la barba. Realmente era irritantemente atractivo—. No puedes rechazar a un familiar y a un viajero —prosiguió Konur.

—¿Por qué no?

—¿Qué, y hacer que la maldición del Viajero caiga sobre este lugar?

Detrás de ellos, Einna dejó caer algo al suelo. Daba la impresión de que fuera a sufrir un ataque de nervios cada vez que se hacía mención a alguna maldición. Y en los últimos días se había hablado mucho de ellas. Inga y Tolla se miraron la una a la otra, dudando.

Konur vio su oportunidad.

—Una noche —dijo con voz suave—. Dejad que mi caballo descanse. Pan, carne y cerveza. Un poco de conversación. Me marcharé por la mañana.

Inga podía sentir que Tolla estaba a punto de saltar sobre Konur. Pero él tenía razón. En ausencia de su tío, ella estaba al mando de Vendlagard. No podían ignorar las leyes de la hospitalidad. No podía rechazar a un viajero que pedía refugio. Mucho menos a alguien de su propia familia. Y su tío no le agradecería que hiciese algo que pudiera enturbiar aún más la relación con los Karlung.

—Una noche.

—¡Ja, ja! —Rio Konur—. ¡Mil gracias, prima! Nunca se sabe, puede resultar más agradable de lo que piensas.

«Eso es lo que me da miedo».

La lanza sobrevoló al grupo de invasores como un cometa recortando el cielo escarlata.

Los normandos miraron boquiabiertos hacia arriba. Algunos de ellos llevaban pieles de lobo, algunos jubones tejidos de cuero o malla, y otros iban medio desnudos. La lanza se clavó en la turba más allá del grupo.

Ahora la ofrenda estaba sellada. Odín recibiría su cosecha.

Y la matanza podía dar comienzo.

Los gritos rasgaron el cielo. El viento aulló en respuesta, haciendo vibrar la inhóspita cumbre. Hakan chilló, enloquecido por el terror.

Los escudos de los normandos se unieron para formar un muro.

Haldan vociferó una orden. Las jabalinas surcaron el aire. Los escudos, redondos, blancos y negros, repiquetearon al entrechocar. Se oyeron gemidos cuando el hierro encontró carne enemiga y se derramó la primera sangre.

«Golpea fuerte y pon atención a sus errores», había dicho Garik. A Hakan le pareció que era la primera vez que aquel bastardo lascivo no intentaba hacer una broma.

«Golpea fuerte».

—¡Arqueros, preparados! —bramó Haldan entre el estruendo de gritos y alaridos propios de la batalla. Las flechas sisearon, las lanzas normandas hendieron el cielo,

golpeando madera y barro y carne. Un arquero al lado de Hakan preparó una flecha, pero entonces se desplomó hacia un lado con una lanza incrustada en su estómago. La aferró con ambas manos, se estremeció y todas sus energías le abandonaron para morir.

Otra lanza silbó junto al oído de Hakan. El chico la miró fijamente hasta que fue a clavarse en el suelo de turba.

—Vamos, muchacho, devuélveles a esos bastardos su lanza. —La sonrisa de lobo de Garik le impulsó a la acción. Cogió la jabalina y la lanzó para ver cómo desaparecía detrás del muro de escudos. La flecha de un juto acertó en el rostro de uno de los invasores, arrojando por todas partes un montón de sangre oscura. El señor de los normandos gritó algo y su muro de escudos se desplazó aullando hacia el muro de los jutos. La luz de la mañana sacó destellos rojizos de sus armas.

«Las llamas de las valquirias. Ahora veremos cómo arden».

Hakan tuvo tiempo de coger una bocanada de aire, luego los muros chocaron. Hubo un estruendo de madera y hierro. Hakan vislumbró un rostro cargado de odio, una boca entreabierta, un arco de acero. Levantó su escudo y una espada impactó contra su borde. Se agachó e hizo una barrida con su hacha. El normando gritó al recibir un hachazo en su rodilla. La sangre se derramó en el suelo. Hakan se alzó sobre él.

Durante un instante, clavó la mirada en su enemigo. Ojos jóvenes llenos de miedo, una barba sucia salpicada de babas. Entonces Hakan golpeó con el hacha y le abrió un tajo desde el hombro hasta el esternón. Lo rasgó limpiamente. El hombre cayó, agitándose como un arenque y emitiendo un extraño siseo por su garganta. Y después se quedó inmóvil.

«He matado a un hombre. —Un fuego ardía en su cerebro—. Asesino».

—¡Asesino! —gritó, medio enloquecido.

A su alrededor daba la impresión de que el infierno se había abierto paso, derramando muerte por el mundo de los hombres. Vio cuerpos retorcidos, un brazo amputado, rostros sin vida, blancos como tiza, salpicados de barro y sangre. Otros seguían con vida, con las mandíbulas distorsionadas. «Carnicería de locos —pensó—. Solo la locura tiene sentido aquí».

Del barro sobresalían flechas y lanzas, como restos de un naufragio esparcidos sobre la tierra negra. El fragor de la batalla embotaba los oídos; gruñidos y gritos, los sonidos de la carne al recibir un impacto o caer al suelo, extraños aullidos más propios de bestias salvajes. El hedor de la sangre y la orina y las entrañas al aire se le metían en la nariz.

Y a través de la tormenta de Odín, Hakan distinguió un yelmo de bronce que emitía un centelleo rojo bajo el sol del amanecer: su padre, con el manto aleteando en torno a él, luchando espada con espada contra el jefe rival.

«Tú no —rezó Hakan—. Hoy no».

Más cerca de él se hallaba Leif, su amigo de la infancia, con su pequeña barba

manchada de barro. Un hombre imponente se abalanzó sobre él con el hacha más grande que Hakan había visto en su vida. Leif lo esquivó y su contrincante se hizo a un lado, giró los hombros y arremetió de nuevo con su hacha de doble filo. Leif ni siquiera lo vio venir. El metal le cortó el brazo. Leif chilló y cayó de rodillas, con un brazo menos. El hacha se alzó otra vez. Esta vez su cuerpo se desplomó; un simple parpadeo y su amigo estaba muerto. El gigante rugió en señal de triunfo.

La furia cruzó como un relámpago la mente de Hakan; furia, miedo, maldiciones a medio formar y oraciones quejumbrosas. Solo había una manera de salir de aquel revoltijo de hombres y acero y sangre y muerte: abrirse paso dando tajos a diestro y siniestro.

Era la única forma de regresar junto a «ella».

Había hombres muriendo por todas partes, ambos muros de escudos se habían quebrado para dar rienda suelta a la barbarie. Pero los normandos eran pocos y su número no hacía más que menguar. Y entonces la voz de su padre retumbó por el collado.

—¡Su rey está muerto! ¡Ahora, hermanos, ponedle fin a esto!

El rey normando estaba muerto. El resto debía morir con él.

Alguien gritó el nombre de Hakan. El chico se giró y vio a Gunnar, con una espada en una mano y un cuchillo en la otra. Cerca de él, el gigante del hacha escupía una retahíla de maldiciones. Hakan saltó hacia delante e intentó cortar a su rival, pero su tobillo se estremeció por una punzada de dolor. En lugar de acertar, recibió un golpe tremendo en su escudo. La madera y el hierro saltaron en pedazos y varias astillas se le clavaron en el brazo.

Cayó boca abajo, pero no dejó de rodar, temiendo el mordisco de la enorme hacha en su espalda en cualquier momento. Se dio la vuelta para ver la hoja ensangrentada alzándose sobre él. Hubo un repentino destello de metal y Gunnar arremetió contra el enemigo; los dos se fueron al suelo en un revoltijo de brazos y piernas.

De repente, Beri, uno de los veteranos de pelo blanco, apareció junto a la pareja que se retorció en el barro. El viejo guerrero alzó su espada y la clavó en la espalda del normando.

El gigante se echó hacia atrás, rugiendo como un toro con la boca manchada de rojo. Beri giró la empuñadura y Gunnar se arrastró para liberarse, con la cara rezumando sangre. El normando gritó justo antes de desplomarse de bruces. Gunnar escupió y se inclinó sobre él, y con un rápido movimiento de su cuchillo, los gritos cesaron.

Hakan se puso laboriosamente en pie. Los últimos normandos que aún luchaban estaban cerca. Algunos de ellos chillaban desquiciados con sus cuerpos semidesnudos manchados de la sangre de sus compañeros, otros presentaban todavía el aspecto feroz de los asesinos, vestidos con sus cotas de malla y su cuero. Muchos cuerpos yacían a su alrededor. Magni de Ox tenía una lanza atravesándole el cuello; muerto. Ran, su primo, tenía el pecho abierto; muerto. Aear el Blanco empuñaba su espada

rota; muerto.

«Una buena cosecha para la casa de Odín», pensó Hakan con amargura.

Los normandos formaron con los escudos y los jutos los atacaron de nuevo, implacables y deseando que la matanza llegase a su fin.

Gunnar recibió un corte profundo en su brazo y cayó hacia atrás. Hakan recogió una lanza y embistió con sus últimas fuerzas, vislumbró un hacha y se echó hacia atrás. Notó el beso del acero y cómo su yelmo retumbaba. Si su movimiento hubiera sido una fracción de segundo más lento, le habrían partido la cabeza en dos.

—¡Atrás!

Los jutos miraron a su alrededor. Haldan estaba con ellos; la máscara de bronce de su yelmo resultaba amenazadora y fría.

—No perderemos a nadie más. ¿Deseáis clemencia? —le gritó al grupo de normandos. Solo quedaban cuatro de ellos, con los ojos amarillentos como los lobos, llenos de odio.

—Vete al infierno, juto —escupió uno de ellos—. Moriremos con los nuestros.

Haldan realizó un lúgubre gesto de asentimiento.

—Que así sea. Lapidadlos. —Sus hombres dudaron, inseguros—. Ya me habéis oído: ¡lapidadlos!

Se miraron los unos a los otros y luego bajaron la mirada al suelo. El collado estaba salpicado de rocas. Los norteños gruñeron varios improperios al comprender lo que iba a suceder a continuación.

Las rocas se les vinieron encima, y en un momento hasta el último de ellos se desplomó al suelo. Los jutos saltaron sobre ellos y acuchillaron todo cuanto se movía.

Por fin el collado quedó en silencio, solo interrumpido por los jadeos de los vivos y los gemidos de los moribundos.

Hakan se dejó caer, exhausto.

—¡Victoria!

Miró a su padre, que permanecía erguido con su espada apuntando hacia el cielo.

Los demás lo vitorearon. Gunnar se desplomó con la cara pálida y una fuerte hemorragia en el brazo, que colgaba inerte y ensangrentado en su costado. Garik no tenía mejor aspecto. Sus calzones presentaban una mancha de sangre oscura en el muslo.

El tobillo de Hakan palpitaba. Ahora era un asesino. Un hombre que había demostrado su valor. Mientras estaba sentado sobre la hierba, jadeando para intentar recuperar el aliento, las palabras de su madre brotaron de la nada: «Serás un hombre, no un monstruo». Recordó el terror ocre en los ojos del chico, el sonido sibilante que oyó al sacar el hacha de su cuerpo.

«Un monstruo». Sí, ¿qué era eso?

Su padre continuaba mirando las nubes, radiante bajo el sol naciente.

—Un cielo rojo para un día rojo. —Envainó su espada y contempló lo que quedaba de sus hombres—. Tú, Dag. —El asesino de rostro sombrío dio un paso

adelante—. Llévate a Hakan e inspecciona su barco. Y las mujeres. —Le dirigió a Dag una mirada intensa—. Si aún siguen con vida.

Dag asintió y se pasó la lengua por los labios.

—Necesitamos un arquero. ¿Dónde está Eskel?

El aludido se abrió paso entre los demás.

—Ve tú también. —Haldan apuntó hacia el oeste, por donde el terreno descendía hacia el mar—. Tened cuidado. Quiero a las mujeres vivas, pero si hay más de un guardia, volved aquí. No quiero más hombres muertos.

Los tres avanzaron en silencio. Por encima de ellos, los cuervos y las gaviotas se reunían para darse un festín. Desde la cima del collado, Hakan contempló el barco normando a lo lejos, varado y con su casco inclinado hacia un lado y negro como el alquitrán.

No se veía ningún movimiento.

—Vamos —dijo—, ahí no hay nadie.

Pero no había dado dos pasos cuando unos dedos, duros como el hierro, se hundieron en su hombro.

—Despacio, chico, despacio —le dijo Dag, con una sonrisa de dientes amarillentos—. No necesitamos apresurarnos, ¿eh? Quedémonos aquí un rato y vigilemos.

Lo empujó hacia una hondonada que no podía verse desde la playa. Eskel y él se agacharon a su lado.

Observaron el barco en silencio y no tuvieron que esperar mucho. Un soplo de viento rizó la vela y una cabeza pelirroja apareció debajo. Un normando saltaba de banco en banco hacia la proa.

—¿Es solo uno? —murmuró Dag, impertérrito—. ¿Crees que puedes acertarle desde aquí?

—Está muy lejos —repuso Eskel, mientras colocaba ya una flecha en su arco—. Vas a tardar en olvidar esto.

—Limítate a no fallar —siseó Dag.

El guardia estaba inclinado sobre la borda, haciendo visera con la mano para otear el collado.

—No puede vernos —susurró Hakan.

—Por supuesto que no puede vernos —dijo Dag, y escupió al suelo—. Pero muy pronto podrá sentirnos, ¿eh? —Una risotada se ahogó en su garganta mientras le daba una palmada al mango de su cuchillo.

Eskel tensó su arco hasta que crujió y luego, con un sonido semejante a un silbido, la flecha cruzó el cielo. Dibujó una gran parábola. Hakan la perdió de vista durante un instante y deseó que reapareciese en el pecho del normando. En lugar de eso, oyeron un golpe seco y la vieron caer a medio metro del objetivo.

—¡Inútil! —bufó Dag, poniéndose en pie—. Se acabó la vida fácil. Venga, allá vamos.

El guardia no esperó una segunda flecha. Saltó sobre los bancos para refugiarse bajo la vela antes de que ellos hubieran salido siquiera de la hondonada.

—Las va a matar —gritó Eskel.

—Será mejor que corramos, entonces —gruñó Dag, lanzándose pendiente abajo con Eskel tras él. Hakan los siguió, todo lo rápido que le permitía su tobillo.

Aún estaban lejos cuando el primer alarido quebró el silencio.

Un alarido de mujer.

Luego otro. Chillidos que parecían pretender que el cielo se echase a llorar. Casi con la misma rapidez, su número fue reduciéndose cada vez más. Hasta que, de forma abrupta, cesaron por completo.

—¡Mierda! —gritó Eskel—. ¡Moveos!

Alcanzaron la playa, pero la arena blanda los frenaba.

—Con cuidado ahora —advirtió Dag, bajando el ritmo de sus zancadas.

La vela se hinchó, y la imagen que dejó a la vista produjo en Hakan el mismo efecto que si se hubiera dado de bruces contra un muro de piedra.

Allí estaba el normando pelirrojo, y a su espalda, una escena horrible.

Atadas al mástil estaban las mujeres de Vindhaven. La mayoría estaban quietas, mientras que otras aún sufrían los espasmos de la muerte. Unas estaban desnudas, otras vestidas apenas con harapos, sus cuerpos inclinados hacia delante, con las melenas sucias colgando al aire. Y en cada una de ellas se distinguía una horrible mancha escarlata: sangre, fluyendo aún de sus cuellos rajados.

—¡Bastardo! —gritó Hakan. Pero era demasiado tarde. El guardia saltó por la borda. Iba vestido con unos calzones sucios y una cota de malla bajo la que no tenía más que huesos. No podía ser muchos inviernos mayor que Hakan, y en su cara apenas había el anuncio de una barba incipiente y manchada en torno a la muela torcida de su boca.

—¿Qué has hecho, bastardo? —La crueldad se reflejó en los ojos hundidos de Dag.

El guardia se limitó a echarse a reír.

—Habéis hecho un largo camino para nada, follacerdos.

—Conque follacerdos, ¿eh? —Se rio Eskel—. Y yo que creía que era tu madre.

—Están todas muertas —dijo el guardia, con desdén.

—¿Crees que nos importan una mierda? —dijo Dag, indicando con la cabeza el grupo de mujeres asesinadas. Las cicatrices de su rostro formaron una lúgubre sonrisa—. No, es a ti a quien hemos venido a oír gritar, muchacho.

La sonrisa del guardia se estremeció.

—Estoy preparado para morir. —Empuñó una espada corta en una mano e hizo girar un hacha en la otra.

—Oh, estarás suplicando la muerte para cuando haya terminado contigo —bramó Dag, relamiéndose.

Sin previo aviso, el pelirrojo lanzó su cuchillo contra Dag, que lo detuvo con

facilidad con su escudo.

—Tendrás que hacerlo mejor que eso.

El normando recuperó su posición, pero Hakan había notado que tenía los ojos fijos en los otros dos. Se abalanzó hacia él y golpeó por la derecha. El guardia lo vio tarde y trató de defenderse con el hacha. Intentó retirarse, pero no pudo: las dos hachas quedaron enganchadas. Hakan dio un fuerte tirón, extendiendo su brazo. La punta de acero se deslizó hacia abajo y el hacha del normando quedó suelta.

Y con él, su mano.

—¡Aaahhh! —gritó, y cayó de rodillas mientras la sangre se vertía en la arena.

Dag le arrebató la espada de una patada y Eskel le aprisionó contra el suelo con una bota sobre el pecho. El guardia quedó tumbado, agarrándose el muñón.

Dag se colocó enseguida a horcajadas sobre él y empezó a golpearle con el pomo de su espada, una vez, dos veces. La cabeza del pelirrojo se fue hacia atrás y quedó inconsciente.

—Ahí lo tenéis —dijo Dag, sonriéndoles a sus compañeros mientras de las cicatrices de su cara se desprendían escamas de sangre seca. Del muñón del guardia salían chorros de sangre. Dag le soltó el cinturón y se lo anudó con fuerza en el brazo.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Hakan.

—Quédate por aquí, chico, y lo verás. Puede que aprendas algo.

Hakan no contestó. ¿Acaso no había visto ya bastante por un día?

—Vamos, muchacho —le dijo Eskel—. Dag trabaja mejor sin público.

—Haced lo que queráis —dijo Dag mientras sacudía los labios del pelirrojo. El otro empezó a recuperar el conocimiento, todavía aturdido—. Dejadle conmigo. Voy a hacerle sentir muy a gusto. —Se oyó un sonido de deslizamiento cuando desenvainó su daga—. ¿Verdad que sí, chico?

El otro solo pudo gemir, con el miedo reflejado en los ojos. La brisa extendió el agrio olor de la orina.

Hakan se giró para no verlo. Eskel ya avanzaba por la playa de vuelta al collado. El primer grito se oyó cuando Hakan alcanzó a su compañero.

—Si empiezan a gritar ya nunca paran —masculló Eskel, aumentando el ritmo de sus pasos.

—¿No gritan todos?

—Algunos no emiten ningún sonido. Otros chillan como cerdos. No puedes saber cómo se comportará un hombre solo por su aspecto.

—Este sí grita —murmuró Hakan. Pensó en las mujeres. La sangre de su pelo estaría ya coagulándose y sus cuerpos comenzarían a adquirir la rigidez fría de la muerte—. Supongo que se lo tiene merecido.

Eskel le dirigió una mirada de soslayo.

—Imagino que sí. Tal vez todos nos lo merezcamos de un modo u otro.

El guardia volvió a gritar, un sonido tan primitivo que Hakan tuvo que mirar hacia atrás. Vio a Dag tirando algo pequeño y rojo por encima de su hombro.

—Ahora parece una pérdida de tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Las mujeres. Fue por eso por lo que vinimos, ¿no?

—Así es —asintió Eskel, con gravedad—. Hel se las ha llevado, supongo. Pero no puedes cambiar lo que las nornas han tejido.

«¿No puedes?».

A menudo había imaginado a aquellas tres ancestrales hermanas en su lúgubre morada, muy lejos por debajo de los bosques y campos de su tierra, sentadas a los pies del Árbol del Mundo, haciendo girar sus hilos y tejiendo los destinos de los hombres. Cada hermana tenía un nombre: Lo Que Fue, Lo Que Es y Lo Que Será. Permanecerían sentadas allí hasta el Ragnarok, trabajando en su telar del destino en las tenebrosas profundidades de la tierra.

—Hemos hecho lo que hemos podido —murmuró Eskel, sorbiéndose la nariz—. Eso es todo.

Hakan asintió. Sí, habían hecho lo que habían podido. Y ahora podían regresar a casa.

«A Inga».

Arriba, en el viento, las gaviotas volaban en círculos y cada uno de sus chillidos sonaba estridente y burlón.

«Se están riendo de nosotros —pensó Hakan, alzando la mirada. Seguro que sí—. Riéndose de los sangrientos conflictos de los hombres».

En su cara se formó una mueca. «Que se rían. O que griten encolerizadas al viento». Los muertos ya cabalgaban hacia el Salón de los Caídos.

Pero él aún seguía con vida.

Continuó ladera arriba, sintiendo un dolor agudo a cada paso que daba. A su espalda, los gritos sonaban cada vez más débiles.



## 6

Konur estaba dando cuenta de su tercer plato de estofado de carne de venado. Encorvado hacia delante, arañaba el fondo del cuenco. Tolla y las chicas se habían sentado a su alrededor, y hacía tiempo que habían saciado su apetito.

Inga le había dicho a las esclavas que podían retirarse. El viejo Rapp, al fondo de la sala, parecía empeñado en abrir un agujero en el techo a base de ronquidos. Las llamas ondulaban en el hogar y el humo ascendía hacia el cielo del verano. Colgadas de la pared ardían varias antorchas que proyectaban sombras bailarinas sobre los tapices.

Einna soltó una risita e Inga le lanzó una mirada de reproche.

—¿Qué? —dijo Einna, con una mueca—. Es un joven de buen comer, eso es todo.

—Tendríais que estar bajo el techo de mi padre —comentó Konur, y apartó el cuenco a un lado, satisfecho por fin—. Con cuatro hermanos, te toca irte a la cama con el estómago vacío si no puedes comer tan rápido como un cerdo hambriento.

—Desde luego te has tomado esa idea al pie de la letra —dijo Tolla.

—Cuatro más —dijo Einna, con los ojos abiertos como platos—. ¿Y todos ellos tan guapos como tú?

—Deja de molestarlo —le espetó Inga.

—No me molesta —intervino Konur, y le dirigió a Einna una sonrisa.

Se quedaron un momento en silencio.

—¿Te gusta la comida, entonces? —preguntó al fin Einna.

—Estaba muy buena.

Einna soltó un chillido y dio una palmada.

—Sabía que te gustaría. Se lo dije a Inga. Aunque fue ella la que me enseñó la receta, y Tolla la que se la enseñó a ella. ¿No es verdad, Tolla?

—¿Es necesario que te comportes como una niña tonta? —gruñó Tolla.

—Es una gran muestra de hospitalidad. Digna del mismísimo Thor. —Konur se estiró y se dio con la mano abierta en la barriga—. Aunque he echado en falta la conversación... exceptuándote a ti.

Einna volvió a soltar una risita.

—¡Oh, yo no paro de parlotear en todo el día! —«En eso no se equivoca», pensó

Inga.

Tolla puso los ojos en blanco.

—Deja ya de hablar, pequeña niña tonta.

—Oh, déjala en paz —dijo Inga, envolviendo a Einna con su brazo protector—. No puede evitarlo. ¿A que no, tontita? Además, él está acostumbrado a que las mujeres se pongan empalagosas con él. ¿No es así? —Konur alzó una ceja—. No seas vergonzoso. —Inga decidió que le gustaba burlarse de él—. ¿Sabéis? Nussa me contó que Konur había besado a todas las esclavas en cinco leguas a la redonda de Karlsted.

—Y ha hecho más que besarlas —añadió Einna.

—No sabía que te interesaban tanto mis besos.

—¿A mí? No seas engreído. No es algo que me importe. Supongo que cuando la gente no tiene nada que decir, se inventa cualquier tontería.

—No deberías creer todo lo que oyes decir a los borrachos. —Konur dio un largo trago, sin apartar en ningún momento su mirada de la de Inga. Ella cambió de postura. «Le encanta mirar fijamente con esos enormes ojos grises suyos»—. No obstante —admitió Konur—, tienen razón en una cosa: me gustan las mujeres.

El resoplido burlón de Tolla pudo oírse en el extremo opuesto del salón.

Konur se echó a reír.

—Bueno, ¿a qué hombre no le gustan?

Tolla devolvió su jarra a la mesa con un golpe seco.

—¡A muchos! Querer llevarse a la cama a una esclava o a tres, y apreciar a las mujeres no es la misma cosa. Un hombre puede odiar a una mujer y adorar sus tetas al mismo tiempo.

—¡Tolla! —chilló Inga. Einna parecía haberse transformado en una fuente de risitas y resultaba evidente que se lo estaba pasando bien.

—¿No puede un hombre apreciar a una mujer en ambos sentidos? Para mí, sois todas fascinantes.

—Claro, claro —dijo Inga—. Puede que hayas olvidado lo que me dijiste en la fiesta. Parecías mucho más fascinado por las tetas que por cualquier otra cosa. —Inga sabía que debería estar enfadada por lo que había ocurrido. Pero ahora se le antojaba algo ridículo.

Konur pareció de repente avergonzado.

—Bueno, quizá no sabía lo que estaba diciendo.

—Entonces ¿no te hago suspirar por mí? —Inga fingió una mueca mientras disfrutaba de la incomodidad de Konur.

—No, yo... —El joven soltó un bufido—: Te estás burlando de mí.

—¿Nadie lo había hecho antes?

—No tanto.

—Muy bien, bienvenido a la clase. Forma parte de nuestra hospitalidad aquí en Vendlagard.

—Me alegro por ello —dijo Konur con una sonrisa—. Si tú eres la maestra. De todos modos, ¿aceptarás una disculpa?

—¡Ja! —soltó Tolla—. ¿Te piensas que todo se soluciona así de fácil?

Inga se enfadó. No le gustaba que Tolla le dijera lo que debía hacer. Pero Konur no le había preguntado a Tolla, después de todo.

—Supongo que la aceptaré.

Tolla le dirigió una mirada vehemente, pero Inga no le prestó atención. Era mejor olvidar el asunto. Sería Hakan quien tendría que cargar con el rencor por los dos.

—¡Excelente! —exclamó Konur—. ¿Brindamos por ello?

—¿Por qué no? —aceptó, encogiéndose de hombros. Dio una palmada y añadió—: Vamos, ¡brindemos todos!

Acercaron las jarras y Konur sirvió en ellas el líquido ambarino. Las jarras tintinearón al brindar y las vaciaron de un trago. Konur volvió a servir.

—Otra.

Pero Tolla negó con la cabeza.

—No para las chicas. No es propio de mujeres...

—... convertirse en putas borrachas —cantaron las dos chicas al unísono, rompiendo a reír a carcajadas.

—¡Querida Tolla, ya lo sabemos! —Inga le plantó un beso a Tolla en la mejilla—. Vamos, no es demasiado fuerte. Solo beberemos a pequeños sorbitos.

—Tu tío no te lo permitiría.

—Si tanto le preocupa una segunda jarra de cerveza, ¡puede volver y detenerme!

Las chicas dieron otro trago. Einna derramó el suyo y se echó a reír una vez más.

Inga se limpió la boca con la manga.

—Veamos, Konur, hijo de Karsten, heredero de las tierras de los Karlung, cuéntanos. Somos todo oídos. ¿Qué tenemos que te resulte tan fascinante?

Konur se inclinó hacia delante.

—Sois un auténtico misterio.

—Un misterio, ¿eh? ¿Has oído eso, Einna?

—Lo sois. Sois un consuelo y un terror. Insondables como el océano, salvajes como los vientos del norte, hermosas como el sol del otoño. Amargura y dulzura en un mismo bocado. —Konur terminó su definición apretando los dientes.

Inga le lanzó una mirada a Einna. «La tonta tiene los ojos como platos».

—Madre mía, suenas como un juglar. Imagino que sueltas unas pocas palabras bonitas como esas y una chica está dispuesta a levantarse las faldas para ti, ¿no es así?

—No lo niego. —Sonrió Konur—. Pero eso no significa que no lo piense de verdad.

—¡Y eso lo hace mucho mejor, supongo! Bueno, no todas somos tan hermosas como dices. He visto cerdos lamiendo mierda de un palo más bonitos que mis tías.

—¡Inga! —la regañó Tolla.

—Tengo razón, ¿no es verdad? —Se rio Inga.

—No han sido besadas por Freya, esa es la verdad —asintió Einna con fervor, como si ese fuera un dato que mereciera la pena tener en cuenta.

—No como vosotras. —Konur intentaba mantenerle la mirada a Inga, pero ella no se lo permitía. Resultaba muy halagador, pero no estaba dispuesta a jugar a aquel juego con él. Mientras tanto, el malestar de Tolla iba en aumento.

—Me pregunto si los labios de tus hermanos derraman también tanta miel como los tuyos.

—Apenas. Karni está demasiado ocupado pensando en su próxima broma, y Kufri no para de cantar canciones con su madre.

—¿Y los otros?

—¿Los renacuajos? Apenas acaban de dejar de mearse encima.

—No da la impresión de que te gusten mucho —comentó Inga—. Siempre pensé que sería agradable tener un hermano.

—Los hermanos traen sus propios problemas —dijo Konur, terminando de un trago su cerveza—. Ya sabes lo que se cuenta. De Brani y Brusi. Gerdrik y Arnulf. Feng y Horvand. Las tierras de mi padre serán mías. Los hermanos se han matado entre sí por menos que eso.

—¿Te das cuenta de lo estúpido que suena?

—¿No confías en ellos? —preguntó Einna.

—Ahora no son un problema. Pero todos crecemos. Solo me aseguro de que sepan cuál es su sitio.

—Oh, apuesto a que eso se te da bien —dijo Inga.

Konur se echó hacia atrás, observándola.

—Te gusta reírte de mí, ¿eh?

—Eso es porque sueñas ridículo. Te tomas a ti mismo demasiado en serio.

—Bueno, es un asunto serio... Ser yo.

Se miraron fijamente el uno al otro, y esta vez Inga no apartó la mirada.

De pronto rompieron a reír. Konur echó la cabeza hacia atrás y soltó varias carcajadas.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Einna.

Inga meneó la cabeza. Ni siquiera ella misma lo sabía.

—Hablemos de tu primo Hakan —dijo Konur, cogiendo la jarra otra vez—. Ese chico es serio como la viruela.

La mención de su nombre causó un sobresalto repentino en su cabeza. ¿Cómo era posible que en todo aquel rato allí sentados se hubiera olvidado de él?

—Tú no lo conoces —dijo, repentinamente seria. «Nadie lo conoce como yo».

—No creo que me interese conocerlo.

—Bueno, deberías. Es... —Se controló a sí misma. «Es atractivo. Gentil, salvaje, fuerte... Es... mío». Deseaba gritarlo. Pero nadie debía saberlo—. Pregúntale a Einna, lleva años enamorada de él. ¿No es verdad?

—¡Cállate! —le espetó Einna, poniéndose colorada.

—Es muy triste —se burló Inga, colocando su mano sobre la mejilla de Einna—. Como una de esas viejas canciones. Él no siente lo mismo por la pobre Einnaling.

—No puedo entender por qué —repuso Konur.

—Ahí lo tienes, pequeña tontita. —Sonrió Inga. Einna se había ruborizado por completo—. Deberíamos enviarte a Karlsted. Puedes escoger un esposo entre los hermanos de Konur. —Einna se sonrojó aún más e Inga aplaudió con júbilo y añadió—: ¿Qué tal el que se moja los calzones?

—¿No te he dicho que cierres la boca? Tendré catorce este invierno. Pronto me casaré con un hombre que haya demostrado que lo es. No con un crío mojacalzones. Un hombre como... bueno, como tú. —Einna dirigió una mirada de adoración a Konur.

—¡No puedes haber olvidado a Hakan con tanta rapidez! —Aunque, ¿acaso no lo había hecho ella misma?

—Como Hakan, entonces —añadió Einna—. Sí, por supuesto que como él. —Y soltó un suspiro soñador.

—No puede decirse que Hakan sea un hombre —dijo Konur, sorbiéndose la nariz.

—¿No te enseñó tu padre que solo un idiota insulta a un hombre bajo su propio techo?

—No le veo por aquí, ¿tú sí? Además, este no es su techo.

—Lo será.

—De un tonto no se obtienen más que disparates —escupió Tolla, antes de desaparecer tras su jarra de cerveza.

—Bien dicho —convino Inga.

—¿Es eso cierto? Bueno, solo para demostraros que estáis las dos equivocadas, aquí va otro brindis. Vamos. —Konur sirvió otra vez sus jarras hasta llenarlas hasta el borde—. ¡Por Hakan! Hijo del «gran» lord Haldan, que regrese sano y salvo. Y entero.

Sus palabras hicieron regresar de golpe el temor de la tarde. Inga sintió que el miedo le oprimía el corazón, frío y cruel. «Sí, poderoso Frey —rezó—, tráemelo de vuelta». Apretó la jarra con fuerza.

Konur dio un golpecito en cada una de las jarras.

—Ahí tenéis, bebed ahora. —Tolla pareció dudar—. Todas. —Bebieron—. Estoy de tu parte, de todos modos, Einna —dijo Konur tras limpiarse los labios—. Yo también he estado pensando en el matrimonio.

A Inga le faltó poco para volcar su jarra.

—¿Tú?

—¿Por qué no?

—¿Y romperle el corazón a todas esas esclavas enamoradas? —se burló Tolla—. No lo creo.

—¿No? —Konur esbozó una amplia sonrisa—. Ya tengo una edad. Poseo tierra, o

las poseeré. Necesito una esposa. —A Inga no le gustó la forma en que la miraba mientras hablaba—. «Quiero» una esposa.

—¿Y quién es la chica destinada a semejante buena fortuna? —preguntó Tolla. Inga se sintió obligada a admirarla. Con una palabra, Tolla podía hacer que casarse con Konur sonase peor que un baño invernal con orina fría.

—Nadie —repuso Konur, pasando por alto la burla—. Al menos, todavía. Pero será una mujer que merezca la pena.

—¿Que merezca la pena? —Inga golpeó la mesa con regocijo—. Como si tú supieras lo que es una mujer así, después de todas esas guarras esclavas.

—Me refiero a una mujer hermosa. De cuerpo fuerte, inteligente. Noble, leal, obediente...

—¡Dócil, tonta, sosa y muerta! Aburrída, aburrída. ¿Qué os pasa a los tontos babosos como tú? No quieres una esposa, ¿quieres una cabra solícita! —Inga no sabía por qué, pero estaba sulfurándose.

—Creo que esa mujer que buscas es maravillosa —comentó Einna.

—Claro que lo crees —le espetó Inga—. La ha sacado de alguna estúpida canción. Ahora que lo pienso, quizá deberías casarte con Einna. Los dos podríais flotar sin tocar el suelo con la cabeza en el cielo como dos nubecillas. —Soltó una carcajada y sintió que se le encendían las mejillas. La cerveza le estaba haciendo levantar la voz más de lo normal.

—Supongo que tú no quieres un hombre, entonces.

Inga refunfuñó. No le gustó su tono. Además, ella ya tenía un hombre.

—No necesito un esposo todavía. No soy tan mayor.

—Lo serás pronto —gorjeó Einna—. Y entonces tu tío empezará a buscarte pareja.

—¡No lo hará!

Ahora fue el turno de Konur de reírse.

—Eso le hará gracia a tu tío, sin duda. Sueñas si piensas que te dejará escoger a un hombre.

—No conoces a mi tío.

—Sé que es un hombre que conoce cómo funcionan las cosas. Un hombre de buen juicio, al menos esa es su reputación. Y es de buen juicio casarte con alguien que traiga provecho a los tuyos.

—El mundo es un lugar absurdo si en él se trata a las mujeres peor que al ganado. —Ahora Inga estaba realmente enfadada—. Atándolas y subiéndolas a un carro para llevarlas al mercado. Bien, mi tío puede intentarlo, si quiere. No me ocurrirá a mí. Soy libre, como mi madre lo era. La gente intentó que ella hiciera lo que querían, pero nunca se rindió. ¿No es cierto, Tolla?

—Lo es, pequeña —la calmó la mujer, alisando con una mano los rizos rebeldes de Inga.

—Mi madre se casó por amor. Mi padre se casó con ella por amor, no por

provecho, como tú lo llamas. Yo haré lo mismo. No quedaré atada por una estúpida costumbre solo porque alguien diga que debe ser así. El mundo entero quedará sumergido en el mar antes de que yo acepte eso.

—Pero el mundo es así. —Se rio Konur—. No puedes escapar. Tendrías que ahogarte en el mar antes de que eso cambie. —Meneó la cabeza, divertido—. Y dices que soy yo el que tiene la cabeza llena de canciones.

—Suenas como una canción, cuando te pones a hablar así —convino Einna.

Inga estuvo a punto de patear la mesa. «No lo entienden. La vida es una canción. Si Hakan volviera».

—¡Lo tengo! —exclamó Einna de pronto—. ¡Eres Guldis! Claro, eres igual que ella. Encerrada en su palacio nevado. ¿Has oído esa canción, Konur?

—Toma, no puedes cantar con la garganta seca. —Konur alzó su jarra y Einna hizo chocar la suya contra la de él, excitada.

—Estás intentando emborracharnos. —Las palabras de Inga sonaban torpes ya en su boca—. No somos tan estúpidas como las hijas de tus compañeros. —Sentía las mejillas arder—. ¿Verdad que no lo somos, Tolla? —Le dio un apretón a la mano de Tolla. La otra le devolvió una sonrisa afectuosa. «¿Acaso pensaba Konur que era tan fácil? ¿Después de lo que hizo la última vez?». De repente, quería oír la canción más que ninguna otra cosa—. Vamos, Einna. ¡Canta! ¡Canta, Einnaling!

Y Einna cantó, con su voz pura como un rayo de sol, sus dedos pálidos marcando el ritmo sobre la mesa. Inga cerró los ojos.

*Negras eran las bayas y verdes las hojas,  
cuando escapó el ladrón de Asgard.  
Con el polvo de Freya y el pellejo de Frey,  
Loki voló más allá de la noche y el día.*

*Conocía a una doncella en una ciudadela en lo alto de un peñasco,  
donde las águilas anidan y los halcones chillan.  
Durante mucho tiempo ella había llorado mientras el viento gemía,  
pues ningún hombre pasaba por aquel sendero de piedras.*

*Los inviernos venían y se marchaban,  
la doncella solitaria, con sus labios muy rojos,  
cantaba sobre un amor que había conocido,  
de besos suaves como el rocío de la mañana.*

*Loki se deslizó en la piel de Ingvi,  
y como un lobo se presentó donde ella vivía.  
Sola, asustada, la doncella...*

Einna se detuvo y sacudió la cabeza.

—Sola, asustada, la doncella estaba... —De repente, frunció el ceño—. ¡Mierda de cerdo! —exclamó, consternada—. He olvidado cómo sigue.

Así que fue Inga la que continuó:

*Sola, asustada, la doncella gritó.*

*El lobo al que había temido en sus sueños más oscuros.*

Siguió cantando mientras las antorchas se iban consumiendo. Su voz era algo más oscura que la de Einna al cantar sobre el amor persuasivo de Loki, de los monstruosos hijos a los que Guldís dio a luz: hombres lobo, cambiadores de forma. De terror y sangre, de la llegada de un héroe y la muerte de su horrible prole, de su amor apasionado. La canción terminó.

—Tienes una voz muy dulce —murmuró Konur.

Inga sonrió.

—Tan dulce que he hecho que Tolla se quede dormida. —Miró con cariño a su criada, que tenía la cabeza entre las manos, y los mechones plateados de su pelo emitían destellos dorados a la luz de la chimenea.

Los ojos de Einna aún brillaban.

—Canta tú una, Konur. Si puedes.

—¿Si puedo? —inquirió, alzando una ceja oscura—. Júzgalo tú misma. Pero, antes, otro trago. —Sirvió más cerveza y murmuró—: Mientras vuestro perro guardián duerme.

Konur dejó su jarra en la mesa. Su voz era profunda. Cantaba casi en un susurro, y enseguida Inga se descubrió arrastrada por la historia que contaba, que era más triste que la de la canción que ella había cantado. La melodía era una mezcla de amargura y dulzura. Konur urdió bien el relato: de tierras lejanas y reyes crueles, de amor fiel, de pérdidas y triunfos, de sabiduría y, finalmente, de muerte.

A medida que la canción avanzaba, los pensamientos de Inga se vieron arrastrados por ella. Konur sabía cantar, no había duda. Y cuando acabó, supo que la voz del joven había cautivado su corazón.

La última nota murió, dejando tras de sí tan solo el crepitar del fuego. La canción había sido muy larga, y ahora solo quedaba ella despierta. Einna estaba encogida a su lado, profundamente dormida, respirando con fuerza y suspirando en algún sueño.

—Deben alegrarse de oírte en torno a los fuegos de Karlsted.

—A todo fuego le gusta una canción. —Esta vez no la miró. Sus ojos pálidos estaban fijos en las llamas—. ¿Lo sabías?

—Lo había oído antes, hace tiempo. O algún dicho parecido.

Konur se apartó del fuego y sus ojos dulces se posaron sobre ella. Pero no dijo nada. En lugar de eso, permanecieron allí sentados, como si el silencio fuera a durar



para siempre. Inga gimió para sus adentros. ¿Qué estaba haciendo? «El aire apesta a problemas». Pero en vez de un gemido, lo que escapó de sus labios fue una risa: una risa nerviosa y tintineante que en nada parecía suya.

—Admito, Konur, que puedo entender por qué todas esas chicas caen a tus pies. —Volvió a reírse. Se sentía más fuerte cuando se reía de él—. Puede que funcione con ellas. —Se inclinó hacia delante y le dio una palmada suave en la mejilla—. Pero no lo hará conmigo.

De repente, Konur la sujetó por la muñeca. Inga trató de liberarse, pero él la aferró con fuerza. Una punzada de miedo la atravesó. Tiró otra vez, con insistencia, y logró librar su mano.

—Es tarde.

Konur la miró feroz, con aquellos ojos afeminados mostrando su propósito, y por un efímero instante, a Inga le pareció distinguir algo cruel acechando tras su belleza.

Sacudió a Einna. Su amiga parpadeó soñolienta y se desperezó. Inga se puso en pie y al hacerlo se sintió de repente inestable.

—Oh, demasiada bebida. —Apartó la jarra. «Demasiada».

Fue hasta Tolla y la despertó con delicadeza. Einna ya estaba tumbándose otra vez y a punto de quedarse dormida, pero Tolla se levantó y la obligó a ponerse en pie, empujándola hacia la escalera que daba al dormitorio, en un lateral de la sala.

—Tú también —llamó la criada, antes de subir la escalera detrás de Einna.

Inga desapareció entre las sombras y regresó con una manta tejida en la casa.

—Los hombres duermen ahí. —E hizo un gesto cansado hacia el dormitorio en el lado opuesto.

—Muy bien —dijo Konur, e Inga le dio la manta.

—Buenas noches.

Konur miró hacia las sombras. Las otras estaban tan en silencio como los muertos.

—Inga, cuando hablaba de una esposa, me refería a ti —susurró de pronto—. Por eso estoy aquí.

—¡Chis! No seas ridículo.

—¿Por qué es eso ridículo? —Su voz sonaba quejumbrosa. Estúpida.

—Porque... —empezó Inga—. Porque... —«Por mil razones... ¿O es solo por una?»—. Porque no tengo edad de casarme. Porque ni siquiera quiero pensar en matrimonio. No contigo. Ni con nadie —mintió. Le dio la impresión de que necesitaría mentir muchas veces.

—Pero pronto serás lo suficientemente mayor. La próxima primavera. Y... y yo te quiero.

—¡No, no es verdad! —siseó, enfadada porque él fuese tan patoso. Y preocupada por si Konur hacía algo que lo empeorase aún más.

Pero él ya la había rodeado con un brazo y su boca avanzaba hacia la de ella. Inga interpuso la mano entre ellos para empujarlo.

—¡Para, Konur! —Pero su cara ansiosa continuaba presionando hacia delante—. ¡Para! —Se revolvió y luchó hasta conseguir liberarse—. No debes hacer eso.

—Pero... Pero yo...

—Tú no me amas. ¡Deja de decirlo! ¿Cómo puedes hacerlo? ¡Ni siquiera me conoces!

—¿Cómo sabes lo que yo siento?

Inga retrocedió. Él tenía razón; ella no sabía lo que él sentía. Lo cierto era que ella ni siquiera sabía cómo se sentía ella misma en ese momento.

—Vete a dormir. —Y cuando hubo la suficiente distancia entre ellos, corrió hacia la escalera.

—¡Inga! —la llamó Konur. Las manos de la chica ya estaban sobre el pasamanos—. ¿Hay alguna posibilidad?

Inga miró hacia atrás por encima de su hombro.

—No —insistió, pero la expresión de Konur era expectante, como la de un perro que sabe que recibirá lo que quiere con solo quedarse quieto y esperar. «¡Pues bien, que espere hasta el Ragnarok!»—. ¡No! —siseó otra vez, deseando gritarlo.

En vez de eso, puso el pie en el primer peldaño. Pero para cuando llegó arriba, se estaba preguntando por qué su «no» había sonado tan parecido a un «sí».

Muchas leguas al norte, Hakan contempló las crestas blancas de olas oscuras alrededor del casco, una pequeña brisa haciendo silbar la vela, el viejo miedo al mar royendo sus entrañas.

El casco se inclinó y una salpicadura de agua le hizo estremecerse. Dos barcos habían partido hacia el norte, solo uno volvía a casa. El otro, lleno con sus muertos, vagaba hacia el sol poniente con las llamas lamiendo su mástil y sus cabos. El camino de fuego conduciría a sus camaradas al palacio de Odín.

Habían recuperado todo lo que los normandos habían robado, dejando tan solo atrás a las mujeres muertas. Su padre ordenó que el barco fuese quemado en la playa, haciendo oídos sordos a las protestas de Eskel de que se trataba de un buen navío. Hakan había observado cómo la piel de las mujeres se carbonizaba antes de que el humo se las tragase. A los normandos muertos los dejaron donde habían caído.

«Alimento para los cuervos».

La carnicería había terminado. Pero la muerte todavía les rondaba.

Los dos hombres que había a su lado estaban desplomados contra las tablas, moribundos. El rostro de Gunnar estaba demacrado, su mejilla destrozada, pequeños pegotes de sangre negra pegados a su barba gris. Pero era la herida de su brazo la que lo estaba matando. Garik se hallaba poco mejor. Al principio había ocultado la herida de su muslo. Pero al final se había visto obligado a mostrarla. Era profunda. Al segundo día sus bromas habían cesado, y sus calzones y sus mallas estaban empapadas de sangre.

«¿Qué le dices a un hombre que ya está muerto?».

El viento soplaba racheado. Gunnar tembló a causa de un escalofrío.

—¿Necesitas otra manta?

Gunnar respondió con una mueca.

—Tráeme otras diez; no notaré ninguna diferencia.

Hakan se recostó contra las planchas. Su mano se deslizó hasta su propia herida, por encima del ojo. Le escocía a causa del aire salado, se le había hinchado y estaba blanda al tacto. Le dolía la cabeza. Pero había superado la tormenta de Skogul. De algún modo. Y si Njord, el dios que gobernaba aquel territorio miserable y húmedo, no era un auténtico hijo de perra, sus pies volverían a tocar la playa de Vendlagard. Y él volvería a tocarla.

Viviría. Aquellos hombres no.

—¿Tienes miedo a morir?

—No. Solo lamento hacerlo. —Los hombros de Gunnar se alzaron al soltar un suspiro de agotamiento—. ¿Alguna vez has amado a alguien?

Hakan jugueteó con el amuleto entre sus dedos.

—No —mintió. Oyó que Garik se reía en la penumbra. Quiso mandarlo al diablo, pero entonces recordó que estaba muriéndose.

Gunnar trató de cambiar de postura.

—Siento no poder ver de nuevo a mi Freya.

—Te olvidarás de ella muy pronto, en cuanto cruces el puente del arco iris —refunfuñó Garik.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Considero que tuve mi ración de mujeres. No me arrepiento de nada.

—Al menos ella puede estar orgullosa de ti —dijo Hakan. Nada más decirlo, se sintió estúpido.

—¿Por morir? —Gunnar negó con la cabeza—. Más bien me tomará por necio.

—Pero los caídos vivirán con honor en el palacio del Dios Supremo.

—Lo harán —asintió Gunnar—. ¿Seguimos siendo los caídos si morimos en este cascarón hediondo? Supongo que este bastardo larguirucho y yo lo descubriremos pronto.

—No lo dudes —asintió Garik, con la voz áspera.

—Partimos en un viaje del que nadie regresa.

—Me aseguraré de preguntarte cuánto deseas regresar cuando una valquiria te meta la lengua en la boca —dijo Garik, con una risa ahogada y frágil.

Gunnar señaló con un gesto el odre y Hakan se puso en cuclillas para darle un sorbo.

—Es un pozo de riquezas y misterios.

—¿El Valhalla?

Gunnar soltó un débil bufido y negó con la cabeza.

—El corazón de una mujer. Podrías vivir un centenar de vidas y no llegar nunca a

entender el corazón de una mujer.

—Pareces una jodida mujer hablando así —siseó Garik.

—Puede que el amor haga hablar así a los hombres. El amor, y la muerte.

—Todos acabaremos en el mismo lugar. Si portas acero...

Hakan vio que Gunnar se estremecía en la oscuridad. De repente se sintió triste escuchando a aquellos hombres hablando como dos espíritus ya muertos.

—¿Por qué debemos morir así?

—Morimos porque debemos luchar —dijo Gunnar—. Luchamos porque debemos vivir.

—¿Vivir para qué?

—Vivimos para que un día muramos bien.

«No tiene sentido». Pero Hakan guardó sus pensamientos para sí mismo.

—El frío me está atravesando —masculló Gunnar, con su voz convertida en una llama titilante—. Guarda bien nuestros nombres, muchacho.

—Lo haré —susurró.

—Que el río de sangre me lleve, pues. A donde quiera que sea. —Gunnar se giró a un lado, tirando de la manta para cubrirse.

—Creo que dejaré a las doncellas en tus torpes manos —dijo Garik, y su boca se distorsionó con la última de sus sonrisas—. Que la suerte te acompañe más de lo que me ha acompañado a mí.

Garik cerró sus ojos, deslizándose por los tablones de madera hasta que quedó tumbado por completo. Hakan contempló la silueta de sus compañeros, temblando de frío hasta que por fin se quedó dormido.

Cuando despertó era de día y supo que sus amigos habían muerto.

Extendió el brazo y tocó el hombro de Garik. Duro como una piedra. Un charco de sangre se había coagulado en torno a los dos hombres, de forma que se había mezclado al morir.

Oyó una pisada y levantó la mirada para ver la silueta de su padre recortada contra el cielo gris.

—Se han ido. —Su padre esbozó una sonrisa lánguida—. Demasiados. Caídos, me refiero.

Haldan asintió y le tendió la mano. Hakan se dejó tirar hacia arriba hasta quedar erguido.

—Ven. —Su padre se encaminó hacia la proa.

El viento removi6 el cabello negro como alquitrán de Haldan alrededor de su feo toc6n de oreja, regalo de un hacha de Amunding veinte a6os atrás.

«Viejas cicatrices».

Hakan se toc6 los trozos de cartílago bajo el cabello. Tenía sus propias cicatrices. «Si no te matan, te traen suerte». Eso decía su padre. Él debería saberlo. Pero había algo en la silueta que dibujaban los hombros de su padre que hablaba de algo más que la suerte, algo inquebrantable. Un desafío al mundo: «Túmbame si te atreves».

Hasta el momento, el mundo no se había atrevido a tumbarle.

Durante un rato, Haldan miró a lo lejos, por encima de las olas grises. Su padre nunca malgastaba palabras, pero no siempre brotaban de su boca con rapidez.

—El Dios de la Lanza me ha enseñado algo nuevo.

—¿El qué?

—Un nuevo tipo de miedo. —Haldan bajó la mirada hacia su hijo, y en sus ojos este pudo distinguir un destello de ternura—. Que iba a perderte.

—No esta vez.

—No, no esta vez. —Haldan volvió a mirar hacia el horizonte—. La sangre de nuestro linaje reposa en ti, Hakan.

—Lo sé, padre. —Lo había sabido desde que se ensuciaba los calzones, y su padre nunca había estado dispuesto a permitirle que lo olvidase.

—Había pensado en este día. Durante mucho tiempo he pensado en ello: en el día en que estarías a mi lado, para luchar. —Haldan se volvió hacia su hijo—. No puedo decir que no sintiera la tentación de mantenerte lejos del combate. Muchas veces. —Soltó una risotada—. Pero la verdad es que lo hiciste bien.

El corazón de Hakan se hinchó de orgullo. ¿Acaso cada gota de sudor que había derramado en su vida, cada rasguño que se había hecho, no habían sido para escuchar aquellas palabras de su padre?

—Sobreviví —fue toda su respuesta.

—¡Sí, sobreviviste! ¡Y eso es jodidamente bueno! —exclamó Haldan—. Este mundo es rojo por la sangre derramada. Es un mundo asesino. Un hombre toma todo lo que puede de otro. Incluso aunque solo sea una muerte gloriosa.

—¿Como tu padre?

—Tu abuelo fue un hombre hecho para este mundo, desde luego. Un asesino. Dejó el mundo más ensangrentado de lo que lo había encontrado. —Fruunció el ceño—. Provocó un buen montón de problemas para todos nosotros. —Haldan cogió a Hakan por el hombro—. Pero esa no es la única forma de vivir. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

Los brillantes ojos azules de su padre vagaron hacia la inmensidad del océano.

—Tu madre me enseñó la verdad que hay en esa afirmación.

—¿Aún la echas de menos?

Haldan negó con la cabeza.

—Un hombre no puede lamentarse eternamente. Pero sí puede recordar.

Hakan lo miró con desconfianza. Quería extender su brazo, poner la mano sobre aquellos anchos hombros que parecían sentirse obligados a soportar el peso del mundo entero. Decir algo que pudiera llenar el silencio. Pero ¿qué palabras podrían responder al amor perdido de su padre?

—Lo siento —dijo Haldan, tras un momento—. No estaba preparado para asumir el riesgo de perderte. De repente era algo tan próximo. Tan... posible. Todo lo que he hecho en estos dieciocho años ha sido por ti. Para verte seguro... preparado para

liderar a nuestra gente.

—He hecho todo lo que he podido para estar preparado. —A Hakan le dio la impresión de que su vida hasta ahora no había tenido otra razón de ser.

—En medio de esa carnicería, en lo único en lo que podía pensar era que si tú morías nada valdría la pena. Mi vida. Tu vida. La de tu madre... Nada.

De nuevo, Hakan sintió el peso de las expectativas de su padre, pesadas como si fueran hierro. Esa sensación le era familiar desde hacía tiempo, pero ahora se sentía diferente. Lo bastante fuerte para soportar la carga. Ahora era un hombre. Tenía a Inga. Sin embargo, su padre hablaba como si todo estuviera a punto de terminar. Para él, todo estaba empezando.

Los Vendling continuarían viviendo, tal y como su padre siempre había querido. Quizá podría hablarle de Inga. Tal vez Haldan se alegraría. Seguramente, siguiendo las viejas costumbres, su padre entregaría a Inga a otro hombre a cambio de un triste acre o dos, o de una pequeña cantidad de plata. Pero no tenía por qué ser así. Ahora él era uno de los hombres de su padre. Había matado para él. ¿No se merecía a la mujer que quisiera? De aquella forma, la sangre de los Vendling estaría asegurada. Mejor que eso, sería fuerte.

—Padre.

Haldan se giró hacia él, pero en el momento en que Hakan se disponía a hablar se oyó un grito en la popa.

—¡Mi señor!

Los dos se giraron hacia allí. Eskel estaba inclinado sobre el timón y señalaba hacia el nordeste.

—El viento ha cambiado. Eso de ahí no tardará mucho en alcanzarnos.

Un muro de oscuridad se acercaba velozmente bajo un cielo agitado. De pronto, un rayo restalló en la superficie del mar; la tormenta avanzaba hacia ellos, oscureciéndolo todo. El estruendo del viento aumentó de golpe.

—Atadlo todo —ordenó su padre. Por toda la cubierta, bultos de piel y mantas cobraron vida. Con la excepción de Garik y Gunnar. Ellos permanecieron quietos e inertes.

El Dios de la Lanza había dejado marchar a Hakan. Quizá solo para que el señor de los mares se lo llevara en su lugar. El muchacho ocupó su puesto, aferrándose a la borda mientras las olas se volvían blancas.

Inga se estremeció.

Adoraba las aguas frías del Cinturón de los Jutos, pero meterse en ellas siempre le daba escalofríos.

Esa mañana, un escalofrío era justo lo que necesitaba.

Todavía tenía en la boca el sabor amargo de la cerveza, y sentía los ojos hinchados, demasiado grandes para su cabeza.

«Los sentiré mejor bajo el agua... Todo estará mejor».

Era temprano. La luz de la mañana centelleaba en la superficie del mar hacia el este. Nunca podía dormir mucho más allá del alba, ni siquiera a finales de verano. Había salido sin hacer el menor ruido. Los demás aún dormirían un rato más.

El agua lamió sus muslos. La mayoría de los días se sentía fresca al respirar el aroma salvaje del mar, cubriendo sus ojos de la luz del amanecer. Pero esta vez se sentía enferma. No había bebido tanto la noche anterior, ¿o sí? Y ella no era como algunas chicas que apenas podían soportar unas pocas jarras de cerveza. Además, ya había estado borracha antes. Esto era diferente.

El viento era suave, las olas poco más que pequeños montículos de agua verde que pasaban deslizándose, casi cortésmente, antes de deshacerse en la orilla. Inga dejó que la siguiente ola se alzase sobre su cabeza y dio unas cuantas brazadas bajo el agua hasta que la sangre comenzó a calentar sus extremidades.

Emergió salpicando a su alrededor. La cabeza ya no le molestaba tanto. Su estómago estaba recuperado por completo.

¿Había hablado demasiado por la noche? ¿Acaso eso importaba? Dijera ella lo que dijera, Konur parecía decidido a intentar conquistarla. Si ella lo había animado de algún modo, había sido de forma involuntaria.

¿Había sido infiel a Hakan? Desde luego, a él no le habría hecho gracia que Konur hubiese intentado besarla. «¡Otra vez!». Pero ¿acaso eso era culpa de ella?

De repente se sintió enfadada, y golpeó el agua produciendo un chapoteo. «¿Por qué vino Konur aquí, ese idiota enamorado?». Si es que estaba enamorado. Más bien había ido para conseguir otra conquista. Bien, pues eso no iba a ocurrir. Tendría que marcharse hoy, esa misma mañana. Y entonces ella podría dejar de preocuparse.

«Todo irá bien cuando regresen», se aseguró a sí misma, justo antes de caer en la

cuenta de que había tropezado con el mismo horrible temor de antes. La misma interrogante: ¿regresarían?

¿Qué sería de ella si ellos no volvían? ¿Tendría entonces que entregarse a Konur? ¿O a alguien como él?

Sacudió la cabeza. «¡NUNCA!». De cualquier modo, Konur era un estúpido. ¿En qué estaba pensando, declarándose de aquel modo? ¡Y sin ningún estímulo por parte de ella! O casi ninguno... Solo se había mostrado amistosa. ¿Acaso no debía una anfitriona ser amistosa con un huésped? Recordó el rostro implorante de Konur, la infantil desesperación de su voz.

De repente sintió que su estómago se tensaba. Se tocó el vientre y notó un sabor amargo en la garganta. «¿Qué es esto?».

Gruñó y cogió una bocanada de aire, luego se sumergió. Era agradable sentarse así, bajo el agua. A salvo. Su mente siempre iba demasiado rápido. Galopando en una dirección, después en otra. Allí abajo había tranquilidad.

Emergió para respirar y sumergirse otra vez. Pero se detuvo; sus ojos habían visto algo.

Una figura había aparecido entre los árboles más allá de las dunas. Al instante reconoció a Konur avanzando hacia la playa.

«¿Cómo sabía que yo estaba aquí?».

Le irritó que alguien fuera a interrumpir su momento a solas, y que ese alguien fuera Konur. Lo observó acercarse, preguntándose si podía verla, repentinamente muy consciente de su desnudez. Sacó el largo gancho que sujetaba su pelo, se alisó los rizos, los juntó y volvió a colocar el gancho.

«Por supuesto que puede verme».

Konur estaba junto al vestido de Inga y el resto de sus cosas, amontonadas en la arena.

—¡Buenos días! —dijo en voz alta.

Inga no respondió. No tenía nada que decirle. Se limitó a mirarlo, de pie allí, con las manos en sus caderas, como si fuera el dueño del mundo entero. No podía llevar mucho tiempo despierto, ni siquiera se había molestado en ponerse sus botas, ni nada más aparte de los calzones y una túnica.

Inga deseó que se fuera. Aquel era su momento secreto. Con un gesto hosco, se sumergió de nuevo bajo la superficie, dejando escapar diminutas burbujas una a una. Si permanecía bajo el agua el tiempo suficiente, tal vez él se habría desvanecido cuando volviera a emerger, atrapado por el viento y arrastrado lejos, más allá del horizonte.

Esperó hasta que sus pulmones estaban a punto de estallar, pero cuando salió él continuaba allí.

—¡Ahí estás! —Se rio Konur—. Pensaba que te habías transformado en una foca y te habías marchado nadando. ¿Cómo está el agua?

—Fría. —«Tan fría como mi voz. ¿Puedes oírla, estúpido?».



—Bien, me gusta fresca. —Konur tiró de la túnica para quitársela.

—¡No, no lo hagas! —Su voz sonó ansiosa—. Quiero decir: espera, voy a salir. Pero no se movió. Konur seguía mirándola, sonriendo.

—¿Y bien? Creía que ibas a salir.

—Date la vuelta. ¿No te enseñó tu padre ningunos modales?

—Me enseñó exactamente lo que necesito saber. —La voz del joven sonaba diferente a la noche anterior. Había en ella ahora un toque de presunción. A Inga no le gustó—. No obstante, si te hace sentir mejor... —Miró hacia el norte, a lo largo de la franja de arena.

—¿Prometes que no vas a mirar?

—¡Por supuesto!

Inga no sabía si confiar en él. Pero tendría que salir del agua en algún momento, y sus ropas estaban a veinte pasos de la orilla. Tapándose con las manos, emergió del agua. Sintió un hormigueo por la piel al contacto con el aire fresco mientras recorría los últimos metros hacia la arena seca.

—No podía dormir —dijo Konur, mirando aún a lo lejos—. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—La cerveza aturde las mentes simples —repuso Inga, mientras avanzaba hasta la orilla—. Si no puedes soportarlo, no deberías beber tanto.

—No era la cerveza —contestó Konur, y se giró hacia ella—. Eras tú.

—¡Eh! —chilló, cubriéndose el triángulo oscuro entre sus piernas—. ¡Lo habías prometido!

Pero Konur parecía haber olvidado su promesa. Avanzó con ansia hacia ella.

—Me estaba volviendo loco, imaginando cómo sería besarte.

Intimidada, Inga se lanzó hacia sus ropas, desesperada por taparse.

Pero Konur se interpuso en su camino. Ella se detuvo, envolviéndose con sus propios brazos y mirando a todas partes excepto al rostro del muchacho.

—¡Déjame pasar! —Odió que su voz sonase más asustada que enfadada. Él estaba sonriendo satisfecho, pero no hizo el menor movimiento para apartarse—. ¡Por favor! Déjame pasar.

—Lo haré. A cambio de un beso.

—¡Eso es ridículo!

—Solo uno. Prometo que te dejaré pasar. —En sus ojos había un destello de travesura. Ya había roto una promesa. Pero, a pesar de todo, Inga no podía negar que era atractivo de un modo salvaje.

Quizás al ver que su resistencia se ablandaba, Konur dio un paso hacia ella.

—Habrá terminado en un momento. Puede que incluso te guste.

—Uno. Eso es todo. —Tal vez entonces la dejaría en paz.

Konur extendió los brazos y cogió su cabeza entre las manos, con tanta delicadeza como si ella fuera un gorrión. Inga lo vio aproximarse, vio la pequeña curva de triunfo en su boca, olió el aroma a almizcle de su cuerpo. Y entonces sus

labios estaban sobre los de ella, suaves como el rocío.

Pero después introdujo la lengua en su boca. Ella se sobresaltó, intentó apartarse, pero él la retuvo con fuerza y su mano se cerró sobre su pecho. Su tacto era frío, extraño. El efecto fue el de un relámpago. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué tonta! «¡Hakan!».

El pánico inundó su cerebro, empujó con ímpetu a Konur y echó la cabeza a un lado.

—Ahí tienes tu beso. ¡Ahora déjame ir!

Pero él solo refunfuñó algo incoherente, aferrándola y hundiendo sus pulgares en su carne. Inga chilló de dolor y, casi sin saber lo que hacía, lanzó un golpe contra su cara. Sintió cómo sus nudillos crujían en la sien de Konur y distinguió la sorpresa en los ojos del joven. Konur retrocedió, tambaleándose.

—¡Putá!

Pero ella no perdió ni un instante; se soltó y se deslizó junto a él, sintiendo una punzada de euforia al verse libre.

«¡Por los dioses, dejadme coger mis ropas!».

Era veloz, y estaba segura de que podría alcanzar la casa antes de que él la atrapase. Pero no había recorrido dos metros cuando algo la hizo tropezar. Se desplomó hacia delante y sintió la arena metiéndose en su boca.

Konur se lanzó sobre ella. Inga se revolvió, frenética, pero las manos fuertes del joven la sujetaron, abriéndose paso piernas arriba. Intentó patearlo, profiriendo un alarido espantoso semejante al chillido de una gaviota, pero su voz se perdió en la inmensidad del cielo. Konur ascendía por su cuerpo, avanzando de forma horrible e incesante. Ella se retorció con desesperación, golpeando su rostro lascivo, pero sus golpes resultaban inútiles. Una mano se cerró en torno a su garganta y la apretó tan fuerte que temió que fuera a quebrarle el cuello como si fuera un junco reseco.

—Es hora de algo más que un beso, cariño —se carcajeó Konur en su cara, y su aliento era hediondo. La apretó con más fuerza, clavando su cuerpo al suelo mientras tiraba de sus calzones. Inga no podía respirar. El pánico invadía su pecho. Su vista se había vuelto borrosa. Tenía la vaga impresión de sentir el miembro de Konur, hinchado, grotesco, golpeando en su vientre. Cerró las piernas, muslo contra muslo, notando cómo sus músculos ardían, pero él estaba decidido a colarse entre ellos.

De repente, Konur había separado sus piernas. Inga sollozó, aspirando aire frenéticamente, todavía luchando, pero Konur era demasiado fuerte. Sus partes íntimas explotaron de dolor cuando su monstruoso miembro golpeó contra ellas. Levantó la cadera, negándose a rendirse.

—Estate quieta, pequeña zorra —gruñó Konur, lanzando su cabeza hacia atrás con más fuerza. Algo le pinchó en el cuero cabelludo. Algo afilado y duro. Pese a su mente aturdida, recordó el gancho del pelo.

Lo cogió, ignorando el dolor, lo liberó de su pelo enredado y, con toda la ferocidad que había en ella, lo utilizó para golpear a Konur. La punta se hundió en su

espalda y el joven soltó un alarido.

Inga tiró del gancho y volvió a clavarlo, ahora con más fuerza, enterrándolo casi por completo bajo su omoplato. Konur se apartó de ella, chillando como un cerdo e intentando alcanzar el gancho que sobresalía de su espalda.

Inga tosió cuando el aire volvió a llegar a sus pulmones, rodó hacia un lado y se puso en pie tambaleándose, abalanzándose hacia sus ropas. Su cinturón estaba allí. Y en él, su cuchillo.

Al alcanzarlos, tiró a un lado su vestido y sacó el cuchillo de su vaina. No podía competir con una espada, ni con ningún otro tipo de arma de batalla, pero aun así tenía seis pulgadas de largo y un filo cruel como el invierno.

Había destripado a muchos animales salvajes con aquella cosa. «También destriparé a este si debo hacerlo».

Konur daba vueltas mientras escupía improperios y trataba de alcanzar el gancho que tenía clavado. Inga adoptó una posición de estar en guardia. Una vez Hakan le había dicho que era valiente. En esa ocasión, Inga había hecho frente a un asesino de bigotes grises y crueles ojos amarillos en el bosque. Ahora debía ser igual de valiente que entonces.

—¡Aaahh! —gritó Konur, extrayendo por fin el gancho de su espalda.

—¡Follacerdos hijo de puta! —chilló Inga, blandiendo su cuchillo, con sus hermosos rasgos distorsionados por la rabia. Konur se puso en pie, agachado y tanteando su herida. Su cara estaba pálida, pero aun así pudo formar una mueca de desprecio.

—¿Qué crees que vas a hacer con eso, zorra?

—Haré trizas tu cara bonita si te acercas a mí.

La expresión de Konur se volvió agria.

—No podrías cortarme. —Era un desafío temerario para proceder de un hombre desarmado y con su miembro viril colgando desnudo.

—¿Quieres averiguarlo? —Inga blandió el cuchillo, ignorando los mechones de pelo que se habían adherido a su rostro. Su cuerpo desnudo estaba tenso como la cuerda de un arco. ¿Acaso no tenía ella la sangre de los Vendling, como sus antepasados guerreros? «¡Tal vez ya sea la última que queda!»—. Vuelve al montón de mierda del que has salido, ¡o te rebanaré como a un puerco!

Con un bufido repentino, Konur alzó sus manos.

—De acuerdo. Me iré. Ya estaba cansado de tu hospitalidad, de todas formas. Jodida arpía —escupió—. Pero recuerda esto: serás mi esposa. Y cuando lo seas, disfrutaré azotándote para hacerte recuperar el juicio.

—Te lo juro: si los dioses son tan crueles, te despertarás la mañana de tu boda con esa jodida cosa incrustada en tu garganta.

Apuntó con su cuchillo a su entrepierna y Konur bajó la mirada hacia su miembro, ahora flácido, y retrocedió.

—Ya aprenderás, dulce Inga. —Su sonrisa parecía ahora zalamera. Inga se

preguntó cómo había podido malinterpretarla anteriormente—. Muy pronto, aprenderás.

—Lárgate.

Konur le dirigió una última mirada de desprecio y se alejó.

Inga le observó mientras subía por las dunas, aún frotándose la herida. Solo cuando desapareció bajo los árboles, notó que el ritmo de su corazón comenzaba a calmarse.

La tormenta duró tres días.

Corrieron delante de ella sobre olas altas como ciudadelas. La mayoría estaban mareados. Todos se sentían miserables; cada hombre tocaba su amuleto de ámbar, grababa runas en el pasamanos de la borda o murmuraba rezos a dioses cuyos oídos parecían demasiado lejanos más allá de los aullidos del viento.

Hakan se aferraba con todas sus fuerzas; su miedo a las profundidades se había convertido en una piedra en la boca de su estómago. El sueño venía en porciones muy cortas y su sueño era siempre el mismo: la ola envolviéndolo, el terror repentino, sus manos infantiles perdiendo el agarre, su grito ahogado por la fría agua salada que llenaba sus pulmones. Su padre le había salvado antes. ¿Quién le salvaría ahora?

El abismo se retorció a su alrededor, como si muy por debajo de ellos la Serpiente del Mundo estuviera removiendo las entrañas de la tierra. Pero, por fin, la tempestad amainó. Salieron de ella y comenzaron su travesía hacia el este y hacia su hogar.

Cuatro días más tarde, alguien gritó: «¡Tierra!».

—Hordaland —declaró Eskel—. La conozco tan bien como las tetas de mi esposa. —Debía de conocerlas bien, puesto que dos días después de virar hacia el sur pasaron la lengua de tierra que llamaban el Skaw, donde el océano Occidental se unía al mar del Este en un beso sin fin.

Hakan miró la franja de arena. El agua ahora era gris y sin vida. Cuando Inga y él habían cabalgado hasta allí a principios de verano era reluciente. Aquel había sido otro mundo.

—¿No vas a meterte? —había dicho ella. Hakan recordaba sus ojos, repentinamente serios, la boca entreabierta con un ansia que nunca le había visto antes.

Esa noche habían hecho el amor por primera vez, y la piel de Inga había brillado con un tono anaranjado y dorado a la luz del fuego. Se sentó a horcajadas sobre él, guiándole a su interior, tímida pero decidida. Su cuerpo pronto perdió su vergüenza, temblando bajo los dedos de él; su voz se había vuelto urgente, su delicioso calor lo había envuelto, sus párpados se habían estremecido en éxtasis.

«¿Qué había sido de aquella chiquilla?». El molesto montón de rizos siempre se interponía en su camino, irritante como una piedra en su bota. Aquella chica había

desaparecido para siempre. En lugar de ella, una diosa le había despertado mediante besos burlones.

—Ahora posees todo de mí —había susurrado Inga—. Será mejor que me cuides bien.

—Lo haré. Lo prometo.

Una promesa que pretendía cumplir.

En una brisa vespertina, el maltratado navío se deslizó hacia la costa. El vigía había hecho correr la voz: muchas mujeres y niños esperaban ya en la arena.

Los hombres saltaron al llegar a los bajíos en busca de sus esposas. Los niños llamaron a sus padres; las madres, a sus hijos guerreros. Hakan contempló cómo Dag avanzaba a grandes zancadas en el agua y abrazaba a la diminuta mujer que era su esposa. La pequeña cara de ella relucía mientras besuqueaba las mejillas cubiertas de cicatrices del guerrero.

«¿Sonreiría tanto si le hubiera visto cortar en pedazos a aquel chico?».

Se oyeron llantos de lamento cuando varias mujeres vieron que sus hombres no se encontraban entre los vivos. «¿No lo sabíais? Están bebiendo en el Salón de los Caídos. Deberíais alegraros por ellos». Pero ellas no lo entendían. Sus hijos permanecían aferrados a sus faldas, confundidos por las lágrimas de sus madres.

Hakan la vio a ella antes que ella a él. Su rostro parecía descompuesto por la preocupación; el temor y la esperanza luchaban en sus ojos marrones.

Gritó su nombre.

Inga empezó a correr, mientras él saltaba por encima de la borda y se abría paso hacia ella.

Habían dicho que no debían mostrar mucho afecto. Pero ¿quién iba a prestarles atención en medio de tanta pena y tanto júbilo?

Hakan la envolvió con sus brazos y enterró su cara en su melena. Olía tan limpio tras el hedor del mar y el miedo y la muerte.

Inga alzó la mirada:

—Apesta como una marrana. —Sus ojos brillaban con sinceridad y derramaban lágrimas. Hakan rompió a reír. Y, de repente, un dique se había quebrado. Las carcajadas brotaron más y más altas, desbordándose de su interior con una loca sensación de alivio.

—Ahora lo sabes —dijo una voz áspera. Al soltarse, vieron al padre de Hakan sonriendo como un oso de corazón tierno—. Odín ha enviado a este de vuelta a casa.

—¡Tío! —Inga lanzó sus brazos hacia Haldan, que se quedó rígido por la incomodidad mientras ella se hundía en los pliegues de su manto. Por un instante, le devolvió el abrazo, pero enseguida la apartó. Ella apenas pareció darse cuenta, y empezó a regañarlos por haberla preocupado y a exigirles que le contasen todo lo que había sucedido. Cuando se enteró del destino corrido por las mujeres, no pudo contener el llanto.

«Por supuesto. No hay una criatura bajo el cielo por la que Inga no lloraría».

—¿Harás una fiesta esta noche, tío? —preguntó, secándose las lágrimas.

—No. Este viaje ha sido amargo. —Haldan solo quería carne, fuego e hidromiel, y el sueño de los muertos.

—Me encargaré de ello. —Inga se puso de puntillas y le besó en la mejilla. Cuando intentó hacerlo otra vez, Haldan la apartó.

—Ya es suficiente, niña. Date prisa. Estos hombres necesitan comer. Confío en ti.

La muchacha asintió, con gesto de decepción, y se dispuso a marcharse, pero, entonces, bruscamente, se giró hacia Hakan y le dio un abrazo.

—Me alegro de que estés a salvo, primo —dijo, lo bastante alto para que su padre lo oyera. Y, luego, cerca de su oído—: Te veré después.

Se apartó de él, con una sonrisa. Pero tras esa mueca, Hakan distinguió algo más, una cierta inquietud. Le dio un apretón en las manos, con un gesto de confianza.

Satisfecha, Inga los dejó, apresurándose entre la multitud.

Hubo poca alegría en Vendlagard esa noche. Los rostros de los guerreros estaban arrugados y exhaustos. Se realizaron brindis por los caídos, pero la conversación fue breve y los bancos estaban medio vacíos.

Inga esperó con actitud sumisa, observando cómo devoraban pato a la miel, pan negro y queso, regodeándose en sus recuerdos sangrientos. El ánimo de las mujeres estaba apagado, conscientes de que era mejor reducir sus cotilleos en una noche así.

—Dejadles beber hasta perder la memoria y que se vayan temprano a la cama —les dijo Tolla a las esclavas—. En uno o dos días volverán a sonreír.

¿No debería estar ella sonriendo? Habían regresado. «Hakan ha regresado». Y ella estaba contenta. Pero, de algún modo, la sensación no era la que debería ser. Tras el alivio inicial, volvía a sentir la sensación de pesar. Un peso que se le había venido encima desde que Konur se había ido. Un peso interior, que aumentaba como el aire denso antes de que se desate una tormenta. Un mes antes todo era estupendo: el mundo parecía hecho para los enamorados. Ahora, un temor sin nombre acechaba en su corazón.

Miró a Hakan, encorvado sobre su cuenco, con greñas de pelo desaliñado cubriéndole los ojos. Por debajo, su expresión, habitualmente tan franca y honesta, era sombría.

«¿Adónde le han llevado sus pensamientos?».

Hakan levantó la mirada y la vio, y su rostro cambió para esbozar la sonrisa secreta que guardaba solo para ella. Ella devolvió la sonrisa y se giró, diciéndose que alguien podría verlos. Pero lo cierto era que sentía algo de vergüenza. «¿Qué pensará cuando se lo diga? ¿Continuará sonriendo entonces?».

Su mirada se paseó por la mesa hasta posarse en su tío. «¿Serán las cosas diferentes ahora?». Sentía un profundo cariño por él. Siempre lo había sentido. Recordaba sus fornidos brazos lanzándola por los aires, sus ojos pálidos observándola

en la oscuridad. Pero ahora... «¿Qué hará cuando se entere?».

Si hubiera tomado otra esposa... Una mujer podría entenderlo, podría haber hablado con él de su parte. Pero la gente había dejado de preguntarse hacía mucho tiempo cuándo volvería Haldan a casarse.

Le vio apartar su plato y mirar a una de las criadas: Tandra, una esclava danesa. La chica tenía fuego, no había duda, y se movía con cierta gracia. Haldan la sujetó por el codo para decirle algo. Inga la vio atender a lo que decía el jefe y asentir obedientemente antes de que él la soltase.

Esa noche su tío satisfacería otros apetitos. Tandra era bastante agradable, pero la chica soñaba si creía que Haldan llegaría a tomarla como esposa. A ella o a cualquier otra. La única mujer a la que él había amado yacía a media legua de distancia, en el vientre de un túmulo. Polvo y huesos.

«¿Sería Hakan tan fiel... si yo muriera?».

De pronto, esa pregunta la asustó. Trató de pensar en otra cosa. Ahora estaban en casa. Todo iría bien.

Aún era temprano cuando la mayoría de la gente se había retirado a la cama. Haldan se había ido a su dormitorio, con Tandra siguiendo sus pasos. Hakan se había marchado un rato antes. Inga iría en su busca en cuanto terminase sus tareas. Cogió un cubo y salió en busca de agua.

El sendero seguía el curso del arroyo hacia el lavadero. El cielo nocturno resplandecía en la superficie del agua, salvaje y hermoso. Inga se detuvo para admirar las estrellas reflejadas. Luego, con un suspiro, hundió el cubo, dispersando los puntos de luz. Cuando volvió a levantarlo, se quedó allí un momento, escuchando los ruidos de la noche.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

De las sombras brotó una risita.

—No mucho. ¿Cómo lo sabías?

Inga se volvió con una mueca melancólica.

—Todavía te hace falta un baño.

—¿Tan mal huelo? —Se rio Hakan, apareciendo desde detrás del aliso que crecía allí cerca—. Ven aquí.

Inga podía ver su sombra, afilada por la luz de la luna. La silueta de sus hombros, inconfundiblemente suya. Dejó caer el cubo y corrió hacia él. Sus labios eran secos y cálidos. Lo sintió de inmediato, duro contra su vientre. Excitada, le quitó la túnica y recorrió su espalda con sus dedos. Un gruñido de deseo brotó de la garganta de Hakan.

—Había olvidado tu sabor.

—Dijiste que nunca lo olvidarías. —Pretendía ser una broma, pero sonó como un reproche. Lo deseaba, pero algo más fuerte la recorría por dentro, algo fuera de control. Empezó a temblar cuando él le mordisqueó el cuello. De repente se descubrió sollozando, con un torrente de lágrimas cayendo por sus mejillas.



—Todo está bien. Ahora estoy aquí.

Inga se sorbió la nariz.

—Es estúpido. No he llorado ni una vez mientras estabas fuera. Me dije a mí misma que debía ser fuerte. Que volvería a verte.

—Y aquí estoy. —Sonrió él—. Juré que viviría, y lo he hecho. Que la diosa Hel se lleve a otros.

—No deberías decir eso —dijo Inga, colocando su dedo en los labios de Hakan—. Da mala suerte. —Bajó su mano para coger y jugar con el amuleto que le había dado. El grabado de la plata estaba cubierto de sangre seca. Sus dedos se deslizaron hacia el rostro de Hakan—. Estás herido. —Tiró de él hacia sí para examinar el corte que tenía sobre el ojo. La piel estaba hinchada, pero ya se apreciaban señales de cicatrización. Pasó su pulgar sobre la herida, apenas rozándola. Sin embargo, Hakan se echó hacia atrás y la sujetó de la muñeca—. Lo siento.

Hakan le levantó la mano y le besó la palma.

—Herido, pero vivo.

—¿Cómo fue?

—Es difícil decirlo... Confuso. Aterrador. Sangriento. —Hizo una mueca indescifrable—. Creo que no quiero hablar de ello. —Inga le escuchó, tratando de comprender—. Leif está muerto. Y Garik.

—Lo sé. Y muchos otros. —Le cogió la mano y notó los nudillos lastimados—. ¿Mataste?

Hakan asintió.

—Entonces ahora eres un guerrero. —Inga dejó escapar un largo suspiro. «Tal y como siempre estuvo destinado a ser». Tragó saliva, con la mirada fija en el pecho de Hakan—. También vas a ser padre.

Incluso en la penumbra, distinguió la sorpresa en su cara.

—¡Padre! Pero ¿cómo?

—¿Cómo crees? Si te acuestas con alguien tantas veces como lo hemos hecho...

—Pero ¿acaso no...?

—¿Qué? —Inga notó que estaba irritándose.

—Bueno... mantuvimos la semilla fuera del surco, por así decir. —Hakan parecía confuso—. ¿No?

—Está claro que no —le espetó—. ¿Por qué te estás comportando así?

—¿Comportándome... cómo?

—Tan... difícil.

—No lo estoy haciendo. Es solo que... ¿Cómo puedes estar segura?

—Una mujer sabe estas cosas, Hakan. —Desde que Konur se había marchado, sus sospechas se habían transformado en certeza. A menudo se había preguntado cómo sería saber que tenía una criatura dentro de ella, imaginando la alegría del descubrimiento. En lugar de eso, lo único que había sentido había sido miedo.

Pero, a pesar de la oscuridad, vio que la expresión de Hakan se suavizaba y que

sus labios formaban una sonrisa.

—Padre, ¿eh? ¡Y tú, madre!

De pronto, la atrajo hacia sí, riendo, y le dio un largo beso. Ella se lo devolvió. Eso estaba mejor. Sintió que el peso de su corazón se aligeraba. «Por fin». Parecía que Hakan recibía bien «aquella» noticia.

¿Debía contarle lo demás que había ocurrido?

Le había dado vueltas y vueltas a aquella interrogante montones de veces. «Pero ¿qué sentido tiene que le cuente a nadie lo que ese imbécil trató de hacer?». Konur se había marchado cuando ella regresó a la casa. Incluso antes de que los demás se despertasen. Ella había explicado su marcha con bastante facilidad. Y una vez que se había ido, sus palabras sonaban a amenazas vacías. Tendría que estar loco para quererla como esposa después de eso. Y ella había hablado en serio: mataría antes de entregarse a él. Pero si se lo contaba a Hakan, habría una pelea, y eso significaría más muertes. «Hakan podría morir». ¿Y para qué? ¿Por venganza? Parecía un alto precio que pagar por su ingenuidad, y ese gusano de Konur no merecía la sangre que se derramaría. Ya se había derramado suficiente.

Lo único que quería Inga era tener a Hakan.

Puso fin al beso:

—Debemos contárselo a tu padre.

—¿A Haldan?

—¿Tienes otro? Tenemos que hablarle de nosotros. —Inga necesitaba saber que todo estaría bien.

—No podemos decírselo —dijo Hakan, palideciendo—. Aún no. Por Hel, enterarse de que has perdido tu virginidad ya será bastante malo. Pero descubrir que llevas dentro al bastardo de su propio hijo...

—El niño no será bastardo si estamos casados.

—No es así de simple. Es más probable que Haldan te esconda hasta que des a luz y luego ahogue a la criatura.

—¡Eso es horrible!

—Sabes cómo es con los que no son deseados.

—Yo lo deseo. —¿Por qué estaba asustándola de aquella forma?—. Si le decimos que nos queremos, que deseamos casarnos...

—¿Es que no lo conoces? Sabes cómo son las cosas. El viejo tiene dos matrimonios que organizar. El amor no tiene nada que ver en ello. Para él, se trata de riqueza. O de sellar un pacto de lealtad, o de conseguir un heredero.

—Le estoy dando un heredero. Ya está dentro de mi vientre.

Hakan se echó a reír y su risa sonó cruel.

—Querrá casarte con otro. —Inga notó que su estómago se contraía. «Otro» podía significar Konur—. Y a mí, lo mismo. No querrá perder de golpe dos oportunidades de conseguir un buen acuerdo.

Inga sabía que lo que Hakan decía era cierto, pero odiaba que lo hubiera dicho.

—¿Por qué debería ser así? Nos hacemos felices el uno al otro. ¿No es eso suficiente?

—No se trata de nosotros. Se trata de esta tierra. De la sangre de los Vendling. Toda mi vida he sido criado para sucederle como señor de nuestra gente —dijo Hakan con amargura—. Soy quien soy por él.

—A veces sueñas como un niño mimado, Hakan. Todo tiene que ver contigo y tu estúpido futuro.

—Es él quien está obsesionado con eso. No va a renunciar a sus expectativas solo porque le digamos que estamos enamorados. También tendrá planes para ti.

La imagen de Konur volvió a invadir su mente. De repente se sintió muy enfadada. «¿Y si fuera Konur? ¿O alguien peor, si eso fuera posible?».

—¿Deberías estar de mi parte! —Lo apartó de un empujón—. No me quieres, ¿verdad que no? Es tu hijo el que está en mi vientre. ¡Tú lo pusiste ahí! Fue muy fácil hacerlo, ¿verdad? —De pronto, perdió el control y comenzó a golpearle en el pecho.

Hakan la dejó hacer hasta que su arrebato perdió fuerza.

—Claro que te quiero. No es fácil, eso es todo. —Le acarició la mejilla—. Lo siento, mi amor. Es solo que... estoy un poco perdido. —Meneó la cabeza a uno y otro lado—. Es complicado... Antes casi le cuento lo nuestro. Pero esto cambia las cosas. Ahora, no...

—¿Qué?

—Mira, solo estoy tratando de saber qué es lo mejor ahora.

—Lo mejor es contárselo.

—Tenemos que escoger el momento adecuado.

—Nunca habrá un momento adecuado. Necesito saber ahora que todo irá bien. —Inga se frotó los ojos para deshacer la sensación de presión que notaba tras ellos. Sus pensamientos no paraban de multiplicarse, haciéndose demasiado numerosos para que todos cupieran en su cabeza—. Algo ha cambiado —dijo, tocándose la cabeza—. Aquí. El verano estaba lleno de luz. Ahora, lo único que veo ante nosotros es oscuridad. Quiero echar a correr, pero no sé hacia dónde. Estoy asustada, Hakan.

Él la cogió de la mano y la besó en la frente. Sus labios fueron un bálsamo.

—¿Asustada de qué?

Inga miró sus ojos oscuros y notó que las lágrimas asomaban a los suyos. ¿Acaso ella lo sabía? El miedo parecía haber brotado de la nada. «O quizá siempre había estado ahí...».

—De perderte.

—Pero estoy aquí.

—... y de otras cosas.

Se dio cuenta de que él no la entendía.

Nunca le había contado a nadie aquello, ni siquiera a él, cuya cara era la primera que podía recordar. Apenas sabía cómo empezar:

—Últimamente no dejo de pensar en mi madre.

—¿Tu madre? ¿Por qué?

—Una vez ella tuvo que esperar, como yo. Su hombre regresó... pero lo hizo muerto. Tolla me lo contó. Cómo sus gritos no dejaron de oírse durante toda aquella noche. Tolla dijo que daba la impresión de que el viento y la lluvia y el mar se lamentaban con mi madre. La gente se asustó, dijeron que gritar durante tanto tiempo traía mala fortuna, que los gritos servían para atraer a los espíritus oscuros desde las tierras de la niebla. Desde el reino de Hel y los fuegos oscuros que arden allí.

—A la gente le gustan esa clase de habladurías. ¿Qué te importa a ti?

—Yo estaba en su vientre entonces. Era la semilla de mi padre en su vientre. Debería haberle dado esperanza. Pero ella se rindió a la vida. Se rindió.

—Pero no puedes saber si fue por eso por lo que murió. Nadie puede.

—Tal vez. Solo desearía que hubiera podido alegrarla de algún modo. Deshacer las sombras que la envolvían. Tolla dice que las sombras se extendieron como un cáncer, asfixiando su voluntad de vivir. Pero no pude hacer nada. —Inga se sentó en el borde del lavadero, tirando de Hakan para que se sentase a su lado—. A veces pienso que esa sombra también dejó su marca en mi vida. —Se puso una mano sobre el estómago—. En mi sangre.

—¿Por qué piensas eso? —quiso saber Hakan—. ¿Acaso no sabes quién eres? Eres mi Inga. —Su sonrisa se inclinó hacia la noche—. Brillas con tanta intensidad que haces que las estrellas parezcan pálidas.

Inga le acarició la mejilla, agradecida por sus palabras, pero incapaz de sonreír a su vez.

—Conoces las historias sobre mi madre. Incluso antes de que mi padre fuera asesinado, una sombra la había acechado durante toda su vida. Ella pudo alejarse durante un tiempo y encontrar algo de felicidad, pero la sombra volvió a alcanzarla. —Hizo una mueca—. Su sangre está en mí. En ocasiones me habla.

—¿Qué te dice?

—Que no pertenezco a este lugar.

—Pero este es tu hogar.

—Lo sé. Pero no era el suyo, ¿verdad? Procedía de muy lejos. Quiero que esta sensación desaparezca. Que se desvanezca y nunca vuelva. Pero persiste. Me llama para que vaya a algún otro lugar. Una especie de lugar que no existe. No puedo explicarlo. Debe de ser su sangre. Inquieta. Hace que cualquier cosa hermosa del mundo se vuelva agridulce. No sé por qué. Una punzada de júbilo tan intensa que se me clava en el corazón, solo para desvanecerse de nuevo dejando un rastro de pesar. —Percibió la mirada vehemente de Hakan, pero dudaba que pudiera comprenderla. ¿Cómo podría, si ella misma apenas lo conseguía?—. Quizá solo sea pena porque el momento de felicidad ha pasado. O quizá sea lo hermoso lo que es una ilusión, y la pena lo que es real. No sabría decirlo. Pero estoy segura de que mi madre sentía lo mismo. En esos momentos me siento muy unida a ella, y al mismo tiempo le tengo miedo. Me asusta su desesperación. Su dolor. Me asusta que renegase de este mundo

hermoso y roto.

—Pero tú no eres así. —La voz de Hakan estaba cargada de ternura—. Tú nunca te rindes.

—¿No?

—No. Nunca.

Inga apartó la mirada.

—Y también están las palabras de la *vala*.

El rostro de Hakan se ensombreció.

—No deberías hacer caso a las palabras de una vieja estafadora. Es lo que dice mi padre.

—Sé que tú no piensas así, amor mío. A mí no puedes mentirme. Te conozco demasiado bien. —Le besó en la mejilla—. La *vala* podía ver el futuro. Los dos lo sabemos. Y había algo más en sus palabras. Una especie de señal. —Levantó la mirada hacia la noche—. ¿Recuerdas el otoño pasado, cuando arreglamos el tejado? —Hakan asintió—. Me coloqué en la parte más alta y miré hacia el mar. Era hermoso. Y en ese momento sentí un impulso muy fuerte, de lanzarme, de convertirme en parte de esa belleza. No me importaba el peligro o el dolor, solo quería vivir el momento.

—¿Qué tiene eso que ver con la *vala*? —preguntó Hakan, frunciendo el ceño. Inga le pasó la mano por la frente.

—Sus palabras me provocaron la misma sensación. Eso es lo que hemos hecho nosotros. Vimos algo hermoso y nos arrojamos al vacío.

Hakan no dijo nada. Inga sabía que estaba pensando en lo que la *vala* había dicho sobre él.

—Tengo miedo —susurró Inga— de todo esto. Ahora te tengo a ti, Hakan, siempre serás mío. Casi no me atrevo a soñar con la vida que podríamos vivir juntos. Parece una felicidad excesiva. Y con este niño. Tu niño. —Cogió su cara entre las manos para obligarle a mirarla—. Tengo algo tan precioso... y ahora, justo cuando tengo algo que perder, aparece la sombra. Como si hubiera estado esperando a que tuviera algo que pudiera arrebatarme. Algo que pudiera destruir.

—Para —murmuró Hakan—. ¡Para de hablar! —Cogió sus manos entre las de él—. Suenas como una maldita *vala*. Esta no eres tú.

—Lo sé, pero...

Hakan se inclinó hacia delante, con la pasión reflejada en sus ojos.

—Nadie va a apartarte de mí. No me importa lo que dijera la *vala* o lo que nadie pueda ver en el futuro, ya sea próximo o lejano. —Le apretó los dedos con tanta fuerza que le hizo daño—. Que Hel reciba tradiciones y juramentos de sangre. Que gobierne sobre nuestra gente, que se lleve oro, victorias y el favor de los dioses. ¡Que Hel se lo lleve todo! Pero no a ti. Nadie más puede tenerte.

—¿Lo juras? —A Inga le tembló la voz.

—Lo juro. Moriré antes que perderte.

Quería creerle.

—Porque si no estamos juntos...

—Lo estaremos —dijo él, con determinación—. Además —le sonrió—, yo tengo suerte. Soy el Hijo Elegido, ¿recuerdas? Las normas me aman.

Inga se alegró de ser capaz de reír.

—Ni la mitad de lo que te amas tú mismo.

Hakan tiró de ella hacia él y hundió su rostro bajo su barbilla para besuquearle el cuello y hacerle cosquillas. Pero la sonrisa de Inga se desvaneció con rapidez.

—Por favor, Hakan. Sepámoslo ahora.

Hakan recuperó la posición anterior, con un suspiro.

—Pensemos un poco. Al final del invierno tendrás edad para casarte.

—Un mes antes de la Fiesta de Freya.

—¿Puedes ocultar esto hasta entonces? —preguntó, tocándole el vientre—. De todas formas, la gente se pone más ropa durante los meses blancos.

—Supongo. —Y luego, con más energía—: Sí, puedo.

—El día que puedas casarte, le diré a mi padre que te quiero por esposa, que no me casaré con ninguna otra. Oh, se pondrá a rugir como un asno, pero lo convenceré. No para de decir que soy su único hijo, y eso tiene dos caras. Si carga sobre mí la responsabilidad de mantener el nombre de los Vendling, no puede pretender que todo sea como él quiere. —Hakan sonrió—. ¿Cuándo nacerá el niño?

—A finales de primavera, supongo.

—Un bebé de primavera, ¿eh? —Le guiñó un ojo—. Yo no me preocuparía. Cuando vean que te hinchas como una vaquilla, ¡nadie más te deseará!

—¡Eh! —Inga le lanzó un puñetazo de broma. Se sentía mejor cuando lo tenía cerca de ella, incluso si eso no cambiaba las cosas.

—Imagino que cuanto menos tiempo tenga para decidir, más fácilmente accederá. Quiero decir que no es como si algún otro hubiera pedido tu mano, ¿verdad?

Inga sintió una náusea en su estómago, algo a medio camino entre la culpa, el miedo y la rabia. Le había dicho a Einna que no le contase a Hakan nada de la visita de Konur. Le había dicho que solo serviría para causar problemas, aunque eso era precisamente lo que Konur merecía. Y Tolla. Había querido contarle a Tolla lo que había ocurrido. Pero lo cierto era que se sentía estúpida. Sabía que había sido una ingenua. Tolla la habría regañado, la habría abrazado y después la habría forzado a decírselo a su tío. Y entonces...

—¿Qué pasa? —susurró Hakan—. Te has quedado muy pálida.

El niño. Su niño.

—¿Y si me obliga a renunciar al bebé? ¿Y si se deshace de él?

—No se lo permitiré. —Hakan sujetó su mano con ferocidad—. Lo juro.

—Huiré si creo que pretende hacerlo.

Él le sonrió.

—Huirás caminando como un pato.

—No tiene gracia.

—Está bien, mi amor. Yo huiré contigo.

—¿Lo harías?

—Por supuesto.

—¿A donde quiera que yo vaya?

—Te seguiré por los Nueve Mundos si hace falta.

Inga tomó su rostro entre sus manos, le besó en los ojos y luego en los labios. De repente todos sus miedos quedaron solapados bajo una oleada de deseo. Se oyó a sí misma gemir cuando las manos de él se cerraron sobre sus pechos. Estaban calientes y tiernos al tacto.

Lo apartó con suavidad y se puso en pie. Sin apartar sus ojos de él, se desabrochó el cinto, deslizó su vestido hombros abajo y lo dejó caer al suelo con la delicadeza del suspiro de un amante. Contempló cómo los ojos de Hakan recorrían su cuerpo y se excitaba. Se miró a sí misma. Su piel brillaba como si estuviera pulida por la luz de la luna, y sus pezones oscuros se habían endurecido adelantándose a su tacto. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, los de él estaban ebrios de deseo.

—Entonces, sígueme ahora, mi amor.

Fue al borde del estanque y se deslizó en sus aguas relucientes. A su espalda, oyó cómo Hakan se desvestía y se tambaleaba tras ella.

Lord Haldan salió de los huertos disfrutando de las sombras del otoño. A su espalda, la gente de la ciudadela se estaba reuniendo en torno a la cosecha de manzanas que debería durarles hasta la primavera. Los viejos robles que se alzaban más allá de la entrada semejaban llamaradas de fuego. En la colina, el hayedo parecía dorado a la luz del sol.

«La belleza evanescente del otoño».

Habían caído muchas hojas. El aliento amargo del invierno los alcanzaría pronto.

Habían pasado más de tres meses desde su regreso. Los muertos que habían traído de vuelta a casa habían sido enviados ya hacía tiempo hacia el océano Occidental, a bordo de piras flotantes. Con los que quedaban, sumaban cuatro docenas. Entre ellos, muchos de los mejores de sus hombres.

«La sangre no puede derramarse sin respuesta». Todos los señores lo sabían. Pero a veces la respuesta parecía un grito inútil contra el viento.

Aun así, el linaje de Vendal el Gris continuaba vivo. Su sangre había fluido a través de los señores de esta tierra durante doce generaciones. Haldan la vería durar otras doce. El deber lo ataba a sus padres, como lo hacía a su hijo y a los hijos de su hijo. «El deber ata la sangre y la tierra». Su gente le servía; él la servía a ella. La tierra cargaba con todos ellos, sus destinos estaban entrelazados y se extendían más allá de las brumas de Lo Que Será.

Reconoció al viejo Rapp, el herrero, avanzando con prisas por el sendero y dando traspies.

—Lord Haldan —resolló—. Ha llegado un noble a caballo.

—¿Quién?

—Nada menos que Karsten, lord de las tierras de los Karlung.

Haldan soltó un gruñido. Karsten. La Piedra Negra. Aunque la mayoría lo llamaba el Susurrador. Era un familiar lejano, pero esa no era razón para alejarse tanto desde su asiento en Karlsted. Haldan no había vuelto a pensar en él desde aquel problema con su hijo en la Fiesta de los Juramentos.

Lo encontró en su habitación, sentado en su silla, con los pies en la mesa, bebiendo su hidromiel. «No esperaba menos de él». Los señores Karlung eran condes, comprometidos por juramento al líder de los clanes jutos, pero no habían



subido más allá que eso, pese a que muchos habían pensado que debían hacerlo. Y Karsten más que la mayoría.

Haldan apenas había entrado en la habitación cuando su huésped ya estaba de pie, ágil como un viejo gato.

—Saludos, primo —dijo, dándole una palmada en el hombro. Sus modales alegres no cuadraban del todo con su voz susurrante—. Pareces tan feliz como un cadáver. —Karsten se rio y su único ojo negro emitió un destello. El otro no mostró nada; blanco como la leche y muerto.

Haldan respondió con un bufido reticente. Karsten no era el primero que percibía algo frío en su rostro.

—Bienvenido, primo. Siéntate. Bebe.

Karsten hizo un gesto de agradecimiento y volvió a sentarse, aunque contuvo el impulso de subir los pies a la mesa. Haldan medía dos metros de alto, pero Karsten le superaba en unas pulgadas y se mantenía erguido como una lanza. Impresionaba, siendo un hombre que había cumplido cincuenta inviernos. En un tiempo había sido atractivo. Algunos podrían decir que todavía lo era, excepto por su nariz torcida y sus quijadas curtidas que se estaban transformando en grasa, y la cicatriz jaspeada de su cuello. Se rumoreaba que la punta de la flecha que había reducido su voz a un susurro ahogado seguía alojada allí.

Haldan no acostumbraba a perder el tiempo con cumplidos. Después de servir otra bebida, le preguntó por qué estaba allí.

—Podría decir que es por nuestro mutuo beneficio. No me molestaría en cabalgar hasta aquí si no lo fuera.

—Te escucho. —Rara vez había algo «mutuo» en alguna proposición de Karsten. El otro sonrió, con gesto sarcástico.

—Estoy teniendo algún problemilla con mi hijo.

—¿No nos pasa eso a todos? De vez en cuando. —Haldan recordaba al hijo de Karsten de la Fiesta de los Juramentos. Un muchacho atractivo. Alto, como su padre. Arrogante. Como su padre—. ¿Qué tipo de problema?

—Está enfermo.

—Siento oír eso. —Ningún hombre quería tener un heredero enfermizo, aunque no veía de qué modo podía concernirle eso a él.

—No se trata de nada peor que lo que otros hombres han sufrido.

—¿A qué te refieres?

—Amor. —Karsten alzó su jarra—. Brindo por ello. Todos lo hemos conocido. Incluso tú.

Haldan soltó un gruñido.

—Hace mucho. —El amor y él llevaban muchos años siendo extraños el uno al otro.

—No tanto como para que hayas olvidado cómo es. Mi hijo está loco como una cabra por la chica de tu hermano. Inga, ¿no se llama así?

El nombre lo cogió por sorpresa, pero enseguida se dio cuenta de que debería haberlo visto venir. Debería haberlo supuesto en el mismo momento en que oyó el nombre de Karsten. «Inga». Se trataba de algo que había sabido que sucedería algún día, y, sin embargo, allí estaba, cogido con el pie cambiado. Desprevenido.

—Es demasiado joven para pensar en el matrimonio.

—Amigo mío, lo entiendo, de verdad. —Karsten se echó hacia atrás y se acicaló el cabello rubio—. Le dije lo mismo a mi hijo. Le dije que esa sería tu respuesta, pero no me hizo caso. Tampoco es que me sorprenda. Recuerdo cómo es cuando sientes esa quemazón. La pasión se enfría en cuanto hundes tu pico en otro balde. —Guiñó su ojo bueno con una mueca de conspirador. La mirada inerte del otro resultaba desconcertante—. «Ve y bebe hasta saciarte», le dije. «Vuelve en un par de meses y cuéntame entonces cómo te sientes con respecto a esa chica».

—Y aquí estás.

—Aquí estoy.

Haldan recordaba la pelea en la Fiesta de los Juramentos. Eso difícilmente presagiaba un lazo propicio entre sus familias.

—¿Todo esto por un solo encuentro entre ellos?

—¿Uno? —Karsten pareció confundido—. Dos, por lo que yo sé. Konur estaba tan encandilado con ella que cabalgó hasta aquí después de la fiesta de tu hijo. Creo que tú estabas fuera, luchando.

«¿Lo hizo?». La bilis subió por la garganta de Haldan. No le gustaban las sorpresas. Y menos aún que vinieran de parte del Susurrador. Su ignorancia debió ser palpable.

—¿No lo sabías? —Karsten golpeó la mesa, divertido—. ¿Lo ves? El amor joven debe tener sus secretos.

—El amor joven y el poder viejo, ambos tienen secretos. Algunos podrían llamarlos mentiras.

—Eso es un poco duro, primo. —Karsten volteó sus manos—. Así que ya ves, he venido para suplicarte. Para suplicarte que me salves de mi hijo enamorado. Te juro que me volveré loco si tengo que escuchar sus balidos todo el invierno. —Se rio tan fuerte que sus hombros se estremecieron. Pero cuando Haldan no secundó su risa, añadió—: Me entiendes, ¿verdad?

—Sería más sencillo si hablaras claro.

—Como deseas, primo. Solicito la mano de tu sobrina para mi hijo. Considéralo una oferta formal.

Ahí estaba. Haldan asintió con rigidez.

—Venga, bebamos. —Se incorporó y alzó su jarra.

—Con mucho gusto —repuso Karsten, levantándose también.

—Por la sangre que compartimos.

—Por la sangre. —Las jarras chocaron y ambos las vaciaron.

—Me honras con esta petición. Sé que no lo haces a la ligera. Pero debo

rechazarla.

Karsten asintió mientras se limpiaba con delicadeza los labios.

—Te honro, y, en cambio, tú me deshonras a mí, ¿es eso? —Su boca se torció en una sonrisa, pero su ojo oscuro brilló, duro y carente de cualquier atisbo de alegría—. Puede que la chica sea ahora demasiado joven, pero esa no es una razón. Pronto tendrá la edad, si no me equivoco...

—Mi respuesta ahora es no. —Haldan percibió el filo de su propia voz. Más afilada que sabia. En aquel tipo de asuntos, el honor de un hombre resultaba magullado con más facilidad que la piel de una manzana—. Si tu chico está tan enamorado, veamos si su pasión supera el invierno. Mientras tanto, hablaré con ella.

«De eso, Inga puede estar muy segura».

—Escucha, «lord». Haldan. —Karsten remarcó la palabra.

«Como deberías hacer tú». Karsten era un conde, que respondía ante su jefe supremo. Haldan no respondía ante nadie.

—Sé que eres un hombre —prosiguió Karsten— que no cambia de opinión una vez que ha tomado una decisión. Pero quizás aceptes un consejo de un familiar mayor que tú. No digo que sea más sabio, pero sí alguien en quien puedes confiar.

Haldan no confiaba en nadie. Importaba poco si se trataba de un familiar o de un rival. El otro continuó:

—Es mejor que sellemos el acuerdo ahora. La unión hará bien a ambas familias. Una unión de la sangre Karlung y la sangre Vendling te dará más poder. Y... —Apenas logró disimular una sonrisa de satisfacción—. Poder es algo que, sin duda, necesitas.

—Los Vendling tienen poder suficiente.

—¿Es así? Dime, primo: ¿qué aliados tienen los jutos del norte?

—El poder de alguien no recae en sus aliados. Podría llamar a un millar de lanzas si me hiciera falta.

—¿Un millar? —Karsten alzó la ceja en un gesto de fingida admiración—. Y todas ellas sostenidas por granjeros de ciénagas y desolladores de conejos. Un ejército verdaderamente temible.

—A los Amunding les resultamos bastante temibles.

Karsten gruñó.

—El legado de tu padre fue un montón de cadáveres. No seas tan ciego como lo fue él. Necesitas amigos de acero.

—Mi padre dejó el mundo más ensangrentado de lo que lo encontró, es cierto. Pero los hombres le seguían. Ese es suficiente legado para mí.

—Tu padre tenía talento para granjearse enemigos en cada recodo del camino, eso te lo concedo. Es difícil ser fiel a un hombre que amaba tanto el hedor de la muerte.

—Fueron sus aliados quienes quebrantaron el juramento de fidelidad. —Haldan sintió que se crispaba. Él era joven entonces, no mucho mayor que Hakan, pero todavía recordaba el sabor de la bilis cuando comprendieron que Koldir, hijo de

Kelling, los había traicionado. «Nunca confíes en un danés». Koldir les había prometido doce barcos de guerra, y les envió solo dos. Esquifes podridos llenos de hombres también podridos, que cayeron casi sin plantar batalla. Los Vendling podrían haber acabado la guerra ese día, podrían haber puesto fin a la lucha con los Amunding de una vez por todas si Koldir hubiera cumplido su palabra. En lugar de eso, se tuvo que derramar mucha más sangre antes de que la carnicería finalizase—. Mi padre nunca perdonó a los daneses su traición. Después de aquello, nunca dudamos que era mejor estar solos.

—Teníais pocas alternativas.

—Tú, sin embargo, tenías una alternativa —repuso Haldan—. Vosotros, los jutos de las Tierras Medias, tenéis muchos familiares entre mi gente. Pero no puedo recordar a ninguno de vosotros moviendo un dedo por ellos.

—Eres injusto conmigo, primo. Intenté persuadir a lord Arve para empuñar nuestras armas. Pero él dijo que no ayudaría a quienes habían roto su juramento de fidelidad hacia el rey Harald Diente de Guerra.

—¡Que le den a Diente de Guerra! ¡Que os den a todos vosotros, chivos expiatorios de ese viejo cerdo! —Haldan acabó su hidromiel y volvió a servirse—. Baah —refunfuñó—. Ahora todo eso es pasado. La tela ya está tejida. Mi padre hizo una cosa bien: nos liberó de cualquier jefe supremo.

—¿Y cuánto durará eso? —Por una vez, la expresión sarcástica había desaparecido, y la cara de Karsten resplandecía de sinceridad—. Escucha, primo. Estuve ante el trono del rey Harald en Leithra, no hace ni un mes. Le escuché clamando por el Skaw, diciendo que debería ser suyo. Le oí escupir veneno sobre vosotros, los jutos del norte.

—¿Harald habla de nosotros?

Desde hacía quince años, Haldan era lord de los jutos del norte, sin estar subordinado a ningún otro. Desde entonces ya hacía mucho que había dejado de temer que el rey Harald Diente de Guerra, el jefe supremo danés, pretendiera exigirle lealtad una vez más. ¿Estaba llegando esa época a su fin? «La sangre se derramará en los surcos de esta tierra». Las palabras de la *vala* no presagiaban nada bueno.

—No somos enemigos suyos. No somos aliados ni vasallos. No somos nada con respecto a él. Si alguna vez necesitamos saquear de nuevo, no serán tierras danesas ni puertos daneses. ¿Cómo piensas que hemos podido conseguirlo durante todo este tiempo? Cuando el lobo duerme en su guarida, solo un tonto entra para despertarlo.

—Si no eres su vasallo, entonces, tal y como él ve las cosas, eres su enemigo —dijo Karsten—. Sé que no eres tan ciego como tu padre. No puedes quedarte aquí sentado con la cabeza hundida en la arena. —Su ojo oscuro llameaba—. ¡El mundo está saliendo a tu encuentro, primo! ¿No lo ves? Tal vez no este año, tal vez tampoco el próximo. Pero ocurrirá, te guste o no.

Los ojos glaciales de Haldan atravesaban a su primo y miraban ya muy lejos, ensimismados en imágenes de guerra.

«¿Habrá siempre más y más?».

—Que venga. Lucharemos. Como un toro salido del infierno, si eso es lo que debemos hacer.

—Ahora sueñas como tu padre. Siempre era demasiado rápido para luchar. Mira a dónde lo llevó eso.

Haldan frunció el ceño.

—¿Qué harías tú?

—¿Por qué luchar cuando puedes conseguir lo que quieres hablando?

—¿Quieres decir como haces tú? ¿Con una lengua melosa en la oreja de cada lord?

—La pondría en el culo de cada lord si me sirviera para obtener lo que quiero.

Haldan se echó a reír.

—¿No debería un conde tener algo más de honor?

—No me hables de honor, primo —dijo Karsten, dándose con la punta de los dedos junto a su ojo muerto—. Ya he tenido suficiente sangre y honor y juramentos y todo eso. Nada de ello me acercó a lo que quiero.

—¿Qué es lo que quieres?

Karsten mostró las palmas de sus manos y sonrió.

—Tengo cinco hijos. Quiero plata y quiero tierra.

—¿Crees que yo puedo conseguirte esas cosas?

El otro negó con la cabeza.

—Me malinterpretas. Escucha. No le causas ningún problema a Diente de Guerra, es lo que dices. Pero podrías.

—Continúa.

—Sus arcones de oro pesan cada vez más gracias al comercio en el mar del Este y a través del Cinturón de los Jutos. Si quisieras, ¿hasta qué punto crees que podrías trastocar eso?

—No queremos. No les daré ningún motivo para luchar.

—Tal vez. Por ahora. Pero si tú no lo haces, otro podría hacerlo. Tu hijo. O el suyo. Los daneses te han ignorado hasta ahora, pero algún día vendrán a por tus tierras. Apostaría mi cabeza. Más tarde o más temprano, el Skaw debe ofrecer juramento a la Marca Danesa.

—Jamás mientras yo viva, lo juro. —«Aquella fue una noche negra. Y un juramento negro». La lluvia había azotado sus rostros mientras abandonaban las costas de Raumerika, con la sangre de su padre goteando de sus dedos, vertiéndose de la herida que Arnalf, el rey Cuervo, le había hecho en el pecho. Fue entonces cuando su padre maldijo a Koldir y le deseó que cayera a los más oscuros abismos del infierno, y cuando juró que ningún grano más, ningún anillo de oro ni ninguna pieza de plata iría a parar a la ciudadela del rey Harald. Juró enemistad con los daneses, y le hizo a él hacer lo mismo—. Fue lo último que le prometí a mi padre. Nunca me postraré de rodillas, incluso si vienen a por mí.

—¿Y qué ocurrirá si lo hacen?

—Supongo que vas a decírmelo.

—La amistad con los Karlung no puede hacerte daño. De hecho, podría hacerte mucho bien. Tengo a lord Arve de mi parte. Añádele a eso que Harald me prefiere a mí incluso por encima de los condes daneses. Le he jurado fidelidad, pero una guerra entre los jutos del norte y los daneses no me beneficia en ningún sentido. Los Karlung podrían darte garantías contra los daneses.

—¿Garantías? ¿Quieres decir que lucharías junto a nosotros contra ellos?

Karsten meneó la cabeza con tristeza.

—No tiene por qué llegar a eso, primo. Pero comprometeré mi palabra contigo.

Haldan meditó sobre ello. La palabra de Karsten. «¿Tiene algún valor?».

—Si llegase a estallar la guerra —prosiguió Karsten—, ¿cómo crees que tus mil lanzas podrían hacer frente a las diez mil de Diente de Guerra? —Haldan sintió que su mandíbula se tensaba. Aquel era un pensamiento sombrío—. Lucha contra él y condenarás a tu gente. ¿Y dónde estará entonces la sangre de Vendal el Gris? —bufó Karsten—. No será más que una mancha en el suelo.

Haldan miró fijamente el ojo frío e inerte de su primo.

—¿Y la amistad contigo frenaría eso?

—Escucha, con juramento o sin él, puede que un día tengas que arrodillarte. —Haldan casi pudo oír el gruñido de protesta de su padre—. Pero será mejor si tienes un amigo que pueda persuadir a Harald de que no te exija más que postrarte de rodillas. Sin eso, es probable que él quiera quedarse con tu cabeza, junto con la de tu hijo, y pisotear a tu gente hasta que se quede sin aire.

«¿Debe llegar a eso?». Había algo de verdad en los susurros de Karsten. ¿Cuánto tiempo dejaría el mundo en paz sus tierras? Llegarían saqueadores, los que eligieran el camino de los vikingos. Y siempre llegarían vikingos. Pero ¿un rey? ¿Un falsificador de reinos? ¿Un lord más grande que le hiciera arrodillarse? A veces, el acero y el escudo no eran suficientes para repeler a los hombres avariciosos.

—Y el precio de tu amistad es Inga.

Karsten echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Para que mi hijo deje de lamentarse. Sí, eso significa mucho para mí. Por eso te ofrecería mi amistad.

—Inga es hermosa —murmuró Haldan. «Tanto como para merecer un lord. Incluso un rey». Sin embargo, con Inga nunca había nada simple. Le tenía mucho cariño... más que cariño, pero... «No, no saldría nada bueno de darle vueltas a eso»—. Le debo a mi hermano conseguir la mejor unión posible para Inga.

—Tu pupila posee sus encantos, te lo acepto. Pero, a fin de cuentas, no es nada más que la hija de un hermano menor muerto. No posee tierras.

Haldan sonrió para sí mismo. Ahora el Susurrador estaba regateando, y era astuto como un pescadero Wendish cuando se trataba de cerrar un trato.

—¿Por qué entonces te has dejado convencer tan fácilmente por las quejas de tu

hijo? ¿Qué es lo que quieres en realidad?

—Algo de valor para ambos. Vindhaven.

Fue el turno de Haldan de echarse a reír.

—¡Vindhaven! Amigo, Vindhaven está destruido. ¿No te ha llegado la noticia? Quemamos a cuarenta buenos hombres vengándonos de la sangre que esos vikingos derramaron.

—Lo hemos oído —dijo Karsten, tenso—. Que el Dios de la Lanza esté agradecido por la ofrenda. —De forma instintiva, su mano fue a su ojo muerto al mencionar a un dios—. Puede que Vindhaven esté destruido, pero puede ser reconstruido.

—Toda su gente fue masacrada. El puerto fue incendiado. Solo quedan cenizas y sangre. Si puede ser reconstruido, lo que es seguro es que los trabajos no comenzarán hasta la primavera.

Karsten se inclinó hacia delante para acercarse. Tanto, que Haldan pudo oler hidromiel en su aliento.

—¿Y si ofrezco sellar el compromiso de mi hijo con tu pupila con suficiente madera y turba para reconstruirlo todo, y los hombres necesarios para hacerlo? Ahora. Rápido. Antes de las primeras nieves.

—¿Por qué habrías de hacer eso? Vindhaven no está en territorio Karlung.

—Puede que no. Pero se encuentra no muy lejos al norte de nosotros. —Su ojo oscuro emitió un destello—. Piénsalo. Un puerto comercial reformado podría traerte mucha prosperidad. Grandes riquezas, incluso. Vindhaven podría convertirse en un lugar que rivalice con Rerik. O incluso con la gran Riba, en el sur.

Haldan se acarició los nudosos restos de su oreja.

Ciertamente, Vindhaven era una ruina. Su destrucción le había causado mucho pesar, tenía que admitirlo. Necesitaban un puerto comercial. Sin él, podría haber comercio en las largas y vacías costas de su territorio, pero sería un comercio disperso y nada sistemático. Sin él, el invierno sería duro y tendrían que superarlo con muy magras provisiones. Saldrían adelante, siempre lo hacían, pero cuando llegase la primavera les llevaría tiempo reconstruir Vindhaven. Un tiempo que su gente mal podría permitirse cuando debería estar recogiendo sus cosechas y cuidando de sus rebaños. Y pasaría tiempo antes de que los comerciantes regresasen.

¿Y si lo reconstruían ahora, y lo hacían más grande de lo que había sido, a tiempo para los primeros negocios de la primavera? «¿Y si florecía?». Su gente prosperaría, podría incluso enriquecerse, y un pueblo rico era un pueblo seguro. Un pueblo rico podría alzar más lanzas para mantener a salvo sus tierras. A salvo incluso del rey Harald si alguna vez venía. La sangre Vendling sería más fuerte.

«Y cuando yo me haya ido, Hakan estará a salvo».

—¿Ese es el precio que ofreces?

—Si estás conforme.

—¿Qué obtendrías a cambio?

—La mitad de las ganancias del mercado.

—¿La mitad? —exclamó Haldan. ¿Por qué le sorprendía?

—Una pequeña compensación. —Sonrió Karsten—. Dada la inversión que haríamos.

—Debe estar fallándote la memoria, primo. ¿Olvidas que esta no es tu tierra? ¿Y pretendes obtener la mitad de las ganancias del mercado?

—La mitad me parece justo. Vindhaven no es nuestro, pero no está muy lejos de nuestras tierras. Una palabra mía y todo tratante de pieles, todo herrero, todo artesano de las Tierras Medias de Jutlandia traerá sus mercancías a tus mercados. Y eso significa mucho negocio.

Haldan se dio un tirón de la barba, pensativo.

—Un lugar tan próspero necesitará ser bien defendido. Tendría que conseguir hombres.

—Vamos, eso son detalles. Te ofrezco amistad contra Diente de Guerra, un nuevo puerto comercial que hará que lo que había allí antes parezca un corral para cerdos, y las mercancías para llenar ese puerto. —Karsten refunfuñó—. ¡Saca la cabeza del hoyo, primo! Es justo que los Karlung obtengamos algo que merezca la pena a cambio. Y todo ello sellado por un matrimonio. La hermosa hija de tu hermano y mi hijo y heredero. —De repente, se echó a reír—. Ja, incluso estaría en deuda contigo por acallar los lamentos de Konur.

A pesar de todo eso, en el corazón de Haldan todavía existía una sombra de duda. La riña entre sus hijos durante la Fiesta de los Juramentos. Para otros, podría no haber sido más que una pelea de borrachos, pero él había visto algo más en ella. Semillas de odio. ¿Quién sabía cuál sería el fruto de esas semillas? «Hakan debe tener la mejor oportunidad que yo pueda darle». Ya tendría suficientes batallas que librar sin la necesidad de una enemistad con el linaje Karlung. Inga se convertiría en una mujer capaz de dar buenos consejos, estaba seguro de ello. Podría ser el hielo que enfriase el calor entre sus hijos. «Sería mejor si ella estuviese allí».

—Trato por un tercio. Y yo proporcionaré la mitad de los hombres para la construcción.

El ojo bueno de Karsten miró alternativamente a los de Haldan.

—Que así sea —asintió al fin. Luego soltó una carcajada—. Por un tercio, deberías ser tú quien pidiera una hija mía, si la tuviera. ¡Ja! Un tercio, entonces, y los Karlung y los Vendling estarán unidos por nueva sangre.

—Y una cosa más —dijo Haldan, fijando su mirada en el ojo inerte de Karsten.

—¿Bien?

—Si Diente de Guerra nos declara alguna vez la guerra, renunciarás al juramento que le hiciste y lucharás junto a nosotros.

Durante un buen rato, Karsten no respondió. Pero al fin pareció tomar una decisión, y tendió su mano.

Haldan se la estrechó.



Y el acuerdo quedó sellado.

El lugar estaba hecho un desastre.

Una hilera de pozos, medio llenos con aguas fétidas y tocones carbonizados; las ruinas de las casas que había habido allí antes.

«Vindhaven...» lo que quedaba de él.

El olor de las brasas persistía, junto con el hedor acre de la carne podrida. Frente a los escombros de la casa de reunión había un círculo de cenizas empapadas de lluvia. Las llamas del fuego habían subido muy alto ese día. Hakan recordaba la peste de los cuerpos ardiendo que flotaba en el viento hasta donde él se había escondido. La llovizna se adhería a los pelos de su barba. Pateó un tiesto medio enterrado en el barro.

—Han dejado este lugar convertido en un agujero de mierda —dijo Dag, sin dirigirse a nadie en particular, removiendo los restos de una fragua con el extremo de su lanza. Algo captó su atención. Se inclinó y lo recogió para darle la vuelta. Un momento después lo arrojó al suelo otra vez—. Jodidas urracas. No han dejado nada. En todo este desastre no encontraremos nada que tenga algún valor.

—¿Qué esperabas? —repuso Hakan—. Han pasado tres meses desde que atacaron. —Aunque parecía una vida entera. Quemado, arrasado, aniquilado. Pero eso no había evitado que las gentes que vivían a lo largo del territorio cenagoso del Sound hubieran cogido cualquier cosa útil que los atacantes habían dejado atrás. Hasta el más pequeño remache. Eran bienvenidos a hacerlo. Estaban vivos.

Los atacantes estaban muertos.

—Esos muchachos sabían lo que hacían, no hay duda. —Dag había dedicado años a saquear, así que debía saber de lo que hablaba. Los otros hombres estaban revisando las casas quemadas que se agrupaban en la costa norte del Sound. Dag se apoyó en su lanza mientras contemplaba las ruinas de la pasarela que se había hundido en el agua. Resopló y escupió un pedazo de flema que dibujó una ensayada parábola en el aire. Fue a aterrizar en un trozo de tierra cuya superficie era más oscura que el resto.

Hakan recordaba la fila de personas arrodilladas justo allí y el ruido de la espada. Chas...

—Esto va a ser un trabajo jodidamente complicado. —Suspiró Gunnrek, un tipo fornido del sur de Vendlagard, con una barba tan espesa en las mejillas que Hakan se preguntaba si algún antepasado suyo se habría emparejado con una osa.

—Mi padre dijo que los Karlung enviarían gente para ayudar. Todo está acordado.

—Bueno, si nosotros estamos aquí y ellos no, me parece que nosotros somos los tontos que salimos perdiendo —masculló Dag, rascándose una costra en la nuca—. Será mejor que les reservemos algo que hacer.

Hakan pensó que los Karlung llegarían pronto. Por lo que le había dicho su padre,

quería que vigilase a los hombres de Karlung, que no pasara por alto nada de lo que hacían o querían saber. Aparte de eso, no le había contado a Hakan mucho más: que iban a reconstruir Vindhaven, que había aceptado una oferta de Karsten para compartir el trabajo, que debería ir allí de inmediato. Su padre quería que la obra avanzase lo máximo posible antes de que llegasen las nieves. Cuando Hakan le había preguntado qué beneficio obtendrían los Karlung, su padre se había limitado a fruncir el ceño. Un Vindhaven próspero beneficiaría a ambos clanes, había dicho. Ambos querían que la obra estuviera hecha con rapidez, y habían alcanzado un acuerdo. Eso era todo lo que él necesitaba saber, y sería mejor que enterrase cualquier conflicto con el joven Karlung. Cuando Hakan abrió la boca para protestar, su padre montó en cólera. Y en momentos así no había forma de hablar con él.

Con desgana, Hakan había prometido enterrar sus desavenencias. Había cosas más importantes en juego, dijo Haldan, con aquella mirada suya tan solemne.

—Confío en ti, hijo. Esto podría beneficiar mucho a nuestra gente.

De ahí que limpiar aquellos escombros fuera la tarea de un lord. «Resulta gracioso que más que limpiar parezca que estamos buscando algo en un pozo de fango... Quizá sea así con frecuencia».

Su padre le había entregado media docena de hombres. El primer día fue horrible. Trabajaron todo el día bajo un cielo de plomo. Cuando cayó la noche, el lugar seguía tan mal como antes. Tras el segundo día, al menos podía distinguirse una ligera diferencia. Primero quemaron los restos de los cuerpos, luego arrojaron los escombros a la pira, dejando aparte cualquier trozo de madera que mereciera la pena salvar.

El embarcadero supuso un trabajo repugnante: hundidos hasta la cintura en cieno para llevar a la orilla fragmentos rotos de madera medio carbonizada, mientras una lluvia afilada que caía empujada por el viento del este se les metía en los ojos y les helaba hasta los huesos. Cuando caía la noche, utilizaban todo lo que podían entre lo que se mantenía en pie y dormían junto a un fuego, cubriéndose con pieles de oveja.

Al cuarto día, Hakan pudo al menos tener la esperanza de que si las nieves no llegaban temprano, podrían empezar pronto a planificar cómo reconstruir el lugar. Su padre había dicho que sería el mayor puerto comercial en todo el mar del Este, pero, mirando aquella línea de costa vacía, resultaba difícil de imaginarlo.

Poco después del mediodía, el sol se había colado entre las nubes, lanzando dispersos rayos de luz sobre las grises aguas de Odd's Sound.

Hakan arrastró un trozo de cáñamo hacia la pila de madera salvada de los escombros y llamó a Dag:

—Dos días más y habremos limpiado lo peor.

—Puede —gruñó Dag—. Pero no gracias a esos hijos de puta de los Karlung.

—Puede que necesiten sentir la punta de tu cuchillo, Dag —dijo Aldi, un tipo joven al que le gustaba meter cizaña—. Si es que vienen alguna vez...

—¡Baah! —repuso Dag—. Deberían enviarnos un grupo de mujeres en su lugar.

Me alegraría de hacerles sentir la punta a ellas, eso sí.

Hubo un coro de risotadas. Gunnrek se acercó y lanzó un trozo de turba al fuego.

—Puedes pedirselo tú mismo —dijo, indicando con un movimiento de la barbilla hacia el oeste.

Los demás se giraron y vieron un caballo que trotaba por el sendero, con su jinete brincando encima.

—¿Un hombre? —siseó Dag—. ¿De qué coño nos sirve eso?

El jinete vestía una larga capa con capucha, de modo que su cara quedaba en sombra. Pero Hakan lo reconoció al instante.

—El hijo del conde Karsten. —«Sí, un hombre». Y el último hombre en los Nueve Mundos que deseaba ver.

Frunció el ceño mientras recordaba la promesa hecha a su padre, y realizó un saludo acogedor.

«¿No estaría orgulloso?».

—Buen día, Hakan —respondió Konur, echando hacia atrás la capucha. Bajó la mirada hacia los rostros sudorosos de los otros, con cautela. Después de todo, él era uno solo. Hakan tenía a seis a su lado, y la mirada torva de Dag era suficiente para que cualquiera se sintiera amedrentado.

—El viejo Karsten tiene sangre de gigantes, ¿eh? —dijo Dag.

—¿Qué?

—Que tienes que ser un cabrón muy fuerte, solo eso.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Konur, confuso.

—¿Por qué otra razón enviaría tu padre a un solo hombre para realizar el trabajo de una docena?

Konur gruñó sin atisbo de sonrisa.

—Parece que te gusta burlarte. Para ser un bastardo de aspecto miserable.

—Créeme —masculló Dag, al tiempo que su mano se deslizaba hacia el mango de su cuchillo—, no querrías descubrir qué es lo que me gusta de verdad.

«Di que sí», pensó Hakan.

—Un hombre más no nos resulta muy útil.

—Mi padre está reuniendo un grupo. Están esperando a un hombre al que considera el mejor constructor de estas tierras. Me dijo que me adelantara para ver el estado del terreno. O, al menos, para empezar el trabajo.

—Ya lo hemos empezado nosotros, por si no lo has notado —dijo Dag.

—Bueno, ahora está aquí —repuso Hakan, ofreciendo su mano—. Solo o no, eres bienvenido. —Se estrecharon las manos, sin que ninguno de los dos sonriera—. Pondremos tu caballo con los otros.

Konur desmontó. Hakan recogió su capa y le indicó con un gesto que le siguiera, mientras los demás reanudaban el trabajo.

—¿Has estado aquí antes?

—Hace ya tiempo —asintió Konur—. Entonces parecía muy diferente.

Hakan le dirigió una mirada de soslayo y comprendió que estaba haciendo una broma.

—La gente que vivía aquí, probablemente, pensaría lo mismo. Solo que no queda ninguno de ellos para decirlo.

—Sí, un mal negocio. Sin embargo, por lo que dice mi padre, pronto podría volver a ser como era. Mejor, incluso.

«¿Mejor? Dile eso a las mujeres amarradas a aquel mástil. Sería poco consuelo para ellas».

Después de atar el caballo de Konur con los otros, Hakan le ofreció algo de comer. Pero el recién llegado dijo que prefería echar un vistazo al lugar.

—El mejor lugar para empezar es allí arriba —dijo Hakan, señalando la pequeña cima que quedaba al norte de donde se encontraban.

No le llevó mucho subir hasta allí. La cima no podía considerarse un buen punto de observación, pero al menos estaba lo bastante alto como para tener una visión de conjunto de lo que quedaba del asentamiento.

Odd's Sound serpenteaba hacia el este, ensanchándose en dirección al mar abierto, con sus costas delimitadas por cañaverales. Excepto en el lado norte, más allá del poblado, donde había una extensión llana de arena. Ideal para descargar mercancías de barcos, pesqueros, esquifes... artesanía de todos los tamaños y formas de todos los puntos del mar del Este y más allá.

Naturalmente, el pequeño puerto de Vindhaven había crecido cerca de aquel punto. Durante generaciones había estado allí, feliz con el estado de las cosas. Hasta que resultó que la playa también servía para el desembarco de un navío de guerra, le dijo Hakan a Konur. Probablemente habían bajado a tierra haciéndose pasar por comerciantes. O se habían deslizado hasta la costa en la oscuridad de la noche. Fuera como fuera, la situación de los cadáveres sugería que los habitantes habían sido cogidos por sorpresa.

Hakan describió dónde había estado cada cosa antes. Las fraguas, los puestos de los herreros, cobertizos para secar las pieles, almacenes para grano y heno, puestos de hilanderos, tinajas para curtir cuero, planchas de carniceros, cocinas, una fábrica de cerveza, y pequeñas viviendas punteando el extremo occidental del lugar, cada una de ellas poco más grande que un cuchitril hundido en la tierra. Entre todo aquello se había alzado la casa de reunión, donde se celebraban las fiestas y los comerciantes que venían de fuera podían encontrar un techo para pasar la noche.

Konur soltó un bufido.

—Míralo ahora. —Tocones ennegrecidos, fosos cegados, madera carbonizada y astillada. Espacios vacíos como las cuencas de los ojos en una calavera—. ¿Qué ocurrió?

Hakan le contó todo lo que había visto.

Se quedaron allí sentados durante un rato. Konur quería saber cómo continuaba la historia: la persecución y la batalla en aquella colina norteña. Escuchó el relato, y

después él también contó sus experiencias en la «Tormenta de Skogul», como la llamaba. Un combate sangriento, escaramuzas y saqueos. Por una vez, se limitó a contarlo como había sido, lo mejor que podía recordarlo. Hakan se descubrió a sí mismo interesado, casi olvidando el odio hacia Konur que había estado almacenando desde el verano. Desde su infancia, más bien. Olvidó la punzada de celos que había sentido al ver a Konur sacar a Inga de la casa.

Era tarde y las sombras del crepúsculo comenzaban a caer. Los demás estarían ya terminando su trabajo. Caminaron de vuelta ladera abajo.

De repente, Konur se echó a reír.

—¿Sabes? Te había tomado por un imbécil testarudo. Estaba convencido de que seríamos enemigos, tú y yo, y que no había forma de cambiar eso. Pero... no eres mal chico.

Hakan soltó un gruñido.

—Podría ser. Tú tampoco. —Ambos sonrieron. «¿Puedes creértelo? Mi padre daría una jodida fiesta».

—Casi me alegra que vayamos a ser familiares cercanos.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué crees tú? —exclamó Konur, radiante de pronto—. ¡Mi matrimonio, por supuesto! Con tu prima.

Hakan notó en la garganta el sabor amargo de la bilis.

—¿Mi prima? ¿Te refieres a Inga?

—¡Claro que a Inga! No conozco a ninguna otra prima tuya con la que me gustaría casarme.

Hakan no pudo hacer otra cosa que quedarse boquiabierto, incrédulo.

Konur no estaba ciego.

—¡Por los dioses! —cacareó—. No me digas que no lo sabías. —Hakan meneó la cabeza, incapaz de reaccionar. Konur soltó una estruendosa carcajada—. ¡Esto es demasiado bueno! Eres el hijo del gran lord Haldan, y no te ha contado sus planes de casar a su pupila.

En la cabeza de Hakan se agolparon un millar de pensamientos convulsos.

—¿CÓ... cómo? —balbuceó.

—Está todo acordado, amigo mío. ¿Por qué crees que hacemos todo esto? —Señaló con una mano las ruinas carbonizadas que se extendían a sus pies—. Nuestros padres lo acordaron. El mío le hizo la petición al tuyo, y este fue el precio que acordaron. ¿De verdad Haldan no te lo contó?

Hakan contempló embobado las pilas de patéticos escombros, los maderos rotos, los charcos hediondos. No era posible que su padre hubiera entregado a la más preciosa criatura de los Nueve Mundos por «esto». «¡Y a aquel hijo de puta!».

—No —refunfuñó, sintiendo que la rabia se apoderaba de él—. ¡No!

—¿No? —repitió Konur, y su sonrisa tembló un instante.

—Ella te detesta.

—¡Baah! No me dio esa impresión cuando fui a visitarla.

—¿Visitarla?

—¿Tampoco ella te contó eso? —volvió a cacarear Konur, ahora todavía más alto

—. Parece que en Vendlagard hay un montón de secretos.

Hakan meneó la cabeza, con la sangre hirviendo.

Konur hizo una mueca de desdén.

—Imagino que no te contó lo que hicimos mientras tú te ocupabas de los saqueadores, ¿verdad? —Le hizo un guiño, disfrutando claramente de la situación—.

Vaya una pieza sabrosa, esa Inga.

—Estás mintiendo —gruñó Hakan.

—¿Mentir? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Inga nunca... no contigo.

—¿Por qué no? —rugió Konur—. No obstante, he de decir que al principio necesitó algo de persuasión. Pero, por la experiencia que tengo, a la mayoría de las mujeres les gusta un poco de lucha. Las excita.

—¿Qué le hiciste?

—Vamos, eres un hombre de mundo. No pensarás que me voy a conformar con una sola colmena para el resto de mis días sin haber probado antes la miel, ¿verdad? Sin embargo, no entiendo qué te importa a ti.

—Es mi prima. —«¡Lo es todo para mí, cabrón!».

—¿Tu prima? Por Hel, a mí me importa un comino quién se lo monta con mis primas. Eres bienvenido a hacerlo.

La mano de Hakan temblaba de rabia.

De repente, el rostro de Konur se iluminó y su boca se torció para formar una sonrisa de malicia.

—¡Dioses! Estás colado por ella, ¿no es eso? —Hakan sintió que su cuerpo se tensaba. De pronto, su secreto parecía claro como la luz del día—. ¡Eso es! ¡Por supuesto! Por eso enloqueciste en tu estúpida fiesta. Bueno, no te apures: al final ella lo disfrutó. Es bueno saber que tu esposa tiene un buen polvo antes de hacer ningún voto. —Se dispuso a darle una suave palmada en la mejilla, pero Hakan le apartó el brazo de un manotazo y le agarró de la túnica.

—Te mataré antes de ver que Inga se casa contigo, ¿te enteras?

—Suéltame —gruño Konur—. Tu padre ya ha acordado el trato. Está sellado. No hay nada que tú puedas hacer.

La mano de Hakan se deslizó bajo su manto hacia el mango de su cuchillo, con el odio ardiendo en la boca de su estómago. La hoja ya estaba medio fuera antes de que Konur se percatara del peligro. Con un gesto desesperado, buscó su propia arma.

De repente, oyeron otra voz, afilada como el acero:

—Una conversación amistosa, ¿verdad?

Los dos se quedaron quietos y Dag apareció de entre la penumbra. Con la escasez de luz, el feroz asesino parecía hecho de sombras. Hakan sintió que una mano se

cerraba sobre sus nudillos y empujaba su cuchillo de nuevo al interior de la vaina.

Los ojos de Konur se movían de uno a otro con rapidez, con el miedo reflejándose en su cara.

—¿Tienes algún otro lugar en el que deberías estar? —le dijo Dag.

Konur resopló, y guardó también su acero.

—Os dejaré retozando en el fango —masculló, lanzándoles una última mirada de resentimiento.

Hakan contempló cómo la silueta de Konur se disolvía en las sombras mientras la rabia continuaba martilleando su cabeza. Dag y él permanecieron inmóviles, escuchando en silencio. Poco después oyeron ruido de cascos alejándose hacia el oeste.

—Una visita breve —dijo Dag—. Cualquiera diría que no le ha gustado nuestra hospitalidad.

—Es un cabrón.

—Sí, el mundo está lleno de ellos, muchacho. Será mejor que te acostumbres. —Dag le dio una palmada en el hombro—. Vamos, estoy muerto de hambre.

—Me has estado ocultando algo —dijo Haldan.

Inga le devolvió la mirada, tratando de mostrar ignorancia e inocencia en su rostro. Su tío estaba sentado, con aspecto más severo que nunca, en su silla enorme, tras su mesa enorme, en su enorme sala. La había hecho llamar interrumpiendo sus tareas. Incómoda, Inga se limpió los dedos en su delantal, grasientos aún de ubres de cabra.

Nunca le había gustado aquella parte de la ciudadela, en la que las paredes estaban recubiertas de muerte: espadas pulidas con bordes afilados, escudos rotos y salpicados de manchas oxidadas que solo podían ser de una cosa.

No podía recordar una sola vez en la que hubiera reído en aquella sala, y solo percibir el olor almizclado de las pieles y el humo le hacía sentir culpable. Se envolvió con sus propios brazos. Si su tío había descubierto su secreto, su mundo entero estaba próximo a su fin.

—¿Y bien?

—¿Ocultando algo? —Inga toqueteó su delantal. «Puede que su cabeza entre en erupción como los volcanes de los cuentos».

—Tuviste una visita mientras estábamos fuera.

—¿Una visita? —Era mala idea fingir ignorancia, pero por dentro sintió una explosión de alivio. Cualquiera cosa era preferible a que su tío hubiera descubierto su secreto—. No...

—Sé que el joven Karlung estuvo aquí.

Inga sintió que se le encendían las mejillas.

—¿Cómo? —Einna o Tolla debían haberle ido con el cuento. «Si ha sido esa pequeñaja de Einnaling, ¡le voy a dar una buena bofetada!».

—Me lo dijo su padre. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—¿Quién?

—¡Konur, por supuesto!

—Dijo que tenía un asunto que tratar contigo —balbuceó—. Pero cuando se enteró de que no estabas, se fue.

—¿Por qué no me lo contaste?

Inga ideó apresuradamente una respuesta:



—Pensé que, después del altercado entre Konur y Hakan en la fiesta... No quería aguarle el regreso. Todos estábamos muy aliviados por vuestra vuelta.

Haldan no pareció quedarse convencido.

—Habla con sinceridad, Inga. ¿Estás enamorada de ese chico?

—¡Enamorada de él! —exclamó, con disgusto—. No. En absoluto.

Haldan refunfuñó irritado.

—Lástima.

—¿Lástima? ¿Lástima por qué?

Haldan entrelazó sus manos, mirándola con aquel gesto serio tan propio de él.

—Cuando pase el invierno, tendrás edad de casarte. —«Por favor, dulce Freya, no...»—. He llegado a un acuerdo para emparejarte.

—No —se le escapó a Inga—. Yo...

—Konur es un hombre con grandes expectativas.

—No... no —dijo con la voz temblorosa, retrocediendo, como si a sus pies se hubiera abierto un abismo insondable.

—¿Qué hay de malo en él? Es un joven atractivo, de buen linaje y con buenas tierras. Sería difícil encontrar un mejor candidato que él.

—¡Por favor, tío! No me importa su aspecto, ni sus tierras, ni si su linaje se remonta cien generaciones. ¡Preferiría casarme con un sapo!

—No seas ridícula.

—Lo odio. Lo detesto.

—¿Esto tiene que ver con aquel asunto con Hakan?

—No, no es eso. O no solo eso, yo... —Su voz se quebró. Se sentía abatida, avergonzada de tener que contarle. Todavía no había conseguido eliminar las dudas sobre si ella había provocado lo que Konur le había hecho. Pero eso era un error, tenía que ser un error, y eso solo la hacía enfurecerse más. Konur era quien debía sentirse avergonzado, no ella—. ¡No me casaré con él!

—No veo el problema —dijo Haldan, como si no quisiera tomar el asunto en serio—. Además, no es una opción. Así son las cosas. De este asunto dependen más cosas que el simple capricho de una jovencita.

De repente, Inga estalló ante la injusticia:

—Eso es todo lo que soy para ti, ¿verdad? Una chiquilla que te molesta. —Sus ojos se llenaron de lágrimas calientes, pero no le importó—. ¡Eso es lo único que siempre he sido para ti! Y ahora quieres librarte de mí a la primera oportunidad que tienes, así de simple. —Chasqueó los dedos delante de su cara. Haldan le agarró la mano con la rapidez de una serpiente, pero su rostro permaneció frío como la piedra.

—Sabes que eres más que eso para mí. —Pero su mano aplastaba la de ella.

—¿Se supone que eso es afecto? —le espetó Inga, liberando su mano—. Estás ciego si no ves cómo me tratas. —«Tiene que oír esto. Ya era hora de que lo hiciera»—. Tu corazón es un trozo de hielo. Para todos excepto para tu preciado Hijo Elegido.

—Te sugiero que te calmes —dijo Haldan, con una advertencia destellando en sus pupilas.

—¿Por qué debería hacerlo? —gritó ella—. ¿Porque no te gusta oír la verdad? —Se inclinó hacia delante, notando que sus palabras hacían mella en él. «Incluso en alguien como él»—. ¿Tanto odiabas a mi madre? ¿Odiabas que tu hermano la amase a ella más que a ti? ¿Despreciaste el hecho de que ella dejase a su hija a tu cargo? ¡Qué desconsiderado por su parte fue morirse!

—No sabes nada de...

—¡No he terminado! —chilló Inga—. No tienes idea de lo que se siente. Eres lo más parecido a un padre que tengo, y le muestras más amor a tus perros que a mí. —Las lágrimas ya se habían convertido en un torrente sin fin—. No quería mucho. Sabía cuál era mi lugar. Pero no me has dado nada. Nada que te saliera de aquí. —Y señaló con gesto acusador el agujero donde debería haber estado el corazón de Haldan—. ¡Y ahora esto! —Estampó los puños contra la mesa—. ¡Me empaquetas con el primer imbécil que viene a pedírtelo!

La respuesta de Haldan brotó con furia:

—No te he tratado de forma diferente a mi hijo. Te he proporcionado todo desde el día que naciste. Has tenido todo lo que has necesitado.

—¿Es que no lo ves? ¡Te necesitaba a ti! —Inga puso los ojos en blanco—. Oh, me has proporcionado alimento, sí. Igual que le arrojas los restos de tu plato a los cerdos. Ellos tienen comida, pero ¿los quieres? Yo solo quería lo que cualquiera querría: el amor de un padre. La caricia de una madre. En lugar de eso, tengo un tío que preferiría coger una ortiga antes que darme un abrazo. —Se limpió la nariz y cogió una bocanada de aire.

Durante un instante, distinguió un destello de vergüenza en la cara de Haldan. Pero enseguida desapareció y las líneas que bordeaban su boca volvieron a endurecerse.

—Estás enfadada, así que pasaré por alto tu forma de hablarme...

—¡Deja de ser tan frío!

Sin previo aviso, Haldan salió disparado de su asiento, como un grabado en la madera que cobrase vida de pronto, y lanzó sus puños contra la superficie de la mesa.

—¡Siéntate y cierra la boca! —Inga se encogió sobre sí misma, asustada como si tuviera delante a un oso salvaje—. Puedes gritar y lloriquear todo lo que quieras. El trato está sellado. Cada uno de nosotros tiene obligaciones que cumplir, no siempre nos gustan, pero lo hacemos. Esto, niña, es la tuya.

Inga se sentó en su taburete. Cuando habló de nuevo, lo hizo en voz muy baja, tensa por el firme desafío que había en sus palabras:

—No formaré parte de tu miserable acuerdo. Y ningún poder en todos los Nueve Mundos hará que me case con Konur.

—Harás lo que te...

—¡Es un violador! —Esta vez se puso en pie al hablar. La palabra hizo temblar

los muros de la sala—. ¿Lo entiendes? Trató de violarme.

Vio cómo Haldan parpadeaba, dos veces, tres veces. Y luego volvió a tomar asiento.

—¿Violarte? —murmuró.

—Lo habría conseguido si no llego a acuchillarle. —Se quitó el gancho del pelo, con lo que sus rizos se derramaron sobre sus hombros—. Con esto. —Y le tendió el objeto a su tío.

Haldan lo cogió y lo volteó con una expresión mezcla de perplejidad y admiración.

—Volveré a hacerlo si se me acerca.

Haldan dejó el gancho sobre la mesa y, después de contemplar durante un rato sus ojos llorosos, se incorporó y avanzó hacia ella. Ella permaneció inmóvil. Sorprendida. Con delicadeza, la envolvió en sus brazos, de modo que Inga pudo percibir el olor acre y varonil de su sudor. La joven apretó su rostro contra el pecho de su tío. Cerró los ojos y se concentró en la sensación de sus manos enormes sujetándola con fuerza.

¿Por qué no podía ser siempre así? Entre sus brazos se sentía a salvo. Pensó en la vida que crecía en su interior, la vida que ella, a su vez, debía salvaguardar. «Quizá podría hablarle de nosotros. De todos nosotros. Quizá lo entendería».

—¿Qué sucedió? —preguntó Haldan, con suavidad.

Y ella se lo contó. Todo lo que había ocurrido con Konur brotó de su boca en un torrente de palabras.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Lo habría hecho... pero sabía que si lo hacía, Hakan se enteraría... y parece que él lo odia muchísimo. No podía arriesgarme a causar problemas. —Se sorbió la nariz—. Y la verdad es que... me sentía avergonzada.

Haldan ladeó su cabeza. Inga se asombró de lo tiernos que podían resultar sus ojos azules cuando se lo proponía.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. —Los rasgos de su cara parecían más suaves de lo que Inga jamás había visto—. De verdad.

—Sé que fui ingenua... Podría haber hecho más. Rechazarlo. —Volvió a enterrar su rostro en el pecho de su tío—. Oh, tío, ojalá Konur nunca hubiera venido.

Comenzó a llorar otra vez, y oyó a Haldan murmurar:

—Está bien. Todo irá bien.

—Entonces ¿no tengo que casarme con él? —«Por favor, dulce Freya, por favor». Sintió cómo su pecho subía y bajaba. Y otra vez. Pero Haldan no contestó. Inga solo sintió los latidos de su corazón. Luego, de forma abrupta, su tío la apartó de sí—. No, ¿verdad? —Le tembló la voz.

Haldan retiró los brazos lentamente.

—No es tan simple.

—¿Que no es simple? —jadeó Inga—. ¡Envía un mensajero a Karlsted! ¡Diles

que el acuerdo está roto! Que no me casaré con esa rata.

—Sé que te hizo daño. —Haldan trató de tranquilizarla, pero cada una de sus palabras parecía hecha de metal afilado—. Obtendré garantías de su padre, del propio muchacho, de que «nunca» volverá a ocurrir. —Inga retrocedió, con el corazón desbocado y la figura enorme de su tío volviéndose borrosa ante sus ojos—. Les obligaré a garantizar...

—No, no, no, ¡NO! —tartamudeó, sintiéndose como una mujer que se ahogaba y no lograba mantenerse a flote.

Pero él continuó hablando:

—Di mi palabra. Esto no se trata tan solo de un marido para ti. He de tener en cuenta qué peligros se ciernen sobre nuestra gente. Esto trata del futuro de «todos» nosotros. Eso debe importar más que cualquier... «malentendido» entre tú y Konur.

«Mis oídos deben de estar engañándome».

—¿Un malentendido? ¡Trató de violarme! —Su boca se torció en una mueca de desprecio—. No te importa, ¿verdad que no? Oh, ahora lo veo claro, tío. Por supuesto, eres un lord orgulloso, ¿acaso no lo sabemos todos? —Sus labios se habían vuelto blancos de rabia—. Pero también eres un monstruo, ¡un monstruo! Que lo sacrificaría todo por tu precioso honor y tu precioso linaje.

Estuvo a punto de decirlo. Poco le faltó para que se lo gritase a la cara, tan inquebrantable ahora como siempre. «¡El bastardo de tu hijo está creciendo en mi vientre!». Pero algo la hizo contenerse.

Tal vez fue saber que Haldan se limitaría a pasarlo por alto, como hacía con todo. O la promesa que había hecho a Hakan, de guardar su secreto todo el tiempo que pudiera. O quizá fue porque su secreto era lo único importante que le quedaba en el mundo. No podía arriesgarse a perder eso también.

—Monstruo —fue todo lo que pudo susurrar.

Pero Haldan volvía a lucir su máscara de costumbre, aquellas sombras que cubrían sus rasgos, oscuros como una tormenta.

Si pretendía responderle, Inga no le dio oportunidad. Se giró y abandonó la estancia a la carrera. Sin embargo, mientras lo hacía deseaba que él fuera tras ella, esperaba que gritase su nombre, que le suplicase que volviera, que le pidiera perdón con lágrimas en los ojos, que le dijera que la quería y que todo iría bien.

Pero no hubo pisadas a su espalda. Ni llamada alguna. Solo el silencio... Solo las manos invisibles que se cerraban en torno a su garganta, ahogando sus esperanzas.

La lluvia goteaba sobre el chisporroteo de las llamas. El olor a humedad, a pieles empapadas y a tierra removida se mezclaba con el aroma de su estofado. Lo mismo que cada noche: conejo con cebollas y mejorana, acompañado de pan rancio. No era alimento propio de reyes, pero tapaba el agujero que sentían en el estómago.

Suficiente al menos para cinco de ellos, encorvados sobre sus cuencos. Pero

Hakan no estaba comiendo. Su vientre ya rebosaba de bilis y en su mente se había grabado una sola palabra.

«Muerte».

La empujó lejos. Más y más lejos. Pero siempre volvía, de forma espontánea e incesante, hasta que por fin la dejó allí. Horrible, siniestra, vergonzante. La contempló con odio. La palabra le devolvió la mirada, acusándole.

«Suspirando» por él.

Aquello era culpa de su padre. ¿Acaso el viejo valoraba tan poco a Inga que podía haber sellado aquel acuerdo? Si Konur la había forzado, merecía morir. Y si no lo había hecho...

«No, no puede haber sido así...».

Sin embargo, la duda persistía. Era su hijo el que estaba en su vientre, eso había dicho ella. ¿Tenía ahora incluso que dudar de ello? Removió el estofado en su cuenco, recordando la cara de Inga, tan apremiante, tan sincera, con lágrimas en los ojos. ¿Podía mentir con tanta facilidad? «¿Realmente soy tan tonto?».

Maldijo para sus adentros. Poco importaba si había ocurrido por la fuerza o se había tratado de una traición. Si ese bastardo Karlung había tomado lo que era suyo, tenía que ajustarle las cuentas. Una tormenta de sangre, y Hakan sabía que después vendría una enemistad que duraría mucho más allá de su propia muerte. Su padre montaría en cólera, pero sabía que tendría que ponerse de su parte.

Nadie más podía tener a Inga.

«Nadie».

Los otros comenzaron a conversar sin ganas, protestando por la lluvia y el frío invernal. Hakan aún no había dado ni un bocado.

—¿No tocas tu comida? —preguntó Dag, indicando con un gesto su cuenco, medio divertido y con una luz trémula brillando en sus ojos.

Hakan se limitó a gruñir por toda respuesta y a levantar su cuchara.

—Pásamela si no la quieres —dijo Aldi con voz de pito, tendiéndole su propio cuenco vacío.

—Déjalo tranquilo —repuso Dag, apartando la mano ansiosa de Aldi—. El odio puede alimentar a un hombre durante un tiempo, pero aun así necesita comer.

—¿Quién dice que odio a alguien?

—Salta a la vista —dijo Dag, sorbiéndose con fuerza la nariz—. Apesta a odio.

—No es asunto tuyo.

El otro volvió a sorberse la nariz.

—El odio siempre encuentra la forma de salir a flote. Cuando lo hace, hay muchas probabilidades de que se produzca alguna muerte. Creo que eso sí es asunto mío, ¿no te parece?

—¿Muerte? Ni siquiera había pensado en eso. —«Solo medio centenar de veces».

—Se te da mal mentir. Incluso para ser el hijo de un lord.

Hakan arrojó su cuchara en el cuenco produciendo un tintineo.

—Odio a ese malnacido. ¿Y qué?

—Tienes tus razones.

—Sí, tengo montones de ellas. —Lanzó una patada al suelo—. Pero lo tengo bajo control. Al fin y al cabo, se lo prometí a mi padre.

«Aunque ¿por qué diablos debería hacer nada por él ahora...?».

—Tal vez le hicieras una promesa al viejo, pero, por mi experiencia, una promesa no vale una mierda. —Con gesto ausente, Dag se rascó entre los dientes con una uña larga y mugrienta—. Bajo control, ¡ja! Esa es buena. —Miró fijamente a Hakan, y las sombras de sus ojos se intensificaron—. ¿Sabes lo que es el odio, muchacho? —Hakan negó con la cabeza—. El odio es caos. Salvaje como un lobo, así es. Déjalo libre y la sangre correrá por todas partes.

—Supongo que será mejor que lo mantenga bien amarrado, entonces. Encadenado. —Hakan volvió a concentrarse en su comida. «No soy un asesino».

—Tal vez. Por ahora. Pero algún día, todas las cadenas de los Nueve Mundos se romperán.

—El Ragnarok —masculló Gunnrek.

—Sí, el Ragnarok —repitió Dag—. Ese día se avecina. Puede que pronto. Cuando el caos rompa las cadenas que lo retienen. —En su garganta retumbó una risotada—. ¿Crees que el mundo es ahora un lugar oscuro y sangriento? Pues es reluciente como el sol, comparado con cómo será entonces.

El fuego pareció recrudecerse con sus palabras, y una quietud se adueñó del grupo mientras escuchaba a Dag hablar de aquel modo vacilante e irregular. Todos lo habían oído contar antes, a menudo en una noche oscura como aquella. El Ragnarok, los Últimos Fuegos. El terror desatándose sobre el mundo de los hombres.

La gente del norte llevaba generaciones transmitiendo la vieja historia de la destrucción que estaba por venir. Cuando el monstruoso lobo Fenrir rompería sus cadenas, y la Gran Serpiente saldría de las profundidades, y el fuego brotaría de las entrañas de la tierra. Escucharon mientras Dag agitaba las brasas y su voz sonaba tan quebradiza como la madera que alimentaba el fuego. Habló del sol astillado por lanzas de oscuridad, de espíritus que regresan a la tierra. De los hijos de Hel reuniendo a los siervos de la muerte y emprendiendo el camino hacia la última matanza a bordo de una embarcación hecha de carne putrefacta. De océanos que se desbordaban, inundando la tierra, y de las feroces heladas de un invierno al que seguía otro y luego otro, marchitando todo resquicio de vida. Cuando los hombres arrancarían el corazón a los de su propia familia, y las mentiras de Loki llenarían sus mentes. Habló de hermanos y hermanas follando como cerdos, de padres destruyendo a sus herederos, madres arrojando a sus hijos al fuego. La justicia de los hombres desaparecería. Las leyes y las tradiciones se vendrían abajo. La sabiduría de siglos se desvanecería. Solo el Palacio de los Héroe Caídos se mantendría en pie. El Valhalla.

Aldi aplaudió con entusiasmo y fue reprendido por una mirada fiera de Gunnrek.

Dag continuó, con la mirada perdida en las llamas:

—El Dios Supremo los llamará a todos. Las huestes de héroes de Odín. El cuerno de Heimdall los convocará al campo de sangre. Los muertos se agolparán bajo la bandera de Hel, y cada héroe se enfrentará a su condena. Y entonces, solo entonces, se encenderán los Últimos Fuegos y lo consumirán todo. Oscuridad, luz, el paso del tiempo, los salones donde retumban los truenos, las bóvedas donde brillan los relámpagos, los océanos rugientes. Las estrellas caerán, la calavera de Ymir se quebrará en pedazos, y entonces... No habrá nada. Como no lo había antes —refunfuñó—. Todo será nada una vez más.

Durante un buen rato, nadie dijo una palabra. Solo se oía la lluvia, y el fuego, a Dag sorbiéndose la nariz.

—El Ragnarok —dijo alguien al fin.

Todos asintieron.

—Comienza aquí, muchacho. —Dag se señaló el corazón—. El caos aguarda aquí, soñando con el momento en que romperá sus cadenas. —Suscribió sus propias palabras con un gesto de asentimiento—. Sí, la chispa de esas últimas llamas arde en nosotros. Así se ha dicho. Y así será.

De nuevo se produjo un silencio, hasta que Dag se aclaró de repente la garganta y escupió a la hoguera.

—Una cosa hay que decir a favor de ello en una noche como esta. Al menos será caluroso.

—Y seco —añadió Aldi, con una risita.

Dag soltó un lánguido bostezo.

—Con estos alegres pensamientos, os doy las buenas noches, amigos míos.

Los otros no tardaron en seguir su ejemplo. El toldo improvisado les cubría de la lluvia, pero el suelo estaba mojado y el aire era húmedo.

Hakan se tumbó, regodeándose en oscuros pensamientos. Odio. Caos. Muerte. El Ragnarok. ¿Había pretendido Dag incitarle a actuar o detenerle? De algún modo, sus palabras habían tenido efecto en ambos sentidos. Su corazón rebosaba de actos innombrables.

«Tal vez la única forma de librarme de ellos sea llevarlos a cabo...».

Una y otra vez, se preguntaba a sí mismo por qué Inga no le había hablado de la visita de Konur. ¿Le había traicionado? Y, peor, ¿iba su padre realmente a entregarla en matrimonio? ¿Qué ocurriría con el niño? ¿Su niño? Esas y otras mil interrogantes daban vueltas y vueltas en su cabeza. Y, mientras tanto, en la oscuridad se le aparecía el rostro de Konur, con su mirada burlona.

Y entonces, de golpe, supo la respuesta. La única respuesta a todas aquellas preguntas.

«Lo quiero muerto».

Las yemas de los dedos de Inga estaban blancas y arrugadas.

«Como unas viejas bayas. Secas y muertas». Tal vez tendrían ese aspecto cuando fuera vieja. Marchitándose hasta convertirse en polvo... «¿Es esto en lo que consiste la vida? Una lenta y constante putrefacción hacia la muerte... y la sombra».

Frotó el pulgar contra el índice para alisar las arrugas, pero los pliegues persistieron, en sus dedos y en su mente.

—Llevas un montón de tiempo mirándote las manos. —Inga parpadeó y levantó la mirada para encontrarse con la cara delgada de Einna—. ¿En qué estás pensando?

—En nada —respondió, sin ganas. «¿O era en el vacío en lo que pensaba?».

—Bueno, mientras piensas en nada, ¡sigue lavando! Mira todo esto. —Einna alzó las manos con desesperación y luego las hundió en la tina.

Inga echó un vistazo a su alrededor como si acabara de despertarse, y se asustó un poco al darse cuenta de que le costaba recordar dónde estaba. Las tablillas de madera, los jirones de humo, las columnas nudosas, y a su lado dos pilas enormes, una de ropa de vestir, otra de toscas mantas. Algunas colgaban de las vigas del lavadero, empapadas pero limpias.

Tardarían una eternidad en secarse con aquel tiempo tan húmedo. Quizá deberían hacer un fuego. Imaginó la danza de las llamas, cada vez más y más altas, luego la lana prendería y el fuego devoraría la tela hasta reducirla a la nada.

Gimió para sus adentros. ¿Por qué sus pensamientos giraban en el vacío tan a menudo en aquellos días? Cambió el peso de su cuerpo sobre sus caderas y volvió a concentrarse en escurrir las prendas, retorciéndolas y estirando con fuerza.

«Dentro de mi cabeza hago lo mismo». Retorcer los pensamientos y estirarlos sin parar. Se sentía lejos de sí misma. Estaba acostumbrada a dejar que su mente vagase libre, galopando como un semental, planeando como una golondrina. La vida era un baile que podía realizar con los ojos cerrados, una canción que se sabía de memoria. Cotilleos y bromas y cuentos, chistes ingeniosos y risas fáciles; estaba acostumbrada a tejer con todo ello un diseño brillante y hermoso, no algo deforme y fuera de lugar. Pero ahora... ahora todo lo que había en su cabeza se movía demasiado rápido. De un modo confuso. Mil pensamientos girando y retorciéndose como un nido de serpientes.



Hakan llevaba días fuera, y probablemente tardaría todavía en volver. Lo necesitaba de vuelta. Pero ¿qué le diría? Solía saber qué decir en cualquier momento. Ahora nada tenía sentido.

«No, eso no es verdad. Hakan sigue teniendo sentido».

Con él, podría hallar la manera de salir de un bosque tenebroso lleno de cosas que la asustaban. Y, sin embargo, cuando trataba de poner sus manos sobre cada una de aquellas cosas para darle la vuelta, se deshacía como la bruma.

Había empezado a creer que algún poder extraño debía estar actuando contra ella. Si no, ¿cómo había llegado a aquella situación? Y ahora la voluntad de su tío se oponía a la suya, decidido a cumplir aquel horrible acuerdo. Inga recordó que uno de los apodos de guerra de su tío era Acantilado. «Corazón de piedra se le ajusta mejor». Tenía que encontrar la fuerza necesaria para plantar batalla, ahora más que nunca. Por la vida que crecía en su interior.

Pero ¿por qué se sentía tan débil justo cuando necesitaba ser fuerte?

Le había rezado a los dioses buenos. El gran dios del Vanir, Ingvi-Frey, su tocayo. Su vida había estado unida a la del dios desde que había venido al mundo. Él debía protegerlos, porque su amor era puro y bueno. Y la hermosa gemela del dios, Freya, también lo era. ¿Acaso no era la diosa del amor que provocaba las pasiones del corazón y el éxtasis secreto entre un hombre y una mujer? Inga había vivido para satisfacer a ambos dioses. Ellos debían ahora defenderla.

Sin embargo, de alguna manera, la sombra persistía. No había forma de escapar de ella.

Inga se sintió muy cansada.

«Quizá la sombra lo sabe. Mi sangre está marcada». La muerte de su padre, la pena de su madre. La sombra se limitaba a reír, consciente de que le llegaría el turno a ella.

Einna no paraba de parlotear sobre uno de los chicos Birlung, al que había conocido en Hildagard, y su mata de pelo se balanceaba hacia delante y hacia atrás cada vez con más entusiasmo.

Poco tiempo atrás, Inga habría aprovechado para burlarse de Einna sin piedad. Y ambas habrían reído juntas a carcajadas. Pero ahora, en lugar de eso, Inga no dijo nada. Las palabras de Einna la confundían. Trató de concentrarse, pero sus pensamientos eran liosos y quebradizos.

Al fin, Einna se quedó en silencio y solo se oyó el chapoteo de la ropa en el agua.

—Qué te pasa, ¿eh? —Inga se sobresaltó al oír la pregunta—. ¿Dónde está mi querida Ingaling?

—¿Eh?

—¡No estás aquí!

Inga meneó la cabeza y se obligó a sonreír.

—Lo siento. Debo haber estado soñando despierta.

—A juzgar por tu cara, no puede haber sido un sueño bonito. —Inga se limitó a

suspirar—. Llevas días sin hablar apenas. Dime qué te ocurre, palomita.

—Déjalo estar, Einna.

—Venga, puedes contármelo. —Inga solo deseaba que Einna se callase—. ¿Por qué eres tan cabezota, tonta?

—¡Puede que esté cansada de escuchar tu cotorreo! —le espetó Inga—. ¿No puedes solo... quedarte callada un rato?

Se arrepintió nada más decirlo. La pobre Einna no conocía sus secretos. «Ni siquiera me conoce a mí. Ya no». Einna se apartó el pelo de la cara con gesto irritado y reanudó su labor.

—Lo siento, pequeña. —Gimió Inga. Pero Einna ya se había enfurruñado y no había forma de arreglarlo.

Le dolía la espalda. Llevaba días doliéndole. Se preguntó qué tamaño tendría su hijo ahora. Bajo las capas de ropa, la hinchazón de su vientre estaba creciendo, inconfundible al tacto, pero invisible a los ojos.

«Por ahora».

¿Cómo podía esconderlo hasta la primavera? Era absurdo confiar en que nadie lo notaría. El único punto a favor era que el invierno se aproximaba y que nadie vería extraño que se tapase más a medida que los días se volvían más fríos.

«¡Pero la verdad es que nuestro plan no tiene sentido!».

Se incorporó y al hacerlo sintió que la sangre burbujeaba en sus piernas. Dejaría a Einna con su enfado. Necesitaba respirar.

—Tengo sed —dijo. Por toda respuesta, Einna frunció el ceño.

Inga se envolvió en su manto y salió del lavadero. Se encaminó hacia el aljibe, sin preocuparle que su falda se arrastrase por los charcos. El barro era denso como la brea. Solo había dado unos pocos pasos cuando resbaló; se fue hacia delante, pero logró recuperar el equilibrio, aunque sintió una punzada en la espalda y una explosión de dolor directamente en la columna.

La frustración le hizo querer gritar, pero apretó los dientes con fuerza y se inclinó hacia atrás para intentar relajar los músculos de su espalda. Su mirada vagó hasta el manto de nubes grises que cubría el cielo.

«Estoy tan cansada».

Cansada de buscar respuestas en el laberinto de su mente. Cansada de preocuparse por la pequeña criatura que sentía crecer en su interior. Cerró los ojos y puso la mente en blanco, y durante un dulce instante no pensó en nada en absoluto.

El dolor fue menguando hasta que, por fin, desapareció. Abrió los ojos.

Allí estaba Tolla, en la puerta de la casa, con un cubo en la mano y una mirada perpleja en su cara. Inga se enderezó y la saludó.

La criada se apartó un mechón de pelo y se acercó sin decir una palabra. Inga la observó. Algo había cambiado en ella.

—Ven aquí, Einna —llamó Tolla. La joven levantó la vista de la tina. Tolla le mostró el cubo con restos de comida—. Sé buena y lleva esto a los cerdos.

—¡Siempre me toca a mí! —protestó Einna, dándose una palmada en el delantal con exasperación—. ¿Por qué no puede hacerlo ella? No ha hecho nada en toda la mañana.

—Haz lo que se te dice. Necesito hablar con Inga.

Al oír eso, Einna cedió, con un gesto de satisfacción. Ambas sabían que Tolla solo hablaba así cuando alguien se había metido en problemas. Presintiendo lo que iba a pasar, a Inga se le erizó el vello de la nuca mientras Einna se alejaba con el cubo de sobras. Algunas esclavas pasaron cerca de ellas, enfrascadas en sus tareas. Tolla le indicó a Inga que la siguiera a la parte de atrás del lavadero, sin que su rostro revelase sus intenciones. Inga la siguió hacia allí, temerosa.

—Te he estado observando, Inga.

—¿Ah, sí?

—Más de lo que crees. —Como Inga no respondió, Tolla ladeó la cabeza—. ¿Qué pasa con tu espalda? ¿Te está dando problemas?

—Nada. Solo es que dormí mal, eso es todo.

—¿Es verdad eso?

—Supongo.

—Qué lástima —murmuró Tolla, pero su rostro curtido no mostraba ninguna empatía—. Solo que no se trata de tu espalda, ¿verdad que no? —Inga pretendió aparentar desconcierto, pero por dentro se esforzó en concentrarse—. Te ocurre algo. No te comportas como siempre.

Inga se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Últimamente, cada vez que te veo estás con cara mustia.

—Puede que sea por la lluvia —murmuró Inga—. Odio esta época del año en la que todo se muere.

—No es la lluvia. No, me he estado preguntando por la razón. Y no me gusta en absoluto la única respuesta que se me ha ocurrido.

—¿Y bien?

—No te habrás enamorado de esa comadreja con lengua de seda, ¿verdad?

—¿De quién?

—De Konur, claro. No eres la misma desde que apareció por aquí. Y cuando se marchó, empezaste a querer estar sola todo el rato.

—Ya te dije por qué.

—Parte de la razón, tal vez. Ahora dime la verdad.

—Lo has interpretado mal, Tolla. Odio a Konur. —Inga sintió un extraño placer al decirlo en voz alta—. En serio, lo odio.

Tolla la escrutó, explorando sus ojos. Inga se sintió desnuda como un bebé bajo aquel examen. Siempre le pasaba igual. Al menos esta vez estaba diciendo la verdad. Tolla se echó hacia atrás, aparentemente satisfecha.

—Bueno, me alegro de que todavía quede algo de sentido común en esa bonita

cabecita tuya. No me fío de ese chico. Nunca lo he hecho.

—Es un matón —escupió Inga—. Peor que un matón.

Pero Tolla parecía concentrada en sus propios pensamientos.

—Entonces, si no se trata de él, ¿qué es lo que te pasa? Estás terriblemente distraída. Y baja de ánimos. Como si hubieras perdido tu chispa. ¿Estás enferma? — Dio un paso hacia delante y posó el dorso de su mano en la frente de Inga.

La chica retrocedió como un ciervo sobresaltado.

—¡No!

—¿No?

—Quiero decir que no me pasa nada. O sí... Yo... —Su voz se extinguió por la desesperación.

—Di de qué se trata, cariño —dijo Tolla, percibiendo su angustia.

Inga consideró la posibilidad de contárselo. Quiso decírselo todo. Pero ¿podía confiar en ella? ¿Acaso Tolla le ayudaría? Quizá si solo le ofrecía un pedazo de la verdad sería suficiente.

—Tiene que ver con Konur —admitió al fin.

—Sigue.

—Mi tío quiere casarme con él.

—¿Qué? —exclamó Tolla—. ¿Casarte con él? ¿Desde cuándo?

Inga sintió la picazón de las lágrimas en sus ojos.

—Me lo dijo hace unos días. Dijo que era parte de un acuerdo con el padre de Konur.

—No, no, no —dijo Tolla, meneando la cabeza—. ¿Qué ocurrió? Dímelo, rápido.

Así pues, Inga le contó todo lo que había sucedido entre ellos, su discusión y cómo la habían terminado, diciendo lo mucho que detestaba a Konur y cómo ella había clamado contra el plan de Haldan, pero sin mencionar la razón.

Mientras hablaba, se dio cuenta de que no sabía por qué no podía contarle a Tolla lo que Konur había tratado de hacer. ¿Tan avergonzada estaba? ¿Cómo podía avergonzarse de nada ante Tolla? Ella la había criado desde que su madre había muerto, conocía lo peor de ella y, aun así, la amaba. Quizá fuera su única salida.

—¿Puedes ayudarme? —le preguntó—. ¿Puedes hablar tú con él?

—Lo intentaré, cariño. Pero no puedo prometerte nada. Sabes lo cabezota que es.

—Pero tu también lo eres, ¿no?

Tolla sonrió.

—Sí. Pero cuando a tu tío se le mete una idea en la cabeza, se comporta como un perro con un hueso. Especialmente cuando se trata de tierras y linajes y cosas por el estilo.

La antigua envidia invadió a Inga.

—Nuestro linaje —dijo con amargura—. Ese viejo avaro está obsesionado. ¿Por qué me trata como si fuera basura, mientras a Hakan lo trata como un tesoro precioso? Su «Hijo Elegido»... ¿Elegido para qué? No es justo.

—Haldan ama a Hakan. Y a ti. A su manera.

—¡Es incapaz de amar! Lo sacrifica todo por el bien de la tierra y de su gente. Pero no puedes sostener la tierra en tus brazos, ¿verdad? No puedes sostener a todo un pueblo.

—Una vez amó intensamente. Demasiado, quizá.

—Me cuesta creerlo. Y, además, ¿cómo puedes amar demasiado? —Ahora Inga lloraba abiertamente, pero ya no le importaba.

El rostro de Tolla parecía un reflejo de la suya, dolida por su dolor.

—Nunca le he contado esto a nadie —dijo—. Lord Haldan me hizo prometer que jamás contaría lo que había visto. Pero creo que necesitas saberlo. Y un día, mucho después de que él y yo ya no estemos, tú deberás contárselo también a Hakan.

—¿A Hakan? ¿Por qué?

—¿Nunca te has preguntado por qué lo llaman «Hijo Elegido»?

—Pensaba que solo era un nombre estúpido para demostrar que Hakan es especial.

—Es especial. Pero también fue elegido. —Suspiró la criada—. Tú eras muy pequeña cuando su madre murió, por eso no la recuerdas bien. Pero lord Haldan amó profundamente a Guthrun. Nunca vi a un hombre más orgulloso de su esposa cuando ella se quedó embarazada. Ni más protector. ¡Su barriga era enorme! Las mujeres de por aquí afirmaban que nunca habían visto una barriga tan grande. Una de las más ancianas dijo que tendría gemelos, y acertó, pues ella dio a luz a un par de chicos, tan parecidos como dos granos de cebada. Pero fue un parto muy duro, y ella quedó débil como un cordero. —Tolla prosiguió y contó cómo Guthrun llegó a estar en el umbral de la muerte, y permaneció allí una larga temporada.

Haldan no podía soportar la idea de perderla. El frío se instaló en los pulmones de Guthrun, y cada día pensaban que sería el último. Mientras su esposa languidecía, Haldan le encargó a Tolla, que por entonces contaba veinte veranos, que vigilase a los dos niños. Y, mientras tanto, Haldan enloqueció ante la idea de perder a su esposa, hasta que un día, llegó un chamán vendiendo su artesanía negra. Tolla imaginó que habría oído hablar de la enfermedad de Guthrun y de la desesperación del lord de Vendling, porque se presentó allí con una promesa. Podía curar a su esposa, dijo, pero el coste sería tal vez mayor de lo que Haldan estaba dispuesto a pagar. Al decirlo, había señalado a los niños, que dormían en su cuna. «Una vida por una vida». Uno de ellos a cambio de que su esposa viviera. Cuando Tolla oyó aquello, el horror que sintió fue insoportable.

Inga escuchó mientras Tolla le contaba cómo suplicaba a Haldan que expulsara al chamán de sus tierras, pero el chamán era hábil con las palabras. Y la idea que había plantado en la cabeza de Haldan le roía la mente. Creía que Guthrun viviría, y así evitaría perder lo que más preciaba en todo el mundo.

Guthrun se enteró de la oferta del chamán, pero no quiso saber nada de ella. Cuando su enfermedad le daba un respiro, le suplicaba a Haldan que no la aceptase,

intentó convencerle para que se hiciera a la idea de que su hora había llegado. Pero él no estaba dispuesto. Y una noche, Haldan se presentó ante Tolla y le dijo que había tomado una decisión.

Inga percibió que una sombra se instalaba en el rostro de Tolla mientras describía cómo Haldan había permanecido de pie ante la cuna durante un buen rato. Los niños yacían uno al lado del otro, con sus brazos entrelazados, como solían hacer. Guthrun sollozaba en su lecho, sin dejar de suplicarle, pero Haldan parecía sordo a sus palabras. Finalmente, cogió a uno de los niños, liberándolo de los diminutos dedos del otro, se lo llevó afuera y se lo entregó al chamán.

—¿Qué hizo el chamán?

—Se lo llevó. Se lo entregó al mar. Al... —La voz de Tolla se quebró por la tristeza. Pasó un momento antes de que fuera capaz de hablar de nuevo—. Al dios del mar. —Meneó cabeza—. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Qué horrible —murmuró Inga.

—Así es. Nunca he olvidado al chamán y a los de su especie por lo que hizo, ni los he perdonado. Nunca lo haré. Lo que hacen es cruel.

—¿Y qué hay de mi tío? Debes odiarlo.

Tolla suspiró, con cansancio.

—No lo culpé. Fue la oferta que recibió lo que le hizo enloquecer. Lo que hizo fue por el amor que sentía por Guthrun.

—Y ella vivió.

—Sí. Pero si fue a causa del sacrificio o no, ¿quién puede saberlo? Poco después la enfermedad cedió y ella recuperó sus fuerzas. Para entonces, Haldan había hecho su elección. Y llamó al niño que aún tenía «Hakan». Su «Hijo Elegido».

—Pobre pequeño desgraciado —murmuró Inga, pensando en el gemelo de Hakan.

—Sí —repuso Tolla, con el rostro sombrío—. La ironía del asunto es que Haldan realizó el sacrificio para salvar a su amor. Su castigo fue que incluso perdió eso.

—¿Por qué?

—Porque aunque Guthrun vivió otros diez años, dejó de amarlo la noche que él entregó al pequeño. Y aunque él la amó a ella hasta su último suspiro, al final ella lo despreciaba. —Tolla dirigió a Inga una tenue sonrisa—. Tú eras demasiado joven para recordarlo, pero durante todos aquellos años hubo sobre esta ciudadela una helada que nunca llegó a descongelarse del todo.

Inga no sabía qué pensar de todo aquello. Pensó en su tío, sus rasgos amenazadores, su voluntad implacable. Ella sabía que aquellos ojos azules como el hielo habían visto cosas terribles, pero nunca podría haber imaginado lo que Tolla acababa de contarle.

—¿Comprendes ahora por qué su corazón parece de piedra para todo excepto su Hijo Elegido?

—Todavía no puedo creerlo. No puedo creer que, después de todos estos años,

pueda deshacerse de mí como hizo con el hermano de Hakan.

—Yo respeto a tu tío. Es sabio y fuerte. Pero tierno, eso no lo es. Cuanto antes entiendas el porqué, más fácilmente podrás aceptarlo.

Inga sintió que su corazón se hundía. La oportunidad de hallar una solución parecía más remota que nunca.

—Pero tú hablarás con él.

—Lo intentaré.

—Entonces hay esperanza. —Inga dirigió una mirada suplicante a Tolla—: Dime que hay esperanza.

Tolla, que habitualmente podía tranquilizarla con rapidez sobre cualquier cosa, se limitó ahora a fruncir el ceño. Pero luego realizó un gesto de asentimiento y forzó una sonrisa.

—Siempre hay esperanza. —Pero Inga pudo distinguir la mentira en sus ojos y sintió que se mareaba—. ¿Estás bien? Estás muy pálida. —Tolla extendió el brazo y le tocó la mejilla—. Estás muy caliente.

—Estoy bien.

—¿Qué es lo que te pasa, niña? Estás ardiendo. ¿Qué haces con tantas ropas encima? Vas a provocarte fiebre. Vamos, déjame quitarte eso.

—¡Tolla, estoy bien! —chilló Inga, tirando del dobladillo de su manto y envolviéndose en él.

Tolla dejó de tirar:

—Como deseas.

—¡Mira, aquí está Einna! —Inga suspiró con alivio al ver que su amiga regresaba. Tolla no dejaba de observarla con curiosidad—. Debería seguir con mi tarea —dijo, señalando las pilas de ropa por lavar. Pero Tolla solo escuchaba a medias, mientras se rascaba la nariz con gesto pensativo—. Hablarás con mi tío, ¿verdad?

Tolla asintió con lentitud.

—Gracias. —Inga se agachó hacia su tina y reanudó su tarea. Pero percibió los ojos de Tolla fijos en ella. Y pasó un buen rato antes de que oyera sus pisadas alejándose entre chapoteos sobre el barro.

El humo ascendía de la madera húmeda. Hakan se agazapó, esperando. Escuchando. Observando el contorno de las pieles junto a la hoguera casi extinguida.

A tres leguas de distancia, sus compañeros continuaban durmiendo, ajenos a las mantas vacías que había a su lado. Hakan se había levantado sin hacer el menor ruido y había seguido el sendero hacia el oeste, vadeando el arroyo que desembocaba en Odd's Sound, antes de girar al sudoeste hacia Karlsted.

Se había preguntado si Konur cabalgaría durante la noche. En verano, tal vez. Pero ¿ahora? Solo los locos y los cambiaformas y los ladrones de ovejas cabalgaban

en una noche como aquella.

«Y los asesinos».

La lluvia había cesado, dejando un brillo plateado sobre todo. No había recorrido mucha distancia cuando distinguió el parpadeo de una solitaria luz anaranjada en medio de la oscuridad. Había amarrado a su caballo y había continuado avanzando a rastras, sigiloso como una sombra, empeñado en ignorar el dolor de su tobillo.

Ahora esperaba, percibiendo el olor agudo de la carne de caballo sobresaliendo sobre hojas marchitas. El viento había amainado. Una quietud se cernía sobre las copas de los árboles, pero Hakan no podía desprenderse de la sensación de estar rodeado por sombras. Espíritus, las almas inquietas de los muertos. Curiosos. Impacientes.

Escuchó la respiración de Konur, acompasada y ruidosa como las olas en una playa de guijarros. Y, de repente, su cuchillo estaba en su mano. «Así de simple. Sin necesidad de pensarlo».

No era demasiado tarde para dar la vuelta y marcharse. Pero entonces la locura se aferraría a él. Si pudiera vaciar el veneno que había en su cabeza, de una vez y para siempre. «Solo lo conseguiré haciendo eso. Esta pequeña acción —pensó, mirando su arma—. Es mejor deshacerme del veneno». Cualquier cosa era mejor que seguir con aquel veneno en la cabeza.

Recorrer los últimos metros era un juego de niños. Nadie le oía nunca. «Furtivo como las sombras», solía decirle Leif para burlarse de él, y se ganaba un golpe en la nariz por ello. Pero Leif ya no recibiría más golpes. Ahora no era nada más que cenizas en un océano frío. Y Hakan estaba aquí.

El caballo relinchó. Hakan se detuvo, empuñando su cuchillo. Pero Konur ni se movió.

Aquel era el momento. Dos pasos más y podría hundir la hoja en su cuello. Dos pasos más y Konur nunca volvería a despertar. Dos pasos más... y sería un asesino.

—Levántate.

Konur se giró.

—Levántate —repitió Hakan—. Saco de mierda. —Devolvió el cuchillo a su vaina, aliviado. Tiró del escudo por encima de su hombro y soltó la sujeción de su hacha.

Konur se puso trabajosamente en pie, frotándose los ojos para deshacer el sueño, con la espada envainada asida a su pecho.

—¿Quién eres? —Hakan no respondió. Echó hacia atrás su capucha y al hacerlo notó que la luz de las brasas le acariciaba la cara. Los ojos de Konur se abrieron como platos—. ¡Tú! —Y al momento siguiente tenía la espada en su mano y había arrojado la vaina al suelo—. ¿Qué quieres?

Su escudo yacía a un lado. Hakan metió el pie debajo y lo propulsó hacia él.

—Sangre.

El escudo aterrizó a los pies de Konur, que se agachó para recogerlo, aunque lo



hizo sin prisas. Podía tomarse todo el tiempo que quisiera.

—¿Esto es por la zorra de tu prima?

—Vas a morir por lo que le hiciste. —Hakan flexionó sus dedos, aferrando la empuñadura con fuerza. Un hacha contra una espada representaba una contienda complicada. Pero ¿para qué otra cosa habían servido todas aquellas horas de sudor en el círculo de entrenamiento? «Un hacha puede batir a una espada», le había prometido Garik. Estaba a punto de descubrir qué validez tenía esa promesa.

—Eres más idiota de lo que pensaba.

—Inga tiene a mi hijo en su vientre. —De algún modo, le hizo bien haberlo dicho en voz alta, incluso aunque solo fuera a aquel bastardo sonriente.

Konur soltó una carcajada.

—Así que esa puta presumida abrió las piernas para su propio primo, ¿eh? —Hizo girar la espada en su mano, dispuesto ya a la lucha—. Después de todo no es más que una follafamiliares. ¿Por qué no me sorprende?

—Una palabra más y te cortaré la lengua.

—Te va a resultar difícil después de que te haya destripado como a un cerdo. Y te prometo una cosa, lisiado: cuando esto haya terminado, ahogaré a tu bebé salido del infierno de Hel y me follaré a tu querida prima hasta que...

Hakan se abalanzó sobre él.

Konur chilló como un perro al que le hubieran dado una patada y levantó su escudo. El acero chocó contra la madera y el hacha se fue hacia un lado. Hakan se movió rápido y trató de golpear los dientes de Konur con el borde de su escudo, pero su oponente estaba concentrado: se agachó y se cubrió con su propio escudo al tiempo que lanzaba una estocada. La espada apareció como un relámpago, con instinto asesino; Hakan la esquivó y el acero retumbó contra su escudo.

Los dos retrocedieron y empezaron a caminar en círculos, como lobos.

—Deberías haber traído una espada, lisiado.

—Dame una jodida cuchara y encontraré la forma de matarte con ella.

Ambos arremetieron de nuevo, girando y buscando un hueco por el que atacar, lanzando golpes que iban a dar contra madera o hierro. La capacidad de alcance de Konur era mayor que la de Hakan, pues su espada cortaba, arremetía y hendía el aire en torno al hacha de este, dibujando arcos por encima de su cabeza.

Karsten lo había entrenado bien. Pero Hakan bloqueaba cada estocada, su hacha hacía volar pedazos del escudo de su rival mientras se esforzaba por recordar lo que Garik le había enseñado. «Busca un punto débil; un combate lo pierde un hombre más que lo gana».

Konur manejaba su escudo con rapidez. Quizá demasiada rapidez. Hakan fingió un ataque bajo y Konur estiró su brazo en esa dirección. Hakan pateó entonces el borde, con dureza. Su hueso crujió contra el metal y el dolor se propagó como una llamarada por su pierna, pero Konur no había previsto eso: el escudo se fue contra su rostro y el golpe lanzó su cabeza hacia atrás.

—¡Aaahhh! —chilló, mientras la sangre brotaba de su frente.

Al verlo momentáneamente aturdido, Hakan enganchó el escudo con su hacha y jaló con todas sus fuerzas. El escudo salió disparado y cayó lejos.

Konur vio el peligro y se lanzó al ataque, tajando el aire a un lado y otro con su acero. Hakan paró cada golpe, cediendo terreno hasta que pudo sentir el calor de la hoguera en su espalda. Si retrocedía más, se metería en el fuego. De pronto, Konur cogió su manto del suelo. Hakan arremetió contra él, pero el manto revoloteó en el aire y se enredó en su hacha. La espada de Konur dibujó un arco en el aire y Hakan lanzó su brazo con el escudo hacia arriba. Se produjo un crujido y el escudo cayó al suelo como un ala rota.

Hakan se tiró hacia delante y oyó un nuevo crujido cuando su cabeza impactó contra la cara de Konur, y sintió cómo sus dientes se astillaban. Konur soltó un alarido y se llevó la mano al rostro, pero Hakan se pegó a él con el ansia de la hiedra.

Ambos forcejearon, arrastrando las brasas con sus pies. Konur buscaba con sus dedos la boca y los ojos de Hakan, mientras este le mordía a través de la lana húmeda y percibía el sabor de la sangre. Konur gritó, cedió terreno y lo aprovechó para lanzar un rodillazo contra la entrepierna de Hakan, que se dobló por la cintura de dolor.

Lo siguiente que supo fue que su rival le trabó los pies para hacerle caer hacia atrás. Konur soltó un grito de triunfo y luego se desvaneció en una nube de humo, llamas y cenizas. Hakan gritó, sintiendo que el fuego le abrasaba la espalda al caer en la hoguera. Percibió el olor a pelo quemado y vio la ensangrentada y sonriente boca de Konur alzándose como un diablo sobre él, con la espada en alto, dispuesta para el golpe final.

Sin pensar, Hakan hundió su mano en las brasas. Chilló al sentir que sus dedos ardían, pero pudo lanzar una nube de chispas hacia Konur.

El Karlunger aulló y bajó su espada, dándose palmadas en su cara chamuscada. Con su última reserva de fuerzas, Hakan rodó hacia un lado y se puso en pie de nuevo.

Konur estaba agachado, doblado por la cintura. Había humo y cenizas por todas partes. Hakan golpeó y sintió un ruido sordo y fuerte que retumbó en sus brazos.

Su hacha quedó enterrada en la columna vertebral de Konur.

El chico soltó un extraño suspiro. Casi de cansancio. Luego se echó hacia atrás, moviendo sus brazos inútilmente hacia los costados. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, cayó de rodillas, y después, muy lentamente, se desplomó de bruces sobre las brasas.

Hakan sacó su cuchillo.

Konur yacía con su cuerpo retorcido y los ojos llenos de miedo, aunque al mismo tiempo expectantes. Como si quisieran echar un vistazo más a este mundo antes de adentrarse en las sombrías tierras de la muerte.

Hakan le agarró de la túnica y tiró de él. El cuerpo de Konur colgó flácido, sus ojos cubiertos de cenizas, un borboteo en su garganta. Como si tuviera sed, o tuviera

algo que decir. Pero no emitió ninguna palabra.

—Te veré en el palacio del Dios Supremo —susurró Hakan, y hundió su cuchillo en el corazón de Konur—. O, si no, en el infierno.

Aferró con todas sus fuerzas la empuñadura, hasta que cesó el último estremecimiento de su rival. Luego lo dejó caer. Konur yacía ahora en el suelo, inmóvil como una piedra.

Hakan extrajo su cuchillo y se tambaleó hacia atrás, jadeando.

«El odio es caos».

¿Qué tipo de caos había provocado él ahora? Los planes de su padre yacían despedazados a sus pies como el cuerpo de su rival.

Pero en su corazón lo único que oía era una voz. Tranquila e insistente.

«Ella es mía. Mía».

El vómito tenía un sabor afilado y amargo en su garganta.

Inga cerró los ojos y respiró profundamente, pero otra oleada de náusea la hizo doblarse por la cintura.

Lo último que quedaba en su estómago salpicó el suelo.

Se enderezó de nuevo, con la esperanza de que ya hubiera pasado todo. «Por ahora». Hasta entonces no se había sentido tan mal como ahora. Había conseguido disimular a los ojos de los demás lo mal que se sentía, pero estos últimos días estaban resultando insoportables.

Sentía todo su cuerpo ahuecado, como si algún gusano repugnante le hubiera chupado toda la energía de sus miembros. Tenía los pechos hinchados y le dolían.

Caminó de vuelta a Vendlagard, deseando que aquella sensación pasase pronto. Sabía que los días de malestar no durarían. Pero una vez que pasasen, el bebé empezaría a crecer de verdad, y le resultaría mucho más complicado disimular su vientre que sus náuseas.

Qué tonta había sido al abrigar ideas lunáticas de lo que sería tener una criatura dentro: que se sentiría conectada con el maravilloso tejido de la vida; que obtendría la ancestral sabiduría de ser madre, el regalo especial que los dioses habían hecho a las mujeres; que rebosaría de alegría ante la pequeña vida que crecía unida a ella.

En lugar de todo eso, se sentía enferma, estúpida y miserable.

La mañana había comenzado con una fea mancha gris arrastrándose por el cielo y reemplazando la oscuridad con una penumbra tristonía. El olor de la hierba húmeda había invadido sus fosas nasales.

Tal vez Hakan regresaría hoy, si los dioses eran buenos, aunque últimamente no habían dado muchas pruebas de que lo fueran. Su mente estaba llena de palabras, demasiadas. Si Hakan no volvía pronto, el dique acabaría por romperse y todo se vendría abajo. «Sobre alguien».

Había dejado la madera tras ella y estaba avanzando por el prado hacia la puerta de la alquería cuando oyó que una voz la llamaba.

Se giró y vio a Tolla dirigiéndose hacia ella desde el linde del bosque. Notó que su corazón daba un vuelco.

—¡Ven aquí!

¡La había estado siguiendo! Inga se sintió furiosa. Se dio la vuelta y se apresuró ladera abajo.

—Te he visto —gritó Tolla, corriendo ahora tras ella.

No había adónde ir, por lo que Inga giró sobre sus talones.

—Conque ahora te dedicas a espiarme, ¿es eso? ¿Cómo te atreves?

—Lo creas o no —dijo Tolla al llegar hasta ella—, estoy preocupada por ti.

—¿Así llamas a vigilarme para tratar de sorprenderme? ¡Lo único que quieres es causarme problemas!

—No seas tonta: eres muy capaz de meterte en problemas tú solita. —Durante un momento, se miraron la una a la otra con intensidad y rabia—. ¿Y bien? Te he visto vomitar.

—Debo haber comido algo que me ha sentado mal. —Apenas le importaba si Tolla la creía o no—. ¡No es culpa mía si cocinas comida podrida!

—Estás pálida como un fantasma.

—¡Tú también lo estarías si acabases de vaciar tu estómago en el suelo!

Tolla giró a su alrededor, como una loba que estudiase a su presa. Inga sintió una punzada de temor.

—Dime la verdad: ¿estás embarazada?

—¡Embarazada! ¿Estás loca? —Intentó desacreditar aquella idea con una carcajada, pero sonó vacía y hueca.

—Puede que esté loca, pero mis ojos no me engañan. He visto tus náuseas, y esta no es la primera vez. Además, está lo del dolor de tu espalda, tus mejillas blancas como la leche y el hecho de que te envuelvas en ropa como si fuera Navidad. No soy tonta, Inga. ¿Vas a contarme la verdad?

—¡No estoy embarazada! ¿Cómo iba a estarlo? No tengo esposo.

—Ambas cosas no necesitan ir juntas —bufó Tolla—, lo sabes muy bien.

De pronto, Inga quiso gritar la verdad. Aullarla al viento y dejarse caer en los brazos de Tolla, llorando. Pero una parte de ella se negó a dejarse llevar; una parte obstinada e insondable de sí misma que no le permitía revelar su secreto.

—¡Te digo que no estoy embarazada! Me duele la espalda, he vomitado, ¿y qué? Pero Tolla no la escuchaba.

—Todavía no se me ocurre quién es el padre. Has sido muy astuta en ese sentido.

—Ahora imaginas secretos donde no hay ninguno.

—¿Eso hago, imaginar cosas?

—No es culpa mía si tienes la cabeza llena de ideas estúpidas. No tengo por qué quedarme aquí y escucharte.

Inga pasó junto a Tolla para proseguir su camino, pero al hacerlo, la criada aprovechó para deslizar con rapidez su mano bajo el manto de la chica. Inga sintió los dedos fuertes de la otra presionando la tirante hinchazón de su vientre. Pese a las capas de lana y tela, el abombamiento era inconfundible.

—¡Lo estás! —jadeó Tolla, estupefacta.

Inga trató de retroceder y de pensar en alguna réplica, pero su firmeza se derrumbó:

—¡Oh, Tolla, no debes contárselo a nadie! Nadie puede saberlo.

—¿Quién es el padre? Dímelo, ¿de quién es el bebé?

—No puedo. Por favor.

—Fue Konur, ¿verdad? Tiene que haber sido él. —De repente, Tolla cogió las manos de Inga y la miró con expresión seria—: Te acostaste con él cuando estuvo aquí.

—¡No! —chilló Inga—. ¡No! Nunca lo habría hecho. Nunca lo haré. No me importa lo que mi tío tenga planeado. —El trauma de haber sido descubierta estaba ahora siendo solapado por un acceso de rabia.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¡No lo sé! Y, de todas formas, ¿qué podías hacer tú? Ya no puedo pensar. No puedo... ver con claridad. —Se llevó las manos a la cabeza—. Todo está muy oscuro.

Tolla la rodeó con un brazo y dijo:

—Mi pequeña palomita. —Durante un momento la abrazó, pero su gesto llegaba demasiado tarde. «Demasiado tarde y demasiado débil»—. Vamos, querida. Pensemos en lo que más conviene ahora.

—No hay nada que hacer. —Sollozó Inga—. Ya no. Nada.

—Dime, ¿quién es el padre? Yo puedo ayudarte.

«Sería tan fácil. Pero acordamos... Lo prometí». Inga alzó la mirada hacia los ojos de Tolla. Había mirado aquellos ojos desde el primer día de su vida. Nunca había habido en ellos otra cosa aparte de amor. Pero ahora no se sentía capaz de confiar en ellos. Tal vez no podría volver a confiar en nadie.

—No puedo, Tolla. Solo júrame que no le contarás nada a mi tío. Ni a Hakan —añadió enseguida—. Ni a nadie.

—Oh, ¿qué has hecho? —Los ojos de la criada estaban llenos de pena—. ¿Cómo voy a poder ayudarte si no confías en mí? ¿Alguien te ha forzado?

—No voy a decírtelo. —Lloró Inga—. Solo prométeme que guardarás el secreto. Si me quieres, lo harás.

—No puedo prometer eso. No si no me lo cuentas todo. —La expresión de la criada se volvió dura, e intentó conseguir su objetivo de otra manera—: Muy bien, no tengo opción. Tendré que hablar con Haldan. Me desollaría viva si se enterase de que le estoy ocultando esto.

—Entonces, lo que quieres es salvar tu pellejo, ¿es eso? —le gritó Inga—. Pero él no debe saberlo. Aún no.

—¿Qué importa? Se va a enterar muy pronto.

«Puede ser, pero no ahora. No mientras Hakan no esté aquí conmigo. Lo necesito aquí...».

—No puede saberlo ahora —repitió Inga—. Todavía no.

Ablandándose, Tolla la cogió por los hombros y la miró a los ojos.

—Quiero ayudarte. ¿Lo comprendes? Pero tienes que confiar en mí...

Inga no respondió. Todo estaba escapando de su control. Pero ¿por qué tenía Tolla que obligarla a contárselo? Notó en su garganta una bola de resentimiento que se hacía más grande y la ahogaba y la enfurecía. Si había algo que odiaba era sentirse arrinconada, en especial por alguien que, mientras tanto, la miraba con una sonrisa.

Pero si su secreto salía a la luz... Entonces ¿qué?

Tolla meneó la cabeza.

—No me dejas alternativa. Tengo que decírselo. —Se giró para marcharse, pero antes de que pudiera hacerlo, Inga la cogió del brazo y tiró de ella para hacerla girar.

—¡Quédate donde estás! —Sin pensar, le dio un empujón, con fuerza. Tolla se tambaleó hacia atrás—. ¡No eres nada, no se te ocurra olvidarlo! ¡Mi tío te acogió cuando no eras nadie! ¡No eres mejor que una esclava! Yo tengo la sangre de los Vendling —gritó, dándose un golpe en el pecho—. ¿Y qué eres tú? —Tolla se apartó de ella e Inga pudo percibir en sus ojos que cada palabra abría una herida—. ¡No lo harás! No te lo permitiré.

De repente, Tolla respondió con el mismo ímpetu:

—No te hagas la presumida conmigo, Inga. ¡Te he criado desde que te hacías pis encima y te he dado de mamar yo misma! —Al decirlo, se dio una palmada de rabia en el pecho—. ¡Tienes que espabilar, chica! Esto no es un juego. Haldan debe saberlo. Puede que yo no sea mejor que una esclava, pero tú estás bajo mi responsabilidad. —Y entonces, al percibir la dureza de su propia voz, se aplacó un poco y puso su mano en la mejilla de la muchacha—. Eres mi niña, Inga.

—¡No, no lo soy! —explotó ella—. No soy la niña de nadie. Mis padres están muertos, ¡MUERTOS! —Todo su cuerpo vibró de rabia. Rabia y miedo y dolor—. NO SOY TU NIÑA. —Las dos mujeres se miraron en silencio, anonadadas por el veneno que había en la voz de Inga—. ¡Al diablo! —escupió—. Si no vas a ayudarme, se lo diré yo misma. Todo. Ahora soy una mujer, y la hija de mi padre. Mi tío no me da miedo. ¡Se lo contaré ahora! Y tú, Tolla —señaló con un dedo acusador a la mujer que la había amado desde que era un bebé que no paraba de llorar—, por lo que a mí respecta puedes irte al infierno —gritó aquellas últimas palabras, frías y oscuras.

Tolla empezó a llorar. Pero Inga se había recogido la falda y se apresuraba ya ladera abajo, furiosa como una valquiria camino de la guerra. La criada la miró mientras se alejaba, con sus fornidos hombros caídos y el corazón hecho pedazos.

Y, de pronto, se sintió muy vieja, y herida, y gris.

Hakan alzó la mirada hacia el cielo gris que se oscurecía por momentos. En el este, una gran tormenta se aproximaba desde el mar.

Estaba muerto de hambre, pero solo le faltaba un cuarto de legua para llegar a Vendlagard.

Podía ver jirones de humo. En cuanto alcanzase la cima de la última cumbre

estaría allí. Habría comida y calor y refugio contra la intemperie. Aparte de eso, no creía que fuese a encontrar mucho consuelo.

El caballo avanzaba mientras él trataba, por enésima vez, de poner en orden lo que le diría a su padre. No había forma de dulcificarlo. Ni de limarlo, ni de hacerlo más llevadero con un trago de cerveza. Haldan tendría que tragárselo tal como era por la fuerza, seco, espinoso y amargo.

«Konur está muerto. Habrá guerra».

Y él era el causante. Había matado al heredero de los Karlung, y ahora todos los clanes de las tierras medias se alzarían contra ellos. Tal vez incluso el rey Harald Diente de Guerra y sus señores vasallos, si el Susurrador podía ponerlo de su parte. Una guerra que los jutos del norte no tenían esperanzas de ganar.

Soltó un gemido.

Lo único que su padre quería era paz, descanso y prosperidad; trabajaba para ello. Sin embargo, pese a todos sus discursos, nunca había estado demasiado lejos de otra oleada de sangre. Ahora había una en camino.

Konur estaba muerto.

Se preguntó qué habrían pensado los hombres en Vindhaven al descubrir su lecho vacío. Incluso ahora, dos días después, no sabrían qué había pasado a menos que hubieran tropezado con la poco profunda tumba de Konur. Sintió una punzada de culpa. Ya no habría un nuevo puerto comercial. Todo aquel excavar en el barro y el fango para nada.

Quizás al menos Dag había presentido lo que iba a ocurrir.

Sus pensamientos volvieron a centrarse en Inga.

Era suya y de nadie más. Ambos lo sabían. ¿Qué importaba ya lo que su padre pensase, ahora que Hakan había vertido la sangre de otro hombre para quedarse con Inga? ¿O si Haldan lo descubriría ahora o más tarde? Frunció el ceño al recordar cómo había convencido a Inga de que debían esperar. «Inga tenía razón. Siempre ha tenido razón». Al fin y al cabo, ¿acaso su plan no había sido concebido simplemente por el temor a enfrentarse a su padre?

«Patético».

Bien, ya no podía tenerle miedo. Muy pronto tendría cosas mucho más terribles a las que hacer frente que lo que su padre pudiera pensar de su secreto. Todos las tendrían.

Porque ahora tendrían que luchar. El Susurrador no se detendría hasta que Hakan estuviera muerto. Hijo por hijo. Y heredero por heredero. Asintió para sí mismo, con gravedad. El señor Karlung podía intentarlo si quería.

«Inga...».

De nuevo aquella duda. La semilla envenenada. ¿Le había traicionado? No podía creerlo. Pero ¿por qué no se lo había contado si Konur la había forzado? ¿Por qué?

Le sacaría una respuesta.

Respiró hondo y se enderezó sobre su montura mientras el animal avanzaba



penosamente y cruzaba las desgastadas vallas de Vendlagard.

Estaba en casa.

Recorrió el patio con la mirada. Vio a Einna, trabajando en su telar como de costumbre, bajo un pequeño toldo inclinado. No había nadie más a la vista. Einna levantó la vista de su tarea, pero no pronunció ni una palabra.

Aquello no era propio de ella. Hakan la saludó con un gesto de la cabeza, pero la chica regresó a su trabajo con un mohín de desinterés.

El silencio resultaba extraño.

Desmontó, ató el caballo y lo dejó mordisqueando un poco de paja. «Ojalá mi vuelta a casa fuera tan sencilla como la tuya».

Al volver al patio, una sensación de distanciamiento se instaló en su estómago, extraña y repentina.

«Nervios, eso es todo». Tal vez fuera más apropiado decir que se debía al temor. Poco importaba cómo lo hiciera, la conversación con su padre no iría bien.

Cojeó hacia Einna, que parecía decidida a ignorarle. Al menos podría decirle dónde estaba todo el mundo.

Se disponía a saludarla cuando una figura apareció en la entrada de la casa. Reconoció a su amada Inga al instante, pero cuando ella se giró, Hakan vio en sus hermosos rasgos una expresión que jamás habría podido imaginar ni en el más horrible de sus sueños.

El terror se había instalado en sus ojos, la sangre había desaparecido de sus mejillas, dejándolas pálidas y cubiertas de lágrimas, su boca estaba distorsionada en una mueca indescriptible. Y sus manos... Producía escalofríos mirar sus manos: retorcidas como garras, aferrándose el vientre.

—¡Inga!

La chica no contestó, había algo inhumano en sus ojos, como si fuera un espíritu muerto el que mirase a través de ellos. Entonces se produjo un cambio e Inga pareció reconocerlo.

—¡Tú! —gritó. Hakan corrió hacia ella, pero Inga se apartó tambaleándose—. ¡Apártate de mí!

—Inga, ¿qué ocurre?

—¡Apártate, no me toques! —Lo empujó y se alejó trastabillando.

—¡Vuelve aquí!

Pero ella no se detuvo, así que Hakan tuvo que ir tras ella. Caminaba de forma tan irregular que pronto la alcanzó y tiró de ella para que lo mirase. Pero antes de que pudiera hablar, Inga se abalanzó sobre él, lanzando los puños contra su pecho y llorando de forma incontrolable.

Hakan la sujetó con obstinación. ¿Dónde estaba Inga, la chica a la que siempre había conocido? ¿Quién era aquella desconocida demente? Le sujetó las manos, pero ella forcejeó con rabia, retorciéndose, desesperada por soltarse. Perplejo, Hakan se limitó por el momento a mantenerla agarrada y esperar a que se calmase.

Por fin, Inga dejó de luchar, pero cuando lo miró, Hakan sintió miedo.

Trató de decir algo, pero el terror que había en el rostro de ella ahogó sus palabras.

—Suéltame. —Gimió Inga. Su voz sonaba angustiada. Como Hakan no obedeció, se tiró hacia él y le gritó a la cara—: ¡Que me sueltes! ¡No me toques! No debes tocarme, ¿me oyes? ¡NUNCA!

—¿Qué? ¿Por qué? Inga...

—Me mentiste. Lo juraste, hiciste un juramento. Estaríamos juntos, dijiste. ¡Dijiste que todo saldría bien! Eres un mentiroso, Hakan. ¡Me mentiste! ¡Ahora déjame ir! —En sus ojos bailaban el miedo y el odio.

Hakan apenas podía entender lo que decía. A su espalda, oyó una voz de mujer que llamaba a Inga. A continuación, otra voz más grave pronunció su nombre. Miró hacia atrás. Tolla salía de la casa, y detrás de ella vio la silueta corpulenta de su padre, sombrío como un trueno.

—No lo entiendo. ¿Qué está pasando aquí?

Antes de que nadie le respondiera, Inga aprovechó su oportunidad. Dio un tirón desesperado y se soltó, tras lo cual echó a correr. Pero, enseguida, se detuvo y se dio la vuelta.

Se quitó el manto y lo arrojó al suelo; tiró del chal y la capa y los dejó caer también al barro. Durante un instante se quedó allí, vestida tan solo con su túnica carmesí, la misma que había llevado la noche de la fiesta. Aquella noche poseía las curvas de una doncella adorable. Ahora la hinchazón del embarazo deformaba su vientre. Su aspecto era hermoso y miserable.

—Me lo juraste, Hakan —dijo—. Pero me has traicionado. —Sollozando, se giró y se alejó corriendo.

Hakan se quedó donde estaba, con la boca abierta. Cuando Inga desapareció en un torbellino carmesí, la llamó a gritos.

—Déjala —le ordenó su padre.

Hakan se volvió hacia él:

—¿Qué le pasa?

—Creo que lo sabes, muchacho —dijo Haldan, cogiendo a su hijo por el cuello de la camisa y tirando de él hacia el interior de la casa—. Entra.

«Si tiene que ser ahora... que lo sea».

Incapaz de hablar, entró airado delante de su padre, pasando al lado de Tolla. Atravesaron el vestíbulo en sombras, provocando que las criadas de la cocina se escabulleran a su paso.

Pronto llegaron a la habitación de Haldan, con la cortina corrida para evitar que alguien pudiera oírles desde el otro lado. Varias antorchas ardían en sus sujeciones de hierro. Haldan se desplomó en su asiento. Sus ojos llameaban bajo sus gruesas cejas.

Hakan conocía aquella mirada: furiosa, amenazante, preparada para plantar batalla. «Conoce nuestro secreto». Eso estaba claro. Pero eso no explicaba el

comportamiento de Inga.

—Siéntate.

—No me sentaré, no hasta que me expliques qué pasa con Inga.

—No me hagas perder el tiempo, Hakan. Sé lo que ha estado ocurriendo.

—¿Ocurriendo? ¿Qué quieres decir?

—Lo sé. Entre vosotros dos; lo sé todo. —Hakan sintió que se ruborizaba, pero no dijo nada—. ¿Lo niegas?

«A la mierda con esto. Las nornas lo tejieron hace mucho».

—No —dijo, adoptando una posición desafiante—. ¿Quién te lo ha contado?

—Ella.

—¿Inga? —Le costaba creer que ella hubiera revelado su secreto.

—Vino a verme justo antes de que regresases...

—Voy a casarme con ella, padre. No pretendía que te enterases así, pero ahora debes saberlo: no aceptaré a ninguna otra como esposa.

—No puedes casarte con ella —bramó su padre, con la voz dura como el granito—. A ella le he dicho lo mismo.

—No puedes detenernos. Nos amamos. —Su súplica sonó tan débil que estuvo a punto de atragantarse—. Es lo que los dos queremos hacer.

—No me estás escuchando, chico. No podéis hacerlo.

—¿Por qué no? —gruñó Hakan. «No lo digas... No digas el nombre de ese bastardo».

—Porque Inga es tu hermana.

La palabra retumbó en su cabeza como una campanada tocando a difuntos.

«Hermana...».

Su corazón dejó de latir... Todo se detuvo. Y entonces, de repente, un abismo negro se abrió en su interior, absorbiendo todo el aire de sus pulmones. El rostro de su padre se fundió en una sombra carente de forma.

—¿Qué...?

—Inga es mi hija. Y tu hermana.

Las manos de Hakan estaban temblando, sus huesos se desmenuzaban. Se tambaleó hacia delante y se apoyó en la mesa para no caer.

—Eso es mentira —balbuceó—. Es mi prima. Inga es mi prima. —«¿Por qué me mentaría mi padre así?».

—No, Hakan. Ella es mi hija.

—Pero sus padres... Su padre... era tu hermano. Su madre era Briga...

—Briga era su madre, sí. Pero yo soy su padre. —Haldan se frotó los ojos con cansancio—. Tal vez debería haberte contado esto hace mucho. Pero tenía mis razones para no hacerlo. —Se pasó los dedos por el pelo—. Siéntate.

Hakan se hundió en el banco.

«Inga es mi hermana». Las palabras daban vueltas y vueltas en su cabeza.

Cuando su padre habló, sus palabras se filtraron en la mente de Hakan como a

través de una pesadilla salida de otro mundo.

Habló de una época muy lejana, cuando él y su hermano Halmarr eran jóvenes. Eran días duros para los Vendling: los años de las guerras contra los Amunding. Habían perdido a muchos.

Cuando ganaron la última batalla y Arnalf, el rey Cuervo, cayó muerto al fin, navegaron de vuelta desde Raumerika a través del Cinturón. Con ellos, por desgracia, traían el cuerpo de Halmarr.

A pesar de su costosa victoria, Haldan estaba hundido por su pérdida. La pena lo ahogaba, y aunque tenía a su esposa y a su gente para consolarlo, esa noche se sintió completamente solo.

Y la angustia de la esposa de Halmarr, Briga, era terrible. Cuando vio el cadáver, pareció enloquecer. Su funeral fue el propio de un guerrero, y mientras su cuerpo ardía, al fin los llantos de Briga cesaron.

Todos se retiraron a dormir. Pero el lecho de Haldan era frío y llevaba así ya varios años. Le resultaba imposible dormir. La noche rebosaba de miedos: fantasmas de hombres a los que había matado, compañeros caídos, su padre y ahora también su hermano. Haldan se había levantado, y después de horas de errar sin dirección, sus pasos lo llevaron cerca de los aposentos de su hermano.

Una luz titilaba en el interior.

Cuando abrió la puerta allí estaba ella, sentada sola, haciendo un surco en la mesa con un cuchillo. Haldan entró, con la esperanza de que ambos pudieran encontrar consuelo en las palabras del otro. O incluso en el silencio del otro.

—Pero no fue así —murmuró Haldan—. En lugar de eso, vi algo que nunca antes había visto. Una belleza reservada solo para los ojos de mi hermano.

Ella había hablado durante largo rato. Sobre su pasado... De los interminables veranos en su casa de las montañas, lejos de allí, al sur. Había hablado de soledad, de anhelos... por que sucediera algo. Por algo bueno que durase en el tiempo. Había creído que ese algo era Halmarr. Pero todo le había sido arrebatado. Solo ella continuaba en el mundo. Y ahora, no quería estar allí.

Haldan recordaba su suave tono de voz en la penumbra.

Su alma destrozada y, sin embargo, aún a la vista; su rostro demacrado por la tristeza y, sin embargo, tan hermoso.

—Una visión ante la que ningún hombre podría resistirse. Vi el sol, y me cegó. Quise sentir su calor.

Había extendido su brazo y había detenido el movimiento del cuchillo. Briga le había mirado a los ojos, le había cogido la mano y se la había llevado a los labios, húmedos ya por las lágrimas. Y sin necesidad de pronunciar palabra alguna, el banco cayó hacia un lado y Haldan estaba besándola.

La oscuridad les permitió olvidar sus penas por un instante.

—Y, mientras tanto —añadió amargamente Haldan—, tu madre dormía en mi cama. —Sacudió la cabeza a uno y otro lado—. No había otra mujer como Briga.

Tenía la capacidad de grabar a fuego su huella en el alma de cualquier hombre.

Haldan se había marchado antes del amanecer, avergonzado, con las cenizas de su hermano aún calientes.

Dio un trago, como si su memoria estuviera en llamas y necesitase apagarlas.

—¿Eso es todo? —La cabeza de Hakan estaba tan sobrecargada de pensamientos que ni siquiera pudo levantar la mirada—. ¿Y qué hay de Inga? —Descubrió que apenas podía pronunciar su nombre.

—Volví a ver a Briga más tarde, ese mismo día. Pero ella había cambiado. Su pasión se había disipado. Yo pretendía invitarla a permanecer bajo mi protección, pero ella no quiso oír nada al respecto.

En lugar de eso, Briga estaba sofocada por la vergüenza. Habían deshonrado a Halmarr, dijo, y obligó a Haldan a realizar un juramento: que guardase el secreto de aquellas horas robadas a la noche.

—Y eso he hecho, hasta hoy.

—¿Y QUÉ HAY DE INGA? —repitió Hakan, en un susurro pero subrayando cada palabra. Tenía que saberlo. Tenía que escuchar el relato hasta el final.

Haldan alzó los ojos con aspereza.

—No mucho después, el vientre de Briga comenzó a hincharse. Habían pasado tan pocos días entre la marcha de Halmarr y aquella noche que nadie sospechó que el bebé no era suyo. Pero ella lo sabía. La semilla de Halmarr era débil, eso me dijo. Sabía que el bebé era mío.

Haldan estaba seguro de que aquello le haría cambiar de idea. Le dijo que hablarían con Guthrun, que ellos cuidarían de ella. Pero, en lugar de eso, Briga le forzó a hacer un segundo juramento: que la única forma de arreglar su traición era honrar al bebé como si fuera de Halmarr.

—Si yo tenía algo de honor, dijo ella, algo de amor por él, realizaría el juramento. Y que solo nosotros dos debíamos saber la verdad.

Haldan había hecho la promesa, y el bebé siguió creciendo en el vientre de Briga. Pero a medida que el bebé se hacía más fuerte, ella se fue debilitando. Con frecuencia la enfermedad la obligaba a guardar cama, y cada vez que sucedía, tenía menos interés por seguir viviendo. Su hora llegó de repente, antes de lo que debería, antes de que se iniciase la primavera.

—El parto fue espantoso. Similar a la muerte de tu madre. Ella ya estaba muy débil para entonces. Antes de que el parto hubiera terminado, su espíritu abandonó a Briga. Tolla sujetaba la cabeza y los brazos del bebé. El resto del cuerpo tuvo que sacarlo de un cuerpo ya muerto. —Haldan se echó hacia atrás, soltando un largo suspiro—. Ese bebé era Inga.

Hakan cogió una gran bocanada de aire y luego vomitó toda su rabia:

—¡¿Por qué no nos lo contaste?!

—Cumplí mi juramento. Había jurado salvaguardar el nombre y el honor de mi hermano.

—¡Al diablo con tu maldito juramento! ¡Ella es tu hija! ¡Tu hija! ¿Acaso no tenía derecho a saber quién era su verdadero padre? Lo único que le diste fue otro fantasma para atormentarla durante todos estos años. ¿Acaso te importa algo?

La voz de su padre se convirtió en un susurro:

—Me enferma admitirlo: me avergonzaba de ella. Me «avergüenzo» de ella. Cada día, el hecho de que ella viva es una acusación, una prueba de mi traición. ¿Sabes cuántas veces me he preguntado a mí mismo si solo fui aquella noche a ver a Briga guiado por malas intenciones? Si acaso siempre deseé tener lo que era de mi hermano...

—¡Sigues pensando solo en ti! ¡Abre los ojos! Mira lo que ha provocado tu mentira... —Pero cuando su padre no fue capaz de replicar nada, la destrucción de todo cuanto Hakan había anhelado sobrevino sobre su espíritu. Su cabeza se desplomó, abatido y hundido—. Tú no lo entiendes. La amo.

—Sabes que no puedes casarte con ella. Dos hermanos nunca pueden yacer juntos. Va contra la naturaleza. Ni siquiera las bestias hacen esas cosas.

—Pero ya lo he hecho... —gruñó—. ¿No lo ves? No parece algo contra natura. Parece algo bueno y verdadero y...

—No importa cómo te sientas. Las cosas no pueden ser como tú quieres. A Inga le he dicho lo mismo. Debéis olvidar lo que sentís por el otro.

«Como si fuera tan fácil. Como si pudiera extirpar el amor que hay en mi corazón como un tumor. Y el bebé...».

—¿Y qué pasa con nuestro hijo? ¿Qué pasa con el bastardo producto del incesto que tu mentira ha provocado? Ella tiene a tu nieto en su vientre. ¡Esto es culpa tuya!

—Entonces deja que su sangre manche mis manos. Mantendremos su estado en secreto hasta que llegue la hora. Y entonces...

—Jamás te llevarás a mi hijo —le espetó Hakan—. Te mataré antes de permitirte que lo hagas.

Pero a Haldan no pareció importarle la amenaza de su hijo.

—Muy pronto verás que tengo razón. Un bebé estropeará los planes que tengo para tu hermana.

Hakan no podía dar crédito a la frialdad de su padre.

—¿Y cuándo pensabas contarme esos planes?

—En el momento adecuado.

—¡El momento adecuado!

—Todo está arreglado. Inga lo sabe, y «obedecerá». —Haldan se aclaró la garganta para continuar—: Se casará con Konur, heredero de las tierras de los Karlung.

—No —repuso Hakan, con una sonrisa asomando a sus labios—. No lo hará.

Haldan se puso en pie de un brinco y estrelló su puño contra la mesa.

—Estás agotando mi paciencia, muchacho. Soy el señor de estas tierras, como lo serás tú algún día. Pronto aprenderás que hay temas más importantes que una pareja

de amantes. Lo siento si tu corazón debe sufrir ahora. Pero si así debe ser, que lo sea. Inga se casará con quien yo elija para ella. Está decidido. Konur la tendrá.

—No, padre, no la tendrá. —Hakan rompió a reír, y enseguida sus carcajadas resonaron por toda la estancia. El eco brotó de las vigas, semejando una burla contra el gran lord de Vendlagard.

Durante un efímero instante, la duda destelló en los ojos de Haldan.

—Lo hará.

—Le va a resultar muy difícil.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

—¡Porque he matado a ese bastardo!

Su padre se quedó boquiabierto, con los ojos en llamas.

—¿Qué? —masculló.

—Lo apuñalé en el corazón.

Haldan se cubrió el rostro con las manos.

—¡Estúpido, egoísta, idiota testarudo! ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Hakan asintió, incapaz de borrar la sonrisa de su cara.

—Querrás decir lo que «tú» has hecho. Otra consecuencia de tu honorable mentira.

De repente, se produjo un chirrido de la madera cuando Haldan empujó su silla hacia atrás y esta cayó con un tremendo estrépito. En ese mismo instante, Haldan ya había alcanzado el otro lado de la mesa. Hakan se echó atrás, sorprendido por la velocidad de su padre, pero antes de que pudiera siquiera parpadear, las fuertes manos de su padre se cerraron en torno a su cuello y ambos rodaron por el suelo.

Hakan se revolvió salvajemente bajo el peso de su padre, pero Haldan le superaba en corpulencia. Hakan se retorció con fuerza, sintiendo que los ojos estaban a punto de saltar de sus cuencas y un zumbido tapando sus oídos.

Y entonces, con la misma brusquedad, todo se quedó quieto. Su padre se detuvo. Congelado. Escuchando. Aflojó su agarre mientras su mirada iba hacia la puerta. En ese momento Hakan también pudo oírlo.

Un sonido apenas audible, sibilante.

Pasó un momento antes de que se diera cuenta de lo que era: el llanto de una mujer, agudo, penetrante y desesperado. Padre e hijo se miraron el uno al otro, confusos. Entonces el pánico hundió sus fríos dedos en el corazón de Hakan.

Apartó de un empujón a su padre. Haldan se fue hacia un lado, liberándolo. Hakan se incorporó de un salto y corrió hacia la puerta, echando a un lado la cortina.

Corrió y corrió, ignorando el dolor; salió de la habitación, atravesó el vestíbulo y llegó al patio, como si aquellos lamentos cada vez más altos le estuvieran convocando. Corrió, con el horror aumentando en su pecho.

El sonido lo guio hacia el arroyo que fluía hasta el lavadero. Otro grito. Hakan corrió aún más rápido. Ya podía ver el aliso. El recuerdo del cuerpo de Inga surgió en su memoria, suave y blanco a la luz de la luna.

Alcanzó el terraplén que bajaba hasta el claro que rodeaba el estanque. Sus ojos captaron los detalles: Tolla estaba de rodillas sobre la hierba embarrada, con el delantal recogido bajo su barbilla y aquellos terribles lamentos brotando de su boca hacia el cielo plomizo. A su lado estaba Einna, boca abajo, con la cabeza temblando a causa del llanto. Y más allá de ella...

Hakan se detuvo.

Inga estaba en el estanque.

La superficie del agua era tersa como la plata. Tan solo sus dedos pálidos y el bulto carmesí de su vientre quebraban la quietud. Hakan avanzó hasta el borde y la miró, incapaz de parpadear.

Estaba flotando justo bajo la superficie, suspendida en el agua cristalina, con los ojos cerrados. Los rasgos de su cara parecían en calma... como si su mente estuviera lejos de allí, en un sueño sin sueños. Los pliegues de su vestido favorito se estremecían con la corriente, y su larga melena oscura revoloteaba alrededor de su rostro. Extrañas ondas carmesíes giraban en torno a su cuerpo, moviéndose al ritmo de una danza silenciosa. Un remolino subía desde las profundidades para desenredar sus trenzas, separándolas de su cuello.

Y entonces lo vio.

Un tajo le abría la garganta. Una herida como Hakan jamás había visto, fea, grande, lívida contra su piel delicada. La sangre manaba de ella en débiles oleadas. Algo brillaba en el fondo del estanque. La imagen del cuchillo de Inga emergió desde allí abajo, entre los sedimentos, reluciente.

Ninguna palabra acudía a su mente. Tampoco ningún pensamiento.

Lo único que sabía era que ya no podía oír los llantos de Tolla, ni los sollozos de Einna. Otro sonido los solapaba y llenaba sus oídos, resonando en su cabeza como los chillidos del mundo entero en los Últimos Fuegos. Y mientras caía de rodillas, aún no podía reconocer de qué tipo de sonido se trataba.

No sabía que estaba gritando.



Durante mucho tiempo las mujeres hablarían de la angustia reflejada en el rostro de Haldan cuando descubrió a Inga flotando en medio de aquellas nubes rojas.

Llegó poco después que su hijo y lo apartó a rastras del estanque, sin que el chico dejase de gritar. Pero Hakan, enloquecido por el dolor, se soltó y se alejó del horror de su amada hermana, tambaleándose.

Corrió a ciegas hacia la costa, mientras unas nubes negras se cernían desde mar adentro, emborronándolo todo con un aguacero. Hakan corrió y corrió, con las piernas quejándose de dolor, su corazón rasgándose dentro de su pecho, hasta que se derrumbó, sollozando, entre las dunas, con el viento soplando sobre él y la lluvia martilleando su cabeza.

Permaneció allí un buen rato, mientras sus ropas se empapaban por completo, sin que le importase si vivía otro día. Al final el frío comenzó a hacer mella en él y se dirigió hacia el bosque, donde Inga y él habían hecho tan a menudo el amor. Allí encontró refugio. Se sentó en cuclillas en el linde, con la mente perdida en el gris remolino del mar y la lluvia.

Sentía un gran peso aplastando su corazón. Ninguna muerte podía ya hacer que Inga fuera suya. Ninguna palabra, ni ninguna razón. Ninguna fuerza, ni ninguna sabiduría. Nada. Inga estaba muerta. Su hijo estaba muerto.

La tormenta arreció. Los relámpagos resquebrajaron el cielo. Hakan se encogió sobre sí mismo, sobrecogido por el poder de los dioses, todo su coraje destrozado por su crueldad.

A una legua de distancia, un trueno retumbó entre los nubarrones negros. El estruendo pareció no extinguirse nunca. Hakan cerró los ojos y volvió a ver a Inga. Esta vez no había remolinos tirando de su vestido como garras invisibles. Esta vez, la tela carmesí aleteaba con alegría en torno a ella. Estaba aplaudiendo, con la cara reluciente, mientras un millar de puños golpeaban las mesas, provocando un gran estrépito...

—¡Una profecía, una profecía!

Hakan recordó. Habían obtenido una profecía, desde luego que sí. «La belleza y el amor son sacrificados como cerdos —había dicho la *vala*—. Debéis beber la copa de la pena hasta que no queden ni sus posos».

Hakan se estremeció para deshacer las imágenes de aquella noche y se recostó contra la nudosa corteza de un árbol, con la lluvia resbalando por su cuello.

«El destino de todos los hombres está grabado en el Árbol del Mundo. No puede deshacerse. —Volvió a escuchar el eco—. Ahora el destino de Inga se había cumplido. La belleza y el amor son sacrificados...».

La furia trituró su corazón. La noche estaba cayendo. Hakan se incorporó y miró a través de la cortina de lluvia que cubría el mar con una pátina de melancolía. El camino que estaba destinado a recorrer se extendía ante él, lúgubre y tenebroso.

Pero había tomado una decisión.

Lo recorrería si era eso lo que tenía que hacer.

Cuando regresó, su expresión era sombría como la noche y se le notaba cambiado. Antes, alguien podría haberlo mirado y ver a un joven, pero ahora la pena había borrado cualquier rastro de juventud.

Pasó junto a figuras furtivas que se escabullían de la lluvia, pero ninguna de ellas se atrevió a acercársele o a hablarle mientras se dirigía decidido hacia la casa. Percibió las miradas sobre él.

El lugar semejaba una tumba abierta. Su adorado hogar, mancillado con el olor de la muerte. Tenía que marcharse de allí.

No había rastro de su padre ni de Tolla. Hakan se apresuró, se quitó la ropa mojada y encontró prendas limpias y una túnica. Sacó su manto invernal del baúl donde guardaba sus pertenencias, dudando solo un momento para oler el reborde de piel de lobo. Inga lo había hecho para él. Un símbolo para recordarle el atardecer en el que él había vuelto a por ella. Parecía haber pasado toda una vida...

Borró aquel recuerdo. Ya había derramado suficientes lágrimas.

Fue a la armería y cogió un cuchillo largo, su hacha y su escudo. Otro cuchillo más, por si acaso.

—Nunca tengas las armas fuera de tu alcance mientras estés en el camino —solía decir su padre.

«Sí, y ten armas suficientes».

Se detuvo al ocurrírsele una nueva idea. Los músculos de su boca se tensaron. Había una cierta justicia en ello. Su padre no lo vería así, pero a Hakan ya no le importaba.

Se colocó las armas al hombro y fue a la habitación de su padre. Antes de entrar, esperó un momento, escuchando. Como no oyó nada, apartó la cortina. La habitación estaba vacía. Alguien había encendido nuevas antorchas. Y allí, colgando de la pared, estaba lo que buscaba: dos espadas de doble filo. Descolgó la que estaba debajo.

*Cólera.* La espada de su tío.

La cogió por la empuñadura y la sostuvo a la luz de las antorchas. La hoja destelló, casi blanca, pulida a la perfección, con los bordes tan afilados como la

inteligencia de Loki. Maniobró con ella en la mano para calcular su peso: hierro templado con acero, tan hábilmente equilibrada que bailaba en su mano.

Bailaría.

Con prisas, envainó la espada y la ocultó bajo su manto. Cuando lo hubo hecho, se quedó un instante allí para respirar hondo y calmar sus nervios. Sus fosas nasales se llenaron con el olor de la habitación de su padre, la embriagadora mezcla de madera y cuero, humo y sebo. Había conocido ese olor desde su infancia, pero ahora ya no sería más que un recuerdo.

Las nornas habían tejido su destino.

Hakan abandonó la habitación.

Avanzó por el pasillo, deseando estar ya lejos. Un par de esclavas lo miraron boquiabiertas, pero no les hizo caso y se precipitó a través del umbral hacia la noche.

El primer lametazo de lluvia había caído sobre su cara cuando se detuvo. Su padre emergió de las sombras y se movió titubeante hacia la luz.

Resultaba casi irreconocible, con su cabellera oscura pegada a la cara, sus gélidos ojos azules ablandados por la pena. Sus ropas empapadas de lluvia goteaban al suelo.

—No podía encontrarte.

—No tengo nada que decirte —repuso Hakan, frunciendo el ceño.

—¿Adónde vas? —preguntó Haldan al reparar en cómo iba ataviado.

—Lejos de aquí. Tan lejos como pueda.

—Entiendo que estés enfadado, hijo. Ha sido un día terrible.

—¡Guárdate tus palabras! Llegan demasiado tarde. Todo llega demasiado tarde.

Haldan meneó la cabeza con pesimismo.

—No preví esto. ¿Cómo podía haberlo hecho?

—Si hubieras contado la verdad... yo nunca la habría amado. No de la forma que lo hago. Pero nos la ocultaste. —Hakan se inclinó hacia delante, con gesto amenazador—. Fuiste tú, ¡tú!, quien provocó la muerte de tu propia hija.

—Si me hubieras hablado de lo que sentías —pretextó Haldan—. Pero convertiste tu pasión en un secreto. Los dos lo hicisteis...

—¡Eres un mentiroso! ¡Un mentiroso! Y ahora ella está muerta. —Hakan quería que sus palabras tuvieran el poder de apuñalar como el acero.

Cuando su padre volvió a hablar, su voz sonó extraña, dolida, y sus palabras poco comunes:

—¿Puedes... perdonarme?

—¡Perdonarte! ¿Cómo podría perdonarte? ¡Inga está muerta! —gritó Hakan—. Nuestro bebé está muerto. Lo mismo podrías haberme arrancado el corazón. ¡Tu mentira... tu mentira...! —Trató de serenarse, poniéndole freno a su rabia—. Sin ella, este lugar es como la muerte. Sin ella, no puedo quedarme aquí. —Sus ojos se clavaron en los de su padre—. Me marchó de Vendlagard para siempre.

—¿Te marchas? ¡No puedes marcharte!

—Tú elegiste una mentira. Ahora soy yo el que debe elegir. —Hakan bajó la voz,

casi incapaz de formular las palabras—: Renuncio a mi herencia como hijo tuyo. Ya no soy tu Hijo Elegido.

—No seas estúpido...

—¡No me hagas callar! —Necesitaba que le escuchase. Tenía que decirlo—. Tú nos traicionaste a los dos, a tu hijo y a tu hija. Realicé un juramento, que te serviría, incluso hasta la muerte. Tú juraste que me protegerías, como mi señor. Rompiste tu juramento. Así que yo renuncio al mío. Que las nornas me señalen como un quebrantador de juramentos si eso es lo que deben hacer. No me quedaré aquí.

—¿Qué otra cosa tienes aparte de este lugar? Tu sangre te une aquí. Eres un Vendling. Tu nombre y el de Vendlagard son una misma cosa.

—¡Entonces renuncio a mi sangre! ¡Renuncio a mi nombre!

—No hablas en serio.

—¿No? No me quedaré aquí. Prefiero vivir como un vagabundo sin nombre que quedarme aquí contigo en esta tumba abierta que tú has excavado.

—¡Maldito estúpido egoísta! —explotó Haldan de repente—. ¡Al diablo con tu corazón herido! Ahora eres un asesino, chico. Has traído la guerra a tu pueblo. No puedes escabullirte de tu deber. Debes quedarte aquí y recoger la carnicería que has cosechado.

—Fuiste tú quien la cosechó hace mucho. Cuando te acostaste con la esposa de tu hermano. —Hakan sabía que eso le dolería a su padre—. Si el Susurrador quiere sangre para pagar la de su hijo, que coja la tuya.

—El honor te obliga a quedarte. Vendlagard es tu hogar.

—¿Cómo puedes tú hablar de honor? Tú, que no fuiste capaz de contarles la verdad a tus propios hijos. No —negó con un gesto definitivo—, ya no tengo hogar.

Su padre lo miró con ferocidad durante un buen rato. Hasta ahora, Hakan casi había esperado que se lanzase sobre él otra vez. Pero, en lugar de hacer eso, Haldan avanzó de improviso y trató de envolverlo en sus brazos.

—Yo tengo mucha culpa, es cierto. —Gimió—. Pero hubo elementos fuera de mi control que provocaron su destino.

Hakan soportó su abrazo durante un momento, pero enseguida se sintió incómodo. Sin previo aviso, empujó a su padre con tanta fuerza que el señor Vendling perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo.

—¿Crees que puedes arreglar lo ocurrido con un abrazo?

—No te suplicaré que me perdones. Por los dioses, no merezco el perdón. Tienes razón: he vivido una mentira, aunque me convencí a mí mismo de que lo hacía para bien —escupió, con amargura—. Ahora comprendo... que el honor de los muertos no puede compararse con el amor de los vivos. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. ¡Bah! ¿Lo hice por el honor? Fue más bien la vergüenza lo que me hizo ocultar la verdad. Y es la pobre Inga la que sufre las consecuencias.

—Ya no sufre más —dijo Hakan, con la voz átona como un mar sin viento—. Nosotros sufrimos por ella. Tú y yo.

Su padre alzó la mirada, y Hakan percibió cómo la tristeza lo invadía de repente. Hundió la cabeza entre las rodillas y emitió un largo gemido lastimero.

—¡Oh, mi hija, mi hija! Dulce Inga, ¡cuánto debería haberte amado! Eras tan hermosa... Inga, querida mía... —El llanto ahogó sus lamentos. Incluso en la penumbra, Hakan pudo distinguir los surcos plateados que las lágrimas marcaban en su barba.

Un hijo obediente habría intentado consolarle, pues la visión de un padre tan afligido debería provocar su propia congoja. Pero Hakan no sintió ya nada.

—Sí, adelante, llora. Lloro por tu hija. Puede que tu corazón de piedra sea capaz de sentir, después de todo. —Cambió el peso de las armas sobre su hombro—. Adiós, padre. No volverás a verme.

Haldan levantó la mirada y se apresuró a ponerse de rodillas y agarrar el dobladillo de la túnica de Hakan.

—¡No, Hakan! Hijo mío. ¡No puedes irte! No puedo perderte a ti también. Ya he perdido a todos los demás. —Sus ojos estaban desbordados de desesperación.

—Nos perdiste a todos hace mucho tiempo —dijo Hakan, fríamente, apartándose para liberarse de los dedos de su padre—. Eres el último de los Vendling. Adiós.

Tras decir eso, se giró y se alejó. Y aunque el llanto de su padre siguió oyéndose, Hakan no se volvió a mirarlo en ningún momento.

## SEGUNDA PARTE

### EL EXTRAÑO

La princesa Aslif Sviggarsdottir sintió el sabor de la sal en sus labios, pero se negó a limpiarse las lágrimas.

«Nadie ha de pensar que me avergüenzo de llorar por mi hermano».

La pira funeraria llameaba rojiza contra las aguas grises del estuario.

No, no estaba avergonzada. Solo tenía el corazón roto. En un mundo de héroes, ninguno de ellos había sido tan valiente como su hermano. Ella había adorado a Staffen desde que era una niña pequeña y él ya un hombre joven. Y él adoraba su adoración. Pero Aslif no estaba ciega. Sabía que su hermano era un hombre orgulloso. Demasiado orgulloso para que todos los hombres lo quisieran. Ella se lo había perdonado. Se trataba tan solo del quebradizo orgullo de un chico que se ocultaba tras un rostro atractivo y un cuerpo fornido.

Aun así, él siempre había sido tierno con ella. Fue él quien la llamó por primera vez «Lilla», el apodo por el que la mayoría de la gente la conocía. A ella le gustaba mucho más que el nombre que sus padres habían elegido.

Ahora lloraba por él. Lloraba mientras el humo envolvía su hermosa cara para siempre.

Los tambores hacían sonar su triste ritmo. Los lamentos del sacerdote tribal se volvieron más fervorosos, mientras los señores más poderosos del consejo de su padre contemplaban la ceremonia, con la expresión pétrea de las estatuas. Ladera abajo, un círculo de lanceros acordonaba a los vasallos y los esclavos de las casas de las Tierras Altas, que habían venido a contemplar cómo el heredero de su rey se adentraba en el sendero que le llevaría al reino de Hel.

Lilla vio cómo la barba de su hermano se chamuscaba y su piel blanca empezaba a oscurecerse. Por primera vez en cinco años, Lilla se alegró de que su madre no estuviera viva. «Para que no vea este día».

El sacerdote continuó alzando sus gemidos al atardecer.

—¡Ya basta! —La exclamación sacó a Lilla de su ensimismamiento. Era la voz de su padre. Los cánticos del sacerdote cesaron abruptamente. Todas las miradas se posaron en el rey—. Ya has dicho bastante. Déjalo que arda.

—Las palabras deben ser pronunciadas —insistió el sacerdote— para que las puertas de Hel se abran para vuestro hijo.

—Mi hijo no necesita ser anunciado a la reina de Hel. Si no es bienvenido en ese lugar, el deshonor será de Hel, no de mi hijo.

El sacerdote se movió de un lado a otro, inseguro. Luego, tomada ya su decisión, realizó una reverencia servil y retrocedió.

Lilla sintió que una mano se deslizaba en la suya, unos dedos blandos entrelazándose con los suyos.

—Es el olor lo que no puedo soportar. Es como un cerdo asado en una fiesta. Se te pega a la nariz. —Lilla se volvió y sus ojos encontraron la mirada esmeralda de Saldas, la esposa de su padre. La oscura belleza de la reina, repentinamente tan cerca de ella, la sobresaltó a pesar de su dolor—. Perdóname, no debería pensar esas cosas. —Sonrió Saldas. Y después, percatándose de las lágrimas de Lilla, suavizó su voz—: Oh, niña, estás llorando. —Tiró de la cabeza de Lilla hasta apoyarla sobre su pecho. La nariz de Lilla se llenó de su perfume, picante y sutil. Trató de apartarse, pero Saldas la retuvo—. Qué triste —dijo, acariciándole el pelo—. Los dos os parecíais tanto. Con este pelo tan hermoso, como la miel... —Su voz se fue apagando mientras continuaba acariciándola—. Tienes que consolarte con la gente que te quiere. Tu padre, tu hermano...

Lilla miró al único hermano que ahora le quedaba. Sigurd era la viva imagen de su padre, hasta en sus oscuros rizos y en las amenazadoras líneas que perfilaban su boca. Sintió una punzada de lástima por él. Ahora su vida cambiaría. Pero ¿estaba él preparado para ello? Lilla se preguntó qué estaría pensando Sigurd en ese momento. Sus ojos estaban secos, fijos en la columna de humo que ascendía hacia el cielo.

«Quizá le resulta demasiado duro ver a nuestro hermano arder».

Saldas tiró de la barbilla de Lilla hacia arriba y escrutó sus ojos.

—Y, por supuesto, me tienes a mí.

—Lo sé, lady Saldas. —Lilla sentía la garganta áspera por el llanto—. Os lo agradezco.

—Ahora debes llamarme «madre». ¿No te lo he dicho ya?

—Sí. Madre. —Lilla había llegado a odiar aquella palabra. Era una traición. Una mentira. «Y, sin embargo, la digo». Ella tenía veinte veranos, y Saldas apenas doce más que ella. Fuera lo que Saldas fuera para ella, no era una madre. No obstante, había algo en ella que hacía que Lilla se sintiera pequeña. Algo que hacía que su voluntad se encogiera. Que la hacía obedecer.

Se apartó, esta vez con mayor resolución. La reina cedió.

Una ráfaga de viento removi6 la pira. Las llamas se avivaron en respuesta.

—¿D6nde est6 Bodvar? —Era su padre otra vez, como si el vigor del fuego hubiera provocado un impulso repentino. Mir6 a su alrededor, y Lilla vio que sus ojos, normalmente tan tranquilos, estaban llenos de pesar. Y de rabia—. Vamos, ¿d6nde est6?

—Aquí estoy, lord Sviggar —gorjeó la voz del conde de Vestmanland, apartándose del séquito del rey. «El conde Bodvar ha envejecido últimamente». Sus



trenzas, hasta entonces tan oxidadas como su voz, mostraban ahora mechones plateados, y los surcos de su rostro habían adquirido mayor profundidad.

—Quiero que encuentres a quienquiera que hizo esto.

Bodvar titubeó, confuso.

—Disculpadme, milord. Tenía entendido que había sido un accidente.

—¿Un accidente? —bufó su padre—. El heredero de un rey nunca muere por accidente. Alguien es responsable de la muerte de Staffen.

Su hermano Sigurd se adelantó a Bodvar:

—Padre, rastreamos los bosques durante días. No encontramos nada.

—¡Entonces, buscad otra vez! Bodvar, estas eran tus tierras. Vivirás en esos bosques hasta que encuentres a quien hizo esto. Bestia u hombre, sea lo que sea lo que me robó a mi hijo, ¡me lo traerás! —Su voz se convirtió en un murmullo—. Su sangre será vengada.

Lilla percibió que la expresión del conde se erizaba. Bodvar era testarudo, y no tenía miedo de decir lo que pensaba, ni siquiera ante un rey. Pero debió de pensárselo mejor y se limitó a inclinar la cabeza.

—Lo haré, milord.

—Lord, sabéis que esta no es la única muerte sin explicación que se ha producido últimamente en tu reino —dijo Finn, el afable y joven guerrero que había sido nombrado guardaespaldas del padre de Lilla—. Se cuentan cosas...

—Lo sé. —La mirada siniestra de Sviggar se posó como un fantasma sobre el cuerpo de su hijo, ya apenas visible bajo las llamas—. Lo sé.

«Oscuridad. Desesperación».

Las palabras lo envolvían como un sudario.

Delante de él apenas podía ver nada.

Se agarró con fuerza para no caer con el vaivén de la embarcación; el oscuro oleaje le removía el estómago y lo cubría de sal. Ráfagas gélidas del norte carcomían las maromas. El frío que le atenazaba se había ido transformando en una cansina sensación de dolor.

Todavía faltaba para el amanecer, quizás una hora más. Por lo que sabía, aún se dirigía hacia el este. Gotarland no podía quedar ya muy lejos. Cruzar el Cinturón de los Jutos no suponía un viaje muy largo, pero en mitad de una tempestad otoñal podía resultar una travesía horrible, mortal incluso.

Ahora tenía que añadir el robo a la lista de sus crímenes. El esquife de Esbjorn había estado allí esperándolo. Hakan lo había aparejado con rapidez y había partido hacia el este a través del Cinturón. Pero sabía que nadie iría tras él. Esbjorn estaba muerto: convertido en cenizas en el océano Occidental. Y los muertos no necesitaban barcos. Ni ninguna otra cosa.

Hakan ansiaba poder dormir. Lo peor de la tormenta ya había pasado, pero al hacerlo se había llevado consigo la dulce distracción del miedo. El miedo que lo había asfixiado. El miedo que había fluido por sus venas como metal líquido, agarrotándolo, mientras el viento azotaba su cara y tiraba hambriento de sus ropas, y el mar negro arrojaba una ola tras otra sobre su pequeño esquife. Hakan se había aferrado con tenacidad, incapaz de diferenciar el este del oeste, ni tampoco el norte del sur, ni de saber siquiera por qué debía aferrarse a la vida cuando todo lo que amaba en el mundo había desaparecido. Solo sabía que con cada nueva ola encrespada de espuma recorría la línea entre la vida y la muerte, sin que le importase apenas hacia qué lado lo arrojaría el mar furioso, vomitando todo el contenido de su estómago, como si la tormenta solo fuera a amainar una vez que hubiera purgado de su cuerpo hasta el último vestigio de Vendlagard.

Por fin la tempestad estaba pasando de largo y con ella la confusión en la oscuridad del mar abierto. Pero ahora la otra confusión que había en su interior brotó de nuevo a la superficie.

Ahora podía permitirse pensar otra vez, y cada uno de sus pensamientos era afilado como un cuchillo.

¿Cómo? ¿Cómo había acabado siendo arrojado a aquellas maliciosas aguas? ¿Cómo había acabado siendo desterrado de todo cuanto siempre había conocido?

«La belleza y el amor son sacrificados como cerdos».

No había pasado siquiera un día desde...

Se estremeció, preguntándose si alguna vez podría borrar la imagen de Inga: flotando, inerte, su sangre caliente girando en aquellos fríos remolinos. Hakan abrió y cerró los ojos, pero la imagen no se disipó. La veía con tanta claridad como si la tuviera delante. Justo como la había tenido.

Debía alejarse de aquel lugar. Huir de aquel recuerdo hasta que, por fin, pudiera librarse de él. Huir hacia la oscuridad y dejarse guiar por ella. Esa era la única dirección que podía seguir ahora.

Y, no obstante, una pena colosal le aplastaba el corazón. ¿Por qué había sido Inga tan rápida en sacar el cuchillo? ¿Por qué? De un solo movimiento, había acabado con ella y también con él, y todo a causa de la mentira de su padre. De no ser por esa mentira, Inga estaría viva. Sus canciones, sus risas, su mirada, todo continuaría vivo, incluso ahora. Hakan cerró los ojos y percibió cómo el gemido crecía en su garganta. ¿Por qué? Sus momentos más felices habían sido junto a ella. ¿Cómo había deseado compartir con ella otros momentos aún más felices en los años por venir!

«No. Todo era una mentira. —Cada uno de sus sueños, cada uno de sus recuerdos—. Todo ello, una jodida mentira». Ella era su hermana, y todos los días de su vida le habían dirigido hacia este día. Un camino que conducía a un abismo. Y ahora él estaba cayendo y cayendo... más allá del amor, más allá de la sangre y el honor, más allá de la esperanza.

De repente, la rabia se impuso a la pena. Si Inga estaba muerta, ¿por qué debería él vivir? Su amor estaba maldito. El corazón había alimentado un amor tan sucio que merecía morir. Estaba mejor muerto.

Miró hacia lo lejos por encima de las aguas negras.

—¿Qué fácil sería...! —murmuró. Qué fácil deslizarse y dejarse envolver en el frío abrazo de aquellas aguas. ¿Era aquello una voz dulce, invitándole... una susurrada promesa de paz? ¿Era ella quien lo llamaba? No le costaría nada. Un breve escalofrío al tocar el agua. La vida escapando de su cuerpo, el gélido mar amortajándolo, y entonces...

Entonces vendría la muerte. Sería su fin en este mundo.

«Pero ¿qué es lo que me aguarda en el próximo?». ¿Y si no había fin para este dolor? ¿Y si los lazos despedazados del amor, las promesas rotas, la sangre que manchaba sus manos, la rabia ardiente... y si todo ello permanecía con él en cualquier mundo, ya fuera de los vivos o de los muertos? ¿Y adónde iría? El suicidio no abría las puertas del Valhalla. Iría entonces a algún otro reino de oscuridad, desde el que no había forma de salir de nuevo, y en el que se regodearía en su dolor,

alimentando la deformidad que su corazón había producido y que él había tomado estúpidamente por amor.

Si la muerte no traía consigo ningún alivio, ¿cuál era su propósito?

Oteó el horizonte. El viento del norte lamía su vela. El amanecer se aproximaba, con una mañana plomiza y unas pocas manchas de tierra a lo lejos. Se le erizó la piel a causa del frío. Pese a la confusión que le embargaba, apretó el manto empapado en torno a su cuerpo y decidió apartar aquellos oscuros pensamientos de su mente por el momento.

Delante de él, la tierra de los godos se astillaba en un millar de islas. Levantó la mirada hacia la vela, que había resistido los violentos vientos de la noche pasada. «Al menos Esbjorn hizo un buen trabajo con su barco... Pobre bastardo».

El día todavía era joven cuando descubrió otra vela emergiendo de una ensenada y girando luego hacia el sur. Decidió seguirla, sintiéndose ahora poco mejor que un perro vagabundo capaz de seguir el rastro dejado por el carro de un vendedor ambulante. La vela continuó avanzando hacia el sur hasta el mediodía, momento en el que viró hacia tierra otra vez. Hakan la siguió entre dos islotes planos, imaginando que se dirigía hacia algún tipo de puerto. El mar estaba cada vez más calmado. Hakan se acomodó junto a la caña del timón. Al menos había superado su miedo al mar. Por ahora.

Divisó un cabo y un puñado de casas en él, agolpadas en la costa, con sucios jirones de humo ascendiendo desde sus tejados. Daba más la impresión de ser un lugar de comercio que una alquería o un fuerte. Unas pocas embarcaciones se movían en torno a un muelle de madera. Había otras varadas en la playa. Hakan distinguió unas cuantas figuras moviéndose cerca de ellas.

De repente surgió en su mente la idea de que aquella no era su gente. ¿Acaso podía considerar ahora a alguien como su gente? Era un extraño. Aquí. Y en todas partes. Un hombre al que no se le debía nada. En el que nadie confiaba, y que no tenía a nadie en quien confiar.

Trató de deshacerse del mórbido aturdimiento que aún envolvía su mente. Necesitaba estar despierto y concentrado, pues el muelle ya estaba a apenas un tiro de piedra de la proa y cada vez se acercaba más.

Con un gesto veloz, cubrió sus armas con su manto, con la esperanza de pasar desapercibido, aunque era prácticamente imposible disimular el escudo. «Tal vez un extraño no llame la atención en este lugar», pensó. Era lo mejor a lo que podía aspirar. Además, el aspecto de la gente en el muelle era más propio de comerciantes que de guerreros.

Arrió la vela cuando el barco ya se deslizaba a lo largo del malecón.

Un hombre que le estaba pasando sacos desde un pequeño bote de carga a un muchacho malnutrido dejó lo que estaba haciendo y se acercó para ayudarle a atracar.

—¡Tíramelo! —le gritó, y recogió el cabo que Hakan le lanzó. Era un tipo pequeño, con el rostro tan chupado que se le podía ver la calavera a través de la piel. Sin embargo, sus ojos se movían con rapidez y enseguida analizaron a Hakan y el contenido de su embarcación—. No es frecuente que venga por aquí un barco vacío —dijo con una voz extrañamente aguda. Luego frunció el ceño—. ¿Eres amigo o enemigo?

Hakan solo pudo responder a su pregunta con una mirada vacía. Era demasiado pronto para responder a preguntas de otro hombre. Demasiado pronto para hablar. Demasiado pronto para continuar viviendo... Como si su vida no acabase de terminar en un diluvio de sangre y lágrimas. Como si el Árbol de los Mundos no estuviera consumiéndose hasta las cenizas y crepitando en sus oídos.

«... Como si ella no estuviera muerta».

—¿Me entiendes, tío? —repitió el hombre—. ¿Amigo o enemigo?

—Nece... necesito un puerto, eso es todo. —Hakan habló con tono vacilante, como si tuviera que dragar cada palabra desde el fondo del océano.

—¡Así que habla! —gritó el otro—. Por un segundo te he tomado por un retrasado. ¡O un forastero, lo que es peor! —Soltó una risotada estridente y empezó a mordisquearse las cerdas de la barba mientras estudiaba al recién llegado—. Danés, ¿verdad? ¿O quizás un juto?

Hakan negó con la cabeza y se obligó a hablar de nuevo:

—No pertenezco a ningún linaje. Ni a ningún lugar —dijo con la voz ronca por la sal marina.

El hombre se pellizcó el hoyuelo de la mejilla.

—Vaya una respuesta extraña. Pero no soy de los que meten las narices en los asuntos de otro si él no quiere que lo haga. Sea de donde sea que vienes, tiene que ser un lugar jodidamente miserable.

—¿Eh? —preguntó Hakan, alzando la vista.

—¡Tu cara! —exclamó alegremente. Pero cuando se percató de que Hakan no apreciaba la broma, el tipo se encogió de hombros y cambió de tema—: Bueno, es una lástima que no hayas traído nada desde ese lugar misterioso del que vienes. Estoy reuniendo un cargamento para enviar al sur, a Torsvik. Siempre hay sitio para más, como suelo decir.

—¿Qué lugar es este?

—Freyhamen —dijo el otro, mientras se afanaba en atar el cabo.

«¿Freyhamen?». Había oído hablar de Torsvik, pero nunca de aquel lugar.

—¿Qué buscas aquí, de todos modos? —siguió el hombre, enderezando la espalda.

—Hubo una tormenta, y...

—Por supuesto, eso es. Ya lo dijiste, necesitabas un puerto, ¿verdad? —El tipo echó un vistazo al barco de Esbjorn—. Debe ser bien robusta —comentó, y le propinó una patada al casco.

—El mejor esquife que jamás se ha botado —contestó Hakan, sin pensar. No estaba muy lejos de la verdad. Y entonces se le ocurrió una idea—. Dime, la gente de por aquí... ¿Son ricos?

—¿Ricos? Eso depende. ¿Suficientemente ricos para qué?

—Para intercambiar esto —dijo Hakan, y dio con los nudillos en el pasamanos de la borda.

—¡Vaya, parece que tienes prisa, muchacho! —Se rio el mercader.

—¿Y bien? —No sabía si era una buena idea. Poco más que el siguiente paso hacia la oscuridad. Pero prefería ser colgado antes que arriesgarse a hacer frente a una nueva tormenta. Siempre había odiado el mar. Todos los hombres cuerdos lo hacían, según creía.

El mercader examinó el barco de arriba abajo.

—Claro, tiene buena pinta. Pero no se trata de lo rica que sea la gente de por aquí, sino de lo que quieres a cambio.

Hakan hizo un mohín.

—Plata.

El mercader inhaló a través de los dientes.

—No hay mucha gente por aquí que pueda disponer con libertad de su plata. No, en absoluto.

Al ver que el tipo no decía nada más, Hakan se impacientó:

—Bueno, ¿eres tú uno de esos o no? —Lo último que le apetecía hacer era regatear con aquel escuálido desgraciado. ¿Cómo podía hacer negocios cuando el cadáver de Inga aún no se habría enfriado?

—¡Yo! No, no. Además, no dispondría de plata hasta que volviera de Torsvik.

—Otra cosa, entonces.

El mercader se rascó la barbilla.

—Supongamos que tengo un caballo del que podría deshacerme.

—Tiene que ser un buen caballo para que el trueque sea justo —dijo Hakan con un bufido.

—Un barco requiere cuidados, ya sabes —protestó el otro—. Si quieres un caballo, puedes tener uno. De lo contrario, aquí te quedas con tus cosas.

Hakan meditó la oferta. ¿Era eso lo que realmente quería? El esquife aún podía llevarle de vuelta a casa. Todavía podía ponerle fin a su arranque de locura y regresar a Vendlagard, suplicar el perdón de su padre, llorar junto a él... Enterrarla.

No. ¡No! No podía. No lo haría. El esquife era un puente que tenía que quemar.

—¿Está lejos?

El pequeño mercader se giró y señaló entusiasmado ladera arriba.

—A medio camino del final del pueblo. Podemos estar allí tan pronto como quieras.

—Le echaré un vistazo —asintió Hakan. Y saltó al muelle tras colocarse los bártulos al hombro con un tintineo metálico.

—Supongo que no llevas ahí nada más que estaño sin valor, ¿verdad? —dijo el mercader, levantando una ceja.

—Nada que merezca tu atención. —El tono de advertencia en su voz no pasó desapercibido.

—Si tú lo dices, amigo. —El mercader no parecía de los que disfrutaban creando conflictos, menos aún con un hombre que le sacaba una cabeza. En lugar de discutir, guio a Hakan ladera arriba después de gritarle al chico desgarbado que vigilase la mercancía que había dejado en el muelle. Hakan cojeó detrás de él, con sus articulaciones chirriando como hierro oxidado y su tobillo más dolorido que nunca.

—¿Le pasa algo a tu pierna?

—Está entumecida por el tiempo en el barco, eso es todo.

El mercader gruñó y continuó adelante.

Había más gente ocupada en sus propios asuntos, remendando redes de pesca, cargando carros, removiendo grandes cazuelas al fuego llenas de alquitrán. Nadie les prestó atención hasta que se les cruzó un hombre montado en un potro que les cortó el paso. La cara del jinete estaba medio oculta bajo una capucha, pero su larga barbilla sobresalía bajo una nariz lo bastante prominente como para romper una ostra.

—¡Buen día, escroto! ¿Tienes algo bueno para mí? —gruñó el jinete.

—Hoy no, Arald —repuso el mercader, con una servil inclinación de la cabeza—. Podría ser que tenga algo para ti cuando vuelva la próxima semana de Torsvik.

—Más te vale. —El hombre se volvió hacia Hakan. De debajo de la capucha brotó el destello de un ojo legñoso—. ¿Y este quién es?

—Un extranjero. Estamos negociando un trato.

—¿No sabe hablar por sí mismo? —espetó el hombre llamado Arald—. ¿Bien? ¿Cuál es tu nombre?

—No es importante —dijo Hakan.

—Escucha: ¡yo decidiré lo que es importante y lo que no lo es! ¿Quién diablos eres tú?

—Nadie.

—¿Qué mierda de respuesta es esa? ¿De dónde vienes?

—De ningún sitio.

—Nadie de ningún jodido sitio. —Arald soltó un gruñido y escupió una bola de flema negra a un lado del caballo—. ¿Qué eres tú, alguna clase de fantasma? —dijo con una risita.

—Solo un hombre haciendo un trato.

—¿Eso es todo? ¿De qué va ese trato, entonces?

—Eso es entre él y yo. No es asunto tuyo.

—Todo lo que ocurre por aquí es mi jodido asunto —gruñó, inclinándose sobre su montura hacia el desconocido. Hakan percibió su aliento rancio en el aire.

—No es nada, Arald —intervino el mercader—. Una cosita sin importancia.

—¡Cierra la boca, Arik! Dime, ¿qué llevas ahí?

—Nada que merezca la pena poseer.

—Todo el mundo tiene algo que merece la pena tener, amigo. Incluso si solo se trata de la piel que le cubre la espalda.

La mano de Hakan fue hasta el cuchillo de su cinto.

—Puedes echar un vistazo más de cerca, si quieres. Aunque no puedo prometerte que te guste lo que ves —dijo, soltando la sujeción del cuchillo en su vaina.

Arald se pasó la lengua por los dientes podridos con aire contemplativo, examinando al desconocido de arriba abajo. De pronto, hizo un chasquido con los labios y se giró hacia Arik:

—Asegúrate de buscarme cuando vuelvas de Torsvik. Quiero la primera puja sobre lo mejor que tengas. ¿Entendido? —Arik se apresuró a asentir y Arald lanzó un escupitajo a sus pies—. Y tú, forastero, espero que sepas diferenciar tu mierda de tu arcilla. Arik no es más que un pequeño espantapájaros taimado. —Soltó otra risita, tiró de las riendas y se marchó.

—Es familiar mío —murmuró Arik, con expresión agria—. Un imbécil, como, sin duda, ya habrás entendido. —Suspiró y añadió—: Vamos, forastero. Ya no falta mucho.

Bordearon el pueblo hasta que Arik giró hacia una casa de aspecto modesto, con un establo en la parte de atrás.

Apareció una mujer altísima con una trenza rubia y grasienta. La esposa de Arik, supuso Hakan, preguntándose cómo un hombre tan pequeño mantenía a una mujer como aquella donde él quería. Pero el mercader enseguida la despachó a preparar algo de comida caliente y la mujer obedeció con docilidad.

La cabeza de un niño se asomó tras la puerta, mirando tímidamente al extraño a través de un flequillo mugriento.

—Vuelve adentro y ayuda a tu madre —le espetó Arik. La cabeza desapareció al punto—. Mi chico, Haki. El pequeño. El otro está allí abajo. —Y señaló hacia el muelle—. Ahora, espera a ver a mi preciosidad.

La «preciosidad» de Arik era una yegua cubierta de polvo que tenía por compañía un cerdo y una pareja de cabras. Hakan se preguntó si no haría mejor montando una de ellas en lugar del caballo.

—¿Le das de comer?

—Todos los días —graznó Arik—. Por supuesto, he visto animales más hermosos, pero este tiene coraje. No es veloz, pero te llevará donde quieras.

Hakan refunfuñó, lejos de estar convencido. La yegua presentaba un espectáculo lamentable, pero lo único que él quería era marcharse de allí. Alejarse del mar. Alejarse de aquel lugar. Alejarse de la gente.

—Añade una brida, un par de rebanadas de pan de centeno, cinco trozos de queso y un odre de cerveza, y tenemos un trato.

Arik se dio un tirón de la barbilla y representó la pantomima de calibrar la oferta, pero ambos sabían que podría haber incluido a su hijo y aun así se llevaría la mejor



parte del acuerdo.

—Sí, supongo que podría aceptar eso.

—Y unas cuantas horas de sueño junto a tu chimenea.

—Lo que quieras.

Hakan pasó la palma de su mano por el morro del caballo.

—¿Tiene nombre?

—La bautizamos como a la diosa Idun. Porque le encantan las manzanas —dijo Arik, con un guiño.

—*Idun* —repitió Hakan, sintiendo el aliento cálido del caballo contra sus dedos.

La comida que la esposa de Arik había preparado era poco más que gachas mezcladas con pedazos de arenque salado, pero estaba hirviendo. Hakan devoró su ración sin pronunciar una palabra, intentando recordar la última comida caliente que había comido. Había sido antes... Antes de su padre, antes de Inga, antes incluso de Konur. Todo lo bueno era «antes». El pequeño mercader se sentó allí, tallando una pieza de madera en silencio, sin interrumpirle mientras comía.

Cuando Hakan hubo terminado, murmuró su agradecimiento y, aferrando todavía sus bártulos, se tumbó sobre una manta de piel de oveja y dejó que el agotamiento le hiciera dormir por fin.

Había deseado no soñar. Pero sus ojos apenas se habían cerrado cuando soñó que estaba bebiendo de un odre de cerveza, más y más hasta que el líquido se desbordaba de su boca y caía sobre su cuerpo. La cerveza aumentaba de volumen a su alrededor, sumergiéndole, ahogándolo. Y de repente ya no era cerveza, sino el mar gélido, y él estaba pateando y pateando en busca de aire. Tocó arena, emergió en la superficie y vio la franja de arena del Skaw. Por encima de él, las estrellas brillaban, y había un lobo allí en las dunas, aullando a la noche fría. Inga estaba allí con un vestido suelto de lino. Hakan miró y el vestido se tornó más oscuro, como si una sombra hubiera cubierto la luna, hasta que se dio cuenta de que no era una sombra, sino sangre, sangre que caía por los pechos y los brazos desnudos de Inga, sobre sus dedos, hasta el mango de un hacha. Ella corrió hacia él, gritando, y Hakan vio ahora que tenía un bebé en brazos, y que Inga estaba levantando el hacha, y él estaba llamando a gritos a su padre, pero sabía que su padre no le salvaría porque él había roto su juramento. Y el bebé estaba llorando, e Inga gritaba y gritaba, y el hacha cayó, hundiéndose en el brazo de Hakan.

Se levantó, respirando con fuerza. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Le dolían las cicatrices de su brazo. Su cabeza palpitaba. Vio dos ojos que le miraban directamente. El hijo pequeño de Arik. Sobresaltado, el niño salió a la carrera, gritando que el hombre estaba despierto.

Hakan miró a su alrededor, aturdido. El fuego continuaba encendido; ahora había una cazuela diferente colgando sobre él, pero, por lo demás, la habitación estaba igual. Oyó el chapoteo de unos pasos sobre el barro y Arik apareció en el umbral.

—¿Has descansado bien?

—Eso creo —susurró Hakan, aún con la cabeza martilleándole.

—Debías necesitarlo. He estado fuera media tarde.

—Te lo agradezco. No tenías que hacerlo.

—Un hombre nunca sabe cuándo podría necesitar que le devuelvan un favor —dijo Arik, con tono alegre—. Mi chico ha asegurado tu barco. Y todo está listo para ti. El caballo está preparado. Así que, ahora, ¿hacia dónde vas a dirigirte?

«¿Adónde?».

Era una pregunta difícil.

Hakan se puso en pie. El dolor le agarrotaba las piernas. De repente, sentía la necesidad de marcharse de allí. Tenía que aclarar sus ideas.

—Necesito aire —murmuró, recogiendo sus bártulos y pasando junto a Arik.

—Bueno, nosotros no nos vamos a ninguna parte —le dijo el mercader cuando pasó a su lado.

Pero Hakan no le estaba escuchando. Caminó dando tumbos, alejándose del pueblo hacia un risco desde el que se veía el puerto y, más allá, el mar.

Al alcanzar el borde, arrojó a un lado su manto con las armas y se desplomó en cuclillas, con la mirada perdida en dirección oeste, sobre las olas. Hacia su hogar.

«Pero ya no es mi hogar».

La soledad pesaba en su corazón como plomo. De repente quería volver a ver su tierra. Tenía que verla. Miró a su alrededor, y allí, un poco apartado del borde del risco, se alzaba una vieja haya.

Se lanzó contra el tronco y trepó por sus ramas como si le persiguieran los siervos de Hel. Cuando llegó tan arriba que ya no podía subir más, miró hacia el oeste y oteó el horizonte. Allí, casi imperceptible en la lejanía, pudo distinguir una fina línea de tierra.

Jutlandia. La tierra de sus padres.

¿Nunca volvería a ella? ¿Nunca?

Su mirada se mantuvo fija en el horizonte durante un buen rato, hasta que notó un banco de niebla deslizándose desde el norte y engulléndolo todo. La franja de tierra en la distancia desapareció tras la bruma grisácea hasta que ya no pudo verla.

«Así es como debo recordarte... Siempre, pues nunca regresaré. Que mi vida hasta este día quede oculta por la oscuridad, sellada por este compromiso. Juro que nunca hablaré de ella».

—Nunca —dijo en voz alta.

Su padre lo había llamado Hakan, su «Hijo Elegido». Pero el Hijo Elegido estaba muerto. Ahora se había transformado en un extraño. Ese sería el nombre por el que le conocerían.

Erlan: «Extraño».

La vida de Hakan debía terminar. La vida de Erlan sería su nuevo comienzo.

De vuelta en el suelo, al recoger sus bártulos, se dio cuenta de que aún no tenía respuesta para la pregunta de Arik. ¿Hacia dónde se dirigía?

Mientras caminaba de regreso a la casa, intentó decidir qué hacer. Hasta ayer, conocía su camino. Pero el amor solo le había conducido a la muerte. Había renegado de su tierra y de sus derechos de nacimiento. No era un granjero. Ni un artesano ni nada semejante. No poseía la astucia ni la avaricia de un mercader. ¿Qué otra cosa tenía a su favor? ¿Qué había hecho a lo largo de su vida?

Había matado a un hombre. A más de uno.

¿Era eso lo que él era? Un asesino.

Podía matar de nuevo.

¿Acaso no había grabado su padre en su espíritu una y otra vez en qué tipo de mundo sangriento vivían? En un mundo como ese, siempre habría necesidad de un asesino. Pero si se ponía al servicio de algún lord... debería ser un lord al que mereciera la pena servir. Un lord mayor incluso que su padre. Tal vez el mayor lord de todo el territorio. No, ¡de todo el mundo!

«¿Quién es ese hombre?».

Le dio vueltas y vueltas a la pregunta en su cabeza. Eso ya era algo. Un boceto de un propósito. Un hilo frágil al que sujetarse.

«Servir a un gran lord».

Trató de imaginarse a sí mismo allí, en la ciudadela de otro hombre, prometiendo servir a otro. Otra vida. Una vida solo. «Una vida sin ella».

De repente se descubrió doblado por la cintura y vaciando el contenido de su estómago sobre la hierba. El sabor amargo de la bilis en su garganta. Amarga como su propio destino.

Maldijo y escupió al suelo. ¿Había ahora otro lord para él? ¿Qué importaba en realidad nada de eso? ¿De qué valían los juramentos de sangre u honor o la lealtad? Tal vez solo debería vagar sin rumbo. Un hombre maldito. Un paria. Un extraño con una espada.

Su mano, inopinadamente, buscó la empuñadura de su espada envuelta en el manto. Con un súbito tirón, la sacó de entre la tela y la desenvainó. Incluso bajo la tenue luz de la tarde, la hoja brilló como un rayo de sol. *Cólera*, una espada digna de los mismos dioses. Durante largos años había descansado en su funda, colgando inmaculada de la pared de la habitación de su padre.

Cortó el aire salobre. Una vez. Dos veces. La hoja silbó con cada mandoble. Ahora oía una llamada diferente: la llamada del acero. La llamada de los actos sangrientos, y del valor.

Si su propio destino era la muerte y la oscuridad, sin duda el destino de aquella brillante espada no se había cumplido aún.

Hizo una mueca y la devolvió a la vaina.

No era más que un hilo. Su única hebra. Y, sin embargo, en la oscuridad de su dolor, parecía brillar como el oro.

Como el primer rayo de un poderoso amanecer.

—Estoy buscando a un hombre —empezó a decir Erlan, de vuelta en el patio de Arik—. Un lord... que necesite a un guerrero.

—Eres un guerrero, entonces —dijo Arik, ladeando la cabeza—. Lo sabía. Se lo dije a mi hijo cuando te acercaste en el barco.

—Entonces, dime, ¿hay algún rey en esta tierra? ¿Es esta la tierra de los godos?

—Sí, somos los godos del oeste. Este territorio abarca muchas leguas en todas direcciones. Pero no tenemos rey. Tenemos jefes, varios de ellos.

—¿Quién es el tuyo?

—Está el líder de nuestro clan, Ingvar Bardasson. Antes conociste a su hijo, Arald. Pero Ingvar es un matón roñoso, peor que su hijo. Sería mejor que dedicases tu vida entera a excavar entre mierda que a servirle. De todas maneras, su territorio no es muy grande, más bien una alquería. Lo mismo ocurre con la mayoría de los godos del oeste. Tenemos nuestros líderes y nuestros consejos y todo eso, pero tú quieres a un rey, o a alguien que necesite a un guerrero como tú. —Arik le dirigió una sonrisa cargada de astucia—. Pero no es una cuestión solo de necesidad.

—¿Qué quieres decir?

—Primero, eres una boca extra que alimentar. Está bien si se quiere otro guerrero. Pero ¿quién quiere otra boca más con el invierno ya casi encima? Los que se dedican a saquear ya han terminado por este año. Y nadie entre nuestra gente planea una guerra. Al menos, no hasta la próxima primavera, como pronto.

—Hasta entonces podría ser útil de otra forma.

—Las cosechas ya se han recogido y la mayoría han sembrado para el próximo año. No hace falta mucho esfuerzo para mantener a los animales durante el invierno. Tampoco te ayuda que no seas un godo. La gente es recelosa. —Luego añadió—: Supongo que no ayudaría tampoco que contases la verdad.

—Debe haber algo que pueda hacer —exclamó Erlan, frustrado.

—Me gustaría poder decirte algo distinto. Pero te costará encontrar un lugar donde un hombre como tú sea bienvenido, un tipo grande que comerá mucho más que cualquier esclava sureña, por decirlo así —insistió Arik—. ¡Por Hel, si fueras una de ellas, sé de unos cuantos lugares que te acogerían sin problemas!

—Entonces ¿no puedes sugerirme ningún lugar?

Arik se estiró de la barba.

—Hmmm. Bueno, no es que sea gran cosa, pero ya que me presionas, hay un lugar. No puedo decirte mucho con certeza sobre él.

—Sigue.

—Por lo que sé, se trata de un reino. Un reino que se extiende al norte y al este de

aquí, lejos. Tendrás que cruzar la tierra de los sveärs. Si me lo preguntas, te diré que son un puñado de tunantes, pero he oído decir que tienen un rey poderoso.

—¿Sabes su nombre?

—Yo no —repuso Arik, encogiendo los hombros—. Pero los sveärs son fuertes. Y también ricos. ¡Eh! Ahora que lo pienso, si son ricos, tendrán muchos enemigos. —Hizo un gesto de asentimiento—. Un lugar como ese podría necesitar a alguien como tú.

—¿A qué distancia está?

—No podría decirlo. Hay un par de semanas a caballo hasta el límite de la tierra de los godos, en dirección norte, puede que más. Y es un camino difícil, especialmente cuando lleguen las nieves. Todo bosques y lagos, por lo que yo sé. Y en cuanto al reino sveär... —Arik encogió otra vez los hombros.

—Un reino al norte —murmuró Erlan. Los dioses sabían que era bastante poco con lo que tirar. Pero ese poco era lo único que él tenía. Asintió—. Muy bien. Allí es donde iré. ¿Está tu caballo preparado?

—Totalmente preparado. —Fue a traer a *Idun*, que parecía casi tan indecisa sobre aceptar un jinete como Erlan lo estaba de montar en ella. Las provisiones acordadas estaban amarradas sobre su grupa. Erlan aseguró sus bártulos sobre ella y se colocó el escudo a la espalda.

—¿Estás seguro de que podrá cargar conmigo?

—Ciertamente —repuso Arik, con una sonrisa que le hizo parecer más demacrado y zalamero que nunca.

Erlan cogió las riendas y subió a lomos de *Idun*, que se tambaleó hacia un lado. No fue mucho, pero lo bastante para que su pie quedase atrapado bajo el fardo. Se oyó un golpeteo metálico y la yegua salió espantada. Erlan se aferró a sus crines para mantenerse sentado, pero el fardo se soltó y cayó al suelo.

El manto se desenrolló y *Cólera* quedó expuesta sobre el barro. Erlan maldijo en voz alta mientras recuperaba el control del caballo, pero Arik se apresuró a recoger la espada. El pequeño mercader contempló los magníficos grabados dorados de la empuñadura de *Cólera*, con sus ojos abiertos como platos por la codicia.

—¡Vaya, es una hermosura! —susurró.

Erlan extendió su brazo.

—Mis cosas —urgió. Pero Arik parecía incapaz de apartar sus ojos de aquella maravillosa espada, así que Erlan chasqueó los dedos—: ¡Ahora!

—Claro, por supuesto —contestó apresuradamente el mercader, envolviendo de nuevo todo en el manto y pasándole el fardo—. ¡Vaya vaya, amigo! Si quisieras hacer un trueque con eso, obtendrías mucho más que un caballo.

—Antes haría un trueque con mi brazo.

—Sí —masculló Arik para sí mismo—, puede que eso llegue a pasar.

—¿Qué has dicho? —le espetó Erlan.

—Oh, tan solo una broma. ¡Solo bromeaba, por supuesto! Bueno, que los dioses

te den suerte en el camino, amigo.

—Y a ti en el mar. —Con eso, el extraño golpeó con el talón el costado de *Idun* y puso rumbo al norte.

Pese a lo agotado que estaba, esa noche Erlan permaneció despierto durante horas, contemplando el movimiento de las nubes a través de las copas de los árboles. Había acampado en las proximidades de la orilla de un lago. Ya estuviera despierto o dormido, no podía escapar de las imágenes que volvían una y otra vez a su cabeza. La mueca en la boca de Konur; las lágrimas de su padre; Inga, flotando a la deriva en un remolino carmesí.

Las preguntas sucedían a las imágenes, y cada pregunta provocaba nuevas imágenes, en un bucle sin fin que llenaba su corazón y su mente hasta que sentía que su alma era un barco sin timón, a la deriva en un océano de dolor. Esperaba que su tristeza acabase algún día, que algún día pudiera escapar de ella, rebasarla con aquel barco o contenerla en su interior. Pero entonces una nueva ola se alzaba debajo de él y podía vislumbrar otro horizonte interminable que se alejaba de él.

No podía hacer otra cosa que permanecer acostado, mirando hacia arriba, con su solitario océano de sufrimiento envolviéndole, vasto y profundo, y frío. Por fin, como consecuencia del cansancio absoluto de su mente, llegó el sueño, pesado y sin sueños.

Y unas horas más tarde le despertó el aliento cálido de *Idun* en su cara.

—Lárgate —siseó, irritado, y se dio la vuelta bajo su manto. Impávida, *Idun* volvió a darle con el morro, esta vez más fuerte. Erlan soltó un gruñido y lanzó un manotazo al aire para intentar apartar a la yegua.

Pero al momento, se sentó de un brinco.

Aspiró profundamente por la nariz para comprobar si su mente le estaba engañando... Ahí estaba otra vez, débil pero inconfundible. Ningún animal del bosque olía así. Un hedor empalagoso y acre que solo podía proceder del cuerpo hediondo de un hombre. Un hombre al que ya había olido antes.

En un abrir y cerrar de ojos ya estaba en pie para coger sus armas y las riendas de *Idun*. La luz del amanecer se filtraba entre las ramas. Ladera abajo, a poca distancia, podía ver las suaves ondulaciones de la superficie del lago. Saltó a lomos de *Idun*.

—¡Allí está el hijo de puta! —gritó una voz que Erlan reconoció con facilidad. «Arald»—. Rápido, tras él. —Erlan vio dos figuras avanzando por el bosque, cada una de ellas a lomos de un caballo. Le dio con los talones e *Idun* partió al galope.

Erlan no había esperado mucho de ella, y tampoco lo había obtenido. Pero, de

todas maneras, la yegua partió hacia la línea de costa.

—¡Está saliendo! ¡Aguzad la vista, chicos! —gritó Arald mientras Erlan emergía de los árboles. El lago se abría como el plato de plata de un gigante. Sobre su superficie flotaban unos cuantos jirones de niebla.

Erlan oyó un estrépito de cascos y al mirar a la derecha vio otros dos jinetes arreando a sus monturas.

Tiró de las riendas hacia la izquierda y se ayudó de los talones para hacer girar a *Idun*, pero un solo vistazo le bastó para fijarse en el aspecto familiar de uno de los jinetes.

Arik.

«¡Comadreja! ¡Este era el valor de la hospitalidad de los godos!». Por delante de él, no había nadie que obstruyera su camino, pero su ánimo se vino abajo de todos modos. Un gran peñasco asomaba entre los árboles y se adentraba unos cincuenta metros en el lago. La orilla quedaba interrumpida por allí. A *Idun* le costaba avanzar sobre las piedras sueltas. No había opción de rodear el peñasco por el agua, ni tiempo para retroceder hacia los árboles.

Una flecha silbó encima de su cabeza y fue a caer entre las rocas.

—¡No le dispares aún, estúpido lamecazuelas! —gritó Arald—. No va a ir a ninguna parte. —En su voz se distinguió un cacareo.

Erlan miró hacia atrás. Los cuatro jinetes se acercaban. Solo le quedaba una opción: tenía que hacerles frente. Dio un tirón de las riendas e *Idun* soltó un gemido de protesta mientras Erlan desmontaba de un salto y cogía su escudo y desenvainaba su espada.

El tacto de la empuñadura le produjo cierta sensación de consuelo. *Cólera* se movía en su mano como algo vivo, como si fuera a guiar cada uno de sus golpes. Le rezó al Dios de la Lanza para que así fuera.

Los hombres desmontaron a unos metros de él y se acercaron. Erlan tragó saliva; sentía la garganta seca, como si estuviera llena de polvo.

La mueca del pequeño Arik hacía que su rostro pareciera más una calavera que nunca. En una mano sostenía un hacha de poco tamaño y en la otra una porra. A su izquierda caminaba un hombre mucho más grande que él, cubierto con un yelmo y una camisa de malla y sujetando una lanza larga. «Ese al menos parece que sepa luchar».

A la derecha de Arik iba un tipo de ojos saltones y una túnica mugrienta que lucía una sonrisa desagradable y sostenía un arco con una flecha preparada. En el extremo estaba Arald, cuya larga lengua no cesaba de lamer con aire lobuno sus dientes ennegrecidos mientras blandía un hacha de doble filo.

Cuatro hombres. Pero Erlan tuvo el presentimiento de que solo dos de ellos sabían algo de lucha.

—Curioso haberte encontrado por aquí, extraño. —Se rio Arald. Los furúnculos de su cara habían adquirido un tono rojizo—. Estás un poco lejos de casa, ¿no?



Apuesto a que ahora te arrepientes de haber dejado de mamar la teta de tu madre, ¿eh?

—¿Por qué no me mataste mientras dormía? —le preguntó Erlan a Arik, aunque sin dejar de mirar por turnos a los demás.

El chico del arco se reía con la risa tonta de un retrasado.

—Bueno —respondió Arik, alargando las palabras—. Entonces era tu anfitrión, ¿no? Además, creí que eras un fugitivo fuera de la ley, y un pordiosero. —El mercader ladeó la cabeza con una mueca de astucia—. Hasta que vi la espada. Esa espada sí que merece la pena.

—Si tanto te gusta, ven a por ella, y te la meteré por el culo.

El retrasado soltó una carcajada ante el comentario.

Arald se rio también y dijo:

—No podíamos permitir que un forastero pasara por aquí sin que hiciera algún tipo de contribución a las arcas de mi padre. —Giró el cuello de forma exagerada y añadió—: Eso no estaría bien. ¿Qué pasa con el respeto? Ahora tenemos que cogerlo nosotros mismos, ¿lo ves?

—Si noapestases a mierda de cerdo, ya lo habrías conseguido.

La sonrisa de Arald se desvaneció de golpe.

—Eres hombre muerto, forastero. Puedes ponérselo fácil, o puedes hacerlo difícil. Danos esa jodida espada y solo te rebanaremos el cuello.

De repente, el retrasado soltó un quejido y empezó a moverse de un lado a otro como si estuviera a punto de orinarse encima.

—Lo *dijizte*, hermano. Lo *dijizte* —ceceó, como si su lengua fuera demasiado grande para su boca.

—¿Qué dije?

El otro sonrió y movió las caderas obscenamente hacia delante y hacia atrás.

Arald soltó un gruñido.

—Oh, sí. Verás, el idiota de mi hermano no tiene mucha suerte con las zorras de Freyhamen. Y tú, con tu cara bonita y todo eso, le parece que podrías hacerle el favor, ya me entiendes —dijo Arald con una mueca lasciva.

Pero Erlan no la vio. Sus ojos estaban fijos en la flecha que apuntaba a su pecho, en cómo oscilaba con cada risotada del idiota.

—¿Acaso no te lo dije, extranjero? —graznó de nuevo Arald—. Todo hombre tiene algo que otro hombre quiere. ¿Qué dices? ¡Puede que mi hermano tenga una boñiga de vaca por cerebro, pero también tiene el rabo de un mulo! —Los cuatro hombres estallaron en carcajadas.

Pero Erlan no atendía. Estaba recordando las palabras de Garik. Un escudo es inútil si eres inferior en número. Úsalo para una cosa: «Para reducir las diferencias».

Lo lanzó contra el retrasado.

El escudo giró como un disco, directo a la cabeza del otro. Pero el retrasado vio el peligro y, a causa del miedo, soltó la cuerda del arco.

La flecha pasó silbando junto al hombro de Erlan en el mismo instante en que el borde del escudo se incrustó en la cara del idiota. El tipo se desplomó de rodillas y cayó de bruces con un estremecimiento.

Su flecha iba directa hacia *Idun*, pero la yegua ya estaba retrocediendo, sobresaltada por el repentino movimiento de Erlan. La punta rozó su cuello y luego se estrelló contra las rocas con un estrépito metálico.

El caballo se alzó sobre sus cuartos traseros con un relincho y partió al galope, pasando como un trueno junto a Erlan y golpeando de lleno a Arik y al hombretón de la cota de malla. Arik salió volando, su cabeza golpeó contra una roca con un sonido seco y se quedó inmóvil.

Erlan no vio lo que le pasó al otro porque Arald se había recuperado de la sorpresa y se abalanzó hacia él con un grito propio de un engendro de Hel.

Había mucho odio en sus gruñidos, pero sus golpes eran tan feos como su cara.

Erlan bloqueó cada golpe, sintiendo una emoción feroz al notar que *Cólera* bailaba en su mano. Pero sabía que tenía muy poco tiempo para ganar aquella pelea. De reojo, vio que el hombretón se había vuelto a poner en pie y acudía en ayuda de Arald.

Erlan dio un paso atrás y sacó su cuchillo. Tendría que conformarse con manejarlo con la mano izquierda. Lo lanzó con todas sus fuerzas. Arald vio el acero por los aires y se echó hacia atrás. El gesto le salvó la vida, pero no pudo evitar que el extremo de la empuñadura le golpease en el ojo. Soltó un chillido y se dobló por la mitad, cubriéndose la cara con ambas manos.

*Cólera* tajó el aire hacia arriba.

Erlan notó que la hoja cortaba hueso y tendones. Esta vez Arald gritó más fuerte y dejó caer su hacha, se tambaleó hacia atrás, ya sin escudo, palpando con una mano la herida donde antes había estado su brazo. El antebrazo le colgaba de unos pocos hilos de carne. Se desplomó en la orilla, retorciéndose de dolor.

Pero Erlan no dispuso de tiempo para celebrarlo. El hombretón ya estaba casi sobre él, preparándose para atacar.

—Conmigo no lo tendrás tan fácil. —Su voz brotó de su yelmo. A través de las ranuras del casco se distinguía la mirada gélida de sus ojos. El tipo sujetaba la lanza con tanta fuerza que su bíceps parecía a punto de estallar. «Sí, ese es el bíceps más grande que he visto nunca»—. ¡Me llaman Barth Peñasco! No hay hombre ni vivo ni muerto que me haya hecho el menor rasguño. Voy a aplastarte.

—¡Barth Peñasco! —repitió Erlan, con una estruendosa carcajada—. ¿Es por la roca que tienes por cabeza? Te llamaré Cerebro de Mierda si cumples las órdenes de ese estúpido apestoso. —Los gritos de Arald todavía podían escucharse.

Peñasco corrió hacia él con un rugido; la punta de su lanza parecía una víbora dispuesta a morder. A Erlan le costó gran esfuerzo mantener la posición y lanzarse luego hacia delante para intentar cortarle el cuello a su rival. Pero el bastardo se movió con rapidez. Más rapidez de la que Erlan le había supuesto.

La mente de Erlan trabajaba tanto como su espada. Tenía que superar aquel momento de duda, tenía que frenar el ritmo del otro para poder asestarle un golpe mortal. Pero Peñasco no parecía cansarse.

Entonces vio la forma de conseguirlo. Cedió terreno y se acercó a la orilla. El agua helada se le metió en las botas. El lancero le siguió hasta que muy pronto el agua les llegaba a ambos por las rodillas. *Cólera* chocó contra el mango de la lanza y levantó una cortina de agua. Su treta funcionaba: ahora, cuando atacaba, a Peñasco le costaba apartarse.

Erlan percibió el miedo apoderándose de la mirada del otro. Sus ataques se volvieron erráticos, su destreza desaparecía a medida que el cansancio hacía mella en él. Pero el Dios de la Lanza aún no había dicho su última palabra. Las piedras que pisaba Erlan cedieron bajo su peso. Perdió el equilibrio y descuidó la defensa. La punta de la lanza se le vino encima y su frío hierro le hizo un tajo en el costado.

El corte picó como un latigazo. Erlan gritó de dolor. Peñasco se permitió soltar una carcajada. Pero la herida no era profunda, y la mueca de satisfacción que Erlan vio bajo el yelmo de su contrincante le hizo enloquecer.

La furia se apoderó de él como una tempestad. No sería así como terminaría la pelea. No iba a morir en una tierra extraña a manos de unos miserables ladrones. De pronto ya no era la herida lo que le encolerizaba. Era el dolor que tenía dentro, la oscuridad, era el mar frío, la rabia que sentía contra los Nueve Mundos y contra los dioses que los gobernaban... Era Inga.

Peñasco debió ver algo en su rostro, pues su sonrisa se desvaneció de pronto. Ahora era su turno de retroceder de nuevo hacia la orilla. Erlan lanzó una lluvia de mandobles, mientras sus músculos ardían por el esfuerzo.

El agua les llegaba por los tobillos cuando Peñasco tropezó. El tronco caído de un abedul asomaba bajo la superficie. Barth cayó al suelo y Erlan se lanzó hacia delante para acabar con él, pero el otro arrojó su lanza una última vez y golpeó con el mango la herida de Erlan, que gritó y se desplomó sobre su enemigo mientras la punta de su espada chocaba contra las rocas y resbalaba entre sus dedos. La cara de Peñasco estaba a escasos centímetros de la suya. De forma instintiva, cerró sus manos sobre su garganta y comenzó a apretar.

El guerrero prescindió de su lanza y se revolvió; Erlan apretó aún con más fuerza, dejando que la rabia le guiase. Barth movió la cabeza hacia ambos lados en un intento por coger aire. Su yelmo se fue hacia atrás y su rostro quedó al descubierto.

Erlan se quedó paralizado por el espanto. Los ojos azules y fríos, el cabello negro como el azabache, la frente ancha, eran los rasgos de su padre. Lo eran, y, sin embargo... «no podían serlo».

De repente, una mano rolliza tiró de su cabeza hacia atrás, hundiendo el pulgar en su mandíbula. El dolor sacó a Erlan de su ensimismamiento. Volvió a apretar con sus manos y mordió la del otro. Notó el sabor de la sangre en su boca. Aquella cara, tan familiar, distorsionada por la rabia, los ojos abiertos por el miedo... burbujas de aire

brotando bajo el agua como gritos mudos.

Una oleada de furia se apoderó de él, todo su cuerpo se encendió con ella.

—¡Muere, bastardo, muere!

La boca de Peñasco quedaba a menos de tres centímetros de la superficie, pero eso era más que suficiente. Finalmente, su mano se aflojó y cayó a un lado. Sus gritos cesaron. El terror desapareció de sus ojos azules. El rostro inerte de su padre le devolvía la mirada.

Erlan se apartó, jadeando, con los brazos y las piernas temblando como las de un gato recién nacido. El alivio lo envolvió como las aguas del lago.

«Debo de estar perdiendo la cabeza».

Su pecho subía y bajaba de forma exagerada, y de pronto se encontró llorando con grandes gemidos que manaban de lo más hondo de su alma. Permaneció allí, en el agua helada, sollozando y sollozando y sollozando por lo solo que estaba en realidad.

«Serás un hombre, hijo mío. No un monstruo», resonaron las palabras de su madre, severas como el invierno. ¿Cómo diablos iba a sobrevivir en este mundo sin convertirse en un monstruo? ¡Cómo!

Pero su madre jamás podría responder a aquella pregunta... ya no.

Erlan siempre había despreciado la autocompasión, y, sin embargo, ahí estaba ahora, esclavo de ella. Durante un buen rato permaneció contemplando sus manos temblorosas.

«Las manos de un asesino».

Por fin, su llanto cesó. Se limpió las lágrimas y levantó la cabeza. Arald ya no gritaba. Erlan se incorporó, oyendo su propia respiración y viendo las nubecillas de vapor que brotaban de su boca y flotaban un instante en el aire.

En algún lugar entre los árboles graznó un cuervo, sacando a Erlan de su aturdimiento. Se puso en pie y se volvió hacia el cadáver que yacía a su lado, con una pesada sensación de pavor aplastando su ánimo.

Pero cuando lo miró, la cara de Peñasco había cambiado. El pelo oscuro y los ojos claros eran los mismos, pero la mandíbula era más ancha, y la boca extrañamente pequeña. Erlan se sintió incómodo. Los rasgos ya no eran los de su padre. Quizás en cierto modo se asemejaban, pero aquella era la cara de un desconocido.

Lentamente su rabia fue menguando. Se frotó los ojos. La imagen era muy nítida. La mirada de aquellos ojos fríos y azules era una mirada herida.

«De todos modos, lo he matado».

Se desprendió de ese pensamiento y empezó a temblar a causa del frío. Giró sobre sus talones y se agachó para recuperar su espada.

Arald yacía inmóvil en el borde del lago, en un charco de sangre que había empapado las piedras a su alrededor. Su brazo estaba doblado, la carne retorcida, su rostro macilento y su larga lengua asomaba del agujero de su boca.

Estaba muerto.

Erlan encontró su cuchillo cerca, lo lavó y lo devolvió a la funda.

El hermano retrasado de Arald estaba desplomado en una postura extraña, con el rostro convertido en una mancha ensangrentada. Erlan se acercó a Arik y descubrió que el mercader aún respiraba, pero permanecía inmóvil.

—Vamos, canalla, despierta. —Le propinó un puntapié en la pierna y el otro comenzó a recuperar el conocimiento, parpadeando con la mirada perdida en el cielo. Al ver a Erlan sobre él, sus ojos aumentaron de tamaño a causa del miedo—. Parece que *Idun* no le tiene mucho aprecio a su antiguo dueño —dijo Erlan. Puso la bota sobre el pecho de Arik y sacó su cuchillo.

—Por favor, te lo suplico, ¡no me mates! —Erlan percibió el punzante olor del miedo mojando los calzones del mercader.

—¿Crees que mereces una oportunidad mejor a la que me diste a mí? —gruñó.

—¡Pero no fui yo! —Gimió—. Lo juro, Arald me obligó a hacerlo.

—No fue eso lo que me pareció.

—No, es verdad. Cuando te marchaste, me hizo muchas preguntas sobre ti. Yo no le dije nada, lo juro. Pero me lo sacó a golpes de todas formas.

—Lo vi en tu cara, embustero. En cuanto pusiste los ojos en mi espada, la quisiste —dijo Erlan, y presionó con más fuerza con su bota.

—¡No, no! Por favor, me haces daño. —Arik tiró frenéticamente de su túnica, intentando levantarla—. Mira, tengo las marcas que lo demuestran. ¡Lo juro! —Llevado por la curiosidad, Erlan relajó un poco la presión y permitió que Arik se girase y le mostrase la espalda. Unas pocas marcas púrpuras y negras surcaban su piel—. Mira, ¿lo ves? Me obligaron a hacerlo.

Erlan pensó por un momento y luego lo empujó para darle la vuelta otra vez.

—Un hombre nunca sabe cuándo podría necesitar que le devuelvan un favor, ¿no fue eso lo que me dijiste? —preguntó con una sonrisa gélida—. Me parece que ahora mismo necesitas un favor, ¿no crees tú?

—Por favor. Haré cualquier cosa. Llévate los caballos. Llévate mi bolsa. ¡Pero no me hagas daño!

Erlan no respondió. Se limitó a contemplar al hombrecillo que se retorció bajo su bota.

—¿Vas a... vas a matarme?

Erlan negó con la cabeza.

—Esos hijos que tienes necesitan a su padre. Aunque su padre sea una rata. —Distinguió cómo el alivio inundaba las mejillas hundidas de Arik—. De todos modos, puede que necesites una lección sobre hospitalidad. —Dejó caer la rodilla sobre el pecho del mercader y le volteó la cabeza hacia un lado—. Un recordatorio, para que trates al próximo desgraciado que se aloje bajo tu techo mejor de lo que me has tratado a mí.

—¿Qué? ¡No! ¿Qué vas a hacer? ¡No, forastero! ¡Por favor! ¡NO!

El alarido de Arik quebró el silencio cuando Erlan le puso el cuchillo en la oreja

y, con un rápido movimiento de su muñeca, la cortó la mitad. La sangre se derramó sobre las piedras. Luego Erlan lanzó el pedazo de cartílago a lo lejos y tiró de Arik para ponerlo en pie.

—Bien, amigo mío. Freyhamen queda por allí. —Y le dio un empujón para que empezara a andar. El mercader se escabulló corriendo por la orilla, tapándose con una mano la oreja herida y profiriendo maldiciones sinsentido.

Los caballos de los muertos se habían dispersado y no había rastro de ellos. Erlan escupió una maldición. No quería quedarse allí más tiempo. Freyhamen no estaba lejos, así que no pasaría mucho tiempo antes de que alguien más llegase hasta el lago, y no era probable que se fueran a poner de su parte en aquel altercado.

Un movimiento entre los árboles captó su atención. *Idun* emergió de las sombras, con las orejas caídas por la desconfianza. Erlan chasqueó la lengua y levantó la mano.

Con cautela, la yegua se le acercó. Erlan distinguió una mancha de sangre seca en el pecho del animal, en el punto donde la flecha le había rozado. Los músculos del caballo se estremecieron mientras el muchacho inspeccionaba la herida.

—Podría ser peor. —Entonces tomó conciencia de su propia herida. Se levantó la túnica y la examinó—. Sí, podría ser mucho peor. Vamos a lavarnos. Tenemos un largo camino por delante.

Por encima de su cabeza, los cuervos comenzaron a volar en círculos.

Su rumbo les hizo adentrarse en el bosque profundo, que envolvía el día con una penumbra perpetua. Al menos los árboles les protegían de la lluvia, que caía con más frecuencia, y también del frío hiriente. Rodearon muchos lagos en los que brillaban reflejos de abedules plateados, como si fueran centinelas apostados en la orilla. El musgo lo ahogaba todo, cubriéndolo con un silencio amenazador.

Había muy poca gente, desperdigada en alquerías solitarias o en pequeñas aldeas desvencijadas. Lugares en los que habían talado una parte de bosque y habían empezado a plantar cultivos, pero en los que a Erlan le parecía que, cuando llegase el tiempo de cosecha, no obtendrían más que un premio miserable.

Aquella gente de tierra adentro le recibía, como mínimo, con recelo. Más aún porque su pelo era oscuro y su ánimo sombrío, mientras que ellos eran rubios y de piel muy clara. Muchos cerraban las puertas al verle y le invitaban a que continuase su camino. En las tierras donde se había criado, la costumbre era que la gente ofreciera refugio a un forastero, algo de comida y un trato amable. Pues al dar la bienvenida a un extraño algunos consideraban que habían sido anfitriones del mismísimo dios Vagabundo o de algún otro dios menor. Y se pensaba que esas visitas traían buena fortuna a cualquier hogar, si un dios se marchaba satisfecho por la comida y la cerveza que le habían servido.

Pero los godos no parecían compartir esa costumbre. Incluso aquellos que le daban cobijo no le ofrecían más que unas míseras sobras con las que saciar su estómago cada vez más encogido. Y cuando despertaba, encontraba la puerta abierta y a *Idun* amarrada al marco, en una clara indicación de que querían que se marchase.

A todo el que encontraba, hombre o mujer, esclavo u hombre libre, le preguntaba acerca del reino que había al norte. Algunos lo conocían. Otros nunca habían oído hablar de ningún rey. Pero no descubrió mucho más de lo que ya sabía, que debía continuar hacia el nordeste.

El número de alquerías fue reduciéndose hasta que dejó de encontrar alguna en su camino. Un bosque cada vez más salvaje se cerró en torno a él. Los caminos se convirtieron en simples sendas, y más tarde desaparecieron por completo. Y, no obstante, *Idun* proseguía con su avanzar cansino hacia el nordeste, siempre al nordeste. Cada día que pasaba, el frío era más intenso. El manto de Erlan le ofrecía

escasa protección ante las primeras heladas. Cada noche se esforzaba en encontrar refugio para él y su caballo al abrigo de los troncos caídos o entre los peñascos que emergían del suelo; dormía entre hogueras que se apagaban durante la noche, y cada mañana tenía que luchar contra las primeras señales de congelación en las manos y los pies.

Las heladas dieron paso a las primeras nieves. Al principio poco más que ligera aguanieve, o cellisca arrojada sobre él por un vendaval cegador, calándole hasta los huesos, y más tarde más blanda y gruesa, que cubría los bosques y lagos con una capa blanca que ahogaba los sonidos y parecía tan definitiva como la muerte misma.

Erlan no era un leñador diestro. Podía cazar, por supuesto, pero con un arco de madera de tejo y buenas flechas, afiladas a la perfección por los herreros de su padre. Pero en aquel interminable desierto verde y blanco, con solo un cuchillo y un hacha para conseguir su comida, comía poco o nada. Su máxima aspiración era cazar una ardilla o un conejo. Así que muy pronto las punzadas que le daba el hambre le resultaban tan familiares como las punzadas que asolaban su corazón o la palpitación de la herida en su costado o el antiguo dolor de su pie. Los labios se le agrietaron por el frío. Los nudillos se le abrieron como frutas demasiado maduras. El trasero le dolía por tantos días cabalgando, por lo que durante horas tenía que caminar tirando de las riendas de *Idun*, lo que convertía su avance en un miserable paseo.

Y todo ese tiempo, sus fantasmas viajaban a su lado. Konur. Tolla. Garik. Su padre, el gran lord Vendling. Su hijo no nacido... pero, por encima de todos ellos, su amada hermana, Inga. Todos ellos le susurraban, le insultaban, le suplicaban, le reprendían. Cada uno le reprochaba y reivindicaban sus razones para quejarse, como si su único propósito fuera cargarlo de culpa y pesar. Se sentía solo, pero los fantasmas no le dejaban en paz. Ansiaba que terminasen sus amargos reproches que resonaban una y otra vez en su cabeza, o que incluso adquirían formas monstruosas que lo atormentaban en sus pesadillas. Hasta los lejanos y tristes aullidos de los lobos en mitad de la noche le resultaban más agradables que la cacofonía de los lamentos en su mente.

Al nordeste, al nordeste, y las nevadas eran cada vez más intensas. *Idun* se encontraba poco mejor que él; cada vez con menos forraje, se iba encogiendo hasta transformarse en un sucio pellejo del que sobresalían las costillas y las ancas. A veces, Erlan temía despertar y descubrir que la yegua había muerto. Pero cada día el animal encontraba una nueva reserva de energía en sus patas, y continuaban hacia el nordeste. Siempre al nordeste.

Más de una vez se mostraba reacia a subir la ladera de algún precipicio o a cruzar algún arroyo cuyas aguas corrían veloces colina abajo y saltaban sobre rocas puntiagudas. Entonces, Erlan tiraba de ella para arrastrarla, forzándola paso a paso, hasta que el obstáculo quedaba superado o llegaban a un terreno que a la yegua le parecía más llevadero. En ocasiones no importaba lo mucho que tirase de ella o que la provocase mediante insultos, no quedaba más remedio que retroceder y buscar otro



camino.

Un día, bajo un cielo acerado del que la nieve se desprendía algo más ligera, Erlan y su caballo estaban rodeando un lago. La mirada del jinete se paseaba abatida por el suelo nevado mientras *Idun* avanzaba a su ritmo a lo largo de la orilla, pero de pronto el animal se detuvo. Agotado, Erlan levantó la vista.

Delante de ellos, emergía del agua un escarpado muro de piedra, de unos treinta metros de altura, que obstruía su camino.

Soltó una maldición, aunque su voz apenas era más que un carraspeo.

A la izquierda, entre los árboles, el terreno se elevaba para formar una especie de cuenca de tierra en aquel lado del lago, girando hacia la cima. Su corazón le dio un vuelco al comprender que nunca lograría que *Idun* accediese a subir por un lugar tan traicionero, no con todo aquel hielo y la nieve y las piedras sueltas.

Miró hacia atrás. La idea de retroceder con la esperanza de hallar otra forma de continuar se le hacía esta vez insoportable. En lugar de eso, volvió a mirar hacia delante en busca de otra opción. No muy lejos de donde estaba, la orilla del lago se curvaba hacia la derecha. A través de los copos de nieve que caían, distinguió que no mucho más allá del muro vertical el terreno descendía de nuevo. Su mirada se desvió hacia la blanca extensión del lago.

Los lagos más pequeños estaban congelados. Solo los más grandes no habían sido aún sellados con la cobertura invernal de hielo. Hasta ahora no se había arriesgado a cruzar ninguno, pero le parecía que ya hacía días, o incluso semanas, desde que habían llegado las primeras nevadas. Y el día anterior la temperatura se había desplomado más que nunca antes.

Decidió hacer una prueba en la orilla. Si el hielo resistía allí, prefería probar fortuna antes que dar un nuevo rodeo. Desmontó, con una mueca de dolor cuando su tobillo dio con el suelo, aunque ya no le prestaba casi atención a esa sensación, puesto que tal incomodidad le acompañaba constantemente.

Con precaución, guio a *Idun* al hielo, con el prístino manto de nieve crujiendo bajo sus pisadas. Aguzó el oído para tratar de identificar cualquier indicio de que el hielo se resquebrajase, pero no oyó nada. Se alejó un poco más hacia el interior del lago, arrastrando a la yegua con él. No había señales de fragilidad en el hielo. Se detuvo y saltó, elevándose apenas unos centímetros en el aire. El hielo resistió.

—¿Qué te parece a ti? —le preguntó al caballo, riéndose de su propio nerviosismo—. ¿Estás preparada para mojarte?

La yegua lo miró con ojos dóciles, respondiendo solo con una breve sacudida del morro. Esta vez, Erlan saltó más alto. Sus botas retumbaron sobre la nieve.

Nada.

Se permitió un suspiro y contempló los alrededores. El suave golpeteo de la nieve apenas resultaba audible. Distinguió algún aleteo en las copas de los árboles que se alzaban en la orilla. Durante un efímero instante, su mente quedó en blanco, absorbiendo la silenciosa belleza del invierno. Solo durante un instante.

Luego se miró las manos. Las tenía encallecidas y agrietadas, con restos de sangre seca en las heridas abiertas de los nudillos. Era él quien no encajaba en aquel lugar. Él quien no pertenecía a aquel territorio. Era una mancha en aquel pequeño rincón del mundo, y su presencia ensuciaba la perfección de la naturaleza. Pero pronto se habría ido, y en unas pocas horas todo rastro de él habría desaparecido para siempre, y el lago y el bosque podrían recuperar su silenciosa meditación. Podían empezar a olvidarle, como si la sombra dejada por su paso no fuera más que un sueño en la mente del espíritu que vagara por aquel lugar.

Se giró y guio a *Idun* a zonas más profundas, rodeando el muro de piedra y dirigiendo su mirada hacia las ondulantes cascadas de hielo que se precipitaban con exquisita lentitud de las dentadas rocas.

Pasaron el vértice del promontorio y Erlan vio que por detrás el precipicio disminuía, encogiéndose hasta que el terreno se hundía al nivel del lago. Cien metros más y podrían regresar a tierra firme. Iban a conseguirlo.

Continuaron avanzando sobre el polvo de nieve.

Comenzó de forma tan silenciosa que en un primer momento lo confundió con un eco lejano procedente de los árboles. Un débil quejido, y, tras él, el sonido apagado de la nieve desplazándose. El quejido aumentó de volumen, subió hasta convertirse casi en un silbido, y entonces se produjo un repentino crujido. El pánico le invadió.

Aún les faltaban cincuenta metros para la orilla. No sabía si echar a correr o permanecer inmóvil. Al final, su miedo eligió por él. Se detuvo, petrificado, atendiendo con creciente pavor al sonido, que se desplazaba en todas direcciones. *Idun* también presintió el peligro, echó la cabeza hacia delante y trató de apartar a Erlan de su camino, pero él la sujetó fuerte de las riendas para obligarla a quedarse quieta. «Como si eso fuera a servir de algo ahora».

Un impulso instintivo le hizo buscar su espada en el fardo atado a la grupa. Solo había alcanzado a tocarla cuando sintió un tirón bajo sus pies, se produjo un sonido brutal y se vio arrojado hacia arriba contra los cuartos traseros de la yegua. Su único pensamiento en ese momento fue el de coger el fardo con sus cosas, aferrarse a él, pero entonces se zambulló en un remolino de hielo y agua.

La impresión del frío le golpeó en el pecho como un martillazo en medio de un combate, sacudiendo su corazón. Agitó los brazos a ciegas, incapaz de respirar ni de diferenciar lo que era arriba y lo que era abajo, pero percibiendo la masa del caballo a su lado. Trató de apartarse para evitar el impacto de sus patas y el riesgo de quedar atrapado bajo el animal y hundirse sin remisión.

El frío era insoportable, como si algo se le clavara en las sienes; el agua gélida se le metía en las botas y tiraba de él, convertía sus ropas en plomo. Un fragmento de hielo le golpeó en la cabeza. Soltó un grito al tiempo que lanzaba su mano libre en un intento de agarrarse a algo, a cualquier cosa, pateando enloquecido para no hundirse. Y entonces, en medio del torbellino de movimiento, recibió un nuevo golpe, sintió que la cabeza le estallaba en mil pedazos y el mundo entero desapareció...

Cuando abrió los ojos, el primer pensamiento que tuvo fue que sus manos estaban vacías. El segundo, que sus pulmones estaban llenos de líquido. Todo estaba oscuro; estaba sumergido bajo el agua. Sentía las rodillas clavadas contra algo sólido y enorme. Rezó porque se tratase del fondo del lago, y empujó con toda la fuerza que le quedaba en las piernas, apartando el agua que le cubría con los brazos. En solo un momento, emergió en la superficie, abriendo un tajo en el hielo y tosiendo y vomitando agua helada.

Se aferró al borde dentado del hielo. Oía a su espalda el estruendo de un chapoteo. Se giró y vio a *Idun*, pateando y abriéndose paso a duras penas a través del hielo, desquiciada, rompiendo el hielo con las pezuñas y el morro, obstinada en escapar. De algún modo había logrado llegar a las aguas poco profundas próximas a la orilla, y había dejado detrás de ella un pasillo de trozos flotantes de hielo.

Erlan temblaba violentamente (poco le importaba si era por el frío o el miedo), y la cabeza le retumbaba por el golpe que *Idun* le había dado. Como pudo, nadó por el camino que la yegua había abierto, pensando solo en alcanzar la orilla.

Poco después notó que sus botas arañaban el fondo y consiguió levantarse y recorrer los últimos metros entre resbalones y caídas. Por fin se dejó caer en la tierra firme de la orilla, exhausto. Pero en un instante tuvo que incorporarse para vomitar toda el agua que se había tragado.

Cuando ya no le quedaba nada más que expulsar de su cuerpo, se tumbó, agotado y temblando como un paralítico, con la mirada fija en el cielo gris, mientras los copos de nieve que caían le impactaban en las mejillas.

Con un gesto lento, alzó las manos y se las miró. Le temblaban de forma incontrolable. Y estaban vacías.

Soltó una maldición.

Su espada continuaba en el lago. Todo estaba allí. Todo excepto el cuchillo que llevaba a la cintura. Se incorporó hasta quedar sentado y miró hacia el lago. Su superficie blanca y limpia estaba ahora desfigurada por la hendidura negra que llegaba hasta el agujero que se había abierto bajo sus pies. La piel de oveja que utilizaba como manta por las noches flotaba con aire patético entre los fragmentos del hielo, pero no había rastro de nada más.

Su respiración se había convertido en una extraña secuencia de jadeos roncós. Necesitaba secarse y entrar en calor, rápido. Pero aún necesitaba más sus armas.

«Nunca estés a más de dos pasos de tus armas», le había enseñado su padre. Pero nunca le había dicho qué hacer si las armas estaban en el fondo de un jodido lago.

No podía continuar sin ellas. Tenía que recuperarlas, si podía. Así que, obligándose a sí mismo a actuar antes de tener oportunidad de pensárselo mejor, se desvistió hasta quedarse en calzones, se quitó las botas y las mallas y se arrastró con cautela hasta el borde del agua.

*Idun* permanecía cerca, a cubierto de un árbol, con el aspecto más miserable que

jamás había tenido un caballo.

—¿Qué, no te apetece bañarte otra vez? —masculló Erlan, a través del castañeteo de sus dientes.

Pero la yegua se limitó a mirarlo acusadoramente, como si dijera que, en su humilde opinión, Erlan era el más estúpido hijo de perra al que había tenido la mala suerte de conocer.

—No me mires así. Era hora de que te dieras un baño. —Pero entonces recordó que los godos no tenían mucho sentido del humor.

Realizó tres viajes de ida y vuelta antes de que le resultase imposible soportar el frío ni un segundo más. Contempló su botín: la piel de oveja y el escudo habían sido fáciles de conseguir. El hacha la había encontrado en la segunda incursión, aunque necesitó sumergirse dos veces para escarbar en las tinieblas del fondo, a tres metros de profundidad, y lograr recuperarlo. El tercer viaje le había llevado al límite. Pero *Cólera* había sido la recompensa. Se había zambullido cuatro veces hasta el fondo. Cuatro veces había buceado, tanteando entre las piedras y los sedimentos, con los pulmones a punto de estallarle. Cuatro veces había vuelto a la superficie con las manos vacías. Pero a la quinta, sus dedos se habían cerrado en torno a algo liso y duro. Reconoció la funda de cuero de *Cólera*, la liberó del fondo y emergió con un alarido de triunfo que provocó que una bandada de cuervos alzase el vuelo y se alejase aleteando por el cielo.

El resto, sus otros cuchillos, su cazuela para cocinar, su odre, tendría que dejarlo en el lago. Echó un vistazo a su torso desnudo y vio que la piel se le estaba volviendo azul.

Necesitaba una hoguera, de inmediato. Pero no era capaz de moverse con rapidez. Aun así, la suerte no le había abandonado por completo. Había un árbol viejo y muerto, medio caído desde el linde del bosque sobre la orilla pedregosa. Erlan cogió su hacha, se acercó cojeando hasta el tronco y se puso manos a la obra. Para cuando había reunido suficiente madera para hacer un fuego bajo el refugio de los árboles, el temblor de sus músculos estaba fuera de su control. Ahora parecía que el frío le atravesaba, saturándolo y endureciendo sus venas y sus pulmones, transformando su corazón en piedra. Hasta los párpados le pesaban. Lo único que quería hacer era tumbarse y dormir y dormir y dormir.

Pero sabía que si lo hacía, moriría.

El fuego ya estaba preparado. Solo necesitaba prenderlo. Pero cuando metió la mano en la bolsa que le colgaba del cinto, descubrió que el pedernal no estaba allí. Introdujo la mano hasta el fondo y sus uñas rasgaron el cuero empapado, pero el objeto de metal había desaparecido. Con desesperación, rebuscó entre el resto de sus cosas, rezando por que solo se le hubiera caído tras llegar a la orilla. Pero no estaba por ninguna parte.

Soltó un gruñido de desesperación.

Sin pedernal, ¿cómo iba a poder encender un fuego? La rabia por su impotencia le

invadió. Se puso a gritarle al cielo, cogió el hacha en un arranque de rabia y golpeó una y otra vez el árbol más cercano hasta que el brazo le ardía de agotamiento. Soltó el arma, y cuando cayó al suelo se produjo un crujido de piedra rota en pedazos.

Erlan dejó de gritar y bajó la mirada embozado hacia los fragmentos. «Por supuesto», pensó.

Recogió dos de los trozos de piedra, se agachó junto a la madera que había amontonado y empezó a chocar uno de los fragmentos contra el otro con la esperanza de producir una chispa. Su vida entera parecía estar concentrada en aquellos dos pedazos irregulares de roca. Iban a ser sus jueces. Decidirían si iba a vivir o había de morir.

Estaba llorando como un niño pequeño, farfullando oraciones dirigidas a no sabía qué dioses. A cualquiera que pudiera escucharle. A «cualquier cosa».

Una y otra vez, chocaba los dos trozos entre sí, ansioso por conseguir que la pequeña llovizna anaranjada de chispas cayera sobre el manojito de musgo y ramitas que había colocado a modo de yesca.

Entonces se detuvo, con las lágrimas y los mocos resbalando de su nariz.

Quizás aquel fuera su fin. Podía sentir como las frías garras de la muerte le aferraban por dentro. ¿Por qué no dejar que se lo llevara consigo? ¿Por qué no rendirse a ella, tal y como había hecho Inga? ¿Qué había para que quisiera seguir viviendo?

Dejó caer las manos en su regazo, y la cabeza se le fue hacia delante. En su mente parecía avanzar una especie de oscuridad, como si solo hubiera estado esperando a que él se rindiera. Dormiría, y luego moriría.

«Que así sea».

Oyó un débil clic, clac en las piedras que estaban a su espalda. Ni siquiera tuvo la voluntad de levantar los párpados para ver de qué se trataba. Sintió un soplo cálido detrás de su oreja, y algo le rozó la nuca.

Erlan abrió los ojos. Pudo ver el borrón de los oscuros labios de *Idun*, frotándose contra su cara. Soltó un gruñido.

Si él moría, ella lo haría también. «Más sangre en mis manos. —Negó con la cabeza—. No. Ella no se merece esto». Por ella, lo intentaría una vez más.

Levantó las manos y reanudó, tenaz, el golpeteo de piedra contra piedra. Al sexto golpe, las chispas salieron despedidas. Erlan estaba tan aturdido que continuó chocando las piedras incluso cuando la yesca ya había prendido y empezaba a humear. De repente lo vio, chilló eufórico y sopló con suavidad hasta que la llama aumentó de tamaño.

La madera crujió y crepitó; la llama creció, ansiosa por devorar los troncos.

Erlan se tumbó boca arriba y se tapó con el manto y la piel de oveja, pese a que ambos estaban empapados.

Tenían fuego.

Vivirían.

Cuando se despertó, solo quedaban unas ascuas moribundas. Estaba oscuro, pero le resultaba imposible saber si la noche estaba más próxima de la medianoche o del siguiente amanecer. La cabeza le retumbaba sin piedad, en especial por el lado izquierdo. Levantó una mano para tocarse la cabeza e inmediatamente se arrepintió de hacerlo. El dolor parecía querer hacerle añicos. Aquel costado de su cara estaba muy hinchado.

El manto todavía estaba húmedo, pero daba la impresión de que empezaba a secarse. Erlan aún temblaba, pero se dio cuenta de que había debido sudar mientras dormía. Lo suficiente como para llenar un cubo con su sudor.

Escupió una maldición al sentir los crueles dedos de la fiebre deslizándose por todo su cuerpo y asentándose con firmeza. Si al menos pudiera aguantar hasta que llegase la mañana, *Idun* y él podrían marcharse de aquel lugar solitario.

Tenían que continuar adelante. Quedarse allí suponía una muerte segura para ambos.

Se puso trabajosamente en pie, cogió el hacha y fue tambaleándose como un borracho hasta el árbol caído. Por suerte había dejado de nevar. Pero la debilidad de sus brazos le asustó: le costó obtener suficiente combustible para alcanzar el alba.

De vuelta junto a la hoguera, notó que el calor no se había disipado por completo de las brasas. Logró hacer brotar una llama y colocó encima los trozos de leña que acababa de cortar. Luego volvió a acostarse, exhausto. Y mientras el calor del fuego le calentaba la cara, el calor de la fiebre le quemaba por dentro.

La mañana llegó como un sueño envuelto en un velo grisáceo. De algún modo, consiguió levantarse del suelo y fue recogiendo sus cosas, cojeando. Sentía que le estaban prendiendo fuego por dentro, pero el sudor que le empapaba el rostro era gélido como el hielo. No tenía nada para comer, así que envolvió sus pertenencias, montó a horcajadas sobre la grupa de *Idun* y le dio en el costado con el talón para que se pusiera en marcha.

Esa fue la última acción consciente que realizó en varios días. Más tarde sería incapaz de decir si lo que vio era real o simples ilusiones creadas por su mente febril.

«Nordeste, nordeste», sonaba el murmullo en su oído, una y otra vez, como una canción espantosa, inquebrantable como una maldición. Y el balanceo interminable que producía *Idun* al avanzar sobre el terreno, eligiendo el rumbo según su propio parecer. La yegua era ahora la que decidía, y Erlan era solo una carga sobre ella. O, en otras palabras, ella era la madre y él el niño indefenso, arrastrado a horizontes desconocidos.

No tendría sentido decir que estaba perdido. Pues estar perdido significaría que había algún lugar al que pretendía ir, algún camino que pretendía seguir. Pero si existía tal lugar, estaba lejos, muy lejos de sus pensamientos, si acaso lo que daba

vueltas en su cabeza podía llamarse pensamientos.

Más tarde, recordaría cosas que no podían ser ciertas: cadáveres colgando de las ramas de los árboles, murmurando canciones al Dios de los Caídos, con la lengua negra, las cuencas de los ojos vacías, las caras medio comidas por los pájaros. Los lobos caminaban junto a *Idun*, a veces en manadas, como si los acompañaran en una especie de marcha fúnebre en honor de la bestia y su carga, que continuaban avanzando hacia el hambre, el agotamiento y la muerte.

Seguramente la muerte los aguardaba al final del camino. O quizá ya habían cruzado su umbral y este mundo en el que ahora se encontraba le pertenecía a ella y estarían vagando en él hasta el fin de los tiempos y la llegada del Ragnarok.

A veces aparecían otros jinetes, guerreros de pelo blanco como la nieve, los rostros manchados de sangre, las bocas distorsionadas con alaridos y gritos de guerra que, sin embargo, no brotaban de sus gargantas. Solo había silencio, un silencio cargado con mensajes de algún otro mundo más allá de aquel bosque sin fin, que nunca serían escuchados. Un silencio como el del túmulo donde yacía su madre, en una colina solitaria. Y en ocasiones ella se sentaba detrás de él, lo envolvía con sus brazos y le acariciaba el pelo con los dedos.

—Hijo mío —susurraba dulcemente en su oído—. Mi hijo. Mi hijo, el monstruo.

El día y la noche volaban como criaturas aladas por el cielo, arrastrando las sombras tras ellos. Todo el color había desaparecido del mundo. Todo era blanco y negro. Incluso su sangre, reseca en torno a sus manos curtidas, era negra.

Una vez vio una luz brillante encima de él, cuando todo a su alrededor estaba cubierto de tinieblas. La luz se estremecía, como si se esforzara por alcanzarle, y de pronto supo que se encontraba sumergido bajo el agua. Quizá nunca hubiera salido del lago, después de todo. Y otros rostros aparecían por encima de él, mirándole. Su padre meneaba la cabeza, apenado y avergonzado; Konur se reía de él, con la boca retorcida en una mueca fría y vengativa. E Inga... Inga siempre aparecía la última y su cara permanecía allí más tiempo que las demás. Al principio lloraba, con una sonrisa triste mientras él la llamaba desde abajo. Pero no podía oírle. Y mientras él miraba hacia lo alto, le daba la impresión de que la tristeza de Inga era fingida, un engaño que no podía mantener mucho tiempo, de modo que al poco era la risa lo que bailaba en sus labios, y empezaba a burlarse de él, acusándolo de haber roto su juramento, de ser un cobarde y un tonto.

«¿Por qué se reía de él?».

Recordó un borrón de lagos y bosques y arroyos, nevadas y los rayos cegadores del sol invernal agujereando el velo del bosque, el susurro del viento y el golpeteo de los copos de nieve. Pero nunca supo dónde estaba ni adónde se dirigía.

Y, por último, y más vívida que ninguna otra imagen, estaba la de un claro. Pensó que yacía sobre una manta blanda y que a su lado sentía la presencia de algo cálido y muy grande. Despertó para ver un par de ojos brillantes que lo contemplaban fijamente desde las sombras.

Se incorporó para sentarse.

Los ojos se movieron, y en la penumbra vio que se trataba de un venado, una hermosa cierva con ojos almendrados. Cuando el animal le habló, Erlan supo que debía estar durmiendo.

—¿Eres estúpido, mi amor? —le dijo.

Pero él no comprendió. Y el venado caminó en círculos en torno a él, más allá del límite del claro. Pasó por detrás del tronco de un pino, y cuando volvió a aparecer, el animal se había ido e Inga había ocupado su lugar.

Erlan gritó su nombre, pero ella se limitó a sonreír y luego dijo:

—Un tonto rehúye a un amigo en el camino.

Pero Erlan no lo entendió. Extendió los brazos hacia ella y gritó:

—¡Vuelve!

Inga pasó por detrás de otro árbol y reapareció el venado de nuevo.

—¡Inga!

Pero fue el venado el que respondió:

—¿Eres un tonto, mi amor?

Erlan se puso en pie para ir hacia ella, intentó correr, pero su tobillo parecía haberse solidificado:

—¡Espera!

La cierva soltó la risa de Inga y se alejó brincando hacia una luz que brillaba entre los árboles. Erlan fue tras ella, arrastrando el pie como una maldición, pero no sirvió de nada. Solo pudo ver la silueta del animal haciéndose cada vez más pequeña hasta que la luz se la tragó por completo.

Se incorporó hasta quedar sentado.

Algo había cambiado.

Su mente... funcionaba con claridad. Se llevó la mano a la frente. Estaba fría y seca.

Miró a su alrededor con los ojos bien abiertos. Estaba en un claro. Pasó un momento antes de que reconociera las formas de los árboles, borrosas pero aún discernibles con la escasez de luz. «El sueño». Levantó la vista y vio el cielo más allá de las copas de los árboles, palideciendo ya con el amanecer.

De repente sintió una fuerte punzada de hambre, tan intensa que pensó que el estómago estaba a punto de dársele la vuelta. Se preguntó cuánto hacía que no comía, si había comido algo desde que la fiebre se había apoderado de él. Se giró y vio a *Idun* tumbada a su lado. Había algo imponente en ella, incluso hermoso, que hizo que Erlan sintiera un nudo en la garganta. Se inclinó hacia el caballo y le acarició el cuello. *Idun* movió la cabeza para mirarlo y luego se puso en pie. Erlan la imitó.

Sonrió.

Le hizo bien sonreír. Era bueno poder pensar con claridad y sencillez.



—Hola —dijo.

*Idun* lo miró con la misma expresión vacía de siempre. Erlan cogió la cabeza de la yegua entre sus manos y apoyó su propia frente contra la de ella. Al animal no pareció importarle. El muchacho dejó que su respiración se acoplase al ritmo de la de la yegua.

Le hacía bien respirar.

Habría permanecido así un buen rato más, pero sus ojos captaron una luz intensa y repentina atravesando el bosque. Distráido, giró el cuello para mirar hacia allí. Le llevó un momento comprender que se trataba del sol naciente. Pero entonces recordó el sueño, y la silueta que se alejaba de él hasta que la luz se la tragaba.

Movido por la curiosidad, caminó hacia ella. Al hacerlo, se percató de que los árboles terminaban unos cincuenta metros más adelante. Avanzando trabajosamente por la nieve, cruzó el linde y salió a la luz de la mañana para encontrarse en una cornisa de roca desde la que se divisaba el lago más grande que jamás había visto.

El sol sesgaba su superficie congelada. Desde el punto elevado en que se encontraba Erlan, podía divisar el extremo opuesto, pero la orilla se extendía hacia el norte y hacia el sur hasta más allá del horizonte.

Por debajo de él, a su izquierda, quizás a media legua de distancia, había una aldea minúscula de casas apiñadas de las que brotaban columnas de humo hacia el cielo.

«¿Eres un tonto, mi amor?», había dicho Inga.

Era momento de descubrirlo.

El primer humano que vio después de días de no ver a ninguno fue un viejo pescador de barba gris que estaba sentado sobre una roca y tiraba de una red tan desgastada como él mismo.

—Te vi desde lejos —graznó el hombre cuando *Idun* avanzó cansinamente hacia él—. Por los dientes de Hel, de cerca eres un flacucho hijo de puta. Haces que un espantapájaros sienta lástima por ti.

—Necesito comida... Y cobijo —dijo Erlan, y al hacerlo tuvo la sensación de que su propia voz era extraña y de que no estaba seguro de cómo colocar la lengua.

—¡Está claro que la necesitas! —exclamó el viejo—. Y mucha. —Carraspeó con fuerza y escupió una bola de flema hacia un lado—. Si es un techo lo que necesitas, pregunta en la casa con el aguilón pintado.

Erlan localizó pronto la casa. Delante, una mujer pequeña con pinta de tener mal genio estaba sentada sobre un tronco, raspando con un cuchillo una piel de zorro. Erlan la saludó y le preguntó si tenía alguna habitación disponible para un viajero.

La mujer levantó la vista y soltó un bufido, pero no interrumpió su tarea.

—¿De qué agujero has salido?

—Del sur —respondió, con vaguedad—. He estado enfermo.

La casera gruñó y movió la cabeza a un lado y otro.

—Bueno, mi esposo está ahora mismo en el lago.

—¿Cree que me dará un sitio junto a su fuego?

—Seguro que te dará una noche. —La mujer dejó lo que estaba haciendo y lo miró mejor. El frío había marcado varias líneas rojizas en sus mejillas delgadas—. Puede que dos, si eso es lo que necesitas. Depende de lo que busques.

—Necesito descanso. Luego me iré al norte. Busco un señor al que servir —dijo, tocando la empuñadura de su espada.

—No necesitamos ese tipo de servicio —dijo la mujer, con un gesto de negación—. No, no te podemos ayudar en eso. —Retomó entonces su tarea—. Nosotros somos gente tranquila: traperos, desolladores, pescadores. Eso es todo lo que vas a encontrar por aquí.

—¿Ha oído hablar de un reino al norte de aquí? ¿La tierra de los sveärs?

—¿Que si he oído hablar de Sveäland? —dijo la mujer, mirándolo incrédula—.

Me tomas por tonta, ¿verdad? —Y apuntó con su cuchillo hacia el lago—: Ese es el camino que buscas.

—Entonces ¿ha estado allí? —dijo Erlan, impaciente de repente—. ¿Qué sabe de ese reino?

La mujer soltó una sonora carcajada:

—¿Yo, en la tierra de los sveärs? ¡Tienes que estar bromeando! No me parece que haya mucho cerebro en esa cabeza tuya. ¿Para qué querría ir yo a Sveäland? La mitad de ellos son asesinos, la otra mitad ladrones. No, no. No me verás cogiendo ese camino.

Erlan no supo qué pensar al respecto.

—Bueno, ¿está lejos de aquí?

—¿Lejos? Cariño, el otro extremo de la aldea está «lejos». Sveäland podría estar en el otro lado de la luna, por lo que a mí respecta.

—Imagino que tendrá alguna idea sobre la distancia a la que se encuentra.

—Algunos viajeros han pasado por aquí hablando de ese lugar —dijo, encogiendo los hombros—. Y esa es la dirección de la que han venido. Eso es lo único que sé. —Pero luego, al ver la decepción en la cara de Erlan, se ablandó y añadió—: ¡Oh, alegre esa cara, guapo! Si tienes tanto interés, mi esposo podría decirte algo más, aunque no siempre se puede sacar mucho sentido de lo que él dice. —Se rio, dejando a la vista un par de dientes solitarios—. Será mejor que lo pilles antes de que él pille su jarra de cerveza.

Erlan no respondió; su mirada estaba fija en el lago. El manto de nieve relucía a la luz de la mañana. Podía distinguir unas cuantas figuras aquí y allá, reunidas sobre agujeros hechos en el hielo. Supuso que debían estar pescando.

La mujer le dirigió una mirada y dijo:

—¡Bueno, eres bienvenido!

—Oh, gracias —murmuró Erlan.

—Ahora puedes llevar a tu caballo a la parte de atrás de aquellas casas. Luego encontrarás comida dentro. Hay pan. Y caldo en la cazuela. La chica te atenderá. —Llamarlas casas era ser generoso. Parecían más bien establos grandes con tablones mal ajustados que sujetaban el techo. Pero Erlan le dio las gracias y tiró de *Idun* hacia allí—. Dale también algo de heno a la yegua. ¡Da la impresión de que le hace falta!

Encontró el establo sin problemas y ató a *Idun* entre un par de fornidos potros, le buscó algo de heno y se quedó a su lado hasta que se lo comió.

Después de soportar las frías y largas noches en el bosque, entrar en la casa, con la chimenea encendida, le provocó una sensación indescriptiblemente dulce. Se dejó envolver por el aire cálido, que lo acunó como si fuera un bebé.

En el interior encontró a una esclava que realizaba con prisas sus tareas y que enseguida le sirvió el pan y el caldo que la mujer le había prometido. Erlan lo devoró todo en un instante; cada bocado le producía una oleada de alivio. Más tarde, bebió un cuenco de leche caliente de cabra y luego, para terminar, se tumbó en un banco

frente al fuego, cerró los ojos y se quedó dormido.

Estaba bien avanzada la tarde cuando se despertó. Esta vez ningún sueño había alterado su descanso. Se levantó, y aunque no se sentía recuperado por completo, sí al menos se sintió otra vez humano; cogió una manzana de un cesto y salió a echar un vistazo a *Idun*.

El caballo tenía el mismo aspecto indolente de siempre, y recibió sus palmadas con su habitual expresión lánguida.

—No digas que no te mimo —le dijo, deslizado la manzana en la boca del animal. *Idun* la masticó mientras agitaba su cola, en la mayor muestra de agradecimiento que Erlan jamás le había visto. Los dioses sabían que, en realidad, la yegua tenía poco que agradecerle a su jinete.

Erlan se disponía a acercarse a la orilla del lago cuando algo atrajo su atención. Había un gran fuego encendido más allá de la casa de al lado.

Se le antojó extraño que hubieran encendido un fuego de tal tamaño en pleno día. Pero se sintió atraído por el calor que manaba de él como un hombre sediento por una jarra de agua. Rodeó la casa y se acercó, disfrutando del calor que le producía un hormigueo en la cara. Durante largo rato, permaneció con la mirada vacía fija en las brasas ardientes.

Cuando alzó la vista se sobresaltó. Un par de ojos le contemplaban desde el otro lado de las llamas.

Al principio solo pudo ver los ojos, pero poco a poco, a través del resplandor del fuego, pudo poner aquellos ojos en un rostro, este en una cabeza y la cabeza en un cuerpo que colgaba de dos postes, atado por los brazos.

Era un chico.

Estaba desnudo hasta la cintura, con el torso cubierto de mugre, igual que su cara. Todo en él parecía en un estado lamentable. Todo excepto sus ojos, que desbordaban intensidad. Erlan rodeó el fuego para verlo mejor.

El chico levantó la cabeza, intentando aliviar su propio peso de las cuerdas que lo mantenían atado. Estaban atadas de forma que solo podía aliviar la tensión si se ponía de puntillas. Quienquiera que fuera el que lo había puesto allí, quería que sufriera. Y por el estado en que se encontraba, Erlan supuso que lo había hecho.

Su pelo era rubio y le caía sobre los ojos, azules como el hielo que está a punto de derretirse. Su boca era grande, demasiado para su cara, con los labios gruesos, que estaban amoratados por el frío. Era demasiado joven para tener barba, pero no era ya un niño pequeño. Solo llevaba puestos unos calzones raídos sujetos con un cinturón de cañamo. Sus pies desnudos estaban manchados de fango.

—¿Te apetece que intercambiamos papeles? —preguntó el chico, con la voz reducida a una mera vibración.

—No parece una oferta muy tentadora.

—Tenía tanto calor que me quité los... —De repente sus pies resbalaron y las cuerdas le dieron un cruel tirón de los brazos. Hizo una mueca de dolor y quedó

colgando en el aire durante unos instantes hasta que logró apoyar las puntas de los pies otra vez. Con cada respiración se le marcaban las costillas en los costados—. Tengo los pies entumecidos —masculló a modo de explicación. Luego ladeó la cabeza—. Ahí.

Erlan miró y vio una túnica sucia tirada en el suelo junto a un par de zapatos desgastados.

—¿Esto? —preguntó mientras se agachaba para recogerlos.

—¡No! —jadeó el chico, elevándose un poco más sobre las puntas de sus pies—. Ahí, ¡la madera, la madera!

Erlan volvió a mirar y vio lo que el chico quería. Había una pila de troncos preparados para alimentar el fuego. Uno de ellos, más liso que los otros, había caído del montón.

—No puedo hablar... mucho... así —logró decir el chico.

Erlan comprendió por fin y recogió aquel tronco para colocarlo bajo los pies del prisionero. Una vez que este pudo apoyarse, las cuerdas perdieron algo de tirantez y el chico aprovechó para coger una enorme bocanada de aire.

—Te lo agradezco, amigo. Te lo agradezco mucho. —Giró los hombros con una mueca.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Me ataron esta mañana. —Ahora el chico parecía mucho más feliz que antes—. Me bajarán mañana al amanecer.

—¿Te van a dejar ahí toda la noche? Te congelarás.

—Bueno, todavía no me he congelado —dijo el otro, con un guiño—. No es mi primera vez. Saben cómo calentarme para que no me congele, pero me cuelgan lo suficientemente lejos del fuego como para que me pase la noche deseándolo.

—¿Y luego te sueltan y ya está?

—No exactamente. Me dan una paliza. Ese viejo cara de sapo, Alvis. Te juro que ese viejo bastardo lo disfruta. No hay otro idiota como él en este pueblo de mierda, por mucho que sea el jefe. Te lo aseguro, he visto más inteligencia en el trasero de un cerdo que en su cabeza.

Erlan soltó un bufido.

—¿Por qué te han colgado?

—Robé una gallina, si quieres saberlo —dijo el chico, sin rastro de vergüenza—. Y era muy sabrosa.

—Entonces ¿sueles pasar el día así, colgado?

—Podríamos decir que sí.

—No serás un ladrón muy astuto, que digamos.

El chico pareció dolido por el comentario.

—Eh, soy bueno. Últimamente me acusan a mí siempre, sea culpable o no. Además, la gente de por aquí necesita algo de lo que reírse —añadió, con amargura—. La gente nunca está más contenta que cuando es otro el que recibe los palos.

Claro que, si robase algo más grande que una gallina, me harían un lazo y dirían que lo mejor era librarse de mí.

—¿Y por qué sigues robando, entonces?

—Hay que comer. Mírame: soy piel y huesos. —No andaba equivocado. Su cuerpo estaba manchado de barro y tenía varios rasguños en los costados. Desde donde estaba, Erlan podía distinguir todas sus costillas—. Mi padre es un viejo miserable. Dice que le hace gracia verme pasar hambre.

—¿Es pobre?

—No más que cualquier otro de por aquí. Es solo que no le gusto. —El chico se encogió de hombros, como si la situación que acababa de describir fuera de lo más natural—. Bueno, es que no es mi verdadero padre...

—¿Y dónde está el verdadero?

—Murió hace cinco inviernos. Alguna enfermedad... Él era un buen tipo, supongo, pero mi madre no tardó en juntarse con este borrachín inútil. Más tonta fue ella. Es un matón vago que la tiene trabajando desde la mañana a la noche. No, ella nunca se preocupa de ayudarme. Le dio una pareja de niños, y jamás verás otros mocosos tan finos. Ni tampoco otros tan gordos y brutos como ellos, igualitos que su padre.

—¿Tu padre no tenía ningún familiar?

—Supongo. Pero por lo que a ellos respecta, mi madre y su hombre cuidan de mí. Eso es lo único que les interesa saber.

Erlan asintió, sin decir nada.

El chico se lamió los labios y añadió:

—Ahora tengo yo unas cuantas preguntas.

—¿Y bien? —repuso Erlan, con un mohín.

—¿Qué diablos hace un forastero por aquí? Esto está muy lejos de la costa.

—¿Cómo sabes que soy un forastero?

—¡Por todos los ahorcados! ¿Acaso no está claro como el agua? Si no supiera que no es así, podría tomarte por un esclavo.

—¿Un esclavo?

—Sí, un jodido esclavo. Son los únicos con el pelo negro que hay por aquí.

—No soy un esclavo. Te lo prometo.

—Si tú lo dices —dijo el chico, con una mueca de duda—. Aun así, lo seas o no, ¡vaya aspecto tienes!

—¿Qué quieres decir?

—¡Pareces un jodido cadáver!

—He estado enfermo —explicó Erlan. Lo cierto era que aún sentía los huesos débiles como juncos.

—¿Enfermo? ¡Más bien jodidamente muerto! —Y al decir eso, el chico echó la cabeza hacia atrás y soltó una ruidosa carcajada que hizo temblar todo su cuerpo.

—Todavía no —murmuró Erlan, secamente.

—Eso no puedo negarlo —repuso el chico—. Dime, ¿qué te trae por aquí?

—Me dirijo a un reino que hay al norte, más allá de las tierras de los godos.

—Sveäland.

—¿Lo conoces?

—Algo. Un rey llamado Sviggar gobierna allí.

—¿Sviggar? Eres el primero al que encuentro que sabe eso. —Erlan entornó los ojos con curiosidad—. ¿Qué más puedes contarme?

—Dicen que Sviggar es un gran rey. Vive en un palacio más grande que el jodido Valhalla, atendido por mil criados y rodeado de enormes riquezas. Cada noche beben en copas de plata y el rey dirige un ejército tan poderoso que no le teme a nada excepto a los colmillos de Fenrir —comentó con un guiño—. Al menos, es lo que cuentan.

—¿Cómo se llama ese palacio?

—Algunos lo llaman Vendel. Eso es lo que he oído. O la residencia de Sviggar. Puede que también tenga otros nombres...

«¿Vendel?». El nombre de su antepasado, Vendal el Gris, brotó en la mente de Erlan. El viejo Vendal vivió doce generaciones antes que él. Pero entonces Erlan recordó su juramento: había renunciado a su linaje. Había renunciado a sus antepasados. Ese pensamiento le produjo una punzada de arrepentimiento. Mientras tanto, el chico parecía disfrutar de la conversación:

—Dicen que el palacio de Sviggar está lleno de doncellas tan lindas que ni siquiera podrías soñarlas, y que no hay otro lugar en todo el ancho mundo con festines tan grandes ni canciones tan nobles como las que allí cantan. Toda una tropa de juglares canta las hazañas de Sviggar, y los herreros trabajan día y noche para forjar cosas maravillosas con oro y plata y acero. —Los ojos del chico brillaban al imaginar tales cosas.

—Pareces saber mucho de ese lugar.

—¿Crees que eres el primer viajero que pasa por aquí? —graznó el chico—. ¡Ni lo sueñes!

—Bueno, no creo que haya muchos viajeros, ¿verdad?

—Quizá no sean muchos, pero te garantizo que siempre hay alguno. Un par de comerciantes, o eso decían... aunque a mí me parecieron más bien pordioseros. ¡Estaban más en los huesos que tú! Luego pasó por aquí un hombre que huía del reino de Sviggar tras haber matado a su primo. Ese no me gustó. Luego vino el juglar, un narrador de sagas y cosas así... Ese sí era un buen tipo.

—Parece que te impactó conocerlo.

—Me gustó el tipo. Hasta los descerebrados que hay por aquí le prestaron atención en cuanto su puso a cantar... De todos modos, imagino que puedes decir que soy un chico curioso.

—Me sorprendes.

El chico se echó a reír.

—Ese juglar, ¡vaya un tipo! Enfermó, y le dejamos quedarse una temporada. Había una mujer, una viuda, no muy guapa a mi parecer... pero se enamoró como una loca de él. —El chico rio con malicia—. ¡El tipo era un granuja! Ella lo cuidó, le permitió quedarse en su casa, hizo todo lo que él quiso. Y me refiero a todo... ¡Pero él la trató como si fuera una esclava! «Ven aquí, haz aquello». Y ella obedecía enseguida. —El chico meneó la cabeza con admiración—. El tipo nunca había tenido tanta suerte. Bueno, cuando se empezó a recuperar, pasé mucho tiempo con él y me habló de los lugares en los que había estado y las cosas que había visto. Sí, y de las mujeres con las que se había acostado. ¡Jo, jo! —Al chico le brillaba la cara—. También me enseñó algunas de sus canciones.

—¿Sabes cantar?

—¡Por supuesto que sé! —replicó el chico, indignado—. Aunque por aquí nadie quiere escucharme. La gente aquí es burra como su ganado, te lo aseguro. Pero será distinto cuando sea mayor... —Por primera vez, Erlan captó el desánimo en la expresión mugrienta del chico.

—Yo te escucharé cantar.

Los ojos del chico se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Qué, ahora?

—Claro. ¿Por qué no?

—Oh, de acuerdo —asintió el otro, con repentino entusiasmo—. Déjame ver —murmuró, con la vista fija ahora en las nubes, mientras hacía memoria. Por fin, carraspeó, escupió y comenzó:

*El hombre de Skadi, el dios de las salpicaduras de mar  
sopla y gime a través de las burbujas de la espuma;  
los pájaros vuelan por donde una vez su prometida  
caminó con zapatos de hielo.*

*La chica de Thiazi se fue a las colinas  
sus altas cumbres llevaban tiempo tirando de su corazón;  
con el corazón roto, se sienta y sus ojos de cazadora  
vierten lágrimas como el rocío de primavera.*

*Apenado por la pérdida, el dios del mar envuelve  
a los viajeros en una ventisca infernal;  
pues Skadi, con su corazón de nieve, no lo ama  
tanto como su palacio de las montañas.*

La voz del chico era fuerte y nítida. En la mente de Erlan surgieron las gaviotas que revoloteaban sobre las playas de su infancia. Recordó sus chillidos, y cómo Inga le hacía reír al imitarlos a la perfección... Abruptamente, decidió ponerle freno a sus



recuerdos, no fueran a llevarle demasiado lejos. Pero el chico se interrumpió también con la misma brusquedad:

—Esa es la primera parte. Aquí viene otra. El juglar siempre la estaba cantando.

*Trae tu canción a la hoguera del juglar,  
él te escucha, la gente ya ha comido,  
concédele el poder, orgulloso padre,  
de hacer sonrojar las mejillas de las doncellas,  
o de alzar escudos de roble en páramos teñidos de rojo.*

*Muestra cosas que nunca existieron,  
desde el príncipe poeta al dios forjador de runas,  
que la gente pueda verlas al calor de las brasas,  
batallas en la nieve, viajeros del cielo, hordas de enanos,  
un sueño hecho realidad, el regalo de Bragi al pueblo humilde.*

El chico terminó. Erlan no dijo nada, para que los últimos versos siguieran flotando en el aire.

—Eso es todo. —Rio el chico—. Si quieres oír más, tendrás que pagarme.

—Desde luego que tus familiares son estúpidos. —Sonrió Erlan.

«¿Eres un tonto, mi amor?».

La frase sonó con tanta claridad en su cabeza que poco le faltó para girarse y buscar a quien le había hablado.

—Oh, de eso no hay duda —dijo el chico, ladeando la cabeza—. ¿Cómo te llamas, forastero?

—Erlan. ¿Y tú?

—Kai Askarsson. Aunque mi padrastro quiere que ahora diga Torolfsson. ¡Bah! Que le den a ese vejstorio. ¿Y de dónde eres, Erlan?

Una sombra cruzó el rostro de Erlan. Allí estaba otra vez, frente a la puerta que había jurado no volver a abrir. Casi podía sentir la presencia de Inga allí mismo, al otro lado. Esperando. Respirando. «Doliéndole...».

Se sorbió la nariz y estiró los hombros hacia atrás.

—Bueno, siento lo que te han hecho, Kai. Una vez que tu castigo haya terminado, te deseo que te vaya bien. Gracias por lo que me has contado. Adiós.

—¡Espera, no te vayas! ¿Por qué no me contestas?

Erlan posó su mirada sobre Kai.

—Es mejor que te conformes con eso. —Y antes de que el chico pudiera decir nada, Erlan le propinó una patada al tronco que antes le había colocado para que pudiera apoyarse.

Kai soltó un jadeo al notar cómo de pronto su peso le tiraba de los hombros hacia

abajo.

—¡Espera! —gritó. Pero Erlan ya se había dado la vuelta para marcharse—. ¡Por favor! —volvió a gritar el chico, tratando desesperadamente de mantenerse sobre las puntas de los pies—. Llévame contigo.

Erlan volvió a girarse, incrédulo.

—¿Llévate conmigo? —bufó—. Tienes que estar loco. —Y reemprendió su camino.

—Cómo vas a apañártelas en el territorio de Sviggar tú solo, ¿eh? —le chilló Kai, haciendo esfuerzos para poder hablar.

Pero Erlan se limitó a negar con la cabeza y siguió caminando. Sabía más de la soledad que lo que aquel chico podría llegar a saber jamás.

—¡Ya sabes... lo que dicen! —continuó Kai, cada vez más desesperado—: Solo un tonto... rechaza... a un amigo... en el camino.

Apenas pudo pronunciar las últimas palabras, pero Erlan se había parado en seco y volvía a girarse hacia él.

—¿Qué has dicho?

Kai estaba jadeando en busca de aire, luchando contra las cuerdas que lo mantenían atado.

—¡Solo un tonto... rechaza a un amigo! —fue lo único que pudo balbucear.

«¿Eres un tonto, mi amor?».

¿Acaso estaban las nornas riéndose otra vez de él? ¿Acaso aquel desgraciado andrajoso, aquel escuálido ladrón, iba a ser su «amigo»? Lo contempló, allí colgado de los dos postes.

«No puede ser».

Y, sin embargo, mientras miraba el cuerpo gastado del chico y sus calzones mugrientos algo pareció encenderse en sus entrañas. Regresó hasta él. Kai lo observaba a través de los mechones de pelo que le caían sobre la cara, en sus ojos había una mirada suplicante, y sus costillas parecían a punto de atravesar su piel cada vez que respiraba. Erlan volvió a colocar el leño bajo sus pies. Kai se apoyó y Erlan percibió cómo todo su cuerpo se relajaba otra vez.

—¿Quieres venir conmigo?

—¡Sí!

—Así de simple.

—¡Por Hel, sí! —escupió Kai, con amargura—. Ya estoy harto de este lugar. Y de esta gente. Mi madre no me echará de menos, y Torolf se alegrará de perderme de vista. Y, de todos modos, por lo que a mí respecta, pueden ahorcar a ese viejo hijo de puta. —En su rostro sucio brilló una mirada expectante—. Llévame contigo. No te causaré ningún problema, lo juro.

—Eso me cuesta creerlo.

Erlan dio un paso atrás. El aspecto de Kai era realmente patético, con la excepción de sus ojos, en los que centelleaba un desafío. Algo en esos ojos fascinaba

a Erlan. Pero el chico hablaba por los codos, más de lo que Erlan creía que podría llegar a soportar.

Y entonces pensó en la alternativa que quedaba: la quietud del bosque repleta de las voces de aquellos a los que había perdido. Había algo en el chico que le hizo olvidar momentáneamente su soledad.

Daba la impresión de que la vida de Kai pendía de un hilo mientras aguardaba las siguientes palabras de Erlan.

«Solo un tonto rechaza a un amigo en el camino...». «Sí, pero ¿podré considerar a este chico un amigo? ¿O solo una pesada carga? O algo peor...».

Tomó por fin una decisión.

Meneó la cabeza. Kai hizo la misma mueca que habría hecho si acabase de recibir un golpe en la cara. Estaba a punto de decir algo en su favor cuando Erlan le ordenó callar:

—Probablemente me arrepentiré, pero... de acuerdo. Puedes unirme a mí.

Kai soltó un grito de júbilo.

—No lo lamentarás, Erlan. ¡Te juro que no!

—Sí. Bueno, más te vale asegurarte de eso. Está bien, esperaré a que se haga de noche y entonces vendré a por ti. Más incluso, hasta que todos duerman.

—¡Bah! La mayoría son unos borrachos, no se despertarían ni aunque los fuegos de Loki les abrasasen los pies.

—¿Aguantarás hasta entonces?

—¡Ja! He soportado noches más frías que esta. No te preocupes por mí. Estaré preparado.

—Bien. —Erlan indicó con un gesto la patética túnica tirada en el fango—. ¿Tienes más ropas aparte de estas?

—Sí, en casa. Pero las cogeré en un momento, ya lo verás. No se enterarán, me colaré en casa como si fuera un ratoncillo.

—De acuerdo. Trae una cazuela para cocinar y también un odre de cerveza, si puedes.

—Fácil. —Sonrió Kai.

Erlan levantó la vista hacia el cielo.

—Si el cielo se mantiene despejado, no debería ser demasiado difícil seguir la línea de la costa durante la noche.

—¡No podemos ir por el lago! En cuanto Alvis descubra que te has largado conmigo ese será el primer lugar al que irán a buscarnos.

—¿Hay otra ruta para llegar a Sveäland?

—Claro: a través del bosque. Hay un sendero en la zona alta, más al norte. La gente no va por allí a menos que tengan otra opción.

—¿Por qué no?

—Les asusta lo que puedan encontrar —dijo con un guiño—. O lo que pueda encontrarles a ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Espíritus de los bosques y cosas así. O de los muertos. Eso es lo que dicen. Pero a mí eso no me asusta. La mayoría solo tienen miedo porque allí arriba la gente ahorca a los forajidos. Ofrendas de sangre, ya sabes.

—¿Te refieres a sacrificios?

Kai asintió.

—También podría haber lobos y osos. Pero para eso tienes esa jodida espada — añadió, señalando con la barbilla a *Cólera*.

Erlan soltó un gruñido. ¿Qué nuevos horrores podía esconder el bosque más allá de los que ya le habían atormentado?

—Tendremos que correr el riesgo. Espera a que vuelva a por ti.

—No tengo mucho más que hacer aparte de eso, ¿eh?

Erlan pateó una vez más el leño.

El pescador resultó ser mucho menos amistoso que su esposa. No obstante, aceptó darle alojamiento por una noche. Pero una vez estuvieron sentados a la mesa, se mostró mucho más interesado en su cerveza que en darle conversación a su huésped. Después, se acomodó para dormir como un bebé en el pecho de su madre.

La charla, cuando la bebida le soltó la lengua, fue breve. Erlan pudo sacarle muy poco sobre Sveäland que no supiera ya, y no pasó mucho antes de que los párpados del hombre empezaran a cerrarse, pesados y lentos, y Erlan comprendió que no merecía la pena seguir hablando. La barbilla del pescador se desplomó hacia atrás y se quedó profundamente dormido.

Su esposa se las apañó para arrastrarlo hasta la cama, inmerso en un estado de estupor a causa de la cerveza, y enseguida la casa quedó en silencio, interrumpido solo por los ronquidos del pescador y los resoplidos de su mujer.

Erlan se acostó en el extremo opuesto y permaneció despierto, contemplando el baile de las sombras que proyectaba el fuego entre las vigas del techo. Por fin consideró que había pasado bastante tiempo desde que oyera algún movimiento, tanto dentro de la casa como fuera. Ya tenía las armas envueltas en el fardo, así que decidió que había llegado la hora de marcharse. Estaba a punto de levantarse cuando oyó un ruido.

El susurro de unas mantas, seguido por pesadas pisadas por la habitación, acompañadas de gruñidos. Escuchó con atención mientras el pescador avanzaba a tientas hasta la puerta, observó cómo su sombra apartaba la cortina, oyó cómo orinaba sobre la nieve y su suspiro de satisfacción al terminar.

Erlan fingió estar dormido cuando su anfitrión volvió a pasar a su lado de vuelta a la cama. «No tardará mucho en quedarse otra vez dormido», pensó. Entonces se iría.

Pero dio la impresión de que el pescador tenía ahora ganas de otra cosa. Se oyeron susurros en la oscuridad, murmullos ahogados entre el hombre y su esposa, y luego una risita. Erlan permaneció en las sombras, escuchando el movimiento de las mantas, el roce de los cuerpos, más risitas, y luego el familiar intercambio de gruñidos y gemidos.

Erlan tuvo que concederle sus méritos al pescador: el viejo tenía piernas, como habría dicho Garik. Cerró los ojos y trató de imaginar cómo habría sido todo si Inga y

él hubieran podido seguir juntos. Si las nornas les hubieran permitido vivir su amor en paz y hacerse viejos como aquellos dos. Y muy pronto los gemidos y suspiros de la mujer le provocaron el recuerdo de otra voz más joven, otro cuerpo más joven, suave como el ámbar en sus manos. La lengua juguetona, las palabras de ternura murmuradas, el roce del cabello de Inga sobre su pecho.

Su hermana. Sí, ahí estaba el horror.

La única mujer en todo el mundo a la que había deseado. La única mujer en todo el mundo a la que no podía desear. A la que no debía desear.

«La belleza y el amor son sacrificados como cerdos».

Inga nunca envejecería. Sus pechos nunca se arrugarían y caerían. Sus largos rizos negros nunca se volverían grises con la edad. La muerte la había robado, y en cierto modo también la había salvado. Pues ahora nunca cambiaría. Permanecería igual que antes. Para siempre.

Levantó la vista hacia el tiro de la chimenea. Algunos copos de nieve penetraban en la casa para desvanecerse enseguida a causa del calor. Erlan imaginó a Kai colgando entre los postes, con su cuerpo volviéndose azulado. Esperando. En una noche como aquella, aquel pobre bastardo podría congelarse hasta morir, después de todo.

Miró hacia la pareja. Distinguió ahora la silueta de la mujer sentada a horcajadas sobre su esposo.

Erlan maldijo en silencio, deseando que terminasen de una vez.

Al menos la pareja compartía una virtud: en cuanto acabaron, se quedaron dormidos con inusitada rapidez, antes de que Erlan hubiera podido chasquear los dedos. Titubeó un rato más, hasta que el coro de gruñidos le convenció de que tanto el pescador como su esposa, saciados al fin, estaban profundamente dormidos.

Sin perder más tiempo, Erlan se puso en pie, recogió sus cosas y se deslizó al exterior. Fuera, el cielo estaba oscuro y la nieve continuaba cayendo. Y por detrás de las siluetas de las casas resplandecía el brillo del fuego frente al que Kai estaba colgado.

Erlan avanzó entre las sombras, y solo un momento después se arrastraba por detrás del chico, cuchillo en mano, sigiloso como un asesino. La figura de Kai estaba completamente inmóvil.

—No te habrás muerto esperándome, ¿verdad? —El chico dejó escapar un débil quejido—. ¡Eh! —siseó Erlan—. ¿Sigues conmigo?

—Por el ojo de Odín, te lo has tomado con calma —murmuró Kai.

—Sí, y mejor que no quieras saber la razón. Ahora quédate quieto. —Levantó el cuchillo y cortó una de las cuerdas, luego la otra. El chico se desplomó de bruces sobre la nieve, con el pelo tapándole la cara—. ¿Kai? —El chico no respondió—. ¡Kai! —volvió a sisear, tirando su propio manto sobre los hombros del chico—. Di algo, ¿estás bien?

El otro levantó los párpados y se echó el pelo hacia atrás. En la penumbra se

distinguía el tono púrpura que habían adquirido sus mejillas.

—Lo estaré enseguida. —Se puso laboriosamente en pie y se abalanzó hacia su túnica y sus zapatos.

—Bien. Entonces ve a coger tus ropas y lo demás, y reúnete conmigo allí —dijo Erlan, y señaló la línea de árboles que bordeaba la aldea—. Date prisa.

—Allí estaré. —Los dientes de Kai brillaron en su cara sucia y, al momento, desapareció tragado por las sombras.

Erlan fue a soltar a *Idun*. Volver a ver su cabeza alargada y tenerla a su lado le resultó reconfortante. La guio hacia la oscuridad que se acentuaba bajo los árboles. Allí, ambos esperaron.

Pasó un rato sin que oyera el menor ruido, pero entonces captó un sonido suave, deliberado. De inmediato reconoció la pisada de un caballo, y Kai apareció tirando de las riendas de un potro de aspecto robusto.

—¿De dónde diablos lo has sacado?

—Es la recompensa por mi trabajo de los últimos cinco años.

—¿Quién es el dueño?

—Torolf. El viejo bastardo me ha resultado bastante útil al final. He pensado que tampoco necesitaría esto —dijo, mostrando una espada en su otra mano—. No es tan buena como la tuya, pero mejor que mis nudillos desnudos.

—¿Encontraste una capa?

—Mejor que eso: conseguí un par de pieles. De lince. Mira. —Dejó la espada en el suelo y cogió algo de la grupa del potro—. Tu caballo lo apreciará —dijo, mientras colocaba una piel marrón sobre el lomo de *Idun*.

—Tu viejo se va a enfadar cuando despierte.

—No es mi viejo —repuso Kai, con sequedad—. Y, de todos modos, me he ganado todo esto soportándolo este tiempo, y ese montón de mierda lo sabe. —Encogió los hombros y continuó—: También tenemos esto. —Y sacó un cuchillo de su cinturón—. Imaginé que nos vendría bien para cortar el pan y el queso que he cogido. —Se quitó una bolsa de tela del hombro y le dio una palmada—. El odre y la cazuela que querías están también aquí dentro.

—¿Les has dejado algo?

—Les vendrá bien. Especialmente a esos mocosos grasientos. Les hará bien sentir el estómago vacío durante una temporada.

Erlan meneó la cabeza.

—Si alguna vez te echan el lazo encima, el próximo forastero que pase por aquí se encontrará con tu cuerpo asándose sobre esa jodida hoguera.

—Oh, casi lo olvido —dijo Kai, rebuscando en una bolsa que colgaba de su cinturón—. Tengo una cosa más. Ah, aquí está.

Incluso en la penumbra, Erlan pudo distinguir la pequeña argolla de metal en la palma de su mano.

—Pedernal.





Durante los cinco días siguientes, Erlan descubrió dos cosas acerca de Kai. El chico podía hablar hasta sacar a un hombre de sus casillas, y podía cocinar tan bien como Tolla.

—Si no consigues mucho que comer, aprendes a asegurarte de que al menos tenga buen sabor —había dicho Kai a modo de explicación. Y la afirmación resultaba bastante apropiada, porque una vez que acabaron con el pan y el queso había poco de lo que ir tirando aparte de frutos invernales que encontraban en su camino y alguna que otra ardilla si tenían suerte. Una vez le echaron el lazo a un castor, y para cuando Kai terminó de cocinarlo, habría merecido ser el plato principal en cualquier festín de Navidad.

Además del hambre que los carcomía, el frío también los asediaba, y Erlan se sentía agradecido por las pieles robadas. Y por la compañía, tenía que reconocerlo. Resultó que una hoguera compartida era algo mucho menos miserable que los solitarios montones de cenizas que había dejado tras sus pasos a través del bosque. Y siendo dos, era más fácil reunir madera y mantener el fuego vivo durante la noche. Incluso obtuvo un ligero descanso de sus atormentados pensamientos, y con frecuencia se quedó dormido con el sonido de una de las canciones de Kai en su oído.

Una tarde, pocos días después de abandonar la aldea de Kai, llegaron a un pequeño estanque en medio del bosque, completamente congelado. Un viento gélido soplaba entre los árboles. Erlan se encogió bajo su manto.

—¿Hay alguna casa por esta zona?

Kai negó con la cabeza.

—No creo que veamos un alma hasta que hayamos llegado a Sveäland.

Desde el estanque el terreno empezó a elevarse y pasaron entre peñascos que brotaban del suelo, mientras por encima de sus cabezas el cielo parecía cerrarse sobre sí mismo. La noche se cernía sobre ellos.

—Deberíamos parar mientras quede algo de luz —dijo Erlan—. Si oscurece un poco más, un hombre no podría encontrar su polla para echar una meada.

—Eso es por tenerla muy pequeña, supongo.

Erlan miró a Kai con el ceño fruncido. El chico nunca dejaba escapar una oportunidad de hacer una broma.

—Cuando encontremos un lugar seco... un saliente o algún... —Se quedó callado de repente.

—¿Qué pasa?

—¡Calla! —siseó Erlan, y señaló al frente—. Antorchas. Entre esos pinos. Kai siguió la dirección que indicaba su brazo y oteó la penumbra.

—Las veo. Están cerca.

Erlan ya estaba desmontando de *Idun*.

—Deja los caballos. Vamos a echar un vistazo.

Kai saltó al suelo con un crujido.

—En silencio —gruñó Erlan. Ataron los caballos y enseguida avanzaron con cautela hacia las luces.

A Erlan le daba la impresión de que el ruido que producía la nieve bajo sus botas era ensordecedor, pero delante de ellos había otros ruidos más fuertes. Murmullos de voces, crepitar de madera y gemidos ahogados.

A través de los árboles podía distinguir que las antorchas se movían, y que cada una de ellas parpadeaba sobre la silueta de un hombre. Contó nueve, a unos cincuenta metros, quizá, todos muy concentrados en lo que hacían. Desde luego no estarían buscando a un par de fugitivos escondidos en la oscuridad. Le indicó a Kai un árbol cercano. El chico asintió y se llevó la mano a la espada, pero Erlan negó con la cabeza.

—Aún no —vocalizó. No quería que tropezase con ella y provocase un escándalo. En lugar de eso, se agazaparon y observaron.

Los árboles se abrían para formar un claro. En su centro ardía un pequeño fuego. Erlan oyó murmullos, y luego algo era arrojado a un árbol. Cuando cayó, vio que se trataba de una cuerda. Se oyó un quejido, dos hombres dieron un tirón del extremo y el quejido cesó de repente.

Una sombra se agitó en el aire. Los dos hombres gruñeron mientras su víctima se zarandeaba como un pez en un anzuelo y sus talones arañaban la corteza del árbol.

Solo duró unos momentos. Después la sombra quedó colgando y retorciéndose.

—Un ahorcamiento —susurró Kai.

—¡Ya veo que es un jodido ahorcamiento! Quédate callado. —Los ojos de Erlan registraron el claro. Distinguió otra sombra colgando de otro árbol.

Luego otra. Y otra.

Se preguntó cuántas quedarían allí, esperando a pudrirse.

Resultó que eran seis: cinco hombres y una mujer. La mujer era la última. Fue la que más luchó. Fueron necesarios tres hombres para ponerle la soga al cuello, tres para colgarla. Pateó y chilló como si tuviera un diablo dentro, y cuando sus entrañas se vaciaron, el hedor solo provocó que sus verdugos volvieran a maldecirla.

Cuando su horrenda tarea hubo concluido, uno de ellos, tal vez un hombre santo o un sacerdote, murmuró una oración, sin duda dirigida al Señor de los Ahorcados. Luego se marcharon.

Erlan le indicó con un gesto a Kai que permaneciera quieto. Pasó un rato antes de que el bosque se hubiera tragado hasta la última de sus pisadas, dejando solo el sonido del viento y el crujido de las sogas de los ahorcados.

El fuego estaba menguando. Erlan estaba a punto de indicarle a Kai que era hora de irse cuando una sombra apareció deslizándose entre los árboles.

Erlan se quedó inmóvil. En la cara de Kai había una interrogante. Erlan se llevó un dedo a los labios.

La sombra era verdaderamente extraña. Su perfil parecía el de alguna bestia, tal vez un oso pequeño, pero sus movimientos eran los de un hombre. Recogía palos del suelo y los arrojaba a las brasas para que las llamas se reanimasen. Cuando la luz aumentó, también lo hizo su silueta. Erlan distinguió pequeñas astas, y cuando la figura se giró, la cara de un perro. Sin embargo, las manos eran humanas.

«¿Qué criatura salida del reino de Hel es esa?».

Con el fuego bien alimentado, la criatura se agachó y sacó un tambor de entre su pelaje. Contempló las llamas y empezó a hacer sonar el tambor, emitiendo una serie de sonidos guturales que Erlan nunca había oído antes.

Kai le dio con el codo y se encogió de hombros. Erlan, en respuesta, se incorporó, y ambos se inclinaron hacia delante, con las manos sobre las empuñaduras de sus espadas.

La nieve debía haberlos delatado enseguida. Pero la figura se limitó a permanecer allí sentada, como si estuviera en trance, aparentemente sin hacer caso a su llegada. El olor de la mujer muerta envenenaba el aire.

A una señal de Erlan, los dos saltaron hacia el círculo de luz. La criatura cobró vida inmediatamente, cogió un tizón y se puso en pie de un brinco. Ahora resultaba visible una piel de oso que le cubría de los pies a la cabeza, y una máscara de perro que tapaba su cara. En su mano sostenía un palo nudoso.

—¿Qué eres? —murmuró Erlan.

—Es un hechicero —respondió Kai.

La figura no dijo nada. Pero luego una risa quebradiza brotó a través de la máscara, y la extraña figura comenzó a hacer sonar el tambor en torno a su cuello. No lo hacía con ritmo alguno. Era un sonido vacilante, irregular, y la figura empezó a brincar blandiendo su tizón.

Erlan trató de fijar la mirada en la máscara, pero la llama no paraba de bailar ante sus ojos y su brillo le impedía ver con nitidez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo, intentando distinguir algo a través del fuego.

—Sentarme —repuso el otro, golpeando su tambor—. Bajo los ahorcados. Los muertos hablan. Yo los escucho. —La voz sonaba ahogada y aguda.

—Entonces eres un hechicero —se le escapó a Kai.

—¿Cómo puede un hombre hablar con los muertos? —preguntó Erlan, cambiando de posición para ver mejor la máscara del hechicero. Pero el otro se ocultó obstinadamente detrás de la llama.

—Para llegar a la oscuridad se debe atravesar la luz. —De repente agitó la antorcha entre ellos y la llama aumentó de volumen—. Hago lo que tú estás haciendo. Me concentro en la llama. ¿Ves cómo baila? Está viva. El fuego es la ola que te arrastra a otros mundos. El fuego arde y se lleva tu espíritu a los brazos de Yggdrasil. A las profundidades, hasta las mismas raíces del Árbol del Mundo. —El hechicero soltó una carcajada gutural. Los ojos de Erlan comenzaban a cansarse, el tamborileo irregular lo confundía—. Mira en la profundidad de las llamas, como hago yo. Los muertos moran más allá de la luz. Llaman desde la oscuridad. Quieren hablar. Ansían que alguien vivo les preste atención. Sus palabras se oyen a través del fuego. Y así entro en trance. Lentamente. Con seguridad. Hasta que... —¡Tum!, el hechicero dio un violento golpe en el tambor— se cruza el umbral, Yggdrasil está lista, y los Nueve Mundos son míos, para recorrerlos a mi antojo.

El tum había sobresaltado a Erlan. Se sacudió como si despertase de un sueño. Durante un instante no podía recordar dónde estaba.

Luego oyó a Kai hablando.

—Había una historia —estaba diciendo el chico, aunque su voz parecía forzada y antinatural— de un hombre sobre el que pesaba una maldición y que vivía en estos bosques. Decían que bailaba con espíritus oscuros. Que convocaba al *draugar* desde las tierras de la bruma. La gente decía que cuando un bebé moría era porque ese hombre había echado mal de ojo en la casa de sus padres.

El hechicero soltó su risa resquebrajada y se acercó a Kai.

—¿Crees que la historia es cierta?

—Yo tenía una hermana. Murió siendo un bebé. Aquí, en mis brazos —dijo. Su mirada se había endurecido—. ¿Fuiste tú, monstruo peludo?

—Eh, eh, jovencito, deberías vigilar tu lengua.

—Soy lo bastante mayor para sacar una espada y hacer que la pruebes.

El hechicero se limitó a reírse otra vez.

—¿Por qué te estás riendo? —La voz de Kai sonaba adormilada, y su espada continuaba envainada, casi olvidada.

—Me río porque eres mucho más atrevido que capaz. Dentro de un momento, sacarás tu espada, pero serás incapaz de levantarla, como eres ya incapaz de levantar en tus brazos a tu amada hermana. ¿Es eso lo único que eres, amigo mío, un niño grande?

—¡Perro! —gritó Kai, cogiendo por fin su arma por la empuñadura. Pero eso fue todo lo que pudo hacer para desenvainarla. La punta golpeó el suelo como si fuera de plomo. Resoplando por el esfuerzo, Kai logró levantarla y dio un mandoble. La hoja dibujó un arco irregular sobre su hombro y dio en la nieve con un golpe seco.

El hechicero se echó a un lado con una risotada:

—¡Un gran esfuerzo, chico! ¡Hazlo otra vez!

Kai lo intentó una segunda vez, rabiando por la frustración, pero el resultado fue el mismo.

Erlan los contemplaba a los dos como a través de un sueño. Quería moverse, pero de algún modo su voluntad parecía tan cargada de plomo como la espada de Kai. Finalmente logró obligar a su mano a cerrarse sobre la empuñadura de *Cólera*.

—No, no, amigo —dijo el hechicero al ver su gesto—. Antes de hacerlo, primero haz caso a mi advertencia.

—¿Qué advertencia? —preguntó, notando su lengua gruesa y lenta.

—Ten cuidado con mis amigos.

—¿Qué amigos?

—¿Cuáles van a ser? ¡Los espíritus de los muertos! ¡Están rodeándonos por todas partes!

—Tu parloteo no me engañará, hechicero.

—No pretendo engañarte —gritó el otro, esquivando otro torpe mandoble de Kai—. Los muertos están aquí. Y son mucho más fuertes que tú, te lo prometo.

—Mentiras —gruñó Erlan, afirmando su agarre sobre la empuñadura—. Nada más que mentiras.

—¡No me crees! —Se rio el hechicero con estrépito—. Entonces te lo demostraré. Cuando vayas a sacar tu espada, verás que vuelve enseguida a la funda. Los muertos detendrán tu mano.

Provocado por las burlas, Erlan trató de desenvainar, pero por mucho que tiraba, el arma no se movía.

—¡Je, je, je! —Se carcajeó el hechicero, pavoneándose con regocijo—. ¿Lo ves? ¡Los muertos son mis amigos! ¡Siempre me protegen!

—¿Qué brujería es esta?

—Eh, eh, no hay necesidad de utilizar esos nombres. —Kai atacó otra vez, mientras Erlan seguía tirando en vano de la empuñadura de su espada. El hechicero saltó a un lado—. Un bebé como tú no debería luchar —graznó.

—¡Yo te enseñaré si soy un bebé!

—Eres un mozalbete muy osado, eso te lo concedo. De todas maneras, podría tumbarte sin apenas tocarte.

—¡Soy más duro de lo que crees, viejo perro!

—¿Estás seguro? —El hechicero dio un paso atrás—. Te lo advierto: en cuanto te toque, te derrumbarás sin sentido.

Kai lanzó un grito de desafío y reunió las últimas fuerzas que le quedaban para dar un golpe mortal. Su espada giró en el aire, con más lentitud que nunca, pero antes de que pudiera moverla hacia delante, el hechicero avanzó y le dio un golpe en la espalda. Más que un golpe, fue un simple toque, pero Kai se desplomó sobre la nieve como un árbol talado.

—¡Desgraciado! —gritó Erlan—. Te romperé el cuello con mis propias manos.

—Mi torpe amigo, no quiero luchar contigo. Y no lo haré. Lo único que necesito hacer es tocar este tambor y tus pies se quedarán pegados al suelo como tu espada a la vaina. ¡Je, je! ¡Mis amigos te atarán más fuerte que la correa de Fenrir!

Erlan se puso en guardia, preparado para luchar cuerpo a cuerpo contra aquel hombrecillo, que permanecía completamente inmóvil, con la nariz de su máscara de perro olfateando el aire. Pero en cuanto Erlan se movió, el hechicero golpeó su tambor. Y cuando Erlan fue a dar otro paso más, sus pies no se movieron. Tiró y se retorció con frustración, pero no pudo conseguir que se movieran ni un centímetro.

—¿Acaso no te he avisado? —se burló la máscara de perro, dando saltos a su alrededor y pinchándole con el palo—. ¡Vaya un guerrero estás hecho! ¡Superado en astucia y fuerza por un viejo! Te lo dije —chilló con alegría—: los espíritus de los ahorcados siempre me ayudan.

—¡Esto es brujería! —gritó Erlan, furioso por su impotencia.

—¡Es un juego de niños, nada más!

—Te juro que haremos que te arrepientas.

—¿Ah, sí? —La voz del hombre se volvió ahora más oscura—: ¿Y cómo vais a hacerlo? Tengo un poder sobre vosotros del que no sabéis nada en absoluto.

Erlan se abalanzó hacia él, pero enseguida cayó al suelo, pues sus pies no se movieron de donde estaban.

—Un hombre debería saber cuándo ha sido derrotado. —El hechicero volvió a darle en las costillas, esta vez con la suficiente fuerza como para que le doliera.

—¡Ay! —exclamó Erlan.

—¿Lo ves, amigo mío? —El hechicero apuntó su palo hacia la figura abatida de Kai, que yacía aún inconsciente—. ¿Puedes verlo, verdad?

—Claro que lo veo.

—¿Y si pudiera enviarlo a las cavernas más oscuras del reino de Hel, tocando simplemente mi tambor?

—Eres un mentiroso —le espetó Erlan, con desprecio.

—Tal vez... Y tal vez esté diciendo la verdad. Sea como sea, cuando golpee este tambor, dejarás de ver a tu amigo.

Sin esperar más, el hechicero hizo sonar el tambor, y Erlan por poco volvió a caer al suelo: el cuerpo de Kai había desaparecido.

—¿Dónde ha ido? —gritó—. ¿Qué has hecho con él?

—Te lo dije. El chico está pudriéndose en el reino de los muertos. No creo que le guste mucho.

—Tráelo de vuelta, desgraciado.

—Puedo —repuso el hombre—, pero no lo haré. No hasta que me des tu palabra de que no volverás a intentar hacerme daño. —Se rio—. Lo creas o no, no tengo ningún interés en mataros, ni a ti ni a tu feroz y joven amigo.

—Primero júrame que lo traerás de vuelta.

—Tienes mi palabra. Ahora dame la tuya.

—Muy bien. La tienes. Tráelo de vuelta, y te dejaremos en paz. Lo juro.

La máscara de perro se movió de un lado a otro. Erlan pudo ver los ojos brillantes que había detrás, escrutándolo.

—De acuerdo. Te creo. Es algo muy simple: otro golpe de tambor y lo verás de nuevo.

Lo hizo, y allí estaba Kai, igual que había estado antes. Erlan trató de llegar hasta él, pero continuaba pegado al suelo.

—¡Ajá! —Rio el hechicero—. Es hora de que los espíritus se vayan. —Chasqueó los dedos y siseó—: ¡Soltadle!

Erlan cayó de rodillas, con los pies libres al fin. También su mente parecía ahora más clara. Repentinamente libre de la opresión que había sentido hasta entonces. Corrió hacia Kai.

—No te preocupes. Solo está dormido.

Y así era. Erlan lo zarandeó y el chico se despertó, con una mirada de confusión en los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo... ni idea.

—Un pequeño encuentro con los otros mundos —declaró el hechicero—. A menos que me equivoque en mi suposición, estabas buscando una experiencia excitante, ¿no es así, jovencito? Para ti —añadió, entregándole a Erlan la antorcha. Con un rápido movimiento, se quitó la máscara.

Era viejo. Viejo como el bosque, por lo que parecía, aunque sus rasgos eran afilados como los de un halcón. La piel de sus mejillas estaba tirante y agrietada como cuero viejo, y sus ojos estaban rodeados de arrugas consecuencia de la dura vida que había llevado.

Kai lo observó con recelo.

—Mi nombre es Grimnar. —Le dirigió a Kai una cálida sonrisa—. Lamento lo de tu hermana. De verdad... No fui yo el responsable de su muerte. Debes estar hambriento, jovencito. Tengo comida y refugio no muy lejos de aquí. No tengo mucha práctica como anfitrión, pero sois bienvenidos a pasar la noche conmigo. ¿Aceptáis?

Los otros intercambiaron miradas. Kai negó levemente con la cabeza.

—Un tipo precavido, ¿verdad? Pero no tenéis nada que temer.

—Aceptamos —dijo Erlan. Kai frunció el ceño.

—Excelente —graznó Grimnar—. Entonces, seguidme.

Hacía ya rato desde que había pasado la medianoche cuando se sentaron a oscuras en la casucha de Grimnar, escuchando el clic-clic de la piedra contra el acero. Fuera, los caballos aguardaban a cubierto del enorme peñasco de granito que emergía del suelo, bajo el que Grimnar había construido su hogar.

Varias chispas brotaron como minúsculas estrellas y cayeron sobre la yesca, que prendió. Un momento después un fuego iluminaba la choza. La primera espiral de humo giró y salió a través del techo de turba.

Erlan miró a su alrededor. El suelo de tierra estaba vacío, excepto por unos pocos cazos y una pila de pieles en un rincón. Pero lo que atrajo su atención fueron las máscaras que colgaban de la pared, cada una de ellas de un animal diferente. Lobo, ciervo, águila, cuervo. Además de esto, había dos varas de fresno torcidas. El lugar olía a tierra, sudor y humo.

—¿No usas siempre la de perro? —preguntó Erlan, señalando las máscaras.

—Depende de adónde desee ir —respondió Grimnar, con una mirada cargada de astucia. Se quitó la piel de oso y la lanzó sobre las demás.

—¿Y qué significa eso?

—Hay otras formas de que un hombre pueda recorrer este mundo aparte de utilizando sus piernas para caminar.

—¿Cambiano de forma? —murmuró Kai.

Grimnar soltó una sonora carcajada.

—¡Tenéis mucho que aprender, los dos! Dejadme ver qué tenemos por aquí. —Se escabulló afuera un momento, solo para reaparecer enseguida con un pájaro carpintero en cada mano, que había cogido de la colección de cadáveres que tenía colgando de las ramas de un viejo roble marchito—. Esto debería alegraros.

Fue a un rincón para preparar los pájaros. Kai se inclinó hacia delante y susurró:

—Supongo que un pajarillo es mejor que uno de esos armiños podridos.

—Decidme, ¿cómo os llamáis?

—Yo soy Erlan. Él es Kai Askarsson.

—¿Solo Erlan? —preguntó, con una efímera sonrisa—. ¿No tienes padre?

—Todo hombre tiene un padre, pero no todos eligen llevar su nombre.

Grimnar dejó lo que estaba haciendo y le lanzó a Erlan una mirada de curiosidad.

—¿De dónde eres?

Como Erlan no respondió, fue Kai quien lo hizo:

—No lejos de aquí, de...

—Oh, ya sé de dónde eres tú. —El viejo hechicero torció la comisura de su boca—. Tyrstorp, en la orilla del Lago de los Dos Bosques.

—¿Cómo...? —Kai meneó la cabeza—. Pero ¿cómo puedes saberlo?

—¿Más brujería? —sugirió Erlan.

—Es bastante simple —resopló Grimnar—: tu cabello rubio y tu forma de hablar te identifican como un godo. Tienes la boca amplia de las gentes que habitan en las costas de ese lago. Familiares entre sí, sin duda. Aún apestas a pescado, aunque aquí estamos en mitad de un bosque, así que tu hogar debe ser una comunidad de pescadores no muy lejos de aquí. La espada que antes manejaste con tanta destreza tiene una punta inusualmente plana, un estilo que solo dominan dos hermanos herreros que viven en el lago. El mayor de ellos hace sus empuñaduras con madera de fresno. El menor, de madera de roble. El menor vive en Tyrstorp... Tu empuñadura es de roble.

—Se llama Ketil —dijo Kai, con admiración—. ¿De verdad huelo tan mal?



Erlan se echó a reír y le propinó a Kai un puntapié amistoso.

—No peor que el resto de nosotros. —Luego se dirigió a Grimnar—: Para ser un hombre que vive solo en el bosque, estás muy bien informado.

—Uno tiene que escuchar —dijo Grimnar, encogiéndose de hombros—. Y mirar.

—¿Y yo?

Grimnar miró largamente al extraño.

—Tú... tú no quieres que lea en ti. Así que no lo haré.

—¡Uh! —murmuró Erlan—. Tampoco yo diré nada. Hacerlo sería romper un juramento.

—Un huésped intrigante, como había pensado. —El hechicero sonrió para sí mismo. Había terminado de preparar los pájaros y se acercó ahora al fuego, donde ya hervía una cazuela con agua. Lanzó dentro la carne y empezó a añadir varias hierbas—. Bien, forastero, habla de lo que puedas. ¿Adónde os dirigís?

—Vamos a la corte del rey Sviggar.

—Sviggar —repitió el otro—. ¿Y qué sabéis de ese rey?

Erlan creyó distinguir un rastro de burla en su voz.

—No mucho, te lo aseguro. En realidad, Kai sabe bastante más que yo.

Kai asintió, pero no dijo nada. Sus ojos estaban concentrados en lo que había en la cazuela.

—Decidme.

Erlan se sorbió la nariz y contestó:

—Es un gran rey. El más grande de todas las tierras del norte, por lo que este me cuenta. Posee un gran ejército y mucho oro.

—Realmente ha sido un gran rey —aceptó Grimnar—. Es un gran rey —dijo, y soltó una risita—. Pero ¿será un gran rey en el futuro? ¿Quién puede decirlo?

—Da la impresión de que tiene bastante suerte. Y si su palacio es la mitad de grande de lo que se dice, debe necesitar hombres que sepan manejar una espada.

De repente, Kai sujetó la muñeca de Grimnar:

—¿Qué es eso, viejo?

—¿Esto? —Grimnar sostuvo en alto el manojito de hierbas que estaba a punto de lanzar al caldo—. Es bueno. Mejor cuando está fresca, pero tampoco está mal cuando la dejas secar. La llamo Helecho de Frey.

—Nunca lo he visto antes. Apuesto a que es venenoso.

—¡Ja! Eres un buen vigilante, ¿eh? ¿Todavía no te fías de mí?

—Bien podrías planear asesinarnos, abrirnos en canal y leer nuestras entrañas, o hacernos cualquier otra crueldad.

—¡Qué imaginación tienes! —se burló el hechicero—. No, esta hierba es buena. Y rara. Solo crece después de una primavera cálida en las zonas soleadas del bosque, donde el suelo está seco. Pruébala —dijo, tendiéndole el manojito.

—Ni hablar —repuso Kai, cruzándose de hombros.

—Muy bien —dijo Grimnar, ladeando la cabeza—. Yo me la comeré. —Eso hizo,

metiéndose el manajo en la boca y masticando con los pocos dientes que le quedaban—. Delicioso. —Comió un poco más. Después, Kai cedió y cogió un trozo de hierba y se lo metió con gesto titubeante en la boca. Lo masticó unas cuantas veces, sin apartar la mirada de Grimnar, y luego se lo tragó—. ¿Y bien?

—No está mal... —asintió el chico—. Nada mal.

De pronto, Grimnar se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—Vamos, joven vagabundo, ¿qué piensas de mí? ¡Somos amigos! Incluso si alguno de nosotros debe guardar sus secretos —añadió, indicando con un movimiento de la cabeza a Erlan. Su risa acabó por desvanecerse y durante un rato el único sonido en la choza fue el de la cazuela hirviendo.

—Entonces ¿qué sabes acerca del rey? —preguntó Erlan.

—¿Qué es lo que sé? Esa es la pregunta... —Cogió un cucharón y removió el caldo—. Lo que sé no lo he sabido por boca de hombre —empezó a decir—. El bosque habla. Espíritus de la madera, espíritus del lago... Poseen recuerdos del pasado, de cosas que incluso los que pueden ver el porvenir nunca han conocido. Y rara vez cesa el parloteo de los pájaros y las bestias.

—¿De qué hablan?

—Se cuentan los unos a los otros lo que han visto, comparten noticias de lugares lejanos, de más allá del bosque y del reino de ese gran rey, y de más lejos aún.

—¿Qué dicen sobre Sveäland?

Grimnar suspiró antes de responder:

—Durante muchas lunas he oído rumores de un enemigo que pone en aprietos al viejo rey. Dicen que no puede ser visto ni oído. La gente desaparece. Abundan los asesinatos. Su reino está inundado de cadáveres. Y nadie sabe por qué. El miedo crece en el corazón de su pueblo. Pero ¿qué puede el rey hacer? —Erlan y Kai percibieron un centelleo de malicia en el ojo del viejo—. Un hombre no puede luchar contra un enemigo al que nadie ha visto.

—¿No se trata de un lord rival? ¿O de grupos de saqueadores sigilosos?

—No —replicó el hechicero—. La verdad es que es algo mucho peor que eso. Esto es lo que he sabido escuchando las voces del bosque: se trata de unos antiguos enemigos de la humanidad, que han decidido darse a conocer otra vez. Tienen muchos nombres. Moradores subterráneos... Gente de las sombras...

—¿De dónde son?

—¿De dónde? —repitió Grimnar, con una mueca—. Ahora moran en lugares oscuros, pero no siempre fue así. Adoraban a dioses salvajes que no sabían nada del honor. Ni tampoco de simples bondades como el sol o el beso de una mujer. Sus dioses eran los grandes espíritus de la muerte y la avaricia y el engaño y toda clase de crueldades. Pero la mayoría de los hombres no obedecían a esos dioses. Solo lo hacían aquellos que querían ese poder para sí mismos, o aquellos que habían caído embelesados por él. —El hechicero removió el caldo, como si removiera sus propios pensamientos—. Aquellos que lo hicieron, cambiaron. Empezaron a convertirse en

aquello que adoraban, alimentándose de los débiles. No creaban nada, pero lo devoraban todo. Solo querían absorber cualquier debilidad. Cuando veían algo bello, querían destruirlo. Se burlaban del coraje y la honestidad. La felicidad y la familia eran lo más vil para ellos. Estaban unidos entre sí tan solo por lazos de poder: de jefe a esclavo. Aprendieron cómo cautivar la naturaleza más cruel, y al corromperse hasta ese punto se desfiguraron y decidieron esconderse de la luz.

—Pero, entonces... ¿se trata de hombres? —preguntó Erlan.

—En cierto modo, sí. Pero no como ningún otro hombre que hayáis conocido. Son recordados en antiguas historias de épocas remotas.

—Nunca he oído algo semejante —dijo Kai—. Ni ninguna canción sobre esos... ¿Cómo los has llamado? ¿Moradores subterráneos?

—Oh, seguro que sí has oído hablar de ellos. —Sonrió Grimnar—. Apostaría mi cabeza a que lo oíste sentado en el regazo de tu madre. Aunque ella los llamaría «los oscuros».

Erlan rompió a reír a carcajadas.

—¡Oscuros! ¡Estás bromeando!

—¿Por qué habría de bromear?

—Eso no son más que cuentos para asustar a niños pequeños —apuntó Kai—. E incluso ellos no las creen durante mucho tiempo.

—Sí, viejas historias de bestias con grandes mandíbulas y garras —convino Erlan—. Monstruos que te comerán si no haces lo que se te dice. Nadie ha visto jamás una de esas bestias.

La mirada pícara de Grimnar se endureció:

—Y supongo que vosotros dos poseéis grandes conocimientos de todo el ancho mundo, ¿verdad?

—El suficiente como para distinguir un cuento para niños.

—¡Ja! Parecéis recién salidos del vientre de vuestras madres, ¡vaya par! Contestadme a esto, mis sabios amigos: ¿dónde nace el relámpago? ¿De qué se lamentan las rocas antiguas? ¿Qué semilla dio vida a Yggdrasil? ¿Qué edad tiene la luna? ¿Cuántas estrellas hay? ¿Qué es lo que mora en las cavernas más profundas, qué es lo que sobrevuela el pico más alto? —Las preguntas del hechicero salían disparadas como una lluvia de flechas—. ¿Quién dio a luz a los dioses, quién construyó los negros palacios de la muerte? Decidme, os escucho.

Pero Erlan y su amigo permanecieron callados.

—Vamos, amigos, ¿qué me respondéis? —les urgió Grimnar, ahora de mal genio.

—No tenemos respuestas a tus preguntas —dijo Erlan, resoplando.

—Por supuesto. Entonces ¿quiénes sois vosotros para decir lo que es y lo que no? —El hechicero sonrió agriamente—. Nadie ha visto a un oscuro, decís. Quizá no, desde que se recuerda. Pero un hombre haría bien en temerles, de todos modos. Los hombres no desconocen la maldad, de eso estamos seguros. Pero la maldad de un hombre es su debilidad; sí, incluso si le resulta provechosa. La maldad de los

oscuros... consiste en lo que son, y en nada más.

—Lo que dices puede ser cierto, pero resulta difícil de creer.

—No lo dudo.

El silencio se extendió entre ellos.

—Has contado una buena historia, viejo —dijo Kai al fin—. Sea cierta o no, hemos aprendido algo gracias a ella: el rey Sviggar no rechazará una nueva espada a su servicio.

—Seguramente seréis bienvenidos. Si confía en vosotros.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó Erlan.

Grimnar sonrió enigmáticamente.

—La confianza es como el oro en la mano de un idiota: difícil de obtener, fácil de perder. Pero no os preocupéis de eso ahora. Tenemos comida para calentar vuestros estómagos. —Sirvió el caldo en un par de cuencos y, con el vapor todavía brotando de la comida, todos se dispusieron a dar cuenta del guiso de pájaro y trozos de pan duro. Era más que lo que Erlan había supuesto que cenarían esa noche.

—Delicioso —fue el veredicto de Kai cuando terminó, tras soltar un sonoro eructo.

Grimnar esbozó una amplia sonrisa.

—Ahora, mis queridos huéspedes, debo dejaros.

—¿Adónde vas? —le preguntó Erlan.

—¡De vuelta junto a los desafortunados amigos a los que han ahorcado! Los espíritus de los muertos no permanecen mucho tiempo en este mundo. Si quiero aprender algo de ellos, debo sentarme bajo sus cadáveres hasta el amanecer. En cuanto rompa el día, se marcharán.

—Nosotros nos iremos antes del alba.

El hechicero abrió sus brazos.

—Entonces no me volveréis a ver.

—Bien, pues. Te agradecemos la comida y el techo —dijo Erlan—. ¿Puedes indicarnos el camino hacia Sveäland?

—Llegar allí es bastante simple. Desde esta colina el terreno cae y se levanta dos veces más y luego llegaréis a dos grandes precipicios, suavemente escarpados por su lado izquierdo, dentados y abruptos por el derecho. Cruzad entre ellos y más allá encontraréis la tierra de los sveärs. Pero desde allí el Gran Palacio de Sviggar todavía queda a muchas leguas de camino y no es fácil en absoluto. Sviggar es el rey de los sveärs, pero lo cierto es que es el bosque el que gobierna esas tierras. —Grimnar le dirigió una sonrisa agradable a Kai—. De todos modos, me parece que sois una pareja con recursos. Estoy seguro de que encontraréis el modo de llegar.

Recogió su piel de oso y se la colocó sobre los hombros. Se cubrió la cabeza y, en un abrir y cerrar de ojos, la extraña figura con la que habían tropezado en el claro estaba otra vez ante ellos.

—Bien, digámonos adiós. —Erlan estrechó la mano que le ofrecía Grimnar, pero

en cuanto lo hizo, el hechicero tiró de él hacia sí y sus dedos se hundieron en su brazo.

—Extraño, esto es lo que veo. —Sus ojos ágiles brillaron—: Un hombre que huye de su pasado nunca se librará de él. —Utilizó uno de sus huesudos dedos para darle un golpecito en la frente a Erlan—. Pero, pese a toda la carga que llevas en tu cabeza, recuerda esto: solo cuando un hombre está verdaderamente perdido, está preparado para que su destino lo encuentre.

«¿Destino? —pensó Erlan. La palabra no le gustó—. ¿Qué destino podría valer una sola gota de la sangre de Inga?».

Grimnar le soltó y se giró ahora hacia Kai.

—Y tú, mi joven amigo. —Kai parecía recelar del viejo—. Adiós, vigilante. Vamos, dame tu mano.

Cuando Kai echó su mano hacia atrás, el hechicero soltó una carcajada:

—No tienes por qué asustarte.

Aún inseguro, Kai acabó por tender su mano mugrienta, y Grimnar se la estrechó.

—El viento te es favorable. La sed que sientes en tu corazón será saciada antes de lo que piensas. Pero ten cuidado con lo que buscas; el tiempo precipita la condena de un hombre del mismo modo que sus sueños.

Dejó caer la mano de Kai, fue hacia la puerta y apartó las pieles que hacían de cortina. El aire frío aprovechó para colarse en la choza. La cabeza de oso se giró hacia ellos una última vez:

—Escuchad al bosque. Escuchad. Y observad.

La cortina recuperó su posición, y el hechicero desapareció.

Encontraron el paso entre las rocas tal y como Grimnar lo había descrito. Los caballos avanzaron hasta el otro lado con su caminar cansino habitual.

—Sveäland —dijo Kai.

Fue la primera palabra que pronunciaron en toda la mañana. La noche había dado paso a un día claro, con el sol bailando a través de los pinos con sus rayos dorados.

Por lo que a Erlan concernía, el silencio repentino de Kai era un cambio agradable. El aire vivificaba sus pulmones, y avanzaban a buen ritmo.

Era mediodía cuando Kai volvió a hablar:

—Extraña forma de pasar tus días, ¿no te parece?

Erlan lo miró:

—¿Te refieres a Grimnar?

—Un viejo muy curioso. Quiero decir: ¿qué hace realmente con todo lo que sabe? Se queda allí sentado, solo. —Kai cambió de posición sobre su montura—. Anoche tuve un sueño muy extraño.

—¿Y bien?

—No es fácil de describir —repuso Kai, encogiendo los hombros.

—A veces los sueños se olvidan con la misma facilidad con la que vienen.

—Este no. —Kai entornó los ojos en un esfuerzo por recordar—. Sentí que el calor del fuego aumentaba mientras dormía, y luego resultaba tan caliente que abrí los ojos. Pero ya no me encontraba en su choza. Estaba otra vez donde tú me encontraste. Atado y desnudo, como entonces. Y levantaba la vista y allí estabas tú, solo que no estabas al otro lado del fuego, sino dentro de la hoguera. Y estabas ardiendo. No podía oír tu voz, pero sí podía ver tu cara. Estabas gritando. No parabas de gritar, y yo no podía hacer nada. Tiré con todas mis fuerzas de las cuerdas, pero no lograba soltarme; mis brazos estaban estirados al máximo. Quería ayudarte, y empecé a maldecir y a patear la nieve hasta que mis pies sangraron. Entonces comenzó a llover, muy poco al principio, pero después con más fuerza, hasta que quedé empapado hasta los huesos. Y la lluvia estaba apagando el fuego; tú seguías gritando, pero las llamas eran cada vez más pequeñas. Luego vi la lluvia sobre mi piel, y no era lluvia. Era sangre: grandes goterones de sangre, como las lágrimas de las valquirias en las canciones. —Erlan se giró para mirar al chico. En la cara de Kai había un brillo

extraño, y tenía los ojos cerrados—. La lluvia de sangre me estaba empapando y apagando el fuego. Y yo sabía que tú estarías bien, y sentía que la sangre me estaba limpiando. Al final estaba más limpio que si la mismísima Audumla me hubiera lamido de los pies a la cabeza. Tú saliste caminando del fuego, que ahora se había reducido a cenizas, y de repente las ataduras de mis muñecas se rompieron y caí de rodillas, igual que cuando tú me soltaste.

Hizo una pausa.

—Sigue.

—Eso es todo —dijo Kai, mirándolo—. ¿Qué crees que significa?

—¿Cómo podría saberlo? No soy un místico. —Sonrió Erlan—. Puede que signifique que no deberías comer guiso de paloma.

Kai soltó una risita.

—Puede. —Al momento pareció pensar otra cosa y rio con más fuerza—: ¡Oscuros! ¿En serio?

Al principio, Erlan había creído que llegarían pronto a Sveäland y que su viaje ya no se extendería mucho más. Pero a medida que a un día le seguía otro igual, la monotonía y el hambre comenzaron a hacerle mella y empezó a pensar que nunca saldrían del bosque. Su escuálido compañero estaba cada vez más escuálido, si acaso eso era posible. Erlan lo miraba y podía ver su propia hambre reflejada en la cara del chico. Tenía las mejillas hundidas, el manojito de pelos de su barbilla moteado de trozos de hielo, los hombros caídos, ojeras de fatiga rodeaban sus ojos ahora apagados. No era exactamente lo que podía considerarse un gran espécimen de hombre. Pero Erlan temía que su propio aspecto debía ser muy similar.

Las semanas en la silla de montar, junto con los sudores causados por la fiebre, habían ensuciado sus ropas hasta dejarlas irreconocibles. Tenía el pelo enmarañado y apelmazado, duro y tieso como la paja, rebosante de piojos. Su piel estaba llena de llagas. Le dolían constantemente las articulaciones, daba igual si iba sobre el caballo o caminaba delante de él y tiraba de sus riendas. Y en su mente, las pesadillas causadas por la culpa y la pena que le habían atormentado durante tanto tiempo empezaron a dejar paso a fantasías sobre comida. Durante horas se balanceaba hacia delante y hacia atrás en su silla, con los ojos demasiado cansados para enfocar bien, soñando con montañas de comida: cerdo asado o pan recién horneado, quesos o calientes guisos de pescado, jarras de cerveza espumosa o vino de manzana especiado, cucharones de miel o trozos de ternera crujiente. Pero había muy pocas opciones de encontrar algo así en el horizonte.

Cuando un conejo se les cruzó por delante y Kai se las ingenió para atraparlo con su espada, los dos se pusieron a bailar como niños pequeños en la fiesta del día de su nombre. Y también lo hicieron cuando Kai divisó un nido de grajos y trepó al árbol para descubrir que estaba lleno de huevos moteados.

En una ocasión sorprendieron a un jabalí dirigiendo a una fila de lechones a través de un claro y les dieron caza, gritando y berreando lo bastante alto como para despertar a un hombre muerto. Pero *Idun* se cansó de galopar a los treinta pasos, y el potro de Kai le arrojó al suelo cuando el jabalí giró en redondo para defender a su prole y cargó contra ellos. Erlan descubrió a Kai tirado boca arriba sobre la nieve, escupiendo maldiciones sobre el linaje de todo jabalí en veinte leguas a la redonda. Habría sido divertido, de no ser por el dolor sordo que jamás abandonaba su estómago.

En otra ocasión tropezaron con el cadáver de una comadreja, con las costillas al aire y un par de cuervos picoteando sus entrañas. El hedor era horrible, aunque todavía quedaba bastante carne en el cuerpo, y Erlan necesitó pensárselo mucho antes de decir que deberían dejar que las aves continuasen con su festín.

Continuaron a través de la penumbra de su prisión forestal, escuchando cómo el viento invernal aumentaba de fuerza y aullaba entre las copas de los árboles, avanzando a tientas entre nieblas sepulcrales. Contemplaron amaneceres pálidos como espíritus y crepúsculos rojos como la sangre, hasta que perdieron la cuenta de los días que habían pasado desde su extraño encuentro con el chamán.

Y entonces, un día, alcanzaron el borde septentrional del gran bosque. Una enorme llanura blanca se extendió ante ellos y, no muy lejos, distinguieron el primer rastro de humo elevándose hacia el cielo. Erlan sintió que lo invadía una sensación de alivio, pero enseguida quedó solapada por la intranquilidad. Los forasteros nunca podían estar seguros de recibir una cálida bienvenida, menos aún cuando se trataba de un par con el aspecto, en el mejor de los casos, de pordioseros, y en el peor, de ladrones. Su agudeza mental se había embotado durante el viaje, como consecuencia del tumulto de recuerdos dolorosos que cargaba consigo. Había llegado el momento de aclarar su mente y agudizar su inteligencia. Presentía que iba a necesitarla.

Pronto llegaron a la primera alquería, donde pidieron un par de rebanadas de pan de cebada. Pero incluso en su estado, Erlan sintió vergüenza de quedarse por allí más de lo necesario al ver lo poco que tenía aquella familia para subsistir.

Las casas solitarias y las pequeñas aldeas no tardaron en dar paso a alquerías más grandes rodeadas por setos de poca altura que delimitaban campos enterrados bajo la nieve. No podía decirse que los *sveärs* fueran gente amistosa, pero al menos Erlan y Kai pudieron llenar el estómago por primera vez en mucho tiempo, y mucha gente estaba dispuesta a darles las indicaciones correctas para llegar al palacio de *Sviggar*.

Kai volvió a hacer gala de su buen humor:

—Espera a que lleguemos al palacio de ese viejo bastardo. ¡Nos recibirán como a un par de jodidos héroes!

¿Era eso lo que era Erlan? «Un héroe». No un pordiosero. Ni un fugitivo. «¿Ni un asesino?».

Llegaron a un gran lago que un viejo que conducía un carro les había dicho que podrían cruzar si el hielo era lo bastante grueso.



—Ya hemos tenido unas cuantas heladas fuertes —había dicho, mientras se rascaba los trapos sucios con los que se había envuelto la cabeza para combatir el frío—. Creo que hay bastante hielo para que lo crucéis, así ahorraréis un día de viaje.

—Gracias —dijo Erlan. Su oído iba acostumbrándose al acento cantarín con el que hablaban los sveärs.

—Si el hielo se rompe y el lago os traga, no vengáis a darme la murga —les había gritado el viejo cuando se alejaron.

Pese a lo poco reconfortante del consejo, se habían internado en la superficie helada del lago, no sin ciertas dudas. Erlan sentía el corazón en la garganta. Su cuerpo aún conservaba el recuerdo del horrible frío que le había atravesado hasta el tuétano.

Pero el invierno se había acentuado y esta vez el hielo aguantó.

Estaban a mitad de camino cuando de repente aparecieron unos hombres a caballo entre los árboles del extremo opuesto.

—¡Jinetes! —gritó Kai.

Erlan soltó una maldición.

Los jinetes giraron todos a la vez para dirigirse hacia ellos, acercándose a medio galope, sin que al parecer les preocupase en absoluto la posibilidad de que el hielo se quebrase.

—No hagas ninguno de tus comentarios —dijo Erlan—. Deja que hable yo.

Contó cinco hombres, todos ellos armados. Cuatro portaban largas lanzas y montaban caballos lustrosos y fornidos. Resultaba obvio que si intentaban huir, los alcanzarían antes de que pudieran llegar a la orilla.

Permanecieron inmóviles, con las manos sobre las empuñaduras, mientras los jinetes se situaban en círculo a su alrededor y sus monturas emitían nubecillas de vapor de su aliento. Los hombres llevaban cotas de malla bajo mantos amplios y pesados, y tenían aspecto de saber utilizar sus armas.

Entre ellos destacaba uno: el que no llevaba lanza. Tiraba de las riendas de su caballo hacia delante y hacia atrás, sin apartar los ojos de ellos, ojos que parecían de depredador y que los escrutaban con recelo. Su barba era más larga que la de los demás, y estaba salpicada de blanco bajo una nariz prominente.

—¡Forasteros! ¿Qué hacéis aquí? —exigió saber, con brusquedad.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó a su vez Erlan, mirando alternativamente a cada uno de los jinetes.

—Yo hago las preguntas, patán.

—¿Por qué deberíamos responderte?

—¿Qué tal porque somos hombres del rey, y vosotros una pareja de pordioseros hijos de puta? —gruñó el líder—. O porque podría hacerte más agujeros que a una zorra antes de que pudieras rascarte las pelotas. —El hombre se aproximó a lomos de su caballo—. ¿Qué tal porque soy conde de las tierras que estás pisando?

—Para ser exactos, estamos pisando un lago —apuntó Kai.

—Otra broma más, chico, y te abriré una segunda boca detrás de tu cabeza. —Por la forma en que lo dijo, Erlan supo que la amenaza no era falsa.

«Esto podría ponerse feo con mucha rapidez». Debería haber sido buena suerte tropezar con los hombres del rey tan pronto, pero, de algún modo, aquello no daba la impresión de tener relación alguna con la buena suerte.

—Venimos de las tierras de los godos occidentales.

—No eres un godo, no con ese pelo tan oscuro. —El hombre lanzó una mirada mordaz a Kai—. El renacuajo, podría ser. —La expresión de Kai no se alteró por la pulla—. No sois traperos, ni comerciantes. Por Hel, da la impresión de que alguien acaba de desenterrarlos. ¿Qué os trae a Sveäland?

—Vamos a ofrecer nuestros servicios a tu rey.

Los lanceros estallaron en carcajadas y el conde sonrió:

—Estoy seguro de que el rey se sentirá muy agradecido. —Decir que su aspecto estaba muy lejos de ser impresionante era totalmente innecesario. Apenas parecían aptos para servir a un porquero.

—¿Nos llevarás ante él?

—El rey querrá veros, de eso no hay duda. —Los hombres del conde volvieron a reír—. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Erlan.

—¿Eso es todo? —inquirió el conde, con una mueca.

—Es todo lo que puedo decirte.

Kai puso los ojos en blanco.

—Eso no me dice nada, forastero. ¿De dónde eres?

—No puedo decirlo. He jurado no hacerlo.

—Ese es el juramento de un asesino, forastero, y lo sabes.

—Yo lo hice por otros motivos.

—Será mejor que sean buenos. Resulta que estamos dando caza a un asesino.

—Venimos a Sveäland a servir, no a matar. —Erlan se apartó el manto de delante para colocarlo sobre su hombro—. Pero lo haremos si es necesario.

Al conde no se le escapó la presencia de la empuñadura de *Cólera* en su cinto. Su expresión cambió de forma automática. Se pasó la mano por la boca, pensativo.

—¿Quién os ha enviado aquí?

—Nadie.

—¿Fue Diente de Guerra? —insistió el conde, con brusquedad.

—¿Diente de Guerra? —Por un instante, Erlan se quedó perplejo—. ¿Por qué...?

—¿O uno de sus hijos?

—No sé qué quieres decir.

El conde asintió para sí mismo.

—Sí, empiezo a verlo claro. Asesinas al hijo y luego te arrastras hasta llegar al rey. Otro mordisco venenoso para él, ¿verdad? ¿Es ese el plan del viejo verraco?

—¿Qué hijo? ¿Quién ha sido asesinado?

El conde soltó una gélida risotada.

—Está bastante claro: se nota con solo verte y oírte que eres forastero. Diría que danés, si tuviera que apostar. Cabalgas por las tierras en las que el hijo del rey fue asesinado, vestido como un pordiosero, pero llevas una espada tan buena como la mejor de este territorio. Sin duda se trata de un obsequio del mismísimo verraco. ¿Qué danés se presentaría en Sveäland si no fuera enviado por Harald Diente de Guerra?

Erlan notó que los lanceros se ponían en guardia ante la mención del nombre del rey danés.

—No estamos aquí por orden de nadie. Solo por mi propia decisión.

—Te llevaremos ante Sviggar. Y responderás a sus preguntas, hayas hecho un juramento o no. —El conde hizo un gesto y las puntas de las lanzas bajaron—. Tirad vuestras armas.

Erlan hizo girar a *Idun*, lanzando una mirada fulminante a las puntas de las lanzas. Aquellos hombres eran muy distintos a Arald y su panda de ladrones. Kai esperaba nervioso sus indicaciones, pálido por el miedo. Pero Erlan mantuvo la mano sobre la empuñadura.

—Iremos con vosotros si así ha de ser —dijo—, pero no como prisioneros. No entregaremos nuestras armas.

—Ni hablar. —El conde hizo un pequeño gesto con la barbilla—. Cogedlos.

Sus hombres avanzaron, pero Erlan se les adelantó. Se lanzó hacia delante por encima de *Idun*, golpeando con fuerza el hielo y la nieve. Rodó sobre sí mismo y se incorporó hasta quedar en cuclillas, con *Cólera* ya en su mano. La bota del conde colgaba solo a unos centímetros de él. Tiró de ella con toda su alma. El aire se llenó de gritos, pero por encima de todos destacó el del conde al caer sobre la nieve.

Erlan saltó sobre él, le agarró las trenzas y le tiró la cabeza hacia atrás, besando con el filo de *Cólera* su barba.

—¡Erlan! —La voz de Kai sonó temblorosa por el miedo.

Erlan levantó la vista. El huracán de movimiento había cesado de pronto. Los siete hombres estaban quietos. Tres lanzas apuntaban a las costillas y la espalda de Kai. El cuarto lancero estaba en posición de ataque, con el brazo en alto y la punta del arma apuntando al pecho de Erlan.

—¡Atrás! —gritó Erlan, arrastrando al conde hacia atrás—. ¡Atrás o le corto el cuello! —Supuso que los lanceros eran vasallos del conde que habían jurado hacer todo lo que estuviera en su mano para mantener con vida al viejo bastardo. No les favorecería en absoluto que un par de forasteros roñosos lo matasen.

El conde soltó un gruñido para demostrar su desafío a la amenaza, pero Erlan le hizo sentir el filo de su espada en la piel y el otro dejó de moverse. Kai estaba blanco por el terror, con la espada solo a medio desenvainar. Erlan maldijo para sus adentros. No podía permitir que matasen al chico.

—Soltadle, o vuestro señor morirá.

—No estás en posición de regatear, forastero —refunfuñó el conde.

Erlan soltó un bufido:

—Yo diría que me encuentro en una posición privilegiada, ¿no te parece? —Volvió a hacer presión con la espada y el conde soltó un grito—. Bien, vamos a quedarnos con nuestras armas. Y vosotros vais a soltar vuestras lanzas. O empiezo a pintar la nieve con la sangre de vuestro señor.

El conde giró la cabeza:

—Que te jodan, forastero. ¡Matad al crío y luego ensartad a este hijo de puta! Cuando pongáis su cadáver a los pies del rey, decidle que Bodvar Beriksson encontró al asesino de su hijo.

Uno de los hombres hizo una mueca de satisfacción. Erlan pudo ver cómo los nudillos se le marcaban al cerrar la mano en torno a su lanza. Kai soltó un alarido al sentir la punzada de la punta de la lanza.

—¡Espera! —gritó Erlan—. ¡Espera...! —El impaciente lancero se detuvo, pero mantuvo la posición de un perro que aguardase la orden de su amo—. No lo mates.

—¡Baja la espada, ahora!

Con amargura, Erlan lanzó su espada a la nieve. El conde Bodvar se puso en pie enseguida, y un segundo después le propinó un puñetazo a Erlan en la mandíbula. El dolor le hizo retroceder, y el conde lo aprovechó para recoger a *Cólera*.

—Buena espada —afirmó, admirando la empuñadura—. Estoy seguro de que el rey Sviggarr se alegrará de tenerla. Espero que tu chico se muestre también agradecido por salvar la vida.

Erlan soltó un gruñido y se frotó la mandíbula. En comparación con la pérdida de su espada, la gratitud del chico valía tan poco como una hoguera sobre la superficie helada de un lago.

Poco después, los dos compañeros estaban a horcajadas sobre sus caballos, atados como un par de gallinas camino del mercado. El aspecto de Kai era decididamente melancólico.

—Al menos vamos en la dirección correcta —murmuró Erlan.

—Tu maldito juramento —le espetó Kai—, por poco hace que me empalen como a un cerdo.

—Si tu amo le hace una jugarreta parecida al rey —dijo Bodvar—, te prometo, chico, que los dos seréis empalados.

Si su encuentro con Bodvar había comenzado con mal pie, el irritado estado de ánimo del conde hacía poco por mejorarlo. Se limitó a explicarles que el palacio de Sviggarr quedaba a dos días de viaje hacia el nordeste, tres si había nieve.

—Cuatro con vosotros dos montados en eso —añadió, lanzando una mirada mordaz a sus roñosas monturas.

Tenía razón. Era complicado mantener el ritmo de su escolta, y Bodvar se

impacientaba ante su lentitud. Cada día, al caer la tarde, el grupo buscaba refugio del frío en alquerías que encontraban por el camino. Bajo las leyes de Sviggar, la gente estaba obligada a proveer a los hombres del rey con lo que tuvieran, por poco que fuera. Las sobras que Erlan pudo llevarse a la boca después de que el conde y los lanceros hubieron comido eran muy escasas. Aun así, se sintió agradecido por el techo sobre su cabeza y el calor de una chimenea en condiciones. Suponían un buen descanso para sus huesos doloridos.

Pero su mente le concedía muy poca paz.

Tal vez Grimnar estuviera en lo cierto. «El destino —pensó—. La telaraña del destino». Ahora la sentía. Pues ahora no era solo su propio pasado el que le había guiado hasta allí, y el que se extendía ante él para dar forma al camino que debía recorrer. Daba la impresión de que los hilos de las vidas de otros hombres se estaban entrelazando con el de la suya, otros pasados y otros futuros. Deudas grabadas en la corteza del Árbol de los Mundos.

«Lo que ha de ser...».

El pasado, inalterable. El futuro, inexorable. La consecuencia de cada acto, ineludible.

A través de la oscuridad, vio el brillo de los ojos de Kai, despierto hasta bien entrada la noche. Sin duda, él también sentía ansiedad por el destino que les aguardaba en el palacio del rey de los sveärs.

Muy pronto, la espera habría terminado.

Al cuarto día, recorrieron las últimas leguas hasta el palacio de Sviggar. Un sol radiante iluminaba la tierra.

A medida que avanzaban, los pequeños grupos de transeúntes se transformaban en un pequeño arroyo, y luego en un auténtico río de gente. Mercaderes con carros cargados de pieles; siervos con mulas cargadas de sacos de grano; campesinas que más parecían fardos de lana que hubieran cobrado vida y que llevaban pescado seco en amazones montados sobre sus hombros. Por todas partes había niños jugando, hundiendo sus pies en charcos congelados. Guerreros y hombres libres pasaban a lomos de caballos, charlando y escupiendo y riendo, sin prestar atención a la gente humilde que avanzaba a su lado entre el fango.

Todos miraron fijamente al conde y sus hombres, con aquel oscuro forastero y su escuálido compañero en medio del grupo.

Desde las herrerías que flanqueaban el camino salía el ruido de martillazos. Erlan vio forjas encendidas, espadas a medio forjar en hornos de carbón, pilas de cortes de cuero, montones de broches toscos y poco elegantes. Había mujeres apiñadas bajo casetas con pesados fardos de lana para hilar amontonados sobre caballetes.

El aire rebosaba con el hogareño olor a hidromiel y cerveza de cebada que brotaba de las destilerías, a leche agria de las vaquerías, a caldos burbujeantes de las

cocinas, a serrín de las serrerías y los puestos de los carpinteros.

Erlan nunca había visto tanta industria. Ni siquiera podría haberla imaginado.

—¡Mirad allí! —gritó Bodvar—. Los Túmulos de Upsala. El palacio de Sviggar está detrás.

Erlan miró hacia donde le indicaba. Más allá de los afanosos artesanos, tres enormes montículos de tierra se recortaban contra el cielo de la mañana, cada uno de ellos tan alto como el más grande de los palacios, todos cubiertos de nieve, perfectamente redondos, completamente idénticos.

—¡Parecen tetas de gigante! —gritó Kai—. ¿Qué son?

—La razón para todo esto —dijo Bodvar.

—¿Para todo el qué? —inquirió Erlan.

—Todo lo que veis —respondió el conde, haciendo un movimiento con su mano para abarcar todo cuanto les rodeaba—. Hace mucho tiempo, los gobernantes de los sveärs eran meros jefes. Pero más tarde la semilla de Yng los convirtió en reyes. — Señaló con un gesto los tres montículos—. Aquí fueron enterrados tres de los reyes más poderosos. Desde entonces, ha sido el hogar del rey sveär. —El conde se inclinó y escupió—. Quien tenga la sangre de Yng, posee el derecho a gobernar.

—¿Sviggar pertenece a ese linaje? —preguntó Erlan.

Bodvar negó con la cabeza.

—El último rey Yngling falleció en el incendio de su palacio. —Soltó un gruñido y continuó—: Cuentan que la gente acabó odiándolo como a un furúnculo en las pelotas. Estaba loco. El padre de Sviggar, Ivar el del Ancho Reino, le arrebató el trono.

Erlan estaba a punto de hacer una nueva pregunta, pero sus palabras murieron antes de brotar de sus labios. Acababa de ver, delante de él, a través de una arboleda, un enorme palacio que se alzaba como una montaña hecha de roble.

—¡Mira eso! —exclamó Kai.

Tenía la altura de diez hombres. Cada una de sus vigas había debido ser hecha con un tronco entero, aunque ahora la madera estaba agrietada por el tiempo y el clima. El aguilon estaba lleno de grabados: bestias, guerreros, armas, cuernos, barcos, escudos, todo ello mezclado en un torbellino de movimiento, como si la madera estuviera en un tris de cobrar vida y de derramar una carnicería en el patio que había enfrente. Y encima de todo había un águila monstruosa, con las alas pintadas del negro de la medianoche, extendidas para alzar el vuelo. Pero la figura tenía cabeza de lobo, con crueles colmillos y ojos despiadados que escrutaban el horizonte; el rostro lobuno de Fenrir, el azote de Odín.

Debajo del águila, la gran entrada se abría como la garganta de un viejo gigante.

—Cierra la boca, forastero. —Se rio Bodvar—. Bienvenido al Gran Palacio de Sviggar.

Bodvar no perdió tiempo en encontrarles un lugar cómodo donde descansar antes de su audiencia con el rey.

Cómodo para las ratas.

Los arrojó a un sótano húmedo y oscuro, bajo una especie de almacén. O lo que había debido de ser un almacén en otro tiempo, pues ya no había nada allí, excepto unos tiestos rotos, un cubo que parecía agujereado y un brasero ennegrecido que no cumplía la función de mantener a raya el frío.

Al menos, Bodvar les había permitido retener sus mantos. Pero había sustituido las sogas que les ataban por grilletes de hierro. Y ahora permanecían sentados, maniatados con fuerza, hasta que al rey le apeteciera recibirlos.

Erlan supuso que no tendrían que esperar mucho.

La mandíbula le dolía por el puñetazo que le había dado Bodvar. La gruesa costra en el corte que le había producido Peñasco le picaba como si fuera un hormiguero. Sentía corretear los piojos por el pelo, que había debido coger en la cama de alguno de sus anfitriones. Incluso las cicatrices de sus manos consecuencia de la pelea con Konur estaban aún tiernas.

Aquello parecía haber sucedido en una vida anterior. La vida de algún otro.

«La vida de aquel otro hombre, Hakan».

Pero Hakan estaba muerto. «Murió con su hermana...».

Resultaba extraño sentir aquella separación. Quizá fuera la única forma de protegerle del dolor, de contenerlo dentro de la vida de otro. «De la muerte de otro».

No obstante, si el cuerpo de Erlan podía sentir dolor, eso significaba que aún estaba vivo. Albergaba dudas sobre si lo seguiría estando al día siguiente.

—Te hace preguntarte si es que nos hemos levantado en otro mundo —dijo Kai, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Eh?

—Este lugar. Ese palacio.

Erlan emitió un gruñido.

—Supongo. Sviggarr debe ser un gran rey.

—Sí —asintió Kai—. Y tú debes aprender la lección, amo.

—¿Qué lección?

—Sí, la de dejar todas tus absurdas nociones de juramentos secretos y cosas como esas. Di la verdad, y puede que ese viejo bastardo nos deje vivir.

Erlan soltó un bufido. ¿De qué le serviría la verdad en aquella tierra de extraños? Bodvar había tomado una decisión. ¿Por qué no iba el rey a hacer lo mismo? De todos modos, estaba dispuesto a tranquilizar a Kai.

—Si yo fuera tú, me preocuparía de mi propia vida.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—Tú fuiste el que quiso venir conmigo. Fue tu decisión. Si ahora no te gusta, la culpa es tuya.

—Sí, ya lo había pensado —repuso el chico, con tono compungido.

—Y más tarde o más temprano, este viejo rey dará a conocer su veredicto.

Ocurrió más temprano que tarde.

Fueron a por ellos al amanecer, los sacaron a empujones, húmedos y sucios, maniatados y con sacos cubriendo sus cabezas. Después del frío nocturno, Erlan sentía su tobillo dañado como si fuera una bisagra oxidada.

Mientras avanzaba cojeando, sin poder ver hacia dónde lo llevaban, percibía el intenso olor del cáñamo metiéndose en sus fosas nasales.

—Bodvar no había dicho que había capturado a un lisiado. —Se rio el guardia que lo llevaba, y le dio un empujón que le hizo caer de rodillas. El otro guardia soltó una risita mientras Erlan se incorporaba—. Sigue el ritmo del flacucho, vamos.

Erlan sintió el pinchazo de una lanza en su espalda y gimió, pero continuó adelante como mejor pudo hasta que el guardia le dio un brusco tirón para que se detuviera.

—Sígueme. —Era la voz de Bodvar—. Y tú también. —Kai soltó un gáñido—. Mantén la boca cerrada a menos que el rey te pregunte algo directamente.

Erlan recibió un nuevo empujón y no le quedó otra alternativa que seguir los pasos de Bodvar a oscuras.

La luz que atravesaba la capucha perdió intensidad. El aire parecía muerto. Debían de encontrarse en el interior de algún edificio, tal vez del propio Gran Palacio. Se preguntó qué grandezas podría haber visto de no ir encapuchado. Percibió olor a humo, aromas de cocina y el olor polvoriento del roble antiguo. Oyó voces femeninas, susurradas pero urgentes, y a continuación pisadas en el suelo de madera.

—Escalones —dijo el guardia, aunque lo hizo tarde. Erlan tropezó y se golpeó en la rodilla. Soltó una maldición en voz baja.

—Muévete —ordenó Bodvar—. El rey está esperando.

Tragándose el dolor, Erlan se dejó arrastrar por alguna clase de tarima. Ahora oyó voces masculinas murmurando. Y, entonces, de forma abrupta, callaron.

—Quitadles las capuchas —dijo Bodvar.

El guardia dio un tirón de los sacos y Erlan parpadeó de forma exagerada,



tratando de enfocar la mirada.

El aire era denso a consecuencia del calor. Lo primero en que se fijaron sus ojos fueron las llamas que danzaban en braseros en las esquinas de una amplia estancia. En las paredes distinguió tapices desgastados, banderolas de guerra y escudos.

Una gran mesa dominaba la habitación, y a ella estaban sentados un grupo de hombres vestidos con finas pieles, pese al calor. Su edad y el tono de su piel era muy variado, pero Erlan identificó enseguida al rey de los sveärs.

Lo primero que le llamó la atención fueron sus ojos, centelleando en la luz tenue, húmedos por el rocío de la edad. Sin embargo, aún había algo afilado en ellos. Su manto era de un tejido azul cielo, ribeteado con piel, y sobre su cabeza lucía una simple cinta de oro. Las arrugas agrietaban su rostro como si fuera la corteza de un roble.

«Así que este es el aspecto de un rey... —Como cualquier otro hombre—. Solo que este tiene mi vida en sus manos».

—¿Son estos? —preguntó el rey. Su voz, aunque sonaba gastada, poseía la marca de la autoridad.

—Lo son —respondió Bodvar.

—Ese no es más que un niño —dijo Sviggar, y señaló con un dedo a Kai.

—El criado del otro, sire.

—No parecen peligrosos.

—El chico no lo es. Pero este sí. —El conde empujó a Erlan hacia delante—. Dice ser un viajero que viene a ofreceros sus servicios. Pero su espada le delató.

—Eso dijiste. ¿Algo más?

—Hemos cruzado muchas veces el Bosque de Tyr. He enviado hombres hasta Vestmanland en busca de cualquier indicio fuera de lo habitual. En un mes, ninguno de ellos encontró nada. Hasta que tropezamos con estos dos.

El rey examinó a Erlan con su mirada descolorida.

—Mi conde cree que eres uno de los hombres de Harald Diente de Guerra. Que has venido para satisfacer la deuda de sangre que Harald considera que tenemos con él. —El rey se giró y sus consejeros se apartaron. Erlan vio que su espada estaba sobre la mesa. Sviggar pasó su mano sobre ella—. ¿No le basta a Harald con la sangre que ya se ha derramado? ¿Debe incluso quitarme mi propia semilla? —Con un repentino arrebató de violencia, golpeó la mesa—. ¿Asesinaste a mi hijo? —El silencio que siguió a su pregunta pesaba como el plomo—. ¿Y bien?

Al fin, Erlan habló:

—No sé nada de vuestro hijo. Ni de su muerte. Ni de ese rey Diente de Guerra.

—¿Eres tan ignorante que no has oído hablar del rey de los daneses? Lleva treinta años gobernando.

—He oído su nombre —aceptó Erlan—. Pero poco más que eso.

—¿Quién eres?

—Su nombre es Erlan —contestó Bodvar—. Pero se niega a decir de dónde es.

—¿Es eso cierto? —preguntó Sviggar.

—Lo es.

—La insolencia de un loco. —La voz pertenecía a un hombre joven que miraba a Erlan con el ceño fruncido desde el extremo de la mesa—. O de un idiota.

«¿Eres un tonto, mi amor?».

—Aquí no tienes amigos, forastero —añadió el hombre joven.

Bueno, eso no era del todo cierto. Aunque las expectativas de futuro de su único amigo parecían tan poco halagüeñas como las de un cerdo rechoncho en vísperas de fiesta.

Y las suyas no eran muy diferentes...

—Si el conde Bodvar ya os ha hablado de mí —repuso—, os habrá mencionado mi juramento: que nunca hablaré de mi pasado. Ni a los hombres ni a los dioses.

—¿Se supone que eso ha de hacernos confiar en ti? —inquirió el rey.

—Lo haga o no, estoy atado por el juramento que realicé.

—Imagino que te das cuenta de lo fácil que nos resultaría hacerte hablar. Con juramento o sin él, dispongo de hombres que podrían hacerte suplicar por contarnos lo que sea que nos ocultas antes de que el sol marque el mediodía.

—Esa decisión es vuestra.

El rey avanzó hacia Erlan.

—¡Mi hijo está muerto! —Abofeteó con su mano fibrosa a Erlan, con tanta fuerza que la cabeza de este se fue hacia atrás—. Si eres responsable, lo admitirás.

La perspectiva de servir a aquel hombre resultaba cada vez menos atractiva. Pero ¿por qué otra razón había venido?

Otro hombre tomó el turno de palabra, un tipo rubio, no mucho mayor que Erlan:

—Sire, ¿me permite hablar?

El rey accedió con un gruñido:

—Como quieras, Finn.

—Sabéis que quería a vuestro hijo como a un hermano. Si este hombre, o cualquier otro, fuera responsable, me alegraría de ver que Staffen era vengado. Pero yo estaba con él ese día. Fui el primero en llegar hasta él cuando... bueno, cuando fue asesinado. No vimos a nadie. Y nos encontrábamos a leguas de la aldea más cercana. Lo único que encontramos fue el asta. —Hizo una pausa, inseguro sobre si debía continuar—. Y luego están esos otros asesinatos...

—Desapariciones —le interrumpió el hombre que había hablado antes—. No asesinatos.

—Como digáis, lord Sigurd. Desapariciones —concedió Finn—. Pero quizás haya otra explicación.

—¿Alguien ha oído de un venado atacando a un hombre? —dijo lord Sigurd con escepticismo—. No hay forma de que mi hermano muriera así.

—Estaba pensando en otra cosa —repuso Finn—. En alguien... con la apariencia de un venado.

—¿Brujería, quieres decir? —Sigurd soltó un bufido de burla. Alguno de los otros secundó su risa—. Eso es aferrarse a cualquier cosa.

Finn se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero vuestro padre es un rey justo. ¿No es cierto, sire, que pretendéis encontrar al verdadero responsable?

Pero Bodvar había perdido la paciencia:

—Hombre o bestia, he registrado todo el territorio, sire. No puedo ofrecer otra cosa aparte de estos dos.

El rey Sviggar se rascó la barbilla.

—No debemos dar rienda suelta a semejantes ideas —dijo. Y luego se giró hacia Erlan—: Voy a preguntarte otra vez, forastero, y si quieres evitar que sospechemos, te defenderás. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

«No soy de ninguna parte. Ese otro hombre está muerto». Erlan dirigió una mirada triste a Kai. El rostro del chico era una máscara de angustia.

—No puedo responder, milord.

—Garantizas tu propia muerte si niegas la voluntad de un rey —dijo Sviggar, con tono agrio.

—De un rey estúpido, quizá.

—¡Vigila tu lengua, vagabundo! —exclamó Bodvar.

—No sé nada de Diente de Guerra —dijo Erlan, dirigiendo una mirada titubeante a Kai—. Pero... también nosotros hemos oído rumores, sobre un enemigo que se ha alzado contra vos.

Por detrás del rey, los consejeros intercambiaron miradas.

—¿Qué enemigo? —preguntó Sviggar.

Erlan hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No malgastaré palabras con lo que no sé con seguridad. Pero os juro esto: he venido aquí a servirlos. Sean quienes sean los enemigos a los que os enfrentáis, yo les haré frente por vos. No hablaré de mi pasado, pero comprometo mi futuro a vos.

Su voz sonó grandilocuente, pero Sviggar apenas pareció quedar convencido.

—Este lisiado se está mofando de ti, padre —dijo Sigurd, cogiendo a su padre por el codo—. Pordiosero o asesino, míralo. Su palabra no es mejor que la de una puta para un príncipe.

—De eso tú sabes mucho —replicó Sviggar, lanzándole una mirada fulminante a su hijo y dándole luego la espalda, con el ceño fruncido—. Dime, ¿posee alguna habilidad?

—Apostaría a que ha recibido entrenamiento —respondió Bodvar.

—¿Y?

—Tiene coraje —admitió el conde—. De no ser por su lealtad hacia este chico, yo podría haberme reunido ya con mis padres.

—Todos hemos oído cómo te venció, Bodvar —dijo Sigurd, con desdén—. No es que eso le haga merecedor de un puesto entre los hombres del rey.

—No estoy de acuerdo —dijo el rey. Bodvar hizo un gesto de agradecimiento, al tiempo que escondía su irritación—. La edad ralentiza incluso a los mejores, pero no a mi fiel conde de Vestmanland. Y en cuanto a ti... —Sus ojos acuosos se volvieron hacia Erlan—: ¿Tengo que decidir yo si eres un instrumento de Diente de Guerra o una bendición inesperada y no solicitada? —Su boca se torció en una mueca de ironía—. ¿Bien? ¿Debemos tomarte por un regalo de los dioses, caído del cielo? Seas lo que seas, has venido bien disfrazado.

—Un extraño disfraz. —Se rio Finn—. Los dos apestan peor que las mofetas.

—Padre, no puedes permitirte la opción de equivocarte —le urgió Sigurd—. Siempre fuiste muy blando con Diente de Guerra. Y, sin embargo, él te acusa de ser un usurpador. Como el rey Bastardo. —Un murmullo de turbación brotó de entre los consejeros—. La muerte de Staffen es como música para sus oídos.

—No digas una palabra sobre mi hijo —susurró Sviggar, con tono amenazante.

—Staffen también era mi hermano —repuso Sigurd, dolido—. Diente de Guerra y el resto del linaje de Autha no olvidarán su enemistad hacia nosotros, por mucho que tú sí lo hagas. —Señaló con el índice a Erlan y añadió—: Deberías matarlo. Si no fue él, utilízalo como ejemplo. Envía el mensaje de que no consentirás ninguna amenaza contra tu trono o tu sangre. Y si lo hizo, entonces morirá por el daño que nos ha causado a todos.

—Os aseguro que ningún hombre fue responsable —insistió Finn.

Sigurd perdió la paciencia y se volvió hacia él:

—Deberías conocer cuál es tu lugar, vasallo.

Bodvar se interpuso entre los dos jóvenes:

—Sire, aunque reconozco que es inusual, en esta ocasión estoy de acuerdo con lord Sigurd. Esto huele a obra de Diente de Guerra...

—Lord —interrumpió Erlan—, no soy culpable de la muerte de vuestro hijo. Mi pasado no tiene que ver con vos, os lo aseguro. Y aun así el tejido del destino me ha traído ante vos. El porqué, no lo sé. Quizá sea una ofrenda de los dioses. Si es así, sin duda sois demasiado sabio como para destruir el regalo.

Sviggar resopló.

—Lisonjas que nada me importan. ¿Qué sabes tú de mi sabiduría?

—Emplea palabras ambiguas para salvar su vida. Si es tanpreciado para los dioses, hagamos de él una ofrenda para ellos —dijo Sigurd, con una risotada de desprecio.

—Los dioses saben que mi vida vale muy poco —repuso Erlan—. Pero no estoy dispuesto a perderla por culpa de la estupidez de otro hombre. Sea lo que sea lo que mató a vuestro hijo, juro por esa espada que no fui yo.

—Yo también lo juro —gritó Kai.

—¡Silencio, chico! —le espetó Bodvar, y le propinó una bofetada.

—Ha existido odio entre el linaje de los Autha y el mío durante demasiado tiempo —dijo el rey, con calma—. Y, sin embargo... sin embargo, Harald «sería

capaz» de esto. —Se frotó la sien con el pulgar, del que le faltaba un trozo—. Pero también está esta otra cosa, esta... «sombra»... —Fue hacia la mesa y empuñó a *Cólera*, la desenvainó y la hoja centelleó, y, de repente, su punta estaba rozando la garganta de Erlan.

—Mi hijo tiene razón. No puedo arriesgarme a equivocarme.

—¡Esperad! —gritó Erlan.

—¡Amo! —chilló Kai, ganándose otra bofetada de Bodvar.

—Te honraré haciéndolo yo mismo, y con tu propia espada. Sujetadle.

Varias manos fuertes lo agarraron y una bota golpeó la zona posterior de sus rodillas. Erlan cayó de rodillas. Unos dedos como tenazas le hicieron agachar la cabeza.

—¡Que no se mueva!

Kai empezó a gimotear.

«Así que, después de todo, el rey es un estúpido. Él y yo, los dos, y el amor, el honor, la sangre y los juramentos. ¡Todo este mundo apestoso es una broma salida de la mente de un estúpido! ¡Que Hel nos lleve a todos!».

Con el rabillo del ojo vio que el rey se colocaba en posición, oyó el silbido de su manto cuando el monarca lo echó hacia atrás por encima de su hombro.

Luego sintió el frío beso del acero en su cuello, cuando el rey midió el golpe. De pronto, la espada se retiró. Erlan esperó el fin, mientras una náusea vertiginosa se apoderaba de su cuerpo.

—Inga —murmuró, deseando sentir su nombre en los labios una última vez.

Esperó. El momento pareció llenarse de eternidad; cien mil vidas cabrían en el lapso de tiempo que iba desde que la espada se había alzado hasta que volviera a caer.

Pero el golpe nunca llegó a producirse.

—¿Qué es esto?

Erlan giró la cabeza y vio que Sviggar estaba examinando con los ojos brillantes la empuñadura de *Cólera*.

—Tráelo aquí.

El guardia dudó.

—¡Que lo levantes! —Sviggar colocó la empuñadura de *Cólera* ante la cara de Erlan—. ¿Qué es esto? —Señaló una hendidura en el más amplio de los dos anillos que formaban la pieza—. Este grabado, un águila con cabeza de lobo, ¿lo ves?

—Sí —asintió Erlan.

—¿Qué significa?

Erlan titubeó, aún tratando de recuperarse.

—En el lugar del que vengo, es un símbolo que gusta a los herreros.

—Pero ¿no significa nada?

Erlan sabía exactamente lo que significaba: era la marca de los Vendling, su linaje, que se extendía a través de sus padres, y de los padres de sus padres, hacia las brumas del pasado, hasta Vendal el Gris, que había navegado hacia el sur.

—Es la marca de mi sangre. No puedo decir más.

La expresión de Sviggar se endureció. Volvió a su asiento del consejo y sacó otra espada del respaldo, y la desenvainó. El resplandor del fuego destelló en una hoja para nada inferior a *Cólera*. Extendió el brazo y dejó la punta a escasos centímetros de la nariz de Erlan.

—El *Azote de Bjarne*. Los reyes sveär han empuñado esta espada desde hace generaciones. Mi padre la cogió de la mano inerte de Ingiald, el último de los Yngling. Ahora es mía. —De repente, bajó la espada y mostró la empuñadura—. Mira. El mismo lugar. La misma marca. No son similares. Son «exactamente» iguales. —Erlan miró lo que le indicaba. La marca estaba allí, idéntica a la primera—. Esta es la marca de los sveärs. Y tú no eres un sveär.

—No, milord.

El viejo rey soltó una carcajada áspera que resonó en su pecho.

—Es una señal —gritó—. ¡Un presagio! —Le dio una palmada en el hombro a Erlan—. No sé por qué has venido, forastero. Tal vez pertenezcas a un linaje hermano y nosotros compartamos algo de ese oscuro pasado tuyo. —Realizó un gesto de asentimiento—. Sí, te perdonaré la vida. Puedes servirme. —Kai soltó un suspiro interminable, y a Erlan poco le faltó para hacer lo mismo—. Además, da mala suerte obligar a un hombre a romper su juramento. Y manchar mis manos con la sangre de un regalo de los dioses solo provocaría que una maldición pendiera sobre mi cabeza. Por si no hay ya suficientes, ¿eh, Bodvar? —Miró al conde y a los otros en espera de una respuesta, pero a sus consejeros les costaba compartir su alegría—. Mantén tu juramento, forastero, y añade otro. —Hizo un gesto para dirigirse a los hombres de Bodvar—. Soltadle.

Los guardias obedecieron y Erlan volvió a caer de rodillas, por tercera vez en lo que iba de mañana.

—Os juraré lealtad, milord.

—Sire —empezó Bodvar—, yo no os aconsejaría...

—Lo sé, mi buen Bodvar. Pero mi decisión está tomada. Es una señal, ¡te lo aseguro!

—Como gustéis, sire —aceptó el conde, aunque su expresión era de desconfianza.

El príncipe Sigurd se giró, sin molestarse en disimular su disgusto.

—Tú, da un paso adelante —dijo el rey, dirigiéndose por primera vez a Kai—. ¿Tu nombre, chico?

—Disculpadme, no soy un chico, mi señor rey, sire. —Kai se acercó un poco más—. Tengo casi dieciséis inviernos a mis espaldas. Me llamo Kai, hijo de Askar. Tengo la sangre de los godos.

—Bueno, perdóname, Kai, hijo de Askar. —Se rio Sviggar—. Eres un hombre, es evidente. Y un godo, ¿eh? ¿Puedes sostener una espada?

—Tan bien como cualquier hombre.

—Todo un héroe. —Sonrió Finn.

Kai le dirigió una mirada mordaz.

—Bueno, milord, es cierto que aún no he participado en una batalla ni en un muro de escudos ni en nada semejante. Pero sé de lo que soy capaz.

—¡Ja! Está claro que sí. Bien, habrá tiempo para eso, muchacho. ¿Puedes hacer algo más?

—Tiene un don para cantar, milord —dijo Erlan.

—¡Que los dioses nos libren! Otro condenado juglar, ¿es eso? Este palacio está infestado de juglares que se beben mi cerveza y se acuestan con cualquier criada que se les cruza por delante. —El rey contempló a Kai—. Aunque tú pareces todavía demasiado joven para eso.

—Con mis respetos, milord: no soy demasiado joven para nada.

—¡Cuántas prisas, muchacho!

—Haré frente a cualquier cosa que me surja en el camino, milord.

—Yo no diría eso demasiado alto. Algunas de nuestras mujeres podrían tomarte la palabra. Veamos, forastero —dijo Sviggar, girándose de nuevo hacia Erlan—. Mantén tu espada y tus secretos. Si eres honesto y demuestras voluntad, podrás comer en mi mesa, luchar por mi honor y morir a mi servicio. —Le ofreció la empuñadura de *Cólera* y Erlan la cogió.

—Así lo haré, milord.

—De acuerdo. Entonces, aquí está mi mano.

Erlan hincó una rodilla en el suelo y se inclinó hacia la vieja garra agrietada del rey.

—Lord Sviggar, rey de los sveärs, juro lealtad a vuestra persona, vuestra corona y vuestra sangre.

—Excelente. Que todos los que estamos aquí podamos comprobarlo.

Y así, Erlan consiguió un nuevo señor al que servir.

Lilla aspiró hasta llenar sus pulmones de humo y cayó hacia atrás, contra el tronco de un árbol. La corteza era dura, pero le resultaba tan familiar y reconfortante como los brazos de una madre.

Alzó la vista para mirar el cielo medio iluminado a través de las ramas del anciano fresno. El árbol llevaba allí más de una docena de generaciones, según le había contado su madre. Cuando sus ojos vagaron por las largas y profundas grietas de la madera y las ramas retorcidas, no le costó creer que realmente era tan viejo.

«Más aún. Viejo como la tierra. Viejo como el mundo».

Cerró los ojos y sintió cómo el humo llenaba su sangre y se filtraba en sus músculos. Empezó a notar que sus extremidades se volvían ingravidas. Pronto alzaría el vuelo.

Expulsó el humo a través de sus fosas nasales, mientras oía el chasquido de las semillas en la cazuela, y dejaba que los hilillos de humo flotaran en la penumbra. Entre las copas de los árboles, el rocío de la noche se aglomeraba para formar la bruma. El anochecer, la frontera entre la noche y el día, el momento de cruzar. El momento de deslizarse entre mundos.

Extendió el brazo y cogió de su bolsa otro pequeño puñado de hebras secas. La Hierba de Urtha, la flor del destino. La llave que abría los secretos caminos de Yggdrasil. Las lanzó a la cazuela y las vio brillar, arrugarse y luego transformarse en cenizas. De repente, el pequeño montón prendió y el humo comenzó a brotar en grandes cantidades. Lilla inclinó la cabeza e inhaló, sintiendo esta vez un torrente de aire en las yemas de sus dedos y cómo los bordes de su cuerpo empezaban a disolverse.

Se tumbó sobre su manto de piel. El frío ya no podía afectarle. La ingravidez inundó sus huesos. Recitó las palabras, tal y como su madre le había enseñado a hacerlo. Aunque, al final, su madre ya no necesitaba la ayuda de Urtha para penetrar en el mundo entre mundos y cabalgar en el corcel de Odín. Sus palabras y su voluntad eran suficiente.

—Un día tú también podrás —le prometió, aunque nunca dijo cuándo. Ahora ya nunca lo diría. Habían pasado cinco años desde que la habían enterrado. Cinco años desde que había abandonado a Lilla, dejándola medio enseñada, medio preparada.



«Medio conocedora».

La reina Dalla era de las Tierras Dale, cuya gente, aseguraba ella, estaba más próxima a la tierra que las gentes de otros lugares. Conocían los secretos del bosque, de los ríos y las montañas; guardaban los conocimientos de los pájaros y las bestias; entendían los mensajes de la tierra y el cielo.

—Cada cual debe descubrir su destino a través del espejo del tiempo —decía—. Pero los Dale no. Nosotros rompemos el cristal del espejo y cabalgamos los vientos del destino como hacen las águilas.

Lilla solo lo entendió a medias. Pero Dalla insistió:

—Los Dale también están en tu sangre.

Lilla tenía doce años cuando su madre comenzó a enseñarle. Pero después de tres cortos años se encontró sola. Se recordaba corriendo de vuelta a palacio. Gritando. Pero nadie pudo hacer nada. El cuerpo sin vida de su madre yacía junto al fresno, y su espíritu ya lo había abandonado para siempre. «Pero ¿adónde había ido?». Quizás algún día Lilla la encontraría en alguno de los Nueve Mundos... Quizá, si la buscaba el tiempo suficiente.

Pero tal vez simplemente estaba negándose a admitir la verdad: que su madre no quería volver. Que amaba los otros mundos más que el suyo. Y, a veces, Lilla no la culpaba por ello. A veces resultaba difícil amar este mundo. Los lugares que ella había visto eran mucho más maravillosos que este. Aquí, estaba atada por el tiempo, su nacimiento y la tradición. Aquí, sabía que el propósito de su vida era ser un día la esposa de un rey, y más tarde madre de reyes. Aquí, el amor siempre la abandonaba a favor de la muerte. Pero allí... allí, era libre. Allí, podía flotar tan alto como las estrellas. Allí, «todo era amor».

El mundo más allá del velo, lo llamaba su madre.

—Aquí está la verdad, mi Lilla —le había susurrado, mientras las dos contemplaban el anciano fresno—: La vida que vives es solo una hoja en el árbol. En esa pequeña vida existe toda la vida: la raíz, la rama, la tierra y el cielo. Todo ello afecta la forma en que la hoja ha de crecer. Todo es destino. ¿Lo comprendes? —Lilla había asentido, comprendiendo solo a medias—. Te mostraré cómo montar sobre el Árbol de los Mundos.

El espíritu de Lilla ya estaba volando, su voluntad ascendía y ascendía, como Skinfaxi de la Crin Brillante, tras el sol moribundo, arrastrando el manto de la noche tras ella. Su corazón cantaba mientras las estrellas relucían por encima de ella, las nubes se deslizaban a izquierda y derecha, empujadas por el viento, brillantes bajo la luna creciente. Lilla giró en el viento frío. Sintió una oleada de regocijo, un éxtasis de alegría al dejar atrás la estrecha prisión que era su cuerpo. Ya no volaba en el cielo: ella «era» el cielo, claro y brillante y puro.

Pero entonces percibió algo a lo lejos, al este. Un punto minúsculo en el horizonte, como una lágrima negra. Al verlo, una parte de ella se estremeció. «Pero el miedo no tiene sitio en este mundo». La lágrima aumentó de tamaño, primero para

convertirse en una mancha, luego más grande, hasta extenderse por todo el cielo. Con ella, aumentó también el temor de Lilla. Huyó de la ondulante negrura, pero la oscuridad avanzaba veloz y se alzó sobre ella en una ola más alta que la más alta de las estrellas, bloqueando cualquier atisbo de luz. El pánico la invadió como un veneno al ver que la oscuridad era bruma, espesa y negra como la muerte, y que lo envolvía todo. De repente lo supo: aquello era una niebla repugnante salida de las entrañas de Niflheim, la tierra de la bruma, el único mundo que le estaba prohibido. La esperanza murió en su corazón, y cuando la oscuridad la alcanzó, abrió la boca y gritó.

Se incorporó con brusquedad. Una paloma sobresaltada aleteó entre las copas de los árboles. Estaba de vuelta en el Bosque de los Reyes, pero los horrores de lo que había visto en la bruma aún azotaban su mente como escorpiones. El fuego todavía ardía a su lado. No podía haber estado fuera mucho tiempo. De forma instintiva, tanteó con la mano en busca de la calabaza que había dejado preparada para su regreso. Tenía la garganta seca, como ceniza. Vació la amarga bebida, que serviría para atar su espíritu errante.

Por ahora.

Dejó caer la calabaza, con mano temblorosa. Fijó su mirada en la mano hasta que fue lo único que vio: la carne de sus dedos, el resplandor de los anillos de plata. Respiró con más facilidad ahora, a medida que las horribles visiones perdían consistencia y se iban convirtiendo en un recuerdo.

De repente, sonó en la distancia un cuerno; tres notas, cortas y nítidas. Reconoció la llamada enseguida y se echó a reír, contra su propia voluntad. «Quizás haya ciertas cosas por las que merezca la pena permanecer en este mundo». La llamada era para ella. Desde que era niña, su padre había hecho sonar aquel cuerno para convocar a sus hijos y que volvieran a casa. La mayoría de los padres habrían dejado de hacerlo hacía mucho, pero él no. Él la conocía demasiado bien.

—Si fuera por Lilla, viviríamos en el bosque como una manada de lobos —solía decir para burlarse de ella.

De manera insegura, se puso en pie y se limpió la suciedad que se había adherido a sus manos.

Era hora de colocarse su máscara una vez más.

Los fuegos y las sombras de los palacios de las Tierras Altas le provocaban cierto consuelo tras el terror que había experimentado en la bruma, pero para cuando estuvo en su habitación, cepillándose el pelo enredado, un temor diferente comenzó a apoderarse de ella.

Con Staffen muerto, ¿con quién podría hablar ahora? Al menos él había sido

capaz de hacerla reír, y la risa aliviaba su soledad. Lo cierto era que Staffen había sido el único capaz de hacer reír a todos.

Al desaparecer él, se había instalado en el lugar una atmósfera adusta. Estaba el boato del duelo, pero había algo más. Una parte de cada uno de ellos había muerto con él. Como si Staffen hubiera sido el eje de la rueda. Sin él, ¿durante cuánto tiempo podría girar la rueda antes de caer y romperse?

Su padre, bajo su aspecto frágil del exterior, era un hombre afectuoso. Pero no tenía paciencia para mantenerlos unidos a todos. Si su madre estuviera aún viva, ella podría haberlo hecho. En su lugar, tenían a Saldas...

Aquella extraña mezcla de sentimientos disonantes, otra vez. Habían pasado tres años, o más incluso, desde que su padre tomó a Saldas como esposa. Lilla todavía recelaba de ella. Y estaba celosa también, quizá. Sin embargo, había algo en ella... Tal vez solo se tratase de lo mismo que embotaba los sentidos de todos los hombres a su alrededor...

Pero algo en Lilla quería alcanzar más allá de su hermoso exterior. Alcanzar el interior de Saldas, donde estaba segura de que ardía una pasión abrasadora. Una pasión rara vez vista, una llama hacia la que se sentía atraída, que ansiaba alcanzar y tocar. Se preguntó cómo sería sentir el calor del amor de Saldas. Pero Saldas se limitaba a comportarse con frías formalidades, sin ofrecer ninguna calidez en sus palabras.

La cabeza le palpitaba a consecuencia del humo. Se sentía más sola que nunca.

—Lilla, mi niña, ¿estás preparada? —Era la voz de su padre a través de la puerta de su habitación—. Es la hora.

—Solo un momento, padre.

Se colocó el manto bordado sobre su vestido negro. Su esbelto reflejo destelló en el espejo de bronce. Su padre esperaba de ella que presentase un aspecto radiante siempre que la convocaba a la mesa de banquetes, pero eso nunca alteraba sus apagados ánimos. Se ajustó los broches sobre los hombros.

«Oh, con esto tendrá que bastar».

Con un suspiro, se echó la coleta hacia atrás y salió de la habitación.

Unos momentos más tarde, se había unido al séquito de su padre, que se había reunido antes de entrar en el salón.

Su padre estaba hablando con el conde de Vestmanland, cuyo rostro parecía hecho de cuero. Su hermano estaba de espaldas a ella, conversando en susurros con su criado. Varios otros hombres se giraron y la saludaron. Les respondió a todos con una palabra.

—¡No, no, no! ¡No lo haré, no lo haré! —Los gritos resultaban vergonzosamente altos. Todos se volvieron para ver a Svein, el hijo de Saldas y su padre. Era todo rizos oscuros y ojos verdes, sobrecogedoramente hermoso. Pero también era una constante amenaza con un temperamento propio de un cazo hirviendo.

—Harás lo que se te dice, pequeña bestia —le dijo Saldas, agachada junto a él y

tratando de ajustarle el cinturón—. Bien, ya está. No lo toques más. —En cuanto lo soltó, el niño desabrochó el cinturón y lo dejó caer al suelo, haciendo sobresalir el labio inferior para mostrar su desafío.

—Si no lo llevas en la cintura, ¡veremos si te gusta sentirlo en el trasero! —Su madre lo sujetó por el cuello, le obligó a agacharse y habría empezado a azotarle de no ser por la intervención de Lilla.

—Así solo consigues que sea más cabezota —dijo—. Déjame intentarlo. Por favor.

Saldas frunció el ceño, exasperada, dejó el cinturón en su mano y fue a reunirse con su esposo.

—Es muy mala. —Gimió Svein—. ¡Me odia!

—No, no te odia. Solo quiere que estés bien vestido —dijo Lilla, y le limpió las lágrimas de rabia que resbalaban por sus mejillas—. ¿Me dejas que te lo ponga?

—¡Es que me pincha! ¡Lo odio!

Lilla puso su mano en la mejilla del niño.

—Lo ajustaré para que no te pinche. —Svein negó con la cabeza y se cruzó de brazos—. Escucha: si eres bueno, mañana te llevaré conmigo al bosque. Incluso podríamos encontrar arándanos, si tenemos suerte.

La expresión del chico se suavizó.

—¿Arándanos?

—Conozco el lugar perfecto.

Con algo más de persuasión, Svein cedió y Lilla le abrochó el cinturón, con cuidado de no pincharle.

—Ese mocoso necesita una buena tunda, no los mimos que tú le das.

Lilla levantó la vista y vio a Sigurd a su lado.

—Ya habrá tiempo de sobra para los golpes cuando crezca. Debes ser cariñoso con los niños, o su espíritu se corrompe.

—La ternura es debilidad —le espetó Sigurd, y se alejó de ella, sin interés alguno en su posible respuesta.

«Entonces tú eres el hombre más fuerte que hay en este palacio, hermano».

Se oyó un golpe repentino y Lilla se incorporó. En la entrada del salón principal, Vithar, con su barba blanca, golpeaba su bastón contra el suelo. Lilla se alisó los pliegues de su vestido.

Era la hora.

Erlan contempló el mar de rostros, con su espalda contra la pared. El murmullo de las conversaciones zumbaba en la estancia, y el eco de las carcajadas ascendía hacia las vigas, manchadas de humo.

La mayoría de los presentes eran hombres, con aspecto de guerreros o granjeros. Pero había también unas cuantas mujeres, quizás esposas de los hombres que estaban a su lado.

Todos ellos esperaban.

Esperando la noble compañía del rey para sentarse a la mesa que ocupaba todo el largo de la tarima que había en un extremo del salón. Detrás de la mesa se hallaba la silla más grande que Erlan había visto jamás, imponente, vacía y cubierta de elaborados grabados. A un lado reconoció los escalones contra los que se había golpeado la rodilla.

Resultaba extraño haber estado a milímetros escasos de la muerte y ahora, cuando el sol aún no se había puesto, estar a punto de realizar su juramento de fidelidad al rey en un salón lleno de desconocidos. De no ser por la agudeza visual del rey, ahora estaría reunido con sus antepasados. En lugar de eso, había obtenido lo que quería. Un techo. Una mesa. Un lord al que servir.

Y, sin embargo, todavía se sentía vacío.

¿Había sido un ingenuo al pensar que encontrar a un lord podría mitigar el negro abismo de dolor que había en su corazón?

Se hallaba entre gente desconocida. Pero, en realidad, era él el desconocido.

Trató de recordar los banquetes en Vendlagard, cuando se sentaba junto a medio centenar de amigos y familiares, con los rostros colorados por efecto de la cerveza, los ojos brillantes por las risas. ¿Qué habría visto un extraño en aquellos rostros? ¿Una mesa acogedora? ¿Una mano tendida? ¿O tan solo la marca de la muerte que les hacía sombra a todos ellos? ¿O, detrás de cada cara sonriente, un asesino, o la madre de un asesino, o el hijo de un asesino?

Eso es lo que él veía, en aquel salón magnífico, entre aquellos nobles sveärs. Rostros de asesinos en torno a él, rostros duros y hostiles.

«Todos ellos».

Paseó la mirada por el salón.

«Bueno... todos menos uno».

—No sé cuántos erizos tuvieron que matar para hacer esta camisa interior —se quejó Kai, rascándose de forma incesante.

—¿Puedes estarte quieto? La gente pensará que tienes la peste.

—Hay unas cuantas chicas aquí que no me importaría que me la contagiasen —repuso Kai, lanzando una mirada lasciva a una criada que pasaba en ese momento por delante de ellos, y que le respondió con una risita.

Dejando aparte sus picores, Kai parecía un hombre nuevo. Su pelo recién lavado relucía a la luz de las antorchas, y vestido con los calzones y la vieja túnica que Finn, el guardaespaldas de Sviggar, le había dado esa tarde, parecía casi presentable, a pesar de sus mejillas hundidas. Habían arrojado sus ropas al fuego.

Finn había hecho otro tanto por Erlan, y, aunque sus calzones le quedaban algo grandes y su túnica era tan calurosa como para derretir el hielo, se sentía agradecido por estar otra vez limpio. Se había frotado la cara hasta que el agua se volvió negra. Después, tras haber recortado su barba, había hecho que Kai le cepillara el pelo hasta arrancarle hasta el último piojo antes de volver a peinárselo en una coleta. No había tenido tan buen aspecto desde su propia Fiesta del Juramento.

La noche que Inga...

—Ese hijo de puta estaba mintiendo, ¿verdad? —susurró Kai cuando otra criada pasó ante ellos, rompiendo la corriente de pensamientos que siempre parecía atraparle. Kai le dio con el codo en el costado, impaciente por una respuesta, sin percibir la mirada severa de su amo—. ¿Qué te pasa?

—No importa.

—Como quieras —dijo Kai, con una mueca de desinterés—. Oh, aquí vamos a estar bien, ¿verdad que sí? —Complacido con la perspectiva, se dio a sí mismo una fuerte palmada.

—¿Qué diablos ocurre contigo, chico? —dijo el hombre que estaba al otro lado de la mesa, interrumpiendo su conversación—. Si tienes tantas pulgas, ¿por qué no vas a comer con los demás perros?

—Por supuesto —respondió Kai—. Vos también deberíais venir. He visto que hay una pocilga preciosa, y con esa cara seguro que encajáis allí a la perfección.

La piel del hombre estaba llena de marcas de viruela, y había un par de llagas cerca de su boca que supuraban pus a su bigote, y una de sus cejas estaba cortada por una gran cicatriz. No era el tipo de cara de la que un muchacho hacía bien burlándose.

—Cierra la boca, imbécil, o encontrarás mi puño dentro de tu bocaza.

—¡Qué alivio!

—¿Eh?

—Por un momento, había pensado que me llenaríais de pus.

Se oyó un ruido de pies que se arrastraban, y un instante después el hombre se había inclinado por encima de la mesa y había agarrado a Kai para tirar de él. El resto

de los presentes se quedaron petrificados.

—Déjalo en paz —gruñó Erlan, con la punta de su daga en la garganta del hombre—. Está conmigo.

—¿Y quién coño eres tú? —dijo el tipo, con los ojos llenos de malicia.

—Un hombre que sostiene un cuchillo en tu cuello, eso es lo único que necesitas saber.

—Un hombre que no tiene amigos, eso es lo que eres.

—Nosotros tres nos las arreglamos bastante bien —repuso Erlan, indicando con un gesto a Kai al tiempo que apretaba ligeramente el cuchillo contra la piel del otro. La nuez del hombre subió y bajó en su cuello de forma ostensible—. Y no veo que tus amigos muevan un dedo por ti.

De repente, tronó un pedo en el otro extremo del banco.

—¿Qué tal un comentario salido del culo? —sugirió el hombre sentado a la izquierda de Erlan, mientras se rascaba la nariz con aire relajado—. Eso es lo más inteligente que he oído decir.

Erlan lo miró. El tipo tenía una barriga enorme y redonda, las mejillas rojas como dos rodajas de ternera, y una mirada irónica en los ojos.

—¿Sabéis? Puede que tengáis razón. —Erlan retiró un poco su daga—. ¿Bien?

El hombre con la cara marcada de viruela realizó un gesto reticente de asentimiento y soltó a Kai.

—Por los ahorcados, Einar, apestas más que el aliento de Hel.

—Puedes echarle la culpa a la cocina de mi esposa.

Se oyeron unos golpecitos al fondo de la sala.

—Nuestro noble señor viene a plantar su noble trasero en su silla —dijo Einar, guiñándole un ojo a Erlan. El salón quedó en silencio. Todos se pusieron en pie cuando Sviggar y su séquito entraron, tomando uno por uno su sitio en la mesa.

Al principio, fue el rey el que captó la atención de Erlan. Incluso desde donde estaba, se apreciaba en él el aire de un hombre con autoridad. Era alto y caminaba sorprendentemente erguido para tener tantos inviernos a sus espaldas.

Erlan quería echar un vistazo al resto de los nobles que iban entrando, pero su mirada no llegó a pasar de la figura que seguía al rey.

Nunca había visto a alguien parecido.

La joven era algo imposible.

Pasmoso.

Alguna criatura mítica salida de los cuentos antiguos, o incluso de otro mundo. Ninguna mujer de carne y hueso podía hechizar la mirada de tal forma. Su cuerpo se movía como un lince merodeando por el bosque. Hermosa. Peligrosa. Vestía una túnica de seda negra y azul que se adhería a su cuerpo como la piel de una víbora. Su melena negra caía, suelta y reluciente, sobre uno de sus hombros.

La observó mientras se sentaba, cogía una copa de vino y se la llevaba a los labios. Luego la joven se echó hacia atrás, recorriendo con un dedo, con gesto

lánguido, su clavícula, como si pudiera percibir el peso de la mirada de Erlan, y de todos los demás hombres, justo en ese punto de su cuerpo.

—Ya podéis sentaros. —Erlan bajó la mirada y descubrió la sonrisa de Einar. Miró luego a su alrededor y se dio cuenta de que todos estaban otra vez sentados. Los imitó apresuradamente—. ¿Algo ha captado tu atención?

—No, es solo que... Mi mente estaba en otra parte.

—Entre un buen par de tetas, ¿quizás?

—Al menos tenéis buen gusto, amo. —Sonrió Kai—. Empezaba a dudarlo.

—¿Solo porque no saltaría sobre una cabra, como harías tú?

La sonrisa de Kai se desvaneció, y Erlan se sintió repentinamente idiota.

—No te metas con el chico —dijo Einar—. No tienes que avergonzarte. La reina suele producir ese efecto en los hombres. Sí, no puedes criticar al viejo verde de Sviggar. Considera que un rey se merece lo mejor, y vaya si lo cogió. —Chasqueó los dedos para llamar a una criada que cargaba con una jarra—. Vamos, presentémonos tal y como debe hacerse. —La criada llenó sus copas y Einar ofreció un brindis—: ¡Por una larga vida!

—Por una larga vida —repitieron los otros, entrechocaron sus copas y dieron un trago.

—Aunque he oído que esta mañana la vida estuvo a punto de ser lamentablemente corta para ti —añadió Einar.

—Supongo que Sviggar decidió que le somos más útiles vivos que muertos.

—No gracias a ti —comentó Kai.

—Habría sido estúpido por su parte matarnos.

—Incluso los reyes pueden ser estúpidos —dijo Einar—. Tuviste suerte. Lo cierto es que a la gente le gusta conocer la historia de un hombre. He oído que no estabas muy dispuesto a hablar de la tuya.

—Oíste muchas cosas.

—En palacio nadie va a cagar sin que todo el mundo se entere de ello.

Erlan refunfuñó.

—¿Y bien, vuestros nombres?

—Erlan. Este es Kai.

—Yo soy Einar.

—¡El Barrigón! —apuntó el hombre marcado de viruela.

—Si lo prefieres así. —Sonrió Einar—. Mi esposa no se siente orgullosa del nombre, pero ¿qué se le va a hacer? Un hecho es un hecho. —Gesticuló hacia el otro—: Este atractivo diablo es Aleif Mejillas Coloradas.

Aleif lanzó una mirada hostil a Einar, pero este se limitó a ignorarle.

—Ahí tenéis a Jari Lengua de Hierro —siguió indicando—. Ivald Agnisson; Eirik el Martillo (el apodo se lo pusieron las criadas). Y Dofri, Gloinn, Flok. Y podría seguir. Pero ya los iréis conociendo.

Aquellos que habían oído pronunciar su nombre, dirigieron un gesto de saludo a



los recién llegados.

—No se me dan bien los nombres —dijo Erlan—, pero nunca olvido una cara.

—¡Varios de estos pobres bastardos son tan feos que desearías poder hacerlo!

Erlan rompió a reír.

—Y dime, amigo, ¿qué te ha traído al palacio de Sviggar?

—¿Acaso eso no lo has oído?

—Preferiría oírlo de tu boca —repuso Einar.

—Hemos venido para ofrecer nuestros servicios al rey.

—¿Qué tipo de servicios?

—Bueno, no hemos venido a limpiarle el culo. Oímos decir que había problemas en su reino. Mi espada por su comida. Ya sabes cómo funciona.

—¿Y él?

—Tiene sus habilidades —dijo, guiñándole un ojo a Kai, y al chico se le iluminó la cara.

—Una pareja encantadora. Y sobre esos problemas de los que habéis venido a salvarnos, ¿qué habéis oído? —preguntó Einar, inclinándose con curiosidad hacia delante.

—Hemos oído hablar de los asesinatos. Las desapariciones. —Erlan y Kai intercambiaron una mirada—. De un enemigo.

—Oh, es cierto que tenemos un enemigo. ¿No lo habéis oído?

—Diente de Guerra, sí. El rey danés tiene muchos enemigos. Pero, por lo que hemos oído, se trata de otra cosa.

Einar se dio un tirón de la barba.

—Los rumores se extienden. Entonces ¿creéis que podéis solucionar nuestro pequeño misterio?

—Yo no diría eso. Necesitábamos un lugar. Sviggar necesita protección. —Erlan hizo un mohín—. Su propio hijo ha muerto.

—Eso fue un venado —dijo Einar, con cautela—. Un accidente.

—No importa. Ahora estamos aquí. Si el rey necesita mi espada, la tendrá con gusto.

—¿Y qué es lo que vos sabéis? —intervino Kai—. ¿Sobre los asesinatos? ¿Qué es lo que se cuenta?

Einar se recostó hacia atrás, pensativo. Dirigió un gesto a una criada para que les sirviera más cerveza, pero la detuvo antes de que lo hiciera:

—Lo he pensado mejor. Si vamos a contar historias, es hidromiel lo que necesitamos.

La criada hizo una seña a otra, que les llenó las jarras con el líquido dorado.

Einar dio un largo trago.

—La mejor bebida que existe —murmuró, y se limpió los labios.

—¿Bien? —le apremió Kai.

—Una historia, sí. He oído contar una. Algo que mi esposa oyó en Vermland, de

boca de un primo suyo. Le contó que unos criados de su granja fueron a visitar a unos amigos, a media legua de distancia, en dirección al bosque. Llegaron a la casa de sus amigos, una de esas casas medio enterradas en la tierra. Minúscula. Pero no había allí ni un alma, ni salía humo de su chimenea. Su hijo estaba acostumbrado a jugar con el niño de los otros, así que entró corriendo en la casa. Pero salió diciendo que no había nadie, que todo estaba oscuro y húmedo en el interior. Sus padres no podían comprenderlo, pero al fijarse vieron que su hijo dejaba huellas rojas sobre la nieve, y al acercarse percibieron un olor apestoso en el ambiente, así que decidieron entrar en la casa. Lo que encontraron los hizo vomitar. El suelo estaba encharcado de sangre. Dieron la alarma y pronto contaron con varios vecinos que les ayudaron a buscar. Pero jamás encontraron el menor rastro de sus amigos.

—¿Lobos? —preguntó Erlan.

—¿Quién sabe? Pero esa es la historia.

Kai tenía los ojos como platos.

—¡Eh! —bufó Aleif desde el otro lado de la mesa—. Si queréis, yo tengo otra historia parecida.

—¿De dónde? —preguntó Einar.

—Del condado de Dale.

—¡Bah! —se burló el Barrigón—. Allí no hacen otra cosa que inventar cuentos.

—Puede ser, pero esta historia la oí directamente de boca de mi hermano. Va a casarse con una mujer de allí, y tiene negocios con el padre de ella. Como sea, cuando regresaba de su último viaje, cruzó un lago llamado Aguas de Abedul. Ya estaba congelado, claro. —Aleif se inclinó hacia ellos y Erlan percibió su apestoso aliento—. Así que mi hermano encuentra una hoguera aún encendida en la orilla. Y junto a ella, una pila de pieles y algunas otras prendas de ropa. Mira a su alrededor, ve un agujero en el hielo y supone que alguien había estado pescando allí. Bueno, resulta que tiene hambre, es lógico, ¿no? Decide esperar y tentar su suerte, imaginando que el tipo se ha ido a los árboles a hacer sus necesidades. Después de un rato, el hombre todavía no ha regresado, así que mi hermano va a buscarlo. Y entre las sombras resulta que encuentra algo.

Aleif estaba disfrutando de la atención que le prestaban. Hizo una pausa, esperando a que los recién llegados picaran el anzuelo.

Kai lo hizo:

—Vamos. ¿Qué fue lo que encontró?

—Huesos. Huesos humanos, perfectamente apilados. Mi hermano cree que el montón estaba dispuesto siguiendo una especie de patrón o algo así. Como si tuviera un significado. Entonces levanta la mirada y ve una calavera colgando de una rama. Fue horrible, dice. Estuvo a punto de mearse encima, dice. A la calavera le habían arrancado la cara, pero aún tenía pelo pegado en la parte de atrás. Las coletas del pobre bastardo estaban empapadas de rojo, pero no había una gota de sangre en ninguna otra parte. Después de eso, mi hermano se largó de allí.

—¿Y se trataba del pescador? —preguntó Kai.

—¿Quién coño podría ser si no?

—Yo tengo otra —apuntó el hombre al que Einar había llamado Jari Lengua de Hierro.

—Sí, seguro que la tienes —dijo Einar. Y, hablando en voz baja para que solo le escuchase Erlan, añadió—: Este podría superar a Loki hablando.

—No hay un solo hombre en este banco que no haya oído algo —replicó Jari, indignado. Era un tipo joven, con un bigote manchado de cerveza que se ondulaba cuando hablaba—. Aunque en esta no hay sangre ni huesos. Aun así, fue muy extraño. Un traperero de Gestrikland se dirigía al sur con un carro lleno de pieles para vender; viajaba con su esposa y ella llevaba un bebé en el vientre. Había una gran nevada y el traperero quería encontrar un refugio para su esposa, así que se detuvieron en una alquería y suplicaron que los alojaran. Bueno, se acomodaron allí. Pero ella estaba a punto de dar a luz y se despertaba varias veces durante la noche. Se levantó de la cama en mitad de la madrugada y salió para orinar. Al principio nadie la echó de menos, pero, de repente, toda la gente de la casa se despertó sobresaltada al oír gritos en el exterior. Ven que la mujer no está y salen corriendo llevando antorchas para echar un vistazo. Enseguida encuentran sus huellas, que llevan hacia unos pinos, pero allí no hay rastro de ella. —Jari dio entonces una fuerte palmada sobre la mesa—. ¡Nada, os lo aseguro! Ni tampoco marcas de ninguna otra clase. Solo la mancha de su orina sobre la nieve.

Kai se echó hacia atrás y soltó todo el aire que contenían sus pulmones.

Erlan resopló, sin saber muy bien qué pensar de aquel relato. Estaba a punto de decir algo cuando oyeron otro golpe en la tarima. El grupo quedó en silencio mientras Sviggarr se levantaba de su silla.

—El forastero, ¿dónde está? Nuestro regalo de parte de los dioses —graznó—. ¿Erlan, se llamaba así? ¿Dónde estás, muchacho? Ponte en pie. —Erlan obedeció—. ¡Ajá! Ven aquí, chico. Queremos echarte un vistazo.

El hombre que se puso en pie parecía en un primer momento como cualquier otro. Un tanto más oscuro que la mayoría de los sveärs, tal vez. Delgado, aunque ancho de hombros. Se irguió con bastante descaro, aunque Lilla notó de inmediato que no le gustaba que todos le mirasen. Pronto comprendió la razón. El hombre era un lisiado.

—Los demás, ¡comed! ¡Bebed! ¡Hablad! —gritó su padre, y la mayoría se alegró de hacerle caso. Pero otros continuaron atentos, para ver cómo terminaba aquel encuentro para el desconocido.

Su padre se había mostrado muy animado al describir la llegada de aquel hombre y la fabulosa coincidencia que le había salvado la vida. Cuando mencionó el juramento del forastero de no hablar nunca de su pasado, Saldas se había mofado de él.

—Un juramento estúpido. Solo un tonto confiaría en un hombre así.

Pero su padre se mostró inflexible. Los dioses habían enviado a aquel hombre con algún propósito.

—No sabes nada de él —dijo Saldas.

—Entonces tendrás que verlo tú misma.

Y ahora allí estaba el hombre en cuestión, en pie ante ellos, inclinando la cabeza en una curiosa reverencia.

—Creo que no habría sido capaz de reconocerte ahora que no estás medio enterrado bajo tu manto de piel y cubierto de mugre —exclamó su padre—. Limpio, tienes buen aspecto. Ahora también necesitamos alimentarte, ¿eh?

Lilla pensó que su aspecto era mejor que bueno, pese a las obvias marcas que el hambre había dejado en su rostro y su cuerpo. El hombre era muy atractivo. Oh, no como lo había sido su hermano: con ojos del azul del cielo, sus pómulos marcados y todo lo demás. No, había algo diferente en este, algo en sus ojos. Era joven, más incluso que ella, que contaba veinte veranos. Pero sus ojos oscuros parecían soportar la carga de una sabiduría que excedía su edad. El resto de su cara estaba hundida, casi demacrada. Una mandíbula firme, la barba recortada, tan fina que apenas era una barba, con el pelo desaliñado y unos pocos mechones cayendo sobre sus ojos. Parecía feliz de dejarlos donde estaban, como si un mechón pudiera esconderle de algún modo.

—Te presento a tu reina —dijo su padre—. Ella ya te considera un idiota.

—Me siento agradecido, milord.

—¿Lo estás, por los dioses? ¿Y por qué?

—Me costará poco mejorar la opinión que tiene de mí si ya me toma por un idiota.

—Eres un engreído si piensas que me interesa tener una opinión sobre ti —murmuró Saldas.

—Es una mujer difícil de satisfacer. —Se rio el rey—. ¡Y yo lo sé bien! Sin embargo, es tu nueva señora.

—Me honra serviros, milady.

Lilla observó cómo Saldas deslizaba un dedo por su mandíbula y se detenía en la barbilla, con sus ojos verdes recorriendo lánguidamente al forastero. Luego ladeó la cabeza y le ofreció la mano, que el otro cogió y se inclinó para besar su anillo. Lilla percibió la suavidad con que sus labios rozaron el metal frío y amarillo.

Saldas retiró la mano y pidió más vino con voz impaciente.

—A mi hijo, Sigurd, ya lo has conocido. Príncipe de los sveärs y mi heredero. —El hermano de Lilla saludó al forastero con su acostumbrada falta de elegancia. Se levantó, con el nervioso movimiento de su cabeza que le caracterizaba, y le tendió su mano. El forastero se la estrechó, inclinándose sobre ella.

—Disponéis de mi lealtad, milord —dijo, de forma mecánica.

—Guarda tus juramentos para cuando los sientas de verdad, lisiado. —Como el

otro no respondió, Sigurd añadió—: Y bien, ¿vas a quedarte ahí con ojos de besugo?

El forastero titubeó, dudando si quedarse donde estaba o retirar su mano.

—Ya veo que sigues sin tener nada que decir por ti mismo —continuó Sigurd—. Mi padre te dejó vivir por razones con las que no voy a pretender estar de acuerdo... Pero, como sea, debes ser un hombre con suerte.

Lilla examinó con atención el rostro del otro. En él, casi no podía leer nada. Se preguntó si habría algún insulto que su hermano pudiera proferir que alterase la fría compostura de aquel hombre.

—Tal vez encuentres una reacción más favorecedora con mi hija —dijo su padre, disfrutando, al parecer, de la incomodidad del nuevo. Le indicó a Erlan con un gesto que continuase adelante, y este avanzó con su extraño andar oscilante hasta detenerse frente a ella.

Durante un instante, aquellos ojos oscuros penetraron en ella. Su mirada era inquebrantable y, sin embargo, al contrario que la de otros hombres, aparentemente carecía de intenciones ocultas. Hizo una reverencia.

—Ya que mi padre ha olvidado presentarme —dijo Lilla, tendiendo su mano—: mi nombre es Aslif. —Erlan la cogió y Lilla percibió el roce de sus labios en los dedos. La palpitación que el humo de la Hierba de Urtha había producido en su cabeza se aceleró ahora. Deseó que se disipase por completo—. Pero puedes llamarme Lilla. Todo el mundo lo hace.

—Milady Lilla —murmuró Erlan—. Vos también disponéis de mi lealtad.

—Eres un hombre con secretos, según cuenta mi padre.

—Hice un juramento. Pretendo mantenerlo.

—¿Incluso si te cuesta la vida?

—Todo juramento cuesta algo.

—Puedo ver que eres muy cabezota —dijo ella, sintiéndose de repente incómoda bajo la fría mirada de aquel hombre—. Muy cabezota o muy estúpido.

—¿Por qué no ambas cosas? —sugirió su hermano con una risa de desprecio—. La mayoría de los pordioseros lo son. —Lilla percibió un destello de calor en los rasgos de Erlan. Quizá, después de todo, había un límite a la paciencia de aquel hombre.

—¿Es eso lo único que eres? —preguntó—. ¿Un pordiosero?

—¿Es eso lo único que sois? —repuso Erlan—. ¿Una princesa?

Lilla sintió que se sonrojaba por la indignación y oyó la sonora risotada de su padre. Su alegría era fácilmente alimentada con una o dos copas de vino.

—¡Ja, ja! ¡El chico tiene ingenio! Muy bueno. Bien, ya es suficiente, joven Erlan. Ya puedes retirarte, y ¡come, chico, come! Por los dioses que lo necesitas.

Mientras Erlan regresaba a su asiento, Lilla se preguntó cuánto tiempo duraría aquel orgulloso lisiado en la corte de su padre. Si llegaría a ver el final del invierno. La vida de un guerrero no toleraba muchas predicciones. Aunque ocurría lo mismo con la vida de una mujer. Recordó a los compañeros de juegos de su infancia que

habían sucumbido a la enfermedad. Y a su mejor amiga, Fulla, que había sido enterrada con su hijo a medio nacer las Navidades pasadas. No había sido la única; habían enterrado a muchos. La sabiduría ofrecía su lección una y otra vez. Debías aferrarte a la vida con ligereza, pues las cosas que amas te serán arrebatadas.

¿Por qué, entonces, era una lección tan difícil de aprender?

Cuando Erlan volvió a ocupar su asiento, la comida ya había sido servida.

—He estado cuidando de tu cerdo —dijo Einar, haciendo un gesto con la cabeza hacia Kai, que daba cuenta de su comida como un puerco muerto de hambre.

—El chico se lo ha ganado. —De todos modos, Erlan tuvo que apartar a Kai de su plato para poder deslizarse entre Einar y él. Ante él tenía un plato humeante de cerdo salado y col rizada, con torta de cebada y champiñones con ajo. Un espectáculo capaz de hacerle llorar de alegría.

—¿Y bien? —le dijo Einar, cuando Erlan empezó a comer.

—¿Y bien, qué?

—Ya has conocido a nuestra familia real. ¿Qué piensas?

Erlan se acicaló la barba mientras masticaba. El aroma del perfume de la reina aún revoloteaba en su nariz. Respiró hondo para saborear los últimos restos de aquel olor dulce y oscuro, mientras recordaba la curva del labio superior de Saldas.

Encogió los hombros y volvió a concentrarse en su plato.

—Saldas y Sigurd se han mostrado fríos. Lilla... No sé. Los de alta cuna son todos iguales.

—Las estrellas de Odín —dijo Kai, esparciendo sus champiñones por todas partes —, ¡pero la princesa es una belleza! Tiene un pecho que parece un par de nutrias peleando dentro de un saco.

Erlan le dio un empujón.

—Concéntrate en comer.

—Sí, lady Lilla está bien —dijo Einar, vaciando su copa—. Hay más, ya sabes. Los hijos de la reina. Es algo más fácil ganárselos.

—¿Tú crees? —Erlan tenía sus dudas al respecto.

—Un guijarro para él y una muñeca para ella y serán amigos tuyos toda la vida.

Erlan frunció el ceño y dijo:

—Entonces ¿ahora tengo que ganarme a un par de críos?

—El hijo de un rey se hace adulto.

—El hijo de un rey bastardo.

Einar estuvo a punto de atragantarse con su hidromiel.

—¡Baja la voz! Recuerda de quién es la comida que estás comiendo, ¿eh?

—Sigurd lo llamó así esta mañana cuando hablaban de Diente de Guerra. ¿Qué quería decir?

—Sigurd es el único que podría decirlo sin que le cortasen la lengua.

—¿Es cierto?

Einar soltó un suspiro.

—Sí... Lo cierto es que esa es la razón de la mala sangre entre Diente de Guerra y el linaje de Sviggar. —Se inclinó hacia delante—: Mira, la madre de Sviggar nunca estuvo casada con el viejo Ivar. Era su concubina. Por supuesto, los enemigos de Sviggar dicen que era una puta. —Einar guiñó un ojo—. Como fuera, el único descendiente legítimo que sobrevivió fue Autha, la madre de Diente de Guerra. La de la Mente Profunda, la llamaban, y realmente era una mujer inteligente. Oh, ya lleva mucho tiempo muerta. Era veintitantos años mayor que Sviggar. Pero nunca dejó de reclamar el reino de su padre.

—Si ella era mayor, ¿cómo es que Sviggar se hizo con el reino?

—Ivar nombró a Sviggar su heredero, a pesar de ser un bastardo. Quería herir a su hija, ya ves. ¡Por los dientes de Hel que hay mucho más en esta historia! Ivar debió ser un maldito granuja. Él y su hija acabaron odiándose, y muchos te dirán que ella tenía más razones para odiar a su padre que él a ella. La enemistad entre ambos no hizo otra cosa que extenderse.

—¿Entre el linaje de Sviggar y el de Autha?

—Sí. Diente de Guerra no ha cedido en sus reivindicaciones.

Erlan pensó en lo que había sucedido aquella misma mañana. De pronto, las sospechas de que era un enviado de Diente de Guerra cobraban mayor sentido.

—No es de extrañar que Sviggar sospeche que Diente de Guerra es responsable de la muerte de su hijo.

—Sí, y resulta sospechoso de verdad. Y supone una gran pérdida quedarse sin heredero. Sigurd no es como era su hermano.

—¿No? Está dispuesto a enfrentarse a su padre y posee ideas propias, al menos.

—¡Bah! —Einar hizo una mueca—. ¿Has conocido ya a aquel hombre de allí? —Señaló con su copa hacia el otro lado de la tarima—. ¿Lo ves? Al fondo.

—¿El del pelo negro?

—Ese, sí. Si Sigurd tiene opiniones, son las suyas.

El hombre en cuestión estaba sentado en el otro extremo del salón, semioculto en las sombras. Su melena caía de manera desordenada enmarcando un rostro delgado con sus rizos negros. Desde la distancia resultaba difícil percibir nada más, aparte de que se sentaba muy erguido, con los hombros caídos, y que no hablaba con nadie. Casi como si fuera invisible.

—Su nombre es Vargalf. Es el criado personal de Sigurd.

—¿Y eso qué significa?

—Que no ha hecho un juramento al rey, al menos que se sepa. Solo a Sigurd.

Erlan observó un rato a Vargalf.

—¿Cómo puede un criado poner sus ideas en la mente de un príncipe?

—¡Con notable sencillez! —Se rio Einar—. Oh, Sigurd no es ningún idiota, pero tampoco es tan sabio como le gusta creer. Y Vargalf podría meter pensamientos en la

cabeza de un hombre muerto.

—No confías en él.

—¡No hay muchos que lo hagan! Su corazón es tan frío como el hielo del norte. Pero tiene sus apodos: Implacable y Tormenta de Acero. La gente hace bien en no tener problemas con él. ¡Eh, tú! —llamó Einar a una criada que pasaba cerca. La chica se apresuró a rellenar sus copas—. Es un lugar extraño este al que has venido. Podrías llegar a desear que Sviggar hubiera bajado la espada sobre tu cuello. —Einar se rio, sin percatarse de la sombra que se posaba en el rostro de Erlan—. Pero, mientras tanto, puedes al menos disfrutar de las mejores bebidas de estas tierras.

Erlan se esforzó en sonreír, alzó su copa y bebió la cerveza. Sabía cálida y terrosa. Reconfortante. Miró, por encima del borde de la copa, hacia el extremo en sombras de la mesa.

Vargalf se había ido.

Erlan miró fijamente el sitio vacío en el banco, y, por alguna razón, cuanto más miraba, más fría y amarga se volvía la sensación en su estómago.



El viaje lo había medido como una madre. Pero había estado ciego y no se había dado cuenta.

Solo cuando los primeros días se convirtieron en una semana y luego en otra llegó a comprender que incluso si continuase viajando hasta los confines de la tierra, aún tendría que enfrentarse a sí mismo.

Se concentró en sus obligaciones muy pronto. Finn, el guardaespaldas del rey, se encargó de ello. Afable, perspicaz y confiado, Finn había sido un nómada en el lejano norte. Después de ganar una competición de tiro con arco había decidido instalarse en el sur y el rey se había fijado en él.

—Me hizo una oferta que no pude rechazar —dijo, guiñando un ojo. Una joven criada de melena dorada que había servido como concubina de Sviggarr. Finn y ella se habían casado, y él estaba agradecido porque la fortuna le había sonreído.

No obstante, había algo en su sencillez, en su confianza (como si la vida estuviera en deuda con él y le fuera a sonreír constantemente) que Erlan detestó profundamente.

Finn les encontró un lugar donde dormir en una de las estancias más pequeñas de palacio, y les asignó personas cuyas órdenes deberían cumplir y tareas que deberían realizar. A Kai le correspondió trabajar en los patios realizando todo tipo de encargos. El chico se quejó de que esos encargos solían tener relación con la mierda:

—Mierda de caballo, mierda de oveja, mierda de cerdo, mierda de gallinas, mierda de cabra. Todo tipo de mierda. Me he convertido en un experto. ¡No hay nada que no sepa sobre la mierda!

Erlan dedicó largas horas a cabalgar escoltando a condes, caballeros o personas de menor rango a algún lugar, o regresando a palacio con tributos de otro lugar cualquiera. Realizaba guardias o supervisaba que se reparase una armadura o unas bridas o cualquier otra cosa.

La mayoría de los días, se unía a los entrenamientos con armas. Como el más reciente de los hombres libres de Sviggarr, recayó sobre él la tarea de enseñar a los más jóvenes. Cómo usar un escudo. Cómo cortar y girar, clavar y esquivar. Cómo matar. Recordó las lecciones que él mismo había recibido. Apenas había visto siete inviernos cuando su padre le puso una espada pequeña y sin punta en la mano y le

dijo:

—Una espada y un corazón, hijo. Necesitas ambas cosas para sobrevivir en este mundo.

Observaba a los chicos, con sus rostros tensos por el esfuerzo, luchando por retener las lágrimas cuando recibían un golpe y sentían el dolor, y se descubrió a sí mismo preguntándose qué sentido tenía aquello.

Algo que no podía controlar estaba creciendo como un cáncer en sus pensamientos. Penetraba sus huesos. Sus obligaciones eran aburridas, pero no era el aburrimiento lo que le afectaba. Era la banalidad de todo ello.

«La náusea».

En el camino, se había visto obligado a pensar en lo que le aguardaba por delante. A permanecer alerta. A seguir con vida. Pero ahora, allí estaba. Y los negros recuerdos de lo que había dejado atrás, en Vendlagard, que le habían perseguido por aquellas tierras desconocidas, regresaron ahora a su mente como moscas a un cadáver que se está pudriendo.

En sus sueños, el rostro de Inga se iba volviendo borroso, pero regresaba una y otra vez, en ocasiones cariñosa y triste, en otras furiosa y vengativa. Y Erlan abría los ojos de repente, casi sin aire, con las mejillas húmedas, el corazón acelerado y una presión incesante dentro de su cabeza.

Estaba perdiendo cualquier sentido de propósito. El objetivo de alcanzar este lugar y encontrar un lord al que servir ya estaba cumplido. ¿Aquella iba a ser su vida ahora? Realizar recados para los chivos expiatorios del rey. ¿Iba a encontrar un amor curativo entre las putas de las Tierras Altas? ¿Qué podían hacer ellas por él, aparte de remedar los recuerdos de las caricias de Inga, de la intimidad que había perdido para siempre?

«Una intimidad que nunca debería haber existido».

Todo lo que tocaba le producía náuseas, cada empuñadura, cada brida, cada copa. Toda risa era un insulto. Observaba a la gente enfrascada en sus asuntos, veía sus sonrisas y sus gestos, escuchaba sus conversaciones. Pero mientras lo hacía, se ahogaba en una oscuridad que parecía asfixiarlo todo.

¿Cómo no lo había visto antes? ¿Qué eran aquellas lamentables cosas que todos perseguían sino meras ilusiones, etéreas como la bruma? Un trozo de tierra, un hijo saludable, una hija hermosa. Amor, bebida, amistad. Canciones de halago, fina joyería, un estómago lleno. Incluso el amor perdía sentido, se transformaba en odio. ¿Qué importaba si eras el vasallo más bajo de la cadena o el mismísimo rey todopoderoso? Nada perduraba. Todo el mundo estaba ciego, viviendo sus vidas como si tuvieran algún significado.

¿Era él el único que podía verlo? «¿Por qué?».

Aquí era un forastero, y siempre lo sería. Era un forastero en todas partes. No tenía hogar. Quizá fuera un forastero incluso para sí mismo.

«Un extraño».

Muchas veces ansiaba volver a su ceguera anterior. Solo para encajar. Para regresar, de algún modo. Pero quizá ya nunca podría. En lugar de eso, estaba condenado a ver, y lo que veía le llevaría a la locura.

A la locura o a la muerte.

Aquella vida le hacía enfermar, y la dulce canción de la oscuridad comenzó a sonar en sus sueños.

Kai, sin embargo, era feliz como una garrapata hambrienta sobre un cerdo bien cebado. Lo cierto era que habría realizado cualquier tarea que le encargasen en el Gran Palacio de Sviggar y se sentiría agradecido por ello. Hacían falta más que unos cuantos montones de mierda para hundir su buen estado de ánimo.

Su boca rara vez descansaba. Pero incluso los que lo tomaban al principio por un paleta, y uno bastante molesto, pronto le tomaron cierto cariño.

Era un advenedizo, pero hacía que la gente se riera. Y por eso le pasaban muchas cosas por alto. Hacía que las chiquillas de las caballerizas estallaran en carcajadas cuando le veían correr tras un cerdo por el patio. O si algún noble necesitaba que se hiciera algo, allí se presentaba Kai al instante, a la carrera, con una sonrisa amplia como el horizonte.

Tenía un talento prodigioso para los cotilleos, e intercambiaba chismes inútiles por los mayores y más jugosos secretos. Sabía qué doncella se sentía atraída por qué hombre libre; qué caballero se había acostado con la esposa de qué mercader; a quién pertenecían las balanzas más honestas y quién hacía trampas con ellas. Sabía qué recién nacido era hijo bastardo de algún encuentro amoroso provocado por el alcohol; qué doncella estaba prometida a qué vejestorio, y qué precio había acordado el padre por ella, hasta el último detalle. Incluso sabía mucho de lo que ocurría en el consejo del rey. Los consejeros hablaban con las putas, las putas con los chicos de las cuadras, y estos con Kai. Y así siempre.

Muy pronto no hubo nadie que supiera más de lo que sucedía en los palacios de las Tierras Altas que Kai Askarsson.

Todo eso estaba muy bien. Un paisaje de la vida corriente, lo bastante común cuando la gente vivía en comunidad (hombres y mujeres, esclavos y hombres libres, buenas esposas y sinvergüenzas, reyes y pordioseros). Pero Kai también oía otras historias. Historias más sombrías.

De vez en cuando llegaban traperos manchados de barro hablando de hogares en el oeste en los que se habían derramado muchas lágrimas. Un presagio del Ragnarok, decían algunos. La Serpiente del Mundo se estaba removiéndose, capturando almas para la lucha final contra Odín y sus héroes.

Otros decían que se trataba de ladrones con cierta atracción por la sangre. Las historias no cesaban, de charcos color carmesí entre el hielo, o de ventisqueros escarlata a causa de la sangre, o de huesos totalmente limpios y blancos.

Y los ríos de lágrimas fluían desde las montañas, aproximándose cada vez más al hogar del rey.

Finalmente, le llegó el turno a ella.

Todos sabían que era más divertido ser el que tenía que esconderse, por eso sus hermanos mayores la hicieron esperar toda la mañana antes de que le tocara a ella.

Sabía justo lo que quería ser. Un cuervo.

Los cuervos eran las aves de todos los cuentos; o cuervos o águilas. Pero las águilas no se posaban en los árboles. Los cuervos sí. Y a ella le encantaba trepar a los árboles.

Dejó a Ref y a Raffén junto al Lago Brillante, tirando piedras y contando hasta cien. Ella había estado escogiendo el árbol ideal desde que el juego había comenzado. El abedul más grande solía ser el mejor, en especial en verano. Pero también era el favorito de Raffén, y sería el primer lugar en el que él miraría. Estaba el roble hueco encima de la cantera. Pero papá decía que era peligroso y que sus ramas podían partirse. Además, en su interior estaba oscuro, y había montones de tijeretas.

Se había decidido por el viejo tejo que había en la colina más allá del lago. Daba un poco de miedo, con sus raíces entrelazadas y nudosas, pero ella conocía una entrada secreta a su enorme tronco, desde la que podía encaramarse a la primera de sus poderosas ramas. Allí arriba nadie podría verla desde el suelo, pero ella sí podría atisbar entre las hojas y ver a sus hermanos.

Echó a correr, riendo y casi sin aire, con sus botas levantando la nieve. A lo lejos oyó a uno de sus hermanos, que gritaba:

—¡Ya vamos, Namma, más te vale estar preparada!

Soltó un chillido de entusiasmo al llegar al tejo, y sonriendo para sus adentros, se deslizó dentro del tronco. Su respiración agitada llenó de vapor la estrecha cavidad. Enseguida comenzó a trepar y a deslizarse por la rama. Su túnica se le había subido y la corteza del árbol le raspaba los muslos. Le dolía, pero no por eso dejó de aferrarse con fuerza. No quería caerse.

Por fin, satisfecha, se dispuso a esperar.

No tardó mucho en oír ruidos que se acercaban. Pies que se arrastraban, crujidos de la nieve y las ramitas caídas al suelo, y murmullos de voces. Se echó hacia atrás, contra el tronco, y atisbó entre el follaje.

De repente los vio y tuvo que taparse la boca para no soltar otro chillido. Se aproximaban muy lentamente, entrecruzándose el uno con el otro, mirando hacia las copas de los árboles. Ref, el más pequeño, no dejaba de llamarla. Pero ella no era tan tonta.

Raffén le dijo a Ref que se acercase a unas rocas. Ella los observó mientras registraban los huecos entre los peñascos y se asomaban bajo los salientes hasta que se aseguraron de que no estaba allí.

«Tontos. Deben de pensar que soy un tejón. Pero nunca soy un tejón».

Los chicos cambiaron de dirección. Al poco oyó que Raffén gritaba:

—¡Allí!

Su corazón dio un vuelco, segura de que su hermano había adivinado dónde se escondía. Estaban muy cerca. Se apretó más contra el tronco, conteniendo la respiración, intentando no hacer el menor ruido.

Y entonces, incapaz de soportar el suspense, volvió a asomarse.

Cuando lo hizo, se le heló la sangre.

Allí estaban sus hermanos, tan cerca que podía verles la cara. Pero detrás de ellos, aproximándose entre los árboles, vio las criaturas más aterradoras que jamás había visto.

Sombras encorvadas, moviéndose veloces como lobos sobre la nieve, sin el más mínimo sonido. De repente aparecieron muchas de ellas, surgiendo de detrás de cada árbol, como si fueran primero los árboles y un instante después se hubieran transformado en aquellos horribles seres. Tenían brazos y piernas, como las personas, pero sus manos estaban atrofiadas, y su piel era pálida como la nieve.

Sus hermanos no se habían percatado del peligro.

Quiso advertirles. Quiso gritar. Sabía que debería hacerlo... Pero ¿y si aquellas cosas la oían? ¿Y si la veían? Su garganta parecía de piedra. Y, entonces, ya fue demasiado tarde.

En el último momento, Ref se giró y pronunció un gemido breve y desesperado antes de que las criaturas se abalanzasen sobre ellos. Ella lo vio, sobrecogida. ¡Aquellas manos, aquellas horribles manos! Docenas de ellas, tirando de sus hermanos, arañándolos, desgarrándolos.

Sus hermanos patearon y lucharon, pero sus cuerpos desaparecieron bajo las figuras pálidas y retorcidas. Y, entonces, se oyó un horrendo crujido, como el de una rama al partirse. Raffen dejó de pelear.

Mientras las criaturas se lo llevaban, Ref continuó luchando con valor. Tenía un brazo libre y lo utilizaba para pegarles. Pero había demasiadas criaturas. Ref agarraba a una del pelo (un pelo largo, grasiento y blanco) y tiraba hasta hacerle volver la cabeza, de modo que ella pudo ver su cara. Una visión espantosa: las mejillas manchadas de negro, los ojos brillantes como fuego blanco, y unas fauces melladas por boca, cuyos dientes, incluso desde lejos, parecían afilados y crueles. Luego otra de esas criaturas agarró al niño por el cuello y empezó a apretar.

Ref empezó a temblar. Ella pudo ver a través de la multitud de figuras blancas cómo los brazos de Ref temblaban de forma salvaje. Hasta que se quedaron inmóviles. Y se oyó otro crujido. Cargaron con su cuerpo sobre los hombros, y la cabeza de Ref quedó colgando como la de una muñeca rota.

Y entonces, de manera tan silenciosa como habían llegado, desaparecieron.

Namma estaba rígida. Sus dedos no se movían aunque quería. Miró hacia abajo y vio que sus uñas se habían clavado en la corteza del tejo. Y entre sus piernas la rama se había humedecido por su miedo.

El día comenzó con una mancha gris. Ráfagas de viento arrastraban polvo de hielo sobre los campos cubiertos de nieve. El frío había llegado. El frío intenso. Los gorriones se reunían en las ramas de los árboles; los caballos temblaban en los establos, mientras las gentes de palacio recorrían a la carrera los patios para regresar al calor de los salones.

—El invierno cierra su puño —mascullaba la gente al pasar, y aquellos mismos dedos mortales parecían aferrar también los huesos de Erlan. La noche anterior había vuelto tarde, cansado tras una larga jornada haciendo de escolta desde el sur. Si alguien le ordenaba que volviera a montar, estaba dispuesto a mandarlo al infierno.

Cuando iba a informarse de las tareas que le habían asignado para el día, vio a un grupo numeroso de hombres charlando delante del Gran Palacio. Detuvo a otro hombre libre que se dirigía hacia ellos.

—¿Hay algún asunto especial hoy?

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—El rey ha convocado una asamblea con los señores que le han jurado fidelidad. Condes, caballeros, señores, cada uno de ellos con dos hombres libres. Hablará a mediodía.

—¿Y qué dirá?

—Si lo supiera, no haría falta que el rey lo dijera.

Mientras el otro se alejaba hacia el grupo, Erlan oyó los cascos de unos caballos a su espalda, y al girarse vio a dos jinetes que llegaban desde el Bosque Sagrado.

Reconoció entre ellos al conde Bodvar, con un manto negro y el ceño fruncido como de costumbre. Los jinetes se detuvieron antes de alcanzar al grupo y el conde se dirigió a Erlan:

—¿Aún con vida, forastero?

—Eso parece, milord. —Sujetó las riendas de Bodvar para que el conde desmontase.

—Bueno, si Sviggar quiere adoptar a perros vagabundos, es asunto suyo —dijo Bodvar con un bufido.

—¿Cómo está usted hoy, conde de Vestmanland? —inquirió Erlan, curvando

ligeramente los labios.

—Mal. El rey chasquea los dedos y debemos presentarnos como cachorritos obedientes. No le importa en absoluto que a un hombre se le pueda congelar el culo montando a caballo con este tiempo.

—Parece que disfruta haciéndoos montar.

Bodvar soltó una risa ronca.

—Desde luego que sí —admitió—. Y siempre cuando hay asuntos que hacer aquí en casa. Una cabalgada jodidamente miserable. Y peor: uno de mis hombres enfermó en el camino.

—Eso es malo. —Erlan se percató de que Bodvar lo escrutaba de arriba abajo.

—Dime, ¿te han convocado a la asamblea?

—No. Solo los nobles y sus hombres libres, por lo que he oído. A los recaderos no los necesitan.

—¡Oh! —Bodvar se tiró de la barba con gesto pensativo—. Entonces puedes ocupar el puesto de mi hombre enfermo. Estaba ardiendo de fiebre. Apostaría a que no llega al final de esta semana. Pobre bastardo —añadió.

—¿Queréis que yo os sirva? —Erlan no pudo disimular su sorpresa. «¿Acaso ha olvidado que estuve a un milímetro de cortarle el cuello?».

—¿Y bien?

—Tengo tareas que hacer para el rey.

—¡Bah! Mi necesidad es mayor que la del rey. ¿Qué me dices?

Erlan meditó un instante la oferta.

—Supongo que digo que sí.

—¡Excelente! —Sonrió el conde—. Puedes empezar por conseguir algo de comida caliente y un poco de cerveza. Estoy hambriento como un cerdo.

Erlan se tragó su orgullo por enésima vez.

—Como deseáis, milord. —Tragarse el orgullo le producía una sensación de amargura.

Hacía ya rato que había pasado el mediodía.

Dentro del Gran Palacio, en las chimeneas ardían grandes fuegos, pero su calor apenas se propagaba por las estancias. En torno a los hombres reunidos en asamblea surgían efímeras guirnalda de vapor que quedaban un instante envolviendo sus hombros y sus trenzas. Eran los hombres más nobles del territorio.

Cincuenta lores menores con sus criados murmuraban entre sí, jugueteando con los broches de sus mantos o las hebillas del cinturón, lanzando miradas de vez en cuando al consejo del rey, que conferenciaba en susurros sobre la tarima. Todos estaban esperando la aparición del rey.

Por fin, Vithar, el viejo de barba blanca que era parte del consejo de Sviggar y antes lo había sido del de su padre, entró en el salón arrastrando los pies y golpeó con

su bastón en el suelo.

—Al viejo bastardo le gusta hacer sonar su palito, ¿verdad que sí? —masculló alguien. Se oyeron algunas risitas disimuladas mientras el rey entraba. Entonces cesaron los murmullos. Sviggar avanzó hasta el borde de la tarima, contemplando los rostros más jóvenes desde su posición elevada.

—Me honráis viniendo pese a la brevedad con la que os he convocado. Todos vosotros. —Empezó diciendo, con la voz áspera como la grava—. Según la ley sveär, no es esta la temporada de asambleas, y aun así habéis venido. Os lo agradezco. —Hizo una pausa, meditando cómo continuar—. Ya todos sabéis cómo mi hijo me fue arrebatado. Ningún padre debería sobrevivir a su hijo. Ningún rey a su heredero. Sin embargo, no estoy solo a la hora de llorar una muerte prematura.

Por encima de los hombros de Bodvar, Erlan observó los rostros de los que le rodeaban, pero todos estaban impertérritos, como si se hubieran transformado en piedra.

—Muchos derraman lágrimas por sus familiares —prosiguió el rey—. La gente llora a sus padres y a sus madres. A sus hijas y a sus hijos. —Hizo una mueca—. Soy viejo, pero todavía no estoy sordo. Sus llantos han llegado a mis oídos. Estas mismas mesas han sido testigos de muchos relatos extraños. Sin duda las habéis oído vosotros mismos. Desapariciones. Asesinatos. —Escupía las palabras una a una—. Sangre. —Su mirada recorrió las caras de los presentes—. ¿Y quién es el enemigo? La gente es arrancada de sus hogares y sus alquerías. Desaparecen en los caminos. Decidme... ¿Quién ha hecho esto? —siseó de repente.

Si esperaba una respuesta, nadie pronunció una palabra. En medio del silencio, Erlan recordó a Grimnar y su sombría historia. El viejo chamán sí tenía una respuesta para el rey. Pero ahora no era el momento de convencer a la asamblea de algo a lo que el propio Erlan apenas daba crédito.

El rey meneó la cabeza.

—No lo sabéis. ¿Y cómo podría yo convocar a mis hombres a luchar contra un enemigo al que aún no puedo percibir? Mi gente sangra, pero nuestro rival no deja ningún rastro. Nadie lo ha visto. —Las comisuras de sus labios se tensaron—. Hasta ahora. —Se volvió al guardia de la entrada al salón del consejo—. Hazla entrar.

El guardia desapareció y un torrente de susurros recorrió la asamblea hasta que regresó sujetando a una niña pequeña por el brazo. La criatura no tendría más de seis veranos. El guardia le puso la mano en la espalda para empujarla hacia el rey, pero ella se quedó inmóvil en cuanto la soltó.

Su llegada silenció los murmullos de forma inmediata. Incluso para su edad, era pequeña. Tenía el pelo enredado y color avellana, y vestía una bata roja y de tacto áspero que le cubría las rodillas. Sus pies estaban envueltos en trapos sucios, y sus pantorrillas desnudas estaban llenas de manchas causadas por el frío.

—Acércate, pequeña. —La voz de Sviggar sonó sorprendentemente tierna. La expresión de la niña era de puro terror, pero logró avanzar hacia el rey. Cuando llegó



hasta él, Sviggar la cogió por los hombros y la giró hacia los presentes.

Se sonrojó hasta que sus mejillas se tiñeron de escarlata, como si su rostro fresco e inocente no pudiera soportar la visión de tantos otros rostros entrecanos y culpables.

—¡Esta niña ha visto a nuestro enemigo! —Un murmullo brotó entre los espectadores—. Y a solo dos leguas de este palacio. —El rey apretó los hombros de la chiquilla—. Vamos, niña. Cuéntanos otra vez lo que viste.

Pero al ver que era su turno de hablar, la niña se quedó paralizada. Sus ojos buscaron con desesperación alguna esperanza de ser rescatada, pero cuando comprobó que no la había, ocultó la cara entre las manos y empezó a berrear.

Sviggar permaneció a su lado, con gesto incómodo, sin saber bien qué hacer. De entre los presentes brotaron algunas sugerencias poco entusiastas, pero el rey perdió enseguida la paciencia y trató de apartar las manos de la niña. Ella se resistió con tenacidad, y aumentó el volumen de sus lloros.

Con una última sacudida, Sviggar la dejó en paz. La chica se desplomó y hundió la cabeza entre las rodillas. Sviggar parecía perdido, pero en ese momento surgió una figura de entre el público asistente y subió de dos en dos los escalones que llevaban a la tarima.

Erlan se sobresaltó por la sorpresa.

«¿Cómo diablos ha entrado él aquí?».

—¿No es ese tu amigo godo? —comentó Bodvar, secamente.

Erlan asintió. Aunque no tenía la menor idea de lo que hacía aquel pequeño y loco bastardo en compañía de los hombres más nobles del reino. Sin siquiera dirigir una mirada al rey, Kai se acercó a la niña, se acuclilló a su lado y empezó a susurrarle al oído. De forma gradual, sus llantos amainaron y acabó por levantar la vista para ver la sonrisa que Kai le dedicaba. Se limpió la nariz. Kai le susurró algo más, y, por fin, ella asintió.

Sviggar lo observó todo con menguante paciencia.

—¿Bien? —Kai murmuró algo en respuesta y el rey hizo un gesto de asentimiento—. Muy bien —anunció—, el chico hablará de parte de la niña.

Y así lo hizo.

De manera entrecortada, pieza a pieza, Kai fue sonsacando a la niña su relato y compartiéndolo con la asamblea. El Lago Brillante, el juego infantil, el lugar donde ella se había escondido, sus hermanos acercándose. Y, entonces, la aparición de sus asesinos.

—Salieron de detrás de los árboles —dijo Kai, agachado para que la niña le hablase al oído—. Dice que parecían personas feas... Algo encorvadas. Con brazos largos, pero no muy altas. Se movían rápido, sin hacer ningún ruido en la nieve. —La niña levantó las manos y formó garras con ellas—. Tenían las manos retorcidas. Como garras. Y su piel era muy blanca. Pero sucia. Pudo verles las manos por lo que les hicieron a sus hermanos. —La niña rompió a llorar otra vez. Solo después de una nueva sesión de susurros por parte de Kai, pudo la asamblea escuchar cómo los

asesinos habían roto el cuello de los niños como si se tratase de simples astillas de madera—. Le vio la cara a uno de ellos —continuó Kai—. La asustó, dice. Tenía marcas en las mejillas. Y tenía piel blanca, agrietada como la de una serpiente. Dice que su boca era grande, con dientes negros y afilados...

—De acuerdo —le interrumpió Sviggar. Mientras Kai relataba la historia de la niña, los presentes no habían dejado de murmurar—. Es suficiente. Llévatela.

Kai titubeó. Era evidente que deseaba quedarse y asistir al resto de la reunión.

—Ahora —le ordenó Sviggar.

—Vamos —urgió Erlan, en voz baja. No era el momento de irritar al rey. Por fin, Kai obedeció y sacó a la niña del salón, de vuelta a la cámara del consejo.

—Los cadáveres de los niños aparecieron colgados de un árbol a media legua de allí, al otro lado del lago —dijo Sviggar, observando a los presentes—. Habían sido desollados. Les habían arrancado los ojos, la nariz y la lengua. —El rey se giró hacia sus consejeros—. Lord Torkel, esto sucedió en vuestras tierras. ¿Tenéis algo que añadir?

Un hombre de elevada estatura y rostro alargado con nariz lobuna dio un paso adelante.

—El conde de Tundaland —murmuró Bodvar—. Y señor de los besaculos reales.

—Solo que esta vez encontramos rastros en la nieve —dijo Torkel.

Hubo un nuevo murmullo.

—¿Podemos seguirlos? —preguntó alguien.

—Creo que sí —respondió Torkel—. Hay huellas visibles y señales de movimiento a través del bosque. No puedo decir que sea mucho, y será todavía menos si cae otra nevada. Pero algo es algo...

—¿Se trata de hombres? —quiso saber un hombre libre situado cerca de Erlan—. ¿Qué hay de la descripción de la niña?

—A mí no me parecen hombres —comentó Bodvar a Erlan.

—Ningún hombre puede caminar en la nieve sin hacer un solo sonido —declaró otro—. ¿Cómo sabemos que estos son los mismos asesinos de los demás casos, si allí no habían dejado ningún rastro?

—¿Debemos creer la historia de la niña? —preguntó uno de los consejeros.

—Es una chiquilla inteligente —dijo Sviggar—. Ha descrito lo que vio, lo mejor que ha podido. Pero nunca antes se ha oído nada igual. Ni siquiera en las historias antiguas.

Vithar avanzó arrastrando los pies.

—Con mis respetos, milord, eso no es cierto. —Movié con gesto grave su cabeza nevada—. Existieron en una época historias (aunque ya nunca se cuentan) que el infeliz relato de esta niña me ha hecho recordar. Ni yo había pensado en ellas desde mi infancia.

—¿Y bien? —le exigió Sviggar—. Cuenta lo que recuerdas.

—Mi padre me habló del Ragnarok Que No Fue. Sucedió durante la edad de oro,

hace ocho generaciones o más, cuando las lágrimas doradas de Freya fluyeron como un río sobre esta tierra... no como en estos días de escasez. Pero, sin previo aviso, una terrible oscuridad se cernió sobre el mundo durante tres años enteros. El sol quedó tapado, y la gente decía que el Ragnarok había llegado por fin. Nubes de niebla cubrieron la tierra. En el aire flotaba un polvo pestilente. Al no recibir la luz del sol, nada crecía. La gente moría de hambre o se mataba entre sí por conseguir el último trozo de comida. Los señores realizaron ofrendas de oro a los dioses, vertiendo todas sus riquezas en la tierra con la esperanza de que las tornas cambiaran, de que los dioses volvieran a hacer brillar el sol. Algunos decían que el rey llegó a ofrecerse a sí mismo en sacrificio. —El viejo sacudió la cabeza con gesto sombrío—. Pero hubo muchos que perdieron toda esperanza de que el mundo de los hombres pudiera sobrevivir, y buscaron otra forma de salir adelante, lejos de los cielos ennegrecidos y las brumas terribles. Bajaron... bajaron a lugares profundos en el subsuelo para encontrar otra manera de vivir, y se llevaron consigo sus riquezas y sus mujeres y sus hijos. Sin embargo, después de tres veranos de miseria y pobreza, los vientos llegaron y se llevaron el polvo pestilente. El sol regresó. El primer verano, hubo mucha alegría cuando los cultivos volvieron a crecer, y la gente volvió a recoger la cosecha. Todos regresaron a sus vidas, algo más pobres quizá, y siendo menos que antes, pero contentos de estar vivos. Pero de aquellos otros, los que habían bajado a las profundidades de la tierra, nadie volvió a saber nada.

El viejo había llegado al final de su relato, y, durante un tiempo, nadie fue capaz de pronunciar palabra.

—Seguramente murieron —dijo Sviggarr, al fin.

—No lo sé —graznó Vithar—. Tampoco lo sabe ningún otro hombre. Tal vez no murieran. Lo único que digo es que la historia de la niña me ha hecho recordar todo esto.

—Lo que la niña describe parecen hombres. Y, sin embargo, también parecen no serlo. —Quien había hablado ahora era otro de los consejeros, un conde de pelo gris llamado Heidrek—. Se mueven como espíritus, y tienen el aspecto de demonios. —Entre los presentes se oyeron varios gruñidos. Heidrek no contaba con la amistad de casi nadie—. Puede que yo no disponga de la buena memoria de Vithar, pero soy lo bastante viejo como para recordar historias que la tierra quiere olvidar. De asesinatos de hombres. Asesinos a los que nadie ve, excepto en las pesadillas más oscuras...

—Hablas como un viejo *vala*, Heidrek —le interrumpió Sigurd—. ¡Hablando de fantasmas y demonios! ¡Bah! Apuesto a que sangran y mueren como hombres. Y más aún, como hombres de Diente de Guerra.

El nombre de Diente de Guerra encendió a los presentes.

—Lord Sigurd —dijo Bodvar, por encima del vocerío—. Tengo curiosidad. Decidnos: ¿de qué le sirve a Diente de Guerra desollar a dos niños pequeños?

Ahora fue el turno de Heidrek de soltar una risotada.

—Bodvar tiene razón en eso. Me habéis comparado con una vieja, lord Sigurd.

Bien, pasaré por alto esa calumnia. Hay muchas criadas en este palacio que preferirían estar conmigo antes que con todos vosotros, jovencitos. —Se oyeron varias carcajadas irónicas—. Bueno, dejando eso aparte, hay sombras que rondan el reino y de las que la gente prácticamente no sabe nada... solo historias. —Su voz se apagó, enigmáticamente.

—¿A dónde pretendes llegar, Heidrek? —exigió saber Sviggar.

—Se refiere a los oscuros.

Fue la primera vez que Erlan abrió la boca. El salón quedó en silencio mientras todos buscaban al dueño de aquella voz. Luego alguien rio por lo bajo, otro soltó una carcajada, y enseguida el estruendo de las risas rebotó en las vigas del techo.

Pero el anciano Vithar golpeó el suelo con su bastón para reclamar silencio.

—Muchos os reís —graznó, dirigiendo una mirada fulminante a la asamblea—. Pero el venerable conde puede estar en lo cierto. Oscuros, dice el forastero. Sí, todos hemos escuchado ese nombre. Pero ¿qué son? ¿Lo sabes? —Apuntó con el bastón a uno de los hombres que se había reído—. ¿Y vos? —le preguntó a continuación a Sigurd. Nadie habló—. No respondéis porque no lo sabéis. No es más que una palabra. Un nombre. ¡Un oscuro podría incluso ser una especie de hombre! ¿Quién sabe? Podríamos utilizar cualquier palabra para referirnos a algo que desconocemos, a algo peligroso y odioso. ¿No es acaso eso lo que tenemos aquí?

El anciano consejero se encorvó sobre su bastón, pasado ya su arranque de rabia. Pero ahora nadie se rio.

—Hay otra posibilidad —dijo otra voz—. No pretendo rivalizar con los conocimientos de nuestro ilustre compañero, pero ¿no puede el espíritu de un hombre adoptar muchas formas diferentes?

—¿Quién ha hablado? —espetó Sviggar.

—Soy yo, Arve, hijo de Asgeir.

Los que lo rodeaban se apartaron para dejar a la vista a un hombre robusto con la nariz torcida, que miraba a Sviggar con el ansia de un perro de presa.

—¿Qué quieres decir?

—Cambiaformas, milord.

Otro zumbido de murmullos.

—¡Más condenada hechicería! —gritó Sviggar—. Me pasé la juventud en la muralla luchando contra seres de carne y hueso. Había honor en eso. —Hizo una mueca de desdén—. ¿Debo hacerme viejo persiguiendo sombras?

—Eso podría explicar su aspecto —dijo Arve—. Ni hombre, ni bestia, sino ambas cosas a la vez.

—No —intervino el conde Torkel—. Los cambiaformas adquieren una forma u otra, nunca una maldita mezcla de ambas.

Arve se encogió de hombros.

—Puede que tengáis razón. Pero si esos asesinos adquieren una forma cualquiera, y no son simples sombras, podemos matarlos.

—Y eso haremos —dijo Sviggar—. Ya hemos hablado suficiente. Lo cierto es que no podemos decir lo que son. Pero tenemos su rastro. Debemos darles caza. Y destruirlos. —Dirigió un gesto al conde de Tundaland—. Torkel, ese rastro comienza en tus tierras. Te corresponde encontrarlos. Sea donde sea adonde el rastro te dirija, no dejes que nada te detenga. Escoge a tres hombres y ponte en marcha enseguida, antes de que vuelva a nevar. ¿Quién irá contigo?

—Mi hermano, Torgrim. —Varias cabezas se giraron hacia un hombre situado cerca de Erlan. Tenía la misma nariz lobuna y el rostro anguloso de Torkel, pero sus rasgos eran más jóvenes. Asintió para mostrar su conformidad—. El segundo es Handarak, del linaje de los Sami. Nadie conoce los bosques tan bien como él. —Otro hombre dio un paso adelante: pelo negro con la cara redonda, ojos entornados y pómulos que parecían madera pulida.

—Bien —dijo Sviggar—. ¿Y el último?

—Sire, escoged vos al último.

—Como deseéis.

Durante un buen rato, el viejo rey examinó los rostros curtidos de sus señores vasallos y sus hombres libres. Erlan fijó la mirada al frente. Pensó en Grimnar y su extraño relato. El chamán lo sabía. Podía ver a través de la oscuridad. Tenía poderes para enfrentarse a ella. Erlan recordó lo impotente que se había sentido, cautivo del capricho del hechicero.

«Extraño...».

Resultaba extraño que los hombres que lo rodeaban parecieran desesperados por obtener el favor de su rey. Él, en cambio, no sentía nada. Ningún deseo de ver vengadas aquellas muertes. No tenía ningún papel que jugar en aquel asunto.

Justo entonces, la mirada de Sviggar se posó sobre él. Al darse cuenta de que los ojos del rey permanecían fijos, Erlan trató de imaginar qué era lo que veía. ¿Un forastero? ¿Un guerrero? ¿Un regalo de parte de los dioses? Si era así, Erlan ya sabía el precio que los dioses cobraban en sangre para compensar sus regalos a los reyes. La sangre de Inga manchaba el regalo en las manos de este rey. Pero si Sviggar creía que Erlan había llegado allí con algún propósito, quizás eso fuera todo. Sintió que se le aceleraba el pulso.

Pero los ojos del rey se posaron en otro.

—Elijo a Arve, hijo de Asgeir. Poneos en marcha hoy mismo.

El rey abandonó el salón, seguido por sus consejeros.

Erlan los observó mientras se iban y la asamblea tocaba a su fin.

«¿Por qué habría de importarme?», pensó, tratando de sacarse la astilla de decepción que sentía en la garganta.

¿Acaso envidiaba a un musculoso bufón como Arve la oportunidad de alcanzar la gloria? ¿O la oportunidad de obtener el favor de su señor? ¿O incluso la de saciar la sed de venganza? No, no se trataba de nada de eso.

Era algo distinto.



—Jodido Torkel —gruñó Bodvar, cuando salieron del gran salón—. Ese tipo tiene el mismo valor que una oveja constipada. —El conde se alejó pisando con fuerza, mascullando algo de unos asuntos que debía atender, y dejó a Erlan solo.

El patio no tardó en vaciarse. La multitud de hombres libres se disolvió, dirigiéndose cada cual a sus obligaciones, y solo quedó el viento gélido lamiendo el suelo helado.

Erlan dio un pisotón con su pie malo. Sentía en él el frío más que en el otro. Debía presentarse ante el maestro lancero. Incluso con aquel mal tiempo, los jóvenes recibirían su entrenamiento. Por delante de él se extendían muchas horas de monotonía enseñando a los hijos de los lores cómo sobrevivir en los primeros instantes de un combate. Todos ellos eran arrogantes, y pesados hasta más allá de lo soportable.

Se había dado la vuelta con un suspiro de resignación cuando sonó un chillido detrás de una esquina, y de debajo de uno de los contrafuertes del palacio salió corriendo un niño pequeño.

La cara del chico relucía de felicidad y terror a la vez. No tenía más de cuatro inviernos, con el pelo rizado y corto y una frente alta. Sus diminutos puños se balanceaban a uno y otro lado, pero pese a todos sus esfuerzos, la velocidad de su carrera era muy reducida.

«Aunque pronto será más rápido que yo», pensó con amargura.

Era Svein. El Heredero de Reserva, como Kai lo había bautizado. El niño pasó corriendo a su lado, ignorando su presencia, mirando hacia atrás, a su perseguidor, mientras reía de forma salvaje. Pero no corría ningún peligro de que lo atrapasen.

Una figura aún más pequeña dobló la esquina: su hermana pequeña le seguía, con sus minúsculos pies envueltos en cuero y una expresión de determinación en la cara. Tras ella revoloteaba la misma melena sedosa que adornaba la cabeza de su madre, la reina. Mientras se esforzaba en la persecución avanzando como un pato, se percató del gran guerrero que se interponía en su camino.

Fijarse en él fue su perdición.

La punta de su pie se trabó en una hendidura y se fue de bruces, con sus pequeñas manos resbalando por la tierra helada. Empezó a berrear.

Erlan cojeó hasta ella y la puso en pie.

—Vas con prisas, eh. A ver, enséñame las manos. —La niña gimoteó lastimeramente mientras Erlan le frotaba los dedos para darle calor.

Los llantos todavía duraron un rato más antes de que el dolor cediera y la niña pudiera echarle un buen vistazo al guerrero. Y, de repente, Erlan se encontró a sí mismo mirando un par de enormes ojos marrones. Semejante visión le produjo el efecto de un golpe invisible. Aquellos ojos, tan sinceros, tan llenos de curiosidad, le recordaron otros ojos e hicieron girar la astilla que tenía clavada en el corazón.

La niña dejó de llorar. Quizá percibió algún cambio en su cara, porque deslizó sus brazos por el cuello de Erlan y apoyó su cabeza en el hombro del guerrero. Apenas consciente de lo que estaba haciendo, Erlan la levantó y la sostuvo en alto, murmurándole:

—Está bien, mi amor. Enseguida se te pasará.

El niño había dado media vuelta y los observaba con curiosidad.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió una voz de mujer a su espalda. Erlan se giró para ver a la hija mayor del rey avanzando hacia él por el patio. Llevaba puesto un vestido de color pálido, y sobre él un manto de piel, negro como el alquitrán y reluciente incluso con la luz tenue del invierno.

—Milady Lilla.

—¿Qué ha pasado? Bájala al suelo.

—Se ha caído. —Erlan trató de dejar a la niña en el suelo, pero ella se aferró a él y enterró la cara en su manto.

Lilla no le quitaba los ojos de encima, calibrándole.

—Parece muy a gusto contigo.

—Seguro que pronto aprenderá a elegir mejor.

—Eres el que mi hermano llamaba lisiado, ¿verdad?

—Mi nombre es Erlan —le recordó.

—Lo sé —repuso ella—. El cabezota.

—Tenéis buena memoria.

Lilla resopló y levantó la barbilla:

—Es cierto, la tengo. —Resultaba obvio que, tras años de hacerlo, le costaba cambiar el hábito de mirar con superioridad a hombres como él—. Bien, ¿os gusta la corte de mi padre?

—Me gusta mucho estar aquí.

Lilla soltó una brusca carcajada y dijo:

—Mientes muy mal, Erlan. De todos modos, en cuanto te acostumbres, puede que te guste más.

—No falta gente que me lo recuerde.

—Tal vez deberías estar agradecido —le espetó Lilla, captando el sarcasmo en la voz de Erlan—. Muchos lores habrían rechazado a alguien como tú. Tienes suerte de que mi padre tenga buen corazón.



—¿Alguien como yo?

—Bueno, ya sabes. Alguien con... —Dejó la frase a medias, indicando vagamente con un gesto el tobillo de Erlan.

Él le dirigió una efímera sonrisa.

—Todos tenemos nuestras debilidades, milady. Y algunas son más visibles que otras.

La princesa pareció incómoda, insegura de cómo responder.

—Bueno, como sea, ya puedes dejarla en el suelo.

—Como deseéis. —Erlan bajó a la niña y esta corrió hacia Lilla, agarró su manto de piel y se volvió para mirar con timidez al guerrero—. ¿Cómo se llama?

—Katla. Y este pequeño sinvergüenza es Svein —dijo Lilla, removiendo los rizos del niño—. Son hijos de la reina, pero les gusta estar conmigo, así que... —Encogió los hombros—. Les dejo que se me peguen.

—¿Adónde vais?

—A ningún lugar en especial. Al bosque. Los niños tienen ojillos muy agudos. Me ayudan a encontrar cosas.

—¿Cosas?

—Ya sabes, frutos invernales, raíces, hierbas... y otras plantas. —Lilla sacudió su melena color de miel y se la colocó sobre un hombro—. Te sorprendería lo que puedes encontrar. Se puede sobrevivir mucho tiempo en el bosque, incluso en invierno. Si sabes qué debes buscar...

«¿Qué diablos puede saber esta chica de supervivencia?».

—Y vos lo sabéis, supongo —dijo, incapaz de disimular el desdén que había en su voz.

—¡Eh! —resopló—. Mejor que tú, desde luego. Si hubieras sabido la mitad de lo que yo sé, no te habrías presentado aquí con ese aspecto de...

—¿De qué? —preguntó Erlan, percibiendo que perdía los nervios.

—Bueno, ¡aspecto de esqueleto!

—Por suerte, nunca tendréis que poner a prueba vuestros inmensos conocimientos.

—¿Por qué dices eso?

—Sois la hija de un rey... Supongo que nunca habéis sentido necesidad de nada.

—¿Cómo podría alguien como tú tener idea de lo que yo necesito?

Erlan pudo ver la rabia en los ojos de Lilla. Eran de un azul profundo, tan profundo y tan oscuro como el océano. Erlan nunca había confiado en el océano. Había demasiados misterios escondidos en sus profundidades.

—Debería irme, milady.

—Deberías, sí —respondió Lilla, tras recuperar su compostura—. Y nosotros también.

Erlan se estaba girando cuando la princesa lo cogió del brazo y añadió:

—Supongo que debería darte las gracias —dijo con frialdad—. Por ella. —Puso

la mano sobre la cabeza de Katla; su piel era pálida y delicada como una flor en contraposición con el color del pelo de la niña, negro como la medianoche.

—Ningún problema —dijo Erlan, mirando una vez más los enormes e hirientes ojos de Katla—. Adiós, pequeña. Hasta que volvamos a vernos.

Antes de que la niña tuviera oportunidad de contestar, Lilla se había dado la vuelta y se había puesto en marcha.

Durante los días siguientes no se habló de otra cosa que de Torkel y sus hombres. Algunos decían que debían regresar pronto, y que lo harían con las manos vacías; otros que, con los conocimientos de Handarak del bosque y las agallas de Arve, enviarían algún mensaje de sus hallazgos a lo largo de la semana.

Mientras tanto, los guerreros de palacio afilaron sus espadas y pusieron a punto sus caballos, fanfarroneando con el número de aquellas furtivas criaturas a las que darían muerte.

Erlan cada vez estaba más hastiado. Sus pensamientos no dejaban de mostrarle a los hombres junto a los que había estado. Antes. Hombres como Garik y Gunnar y Dag. Claro que ellos disfrutaban con una buena historia y admiraban el valor de un hombre, pero la vanidad de estos guerreros sveärs era algo distinto. Tal vez fuera inevitable. Muchos de aquellos hombres habían sido granjeros, a su manera, pero muy pocos tenían tierras que pudieran considerar suyas. Su comida dependía de la voluntad del rey, y el favor de este se basaba en el renombre que pudiera tener cada cual. Pues ¿qué era un guerrero sin fama? Solo otra boca que alimentar. Y los grandes almacenes de las Tierras Altas no eran inagotables...

No obstante, más allá de las fanfarronadas y la cháchara, en los ojos de cada uno de ellos se podía distinguir la duda: que a Torkel, Torgrim, Handarak y Arve nunca se les volvería a ver.

—El viejo chivo —así era como a Kai le gustaba llamar al rey— apenas duerme, según he oído. —Kai oía muchas cosas—. Pasea por su alcoba como un lobo, moliéndose los dientes hasta que acabe reduciéndolos a polvo. Y la reina no hace otra cosa que reírse de él.

—¿Cómo diablos puedes saber eso?

Kai se dio un golpecito en el lateral de la nariz.

—Hay gente ahí arriba que no podría mantener la boca cerrada ni aunque al abrirla se les fuera a caer la lengua.

—Bueno, tú asegúrate de que la tienes cerrada ante cualquiera que no sea yo.

Al sexto día, una gran nevada cayó durante la noche y todo el día siguiente. Todo quedó cubierto por una fresca capa de unos diez centímetros de espesor, lo que significaba que si los rastreadores no habían localizado ya a su presa, la nieve convertiría su misión en imposible. Se aguardaba información en un sentido o en otro.

Pasó otra semana sin que se supiera nada. Y las conversaciones empezaron a cambiar, de hablar exclusivamente de la suerte de los rastreadores a evitar mencionarlos para nada.

Dos días más tarde, llegó un chico joven portando un mensaje. Dijo que era el último en una cadena de cinco mensajeros que traía noticias de Torkel. El mensaje tenía una semana de antigüedad, pero decía que aún seguían el rastro y se dirigían hacia el noroeste, en el gran campo que llevaba hacia el Valle de los Duendes. Nada más.

Naturalmente, aquello despertó las esperanzas de la corte de que al mensaje le seguiría una convocatoria para que se dirigieran todos a la batalla. Sviggar recuperó el buen ánimo.

Pero después de un día o dos, volvieron las dudas, y una nueva melancolía se extendió como un paño mortuorio sobre el palacio y sus habitantes.

Pero esta vez no tuvieron que esperar mucho. Pues un segundo mensaje estaba de camino.

El guardia pisó con fuerza sobre la nieve.

El último turno de vigilancia de la noche era el más frío y oscuro. Pero le pareció que estaba llegando a su fin. Bostezó. A través de la niebla habían comenzado a abrirse paso vetas del gris del amanecer que se combaban sobre los campos y bosques más allá del palacio.

Podía ver el perfil del camino, los puntiagudos triángulos de las casas, muros oscuros, tejados blancos como si fueran nubes caídas. El viento había cesado. El aire estaba tan quieto que podía incluso oír el aleteo de una paloma en los bosques al otro lado de los Túmulos de los Reyes. Sus siluetas abombadas emergían como un nuevo mundo, nacido de un vacío de oscuridad y hielo.

El guardia se estremeció e imaginó a su esposa envuelta en sus mantas, en la cama. La chimenea estaría encendida. Si Skurrik le relevaba pronto, podría llegar a casa antes de que ella se despertase. Entonces entraría rápidamente en calor.

Decidió dar otra vuelta por los túmulos. Para cuando volviera, Skurrik debería haber llegado. En cuanto a sus obligaciones como guardia, hacía tiempo que se había hecho a la idea de que la única razón para realizar el circuito era para mantenerse despierto y entrar en calor. En tres años, nunca había tenido que enfrentarse a nadie más amenazador que un pastor echando una meada.

Sus pisadas producían crujidos en la nieve dura, el único sonido junto al suave frufú de sus calzones. Recorrió el camino y dejó atrás el Bosque Sagrado, cuyos ancianos robles emergían de la penumbra como piernas de gigantes. Pasó el Túmulo de las Buenas Nuevas, desde donde se proclamaban grandes anuncios y decretos. Su tamaño era la mitad que el de los tres túmulos reales, pero cualquiera que se pusiera a gritar desde su cumbre podría hacerse oír sin dificultad.

El guardia recordó la primera vez que había acudido allí, de niño, a finales de un verano, y escuchó al viejo Karak, un célebre guerrero miembro del Alto Consejo, mientras relataba a un grupo de chiquillos con la cara sucia y a sus padres y madres las hazañas del rey Sviggar en las sangrientas batallas a lo largo y ancho del mar del Este. Las palabras de Karak habían cautivado su imaginación y lo habían apresado para siempre como a un cachorro de oso en una trampa.

Y ahora se encontraba allí, al servicio de aquel mismo rey. Esa era toda su gloria. Lo único que sentía era un frío del demonio. Había pasado tanto tiempo desde su última batalla que apenas podía recordar lo que era matar a un hombre o mearse de miedo al formar parte del muro de escudos. Avanzar a duras penas entre la nieve no era lo que se cantaba en las viejas canciones.

Resopló por la nariz y escupió, siguiendo la curva que el camino trazaba hacia el oeste. Luego giró al norte, saliéndose del camino, en dirección al borde del Bosque de los Reyes, que llegaba hasta los pies del túmulo más occidental. Las siluetas de los árboles y los túmulos parecían más afiladas ahora, a medida que aumentaba la luz en el cielo. Siguiendo sus propias huellas de la ronda anterior, el guardia llegó hasta el extremo opuesto del túmulo.

Allí, de repente, se detuvo.

En la nieve, delante mismo de él y apenas visibles en la penumbra, había huellas que se dirigían ladera arriba.

Su mirada siguió las marcas hasta la cima. ¿Había algo allí arriba? Atisbó entre las sombras. Sí, estaba claro que había algo. Una forma sin conexión alguna con aquel túmulo ni tampoco ninguno de los otros.

Aguzó la vista. La silueta era alta y muy delgada, con una parte bulbosa y deformada en lo alto. Su primer pensamiento fue el de acercarse, pero dudó: adentrarse en los Túmulos de los Reyes era una ofensa tan grave como cualquier otra contra el rey. ¿Cuál era el castigo? ¿La muerte? Como fuera, a la mayoría de la gente le preocupaba más la maldición que podrían atraer sobre sí mismos por alterar el reposo de un rey muerto. Nadie a quien él conociera sería tan estúpido como para hacerlo.

Pero alguien «había» estado allí arriba, y había algo allí arriba ahora. Vaciló, inseguro. Pero, al fin, llegó a la conclusión de que estaba allí para proteger al rey y su fortaleza, y eso incluía aquellos malditos túmulos.

Empezó a ascender por la ladera.

Su respiración se volvió más difícil con cada paso que daba, pero mucho antes de alcanzar la cumbre se detuvo en seco. Pues ahora podía ver.

Se trataba de un poste, tallado a partir de un tronco ennegrecido, pero recto y alto. Su mirada fue hasta el extremo más alto, y se quedó allí, dominado por el terror ante la horrorosa visión de lo que colgaba de ese punto. Distinguió una trenza, que destellaba oscuramente a la luz del amanecer. Vio jirones de carne, rota y pringosa...

Una cabeza humana.

Por debajo de ella, el poste estaba manchado de sangre que aún no se había congelado. De repente le llegó el hedor de la carne. Se le revolvió el estómago, y se dobló por la cintura para vomitar.

«Hace demasiado desde que no participo en una batalla».

Con precaución, ascendió hasta la cima. Podía distinguir algunos rasgos en la cabeza, retorcidos por el frío. Los ojos estaban vueltos del revés y la punta de la lengua sobresalía por la comisura de la boca, negra como el carbón. La boca estaba abierta, los labios duros como la corteza de un árbol. Pero entonces el guardia reconoció aquel rostro: la cara redonda, los pómulos altos, la frente ancha.

«Handarak, el cazador».

El guardia apartó la mirada e intentó pensar con calma. Debía avisar a alguien. Pero ¿a quién? ¿Y qué debía hacer primero?

Miró al este, hacia el creciente amanecer, por encima de los otros túmulos funerarios y el Túmulo de las Buenas Nuevas, que solo unos momentos antes habían estado envueltos en sombras.

A pesar de la escasez de luz, vio tres postes más.

«Tres cabezas más».

Empezó a correr hacia palacio.

Cuando Erlan y Kai llegaron para ver aquellas infelices gárgolas, mirando al vacío como centinelas del juicio final, ya se había reunido allí una multitud.

Erlan apenas recordaba sus caras de antes. Ahora nunca podría olvidarlas.

La gente contemplaba las cabezas con la boca abierta, y el silencio los envolvía a todos como un manto de niebla. Pero después de un rato se oyó el comentario de alguien que decía que debía traer hasta allí a su hijo para mostrarle lo que acababa pasándoles a los héroes.

—¿Qué va a hacer el viejo ahora? —preguntó una mujer de avanzada edad.

—Lo mismo que ha estado haciendo hasta ahora: nada. Escondarse en ese condenado palacio, y fornicar sin parar con su yegua. —El comentario provocó varias risotadas.

—Hace ya mucho que envainó su espada —dijo otro.

—¡Una de sus espadas, al menos! —Más carcajadas.

—Una espada no sirve de nada. ¿Qué puede una espada contra fantasmas? —dijo un herrero cubierto de mugre.

—Es algo maléfico, claro y simple. El viejo tiene que combatir la maldad con maldad, ¿o no?

—Eso no es fácil con el poder que se ha perdido aquí en los túmulos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kai.

—Es mal asunto, esto que se ha hecho aquí. Los Túmulos de los Reyes son sagrados. Pero a partir de ahora ya no. Su poder se ha ido.

—Sí, y la suerte de los sveärs se ha ido con él —dijo otro.

—No debería sorprendernos que ahora llegue la mala suerte. Los niños enfermarán. Las cosechas se echarán a perder. Acordaos de lo que os digo, ocurrirá. —Aquel tipo parecía desear que sucediera solo para demostrar que estaba en lo cierto.

—Esto es cosa de brujería, de espíritus malignos —gruñó la vieja—. El lugar apesta a brujería.

De repente, Erlan oyó que alguien mencionaba su nombre. Se giró y vio a Einar acercándose, con las mejillas coloradas por el frío.

—¿Te apetece ver algo interesante?

—¿Más interesante que esto?

—Estoy reuniendo a los consejeros del rey, a los que están aquí. Sviggar ha convocado un consejo de inmediato. ¡Oh, está rabioso! —Einar se limpió las gotas de sudor que perlaban su frente—. Ayúdame a encontrarlos, y podrás asistir para ver lo que sucede.

Erlan meditó la oferta.

—Yo iré si tú no lo haces —se anticipó Kai.

—Bien —resopló Erlan—. Lo haré.

Apenas una hora después del amanecer, Erlan ocupó su puesto en la cámara del consejo. Las criadas habían encendido las chimeneas para calentar a los condes y caballeros reunidos a toda prisa. El viejo Vithar estaba allí, apoyado sobre el retorcido bastón que parecía tan unido a él como su propia cabeza.

A un lado, Sigurd caminaba nervioso adelante y atrás. Estaba recién afeitado. Erlan no se había dado cuenta antes de que tenía la mandíbula ligeramente torcida, lo que le daba a su boca un aspecto de estar siempre caída. Quizá fuera a causa de una antigua rotura. Se mordisqueaba los labios sin parar.

Erlan dirigió una mirada a Einar, que estaba tan erguido como se lo permitía su barriga, en el lado opuesto de la cámara. Por una vez en su vida, su semblante era de seriedad.

Erlan miró ahora a su alrededor, escrutando los rostros ansiosos y escuchando un frenesí de murmullos. Y de pronto sintió que entre él y aquellos sveärs se abría un gigantesco abismo. No importaba nada si eran nobles o pueblo llano. No había conocido a Torkel y sus hombres. No le importaban los Túmulos de los Reyes. Oh, representaban una visión realmente lúgubre. Pero en su interior no había rabia ni indignación. Como mucho, un tibio desprecio por el hecho de que allí estaban los más grandes hombres del reino, reducidos a cobardes que no cesaban de susurrar con nerviosismo.

Oyó pasos que se aproximaban; Sviggar entró, flanqueado por Finn Lodarsson. El rey pasó junto a sus consejeros, con una expresión feroz en el rostro.

—¿Hay rastros? —exigió saber, dejándose caer en su trono. Como nadie respondió, gritó—: ¡Por el Ojo de Odín! ¿Estoy rodeado de tarados? ¡Id y miradlo! Antes de que todo Upsala los pisotee y los borre.

Heidrek, conde de Helsingland, salió arrastrando los pies y murmurando unas disculpas.

—Este enemigo se aprovecha de nuestra ceguera —dijo Sviggar; sus ojos claros llameaban de rabia—. ¿Dónde está el mensajero?

—¿Qué mensajero, milord? —se aventuró a preguntar Vithar.

—¡El chico, el condenado chico! El que trajo el mensaje de parte de los nuestros. Quiero saber exactamente dónde fueron vistos por última vez.

—Sabemos que el rastro los llevó al Valle de los Duendes —dijo Sigurd.

—Entonces ahí es donde debemos comenzar nosotros.

—¿Qué pretendéis, milord? —preguntó Vithar.

—¡Alzar un ejército! Registrar todo el territorio, desde el pico más alto hasta el valle más profundo, darles caza hasta que el último de ellos muera ahogado en su propia sangre. —Cuando terminó de hablar, Sviggar estrelló su huesudo puño en el reposabrazos de su trono.

—Quizá sea inteligente escuchar al consejo —sugirió Sigurd—. Estás enfadado.

—¡Enfadado! Este enemigo se burla de mí. Han ultrajado el poder sagrado del reino. Han asesinado a algunos de mis mejores hombres. ¿Esperas que me quede aquí sentado y no haga nada?

—No que no hagas nada. Pero creo que nos conviene ser cautelosos. Aunque tuviéramos las huestes más grandes que jamás hayan podido reunirse, ¿de qué nos serviría contra un enemigo al que no podemos encontrar?

—Todo lo que mata puede ser encontrado. Empezaremos por el Valle de los Duendes.

—Eso está a muchas leguas de aquí. Torkel y sus hombres podrían haber sido llevados hasta allí para caer en una trampa, simplemente. La verdad es que no tenemos ni idea de si este enemigo mora en las montañas, en el cielo o en la tierra bajo nuestros pies.

—Los encontraremos.

—¿Y si no lo hacemos?

Sviggar miró con rabia a su hijo, pero no dijo nada.

—Los hombres morirán de todas formas, muertos de hambre o congelados. Vagando por un territorio salvaje con un objetivo absurdo, buscando a alguien (o a algo) que se niega a ser encontrado.

—¿Y cuál es tu consejo? —gruñó el viejo, con los labios fruncidos en una mueca de desdén.

—Aconsejo que antes de meternos a ciegas en el bosque y que condenemos a un ejército entero, debemos comprender qué es lo que estamos persiguiendo. El invierno no es momento de ir a la guerra. A menos que no haya otra alternativa.

—Con estas muertes, es la única alternativa.

—¿Por qué? Para evitar la muerte de unos cuantos criados más, o la de unos caballeros que te han jurado fidelidad, o la de unos niños, ¿vas a arriesgarte a perder la fuerza del reino?

—Esos eran mis mejores hombres.

La expresión de Sigurd se tensó:

—Lo dudo. Pero ahora están muertos. ¿Vas a perder entonces a otros buenos hombres? ¿Harás que el reino se desangre?

—Os olvidáis de vos mismo, príncipe —intervino Vithar.

—¿Lo hago? —Sigurd se volvió hacia el viejo con una mirada de desprecio—. ¿Y si todo esto es una treta de Diente de Guerra para que enviemos parte de nuestras fuerzas lejos de palacio? ¿Has pensado en eso? Puede que regresemos de dar vueltas



por campos nevados para encontrar a nuestras mujeres y nuestros niños masacrados, y a Diente de Guerra con su trasero plantado en el trono.

Sviggar se echó hacia atrás, calibrando las palabras de su hijo.

—No me quedaré sin hacer nada —dijo al fin, en voz baja—. Este insulto no puede quedar sin respuesta. Su sangre ha de ser vengada.

Justo en ese momento, Erlan notó un perfume y se distrajo un instante. De forma instintiva, inhaló profundamente para saborear su picante olor. Antes de que tuviera tiempo de girarse, la reina Saldas entró en la cámara. Llevaba un vestido largo azul oscuro que se deslizaba tras ella como un pequeño estanque de terciopelo. Erlan la contempló mientras se acercaba al círculo de consejeros, con las caderas balanceándose a uno y otro lado, con la elegancia de una serpiente.

Sostenía algo en sus manos.

—Mi señor esposo —dijo, muy calmada.

—¿Quién te ha convocado aquí? —La voz de Sviggar sonó impaciente—. Sabes que el consejo tiene asuntos urgentes que atender. —La atención de todos los hombres presentes en la sala estaba fija en la reina. Saldas estaba muy acostumbrada a ello—. Sea lo que sea lo que quieres, ahora no podemos ser molestados.

La reina ladeó su cuello delgado, con un gesto quizá no tan respetuoso como podría esperarse.

—Muy lejos de mi intención molestar a tan sabia compañía. Volveré más tarde, mi rey. —Se quedó allí un momento, volteando en sus manos lo que tenía. Alguna clase de prenda de vestir.

Cuando se giró, Sviggar le dijo:

—Espera. ¿Qué es lo que tienes ahí?

—Oh, ¿esto? —Saldas miró lo que sostenía en las manos con expresión condolida—. Tiene relación con las noticias que traigo. Pero veo que os estoy molestando, milord. Por favor, perdonad mi intrusión. —Volvió a girarse hacia la puerta.

—¿Qué noticias?

—Sobre vuestra hija.

—¿Lilla? —El viejo rey se echó hacia delante—. ¡Habla, mujer! Rápido.

—Como deseáis —respondió Saldas, manteniendo su tono bajo y calmado—. Pensé que querríais saberlo enseguida. Lilla ha desaparecido. Su criada me dice que estaba esta mañana en el Bosque de los Reyes. Pero después de los... acontecimientos de esta mañana... pasó un tiempo hasta que la criada reparó en que Lilla no había regresado. Fue a buscarla, pero lo único que encontró fue esto. —Dejó que la prenda colgara de sus manos para que el rey pudiera verla en toda su longitud. Erlan reconoció el manto de piel, lustroso y reluciente—. Fue un regalo vuestro, ¿no es así? —Tiró el manto en el regazo de Sviggar, el rey lo cogió y se lo llevó lentamente a la cara—. Lo lamento —añadió la reina—. Resulta muy preocupante. —Pero no podía decirse que su actitud fuera de preocupación.

—¿Había rastros de... sangre? —preguntó Sigurd.

—Ninguno. Aunque no lo vi por mí misma. La criada me ha dicho que en la nieve se aprecian señales de lucha. Hay...

—¡Malditos! —gritó Sviggar—. ¡Desgraciados, demonios! ¡Maldigo las manos que toquen un solo pelo de su preciosa cabeza! —Saltó de su asiento, con los ojos encendidos—. ¡Les daré caza y les arrancaré el corazón! ¡Los aplastaré hasta convertirlos en una mancha en el suelo, sean lo que sean! —Giró sobre sí mismo, borracho de rabia, y sacó su espada del respaldo de su trono. El *Azote de Bjarne*.

Parecía medio enloquecido, con la espada a medio desenvainar, pero en un abrir y cerrar de ojos la reina llegó a su lado y sus delicados dedos se cerraron en torno a su puño mientras le susurraba algo al oído.

La furia de sus ojos desapareció lentamente. Con suavidad, Saldas empujó la empuñadura para guardar la hoja en la funda. Sviggar cayó hacia atrás, desmañado, en su trono.

—La venganza debe venir primero por medio de la sabiduría —dijo Saldas—. Habrá tiempo de sobra para demostrar tu valor.

Se oyeron pasos y el conde Heidrek entró en la cámara. Cuando vio al rey, se le acercó titubeante.

—¿Qué? —graznó Sviggar.

—Se ha reunido mucha gente en los túmulos. Está todo hecho... un desastre, pero...

—¿Hay rastros?

—Los hay, milord. Son claros, esta vez. Huellas.

—¿Pueden seguirse?

—Creo que sí.

—¿Lo crees? —gruñó el rey.

—Pueden seguirse, milord.

—Entonces iremos de inmediato. Reúne a los señores. Pondremos en pie a los hombres libres de las Tierras Altas y a los vasallos. Envía jinetes a los caballeros de Sothmanland y Gestrikland para que hagan lo mismo.

—Puede tratarse de una trampa —dijo Sigurd.

—¡Por las estrellas, tu hermano nunca habría sido tan asustadizo! Él ya estaría a lomos de su caballo y en busca de su hermana. ¡Y tú todavía sigues aquí!

—Yo no soy mi hermano.

—Eso podemos verlo todos, claro como la luz del día —se burló su padre.

—Staffen está muerto. Y puede que a estas horas Lilla también lo esté.

—Entonces ¿cómo eres capaz de estarte quieto ni un momento más? —gritó Sviggar—. ¡Bah! ¿Realmente puedes ser hijo mío?

—No soy yo el que es un bastardo —la delgada boca de Sigurd no tembló al hablar—, padre.

El rey parecía a punto de estallar.

—¿Cómo te atreves...?

Pero Sigurd se apresuró a interrumpirle:

—No hay duda de que Staffen habría dado un salto para entrar en acción. La espada en una mano, la polla en la otra. Pero nunca se habría detenido para preguntarse por qué las huellas son tan claras ahora, cuando nunca antes lo han sido.

—¿Qué quieres decir?

—¿No es obvio? Esas criaturas quieren que las sigamos. Es una trampa.

—Lord Sigurd puede estar en lo cierto —dijo Vithar.

—Por supuesto que lo estoy —espetó Sigurd—. ¿Por qué, si no, regresarían con la cabeza de Torkel y de los otros? Si solo querían matarlos, sus cuerpos estarían ahora enterrados en cualquier parte... En el Valle de los Duendes, si los mensajeros tienen razón. No, esto es una declaración de guerra.

—Bien, entonces —gritó Sviggar— ¡habrá guerra!

—Sí, pero ¿guerra en sus términos? ¿Es eso inteligente?

—Estos enemigos son más astutos de lo que quieres aceptar —dijo Saldas, con la cola de su vestido deslizándose tras ella—. No puede acabarse con ellos como si fuera una revuelta de esclavos. Hay algo de los otros mundos en ellos. Hasta ahora, te hacen parecer débil. —Sviggar se erizó ante el desaire de su esposa. Los demás consejeros se movieron inquietos—. Oh, yo sé que no lo eres. —Sonrió Saldas—. Pero lo cierto es que se han burlado de ti. Si no encuentras la forma correcta de afrontar esto, te arriesgas a parecer un estúpido. O un hombre muerto.

—¿Cuál es tu consejo? —preguntó Sviggar, con acritud.

—Necesitas aliados.

—¿Aliados? ¿Qué clase de aliados?

—Los que tengan poder sobre lo invisible. Poder en todos los mundos.

—¿Hablas de los dioses?

—Naturalmente. Necesitas el favor de los dioses. ¿Acaso no es Odín el Señor de los Fantasmas? ¿No es omnisciente el Dios de la Lanza que proporciona la victoria? Debes hacerle una ofrenda.

—¿Una ofrenda? —bufó Sviggar.

—Un culto de sangre.

—Lo sabía. La sangre del pueblo de tu padre corre por tus venas, querida. Es espesa y fría. Pero yo soy el padre del pueblo de los sveärs. Esa es mi gente. Me dispongo a parar los asesinatos, ¿y tú me pides que autorice nueve más?

La reina arqueó una ceja perfectamente depilada.

—El favor del Dios Supremo no se obtiene sin sacrificio.

—No hace falta que me lo digas. Podemos hacer sacrificios. Pero no mataré a nueve personas. No lo permitiré.

Con un gesto elegante, la reina Saldas se encogió de hombros y se giró.

—Lo que no le des a Odín voluntariamente, él lo tomará de otra forma. Ya descubrirás cuál será el coste, mi rey.

Sviggar meditó estas palabras, con la irritación reflejada en sus rasgos.

—La reina tiene razón —dijo Sigurd—. Debes hacer que cualquier poder existente esté de tu parte. Si a los dioses se les puede comprar tan fácilmente, entonces dales lo que quieren.

—¿Y quién decide, exactamente, qué es lo que quieren? —inquirió Sviggarr—. ¿Tú? ¿Ella? —Negó con la cabeza—. No, estoy decidido a que no haya más muertes, y no pienso ordenarlas yo mismo. Pero, querida —prosiguió, con tono mordaz—, si no te importa hacer uso de tus capacidades, dime si mi hija aún está con vida.

La reina se sorbió la nariz con cierto desdén y respondió:

—Los huesos me lo dirán.

—Entonces, pregúntales.

Saldas metió los dedos en una bolsa que llevaba al cinto, y sacó un puñado de huesos achaparrados, de un blanco sucio, marcados con runas minúsculas. Fue hasta la mesa, sacó un pequeño cuchillo de su cintura, y sin el menor titubeo, utilizó el filo para cortarse el pulgar. Una línea carmesí apareció en su piel al instante. Se apretó con los dedos de la otra mano y vertió unas cuantas gotas de sangre sobre los huesos, para luego lanzarlos sobre la mesa.

Sviggarr se inclinó hacia delante, ansioso.

Saldas reunió los huesos, y pasó un dedo por encima del conjunto.

—Parece que tu hija es un cebo —dijo—. Los huesos dicen que aún vive.

El rey asintió, satisfecho. Pero enseguida su expresión se agrió, y se pasó una mano cansada por la cara.

—¡Ah! Todo esto solo son fragmentos demasiado pequeños para poder guiarnos.

—Los huesos pocas veces se equivocan.

—Ojalá todos tuviéramos tu seguridad, mi reina —dijo Sviggarr, con una mueca—. No puedo quedarme sin hacer nada —murmuró—. Incluso si lo que hacemos es meternos en una trampa, debemos ir tras ellos.

Pero la reina no le estaba prestando atención. Había vuelto a recoger los huesos y a lanzarlos otra vez a la mesa, observando los montoncitos que habían formado.

—Curioso.

—¿Qué?

—Los huesos hablan de un hombre solo.

—¿Un hombre solo? ¿Qué significado tiene eso?

—No estoy segura —dijo Saldas, con un mohín—. Tal vez muestren otra forma de actuar. Si vas a caer en su trampa, salva a tu ejército. Hazlo con un hombre solo.

—¿Qué bien hará un hombre solo, si cuatro de los mejores acabaron tan mal? —espetó Sviggarr.

—Creo que lo entiendo —intervino Sigurd—. Un hombre solo podría seguir su rastro hasta su fortaleza, si es que tienen una. Si este enemigo nos ha tendido una trampa, solo perderemos a un hombre, en lugar de ver cómo aniquilan a todo nuestro ejército.

—Pero ¿de qué les serviría eso? —dijo Saldas—. Quieren sacarte de aquí por una

razón. Si permiten que un solo jinete les siga hasta su fortaleza, ese hombre podría informaros. Envía exploradores delante de tus tropas para que se mantengan cerca del jinete.

—De modo que Lilla solo ha de esperar y tener esperanzas —dijo Sviggar.

—Si aún vive, entonces lo que debe hacer es sobrevivir.

—Parece una opción lamentable para ella.

—Es mejor que nada —dijo Saldas, lacónicamente—. Lilla ha desaparecido. La han cogido. Puede que la maten, pero si los huesos dicen la verdad, un solo jinete puede hallar la oportunidad de traértela de vuelta.

Sviggar suspiró:

—Al menos no se lo esperarán. Aun así, o enviamos a un hombre a una muerte muy rápida, o es nuestra mejor opción. —El rey se puso en pie—. Muy bien. ¿Quién será ese hombre? —Se giró hacia Sigurd—. Se trata de tu hermana.

—Y yo soy tu heredero. Sea quien sea ese hombre, es casi seguro que morirá. ¿Quieres que tu legado muera conmigo?

El rey no pareció impresionado, pero no veía la forma de responder.

—Sire, yo iré —dijo Finn, sentado al lado del trono de roble de Sviggar—. Lilla es casi una hermana para mí. He jurado protegeros a vos y a vuestra familia. Dejadme ir. No me asusta la misión.

Sviggar soltó una risa cálida.

—Mi querido Finn, tú siempre estás dispuesto. Nunca me has decepcionado. Pero yo debo decepcionarte a ti. Eres demasiado valioso para mí. Te necesito con vida y a mi lado.

—Milord, los huesos hablan de mí. —Todo el mundo se giró para ver quién había hablado. Erlan emergió de las sombras, con sus propias palabras zumbando en sus oídos. Sintió las miradas de todos los presentes fijadas en él.

Sigurd fue el primero en reaccionar.

—¡Tú! Eres un lisiado. Y un pordiosero. ¿Qué te hace pensar que mi padre te confiará esta misión?

—Porque si no lo hace, elegiré a un buen hombre. Tal vez al mejor que tiene. Y os guste o no, ese hombre morirá.

—Entonces ¿qué presunción te hace considerarte apto para la tarea? —le espetó Vithar.

—Porque yo no soy nada para él. ¿Qué valor tiene otro hombre libre a su servicio? Si muero, mi muerte no significará ninguna pérdida para vos, milord —dijo Erlan, dirigiéndose al rey—. Pero si tengo éxito, entonces tendréis a vuestra hija y también otra espada en vuestro hogar. Mantenéis a vuestros mejores hombres y ganáis otro más.

—¿Qué ganas tú con ello —quiso saber Sviggar, escrutándolo— si estás tan seguro de que la muerte aguarda al hombre que lo haga?

Pasó un momento antes de que Erlan respondiera:

—Es suficiente con tener la oportunidad de demostraros mi valía. Por muy pequeña que sea esa oportunidad.

—¿Eso hace que te merezca la pena el riesgo que corres?

—Sí.

Desde que había empezado a hablar, Erlan había sentido la mirada esmeralda de la reina posada en él, deslizándose sobre cada uno de sus músculos. De repente, Saldas se giró y volvió a lanzar sus huesos. Tras contemplar el resultado, durante un instante pareció preocupada.

—Extraño.

—¿Qué ocurre? —exigió saber Sigurd.

—Los huesos... no pueden leerle —dijo Saldas, con un leve bufido—. Al menos, el chico tiene ambición.

—No soy un chico —replicó Erlan, devolviéndole la mirada.

—Pero eres un lisiado.

Erlan se giró hacia el rey:

—Preguntadle al conde Bodvar si puedo luchar, milord.

—Es cierto —admitió Sviggar—. Él garantizó tu destreza.

—No puede ser verdad que pienses en enviarle a él —gritó Sigurd—. Estás desperdiciando la única posibilidad de salvar a Lilla.

—¡Silencio! —estalló Sviggar—. Si no vas a ir tú mismo, ¡no te atrevas a decirme a quién debo o no debo elegir! —Se volvió hacia Erlan—: Como deseas. Confiaré en tu espada, y en la marca que unió tu destino al mío. —El rey empezó a incorporarse del trono. Finn se apresuró a ayudarlo—. Creo que viniste a mi palacio por una razón. Parece que las nornas nos están revelando ahora cuál es esa razón.

—Tal vez. —Las nornas moraban en la oscuridad. Los hilos que tejían también eran oscuros.

—Si no, morirás.

—Las nornas han tejido lo que sucederá.

—Muy bien —declaró el viejo rey—. Irás delante y seguirás el rastro, a donde quiera que lleve. Yo lideraré el ejército a dos días de distancia de ti. Juntos, haremos que nuestro enemigo sin nombre vea un día de sangre.

—Un hombre más joven debería liderar tu ejército, padre. El invierno no perdona. Tus huesos viejos no lo soportarán.

—¡Lo soportarán tan bien como cualquier otro hombre a mis órdenes! —gruñó Sviggar—. Pero ya que estás tan preocupado por la seguridad de este palacio, mucho más de lo que lo estás por la seguridad de tu propia hermana, te quedarás aquí, hijo mío, y protegerás el palacio en mi ausencia.

—Pero, padre...

—¡No discutas! Es mi última palabra. Y tú, Erlan, prepárate. Coge todo cuanto necesites. Debes ponerte en marcha hoy mismo. ¿Comprendes lo que debes hacer?

El forastero asintió a su señor.

Era muy simple.  
Tenía que morir.

## TERCERA PARTE

### EL VIAJERO LUMINOSO



Los muros del palacio de Sviggar ya estaban a muchas leguas a su espalda.

Erlan estaba lejos, de vuelta en el mundo de blancos y negros, donde los únicos sonidos eran el tintineo de la brida, el crujido de la nieve bajo los cascos y el suspiro del viento. Solo que ahora la nieve caía con más fuerza, y el aire frío mordía con más intensidad.

Nunca se había considerado a sí mismo un rastreador. Con aquel rastro, no necesitaba serlo. Desde el Bosque de los Reyes, las huellas siempre llevaban hacia el noroeste, hacia las montañas, flagrantes como el sol. Siguió el rastro a través de tierras de cultivo, fiordos, setos semienterrados, lagos helados y bosques silenciosos. Lejos de los hogares y las aldeas de los hombres.

La razón por la que el enemigo no se preocupaba de disimular su rastro importaba poco. Si Erlan iba a ser el cazador o la presa era algo que las nornas ya habían decidido. Seguiría el rastro hasta su destino o su perdición.

El paisaje estaba hecho para la soledad. Allí, la soledad cobraba sentido. Entre las gentes de las Tierras Altas, su soledad había sido aguda y cortante. Pero en este lugar, con sus cielos inmensos y el océano sin fin de árboles, la soledad parecía un camino hacia la libertad.

Libertad o muerte.

«Y, sin embargo...».

—¡Por los huevos de Bragi, qué frío hace! —A la exclamación de Kai siguió un estornudo absurdamente sonoro. Erlan lo miró a la cara. Incluso enterrado bajo una montaña de pieles, parecía medio congelado y muerto de hambre.

«La soledad podría muy bien ser un camino a la libertad». Pero no estaba solo.

—Si no fueras un bastardo cabezota, podrías estar encogido en la cama con una de tus queridas criadas.

—Esa es una imagen que me servirá para calentarme —replicó Kai—. De todos modos, decidí acompañarte para mojar mi espada, no para ver cómo se me caen los dedos. —Unió las manos y trató de calentárselas soplando en ellas—. Llevamos una semana siguiendo el rastro y no hemos visto ni una sombra.

—Vuelve atrás cuando quieras. —Kai no contestó, y Erlan se detuvo—. ¿Y bien?

—¡Baaah! —refunfuñó Kai—. No podría hacer eso. Eres tan mal cocinero que te

envenenarías antes de acercarte a cincuenta leguas de la princesa. ¡Y Sviggarr me colgaría sobre una hoguera para asarme vivo!

—Tu trasero escuálido no daría para un gran banquete —dijo Erlan, meneando la cabeza y preguntándose por qué le consentía tanto al chico.

En Upsala, al salir del consejo del rey se había dirigido directo a los establos, con el corazón acelerado, mientras en su cabeza planificaba las provisiones que necesitaría para el viaje. Antes que todo lo demás, quería caballos. Había elegido una yegua negra de líneas puras y un semental fuerte, y se concentró en prepararlos. Estaba tan absorto en lo que hacía que no oyó la voz a su espalda.

—¿Amo?... ¿Amo...? ¡Erlan!

Por fin se giró y vio a Kai frente a él, aún con la respiración entrecortada.

—Lárgate —dijo Erlan.

—Pero acabo de oír que vas a ir en busca de la princesa.

—¡Por los ahorcados! ¿Es que no se puede decir nada sin que tú te enteres? —  
Con gesto irritado, colocó una manta sobre la grupa del semental.

—No si puedo evitarlo. He estado pensando en lo que necesitaremos...

—No «necesitaremos» nada. Voy a ir solo.

—¿Solo? Pero no puedes... No entiendo.

—¿Qué te resulta tan difícil de comprender, chico? —gruñó—. El rey envía a un hombre a perseguir a su enemigo. Me ha elegido a mí. Iré solo. Si tengo éxito, el rey tendrá otro guerrero que habrá demostrado su valía. Si fallo, moriré.

—Pero querrás que te acompañe.

Erlan negó con la cabeza.

—En realidad... no.

Kai se quedó allí parpadeando, con los ojos como platos y la expresión herida. Erlan se giró y dio un tirón de la brida.

—Esto está mal.

Erlan levantó la vista.

—¿Qué?

—Nuestros destinos... están entrelazados. Desde la hoguera de la que me rescataste hasta este lugar, y más allá. Nuestros caminos van unidos. ¿No lo ves?

—Veo el camino que «yo» debo recorrer. Solo. —Pero al ver la cara compungida de Kai, añadió—: Mira, te estoy haciendo un favor. A ti te gusta estar aquí. Estás a gusto entre canciones y faldas. ¿Qué más quieres?

—¿Qué más? —Kai parecía perplejo—. Pero todo esto no... no es nada. Es... es una broma. Estoy aquí porque tú estás aquí. A donde tú vayas, voy yo. Ese es mi camino, y lo veo claro como el sol.

—¿De verdad piensas que estás atado a mí?

Kai asintió con gesto ansioso.

—Estoy pegado a ti como la maldita peste.

Y eso había hecho. Siguieron discutiendo un poco más, pero Erlan pronto se dio

cuenta de que Kai no pensaba ceder.

—El rey no se tomará bien este cambio de planes.

—Eres un hombre inteligente. Sabrás convencerlo.

Lo había hecho, finalmente, persuadiéndolo de que la presencia de Kai simplificaría el contacto con los exploradores, y diciendo que Erlan podría luchar mejor si Kai estaba allí para sujetar el caballo extra.

Esa misma tarde, la gente de las Tierras Altas había visto cómo las siluetas de los dos compañeros desaparecían al adentrarse en el bosque. *Cólera* colgaba del cinto de Erlan, y en su corazón se arremolinaban los demonios.

A pesar de la nieve, recorrían entre siete y ocho leguas al día. Era un buen ritmo, y ahora las últimas tierras cultivadas quedaban lejos a sus espaldas. Por delante de ellos se extendía un vasto territorio salvaje.

Al séptimo día el terreno comenzó a elevarse, convirtiendo el bosque en valles entre montañas y hondonadas abruptas. Al coronar una cima, Erlan notó que el aire se le atascaba en la garganta y se detuvo de repente. Los dos se quedaron contemplando el paisaje cubierto de nieve, sobrecogidos por su fría belleza. No había ningún sonido a su alrededor. Nada excepto una colosal quietud. Como si el silencio fuera el dios de aquel lugar. Romperlo era quebrar algo sagrado.

Durante un buen rato ninguno de los dos se decidió a hablar, hasta que por fin Kai susurró:

—¿Alguna vez habías visto algo como esto?

Erlan indicó que no con la cabeza.

—Debemos estar cerca del lugar que llaman Valle de los Duendes.

—Tiene un nombre apropiado si es ahí donde estamos. Debemos estar alerta. Los otros no llegaron mucho más lejos.

Contemplaron el ocaso prendiendo fuego al horizonte y dorando cada árbol como si estuviera en llamas. Y luego la tierra se hundió en una penumbra inmensa y fría.

Desmontaron y acamparon, lo que ya se había convertido para ellos en una rutina sencilla. Kai buscó por los alrededores algo de madera mientras Erlan limpiaba un espacio suficiente para preparar una hoguera y dispuso astillas para prender el fuego. Una vez que la hoguera ya ardía, Kai se puso a cocinar y Erlan se encargó de dar comida y bebida a los caballos y de disponer un refugio para pasar la noche.

Desde que habían dejado el palacio, incluso la animosidad de Kai se había ido transformando lentamente en inquietud. Pero pareció especialmente deprimido después de que se hubieran sentado para cenar. Erlan notó que el chico no paraba de darle vueltas a algo.

—¿Qué te pasa?

—¿Eh?

—Algo te preocupa.

Kai se limitó a gruñir.

—Vamos, suéltalo.

—Es poca cosa. Y, de todos modos, ya no tiene importancia.

—¡Di lo que sea, maldición!

—Es solo que nunca te pregunté... no sé por qué... pero nunca pensé en hacerlo.

—¿Preguntarme qué?

—¿Por qué tú?

—¿Yo?

—Sí, ¿por qué el viejo chivo te eligió a ti? Tenía a todos sus hombres para elegir, montones de bastardos leales y muchos de ellos saben diferenciar la punta de una espada de su empuñadura... y, sin embargo, te escogió a ti. ¿Dijo por qué?

Erlan bajó la mirada a su cuenco antes de responder:

—Yo se lo pedí.

—¿Tú se lo pediste? ¿El privilegio de venir a estas miserables tierras baldías para que se te congelen las pelotas? ¿Estás loco? ¿Por qué diablos lo hiciste?

Erlan soltó un gruñido poco entusiasta y dijo:

—Estaban hablando de enviar a un solo hombre tras la princesa. Equivocado o no, quería ser yo quien lo hiciera.

El fuego crepitó a su lado. Mientras hacía conjeturas para sus adentros, Kai esbozó una mueca de confusión.

—Ya veo. —Sonrió al fin—. La gloria. ¡Sí, la gloria! ¡Ja! ¿Y por qué no, por qué dejar que sea otro el que se gane el favor del viejo cuando puedes hacerlo tú?

Erlan hizo un gesto de negación.

—¿No?

—No.

Como no dijo nada más, Kai abrió los brazos con cara de frustración.

—Entonces ¿qué? —Pero Erlan no hizo otra cosa que contemplar las llamas—. Es Lilla, ¿verdad? —siguió Kai, con un tono sagaz ahora—. ¡Por supuesto, la princesa! ¿Tengo razón? Vamos, puedes decírmelo.

—No quiero a Lilla.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en ella?

—No hay nada malo en ella. Es solo... ¡Agh! No estoy aquí por ella.

—Entonces ¿por qué diablos lo estás? Querías venir, pero no lo haces por la gloria. Ni por amor. ¿Por qué, entonces? ¿Es por la culpa? —Kai se inclinó hacia delante y le dio un toquecito a Erlan—. La última princesa a la que fuiste a buscar no acabó bien, ¿es eso? —Se rio.

Su amo no compartió la risa. En lugar de eso, su expresión se endureció.

—Estoy cansado, Kai. Deberíamos dormir un poco.

—Pero todavía no me has contestado —insistió el chico—. No lo entiendo. ¿Qué más podrías ganar? ¿El favor del rey? ¿El favor de una chica hermosa? ¿Un nombre? Pero no parece que te importe lo que otros piensen de ti. No puede ser por venganza,

puesto que no eres un sveär.

—¡Deja el tema ya!

Pero Kai no podía hacerlo, ya no.

—Si no es nada de eso, ¿qué más puedes esperar obtener excepto una muerte rápida y sangrienta? No hay nada más... —De repente, Erlan lo miró fijamente y el chico se calló—. Espera... un... momento —murmuró, boquiabierto—. Es la muerte lo que buscas.

Erlan no dijo nada.

—Muerte —repitió Kai. De pronto soltó un violento bufido y su cara se enrojeció—. ¡Egoísta, autocompasivo hijo de una mala puta! —gritó, arrojando su cuenco a las llamas.

—No es asunto tu...

—Por supuesto que es asunto mío —chilló Kai—. ¡Miserable imbécil! ¿Acaso no te he seguido ya a través de suficientes cosas? ¿No merezco saber lo que pasa por ese trozo de leño que tienes por cabeza? Así que tienes algún tipo de historia oscura a tus espaldas. ¿Y qué? ¡No me importa! Tú eres tú, y yo soy yo. Eso es todo. El camino se extiende ante nosotros. Te seguiré al reino de Hel si ahí es donde tenemos que ir, pero no porque quiera morir. —Sus labios temblaban por la pasión con la que hablaba—. ¡Porque quiero vivir! Y vivir tan bien y tan a gusto y durante tanto tiempo como la vida me lo permita. Pero tú —gruñó—, bastardo desagradecido, tú estás viviendo en el pasado, con la cabeza metida en una tumba de la que has salido arrastrándote. Y lo único que quieres hacer es arrastrarte de vuelta a ella.

Sin previo aviso, Erlan agarró a Kai por el cuello. Tiró de él con tanta fuerza que pudo ver el miedo invadiendo los ojos del chico.

—No puedes llamarme desagradecido. ¿Acaso no tienes exactamente lo que querías? Y aun así te pones a gritar como una puta. En cuanto me viste, quisiste abandonar a tu gente y unirme a mí. Más tonto fui por permitirte. Pero nunca te prometí que cambiaría. ¡Nunca te prometí nada! Si quieres seguirme a las entrañas de la muerte, ha sido tu propia ansia estúpida la que te ha traído aquí. ¡Por los ahorcados, si no fueras como un jodido perro con un hueso, negándote a separarte de mí...! —Sacudió la cabeza, encolerizado—. No soy tuyo para que me guardes, como un condenado caballo de juguete que te lleva de un lado a otro solo para proporcionarte la próxima broma. No te debo nada. No se lo debo a nadie. Solo a mí mismo y al juramento que realicé.

—Es cierto —dijo Kai, con desdén—. Te sirves a ti mismo. Sabes muy bien cómo hacerlo. ¿Y adónde te ha llevado eso? —Erlan soltó al chico y se giró con un bufido—. Tú y tu maldito juramento. —La voz de Kai estaba cargada de amargura—. Sea lo que sea lo que has dejado atrás, si era algo tan malo, deberías alegrarte de tenerlo lejos, en lugar de comportarte como si la sombra de la muerte se cerniera sobre ti. Alégrate, idiota. —Se acercó y le dio un empujón a Erlan, pero este no respondió—. La muerte te encontrará de todas maneras aunque no la busques. —Pero Erlan tenía la

mirada perdida, fija en el fuego y buscando algo a miles de leguas de allí—. ¿Por qué la buscas? —insistió Kai—. ¿Por qué?

Erlan sintió que su rabia disminuía mientras observaba cómo el aire trémulo ascendía desde las llamas hacia la noche.

—No es la muerte. O no solo la muerte. Es... —Movi6 la cabeza; el frágil hilo que sostenía unidos sus pensamientos se estaba deshilachando—. No hay respuesta para tu pregunta. Un hombre sabio me dijo una vez que le abriera mi mente a un amigo. Pero resulta que no puedo. —Dejó escapar un largo suspiro—. Tú eres mi amigo, y, si pudiera, te explicaría por qué elegí este viaje. Ni siquiera puedo comprenderme a mí mismo. Tal vez sea por todas las razones que has mencionado y por ninguna de ellas. Y si la muerte no tiene el mismo significado para mí que para otros hombres... no puedo decirte por qué. Juré que nunca lo haría. Sabes que no quebrantaré mi juramento. —Los dos permanecieron escuchando el sonido de las llamas lamiendo los leños—. No creo que volvamos con vida —continuó—. Quizá fue por eso por lo que vine. Pero ahora que lo sabes, si quieres darte la vuelta no te detendré. Eres libre de hacer lo que consideres mejor para ti.

Cuando Kai habló, se percibió un tono afilado en su voz:

—Dices que soy tu amigo. Lo soy —asintió—. Y aunque no poseo tu sabiduría, tampoco soy un idiota. Veo lo que veo en ti. Lo llaman la canción de la muerte. Sí, y puede ser encantadora como cualquier amor, o como cualquier deseo que un hombre pueda conocer. —Sus ojos brillaron a la luz de las llamas—. Me llamas amigo. Entonces prometo que compartiré contigo todo cuanto tengo, siempre y cuando recorramos el camino juntos. Y tengo al menos esto, creo que es suficiente por lo que vivir. Tanto para ti como para mí. Puede que no haya conocido el mundo como tú lo has hecho, pero no cambiaré de opinión hasta que la muerte me haga cambiar de idea. —Levantó el puño cerrado y de repente sonrió—. Eh, no eres el único que puede realizar un juramento. —El chico se puso en pie de un salto, se arremangó y sacó una daga.

—¿Qué estás haciendo?

—Te hago un juramento, no como tu criado, ni siquiera como tu amigo. Sino como tu hermano. —Apoyó la punta de la daga contra su antebrazo desnudo y, con un movimiento rápido, hizo un corte en su piel. La sangre brotó con rapidez, deslizándose negra en la penumbra. Erlan vio cómo se esforzaba en controlar el dolor—. Te juro, por esta sangre, que permaneceré a tu lado como un hermano sea cual sea el camino que recorras y sean cuales sean tus razones. Cuanto oro y honor consiga en esta vida, lo compartiré contigo. Seré tus ojos, tus oídos, tus manos, lo que necesites que sea. Y no me separará de ti la voluntad de ningún hombre. ¡Ni tampoco la de ninguna mujer! —concluyó con una sonrisa.

Erlan respondió también con una sonrisa.

—No te lo he pedido —dijo en voz baja—, pero acepto tu juramento. Fue realmente afortunado encontrarte, mi... mi hermano. —Sacó su propio cuchillo, cortó

un extremo de su manto y se lo lanzó a Kai—. Tápate eso. No debemos hacer el trabajo de nuestros enemigos por ellos, ¿eh?

—Pica como un demonio —siseó Kai, apretando el trozo de manto contra la herida.

—Sí, pero eso nunca te lo advierte nadie.

Kai se sentó y se envolvió en sus pieles. Ahora fue el turno de Erlan de levantarse.

—Túmbate. Duerme un poco. Voy a echar una meada.

—Necesitamos más leña —dijo Kai, y empezó a incorporarse.

—Yo la cogeré. Tú descansa —dijo Erlan, y salió del círculo de luz mientras el chico volvió a sentarse. Erlan apenas pudo captar su susurro—: Buenas noches... hermano. —Seguido de una pequeña risita. Erlan sonrió en la oscuridad.

Se alejó de la hoguera en dirección a la atalaya en la cumbre desde la que habían presenciado el crepúsculo. El paisaje se extendía por debajo de él en una amplia hondonada. La noche era clara. Hasta ahora habían tenido suerte. Si el tiempo cambiaba y se producía una nueva nevada, el rastro quedaría cubierto y la princesa estaría perdida. Pero esa noche no habría nieve.

La luna había salido, una rodaja de plata en la oscuridad, y su tenue luz era suficiente para iluminar el valle como si fuera un pálido territorio de ensueño a sus pies. Alzó la cara hacia el cielo nocturno. Miles de estrellas parecían devolverle la mirada. Bajó la vista hasta su mano y solo pudo distinguir las borrosas líneas y los callos de su palma.

«¿Es así como un hombre se queda ciego? La luz se atenúa, las líneas se vuelven borrosas, y pronto no ve nada más que oscuridad».

¿Qué era lo que quería? ¿De verdad anhelaba la muerte? ¿O solo se trataba de una justificación? ¿Debía morir ahora para salvar a una mujer hermosa como pago por la otra mujer hermosa a la que no había podido salvar? ¿Para hacer retroceder el tiempo? Era una locura, lo sabía. «O el camino a la locura».

Miró a la luna.

Había hombres que perdían el juicio a causa de la luna. Quizás él también lo había perdido. ¿O acaso era la muerte la única cosa razonable que podía buscarse en este mundo de sangre y desamor?

«¿Cómo es que la locura y la cordura parecen tan próximas la una de la otra? ¿Son hijas mellizas del mismo padre? La luna, la reina blanca de la noche, que llama y llama a sus amantes. Se traga su amor como un remolino, y aun así ellos no se acercan más a ella. Ella espera, siempre lejos, invitando a las almas a que reciban su tacto sedoso, derramando sus lágrimas de luz de luna sobre unos labios que sonrían, crueles y burlones».

«Cuánto se parece la luna al amor», pensó Erlan con amargura.

Se estaban dirigiendo a una trampa, de eso estaba seguro. Pero ni siquiera las trampas más audaces logran siempre atrapar a su presa. Quizás hubiera una

posibilidad. Las palabras de la *vala* susurraban en su corazón. «Soportarás mucho dolor, pero jamás te quebrarás». Sin embargo, la malicia de las normas parecía oponerse a la profecía de la *vala*.

No había respuesta. Solo estaba el camino ante ellos.

Dirigió una mirada al valle, sobre el que el silencio parecía reinar como el señor de todos los mundos, vasto y eterno. Y entonces giró sobre sus pies para buscar la leña, orinar y volver a la calidez de la hoguera.



Despertaron a una brillante mañana azul y prosiguieron su camino ladera abajo, entre los árboles, siguiendo el rastro a través del valle y de la siguiente cordillera. Allí, el terreno ascendía aún más antes de allanarse en una amplia meseta blanca salpicada de lagos helados.

Cerca del mediodía, llegaron nubes desde el norte. Los flojos rayos del sol invernal dibujaban sus formas abultadas y las coloreaban de negro y oro. El cielo, que había amanecido tan claro, empezó a llenarse de una especie de presentimiento. Se encogieron bajo sus mantos para combatir el frío.

Estaban recorriendo una pinada, y por delante de ellos se distinguía el linde. Eso significaba que había otro lago. Kai iba unos pocos metros adelantado, tirando del tercer caballo. Erlan le vio emerger de debajo de las ramas cubiertas de nieve, y, entonces, abruptamente, se detuvo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Ven y míralo tú mismo.

Al acercarse hasta situarse a su lado, bajó la mirada hacia donde Kai le indicaba.

Allí, en la nieve, las irregulares huellas que llevaban siguiendo durante muchas leguas se separaban en tres rastros diferentes. Uno llevaba a la derecha, por el borde oriental del lago; un segundo hacia el oeste, a través del lago helado; y el tercero de vuelta hacia el sur para adentrarse en el bosque. Erlan desmontó de un salto.

Kai desmontó después de él, mientras Erlan se ponía en cuclillas para examinar el punto donde las huellas se separaban. Erlan notó al chico a su lado, y se sobresaltó cuando este pateó de repente la nieve y perjuró con rabia:

—¡Sabía que era demasiado bueno para durar! Como si nos guiasen adrede hacia su fortaleza. ¡Baah! Han estado poniéndonos el lazo como si fuéramos cerdos para un asado.

Erlan soltó un gruñido irónico, y continuó mirando fijamente los tres rastros de huellas.

—Este parece el grupo más numeroso —dijo Kai, señalando el rastro de en medio, el que se adentraba en el lago.

—Podría ser... Pero parece que pisan con frecuencia las huellas de los que van delante. Además, debemos seguir el rastro que nos lleve a lady Lilla. Puede que ella

no esté con el grupo más numeroso.

—¿Podría alguna de estas huellas ser la suya?

Volvieron a mirar, examinando cualquier arruga y ondulación en la nieve.

Kai sacudió la cabeza.

—Es jodidamente imposible.

Erlan señaló el rastro que volvía hacia el bosque.

—Sigue ese un poco; podría ser que veas algo más. Yo comprobaré este —dijo, adentrándose en el lago.

—Dudo que sea este —dijo Kai—. Este camino se dirige de vuelta hacia las tierras bajas. Imagino que su morada se encuentra en las montañas.

—Mira de todos modos.

Un rato más tarde, Kai reapareció en la orilla del lago.

—¿Algo? —gritó.

Erlan se había adentrado unos cien pasos en el lago, observando las marcas en la nieve.

—Nada.

Se encontraron en la bifurcación, y siguieron juntos el rastro que llevaba al norte por la orilla oriental. Después de avanzar unos cincuenta pasos, Kai exclamó:

—¡Esto no tiene sentido! Tenemos que elegir uno de los rastros.

—Espera. Pensemos. ¿Por qué están haciendo esto?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? ¿Para despistarnos?

Erlan se rio.

—Bueno, ¿están intentando despistarnos o no lo están intentando?

—¿Por qué dejarían huellas tan fáciles de seguir hasta ahora solo para confundirnos llegados hasta aquí?

—Para ganar algo de tiempo, quizás. O tal vez el plan de Sviggar funcionó mejor de lo que él mismo imaginaba: querían atraer a todo su ejército, y de alguna manera descubrieron que solo somos dos, así que no les interesamos.

—O quieren separarnos.

Erlan se puso en pie y tocó con la punta de la bota los montoncitos rotos de nieve. ¿Por qué nunca había aprendido las destrezas de un rastreador? Las huellas parecían mofarse de él: ellas sabían la respuesta, pero guardaban el secreto. La rabia empezó a apoderarse de él.

—¡Engendro del diablo! —escupió—. No vamos a dar la vuelta. Ahora no. Seríamos el hazmerreír.

—Entonces, escoge uno de los rastros.

Erlan se giró para mirar a Kai:

—Sí, pero ¿cuál? Si escogemos el camino equivocado estaremos siguiendo un rastro inútil durante días, si no semanas. ¡Podríamos estar aquí fuera todo el maldito invierno!

—Bueno, yo sé cuál escogería. El de en medio. Todo recto, en la dirección en la

que íbamos. Directo a las colinas.

Erlan hizo un gesto de negación.

—Demasiado obvio. Si tuviera que elegir, diría que de vuelta al bosque. Creo que lo que pretenden es engañarnos para ir en otra dirección. Apostaría este caballo por que ese rastro gira al norte si lo seguimos.

—Bueno, para empezar, ese caballo no es tuyo —comentó Kai—. No, les concedes demasiada capacidad de raciocinio, amo. La niña dijo que apenas emitían más que gruñidos. No se trata de superar en inteligencia a un viejo maestro en enigmas.

—Superaron al grupo de Torkel, y con bastante facilidad. Y a todos los demás. Mira, elijo ese rastro, así que ese es el rastro que vamos a seguir. No me gusta más que a ti, pero es mi decisión. —Kai meneó la cabeza y se encogió de hombros—. Enfurrúñate cuanto quieras, iremos por ahí.

Montaron de nuevo y, con escaso entusiasmo, siguieron el rastro que quedaba a su izquierda.

Se disponían a penetrar otra vez en la arboleda cuando un pájaro se lanzó en picado delante de ellos, provocando que Erlan tirase de las riendas.

El alazán se detuvo, y la pareja quedó inmóvil. El pájaro, mientras tanto, se había posado en la rama de un pequeño abeto cercano, y empezó a cantar. El sonido que emitía era cualquier cosa menos dulce, algo a medio camino entre un gorjeo y un graznido.

Erlan jamás había visto un pájaro como aquel. Le recordaba los arrendajos que había visto en las tierras de sus padres. Pero esta era una criatura de colores más apagados, sus plumas eran de tonos marrones y grises, excepto en el punto donde le nacían las alas y en el lado inferior de las plumas de la cola, donde se veían un par de manchas del color del óxido.

El pájaro abrió por completo su pico y repitió su estridente canto. Erlan lo escuchó durante un rato y luego arreó a su caballo. Pero en cuanto la montura se movió, el arrendajo alzó el vuelo y aleteó sobre su cabeza.

—Curiosa criatura —dijo, pero continuó adelante. El arrendajo reapareció en otra rama, y redobló su canto.

Erlan volvió a detenerse y se quedó observándolo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kai.

—El pájaro. Es un bicho muy ruidoso.

Mientras hablaba, el arrendajo alzó el vuelo y se posó en otro árbol más cercano al lago, desde donde comenzó a graznar otra vez. Cuando Erlan se giró para reanudar la marcha, el pájaro volvió a volar hacia él. Miró otra vez y el animal aleteó hacia el lago y se detuvo en otro árbol.

—¿Qué está haciendo?

—Es un arrendajo. Los arrendajos vuelan de árbol en árbol. Hacen ruido —murmuró Kai, encogiéndose de hombros, aún enfurrñado.

—Puede —repuso Erlan, intrigado—. Pero este es diferente. Observa.

Hizo que la yegua continuase hacia el interior del bosque, y el pájaro echó a volar para adelantarse, se posó en una rama a la altura de sus cabezas y cantó con todas sus fuerzas. Cuando ellos dos se detuvieron, voló de vuelta hacia el lago.

—¿Ves lo que está haciendo?

—No.

—Quiere que lo sigamos.

—¿Qué? Eso es ridículo.

—¿Ah, sí? Vamos a verlo.

Tiró de las riendas para que su montura diera la vuelta y regresó hacia el lago. El arrendajo pareció volverse loco, aleteando a su alrededor.

Erlan lo siguió y el animal alzó otra vez el vuelo en la misma dirección, primero hasta una rama, luego hacia los jinetes, después otra vez más hacia delante, como si estuviera tirando de aquellos hombres montados en bestias con la fuerza de su minúscula voluntad.

Pronto estaban en el punto donde el rastro se bifurcaba.

—Veamos qué hace ahora —dijo Erlan.

El arrendajo había volado con entusiasmo hacia delante, por el borde oriental del lago. Miró hacia atrás, y al ver que los jinetes se habían detenido, volvió hacia ellos con la rapidez de un látigo, revoloteando en torno a sus cabezas, acosándolos para que siguieran.

—No puede estar intentando mostrarnos el camino —dijo Kai.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Pusieron los caballos al trote tras el arrendajo, que se alegró al verlo, graznando y gorjeando y aleteando sin parar.

—Los espíritus del bosque, ¿eh? —dijo Erlan, con una risita.

—¿Qué has dicho?

—Los espíritus del bosque. Tal vez nos estén ayudando.

Por un momento, la expresión de Kai se tornó muy seria.

—¿Qué sucede?

—Una idea, simplemente.

—¿Y bien?

—Es una locura.

—Tus ideas suelen serlo. Vamos, cuéntamela.

—El pájaro. Lo que acabas de decir... me hace pensar en el viejo chamán.

—¿Grimnar? ¿Qué ocurre con él?

—Sus máscaras. ¿Las recuerdas?

—Claro.

—Dijo que era un cambiaformas. ¿Crees que decía la verdad?

Erlan hizo un mohín.

—Imagino que si alguien puede hacerlo, es él.

—¿No te fijaste en una máscara de pájaro cantor que había en la pared? —Una sonrisa de incertidumbre empezó a esbozarse en la cara del chico.

—Espera, ¿crees que ese arrendajo podría ser él? ¡Estás loco!

—¿Tanto como tú? Aquí estamos, en mitad de ninguna parte, persiguiendo a un jodido arrendajo.

—De acuerdo —masculló Erlan, rascándose el cuello con gesto pensativo—. Preguntémosle.

—¿Qué?

—¿Qué fue lo último que dijo el viejo ermitaño? «Escuchad al bosque», ¿fue eso? «Escuchad al bosque». —Hizo una mueca—. Así que, preguntemos al pájaro.

Alcanzaron el final del lago; las nubes eran gruesas y oscuras sobre ellos. El rastro estaba allí, en la nieve, y el arrendajo había encontrado una posición elevada donde las huellas desaparecían de nuevo entre los árboles. Los dos jinetes se detuvieron ante el animal.

Durante un momento, permanecieron en silencio.

—Adelante, amo. Pregúntale. —Erlan le lanzó una mirada de advertencia, y luego se aclaró la garganta—. Bueno, no es necesario dar un maldito discurso.

—¡Mantén la boca cerrada! Bien, veamos... eh... Espíritu del bosque... o pajarito. No sabemos cuál es la opción correcta... ¡Oh, qué diablos, esto es una estupidez!

—Vamos —le urgió Kai.

Erlan puso los ojos en blanco.

—Pajarito. Dinos... eh... si puedes, ¿eres Grimnar, el vigilante de la noche?

Se quedaron allí, aguardando algún tipo de señal por parte del arrendajo.

La pequeña criatura siguió observándolos, con sus brillantes ojos parpadeando. Ya no graznaba, pero de vez en cuando dejaba escapar de su pico un breve gorjeo.

—Esto es jodidamente ridículo —exclamó de repente Erlan—. Sigamos.

Kai estalló en una carcajada.

—¡Esto será digno de contar si conseguimos volver a casa! —bramó, a punto de atragantarse con sus propias risotadas—. ¡La mejor historia de todas!

—Limítate a mantenerme el ritmo —gruñó Erlan, saliendo al galope—. Ya hemos perdido bastante tiempo.

—¡Por supuesto, mi amo! ¡Hacia la gloria! —gritó Kai, arreando a su montura para seguirle.

Y cuando se adentraron en la arboleda, comenzaron a caer los primeros copos de nieve.

Durante toda esa tarde el cielo fue oscureciéndose y la nevada se hizo más intensa, hasta que las manos y los pies les dolían por el frío. Y, mientras tanto, el rastro se volvía más y más frágil.

Cuando se dio cuenta de que la nevada iba a continuar, Erlan decidió marcar la ruta para los exploradores que iban tras ellos: utilizaron ramas rotas o trozos de corteza para señalar el camino.

—Espero que sean mejores rastreadores que nosotros —dijo.

—Eso no es difícil —comentó Kai.

El bosque se abrió a llanuras vacías cubiertas de ventisqueros azotados por el viento, donde únicamente los arbustos más resistentes y unos pocos árboles enanos permanecían en pie, desnudos y lúgubres frente a los vendavales del norte. En el horizonte se distinguía una extraña especie de crepúsculo que más parecía una mancha de sangre, y que acabó por dar paso a la oscuridad.

El pájaro los guiaba ahora a pesar de que las huellas desaparecían bajo la nieve, hasta que por fin alcanzaron de nuevo el refugio de los árboles. Montaron el campamento sin pronunciar casi palabra, convencidos de que tenían por delante una noche miserable.

Más tarde, Erlan vio cómo los ojos de su amigo se cerraban y se quedaba dormido. El arrendajo había anidado sobre el pecho de Kai, atraído por unos cuantos bocados de pan. Erlan se preguntó dónde estaría Lilla esa noche. Quizás en alguna parte de aquel mundo blanco, sintiéndose desdichada y fría. Desde su refugio, contempló las ráfagas de nieve que iban posándose en el suelo. Muy pronto la esperanza de poder rescatarla desaparecería para siempre, como los rastros que habían seguido.

En la distancia aulló un lobo.

Se tapó con el manto y dejó que sus ojos se cerrasen.

Unas horas después, se despertó de forma brusca.

Miró a Kai, con los ojos aún borrosos por el sueño, y vio que el chico estaba sentado y daba la impresión de esperar una respuesta.

—¿Has dicho algo?

—He dicho que hoy es el día —contestó Kai—. Lo sé.

—Ah, sí. —Erlan resopló—. Eso espero. Cualquier cosa mejor que otra noche como esta.

—No, no lo entiendes. He visto a Grimnar.

Al oír mencionar el nombre del chamán, Erlan se incorporó:

—¿Lo has visto? ¿Dónde?

—En un sueño.

—Oh. —Suspiró Erlan, y volvió a tumbarse sobre su piel de oveja, con un bostezo—. Un sueño, ¿eh?

—Lo he visto. Estaba sonriendo con esa boca negra que tiene. Como si se estuviera burlando de nosotros... o algo así. Al menos así es como lo recuerdo. Y dijo: «Hoy. El fin de vuestro camino. Hoy».

Erlan soltó un gruñido y miró hacia el bosque. La nevada había cesado durante la noche. Había un silencio sepulcral y varios jirones de niebla se adherían a los árboles. Todo estaba recubierto de polvo blanco.

—Es el final del camino, desde luego. A no ser que realmente creamos que ese pájaro puede ayudarnos a encontrar el rastro —dijo con un gesto al animal, que se había posado en una rama cercana y parecía algo menos alegre que el día anterior—. ¿Viste algo más en ese sueño?

—Todo el mundo era blanco. Y él estaba ante un muro inmenso. Era enorme, más grande que cualquier otra cosa que he visto. Parecía que no había forma de traspasarlo.

—¿Lo señaló o hizo algo?

—No, solo estaba allí.

Erlan pensó en ello durante un momento.

—Me recuerda historias que oí hace tiempo. Seguro que las conoces, historias de los distintos mundos que existen. El borde de Midgard, el mundo de los hombres. ¿No se supone que hay un muro gigantesco que lo separa de la tierra de los gigantes? ¿O de la tierra de los dioses?

—De los gigantes, creo.

—Entonces quizás hayamos llegado al fin del mundo.

—Un mundo jodidamente pequeño, si es así.

—Sin duda. Como sea, tenemos pocas opciones.

—Entonces, pongámonos en marcha —dijo Kai, levantándose con determinación.

Los caballos estuvieron pronto preparados. Mientras tanto, el arrendajo impaciente revoloteaba de un árbol a otro. Por fin, Erlan montó a lomos de la yegua.

Miró a Kai con una mueca de resignación y le dijo al pájaro:

—Guíanos.

Al punto, el arrendajo echó a volar a través del bosque, apareciendo aquí y allá, regresando hacia ellos, acosándolos como si quisiera meterles prisa. Con la nieve recién caída, la marcha resultaba mucho más pesada, y con frecuencia tenían que desmontar y tirar de los caballos para cruzar los ventisqueros más profundos.

Pero su pequeño guía los mantuvo trabajando toda la mañana.

Pronto oyeron el sonido de agua corriente, y llegaron a un río en cuya superficie sobresalían algunas rocas cubiertas de hielo, con pequeños remolinos y una capa de bruma estancada encima. Siguieron la orilla occidental hasta la tarde, mientras el terreno en el oeste se alzaba más y más hasta desaparecer tras la niebla.

En un recodo, el arrendajo batió las alas en torno a ellos e hizo ademán de volar hacia el oeste, alejándose del río. Para entonces, los dos se habían rendido incondicionalmente a seguir al animalillo a donde quisiera llevarlos, así que giraron hacia el oeste, obedientes.

El sendero ascendía por un bosque muy antiguo de árboles muertos. El terreno era cada vez más escarpado, la nieve más profunda, y a los caballos les costaba avanzar.

Al fin, los árboles empezaron a escasear, y los jinetes salieron a una pendiente que descendía hacia el sur. Delante había dos abetos altos y delgados que parecían centinelas silenciosos que vigilasen el camino. Más allá, una maraña de ramas congeladas de arbustos y árboles enanos, y aún más allá, algo... Una gran sombra surgía sin forma definida, pero de dimensiones inmensas. A medida que se acercaban, la niebla perdía densidad, y, de repente, los viajeros se detuvieron en seco.

Delante de ellos se alzaba un gigantesco muro de roca.

—He visto este lugar —susurró Kai.

—¿El sueño?

Kai asintió lentamente.

—El final del camino.

—O el final del mundo.

—Podría ser la misma cosa para nosotros —dijo Erlan, alzando la mirada.

La altura era la de cincuenta hombres. Su ojo siguió la línea de la cumbre tan lejos como le fue posible, pero el muro desaparecía en ambas direcciones, tragado por la niebla. La pared era escarpada y blanca por la nieve, pero gran parte del precipicio era tan vertical que a través de la blancura sobresalían inmensos peñascos negros, como rasgos de algún gigante. En la base se había acumulado la nieve.

El pájaro se había posado pacientemente en un arbusto próximo, cubierto de escarcha.

—Adelante. Hasta el final. —Erlan avanzó entre la nieve, dejando atrás los arbustos congelados. Cuando se aproximaron al muro, vio que había algo más, algo extraño, pero al mismo tiempo hermoso.

Las cascadas de hielo que colgaban de los peñascos brillaban, relucientes a pesar de la luz tenue, sus curvas suaves y puntas afiladas se superponían unas a otras desde la cima hasta llegar al suelo. Ambos contemplaron fascinados el hielo, que formaba un torrente de formas demenciales.

Kai fue el primero en percatarse de que el arrendajo se había posado.

—¡Mira! —dijo, y señaló el hueco que había en un lado, donde el hielo se había separado de la roca. Había espacio suficiente para que un hombre entrase por allí. Un agujero que parecía atraerles.

El pájaro estaba en un saledizo de roca junto a la hendidura, graznando con tanta fuerza que parecía a punto de estallarle el diminuto pecho.

—Echa un vistazo —dijo Erlan.

Kai desmontó de un salto y recorrió los últimos metros hasta el agujero. Con cautela, metió la cabeza y, de inmediato, retrocedió.

—¡Puaj! Apesta a carne podrida.

Erlan desmontó también y se unió a él. Atisbaron en la penumbra, cubriéndose la boca con las manos.

—Parece bajar —dijo Erlan.

—Necesitaremos antorchas. A no ser que te apetezca llegar a tientas hasta lady



Lilla —dijo Kai, incapaz de resistir la tentación de hacer una broma.

Pero Erlan no sonrió. En lugar de ello, puso una mano en el hombro de Kai.

—Escúchame. Aquí es donde nuestro camino juntos debe terminar. Al menos, por un tiempo.

—¿Qué? ¿De qué diablos estás hablando?

—Lo siento, Kai, pero debo ir solo.

—¡No puedes decirlo en serio!

—Sé que no te gustará, pero no puedes seguir adelante. Si este agujero conduce a su fortaleza, en algún punto ahí abajo, alguien debe permanecer con vida para guiar a Sviggarr y sus hombres. Sin nosotros, él nunca hallará este lugar.

De pronto, Kai pareció muy joven.

—Pero... pero necesitarás mi ayuda...

—Llegará tu momento, hermano. Pero ahora debes quedarte aquí. ¿Qué sentido tiene llegar tan lejos, si los dos desaparecemos en un abismo y nadie vuelve a saber de nosotros? Tal vez Lilla esté muerta. Pero he de intentar encontrarla. Y si no regresamos, entonces Sviggarr querrá un día de sangre, por su hija y por su gente que ha sido asesinada. Sí, y por su hijo asesinado.

—Pero —empezó a protestar Kai, pero al comprender que Erlan había tomado una decisión, frunció el ceño y escupió una maldición—. Tú eres el amo —dijo con amargura—. ¿Qué quieres que haga?

—Espera aquí. Si no he vuelto mañana al anochecer, cabalga al encuentro del ejército de Sviggarr. Solo estarán a dos o tres días de viaje. Conoces el camino: río abajo, luego al sur y sigue nuestras huellas hasta el lago, donde el rastro se bifurca. Cuando los encuentres, tráelos hasta aquí. Y, mientras tanto, rézale al Dios del Trueno que no nieve.

—Con nieve o sin ella, encontraré el camino. ¿Y qué hay de ti?

—¿De mí? —bufó Erlan—. Puedes rezar también por mí.

Poco después habían elaborado una antorcha: una rama de pino, pelada y cortada en cuatro, con corteza de abedul y unos cuantos jirones de un manto para hacer las veces de astillas.

—Debería durar un buen rato —dijo Kai.

—Un rato, sí. ¿Y luego qué?

Por una vez, el chico no tenía respuesta.

Erlan cogió su pedernal y un trozo de tela de su bolsa. Se puso en cuclillas y las chispas salieron disparadas trazando arcos en el aire hasta que la tela comenzó a prender. La acercó a la antorcha y enseguida empezó a humear y chisporrotear.

—Toma —dijo, poniendo las herramientas en la mano de Kai mientras se alzaban las primeras llamas.

Por último, Erlan sacó su espada. El hielo que se había adherido a la vaina crujió con el roce del acero. *Cólera* brilló como un cometa cuando la sostuvo en alto.

Estaba preparado.

—Que los dioses te acompañen, hermano —murmuró Kai, con la cara pálida.

—Y a ti.

Durante un instante, los ojos oscuros de Erlan miraron a los del chico.

Luego se adentró en la oscuridad.

Sus suelas de cuero rozaban contra la piedra.

Extendió el brazo con el que sostenía la antorcha, de la que goteaban motas de fuego. Una nube de luz lo rodeó, pero más allá solo había oscuridad.

Oyó agua goteando y miró hacia atrás, a la cascada de hielo, que ahora era un sombrío telón de la tarde gris.

Por encima de su cabeza, la antorcha iluminaba el techo húmedo y oscuro, que caía con brusquedad hacia una aglomeración de sombras, de la altura aproximada de un hombre adulto. Erlan se deslizó dentro, manteniéndose alejado del calor de las llamas. Un olor hediondo se le metió en la boca y la nariz, fétido como el aliento de un borracho.

El túnel era corto, apenas dio diez pasos titubeantes antes de que la luz de la antorcha le mostrase una caverna mucho más amplia que se expandía hacia las sombras. Erlan se detuvo, asombrado. Aquel espacio era suficiente para albergar un salón de banquetes. Las llamas arrojaban sombras que danzaban entre rocas con formas extrañas: cascadas suaves como la miel que surgían del suelo, o que pendían del techo largas y fibrosas como velas de cera.

En ambos lados distinguió cavidades pequeñas y agujeros, enmarcados por columnas que parecían los colmillos de Fenrir. Erlan avanzó con lentitud, y las sombras avanzaron con él como seres vivos, observándolo en silencio mientras se adentraba en las profundidades.

Continuó, con los ojos atentos a la inquietante y sobrecogedora belleza que lo rodeaba. Delante de él, la luz centelleó en algo de superficie lisa. Vio que la caverna se encogía hacia un estanque, y en su superficie brillaban los reflejos de las rocas, afiladas como cuchillos. Al ver que no había forma de rodearlo, metió un pie con cuidado en el agua y descubrió que solo tenía unos centímetros de profundidad.

Notó arenilla blanda bajo su pie. Avanzó con cautela, y solo había dado un par de pasos cuando se le dobló su tobillo maltrecho. Desesperado, sacó la espada para recuperar el equilibrio. La punta de *Cólera* golpeó los sedimentos del fondo. Erlan se inclinó hacia un lado, soltó un grito y se derramó chispas de fuego en la cara. El dolor recorrió su pierna, pero logró mantenerse en pie. Contempló con inquietud la antorcha. Por fortuna no se había apagado.

«Puede que Sviggarr se arrepienta de enviar a un hombre que ni siquiera es capaz de caminar».

Con sumo cuidado, avanzó hasta el otro lado del estanque, y allí observó el muro de roca. No había forma de continuar.

Estaba a punto de maldecir al arrendajo por haberlos guiado en una dirección errónea. Se maldijo a sí mismo por haber cometido el disparate de seguir a un pájaro, pero entonces reparó en una sombra más oscura que las demás y se acercó a inspeccionarla. La luz se deslizó hacia delante, introduciéndose en una grieta enorme. Al aproximarse, Erlan vio que se adentraba hacia una oscuridad tan densa que daba la impresión de que engulliría sus llamas. Y entonces, justo por debajo de él, vio algo que le puso la piel de gallina.

Escalones.

Escalones tallados en la roca. Huellas que bajaban y bajaban hacia el abismo en sombras.

Así que su pequeño amigo les había guiado hacia algo. «O hacia alguien». Pero en aquel momento resultaba difícil sentirse agradecido.

El eco que producía al avanzar cojeando se extendía hacia abajo, y cada paso que daba le suponía una punzada de dolor en el tobillo. La antorcha emitía cada vez menos luz, y se consumía hacia su mano. Podía distinguir la resina caliente que había en la base de la llama y ahora solo se encontraba a escasos centímetros de su mano. No tenía tiempo que perder.

El pasadizo se tornaba más y más extraño a medida que descendía por él. Cientos de escalones, quizá miles, trazando un sombrío recorrido a través de muchas salas, algunas de ellas pequeñas y estrechas, otras enormes e insondables; a través de corredores de paredes lisas y secas, y de otros llenos de escombros recubiertos de una especie de fango. Pero siempre, se dijo Erlan, en un camino que alguien había excavado en la roca.

Llegó a otra escalera, y al imaginar que se le estaba agotando el tiempo, la bajó a la carrera, a pesar de su cojera, y saltó los últimos dos peldaños. Pero al aterrizar, la antorcha se inclinó y una salpicadura de resina impactó en su mano.

Dio un respingo de dolor y, antes de que pudiera controlarse, dejó caer la antorcha. Intentó volver a cogerla al vuelo, pero solo logró golpearla y alejarla aún más; vio con horror que rodaba por el suelo hasta detenerse sobre una zona de arenilla húmeda. La llama emitió un siseo. Y Erlan quedó sumido en la oscuridad más absoluta.

Víctima del pánico, trató de hacerse una idea de dónde estaba tanteando las paredes de roca. O cualquier cosa. Pero, ya tuviera los ojos abiertos o cerrados, no podía ver nada en absoluto. Estaba ciego. El terror le produjo un regusto amargo en la garganta, y los latidos de su corazón sonaron en su pecho como martillazos. Quería salir de allí, alejarse, estar en cualquier lugar que no fuera aquel, volver a la luz.

Pero, entre jadeos, combatió el miedo que lo atenazaba hasta que notó que volvía

a recuperar el control de sí mismo.

No podía ver, razonó, pero todavía poseía el resto de sus sentidos.

Y a *Cólera*.

Avanzó arrastrando los pies y aferrando la empuñadura con más fuerza que nunca. Le daba la impresión de que llevaba horas enterrado bajo tierra. ¿O eran días? ¿O años?

Avanzó a tientas, con la única compañía de su propia respiración, el sonido de sus pisadas y el tacto del acero. Durante horas caminó a través de un mar de sombras, ciego ante todo lo que le rodeaba.

Su único objetivo era el siguiente paso.

Y, entonces, de la oscuridad brotó un ruido.

Sonó como... pasos que correteaban.

¿Una rata? ¿Algo más grande? Se detuvo para escuchar y pensó que ahora oía también una especie de jadeo. «Ninguna rata produce ese sonido». Luego hubo más. No eran jadeos exactamente, sino respiraciones, y le llegaban desde varias direcciones. Desde detrás. A un lado. A ambos lados.

Luego percibió el olor, punzante y rancio. Pero inconfundible.

Sudor humano.

Reunió ánimos para lo que pudiera ocurrir, atento a la menor señal de ataque, con el miedo envolviendo su corazón y sus pies moviéndose tenazmente hacia delante.

De repente, por delante de él, percibió algo en el abismo.

¿Una luz? Era... algo. Una especie de mancha azul. Apenas una mancha. Una tenue claridad, como la estela dejada por una estrella fugaz.

Aguzó la vista y se dirigió hacia ella. Parecía aumentar de tamaño. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Sí, había algo allí.

De pronto, algo emitió un destello a su derecha. Estaba muy cerca, y en medio de la oscuridad asfixiante relució tan brillante como un sol cegador. Lo reconoció enseguida.

Un ojo.

Sin previo aviso, de la oscuridad brotó una algarabía de chillidos, estridentes y salvajes, y por encima de ellos, distinguió el horrible sonido de arañazos en la roca. Se le estaban viniendo encima. Se colocó en posición, con *Cólera* preparada para el ataque.

Notó una ráfaga de aire cuando algo pasó rozándole. Arremetió a ciegas, pero la espada chocó contra la piedra. Una risita. Se giró, dominado por el miedo, y alzó su acero.

Otra ráfaga de aire, y luego otra. Luego un tumulto de murmullos, susurrados con rapidez, le envolvieron como un enjambre de avispas. Continuó avanzando hacia la luz azulada, dando mandobles con *Cólera*, percibiendo apenas la sombra de la espada.

De repente oyó un grito terrible y un cuerpo chocó contra él. Erlan se mantuvo

firme y, al percibir otra sombra, la golpeó con *Cólera*. La hoja cortó carne y notó la salpicadura de algo húmedo en la cara. Luego la oscuridad se llenó de correteos y golpeteos que se cernían sobre él.

Erlan sujetó la espada con ambas manos y dio golpes a su alrededor, como un ciego buscando su camino. Notó que el acero cortaba y se hundía en cuerpos, de los que salían chillidos semejantes a los de las gaviotas. Su pierna chocó contra algo que había en el suelo, pero aun así continuó hacia la luz.

Las sombras ya lo rodeaban por todas partes. Había manos que se agarraban a sus piernas, tiraban de su manto y palpaban su cuerpo. Erlan trató de abrirse paso a mandobles, liberarse de aquel entresijo de dedos y manos, pero había demasiadas, y estaban demasiado cerca, lo apresaban en un revoltijo de carne. Sacó su daga y comenzó a cortar y clavarla sin fijarse en qué. Había voces que siseaban y emitían quejidos. Erlan notaba alientos pestilentes en su rostro. Luego unas manos firmes le cogieron por los hombros, y después los brazos, echándoselos hacia atrás. Unos dedos fríos y pegajosos se cerraron en torno a su garganta y comenzaron a apretar. Se inclinó hacia un lado bajo la presión de tantos cuerpos, y entonces su tobillo cedió y se derrumbó en las sombras.

Los dedos le apretaban sin cesar, hasta que respirar le quemaba la garganta. Sintió que perdía la conciencia; y esperó, impotente, el último sonido que oiría de este mundo, el ruido de su cuello al quebrarse.

Pero ese sonido no llegó.

En vez de eso, sentía que se hundía. Se hundía en las sombras.

Se hundía en la oscuridad. Y sabía que nunca encontraría el camino de vuelta a la luz.

Kai se revolvió bajo su manto de piel. Notaba el trasero entumecido a causa del frío.

La pálida luz de la hoguera se volvía más intensa a medida que la noche avanzaba. Escuchó la respiración tranquila de los caballos y el chisporroteo del fuego. El olor de los abetos flotaba en el aire.

Estaba cansado, aunque también inquieto. Aburrido, pero también preocupado. Trató de distraerse cantando una canción, pero no tenía ánimos para ello. Su voz se apagó después de los primeros versos.

«¿Cuánto tiempo debo esperar?».

Esa era la interrogante que le inquietaba.

Erlan había dicho que una noche y un día, pero ¿y si aún no había señales de él cuando anocheciera al día siguiente? No podía irse y ya está. No podía ver cómo su amigo desaparecía en aquel agujero, sin que volviera a salir, y no hacer nada...

«No podría hacer eso».

Nunca se había sentido tan inútil. Movié la ramita que había estado rompiendo

para arrojar sus trozos al fuego. ¿Qué importaba si él se mantenía con vida para dirigir al rey hasta allí si Erlan ya estaba muerto? Podría haberle ayudado, podría haber sido para él la diferencia entre la vida y la muerte. En lugar de eso, estaba allí fuera, con el culo casi congelado.

«¡Que los dioses te ayuden, Erlan, a ti y a tu condenada cabezonería!».

—¿Qué piensas tú, viejo bastardo? —Así era como había decidido dirigirse al pequeño arrendajo gris—. Estabas muy contento mientras lo guiabas al agujero, pero no haces nada por ayudarlo a salir otra vez.

El pájaro no había vuelto a alzar el vuelo, y Kai había dejado de intentar saber la razón. El animal era lo más parecido a un compañero que tenía en aquel momento y no le apetecía ahuyentarlo. El arrendajo había aleteado a su alrededor mientras él montaba el campamento, y luego se había posado en una rama baja a poca distancia de él, con las plumas desplegadas y el cuello encogido para guarecerse del frío. A Kai le parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que emitió un sonido.

Arrancó un pedazo de pan y se disponía a lanzárselo al arrendajo cuando, de repente, se quedó quieto. Una nota, melancólica y firme, sonó en el cielo invernal. El sonido resultaba inconfundible. «El aullido de un lobo».

Kailadeó la cabeza y esperó. Como había supuesto, solo unos momentos después el sonido se repitió. Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Una cosa era oír el aullido de un lobo cuando estabas acurrucado en la cama bajo un techo de turba y madera, y otra cuando te encontrabas a la intemperie, en medio de la nada. Solo. El lobo aulló de nuevo. Escuchó con atención y se calmó un poco al pensar que el animal estaba lejos. De todos modos, los abetos ocultarían la hoguera, y seguramente el olor de los caballos no podría percibirse desde tan lejos. No, no había nada que temer.

«Aunque será mejor estar atento».

Lanzó el pedazo de pan al pájaro y lo vio saltar, recogerlo de la nieve y regresar luego a su rama.

—Sí, de nada, viejo bastardo.

Pese a sus preocupaciones, sonrió. Y pronto el cansancio del viaje ahogaba sus pensamientos como un manto húmedo, así que se tumbó y bostezó, cubriéndose hasta la barbilla.

Contempló el fuego hasta que las llamas empezaron a volverse borrosas. Pero justo cuando sus párpados se cerraban, percibió un movimiento.

Abrió los ojos y miró. El arrendajo estaba nervioso, aleteando de rama en rama. De golpe comenzó a graznar enloquecido.

Kai iba a maldecirlo por no dejarle dormir, pero en ese momento distinguió, en una rama más alta al otro lado del claro, un par de ojos que brillaban como perlas negras. Formaban parte de la cabeza de un pájaro de gran tamaño, cuya silueta se recortaba contra la oscuridad.

Un cuervo.

Vio cómo agachaba la cabeza y las plumas de su pescuezo se alzaban como garras. Movi6 el pico de un lado al otro, sin que sus ojos negros se apartasen un instante del arrendajo que revoloteaba de rama en rama.

Con el rabillo del ojo, Kai percibi6 otro movimiento. Se gir6 y descubri6 un segundo cuervo, del mismo tama1o que el primero, que desplegaba sus alas. Sus ojos tambi6n estaban fijos en el arrendajo, y su pico se abri6 con gesto amenazador.

Kai iba a incorporarse cuando, como guiados por una misma se1al, los cuervos volaron hacia el arrendajo. Pero este habi6a presentido el peligro y se lanz6 hacia arriba. Los cuervos lo siguieron, aleteando con sus alas negras.

El arrendajo los esquiv6, tratando de quit6rseles de encima volando a trav6s de las copas de los 6rboles, pero los perseguidores lo seguían, provocando que la nieve cayera al suelo. Con creciente rabia, Kai observ6 c6mo las alas oscuras giraban y caían en picado por el aire.

Y entonces, en lo alto, una sombra choc6 contra la peque1a mancha gris y el arrendajo se precipit6 al vaci6. Caía directamente hacia la hoguera, pero reaccion6 a tiempo y consigui6 volar hasta una rama. Uno de los cuervos lo sigui6 hasta allí, lanzando m6s nieve por todas partes. El cuervo picote6 sin parar, y el segundo se le uni6 para picotear tambi6n al arrendajo sin piedad.

Un momento despu6s, algo cay6 al suelo. Poco m6s que otro trozo de nieve, con un sonido suave.

Kai se acerc6 al agujero que habi6a causado y meti6 la mano dentro. Sac6 un cuerpo peque1o y blando. El p6jaro parecía algo pat6tico en la palma de su mano, con su plumaje gris salpicado ahora de puntos sanguinolentos.

Cerr6 la mano y sinti6 que el calor del animalillo se escurría entre sus dedos. Alz6 la mirada.

Cuatro ojos oscuros, rebosantes de malicia, le devolvían la mirada desde la rama. Solo lo contemplaron un momento, para despu6s desplegar las alas y alzar el vuelo para desaparecer en la noche.

Kai baj6 la vista hacia su mano.

Allí solo habi6a un arrendajo muerto. No podía decirse que fuera una tragedia. Pero, por alguna raz6n que no podría explicar, el chico sinti6 que la rabia se apoderaba de él.

Fue entonces cuando el lobo volvi6 a aullar.

Ahora m6s cerca. Mucho m6s cerca.



El extraño abrió los ojos.

Sintió el tacto de algo frío y duro en la mejilla. Le dolía el cuello. En las manos tenía la misma sensación de frío. Las giró y notó que estaban sobre roca. Empujó y su rostro quedó libre.

Estaba tumbado en el suelo de una caverna.

Había luz, aunque muy poca. Lo primero que vio fue un brasero de hierro negro. En su parrilla danzaba una llama azul, cuya luz se proyectaba sobre los muros con un resplandor helado. Pero el fuego parecía despedir poco calor.

Una humedad pútrida se le metía en las fosas nasales.

Miró a su alrededor. La caverna no era muy grande. Se extendía unos doce pasos en cada dirección, curvándose hacia la oscuridad en uno de sus extremos, mientras que en el otro había una puerta cortada en la roca. Se sentó y distinguió otro bulto: un montón de piedras de pizarra. En su parte más elevada había una pieza ancha que formaba una especie de tablero de mesa, excepto por el hecho de que estaba a la altura de la cabeza de un hombre adulto.

«¿Qué es este lugar?».

Con el rabillo del ojo vio algo que se movía, algo en las sombras, más allá de la puerta.

«¿Una de las criaturas?».

Con gestos vacilantes, se puso en pie y dio un primer paso hacia la puerta, con cautela.

—No te preocupes por él. —Sonó una voz a su espalda. Se giró hacia allí enseguida, pero no pudo ver a nadie—. Está ahí para asegurarse de que no nos molesten. —La voz brotaba con un ritmo extraño, a pulsaciones, a través del aire estancado, y llenaba la cámara como el eco de un cuerno distante, aunque cada una de las palabras poseía un filo sibilante. La penumbra se agitó, y las sombras se disiparon para revelar una figura que le dejó sin habla.

Su sangre era ahora hielo. De forma instintiva, trató de apartarse de la figura que avanzaba hacia él con extrema lentitud. Pero lo que vio quedaría grabado para siempre en sus pesadillas, como una maldición escrita en runas.

La figura tenía la forma y el aspecto de un hombre, aunque su cabeza se hallaba a

diez pies del suelo y estaba coronada por un cabello pálido que se teñía de azul a la luz de la llama. Pero la figura no parecía vieja en el sentido en que un hombre parece viejo. Antiguo... Más allá de viejo, como el cielo es viejo, o el océano. Sus rasgos poseían una simetría perfecta: una nariz larga y recta, una frente tersa, una mandíbula marcada y sin vello, ojos que ardían como ascuas de carbón. Pero fue la boca lo que le sobrecogió. Los labios eran blancos como la nieve, casi hermosos, de no ser por la mueca que había en ellos, de tal desprecio y malicia que su corazón le dio un vuelco.

A medida que la gigantesca figura se le acercaba, Erlan vio que tenía la piel agrietada y que era tan pálida que daba la impresión de ser fría al tacto. Sus manos eran enormes, aunque elegantes, con nudillos del tamaño de tachones de escudo. Vestía una capa larga y oscura que ocultaba la inmensidad de sus extremidades, pero se movía con una especie de elegancia que contradecía su aspecto colosal.

Erlan retrocedió.

—No es necesario que huyas —empezó el gigante—. De todos modos, ¿adónde huirías? ¿De vuelta a tu mundo? —Emitió una risa punzante—. Podrías dedicar cien años a buscar y nunca encontrarías la salida.

Erlan se detuvo, pero no dijo nada.

—Ese mundo está perdido para ti. —La enorme cabeza se giró hacia el fuego frío que ardía en la parrilla, y su capa rozó el suelo de la caverna—. Este es tu mundo ahora. El mundo de tu final... o de un nuevo comienzo.

Los ojos se clavaron en los de Erlan como hierro candente.

—¿Qué lugar es este? —susurró Erlan, cuando al fin su voz se sobrepuso a su miedo.

—Esto es Niflagard. El reino de los Nefelung. Yo soy su rey.

—Nunca había... oído esos nombres.

—¿Y qué hay de extraño en eso? Los hombres son ignorantes, y los Nefelung han sido conocidos por otros nombres. Algunos los han llamado moradores de la tierra, algunos los *mørklunger*, otros solo se han referido a ellos como oscuros —dijo el gigante, con una sonrisa.

—¿Qué son esos... Nefelung?

—Está bien que lo quieras saber. Muchos, en realidad, son iguales que tú. Comen, beben, fornican, engendran, igual que la raza de los hombres. Otros... —El gigante apartó la mirada—. Bueno, ya llegaré a eso.

—¿Cómo han podido llegar los hombres a vivir en esta... esta oscuridad total?

—Todos los hombres pueden aprender a vivir en la oscuridad si tienen una razón lo bastante buena para hacerlo. Y cuando no conocen nada mejor... —Sus ojos se entornaron con una expresión cruel—. Entonces, esta es su vida.

—Ninguna razón sería lo bastante buena para vivir en este agujero.

—¿Eso crees? ¿Y si se tratase del fin del mundo? Si se enfrentan a la destrucción, los hombres se aferrarán a cualquier esperanza, por pequeña que sea, de evitar que sus patéticas vidas se extingan. Sobre todo si otro los guía.

—¿Tú?

Con parsimonia, el gigante se acarició la barbilla con un dedo largo y blanco.

—Sí. Un hombre hace muchas cosas si cree que lo guía su dios. Pero qué terriblemente débil es la mente de un hombre, con qué lamentable facilidad se pueden alimentar sus pensamientos con ideas que no son tuyas. Miedo, mentira, una salida; con esas ideas he construido mi reino.

—¿Una salida, de qué?

—Vosotros lo llamáis Ragnarok. Lo esperáis. Pero cuando llegue la destrucción final no será como imagináis, ni como la suponían los primeros que traje aquí. Y cuando unos pocos estuvieron convencidos, persuadieron a muchos otros para que los siguieran. Después de todo, los hombres son como el ganado: prefieren que sean otros los que piensen por ellos.

Erlan recordó el relato de Vithar en la asamblea sobre aquellos hombres que habían tratado de escapar de la muerte del sol.

Pero el sol no había muerto.

—Si no eres un dios, ¿eres un troll? —Todos los niños conocían las historias de los gigantes que vivían en una tierra muy lejana, al norte; y cada uno de ellos era un azote para los dioses de Asgard.

—¡Ja! A tu gente le encanta inventar cuentos basados en la sombra de la verdad. Vuestros trolls no son como creéis. Pero esos cuentos germinaron en los tiempos antiguos, cuando los gigantes aún moraban entre vosotros. Ahora su número es muy escaso y apenas se les ve.

—¿Los gigantes? ¿Quiénes son?

—Fueron la descendencia de la unión de los de mi raza y las hijas más deseables de los hombres. —Se acarició otra vez la barbilla de aquella manera inquietante, como si estuviera recordando—. Cuando nos las llevamos.

—No lo entiendo. Si no eres un gigante, ¿qué eres?

—Soy uno de los Observadores —dijo con un suspiro, un sonido que era como la marea del océano—. Somos más viejos incluso que el mundo de los hombres. —Por un instante, su expresión se volvió nostálgica—. En un tiempo vivíamos en un reino... Bueno, lejos de aquí. Éramos los más poderosos. Los más inteligentes. Sin embargo, nuestro señor no era más que un tirano mezquino. Ansiaba su propia gloria y se la negaba a quienes le aseguraban su poder. Hubo una guerra. Pero no se le pudo quitar del trono, y así, el primero de los nuestros vino aquí, al mundo de los hombres.

—Fuisteis derrotados.

—¿Acaso los derrotados ejercen algún poder, como hacemos nosotros? —tronó el rey, con los ojos encendidos de rabia. Pero enseguida se controló—. Hubo otros que se marcharon, no por la guerra, sino por el deseo. Yo fui uno de ellos.

—¿Deseo? ¿Deseo de qué?

Antes de que respondiera, le envolvió una extraña luminiscencia, desde la corona que llevaba en la cabeza hacia su rostro y su cuerpo. En ella, Erlan vislumbró una

belleza sobrecogedora con la que nunca podría haber soñado: pelo dorado, ojos brillantes como soles, piel sedosa y deslumbrantes ropas blancas. Pero la visión se desvaneció con tanta rapidez que creyó que lo había imaginado.

—Solo queríamos a las hijas de los hombres de este mundo. Vinimos a llevárnoslas. Y después de eso, aquel otro reino quedó sellado para nosotros. El tirano quería que suplicásemos como perros, pero que nunca recibiéramos nada; nuestro único crimen fue desear algo que él nos había convencido de que era deseable. —Su voz rebosaba de amargura—. Nos castigó. En un tiempo nos sentíamos como águilas surcando el cielo, y después nos tuvimos que arrastrar por la tierra como gusanos. Y el tirano nos dio algo para que lo recordásemos.

Realizó un débil gesto para señalar a su espalda. Erlan vio cómo la capa del Observador se arrastraba por el suelo, pero no comprendió a qué se refería.

—¿Quién es ese tirano?

—Ahora no es nada en este mundo. No volveré a hablar de él.

Erlan decidió no presionarle:

—Bien, si tú eres el rey de los Nefelung, ¿tienes un nombre?

—Tengo muchos nombres. En tu lengua, soy Asasterk. En otras tierras, Azazel. Algunos me han llamado el Destructor. En estas cavernas y los bosques del norte se me conoce como el rey Brujo.

—El rey Brujo —repitió Erlan. Los dioses sabían que tenía razones para odiar la brujería. Ahora tenía otra más—. Entonces, los Nefelung son tus esclavos.

El rey Brujo soltó un bufido.

—No todos ellos. Algunos son mi clase noble. Te lo he dicho, nuestros descendientes eran los poderosos de los tiempos antiguos. Aquí son grandes señores que gobiernan sobre mis esclavos. Tras la gran oscuridad que cubrió el exterior, la gente encontró la forma de entrar en estas cuevas, atraída por mi llamada. Tenían sus líderes, por supuesto, y esposas e hijos y todo el oro que pudieron cargar con ellos. Pero en cuanto me presenté ante ellos, me adoraron como a un dios, pues aquí abajo estaban perdidos. —El rey se rio con aquella risa horrible—. ¡Perdidos por completo!

Erlan continuó escuchando, ensimismado por sus extrañas palabras, y oyó cómo el rey se había reservado para sí mismo a las mujeres más atractivas y a muchas otras, y cómo ellas habían engendrado hijos que crecieron para convertirse en hombres poderosos, inteligentes y fuertes. A ellos, el rey les dio sus oscuros conocimientos de hechicería, de cómo apoderarse de las mentes de otros, del poder de cambiar de forma. Y esos grandes señores tuvieron una opción. Podían permanecer en la oscuridad y gobernar sobre los esclavos de los Nefelung, o podían subir al exterior y vivir entre la raza de los hombres. Allí alentarían todo tipo de debilidades, el caos y el engaño, el asesinato y la traición, la codicia y la guerra.

—Lo hicieron bien —dijo el rey Brujo—. A través de ellos, he estado dirigiendo a los hombres del norte hacia la guerra y la destrucción desde hace mucho tiempo. Muy pronto ocurrirá lo mismo en todo el mundo. —Sus labios se curvaron para formar una

pálida sonrisa.

«Sangre y destrucción —pensó Erlan con mordacidad—. Ese es el mundo de los hombres».

—¿Hay gente así ahora? Esos señores, ¿incluso en el reino de Sviggar?

—Desde luego.

Erlan trató de imaginar quién en la corte de Sviggar podría ser más de lo que parecía ser, y se dio cuenta de que se le ocurrían varios candidatos. Demasiados.

—¿Y su semilla también?

En el rostro agrietado del rey Brujo surgió una expresión de irritación.

—Su semilla... No. Han engendrado muchos descendientes, pero están... contaminados. No crecen como lo hacen los hijos de los hombres. —El rey Brujo describió a regañadientes cómo la progenie de sus señores tenía extremidades y rostros deformados, y estaba tan inclinada a la violencia gratuita que resultaba difícil de controlar. Los hijos de sus señores recibían el nombre de Vandrung—. Se alimentan de una sola cosa. Carne humana. —Erlan escuchó con desagrado cómo el rey Brujo relataba que los esclavos Nefelung eran criados para saciar a los Vandrung.

—Su número aumenta, pero eso no me importa. Cuando son demasiados, los envío arriba a buscar alimento en otra parte. A veces vuelven, pero a menudo se atacan entre sí o se dispersan. Les dejo ir... A menos que puedan ser útiles.

—Entonces, los Nefelung son solo esclavos y alimento.

—No merecen ser otra cosa. Los ponemos a trabajar en las minas o a forjar armas, o a moldear el oro que tanto les gusta. Y, por supuesto, les quitamos a muchos de sus hijos. Pero aquí están libres de las ataduras que asfixian tu mundo. Son libres de excederse en lo que quieran, ya sea peleando o con los placeres de la carne. No les detengo. Un hombre es feliz cuanto más se parece a una bestia. Solo es necesario de vez en cuando el látigo para recordarle que debe tener miedo.

—Pero sigo sin comprenderlo. ¿Por qué permanecer durante tanto tiempo escondido del mundo exterior, y, de repente, daros a conocer? Los asesinatos, ¿por qué ahora?

—¿Por qué ahora? —gruñó el rey Brujo—. ¿Por qué no? El verdadero miedo se origina en lo que no puede entenderse. Si no hay razón, entonces te asusta. Si yo quisiera el trono de Sviggar, o el de cualquier otro rey, lo cogería. Pero me complace sembrar semillas de guerra y celos y crimen y traición en los corazones de hombres y mujeres. Lo mejor de todo son los sacrificios de sangre a vuestros dioses. —Su voz retumbó en las paredes de la estancia—. Vuestros dioses no escuchan... ¡Nosotros somos los dioses y hacemos lo que nos place! Cuando les rebanáis el cuello a vuestras mujeres y vuestros niños para obtener la bendición de un dios, nos echamos a reír. Su sangre no cambia «nada».

Erlan no fue capaz de responder. Las palabras del rey Brujo eran demasiado para soportarlo. En aquel mundo subterráneo, ya no estaba seguro de nada. Ansiaba algo. Algo sólido. Algo real... Lilla.

—¿La hija de Sviggar? ¿Qué quieres de ella?

El rey Brujo hizo un mohín de indiferencia.

—Será mía durante un tiempo. Cuando vi que los Vandrung la tenían, la quise. Ha llegado el momento de engendrar una nueva camada de hijos e hijas. Ellos serán los amos de una nueva época de destrucción que está por venir. Durante un tiempo, la hija de Sviggar dará a luz a mi semilla, y cuando acabe con ella, se la entregaré a los Nefelung. Ellos la utilizarán como deseen. —Una sonrisa lobuna se extendió por el rostro del rey Brujo, provocando a Erlan. Pero este controló su repugnancia—. Ya que has llegado hasta aquí, ¿te gustaría verla?

Erlan asintió.

El rey Brujo llamó a alguien más allá de Erlan, usando una lengua extraña. Se produjo un movimiento en la oscuridad, acompañado por el ruido de pasos que se alejaban.

—Has venido a salvarla —dijo el rey, con desprecio. Erlan no contestó—. Una esperanza conmovedora. Tal vez lo supieras, pero pronto veremos si eres tan estúpido como el señor que te envió.

—Estúpido o no, Sviggar es un señor de la guerra. Tus Vandrung han traído su espada a este lugar.

—¿Señor de la guerra? ¡Baah! ¡Los Observadores les dieron la guerra a los hombres! Les enseñaron cómo se hace la guerra. Si ese pequeño señor quiere seguir las migas que le he ido lanzando, la oscuridad se lo tragará.

—Si cae en una batalla, le estarás dando lo que busca. Una muerte gloriosa. Un lugar en el banco del Dios Supremo.

—¡El banco del Dios Supremo! —El rey Brujo estalló en una carcajada—. ¡Ja! Aún no lo entiendes, ¿verdad? ¡No hay dioses! No, su cadáver se pudrirá y su alma permanecerá en las sombras con nosotros. Y sus héroes también.

El sonido de los pasos regresó.

En la entrada de la estancia aparecieron tres figuras. Erlan apenas miró a los dos guardias, con su piel rasgada, su cabello largo y blanco y sus ojos muertos. Cada uno de ellos cogía por un brazo a la chica que había entre ellos.

Resultaba difícil reconocerla: llevaba el pelo rubio anudado sobre un hombro; sus ojos eran estanques de sombra fijos en el frío suelo; sus mejillas se habían hundido y adquirido un tono macilento. Su boca formaba una extraña sonrisa, y su vestido estaba destrozado. A cada paso que daba, los dedos desnudos y ensangrentados de sus pies, visibles bajo el dobladillo hecho trizas del vestido, se retorcían de dolor.

Por fin, alzó la mirada y vio a Erlan. En sus rasgos se distinguió la sorpresa, el dolor y la desesperación, fusionándose para componer una mirada de desafío. O tal vez fuera rabia. Mantuvo los ojos en él.

—No debes pensar mal de mí, chico —empezó el rey Brujo—. Mis criados son unos brutos. Si tu viaje ha sido incómodo, te prometo que pronto haré que te sientas más... a gusto. —Erlan volvió a ver aquella extraña luminiscencia en el cuerpo del

gigante.

Lilla no dijo nada. El único sonido que emitía era el de su respiración entrecortada. El rey Brujo caminó en torno a ella, con su larga capa produciendo un siseo sibilante al rozar contra el suelo. Pero ella no lo miraba.

—Veremos cómo ese delicioso vientre de doncella acoge mi semilla. —Una repulsiva mueca de lascivia manchó sus labios pálidos—. Eres afortunada, querida. Muchas mujeres han aprendido que no hay un placer más exquisito que el de un Observador dándose un banquete a costa de su cuerpo. ¡Dar tu carne a un simple hombre sería una pérdida intolerable! Las mujeres de tanta belleza merecen que sea uno de nosotros quien las desee. Pronto necesitarás mi carne más que el aire que respiras.

—No me importa lo que hagas —susurró Lilla, mirando al rey Brujo por primera vez—. Siempre serás para mí tan repugnante como el aire pútrido de este maldito agujero.

La risotada del Observador retumbó en la estancia, y el gigante apuntó hacia Lilla con uno de sus largos dedos blancos. Ella trató de mover la cabeza, pero los guardias la sostuvieron con fuerza. La yema del dedo recorrió su mandíbula.

—¡Bien! —siseó, con un centelleo en los ojos—. Es mejor que te resistas. Así es como debería ser siempre: una belleza consumiendo otra. —Aquella siniestra pulsación de luz lo recorrió otra vez de arriba abajo, y luego retiró su mano—. No te haré esperar demasiado, querida. —Dio una orden y sus esclavos empezaron a arrastrar a Lilla hacia la puerta, pero con las últimas reservas de fuerza que le quedaban, la princesa gritó y se revolvió intentando soltarse. Y, de repente, gritó el nombre de Erlan una y otra vez hasta que el eco se extendió por toda la caverna.

Erlan se dispuso a saltar sobre los guardias, pero apenas se había movido cuando unos dedos fuertes como el hierro le sujetaron por el cuello y lo arrojaron contra la pared. Se golpeó en la cabeza con la roca, el aire escapó de sus pulmones y se desplomó al suelo.

Los gritos de Lilla fueron engullidos por la oscuridad.

Erlan alzó la mirada a través de una nube de dolor. El Observador no se movió, se limitó a mirarlo fijamente con visible desprecio.

—Levántate.

A duras penas, Erlan se incorporó hasta quedar erguido.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —dijo entre jadeos—. ¿Por qué no me matas y ya está?

—Si la muerte fuese lo único que quiero para ti —respondió el rey, con los labios curvados en una especie de sonrisa—, no malgastaría mis palabras. —Se frotó con suavidad la barbilla—. Te ofrezco una opción. Mi llamada te ha traído hasta aquí, inexorable como la marea —dijo, al tiempo que realizaba una floritura en el aire con su mano—. Eres un héroe del reino.

—No soy ningún héroe —masculló Erlan.

—Oh, ellos aún no lo ven así. Pero lo harán: tu destino te guía. Ningún hombre será capaz de negarlo. —El rey fijó sus ojos ardientes en Erlan—. ¿Por qué crees que nos llaman Observadores? Te vi desde hace tiempo. Y tengo voces y ojos entre los espíritus. Oí hablar de ti a tu amigo del oeste, el que cree que puede ver. ¡Qué fácil me resultó persuadirle de dirigirte hacia aquí! Aunque ahora, ay, se ha ido a ver a su adorada muerte cara a cara.

—¿Grimnar ha muerto? —El rey Brujo respondió con una sonrisa enigmática. Erlan sacudió la cabeza, intentando comprender las palabras del rey—. ¿De qué destino estás hablando?

—Tal vez nada. Una sombra que podría no convertirse en realidad. Depende de ti. Debes elegir. Naturalmente, puedes elegir la muerte. Pero hay otro camino para ti. —El rey Brujo fue a la mesa de pizarra. Su superficie quedaba justo por encima de los ojos de Erlan—. ¿Ves lo libre que eres? No estás atado. Tu propia espada está aquí. —Extendió el brazo y cogió algo que estaba sobre la mesa—. Puedes recuperarla si eliges bien. —*Cólera* emitió un destello azulado al recibir la luz de las llamas; su hoja de acero parecía pequeña en la mano del rey Brujo. Aun así, el gigante trazó un par de mandobles en el aire fétido—. Buena arma. Aunque inútil aquí. —La dejó caer con estrépito en la mesa—. Así pues, eres libre de elegir. Muere ahora por Sviggarr. O ponte a mi servicio.

¿Era eso a lo que aquel extraño rey le estaba llevando?

El rey Brujo refunfuñó con impaciencia.

—¡Vamos! Me estás haciendo perder el tiempo.

—Hice un juramento para servir a Sviggarr. Juré sobre la espada de mis padres.

—¡Bah! Sois criaturas patéticas, con vuestras nociones de lo que es el honor. O vuestras ansias de tener un nombre célebre. Eso os hace muy predecibles... ¿Crees que el poder procede de los juramentos de lealtad y de la riqueza, y de las leyes y la fuerza? No. El poder real procede del caos. La fuerza real rompe los grilletes del honor o las absurdas normas que constriñen la conciencia de un hombre. Nosotros somos fuertes porque nada nos ata. Ninguna ley, ninguna obligación. —Los ojos del rey Brujo brillaban como ascuas ardientes—. Vuestras cabezas están llenas de cuentos de vuestros dioses y diosas. Thor, ¡un tonto caprichoso! Odín, ¡el llamado Dios Supremo, que quiere que sus mejores hijos sean masacrados! ¡El Omnisciente que no sabe nada! —Se inclinó hacia delante y su voz se redujo a un susurro—: El honor te convierte en un esclavo, encadenado por una ilusión. La libertad te permite satisfacer cualquier cosa que tu cabeza, tu corazón o tu cuerpo desee. La libertad te permite tener algo ahora. La libertad te permite no responder ante nadie ni nada. Ni ante el honor, ni ante los reyes, ni ante los dioses, ni siquiera ante un tirano. —Su rostro pareció ensombrecerse con una terrible oscuridad—. La libertad te permite ser un dios entre hombres. Eso es lo que te ofrezco.

Erlan no podía apartar su mirada de aquellos labios pálidos. Con cada nueva palabra, una niebla se filtraba en su mente y asfixiaba su capacidad de razonamiento.



Pero a medida que el torrente de palabras continuaba, empezó a verle sentido a lo que el rey Brujo decía.

—Te conozco. No puedes esconderte detrás de un juramento, Hijo Elegido. Júrame lealtad, y haré de ti el Señor de todos los demás hombres. Serás libre de no responder ante nadie aparte de ti mismo. —Las palabras fluían como una dulce melodía que siempre había conocido a pesar de no haberla oído jamás—. Te conozco. Únete a mí y podrás saciar todos tus deseos. ¿El cuerpo de una mujer? Pobre tonto, has comido un solo plato y ya se ha acabado, ¡y ahora insistes en morir de hambre! Goza de una montaña de carne y sé libre ante la maldición del amor. Pronto olvidarás las migajas que una vez fueron suficientes para ti. —Erlan sacudió la cabeza en un intento de soltar los hilos que se iban anudando en su mente. Pero el rey Brujo continuó hablando—: Te conozco. La rabia llena tu corazón, y se encona como una herida abierta. Deja que el mundo sienta tu ira. Yo aplacaré tu rabia. Y el mundo pagará por las heridas que tienes.

Erlan trató de responder bajo aquel diluvio incesante de palabras:

—Hay rabia en mi interior —asintió—. Rabia de la que me liberaría.

—Te conozco —dijo el rey Brujo por cuarta vez—. Quieres controlar tu propio destino. Yo cortaré los hilos que las nornas han tejido, y solo tú serás dueño de tu destino. El mundo temblará y se doblegará ante tu voluntad; el mundo que se ríe mientras tú sufres empezará a sangrar.

—Los hombres me odiarán —murmuró Erlan, como en una ensoñación.

—Que te odien —dijo el rey Brujo con un tono suave—, mientras te tengan miedo. Fíjate en mí. Te lo daré todo. Seré tu señor.

—Sí —susurró Erlan—. Sí.

La voz del rey Brujo se endureció:

—Ahora... arrodíllate.

Erlan titubeó, y el rey posó una mano sobre su hombro.

—Arrodíllate —repitió, presionando hacia abajo. El forastero cedió—. Y únete a mí para siempre.

Erlan se fue hundiendo hasta que su rodilla tocó el suelo, y en ese preciso momento un grito hendió el aire muerto, afilado como una aguja. Surgió en algún punto lejano de aquel extraño mundo de sombras, llameando como una chispa salida del horno de su mente. Su luz se apagó en un instante, pero fue suficiente. La había visto.

Había visto la rabia ardiendo en su corazón, la sed de venganza que rondaba allí, ansiosa por devorar algo. Cualquier cosa... Sin embargo, ¿por qué debería el mundo entero sentirlo? Una mentira había provocado aquella herida. La mano de la muerte le había robado el amor. ¿Era el amor una maldición? ¿Se limitaba el mundo a contar los días hasta su propio descenso al fuego, cuando el Ragnarok lo consumiría todo? ¿O era eso solo otra mentira más? Solo estaba seguro de una cosa: él, Erlan, era el enemigo de las mentiras. Y aquel rey de la oscuridad, aquel Azazel, era el señor de

las mentiras. Era su enemigo.

La venganza podría alimentarse de su sangre.

Se hundió aún más abajo, hasta que sus dedos tocaron la roca y sintió que sus pies se afirmaban en el suelo. Tras el velo que formaba su pelo, respiró hondo.

Y, entonces, saltó.

Kai giró en redondo. El aullido se oía mucho más cerca ahora.

Una voz solitaria alzándose en la noche.

«Pero eso es imposible». Un lobo no podría haber recorrido esa distancia en tan poco tiempo.

Dejó caer el arrendajo muerto y su mano se movió hacia su cuchillo. La llamada del lobo se apagó.

Kai escuchó con atención.

Entonces oyó un suave golpeteo sobre la nieve, en la oscuridad que cubría la ladera.

¿O lo había imaginado?

Volvió a aguzar el oído. Algo se estaba moviendo entre los arbustos. Oyó el tintineo de cristales que caían, y el sonido de piel arrastrándose sobre la nieve.

De pronto el cuchillo se le antojó patéticamente pequeño. Se maldijo a sí mismo. Su espada estaba apoyada contra un árbol, junto a los caballos, donde la había dejado. A solo veinte pasos, pero en ese momento le parecía un abismo. Sin pensárselo dos veces, se abalanzó hacia ella, mientras el ruido de pisadas se volvía cada vez más audible en las sombras.

Los caballos relincharon, levantando sus cabezas, mientras Kai avanzaba sobre la nieve. Entonces, en mitad de la noche, se oyó un gruñido, enfermizamente gutural. El alazán se encabritó, tirando de su ronzal; la brida se partió y el caballo huyó al galope. Los otros no tardaron en seguirlo.

Kai soltó un juramento. Sin caballos en un territorio salvaje como aquel no sobrevivirían mucho tiempo. Aunque en aquel momento se enfrentaba a un problema más urgente que ese.

El gruñido le rodeó, resonando en la garganta del lobo. Kai tenía que alcanzar su espada, o un hacha, o cualquier cosa que tuviera filo. Ahora las armas se hallaban a solo cinco pasos. Iba a conseguirlo.

Pero, de repente, allí estaba.

La criatura de aspecto más cruel que jamás había visto. Ojos amarillos, malignos y rebosantes de hambre y odio, lo escrutaban desde la oscuridad. Kai se quedó congelado cuando el lobo se adentró en el círculo de luz que creaba el fuego. Sus

armas estaban a dos pasos, detrás del árbol, pero ya era demasiado tarde.

Demasiado tarde.

El lobo avanzó, emitiendo un sonido constante, como si tuviera gravilla en la garganta, los labios retraídos para dejar a la vista unos horribles colmillos blancos. Kai retrocedió, intentando extraer valor de su cuchillo, pero fue un intento vano.

Paso a paso, la bestia se hizo visible por completo: un cuerpo enorme cubierto de pelaje negro, con los hombros moviéndose amenazadoramente arriba y abajo. Y aquellos ojos amarillos, fijos y resueltos como si fuera la propia Hel quien mirase a través de ellos.

Kai arrastró los pies, preparándose para lo que estaba a punto de suceder. Su mente le mostró aquellas contienda en el patio que nunca podía evitar cuando era niño. Todas las veces que había recibido una paliza por parte de los abusones mayores y más fuertes que él. Todas las veces que se había empeñado en incorporarse de nuevo tras los golpes. Pero esta era una lucha de la que no podría levantarse si no la ganaba.

Tragó saliva, con la espalda cubierta de una pátina de sudor, observando aquellos ojos sin piedad, casi inmovilizado por el miedo. Una gota de sudor cayó de su cabeza y la notó resbalando por su columna vertebral. En el mismo instante en que la gota llegó al final de su espalda, el lobo saltó.

Un aullido le heló la sangre. Kai vio los colmillos volando hacia él, luego las pezuñas del animal le golpearon en el pecho con tal fuerza que cayó hacia atrás, levantando una polvareda de nieve.

Gritó, pero no había nadie que pudiera oírle. Nadie que fuera a acudir en su ayuda. Las grandes pezuñas del lobo se le clavaban en los hombros, y Kai era demasiado escuálido y sus brazos demasiado débiles como para poder quitárselo de encima. Notaba un dolor ardiente en un lado de la cabeza, mientras sus oídos se llenaban de gruñidos y babeos provocados por los intentos del lobo de hundir sus colmillos en su cuello.

Pero los dioses tenían sentido del humor. Al caer, su chaleco había quedado enrollado en torno a su cuello, y, en lugar de carne, el lobo tenía la boca llena de piel y pelo de cabra. El hocico del animal le hurgaba en la cabeza, y Kai sintió sangre en el oído. Y, entonces, por fin, logró reaccionar y pasar a la acción. Aferró su cuchillo y golpeó con él, con todas sus fuerzas, el cuerpo del lobo.

Notó que la hoja del cuchillo penetraba, pero sabía que no lo bastante. De pronto, se sintió invadido por la rabia, decidido a rescatar su vida de las garras de aquel animal babeante. Estrelló su puño en las costillas del lobo, una y otra vez, hasta que su muñeca quedó empapada de sangre.

El lobo aulló, mientras sus gruñidos aumentaban hasta ser casi gritos. Durante un instante, el animal abrió la boca, pero solo para lanzarse hacia la cara de Kai. De forma instintiva, el chico levantó un brazo y la sangre y las babas le salpicaron los labios. El lobo estaba convulsionando, pero incluso a pesar de que su vida estaba

extinguiéndose, sus mandíbulas se cerraron en torno a su brazo. Kai soltó un gemido al sentir los colmillos clavándose en su hueso.

Pero cuando ya creía que iba a perder la mano, el mordisco del lobo empezó a aflojarse, y su enorme cuerpo comenzó a temblar, sus gruñidos se hicieron menos fieros, convirtiéndose casi en un gimoteo. Y, entonces, con un último bufido de aliento fétido, la bestia se desplomó inerte sobre el pecho de Kai.

El chico permaneció inmóvil, escuchando el silencio, hasta que el pánico se apoderó de él al darse cuenta de que apenas podía respirar. Empujó y pataleó y se retorció hasta que logró liberarse de la carga de aquel cuerpo pesado y ensangrentado.

A duras penas se puso en pie, y a continuación se dobló por la cintura y vomitó sobre la nieve. Cuando la náusea cesó, se limpió la boca con el dorso de la mano y trató de recuperar el aliento.

El lobo yacía inmóvil, un montón de piel y sangre y músculos retorcidos. Una mancha oscura manaba de su herida y ensuciaba la nieve. Kai dio un paso para acercarse. Entonces distinguió algo extraño. Algo en las extremidades del animal. Se movió para poder verlo mejor a la luz de la hoguera. Las llamas iluminaban uno de los costados del lobo. Su pelaje parecía reducirse en ciertos puntos y sus cuartos traseros formaban algo que parecía... Bueno, de no saber que era imposible, Kai habría dicho que parecían las piernas de un hombre.

Llevado por la curiosidad, se acercó aún más, con cautela por si no estaba completamente muerto. Pero la criatura estaba quieta. Kai le puso el pie encima y le dio un empujón. El cuerpo rodó hacia el otro lado.

Kai estuvo a punto de vomitar por segunda vez. Allí, donde antes había estado la pezuña del lobo, había ahora una mano humana.

No necesitó echar un segundo vistazo. Caminó hasta la hoguera, cogió un tronco ardiendo y aproximó la llama al cadáver. El fuego comenzó a lamer el pelaje y prender en él. Luego colocó más y más troncos, y enseguida el claro se llenó del chisporroteo y el crepitar del fuego y del olor de pelo y carne chamuscada.

Kai recuperó su manto y se lo puso sobre los hombros. Después se sentó para contemplar como aquella cosa ardía. Pasó un buen rato antes de que apartase la vista y mirase hacia los árboles y el hielo, y hacia las sombras de la noche.

Se frotó el brazo herido y se estremeció.

A su alrededor, percibió el siniestro zumbido de la maldad.

Erlan golpeó el pecho del rey Brujo.

Era duro como el hierro, pero el señor de los Nefelung no había estado preparado para el ataque. Se fue hacia atrás y Erlan se apartó de él.

Un instante después corrió hacia la pared, tratando de ignorar el dolor de su tobillo. Se propulsó contra la pared y saltó otra vez, ahora hacia la mesa gigante.

Se deslizó sobre ella, con la malla chirriando contra la piedra. Y allí estaba

*Cólera*. Trató de cogerla por la empuñadura, pero erró y su corazón dio un vuelco. La espada giró y Erlan volvió a intentarlo, y en esta ocasión logró cogerla. Soltó un grito de júbilo, al tiempo que resbalaba por el borde y caía con estrépito al suelo.

—Así que has elegido la muerte —siseó el rey Brujo, con tono calmado.

Erlan se agazapó, preparado para el combate, mientras su oponente se quitaba la capa y la arrojaba a un lado. El demonio se irguió y se llevó la mano a la espalda, por encima de la cabeza. Con un sonido de roce, desenvainó una enorme espada, tan grande que ningún hombre podría sostenerla. Pero en ese momento Erlan vio la cosa más extraña de todas cuantas había visto en aquel pozo de oscuridad.

En la parte trasera del lord Nefelung había una cola larga que se deslizaba por el suelo. Era gruesa como el puño de un hombre, negra y reluciente, con la punta de pelo áspero. Erlan la contempló con horror, y la habría seguido mirando de no ser por la amenazante figura del rey Brujo.

Sus ojos llameaban de odio, sus músculos estaban en tensión, y la gigantesca espada danzaba en las sombras. Erlan levantó a *Cólera* para hacerle frente. Los aceros chocaron con estrépito. Erlan esquivó el siguiente golpe, con su brazo aún temblando por el choque, pero su mente continuaba trabajando a gran velocidad.

De la boca cruel del rey Brujo brotaban oscuras maldiciones. Erlan retrocedió, buscando algo de espacio, pero el demonio avanzó hacia él. Erlan se echó hacia la izquierda, sintiendo una punzada de dolor en su tobillo, y lanzó un mandoble hacia el flanco de su rival. Pero *Cólera* recibió un golpe que la echó hacia atrás como si no fuera más que una ramita caída de un árbol.

—¡Qué lamentable! —dijo Azazel con desprecio—. Yo doy armas a los hombres. Les enseño cómo trabajar el acero. ¿Crees que puedes tocarme? ¡Ataca, vamos!

Erlan lo intentó por el lado contrario, estirándose bajo la espada de Azazel para atacar sus rodillas. La espada enorme del rey paró el golpe de *Cólera*. Pero Erlan estaba preparado para ello. Giró sobre sí mismo, y segó la cintura del rey Brujo. Su flanco izquierdo quedó desprotegido, pero se abalanzó hacia delante con los músculos extendidos al máximo, y sintió un estallido de emoción al notar que *Cólera* encontraba la carne de su enemigo.

El rey soltó un grito de rabia. Erlan oyó el silbido de la espada al cortar el aire, pero se lanzó detrás del demonio y el acero golpeó contra el suelo sin alcanzarle.

Azazel se llevó una mano al costado y Erlan vio una mancha que se extendía por sus ropas.

—Sangras —dijo, entre jadeos, y su boca se contrajo en una mueca.

—Puede que yo sangre, pero serás tú el que muera.

El lord pálido volvió a atacar; sus pies golpearon la roca, sus brazos se movieron con mayor rapidez que antes. Erlan detuvo los primeros dos golpes, trató de esquivar el tercero, pero sintió el mordisco del acero. El dolor se extendió desde su brazo a todo su costado izquierdo. Luego una nueva estocada le acertó en la pierna. Se tambaleó hacia atrás y logró parar a duras penas el golpe mortal que el gigante dirigió

hacia su cuello. Y entonces sintió una patada feroz. Mientras caía, lanzó un mandoble desesperado y la punta de su espada alcanzó a su enemigo en la pantorrilla.

Un segundo después chocó contra la pared. *Cólera* cayó de su mano y el acero retumbó contra el suelo de roca. Erlan se incorporó, mareado. Sus movimientos eran ahora lentos, como si atravesase fango. Cayó a cuatro patas y empezó a arrastrarse hacia la empuñadura de su espada, que brillaba tenuemente frente a él.

Pero se sentía cansado, muy cansado... Pudo ver cómo aquellos gigantescos pies blancos flanqueaban su espada.

—Arrodíllate, esclavo. —Erlan se detuvo y se sentó sobre sus talones, exhausto, con la cabeza dándole vueltas. El brazo izquierdo le ardía—. Tuviste tu opción. Ahora te cortaré la cabeza.

Erlan no podía moverse. Se arrodilló, vencido, aguardando la muerte. «¿Era esta la muerte que había estado buscando mientras recorría leguas y leguas en la nieve?». El rey Brujo alzó los brazos para dar el golpe mortal. Su espada cortó el aire fétido.

«¡No!».

Erlan se lanzó hacia atrás hasta quedar tumbado. La punta de la espada pasó cerca de él, tanto como el aliento de un amante, y pasó de largo.

La fuerza con la que había dado el golpe, hizo que el demonio se fuera hacia un lado. Su horrible cola se agitó como un látigo siguiendo el impulso de la espada. Erlan estiró un brazo y sujetó la punta de la cola, y con la otra mano recogió la empuñadura de *Cólera*.

La cola era gruesa y Erlan tiró de ella con tanta fuerza que pensó que el corazón le iba a estallar. El Observador tiró hacia atrás y giró al revés de forma involuntaria.

Erlan arremetió contra el rey Brujo. No sintió ningún dolor. No tuvo ninguna duda. Lanzó a *Cólera* hacia arriba con todas sus fuerzas, hacia el cuerpo del demonio, enterrándola hasta la empuñadura en su enorme pecho. Notó un torrente de sangre que le empapaba la mano.

El rostro pálido de Azazel estaba por encima de él, sus ojos rojos como ascuas centelleaban. Su brazo se curvó en la espalda de Erlan, casi con ternura, y entonces sus largos dedos soltaron el arma, que cayó y retumbó al impactar contra el suelo.

El rey Brujo se hundió hacia atrás, tirando a Erlan con él como un amante sobre el lecho. En un primer momento, Erlan cayó con él, pues sus enormes brazos eran demasiado pesados, pero luego sus rodillas dieron contra la roca, empujó y logró liberarse.

Azazel quedó tumbado sobre un costado, con dos palmos de la hoja de *Cólera* sobresaliendo de su espalda. El gigante no dijo nada. Solo sus ojos se movían, parpadeando cada vez más débilmente.

Erlan le puso la bota en el pecho y tiró de su espada para sacarla. El anciano Observador cayó entonces sobre su espalda, mientras un borboteo de sangre negra salía de la herida abierta.

Erlan lo rodeó cojeando hasta llegar a su cabeza. Los ojos brillaban como ascuas

a punto de apagarse. Su vida se estaba extinguiendo, y pronto acabaría para siempre. De repente, la piel cuarteada comenzó a fundirse, volviéndose pulida como el cristal, y una belleza espectral surgió en el rostro del rey Brujo, una belleza que parecía pertenecer a otra época. Sus labios formaron una palabra que Erlan no pudo identificar. ¿Un nombre, quizá? No lo sabía. Y entonces sus ojos se apagaron para siempre.

Erlan alzó su espada y la bajó luego con fuerza. La sangre le salpicó la cara cuando la cabeza del gigante rodó por el suelo.

Sin pensar, lamió la sangre que le había manchado. La sentía fría en su rostro, pero en sus labios quemaba como una llamarada. Trató de escupirla al notar que la lengua le ardía y que el calor se extendía por su garganta, abriéndose paso hacia sus entrañas. Se derrumbó, atragantándose, y se metió los dedos en la boca para intentar vomitar la sangre del demonio.

Pero ya estaba dentro de él.

Cerró los ojos con fuerza para soportar el dolor, mientras el calor le abrasaba cada uno de sus músculos. Luego se extendió hasta sus manos y sus pies, y después desapareció.

Abrió lentamente los ojos otra vez y se miró las manos. Estaban temblando. Y, sin embargo, las sentía más fuertes que nunca. Como si de alguna manera se hubieran endurecido, como si ahora fluyera un metal líquido donde antes solo había fluido la sangre. Se incorporó, y aunque sentía las heridas, no se sentía débil.

Miró a su alrededor.

La luz del brasero parecía más cálida ahora. Muchas de las sombras que lo rodeaban ya no resultaban tan tenues. Contempló el cuerpo del Observador, su cabeza cortada, girada hacia arriba como una estatua rota. Incluso su piel pálida parecía más cálida. Casi dorada.

«¿Qué es lo que he matado?».

Con repentina curiosidad, se agachó y puso sus manos en el hombro y la cadera del gigante. Empujó con esfuerzo hasta que por fin el cuerpo rodó sobre un costado y quedó boca abajo. Erlan examinó el extraño apéndice del Observador. La cola tenía unos dos metros de largo y escamas, como una serpiente. Mientras la contemplaba, un terrible temor lo invadió. Notó que su coraje se debilitaba, como si aquella cosa pudiera absorber el valor del corazón más valiente. La odió. Y, sin embargo, sabía que debía llevársela. Alzó a *Cólera* por segunda vez y cortó hueso y cartílagos.

La recogió del suelo.

La cola era dura al tacto, y había algo en la luz que desprendía su piel que le produjo escalofríos. Pero también le hizo sentirse poderoso. Notó ahora que el dolor de su brazo izquierdo había menguado.

Giró aquella cosa ante sus ojos. Y, casi sin pensar, alzó el puño y agitó la cola como un látigo, produciendo un sonido que retumbó en la estancia.

Hizo una mueca al sentir un extraño poder filtrándose en su interior. Había



matado a aquel endiablado rey. Y ahora escaparía de aquel infierno negro en las entrañas de la tierra. Alcanzaría la luz del día.

Y se llevaría a Lilla con él.

El gran vientre de Einar emitió un gruñido.

Maldijo el día que compró aquel condenado barril de cerveza de trigo podrida a Vanta, el cervecero. Maldijo su condenada e insaciable sed. Maldijo a su condenada esposa por decirle que enfermaría. Y maldijo que, como siempre, ella había tenido razón.

Sus entrañas burbujearon de forma horrible. Einar apretó el mango de su lanza y cerró las nalgas con toda la fuerza que pudo. Una cosa era cagarse en los calzones, y otra muy distinta hacerlo ante una reina.

Podía sentir el sudor perlado su rostro y deseó aflojarse el cinturón un poco más. De hecho, deseó seguir estando aún en la cama. Ahí es donde merecía estar. Pero como consejero de guardia, tenía que mantenerse erguido como una tabla, sin llamar la atención pero siempre dispuesto a atender cualquier petición de lord Sigurd. El menor movimiento atraería la atención sobre él, y el príncipe le reprendería a gritos. No quería darle semejante satisfacción a aquel hijo de perra.

Llevaba toda la mañana oyendo las quejas de Sigurd: que si su padre era un viejo tonto; que él, Sigurd, era tan bueno como el mejor de los hombres de Sviggarr; que resultaba vergonzante para un hijo y heredero quedarse atrás cuando todos los lores sveärs cabalgaban junto al rey; que su padre quería provocarle, o hacerle quedar mal; que gracias a la incompetencia de su padre, probablemente ya estaban todos muertos y una horda oscura venía de camino hacia palacio en aquel preciso instante.

La reina Saldas, mientras tanto, había estado caminando por el salón como una loba, acariciando con un dedo el hocico de un gatito gris, aunque solo los dioses sabían de dónde lo había podido sacar. De vez en cuando, sonreía y susurraba algo inaudible al oído del animal.

Observarla era, desde luego, una obligación que Einar se alegraba de realizar, y ahora mismo no tenía que mirar muy lejos para verla. Saldas se había detenido justo delante de él y lo miraba, como si él fuera un grabado en la madera que merecía la pena examinar durante un momento. Mientras, su estómago no dejaba de saltar como si estuviera lleno de sapos. Resultaba desconcertante. Deseó que la reina apartase la mirada antes de que sucediera algún desastre del que ni él ni sus calzones podrían recuperarse jamás.

En lugar de eso, Saldas se acercó un poco más, con su mirada esmeralda fija en él.

—¿Sabes, mi pequeño terror de los ratones? —dijo, lo bastante alto para detener las quejas de Sigurd—. Creo que si fuera a ser algún día un gran rey, tendría más cuidado con lo que dijera al alcance de los oídos de otros.

Sigurd miró hacia ella, mientras Saldas empezaba a acariciar las orejas del gato. La pequeña criatura cerró los ojos y meneó la cabeza en pleno éxtasis. Einar trató de permanecer impertérrito, lo que no resultaba fácil para un hombre acosado por ambos extremos, como era el caso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Sigurd.

La reina apartó la mirada de Einar y se volvió hacia Sigurd. Pero continuó hablando al condenado gato:

—Todas estas recriminaciones, mi princesita, resultan poco favorecedoras, ¿verdad? El heredero de un reino debería recordar que no puede esperar reinar sin contar con la buena opinión de los hombres que están bajo su mando, ¿no crees?

—¿Qué? —refunfuñó el príncipe, con sus ojos hundidos brillando de una forma más oscura de lo normal.

—Oh, gatito, mira cómo se enfada por un simple consejo. Resulta divertido verlo pavoneándose como un semental, ¿verdad? Sin embargo, la realidad es que las yeguas no deben tenerle más miedo que a un potro castrado. ¿No es divertido? —Saldas volvió a acariciar al gato bajo la barbilla y el animal agitó la cola, complacido. Luego, la reina acercó la nariz del gato a su propia oreja—. ¿Qué dices? ¿Crees que debería hablar un poco menos y hacer un poco más?

—Deja a ese maldito animal, ¿quieres?

—Me da pena hacerlo —repuso Saldas, recuperando su tono anterior—. Me parece que tiene razón.

—¿Qué diablos se supone que he de hacer? Mi padre ha hecho que me quede aquí, como un pelele encadenado, sin hacer otra cosa que esperar noticias suyas.

—Estás aquí para gobernar este lugar. Tienes el poder de actuar del modo que consideres oportuno.

—¿Qué puedo hacer, aparte de sentarme y esperar?

—Hay diferentes maneras de esperar —dijo Saldas, con un rastro de misterio en la voz.

—¿Y eso qué significa?

—Estás enfadado porque te sientes impotente. No tienes forma de influir en el resultado de la... aventura de tu padre. ¿Es así?

Sigurd bajó la mirada, hoscamente.

—Supongo que en parte.

Saldas resopló, con una mueca de burla en sus labios delicados.

—Los hombres razonáis de forma muy poco imaginativa. Crees que si estuvieras con él podrías blandir tu espada y clavársela a otros hombres (o criaturas o lo que

quiera que sean) y obtener una gran victoria para tu padre y tu pueblo. Serías un gran héroe. Los hombres alzarían sus copas para brindar por ti. Todos saludarían a lord Sigurd, ¡el héroe del día! —Saldas movió la cabeza a uno y otro lado con gesto burlón—. ¡Qué terriblemente aburrido!

—No puedo hacer nada mejor estando en palacio.

—¿No puedes? Hay maneras mucho más poderosas de influir en el devenir de los acontecimientos, pero requieren una voluntad más afilada que la que suelen tener los hombres. ¿Sabes que un dios puede ser seducido del mismo modo que un hombre? —Saldas avanzó hacia Sigurd.

Desde donde estaba, Einar vio cómo sus ágiles caderas se contoneaban bajo su centelleante vestido. Para sus adentros, admitió que era una visión muy seductora para cualquier hombre.

A Sigurd tampoco le había pasado desapercibido el contoneo. Pese a que miró con recelo, un tanto incómodo, Einar se percató de que sus ojos examinaban la figura de la reina.

—¿Un dios? —fue lo único que acertó a decir.

—El dios. El Más Alto. El Dios de los Caídos. El Padre de la Victoria. El Dios Supremo.

—Odín.

—En efecto. Escucha, hijo mío. No hablo en vano. Oh, sé que los hombres pronuncian oraciones lastimeras a Odín cuando en mitad de la batalla les domina el miedo. Tal vez él les escuche. Pero dudo que esas oraciones le hagan cambiar de parecer. Pero nosotras... —Saldas sonrió, al parecer satisfecha de su propia astucia—. Nosotras podemos ser mucho más persuasivas.

—¿Cómo? —quiso saber Sigurd.

La reina iba a responder, pero se controló a tiempo y soltó una risita, pegando su boca al pelaje del gatito. Luego volvió a hacer como si escuchase lo que el animal le decía. Einar pensó que si aquella mujer fuera su esposa, le haría probar el cuero de su cinturón, sin la menor duda.

—¿Qué dices, mi pequeño bebedor de leche? ¿Eres tímido? Tus proyectos son solo para sus oídos. Oh, muy bien. Será como deseas. —Saldas le sonrió a Sigurd—. ¿Verdad que sí, milord?

Sigurd la contempló, con la barbilla temblorosa. Después, soltó un sonoro bufido y se giró hacia los guardias:

—Dejadnos.

Einar no necesitó que se lo dijeran dos veces. Tenía algo urgente que hacer. Pero mientras se daba la vuelta para salir, oyó que Sigurd decía:

—Tú también.

Einar miró hacia atrás para ver la solitaria figura de Vargalf, el hombre de confianza de Sigurd, que se tomaba un segundo antes de incorporarse del banco en el que había estado sentado en un rincón y le seguía para salir de la cámara del consejo.

Poco después, en un lugar tranquilo detrás del muladar más cercano, Einar disfrutó de un momento de profundo alivio. Esa mañana se había despertado sintiendo como si su mundo hubiera perdido el tapón. Ahora que había dejado que lo que parecía un mundo entero cayera de su trasero, se sintió muchísimo mejor.

Estaba subiéndose los calzones cuando oyó una risita a su espalda. Se giró y vio a un mocoso de nariz chata tratando de disimular su risa. Einar cogió una piedra del suelo y se la lanzó. El niño la esquivó con facilidad.

—¡Lárgate, tunante!

El chiquillo permaneció donde estaba, con gesto descarado y los brazos en jarras.

—Vargalf te está buscando.

—¿Ah, sí? —Einar se preguntó qué querría de él aquel bastardo de cara pálida—. ¿Dónde está?

—En el palacio —dijo el chico, y salió por piernas.

—Mocoso harapiento —masculló Einar.

Encontró a Vargalf con facilidad. Como era costumbre entre ellos, apenas hablaron. Vargalf le dio los nombres de tres mujeres a las que debía localizar y llevar al palacio del Herrero, uno de los edificios más pequeños entre el revoltijo de construcciones que se extendía al este del Gran Palacio.

—¿Para qué las quieres?

—Limitate a traérmelas —fue la escueta respuesta. Antes de que Einar pudiera objetar nada, Vargalf se había girado y ya se alejaba.

—Si ese hijo de puta sacara la cabeza del culo de Sigurd solo un segundo, me encantaría cortársela —masculló Einar. Era el rey de las respuestas agudas. Pero Einar no podía sentirse triste. Después de todo, ahora era un hombre nuevo—. Muy bien, muchachitas. Veamos dónde estáis.

No le llevó mucho encontrar a la primera de ellas: Klarika, la esposa de Finn, el arquero. Fue fácil distinguirla entre la multitud, con melena dorada y sus hermosos hombros. Estaba regateando el precio de una pila de tejidos de lana. La chica con la que estaba tratando pareció alegrarse por la interrupción. Pese a lo hermosa que era, Klarika tenía una boca que parecía un pozo negro y era cabezota como una mula, cualidades que hacían de ella una mujer con la que nadie quería discutir.

—¿Qué, ahora mismo? —refunfuñó cuando Einar le dijo que debía acompañarla—. Estoy en medio de algo.

—Eso me temo, querida.

—Al menos dime de qué se trata.

—Lo haría si lo supiera, pero solo me han encargado que venga a buscarte. Eso es lo único que sé.

—Joder —dijo Klarika, y dejó caer la tela sobre el tenderete. Apuntó con su elegante dedo a la cara de la chica y le dijo—: Volveré. Y no se te ocurra darle esto a nadie más hasta que yo venga. ¿Me oyes?

La chica asintió, sumisa.

El recorrido en busca de las otras dos mujeres resultó agradable gracias a la conversación de Klarika. La esposa de Finn poseía una lengua soez y conocía montones de historias de su época como concubina bajo el tejado de Sviggar. Pero admitió que prefería la vida de casada con Finn.

—No hay duda de que ese hombre sabe lo que se hace. —Meditó un momento y añadió—: Al menos ahora que le he enseñado qué es lo que hace. —Soltó una enorme carcajada, y Einar no pudo evitar el deseo de haber aprendido a disparar mejor un arco si una mujer como esa era el premio.

Recogieron a una de las mozas de la cocina (una chiquilla preciosa con cara de elfa y pelo corto). Por último, recogieron también a una libertina con pelo de cuervo que todos sabían que se pasaba los días en la lechería y las noches en la cama de cualquier noble que estuviera de visita en palacio. La mujer contaba con una prole de bastardos que eran buena prueba de ello.

Las tres formaban una buena compañía que no dejaba de chismorrear, y mientras se acercaban al palacio del Herrero, Einar pensó que en ocasiones las obligaciones de un miembro del consejo tenía sus recompensas. Pero ni entre las tres pudieron imaginar la razón por la que habían sido convocadas.

El palacio del Herrero era un deprimente cuchitril en comparación con el Gran Palacio de Sviggar, pero su chimenea encendida resultó un agradable alivio después del frío del exterior. Einar las hizo pasar, pidiéndoles que bajaran la voz, o, mejor, que permanecieran en silencio, aunque no tenía muchas esperanzas de que lo hicieran. Pero en cuanto las mujeres vieron quién las aguardaba en el estrado que había al fondo del salón, enseguida enmudecieron.

Lady Saldas iba engalanada de negros y verdes, y en opinión de Einar su aspecto era más arrebatador que el de ninguna otra anterior reina del norte, y no parecía haber rastro de aquel condenado gatito. A su lado estaba lord Sigurd, con su ceño fruncido de siempre, aunque a Einar le dio la impresión de que en sus ojos se distinguía cierto nerviosismo, ¿o era excitación? Por todo el salón había guardias armados. Con rapidez, el ojo entrenado de Einar contó siete en total, incluyendo a aquel salvaje hijo de puta, Aleif Mejillas Coloradas. Y al mirar hacia atrás vio a Vargalf junto a la puerta, cuyo rostro, como de costumbre, resultaba indescifrable.

No obstante, los ojos de Einar se vieron atraídos de manera inexorable hacia las jóvenes reunidas a los pies del estrado. Solo fue necesario un breve examen de sus rostros para comprender que no se trataba de una convocatoria ordinaria. Era cierto que Einar había disfrutado de la compañía de las tres mujeres que había llevado consigo, pero no se había parado a pensar en el motivo particular de la reunión. Y aquel grupo de... Las contó... con las tres que él había llevado había nueve en total... Al verlas juntas, daba la impresión de que alguien había seleccionado a las nueve mujeres más hermosas de Upsala.

Exceptuando a la propia reina, por supuesto.

—Gracias, mis queridas hermanas, por venir en tan poco tiempo —empezó la

reina Saldas—. Me doy cuenta de que estabais ocupadas. Pero también sé que vivimos momentos de gran peligro e incertidumbre. No hay una sola de nosotras que no cargue con la pesada carga de la preocupación por al menos uno de sus hombres, y algunas de vosotras por más de uno. Como yo, debéis sentirnos impotentes para ayudarles en su tarea. Nosotras, las mujeres, somos por naturaleza de musculatura débil. Y quizá por esa misma razón, tenemos que ser más fuertes de corazón. —Les regaló una sonrisa.

Einar contempló los rostros de las mujeres. Sabía que algunas de ellas ya tendrían preparada en sus labios una broma irreverente en respuesta a las palabras de la reina. Pero, por el momento, todas la miraban con atención.

—Pero —prosiguió la reina— el papel de una mujer puede tener un mayor alcance y ser más profundo de lo que cualquier hombre podría comprender. Aunque no debemos juzgarles severamente por ello. —Se giró y le dirigió una sonrisa a Sigurd, pese a que el rostro de este no varió lo más mínimo. Un par de mujeres dejaron escapar una risita tonta—. Es porque poseemos el más grande de los poderes por lo que a menudo se nos exige el mayor de los sacrificios. Mis queridas hermanas, vosotras tenéis un papel importante que jugar en esos tiempos peligrosos. Tenéis el poder de asegurar la victoria de vuestros hombres. Una victoria para todo nuestro pueblo. Debéis sentirnos honradas por ello.

Justo en ese momento, Einar captó un movimiento entre las sombras, cerca de la pared. Miró hacia atrás y vio cómo Vargalf cerraba las puertas con discreción. Le vio cerrar la segunda de las puertas y colocar el cerrojo. Vargalf giró la cabeza y Einar pudo distinguir que en su boca se formaba una sonrisa. Notó que se le revolvía el estómago. Fue una sensación muy desagradable.

Y esta vez no tenía nada que ver con la cerveza podrida de Vanta.

Erlan atisbó en las sombras.

Antes no había podido ver más que una oscuridad absoluta. Ahora todo parecía tener una tenue luminiscencia. Una hilera de braseros marcaba un rastro en la penumbra.

Su corazón latía desbocado, y la sangre zumbaba en sus venas como una tempestad. No entendía lo que estaba ocurriendo. Pero sus sentidos se hallaban más agudizados que nunca.

Se quedó quieto y escuchó. A su espalda, silencio. Por delante, una algarabía de murmullos distantes, el ritmo de unos tambores, el chirrido del hierro. Lilla debía estar en esa dirección.

Erlan avanzó cojeando hacia los ruidos. La luz aumentaba. Al menos podía ver cada vez más. Los muros de roca se alzaban a su alrededor. Al mirar hacia arriba distinguió agujeros y recovecos; solo unos pocos al principio, pero luego más y más, hasta que la caverna adquirió el aspecto de un panal.

Llegó a una grieta entre dos salientes de roca, siguió el pasadizo hasta el siguiente recodo y allí se detuvo, sorprendido. Había escalones que descendían a un nuevo abismo, este lleno de luz y ruido. Un olor pestilente le golpeó en la nariz y le hizo retroceder, con desagrado.

De repente apareció una figura con el pelo largo y blanco y el cuerpo encorvado. «¿Un esclavo Nefelung?». Fuera lo que fuera, la figura alzó la mirada, entornó los ojos, dudó un momento y después se giró para echar a correr.

Erlan saltó tras él. El Nefelung no tuvo tiempo de escapar. Erlan cayó de inmediato sobre él y le trabó los pies. El Nefelung cayó de bruces por las escaleras, chocó contra una roca y se volvió hacia él, encogiéndose de miedo.

Por primera vez, Erlan pudo ver su cara con claridad. Parecía la de un hombre al que le hubieran drenado todo el color. Los ojos sobresalían, estaba lleno de llagas, los dientes ennegrecidos, la nariz cubierta de cicatrices. Pero no había tiempo para examinarlo con detalle.

Erlan colocó la punta de su espada en el pecho del Nefelung.

—¿Dónde está? —La respuesta consistió en un balbuceo aterrado—. ¿La mujer? —Pero la criatura retrocedió, convertida en un bulto que no paraba de emitir



gemidos. Erlan agitó la cola del gigante frente a su cara—. ¡La mujer! —gritó.

Cuando el Nefelung vio la cola soltó un chillido, su rostro se contrajo de auténtico terror, desesperado por huir.

Sobrecogido por el efecto que había causado la cola, Erlan titubeó lo suficiente como para que la criatura se arrojase por el borde y cayera a la oscuridad. Se oyó un ruido de roce cuando se deslizó al abismo.

Erlan sostuvo en alto la cola y se preguntó cuál era el poder que tenía ahora en sus manos.

Pero no había tiempo que perder. Continuó adelante, cojeando, capaz ahora de ver con bastante nitidez. El dolor de sus heridas había menguado. Al pie de las escaleras dobló un recodo y llegó a una abertura en la roca.

Una caverna enorme se abría ante él.

El pasadizo proseguía adelante, y a ambos lados había pozos profundos. Vio escalones que descendían a algunos de ellos, y más allá otros pasadizos y escaleras que llevaban a salas más altas y otras grietas.

El ruido no dejaba de aumentar de volumen, un alboroto de murmullos, chillidos y el sonido de golpetazos metálicos. Erlan fue trastabillando a lo largo del camino, con una nueva sensación de temor abriéndose paso en su corazón.

Y al asomarse a los pozos, vio cosas tan horrorosas que jamás podría olvidarlas.

En uno de ellos, un mar de cuerpos retorcidos del que brotaban gemidos y jadeos en una cadena sibilante ininterrumpida. Oyó llantos de mujeres y vio muchas espaldas contorsionadas, con algo en ellas que hacía pensar en bestias.

En otro se oía el eco de unos tambores retumbando en las paredes mientras una horda de Nefelung saltaban con un ritmo frenético y agitaban sus brazos pálidos por encima de la cabeza.

Erlan continuó, arrastrando los pies y conteniendo la náusea causada por el hedor que emanaba del siguiente pozo. Allí vio varias figuras removiéndolo un burbujeante caldo de sangre y trozos de cuerpos en tinajas gigantescas, mientras otras, sentadas a su alrededor, engullían el horripilante contenido de unos cuencos. Pero aquellas otras figuras eran diferentes. Más grandes, con los hombros redondeados y las manos torcidas. Recordó las palabras del Observador en referencia a los Vandrung, la deformada clase noble de aquel mundo subterráneo. Sacudió la cabeza, desconcertado ante los horrores que veía.

Pasó al siguiente pozo. Allí el olor era peor, a vísceras y heces humanas. De aquel pozo salían los lloros de bebés, los hijos recién nacidos de aquella extraña raza, desgraciados e impotentes. Uno tras otro eran llevados ante un Nefelung que sujetaba un cuchillo y cuyo pelo estaba empapado de sangre. Este les rajaba la garganta y los tiraba, aún retorciéndose, a otro, que los abría en canal y empezaba a sacarles las entrañas. Erlan apartó la mirada, mientras su estómago daba un vuelco.

Se forzó a continuar, y vio otros pozos al otro lado: uno en el que había cuerpos ahorcados y desollados. En otro, varias hileras de Nefelung yacían postrados ante una

gran roca que semejaba una serpiente, y en otro se oían sonidos metálicos, el hierro fundido resplandecía en los rostros de los herreros, y se distinguían pilas de todo tipo de armas y objetos estrafalarios, embellecidos con puntas afiladas y garfios. Pero ninguna de aquellas criaturas alzó la mirada y le vio. Todas parecían concentradas en sus horripilantes tareas.

«Todo esto es una absurda pesadilla. Tiene que serlo». Erlan sentía que se mareaba, sobrecogido por la repugnancia.

De repente, un grito rasgó el aire estancado. Esta vez se oyó muy cerca, y procedía de lo alto.

Lilla.

Delante de él había una escalera que ascendía y desaparecía en un agujero negro. Fue hasta ella e inició el ascenso. Al llegar arriba, los escalones se estrechaban y daban acceso a un pasadizo. Erlan se detuvo a escuchar y sus ojos escrutaron la penumbra. Oyó un gemido, seguido de una risa burlona.

Erlan empuñó su espada y dobló un recodo hasta que vio a dos figuras montando guardia ante la entrada de una nueva cámara. Miraban al interior, y cada una aferraba una lanza.

Respiró hondo y se abalanzó sobre ellas.

Enseguida alcanzó al primero de los guardias, que había bajado su arma para hacerle frente, pero ya era tarde. *Cólera* rebanó el costado de la criatura hasta que Erlan notó el contacto de la columna vertebral. El guardia soltó un chillido agonizante. Erlan le extrajo la espada y se dirigió hacia el otro.

El Nefelung se preparó para el combate. Erlan agitó la cola del demonio, y el resultado fue la expresión aterrorizada que ya conocía. El guardia soltó su lanza y se giró para huir, pero Erlan fue más rápido. Utilizó la cola como un látigo, y esta, con un crujido, se enroscó en el cuello de la criatura. Erlan dio un tirón y la hizo caer boca arriba. En un abrir y cerrar de ojos, *Cólera* había acabado con su vida.

Erlan pasó sobre el cadáver y entró en la cámara.

A un lado había un brasero encendido. A lo largo de la pared se veían aberturas en la roca, a través de las cuales se podían oír los sonidos de las horrendas escenas que Erlan había visto en los pozos, y en el centro de la estancia había una cama enorme.

En ella yacía una mujer desnuda. Sus brazos y piernas estaban atadas a los extremos, y su cuerpo estaba cubierto de aceite. En otro lugar, en otro tiempo, Erlan podría haberse parado a pensar en la belleza de aquel cuerpo, pero allí había algo horrible en el modo en que la mujer había sido colocada. Permanecía muy quieta.

—¡Lilla!

La princesa se movió, gimió y trató de levantar la cabeza.

—¡Tú! —Su voz solo era un susurro quebradizo. Erlan rodeó la cama para cortar las cuerdas que la mantenían atada—. No me mires —exigió la princesa, avergonzada—. ¡Aparta la mirada!

—Lo creáis o no, princesa, no he venido aquí a miraros —gruñó Erlan, mientras

cortaba el último lazo.

En cuanto tuvo las manos libres, Lilla se tapó con ellas.

—Poneos esto —dijo Erlan. Se desabrochó el manto y se lo tendió.

Lilla se incorporó, aferrando el manto contra su pecho.

—¿Está muerto?

—Sí.

—¿Estás seguro? —Sus ojos reflejaban su miedo y su profundo cansancio.

—Le he cortado la cabeza. ¿Es suficiente para vos?

—¿Qué es eso? —El rostro de Lilla se contrajo al ver lo que Erlan había dejado caer sobre la cama.

—Tenía cola. También se la he cortado.

—¿Por qué? —preguntó la princesa, apartándose de aquella cosa.

—Escuchadme: tenemos que salir de aquí, ¡ahora!

Pero Lilla no le escuchaba. Sus hombros comenzaron a temblar y su boca se distorsionó en una risotada nerviosa. Una serie de carcajadas que fueron aumentando de volumen hasta que todo su cuerpo tembló y sus ojos se abrieron hasta estar a punto de salirse de sus órbitas. Acto seguido empezó a gimotear y jadear en busca de aire, con un torrente de lágrimas resbalando por sus mejillas.

Erlan la envolvió con sus brazos y la apretó contra él, sintiendo cómo se estremecía. De pronto, Lilla lo apartó de un empujón.

—¿Por qué estás aquí?

—Vuestro padre me ha enviado.

—¿A ti? ¿De entre todos sus hombres, te envió a ti? No lo entiendo. Eres un... un...

—¡Un jodido lisiado, lo sé! No estáis en posición de protestar, princesa.

Lilla fijó sus ojos en él, y poco a poco pareció recuperar cierto control sobre sí misma.

—Lo siento. Debería estarte agradecida... por venir a por mí.

—Venir ha sido una cosa. Salir de aquí es otra distinta. ¿Podéis caminar?

—Creo que sí. Pero ¿cómo vamos a salir? ¡Son muchos!

—Vamos a intentarlo —dijo Erlan, aunque en ese momento la superficie se le antojaba tan lejana como la luna, y no más fácil de alcanzar—. Al menos os alejaré de este sitio. Pero para encontrar el camino de vuelta a la superficie...

—¡Yo conozco el camino!

—¿En serio? ¿Cómo?

—Una mente despierta puede ver incluso en la oscuridad.

—¿Qué? ¿Creéis que podríais encontrar el camino a través de ese laberinto? ¡Debéis estar loca!

—Esa fue la razón. Fue para no volverme loca por lo que me obligué a mí misma a memorizarlo. —Se dio unos golpecitos en la cabeza, con los ojos radiantes—. Cuando me trajeron aquí, grabé en mi memoria cada escalón, cada recodo, cada

sonido hasta llegar a esta cámara. Era mi única esperanza. —Era una opción muy frágil, pero ¿qué otra alternativa tenía? Lilla percibió la duda en el rostro de Erlan—: Confía en mí. He recorrido ese camino en mi cabeza cientos de veces.

—De acuerdo. ¿Tenéis algo que llevaros?

—Mi vestido —dijo, gesticulando hacia unos harapos arrojados en un rincón—. O lo que queda de él.

—Por ahora servirá. Arriba tenemos muchas otras cosas para vos.

—¿Tenemos? ¿Quieres decir que mi padre está allí con su ejército?

—Vuestro padre no. Mi criado, Kai.

—¡Qué! ¿Ese payaso tuyo?

—Así es —refunfuñó Erlan, a punto de perder la paciencia—. El payaso y el lisiado han llegado hasta aquí, así que os sugiero que empecéis a mover vuestro noble trasero si queremos salir de este agujero.

Por fin, Lilla obedeció, bajó de la cama y recogió los restos de su vestido.

—¿Te importa? —dijo, mirándolo por encima del hombro.

—Claro. —Erlan se giró, enfadado, y recogió su espada y la cola. Cuando volvió a mirar, Lilla ya se había puesto el vestido—. ¿Lista?

Ella asintió.

—Necesitaremos luz. Iremos mucho más rápido con una antorcha.

—No os preocupéis por eso. Puedo ver en la oscuridad.

—¡Qué! —Ahora le tocaba a Lilla sorprenderse—. ¿Cómo?

—No lo sé. —Pensó en contarle lo que había ocurrido, pero ¿cómo explicar lo que él mismo no comprendía?—. Simplemente puedo hacerlo. Tendréis que confiar en mí.

Por primera vez, Lilla le sonrió. Fue una sonrisa triste, pero que demostró que todavía quedaban en su interior ánimos de luchar.

—Tus ojos y mi mente, ¿eh? —dijo.

—Vamos.

Afuera, Lilla titubeó por el espanto de ver los cadáveres de los dos guardias.

—¡Dejadlos! —le gritó Erlan.

Pero, a pesar de estar medio aturdida, Lilla se agachó y recogió una lanza del charco de sangre que se había extendido por el suelo.

—¡Vamos! —la urgió Erlan, tirando de ella hacia la escalera que descendía a la caverna de los pozos.

—Por ahí —murmuró Lilla—. Pasando la otra cámara del demonio. —Corrieron por el pasadizo y Erlan oyó que la princesa susurraba—: Hay monstruos.

—¡No miréis!

Estaban pasando sobre el pozo en el que los Nefelung asesinaban a sus propias crías. Erlan mantuvo los ojos fijos en el frente. Estaban a punto de alcanzar la abertura en la roca que les sacaría de aquel salón de los horrores cuando oyeron pisadas que bajaban las escaleras hacia ellos.

De repente apareció otra figura. En su mano sostenía la cabeza cortada del Observador. Erlan se detuvo, sobrecogido por la sorpresa. Aquella figura no se parecía a ninguna otra que hubiera visto en aquel reino de pesadilla. Era más alta que el esclavo Nefelung, y tenía casi la apariencia de un hombre ordinario, por su tamaño y sus rasgos. Pero su extrema palidez y la musculatura de sus brazos era antinatural, y en sus ojos brillaba una crueldad nacida de la más absoluta oscuridad.

«Un señor». Un hijo de Azazel.

Sus ojos centelleaban, sedientos de sangre. Alzó una gran espada de hierro ennegrecido. Erlan sintió la mano de Lilla en su hombro y su aliento en el oído, susurrando palabras que no entendía.

El señor del inframundo alzó la cabeza del Observador y la agitó, y a continuación habló con una voz dura como el granito. Aunque su lengua era extraña, el significado era claro: quería venganza.

Erlan blandió la cola, esperando y deseando que su rival se acobardase al verla. Pero este se mantuvo firme, escupiendo una lluvia de babas a medida que continuaba maldiciendo.

—Coged esto —le dijo Erlan a Lilla, tendiéndole la cola.

—No pienso tocarla.

—¡Cogedla! —le gruñó entonces.

La princesa hizo lo que le decía, sobreponiéndose a su repugnancia.

Erlan avanzó y el señor del inframundo fue a su encuentro, profiriendo un último grito de venganza y arrojando luego la cabeza del gigante para sujetar su espada negra con ambas manos.

—Hablas como tu padre. Le corté la cabeza. La tuya no aguantará más que la suya. —Erlan soltó una risotada demencial, sintiendo que algo oscuro crecía en su interior. El otro aulló en respuesta y se abalanzó hacia delante, atacando el flanco abierto de Erlan. Este paró el golpe con su espada, pero al no contar con un escudo su situación no era la mejor—. ¡Atrás! ¡Atrás! —gritó.

Oyó cómo Lilla retrocedía, pronunciando aún sus oraciones o hechizos o maldiciones o lo que diablos estuviera diciendo. Erlan atacó por alto, apartó de un golpe la espada del otro, cuya boca se retorcía en una mueca de desprecio y continuaba siseando algo en su lengua demoníaca, meneando la cabeza con desdén.

Pero Erlan no esperó a escucharle. Atacó, una, dos veces. Su contrincante se fue hacia atrás, dando también mandobles que Erlan bloqueaba para volver a atacar. Sin embargo, ningún golpe acertó su objetivo. Y de pronto había desguarnecido su flanco y vio, demasiado tarde, el ataque que le venía por la izquierda. Sintió el golpe del hierro en su costado y esperó la punzada de dolor.

Pero nunca llegó a producirse.

Ambos se quedaron congelados, sorprendidos por el hecho de que Erlan continuase en pie. Las palabras de Lilla se escuchaban más fuertes que nunca. Erlan fue el primero en recuperarse, y golpeó el brazo de su rival. Esta vez acertó, y la

criatura gritó de rabia.

El corte fue profundo, pero el combate no había terminado aún. El señor del inframundo se lanzó sobre Erlan con renovada furia. Erlan distinguió un hueco y se lanzó hacia él, intercambiando la posición con su rival.

No había forma de ganar aquella pelea en un pasadizo tan angosto, pero ahora tenía la escalera a su espalda. Retrocedió, paso a paso, preparándose, planeando dar un gran salto para el golpe mortal. El otro avanzó y Erlan cedió otros dos metros.

De repente, su tobillo maltrecho dio contra algo duro que salió rodando. Erlan trastabilló. Vio que iba a caer y gritó. Se fue de espaldas al suelo, y vislumbró el rostro inerte del Observador junto a su pie. Los ojos del otro relampaguearon mientras saltaba hacia delante para ensartar a su rival.

Pero Erlan aún se estaba moviendo, cada vez con más rapidez, deslizándose hacia el borde de la roca.

Horrorizado, Erlan se dio cuenta de que iba a caer de cabeza a uno de los pozos. El tamborileo que brotaba del interior resultaba ensordecedor. Lo último que vio antes de precipitarse fue la mueca victoriosa de su contrincante.

Movió los brazos en el aire hediondo, sin hallar en un principio nada a lo que agarrarse, pero entonces dio con algo duro. A su alrededor todo eran chillidos y el hedor del sudor y la carne putrefacta. El tamborileo cesó de golpe. Por debajo de él, alguien gruñía. Y entonces una maraña de caras pálidas empezó a abalanzarse sobre él.

Sus ojos estaban muertos, pero sus mandíbulas no se estaban quietas. El sudor cubría sus rostros llenos de cicatrices. Erlan se puso en pie, sosteniendo todavía a *Cólera* en su mano.

El Nefelung sobre el que había caído estaba gimiendo, con varios huesos rotos. Erlan levantó la mirada. Su rival se inclinaba sobre el pozo, gritando algo ininteligible. Uno a uno, los Nefelung que lo rodeaban empezaron a mirar hacia arriba y a hacer caso a lo que el otro decía.

En su cara se podía leer la urgencia con la que hablaba, pero entonces de su pecho brotó una lanza ensangrentada, se asomó un instante y luego desapareció. Su aparición fue tan breve que Erlan pensó que quizá la había imaginado. Pero la mueca del señor del inframundo perdió intensidad, la espada cayó de su mano y luego él se precipitó al pozo.

Erlan saltó a un lado y el cuerpo cayó sobre el Nefelung, seguido por la espada. Los demás enloquecieron, saltando sin parar como si el suelo les quemase los pies. Erlan se incorporó con rapidez y miró a su alrededor. Su rival yacía sobre un costado, con los brazos desparramados como los de un muñeco y un agujero enorme en el pecho.

—¡Erlan! ¡Erlan! ¿Estás ahí abajo? —preguntó la voz de Lilla. «¡Claro que sí, Lilla!».

Gritó su nombre y la princesa se asomó al pozo. Los Nefelung se agolpaban en

torno suyo, moviendo las mandíbulas. Daba la impresión de que querían despedazarlo.

—¡Lilla! ¡La cola, tiradme la cola!

La vio mirando a su espalda, y poco después una sombra voló por los aires como una serpiente. Impactó contra el suelo junto a los dos cadáveres.

Erlan la recogió y la blandió ante sí. El Nefelung más cercano retrocedió con un gemido. Erlan avanzó, provocando que todos se fueran hacia atrás, pisándose unos a otros, pero no tenía ni idea de cómo salir de allí.

—¿Veis un modo de salir? —gritó.

—¡No veo nada!

—¡Mirad otra vez!

—¡Lo estoy intentando! —Lilla se inclinó hacia delante, escrutando las sombras. De repente señaló hacia un punto concreto—: Allí, en el otro extremo. Hay escalones que suben hacia aquí.

Erlan se giró hacia donde le indicaba. Aquellos rostros horribles lo rodeaban. Agitó la cola y el Nefelung que estaba más cerca de él se echó a temblar y empujó a los demás hacia atrás.

Los chillidos y gritos dieron paso a llantos y lamentos, mientras cada uno de los Nefelung se apartaba de Erlan a medida que este avanzaba entre la multitud. Por fin vio los peldaños.

Corrió hacia ellos e, ignorando el dolor de su tobillo, los subió de dos en dos. Por debajo de él, los Nefelung se agolpaban a los pies de las escaleras, como si se atrevieran a seguirle si no se les acercaba la temible cola.

Arriba, Erlan vio un pasadizo que, hacia un lado, desaparecía en la oscuridad, y hacia el otro, rodeaba el pozo para llegar hasta donde estaba Lilla, aguardándole con la lanza ensangrentada en sus manos.

Corrió, sintiéndose observado por cientos de pares de ojos desde abajo. Cuando llegó hasta ella, quiso abrazarla de puro alivio, pero la princesa ya se había girado.

—¡Eh! —le dijo, cogiéndola por el codo—. Me habéis salvado la vida.

—No, aún no. —Lilla señaló la multitud de Nefelung, que ya estaba a mitad de la escalera y parecía más decidida a cada momento que pasaba. Erlan miró hacia abajo y vio que uno de ellos había cogido la espada de su señor y la hacía girar en su mano—. ¡Vamos! —gritó la princesa, pálida—. ¡Ahora!

—Mis ojos y vuestra mente, ¿de acuerdo? —dijo Erlan, enroscando la cola en la vaina de *Cólera*. Lilla asintió—. Será mejor que seáis tan inteligente como creéis, princesa.

—Estamos a punto de averiguarlo —repuso Lilla. Puso su mano en la de él y ambos se lanzaron escaleras arriba.

Kai llevaba esperando más de un día y una noche.

Desde luego, había sabido que lo haría si Erlan no salía de la cueva antes de eso. Pero ya estaba avanzado el tercer día, y aún no había señales de él.

Si los exploradores de Sviggar merecían ser llamados así, no debían estar lejos. Aunque Kai dudaba de que incluso los mejores cazadores hubieran podido seguir su rastro tras la última nevada. A menos que hubiesen encontrado las señales que habían dejado para ellos, lo que le daba ciertas esperanzas.

De cualquier forma, si Erlan no volvía, ¿qué le importaba que Sviggar consiguiera vengarse o no?

Así que siguió esperando. Y con un jodido brazo herido y una alta probabilidad de que alguna otra bestia salvaje volviera a atacarle. Pero después del lobo, o el hombre, o lo que diablos fuera, y después de que hubiera logrado recuperar a los caballos... bueno, lo cierto era que se estaba aburriendo.

Llevaba ya tres días sentado frente a la cascada de hielo, bajo un cielo plomizo y nieblas gélidas, pensando que no podía existir en el mundo un lugar peor que aquel. Había esperado, enterrado bajo sus mantos de piel, moviéndose solo para echar más leña al fuego e imaginando fragmentos de canciones sobre las caprichosas formas del hielo. Y, por encima de todo, había vigilado aquel agujero negro, deseando que ocurriera algo... cualquier cosa.

Mientras esperaba, le dio por pensar. Suponiendo que hubiera todo un ejército de criaturas asesinas en aquel agujero, ¿sería capaz Erlan de aniquilarlas a todas por sí solo? Podría lograr salir, quizás incluso con la princesa, si tenía suerte, pero aun así habría muchas de aquellas criaturas que podrían causar un montón de problemas.

Si les bloqueaba la salida, quedarían encerrados allí como moscas en una botella. Eso sería su fin, ¿verdad? Tendrían que quedarse allí para siempre. Aunque imaginaba que el rey seguiría queriendo su «día rojo» o comoquiera que lo llamase. Difícilmente lo obtendría si no podía llegar hasta ellos. Pese a ello, parecía una buena solución.

Siempre y cuando Erlan saliera de allí.

Y, mirando la cascada de hielo, se preguntó, si aquello era lo mejor que podía hacerse, ¿cómo podía llevarlo a cabo?



La entrada tenía unos cinco metros de alto, desde el suelo hasta el techo de la cueva. Y, como mucho, solo podían pasar por ella dos hombres al mismo tiempo. Por lo que no se trataba de un agujero difícil de tapar.

A ambos lados de la cascada se alzaban dos precipicios de piedra arenisca negra. Durante los últimos tres días, sus ojos los habían escalado un centenar de veces. Los dos ascendían más o menos en vertical, pero había en ellos salientes y grietas más que suficientes.

La mañana del tercer día se fijó en una grieta en el precipicio de la derecha que era larga y profunda y, por lo que podía ver, ininterrumpida. El precipicio parecía bastante firme, pero lo que había visto era una roca del tamaño de un pequeño edificio que parecía a punto de separarse del resto. Parecía increíble que aún no se hubiera desprendido.

El peñasco era casi de una pieza, excepto por debajo, donde nacía la grieta, pues allí se dividía en diversos fragmentos más pequeños que parecían actuar a modo de cimientos, manteniendo la parte superior en su sitio.

«¿Y si se pudieran apartar esos fragmentos?». No era más que un conjunto de rocas pequeñas, después de todo. Si se quitaba cualquiera de ellas... ¿acaso no se desprendería el peñasco entero?

Sonrió ante semejante idea. ¡Le encantaría verlo!

«No quedaría mucho agujero después de eso, se rio». Tampoco quedaría mucho de la cascada de hielo.

Se encogió de hombros. Podría funcionar. Y mientras miraba la pared vertical, empezó a planificar cómo llegar a la parte inferior del peñasco. A media tarde ya había trazado una ruta, y pasó al siguiente problema. Una cosa era hacer caer una roca enorme sobre la entrada de la cueva, y otra muy diferente conseguir salir indemne.

Acababa de empezar a pensar en ello cuando un ruido brotó del agujero.

Los ojos de Kai se fijaron en la oscuridad. Aguzó el oído. Esta vez estaba seguro, y un instante después se había quitado de encima el manto de piel y desenvainaba su espada para correr a toda prisa sobre la nieve. Alcanzó la grieta y se asomó al interior.

—¡Hola! —gritó—. ¡Erlan!

Escuchó con atención. No hubo respuesta. Volvió a concentrarse en escuchar. Otro ruido.

—¿Erlan? ¿Eres tú?

En esta ocasión sí hubo respuesta, ahogada y envuelta en ecos.

—¡Erlan! —Volvió a gritar—. ¡Ya voy! —Estuvo a punto de entrar, pero se dio cuenta de que no tenía ninguna luz consigo—. ¡Qué estúpido! —Había tenido tres días para preparar una antorcha y en ningún momento había pensado en ello. Entró en la cueva, trató de avanzar a tientas, pero no tenía sentido hacerlo. El interior estaba oscuro como el alquitrán.

«¡El fuego, por supuesto!».

Corrió por la nieve una segunda vez, cogió un leño de la hoguera y regresó a la grieta. Todavía estaba a una docena de metros de la cascada de hielo cuando oyó pasos y dos figuras andrajosas salieron del agujero.

—¡Erlan!

—¡Kai! —gritó su amo, jadeando. Tenía la cara ennegrecida por la mugre y la sangre, el pelo apelmazado por la sangre coagulada, el brazo de su cota de malla cortado, un jirón de la camisa empapado y una mirada enloquecida en los ojos, pero era él. No había duda.

A su lado, la princesa se cubría los ojos de la claridad cegadora, con aspecto de ser una doncella espectral salida del infierno, cubierta de arriba abajo de suciedad.

Kai dejó caer el leño y corrió hacia su amigo.

—¡Estás vivo!

—Sí, por ahora, pero no tenemos tiempo que perder.

De repente, un chillido terrible surgió de las profundidades de la caverna.

—¡Vienen! —gritó Lilla—. Estaban pisándonos los talones.

—¿Dónde está el rey? —preguntó Erlan—. Sus hombres, ¿están aquí?

—No. Solo yo. ¿Cuántos os siguen?

—Muchos —dijo Erlan, con tono sombrío. Como para secundar su afirmación, un nuevo aullido brotó de la oscuridad, y luego otro, más cerca—. ¡Rápido! Coge los escudos, vamos a necesitarlos.

Solo entonces se fijó Kai en la lanza que sujetaba Lilla, cubierta de sangre hasta la mitad de su mástil.

—Si hemos de morir, que al menos sea respirando el aire limpio de este mundo —dijo la princesa.

—Pero, amo, ¡no necesitamos enfrentarnos a ellos! Hay otro modo. Puedo encerrarlos ahí dentro. A todos ellos. —Aquel parecía tan buen momento como cualquier otro para hacer una afirmación tan atrevida.

—¿De qué estás hablando?

—La entrada, puedo sellarla.

—¿Cómo?

Kai tiró su espada y dio una fuerte palmada, pero enseguida se arrepintió, pues su brazo izquierdo aún le dolía.

—¡Observa, amo! —Y al ver la duda en la cara de Lilla, gritó—: ¡No temáis, milady, puedo detenerlos!

Sin esperar una respuesta, Kai fue hacia el precipicio. Miró hacia lo alto y soltó un silbido mientras se llevaba la mano a la espalda, donde su hacha estaba sujeta al cinto.

—No hay muchas cosas en este mundo que unos cuantos golpes no puedan arreglar —masculló, antes de iniciar la escalada.

La roca estaba helada al tacto.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Erlan, curioso e impaciente a un

tiempo—. Te necesitamos aquí con nosotros, ¡con una jodida espada en la mano!

—Ya verás.

Sus dedos eran fuertes y estaban acostumbrados al frío, pero en cuanto se aferró a la roca sintió una punzada de dolor en su antebrazo. «De acuerdo, esto no va a resultar agradable». Apretó los dientes y dejó que sus brazos sostuvieran su cuerpo para comprobar que soportaban el peso. En su cabeza repasó la secuencia que había planificado desde la comodidad de su asiento junto al fuego, cubierto con las pieles. Y empezó a trepar.

Pronto descubrió que algunos de los salientes eran mejores de lo que había imaginado, mientras que otros eran mucho peores. Pero, a pesar del dolor de su brazo, pensó que podía alcanzar su objetivo. Después de todo, ¿acaso no había trepado a miles de árboles cuando era niño? Nunca se había caído, aunque su madre siempre decía que un día lo haría.

«Yo no. Soy ágil como una ardi...».

De repente, la piedra sobre la que había apoyado el pie cedió y se encontró colgando a ocho metros de altura, con los dedos atrapados en una grieta. Hizo una mueca de frustración mientras sus nudillos se estiraban al máximo.

—¡Eh! —le gritó Erlan—. ¡Ten cuidado ahí arriba!

Kai dejó escapar un largo suspiro y dijo:

—Sí, ya lo había pensado. —«Puede que las ardillas también se caigan de vez en cuando, solo que no hay nadie para ver cómo lo hacen».

Alzó la mirada. Le faltaban unos tres metros. Levantó las piernas y halló otro saliente en el que apoyarse. «Tres metros. ¿Y después?». Desde abajo se oyó un grito:

—¡Ya están aquí! ¡Kai, date prisa, por los dioses, date prisa!

Kai miró hacia abajo al oír otro chillido brotando de la oscuridad, y a continuación vio varias siluetas surgiendo en la entrada del agujero. Dos de las criaturas, y luego una tercera.

«Monstruos asquerosos», pensó, observando cómo Erlan alzaba su espada y la princesa blandía su lanza.

—Supongo que ya estamos todos.

Se le acababa el tiempo. Los gritos y alaridos del combate llegaban hasta su posición. Recorrió los últimos tres metros como un gato trepando por el tronco de un árbol y llegó por fin a las rocas que, según creía, sujetaban el peñasco.

Se agarró con una mano para no caer y con la otra sacó el hacha.

Oyó a Lilla gritar y miró otra vez hacia abajo. Había un par de figuras oscuras inmóviles en la nieve, y más criaturas emergiendo de la cascada de hielo.

—¡Kai! ¡Kai! —aullaba Lilla, desesperada—. ¡Hazlo ahora!

Kai miró hacia arriba y gruñó. Sí, aquella era la parte más débil de su plan. Apartarse del camino de una roca del tamaño de una casa. Consideró que el lado de mayor peso era el izquierdo. Una vez que empezase a ceder, podía echarse hacia la derecha y quitarse de en medio. Examinó ese costado y detectó un par de buenos

asideros y un saliente para apoyar los pies.

«Saldrá bien. Solo se trata de calcular bien el tiempo. De saber cuándo cederá la roca».

Empezó a golpear las rocas con el lado romo del hacha. Debajo de él, Erlan gruñía como un toro. Pequeños trozos de piedra resbalaron precipicio abajo. El brazo le ardía de dolor. Tenía que utilizar el brazo izquierdo para poder escapar hacia la derecha, y no estaba seguro de que aquel lobo no le hubiera roto el maldito hueso. No obstante, se concentró en la tarea de manera concienzuda, mientras los pedazos de roca saltaban por los aires y caían, y entonces un trozo del tamaño de su puño se rajó y se separó del resto.

Sonrió al ver sus progresos, pero aún no iba lo suficientemente rápido para ayudar a sus amigos. De repente, un pedazo más grande de roca se deslizó hasta quedar colgando. Kai se echó hacia atrás para concederse más espacio para golpear, y de un nuevo martillazo lo mandó por los aires.

Ahora estaba avanzando de verdad.

Pero antes de que pudiera dar otro golpe, se oyó un crujido y las rocas que tenía encima comenzaron a ceder. Y a continuación el ruido aumentó de volumen y se extendió por la enorme grieta a medida que el hielo se iba rompiendo. Miró hacia arriba y tuvo la impresión de que el precipicio entero se estaba moviendo.

—Mierda.

Lanzó su hacha y saltó hacia el saliente que había a su derecha. Pero de repente todo parecía igual. Sus oídos se llenaron del rugido atronador de la piedra, que se le venía encima. Buscó desesperado un asidero, cualquiera le valdría. Lo encontró, y entonces miró hacia arriba y vio que el cielo entero parecía estar derrumbándose sobre su cabeza.

No había tiempo.

«¡Salta!». ¿Lo había gritado, o solo lo había pensado?

La pared del precipicio retumbó bajo sus manos. Apoyó los pies en el saliente, cogió aire y saltó tan alto como pudo.

El mundo se estaba viniendo abajo en una cascada de hielo y truenos. Y él estaba cayendo también. Por un instante experimentó la ingravidez; estaba cayendo, precipitándose al abismo blanco que se abría bajo él.

«¡Así que esto es lo que se siente al volar!».

Y entonces sintió el impacto del frío, y después de eso, nada.

Erlan extrajo a *Cólera* del cuerpo del último Nefelung al que se la había clavado. Había cadáveres por todas partes. Figuras patéticas y retorcidas. Cada una de ellas convertida en un vestigio de lo que antes era. Pero ¿acaso la muerte podía ser algo mucho peor que la vida que habían tenido?

Erlan respiraba con dificultad. Estaba demasiado cansado para sentir dolor. Miró

a Lilla, que estaba de rodillas, con la cabeza gacha y salpicaduras de sangre por todo su vestido. Pero viva.

El plan de Kai había funcionado.

Todavía había polvo de nieve cayendo a su alrededor, en una nube de destellos brillantes. Pero ya no había más Nefelung con los que luchar. Y ellos estaban vivos.

El ruido había sido ensordecedor. Pero cuando la peor parte del hielo y las rocas había caído, quedó a la vista un gran montón de piedras y carámbanos que se inclinaba desde los pies de la cascada de hielo hasta el precipicio, y que alcanzaba al menos los siete metros de altura. Por encima de eso, había un gran agujero en el punto donde había estado el peñasco.

La entrada a Niflagard había desaparecido.

Y Kai también.

«Esta es la justicia de los dioses: yo busqué la muerte, y, sin embargo, estoy vivo. Kai buscó la vida y está muerto». Pese a todas las heridas que tenía, nada le dolía en ese momento más que su corazón. De algún modo, el chico se había abierto paso hasta allí.

Hizo una mueca mientras limpiaba la hoja de su espada en sus calzones, luego se volvió hacia la princesa. Lilla tenía una expresión de profundo agotamiento.

—Lo he visto —dijo con la voz convertida en poco más que un susurro.

—¿A quién?

—A Kai.

Erlan meneó la cabeza, confundido.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Allí. —Señaló un montículo de nieve a la derecha de las rocas que taponaban la cueva—. Cayó justo ahí.

Pero Erlan ya estaba corriendo hacia allí, apartando la nieve a manotazos, con el corazón en un puño. Y allí, recortada en la nieve, se veía la silueta perfecta de un cuerpo. Erlan se asomó al agujero y miró hacia abajo.

Kai yacía boca abajo, inmóvil.

Se inclinó sobre él, lo agarró por el cinturón y lo izó a pulso para sacarlo del agujero. Lo volteó para ponerlo boca arriba. El cabello del chico y su pequeña y escasa barba estaban recubiertos de nieve. En su boca había una expresión de dolor, pero sus ojos se mantenían cerrados como los de un bebé dormido.

—¡Kai! —gritó Erlan, sacudiéndolo—. ¡Kai! —Nada. Volvió a sacudirlo, ahora más fuerte—. ¡Kai!

El chico gimió y movió la cabeza a un lado.

—¡Ja, ja! —gritó Erlan—. ¡Kai, maldito loco idiota! ¡Estás vivo!

—¿Lo estoy? —Gimoteó el otro, parpadeando—. No pares de decirlo hasta que me lo crea.

—¡Estás vivo, suertudo hijo de perra!

—Mi cara, escuece mucho...

Erlan apenas podía contener su alegría.

—Si es tu cara lo que te preocupa, me temo que sigues siendo tan feo como siempre.

—¿Desde cuándo tienes sentido del humor? —dijo Kai, limpiándose con cautela el hielo que tenía pegado a la barbilla.

—¡Desde que tú tienes un par de jodidas alas! ¡Por los ahorcados, has caído desde unos doce metros de altura!

—¿Ha funcionado?

Erlan le cogió del cogote y lo incorporó hasta dejarlo sentado.

—Míralo tú mismo.

Durante un momento, Kai se quedó allí sentado, admirando su obra, mientras en su boca se iba formando lentamente una sonrisa.

—Eso está muy bien... Sí, ¡muy bien!

Lilla se había acercado hasta ellos. Estaba demacrada como un fantasma, y tenía una expresión de espanto en la mirada.

—¿Se encuentra bien?

—Está de una pieza —contestó Erlan—, pero está claro que su mente se ha roto en pedazos.

Kai seguía sentado en la nieve, parpadeando torpemente, pero vivo. Su pelo estaba salpicado de trocitos de hielo, y su túnica, cubierta de nieve.

—Una extraña forma de valor la tuya —dijo Lilla, perpleja por lo que Kai acababa de hacer—. Algunos dirían que es una forma de locura. —Le dio un apretón en el hombro—. Me aseguraré de que mi padre sepa lo que has hecho. —Luego se giró hacia los escombros y su voz se endureció—: Este lugar rebosa maldad.

Tenía la mirada fija en el punto donde había estado la entrada, después cerró los ojos con fuerza y extendió los brazos.

Los otros la contemplaron.

De pronto, de la boca de Lilla comenzaron a brotar palabras, un torrente de sonido que se ondulaba en el aire frío, sin que ellos pudieran entenderlas.

La escucharon, absortos, hasta que Lilla soltó un chillido repentino, apretó los puños y golpeó los escombros. Permaneció así un momento, completamente quieta, hasta que dejó caer los brazos con lentitud.

Por fin, su rostro se relajó y abrió los ojos.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —preguntó Kai, aturdido.

—Es un encantamiento que me enseñó mi madre. Para sellar cosas. Cualquier cosa. Una puerta, una caja fuerte. Una tumba. Incluso un útero. Pero yo jamás lo utilizaría para eso.

—Entonces ¿ahora han quedado sellados ahí abajo?

—Yo diría que unos cuantos miles de piedras los mantendrían cerrados —dijo Erlan, irritado—. No veo la necesidad de ese parloteo en la lengua de las brujas.

—No es un parloteo —protestó Lilla—. Es una lengua que mi madre me enseñó y

que había aprendido del mundo de los espíritus. Esta lengua tiene un poder que escapa a la comprensión de los hombres. Incluso escapa a mi propio entendimiento.

—Entonces ¿de qué diablos sirve? —le espetó Erlan.

—Lo que he dicho sirve para sellar las cosas invisibles —repuso ella.

—Vos visteis al Diablo ahí abajo.

—Vamos, amo —intervino Kai—. Ya sabes, se refiere...

—Hicisteis lo mismo ahí abajo, ¿verdad? —En los ojos de Erlan había ahora una mirada feroz—. Estabas cotorreando en esa lengua de brujas.

—¡Y eso te salvó la vida! —exclamó Lilla—. Deberías estar agradecido.

—Estaré agradecido si mantenéis vuestra maldita hechicería lejos de mí. Ya he tenido bastante con hechizos y maldiciones.

—Lo que yo hago es solo para curar o proteger. Nunca pretendo causar daño a nadie. Mi madre...

—Vuestra madre está muerta. ¡Muerta! —gritó Erlan—. ¿Lo entendéis? No me importa lo que os enseñase.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —En el rostro manchado de sangre de Lilla se formó una expresión de rabia—. No sabes nada sobre el reino de los muertos.

—Eso es lo que la gente no para de decirme. Pero esto sí lo sé: los muertos no vuelven. —Erlan se dio la vuelta y, en un susurro, añadió—: «Los muertos nunca volverán».

Lilla meneó la cabeza con gesto de frustración.

—Llévame con mi padre. Estoy segura de que te recompensará. ¿No es por eso por lo que estás aquí?

—Pensad lo que queráis —murmuró Erlan, dirigiendo la mirada colina abajo.

—Bueno —intervino otra vez Kai, dando una palmada—. ¡Esas horribles bestias están encerradas ahí abajo, de una forma o de otra! Y nosotros somos héroes, eh. —Miró ilusionado a la princesa y luego a Erlan—. ¡Vos también, milady! Así que, ¿qué hacemos ahora, amo?

Erlan se giró hacia él. Alzó la espada y señaló con ella los cadáveres desperdigados a su alrededor.

—Vamos a quemarlos. Y luego... llevaremos a la princesa a su casa.

Cuando Erlan ordenó que se detuvieran, llevaban ya siguiendo el curso del río durante una legua.

Kai se había adelantado para explorar y había encontrado un buen lugar para acampar cerca del río, a cobijo de una pinada. Solo llevaban dos o tres horas a caballo, pero Lilla parecía al borde del delirio a causa del agotamiento. Kai había preparado comida suficiente como para que la princesa aguantase hasta el anochecer. Pero el recuerdo de aquel lugar subterráneo no sería tan fácil de borrar como el hambre.

Erlan apenas había hablado desde que habían dejado atrás el pestilente olor de los cuerpos ardiendo. Lilla se había fijado en que no paraba de frotarse con cuidado el brazo. Pensó que si se sintiera como ella, se contentaría con formar un ovillo en la nieve y dejarse morir allí mismo. Aunque después de todo lo que habían pasado, probablemente eso fuese una gran pérdida.

Lo peor eran sus pies. Los había envuelto con unos cuantos trozos de tela que había cortado de un manto que habían traído para ella, pero eso aliviaba muy poco las punzadas de dolor que subían desde los cortes y llagas hasta sus pantorrillas. Ir a lomos de un caballo suponía un descanso, pero ahora tocaba desmontar.

Miró hacia abajo, reacia, temiendo el dolor que sentiría en cuanto tocase el suelo. Era demasiado cabezota para pedir ayuda.

«Tonta. ¿Por qué tengo que hacerlo todo yo misma?».

Siempre lo hacía.

—¿Hay algo que no os agrade de este lugar, princesa? —preguntó Erlan, mientras ataba su caballo junto al de Kai. El chico ya se había alejado en busca de leña.

—No. Yo... —Lilla miró a su alrededor—. Este lugar está bien.

Al ver que la princesa no se movía, Erlan dejó escapar un suspiro.

—Una princesa requiere una mano para desmontar, ¿es eso? —Se acercó y le tendió los brazos—. Vamos.

—Puedo hacerlo yo sola —repuso ella, con sequedad.

—Como gustéis —dijo Erlan, y le dio la espalda.

Lilla pasó una pierna por encima del caballo y se mordió el labio anticipando el dolor. Bajó al suelo y sus piernas se estremecieron. Gimió y buscó el apoyo del



animal.

Erlan se dio cuenta y le ofreció una mano:

—Vamos, cogeos de mi brazo.

—Estoy bien —insistió ella, intentando disimular el temblor de su voz. Levantó la manta que había colocado sobre el caballo, con intención de dejarla junto al resto de sus cosas, pero al dar el primer paso sus rodillas se vencieron y se desmoronó.

—Y decís que yo soy cabezota —refunfuñó Erlan, cogiéndola en brazos. Como ella no respondió, soltó un bufido y cargó con ella hasta los mantos de piel y la dejó sobre ellos—. Sentaos aquí.

Lilla estaba demasiado cansada para discutir. Demasiado cansada como para dar con una réplica orgullosa. Se sentó, encogida, mientras Kai continuaba recogiendo leña y Erlan encendía la hoguera. Poco después ya sentía el calor de las llamas en su rostro y en las llagas de sus pies. La sensación era tan agradable que no sería capaz de describirla.

—No mováis un músculo, milady —graznó Kai—. Enseguida os prepararé un plato digno de vuestro padre. —Luego insistió en que Erlan tampoco debía hacer nada, así que este se dejó caer al lado de la princesa.

Tenía en la mano un cuchillo, una camisa interior y su manto de piel de oveja.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lilla.

—Vos necesitáis esto más que yo.

—¿No tendrás frío sin eso? —inquirió, señalando el manto.

—Aquí fuera, tengo frío incluso con él, así que ¿qué diferencia hay? Dadme los pies.

Tras un momento de duda, Lilla movió los pies hacia él. Erlan los sujetó con suavidad, primero uno y luego el otro, desató los trozos de tela y los retiró. La princesa se estremeció al sentir el frío. La luz de las llamas reveló varias llagas abiertas en carne viva e inflamadas, además de diversas heridas y moratones.

—¡Por los ahorcados! —Erlan soltó un silbido—. Es increíble que podáis caminar así.

—Como tú —lo dijo antes incluso de pensarlo, y de inmediato se arrepintió. «¿Por qué no puedo mantener la boca cerrada?».

Se dio cuenta de que Erlan se había ofendido. Pero esta vez él se limitó a arquear las cejas y murmurar:

—Si no os importa soportar un poco más el frío... —No esperó una respuesta por su parte: cogió un puñado de nieve y empezó a limpiarle las heridas. Lilla se mordió los labios y gimió, pero Erlan terminó rápido y le secó los pies con extremo cuidado. Luego cortó la camisa en varios trozos y los utilizó para envolverle los pies. Después se concentró en crear algo parecido a un par de mocasines con el manto de piel de oveja—. Esto os durará hasta que... Bueno, lo que os dure. —Para cuando hubo terminado de atarlos con un poco de hilo de bramante, el dolor había menguado bastante y Lilla sentía una sensación de calidez agradable en los pies.

—Gracias —dijo.

—Solo cumplo con mi obligación hacia la hija de mi rey —repuso él, con sarcasmo. Guardó su cuchillo y se echó hacia atrás, fijando la mirada en el fuego y acariciando su brazo herido.

—Déjame verlo —le pidió Lilla.

—¿Vos?

—Yo, por supuesto —dijo con impaciencia.

—Está bien —protestó él—. He tenido heridas peores.

—Si fuera peor de lo que es se te habría caído el brazo, idiota. Déjame verlo.

Erlan cedió. Se remangó y le mostró el brazo. La herida era un corte largo y profundo desde el bíceps hasta la cara interior del codo. La mayor parte de la sangre se había coagulado, excepto un hilillo que brillaba justo en el centro.

—Es profunda —sentenció Lilla, examinándola de cerca—. Aunque...

—¿Qué ocurre?

La princesa alzó la mirada.

—¿Cuándo te hicieron esta herida?

—Ya sabéis cuándo. Justo antes de encontraros. ¿Por qué?

—La cicatrización ya está muy avanzada. Extraño... —murmuró. No tenía sentido. De todos modos, aún era necesario que la herida recibiera cuidados—. Debería limpiarla y vendarla. —Empezó a frotarla suavemente con un pedazo de tela humedecido, notando la mirada de él sobre ella mientras arrancaba la sangre seca.

—Vuestros labios se están moviendo —dijo Erlan.

—Oh. —Ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Más hechicería? —quiso saber Erlan, arqueando una ceja.

—La costumbre, supongo.

—¿Sabéis que os estáis metiendo en algo que no entendéis?

—Lo entiendo muchísimo mejor que tú —repuso ella, indignada—. Así que, si no te importa...

—Lo prometisteis.

Lilla percibió una sonrisa en los labios de Erlan.

—¿Ah, sí? No recuerdo haberlo hecho. Además, los hombres no saben lo que les conviene —añadió, sintiendo que ahora sus propios labios también sonreían.

—Y vos sí, supongo.

Lilla levantó la mirada y la fijó en él.

—Sí, yo sí.

Erlan soltó una carcajada.

—Por Hel, me alegro de que alguien lo sepa.

—Quédate quieto. —Lilla cubrió la herida con el jirón de tela, haciendo caso omiso al grito de Erlan cuando lo apretó con fuerza—. Ahora quítate los calzones.

—¿Qué? Sé que estáis acostumbrada a que los criados hagan lo que les ordenáis, pero...

—Tu pierna. Debo echarle un vistazo.

Erlan dejó escapar un gruñido irónico:

—Creo que esto va más allá de mi deber, princesa. Y estoy seguro de que vuestro padre estaría de acuerdo conmigo.

—No seas tan tímido. Debes dejar que te la vende, a menos que prefieras quedarte cojo.

—Ya tengo una cojera, como vos habéis señalado tan gentilmente.

Lilla maldijo para sus adentros.

—Por supuesto, no pretendía... —¿Qué le pasaba con aquel hombre que le hacía ser tan torpe con las palabras?—. Déjame vendarla, por el bien de todos. Necesitamos que estés fuerte. No seas engreído y creas que me interesa lo que guardas en los calzones.

—Tranquila, milady —apuntó Kai—. Vais a herir sus sentimientos.

—Tú concéntrate en la comida —le espetó Erlan.

—Claro, claro. —Se rio el chico.

—Estás siendo ridículo —exclamó Lilla—. Esa herida necesita un vendaje.

—Muy bien —dijo al fin Erlan, con un suspiro. Con gestos torpes, se puso en pie, se desabrochó el cinto, desanudó sus calzones y se los bajó.

La luz del fuego le iluminó los muslos. Pero Lilla desvió su mirada de lo que había entre sus piernas. Siempre había pensado que los hombres desnudos resultaban cómicos. Erlan no era diferente en eso. Por otro lado, el efecto de la luz sobre su piel resultaba bastante agradable. Al menos, le pareció que muchas chicas podrían pensar así. Pero, en cuanto a ella... ese tipo de cosas solo producían heridas que nunca cicatrizaban. Lo que ahora le interesaba era vendar una que sí podría cicatrizar. Puso un dedo junto al corte para medirlo, y Erlan tragó aire entre los dientes.

—Tenéis las manos frías —dijo, sonriéndole—. Y la noche también es fría.

—No hace más que poner excusas, milady. —Se rio Kai.

—Esta herida también es extraña —dijo Lilla, ignorando la conversación infantil de los otros—. Era profunda, pero ya se detectan señales de que está cicatrizando.

—Duele mucho.

—Estoy segura de ello —dijo la princesa, reprimiendo su curiosidad—. Tienes suerte, de todos modos. He visto muchas heridas, pero ninguna en la que se apreciara tan claramente que iba a cicatrizar.

—Supongo que tendré que aceptar vuestra opinión.

—Supongo que sí. —A Lilla no le gustaba la forma en que Erlan le sacaba punta a todo lo que ella decía. De repente, quiso terminar pronto con el vendaje. Se concentró en ello y un momento después ya estaba cubriendo la herida con un trozo de lana cortado del chal que habían traído para ella—. Esto debería aguantar la mayor parte del viaje hasta palacio —dijo, mientras le subía los calzones.

—Muchas gracias —dijo Erlan. Y luego, con una risita—: Imagino que no habrá muchos que puedan decir que han recibido los cuidados de la hija del rey.

—Escucha, no sabes nada sobre mí —le espetó Lilla—. Así que me gustaría que te guardases las bromas para ti mismo. —No le agradaba el tono familiar con que Erlan le hablaba, y menos todavía las suposiciones que hacía sobre ella.

—Como deseáis —aceptó él, encogiendo los hombros, y ambos volvieron a sentarse en silencio.

Lilla había supuesto que habría algo de conversación, que obtendría respuestas a sus preguntas. Como, por ejemplo, por qué, de entre todos sus hombres, su padre había elegido a aquella extraña pareja para rescatarla. ¿Cómo la habían encontrado? ¿Cómo había conseguido el forastero acabar con aquel horrible demonio?

Pero ahora estaba demasiado cansada para preguntar nada. Las respuestas tendrían que esperar. En lugar de eso, fijó la mirada en la hoguera y se dejó envolver por su calor.

«El fuego es vida...».

Con frecuencia había pensado eso durante su terrible viaje por la nieve.

—¿Os preocupa algo, milady? —le preguntó Kai, interrumpiendo sus pensamientos.

Lilla se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido.

—Solo pensaba en el fuego... Habría estado bien sentir algo de calor cuando esas criaturas me llevaban hacia ese horrible lugar.

Durante un momento nadie dijo nada. Luego, Erlan fue el primero en romper el silencio:

—¿Qué sucedió, princesa? Quiero decir, desde el principio...

Lilla miró aún con mayor intensidad las ascuas de la hoguera y se concentró en el movimiento de las llamas. Y entonces relató su historia. Habló de una mañana, temprano, que comenzó como muchas otras, de la sensación de que no estaba sola. Sonidos en la nieve, sombras escondiéndose en los árboles. De las figuras que de pronto la rodearon, aquellas manos extrañas y fuertes que la sujetaron y la agarraron por el cuello. De cómo se despertó y supo que estaban llevándola a alguna parte, del dolor en su espalda. De los postes a los que la habían atado y los nudos que le atravesaban la piel de las muñecas.

—Se movían a una velocidad que no podríais ni imaginar. Avanzaban de forma incesante, sin que tuvieran que parar apenas para descansar. —Ella había visto las ramas y nubes y estrellas que pasaban por encima de ella, mientras su cuerpo gemía por el dolor y el hambre. Habló de la degradación que había supuesto ser obligada a alimentarse de la carroña del bosque, lo mismo que hacer sus necesidades ante sus captores, lo que le había llevado a sentirse al borde de la locura. El movimiento pendular entre el delirio y la determinación, las canciones que cantaba para sus adentros para evitar que su cordura estallara en pedazos—. Durante el viaje, el frío se me metía en los huesos. Y cuando llegamos a la cascada de hielo y nos adentramos en la oscuridad... Ahí fue cuando tomé mi última decisión: recordar el camino. El resto... El resto prefiero olvidarlo. Estaba muerta. —Hizo un gesto hacia Erlan—.

Hasta que vi tu cara.

En su ojo apareció una lágrima y cayó formando un surco plateado en su mejilla. Se apresuró a limpiarla. Lo último que quería era producir lástima, y menos aún al forastero.

—Mis heridas no son nada comparadas con vuestro sufrimiento —dijo Erlan.

Por alguna razón, la ternura que detectó en su voz molestó a Lilla.

—Bueno, milady, aquí tenéis algo mejor que la carroña, espero. —Kai le tendió un cuenco humeante y luego le pasó otro a su amo.

Erlan iba a cogerlo cuando el chico lo apartó fuera de su alcance.

—Je, je. —Se rio.

—¿Qué?

—Tiene un precio.

—¿Cuál?

—Quiero saber qué ocurrió ahí abajo —susurró Kai, con una mueca asomando en sus labios—. Y, por encima de todo, qué diablos es eso que guardas con tanto ahínco.

—Supongo que es justo —aceptó Erlan, con un suspiro—. Dame el cuenco. — Kai obedeció y Erlan hundió los dedos en el guiso y se los llevó luego a la boca, con ansia. Después de repetir la acción varias veces más, comenzó a hablar. Y hablar. Lilla vio cómo el chico atendía a cada palabra como un perro suplicando por unas sobras, con los ojos abiertos de par en par. Interrumpió el relato muchas veces, exigiendo hasta el último detalle de los recuerdos de Erlan hasta quedar satisfecho.

—¿No es increíble? —exclamó Kai cuando Erlan llegó al final de su relato—. ¡Uauhh! ¡Y aquí estáis los dos! Vaya, a mi amigo el hechicero le habría encantado oír esto. Seguro que lo convertiría en una buena canción, ¡sin duda!

—¿Una canción de ello? —gruñó Erlan—. Yo preferiría olvidarlo.

—¡Chis! Lo harás, amo —se burló el chico—. Porque eres un miserable hijo de perra.

Lilla no pudo evitar echarse a reír ante aquello, y Erlan meneó la cabeza.

—De todos modos —continuó Kai, con no poca malicia—, si se va a hacer una canción de ello, tendría que haber un verso, o dos, que hablasen de mí.

—¿Tienes algo que contar? —le preguntó la princesa.

—Puede que sí —respondió, con un guiño, y a Lilla le resultó imposible no dirigirle una sonrisa. Kai se dirigió ahora a Erlan—: No te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿De qué?

—El pájaro.

Erlan miró entonces a su alrededor.

—Claro, me había olvidado de él. ¿Dónde está?

—Muerto —repuso Kai, con un movimiento de la barbilla—. Aparecieron dos cuervos y le dieron caza. Nunca había visto nada igual.

—¿Qué quieres decir?

—Daba la impresión de que alguien los hubiera enviado a cazarlo. De forma

deliberada. —Y entonces Kai les contó cómo los cuervos habían perseguido a su pequeño amigo alado hasta conseguir atraparlo.

Lilla aún no comprendía el asunto.

—¿Qué relación tenía ese pájaro con vosotros?

Sus compañeros intercambiaron una mirada, sin tener muy claro cómo responder a su pregunta. Al final, fue Erlan quien habló:

—Nos llevó hasta vos.

—¿Un pájaro? ¿Cómo?

Erlan se rascó el pelo enmarañado mientras buscaba en su cabeza una explicación.

—Nos lo encontramos en el bosque. Era una especie de arrendajo... Parecía saber qué dirección debíamos seguir. No, lo sabía, porque nos guio hasta la cascada de hielo. —Le dirigió una mirada a Kai—. Llegamos a pensar que no era lo que parecía.

—¿A qué te refieres?

—Un cambiaformas —dijo Erlan. Naturalmente, Lilla sabía de qué hablaba. Su madre le había hecho jurar que nunca lo haría, pero sabía que había personas que podían cambiar de forma—. Antes de que viniéramos a Sveäland —prosiguió Erlan—, conocimos a un chamán en el corazón del Bosque de Tyr. Nos contó que era un cambiaformas y que conocía el bosque a la perfección. Se llamaba Grimnar. —Erlan volvió a mirar a Kai—. El rey Brujo me dijo que Grimnar estaba muerto.

—¿Y creéis que el pájaro era ese Grimnar? —inquirió Lilla.

—Yo mismo no podía creerlo —dijo Kai—. Pero, como Erlan ha dicho, nos guio hasta vos. Y ocurrió algo más mientras estabais ahí abajo.

Erlan y la princesa escucharon el nuevo relato de Kai. Con peculiar entusiasmo, les contó su lucha con el lobo y la extraña deformidad de sus extremidades cuando lo vio muerto. La mano humana. Se retiró la manga y dejó a la vista la hinchazón allí donde el lobo le había mordido.

Cuando terminó, Erlan soltó un largo silbido.

—Diría que te has ganado tus versos, chico. Incluso más que eso. ¿Qué tal suena Kai Mano de Lobo?

—Suena mejor de lo que se siente. —Sonrió el otro. Pero Lilla pudo percibir lo mucho que al chico le agradaba haber impresionado a su amo.

—Lo hiciste bien —le dijo—. Ese rey Brujo cuenta con muchos siervos que obedecen sus órdenes.

—Contaba —la corrigió Erlan.

—Eso es lo que tú esperas —replicó ella, secamente—. Pero si sus siervos están vivos, por mucho que él esté muerto... ¿cuánto mal podrían causar aún?

Su pregunta quedó flotando en el aire, sin respuesta. En la hoguera, la madera crujía y crepitaba.

—¿Dónde os encontrasteis con ese pájaro? —preguntó Lilla al fin.

—En el punto en el que el rastro se dividía en tres. No teníamos forma de saber

cuál de ellos llevaba hasta vos.

De repente, Lilla sintió un frío terrible asentándose en su interior, al tiempo que un recuerdo brotaba de entre las sombras de su memoria. ¿Por qué no lo había recordado antes, mientras relataba su viaje? Sintió que su rostro perdía el color.

—¿Milady? ¡Milady! —Kai la tocó y eso la hizo salir de golpe de su ensimismamiento—. ¿Estáis bien?

—No... no sé por qué... lo había olvidado hasta ahora. Pero ahora lo recuerdo. —Alzó la mirada hacia ellos—. Había otros.

—¿Otros? —repitió Erlan.

—Sí. Pero eran diferentes a los que me atraparon en el Bosque de los Reyes. Diferentes a las criaturas de la caverna. Eran más grandes. Más feroces. Criaturas horribles que solo pueden haber sido engendradas en los abismos más oscuros de Hel.

—El Observador habló de otros, llamados Vandrung. La clase noble de su reino. Una raza mestiza.

—No sé nada de eso. —Lilla cerró con fuerza los ojos y puso la cabeza entre las manos—. Mis recuerdos son confusos. Es como tratar de recordar un sueño. Pero había algunas criaturas... que eran mucho más altas que tú —dijo con un gesto hacia Erlan—. Las otras les tenían miedo.

—¿No visteis a ninguna como ellas abajo en la cueva?

—No podría decirlo. La oscuridad no me permitía ver. —Lilla meneó la cabeza—. Pero ahora recuerdo que cuando el grupo se separó, a pesar del miedo que tenía, me sentí aliviada. Las criaturas más pequeñas están llenas de maldad, pero esas otras... no eran humanas. Su simple aliento era maldad.

—¿Cuántos eran? —le preguntó Erlan.

La princesa volvió a menear la cabeza.

—No podría decirlo.

—¡Intentadlo! —le urgió, elevando la voz—. Debéis tratar de recordar.

—Estaba sufriendo, intentaba mantener la cordura. —A Lilla se le quebró la voz.

—¿Cuántos? —repitió Erlan.

—No lo sé. Docenas, al menos. Puede que más.

—¿Más de cien?

—No lo sé —gritó Lilla. No quería seguir pensando en aquellas horribles criaturas.

—¿Eran más de cien? —volvió a preguntar Erlan, cogiéndola del brazo.

—No... No lo creo. No lo sé. ¡Déjame! —Y, dando un tirón, se soltó de él.

Se oyó un aleteo en las copas de los árboles. Los tres se sobresaltaron ante el ruido y miraron a su alrededor. De pronto, la oscuridad parecía amenazadora.

—¡Eso valen vuestros hechizos y vuestra brujería para sellar ese lugar! —gruñó Erlan, con desdén.

—¿Qué deberíamos hacer, amo? —Por primera vez esa noche, el chico parecía atemorizado.

—Cabalgar más rápido.

—Hablo en serio —repuso Kai.

—¡Y yo también! —gritó Erlan. Se puso en pie, fue hasta el montón que habían formado con sus cosas y cogió la cola del Observador. Estiró su horroroso trofeo—. Sea cual sea la maldad que esos monstruos posean, esta es la prueba de que pueden ser derrotados. Con espadas y músculos.

Lilla se estremeció. La cola centelleó, negra como el alquitrán, a la luz de las llamas.

—¿Por qué tienes que guardar esa cosa? —se apresuró a preguntar.

—¿Qué queréis que haga con ella?

—¡Quemarla! Una cosa así solo puede traer mala suerte.

—Pero posee algún tipo de poder —murmuró Erlan, mirándola maravillado—. Lo vi. Y vos también.

—¡Esa cosa está maldita!

—¡No! Es la prueba de que el Observador y su asqueroso reino pueden ser destruidos.

—¿Para qué guardar un recuerdo de lo que has destruido? ¡Eres como un niño pequeño!

—No lo guardo para recordar lo que he destruido... sino lo que he ganado.

—¿Y qué ha sido lo que has ganado? —preguntó la princesa, con acritud.

—¡Vida! —gritó Erlan, alzando la vista hacia el cielo nocturno—. Una razón para vivir.

Su grito quedó flotando en la oscuridad, hasta que un momento después, Lilla murmuró:

—¿Acaso no hay muchas?

—Para algunos, puede que sí. Pero no para mí. —Los ojos de Erlan encontraron los de la princesa, y Lilla pudo percibir, por primera vez, una herida muy profunda en la mirada del otro—. No para mí...

Pasó un rato antes de que la princesa hablase de nuevo:

—Yo no sacaré nada de ese lugar. Todo está maldito.

Se dio cuenta de que Erlan meditaba la cuestión mientras contemplaba su trofeo.

—Muy bien, no la guardaré —dijo, y Lilla soltó un suspiro de alivio—. Pero sí guardaré una parte de ella. —No esperó a las protestas de la princesa, sacó su cuchillo, se sentó sobre el manto y comenzó a pelar la suave superficie de la gruesa cola.

Lilla comprendió que no había forma de convencerle. Pero eso solo la molestó aún más. Kai y ella se limitaron a observarlo en silencio.

La piel parecía extrañamente seca, y la arrancaba en tiras suaves y largas. Erlan las fue poniendo a un lado hasta que, a causa de la penumbra, parecían varias serpientes muertas.

—¿Qué estás haciendo? —Se decidió Kai a preguntar.



—Un cinturón para recordar esto.

—¿Esto? —preguntó Lilla.

—La vida que he recuperado. El fuego puede quedarse con el resto. —Y, dicho lo cual, arrojó la cola a la hoguera.

Se encogió y crujió como madera seca, mientras las lenguas de fuego llameaban en torno suyo. Y no tardó en quedar devorada por completo, dejando solo ascuas y ceniza.

Los olieron antes de verlos.

El aroma de los pinos y la hojarasca se mezclaba con el del sudor y los caballos.

Luego oyeron el crepitar del fuego y murmullos de voces.

—¡Los exploradores de Sviggar! —exclamó Kai.

Y, de repente, se oyó un grito. Hubo un estrépito de hombres armados poniéndose apresuradamente en pie y una algarabía de voces sobresaltadas. Los tres entraron en el campamento y saludaron con un movimiento de la barbilla mientras los rostros sucios de los soldados los contemplaban boquiabiertos. Por primera vez en mucho tiempo, Erlan se sintió seguro. Kai esbozaba una sonrisa tan amplia que su cabeza parecía a punto de partirse en dos.

—¡Por los fuegos! —dijo una voz áspera—. ¡Pensábamos que nunca volveríamos a saber nada de vosotros! —El conde Bodvar se abrió paso entre sus hombres, y en contra de lo que era habitual en él, estaba sonriendo.

—Poco ha faltado para que así fuera —repuso Erlan.

Bodvar le dio una palmada en la pierna a Kai y le dijo:

—Y tú, granujilla, ¿es que no vamos a poder perderte de vista? —Se giró a continuación hacia la princesa—: Lady Lilla, vuestro padre se alegrará muchísimo de saber que estáis a salvo.

—¿Dónde está? —El hermoso rostro de Lilla reflejaba su ansiedad.

—Con el ejército. Nosotros solo somos diez. El rey y dos batallones se encuentran a medio día de camino, más o menos.

—¿Con cuántos hombres? —quiso saber Erlan.

—Cerca de trescientos en total.

—Os habéis tomado vuestro tiempo. Estabais a casi cuatro días por detrás de nosotros.

Bodvar gruñó, malhumorado:

—Perdimos el rastro después de la nevada. Más tarde encontramos las marcas que habíais dejado, y para entonces el ejército del rey ya casi nos había alcanzado.

—¿Podemos reunirnos con él? —preguntó Lilla—. Debe enterarse de que estoy a salvo.

—Por supuesto, milady. Mis hombres estarán listos en un momento —dijo

Bodvar, y se giró hacia el resto de los exploradores—: Bien, ya habéis oído a la princesa. Salimos inmediatamente.

El grupo de hombres se desperdigó al instante y empezó a recoger el campamento.

Bodvar le dirigió a Lilla una amplia sonrisa:

—Os prometo que estaréis con vuestro padre antes de que anochezca.

Y estaba en lo cierto.

Tres leguas más adelante establecieron contacto con la punta de vanguardia del ejército. Los hombres de Sviggar estallaron de entusiasmo al ver a la princesa y al forastero entre el destacamento de Bodvar. Pero Lilla pasó entre ellos a toda prisa, impaciente por reencontrarse con su padre.

Fue el conde Heidrek quien les informó de que el rey se hallaba algo más atrás. El rostro enjuto del conde estaba algo más pálido de lo habitual.

—No se encuentra bien, milady.

—¿Qué queréis decir?

—El rey ya no es un hombre joven.

—¡Oh, por qué nunca podéis hablar con claridad! —le espetó Lilla—. Decidme, ¿qué le ocurre?

—Disculpadme, milady. El mal tiempo le ha afectado. Le cuesta mucho respirar.

—Llevadme ante él —urgió la princesa. Erlan la siguió, junto a Bodvar, mientras Kai iba unos pasos detrás de ellos.

Lo encontraron poco después, apuntalado a lomos de su caballo por Finn, el arquero y otro ayudante. Pero daba la impresión de que el rey no podría permanecer sentado mucho tiempo. La cabeza le colgaba sobre el pecho, y su cuerpo estaba encorvado como un saco de grano lleno solo a medias.

Lilla soltó un grito, desmontó y cojeó hasta él tan rápido como se lo permitieron sus pies maltrechos, apartando a un lado el caballo de Finn.

—¡Padre! ¡Padre mío, estoy aquí! Estoy viva.

Erlan se sobrecogió al ver al viejo rey. Su respiración resonaba en su garganta como el mar al retirarse y arrastrar guijarros consigo. El sudor se acumulaba en las arrugas de su frente.

—Lilla —graznó Sviggar—. Mi niña, has regresado a mí. —Una sonrisa efímera apareció en su rostro.

Lilla alzó el brazo y le acarició el muslo. Había empezado a llorar. Sviggar la miró parpadeando, medio aturdido, y se inclinó para pasarle la mano por el cabello. De repente, se fue hacia delante y se habría caído sobre la princesa de no ser porque Finn reaccionó con rapidez y lo sostuvo sobre el caballo.

—El viejo chivo tiene un aspecto apestoso —susurró Kai. Erlan le dirigió una mirada de advertencia: no era momento de bromear.

—Esto es una locura —estalló Lilla—. Ni siquiera debería montar a caballo. —Trató de bajar al rey de su silla de montar, y miró a su alrededor con rabia, fijando sus

ojos en Erlan—: ¡Ayúdame!

En un momento se preparó una suerte de lecho con varios mantos en el suelo para acostar al rey. Para entonces el ejército al completo se había detenido y los hombres iban desmontando. Lilla envió a Kai en busca de agua y el chico se escabulló para coger un odre de su caballo.

—Estoy bien, estoy bien —graznó Sviggar, tratando de incorporarse mientras su hija se inclinaba sobre él—. Solo es una fiebre invernal, nada más. Dame la mano, ayúdame.

Lilla lo envolvió en uno de los mantos.

—Debes tumbarte y descansar, padre.

—Por supuesto —resolló el rey—, pero ¿cómo iba a descansar sin saber si estabas a salvo? —De repente un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Kai llegó con el agua. Lilla le quitó el odre de las manos y lo llevó a los labios de su padre. El viejo dio un trago largo antes de apartarlo con la mano. Lilla humedeció un extremo de su manto y empezó a frotarle la frente.

—No te preocupes, niña. No me estoy muriendo. —Sviggar tosió con fuerza y todo su pecho vibró. «Suena como si sí lo estuviera haciendo», pensó Erlan. Por fin, Sviggar se recuperó un poco—: ¿Dónde está el forastero? ¿Está contigo?

Erlan avanzó entre el círculo que habían formado los soldados en torno a su rey.

Sviggar alzó la mirada y sonrió.

—Así pues, mi apuesta por ti fue inteligente.

—O afortunada.

—¡Ja! Sea como sea, me has prestado un servicio mayor que el de cualquier otro hombre, vivo o muerto. No lo olvidaré. —Volvió a toser con brusquedad—. Cuéntame. Quiero saberlo. ¿Qué es este enemigo? ¿Los has visto?

—Sí.

—¿Y? ¿Son hombres? ¿O bestias?

Erlan intercambió una mirada con Lilla, y luego volvió a mirar al rey.

—Quizá sean hombres que se han transformado en bestias. Aunque tenían un rey que, desde luego, no era un hombre.

—¿Tenían?

—Lo maté.

Sviggar hizo una mueca.

—Bien hecho. Serás recompensado por ello, te doy mi palabra. ¿Qué tipo de rey era?

Erlan se lo explicó, y todos los presentes atendieron al relato de su descenso a la guarida del demonio. Habló del rey Brujo y de sus esclavos Nefelung, de los señores al servicio del demonio y de los Vandrung. Todos escucharon su relato sobre los pozos de los horrores, y su huida a través de la oscuridad hasta la superficie. Y, por último, cómo, gracias al disparatado plan de Kai, habían conseguido sellar la entrada de la cueva para siempre.

—¿Para siempre? —preguntó Bodvar, con visibles dudas.

Erlan intercambió de nuevo una mirada con Lilla, que le dirigió un breve gesto de asentimiento. Erlan hizo un mohín.

—Digamos que hasta que se produzca el Ragnarok. Con eso me basta. —Sería necesario un gigante para retirar todas aquellas rocas de la entrada.

—Por tu descripción de ese lugar, parece que la mayor parte de la entrada está sellada por la cascada de hielo, ¿es eso correcto? —Cuando Erlan asintió, Bodvar emitió un sonoro gruñido—. ¿Y qué ocurrirá cuando llegue el deshielo en la primavera? ¿Qué protegerá al reino entonces?

La verdad le golpeó como una bofetada. ¿Cómo podía no haber pensado en ello? Tal vez fuera debido al sufrimiento de su aventura, o al alivio por haber escapado de allí, pero algo lo había cegado y no le había permitido ver algo tan condenadamente obvio. Los había cegado a los tres.

—Joder.

—Exacto —convino Bodvar.

—Puede que el verano no llegue a este territorio —apuntó Kai, siempre optimista—. Esperad, mis señores. ¡Este es el fin del mundo! El hielo es más grueso que los muros del más grande de los palacios, y diez veces más alto que el árbol más grande que hayáis visto. ¡Apuesto el brazo a que esa cascada resistirá cien años!

—El brazo del muchacho será una pobre recompensa si esos Nefelung logran salir otra vez a la superficie —dijo Bodvar.

—Me temo, chico, que tu confianza puede ser errónea —dijo Sviggar, ásperamente—. ¿Cuántos de ellos quedaban?

—Muchos —reconoció Erlan.

—Entonces este asunto no ha terminado —afirmó Sviggar—. El reino no estará a salvo hasta que sean aniquilados en esa fortaleza suya. —Un repentino ataque de tos le hizo estremecerse. Erlan distinguió varias gotas de sangre en sus labios—. Un día rojo —graznó—. ¿No es acaso eso lo que le prometí a mi pueblo como venganza? Un día rojo por mi hijo.

—Padre, ¿no es venganza suficiente haber matado a su rey? —exclamó Lilla—. Estás enfermo. No puedes luchar. Sabes que no puedes.

—Si pudiera tan solo sostener mi espada... —murmuró Sviggar, con una sombría expresión en su rostro.

—¡Padre, no debéis romper el sello de ese lugar! Aunque matéis hasta el último de ellos, hay cosas invisibles allí abajo, cosas que no pertenecen a este mundo y que no deben salir a la superficie. Si llegan a hacerlo, temo por todos nosotros. —Lilla se giró hacia Erlan y le dirigió una mirada suplicante—. ¡Díselo, Erlan! ¡No deben romper el sello!

Pero el rey habló antes de que Erlan pudiera hacerlo:

—¡Hablas igual que tu madre, mi dulce Lilla! Debes perdonar la obstinación de este viejo. Yo trato con asuntos de carne y sangre. Esos espíritus de los que hablas...

Está más allá del control de un rey proteger a su reino contra tales cosas. Pero debemos mantener a salvo el reino.

—Milord, como vos, sé poco del mundo de los espíritus —le dijo Erlan—, pero vuestra hija tiene razón. En esas cavernas hay una maldad que nos es desconocida. Tal vez lo que ahora tenemos sea lo mejor a lo que podamos aspirar. Quizá, tal como dice lady Lilla, sea preferible dejarlo todo como está.

—¿Esperas que todos estos hombres hayan cabalgado por este desierto nevado, con este frío que te congela las pelotas, solo para volver a Upsala con las espadas aún secas? —le espetó Bodvar, con una expresión dura grabada en su rostro—. ¿Ahora? ¿Cuando por fin conocemos el camino hacia el enemigo?

—¡Oh, no sabéis hasta qué punto me enferma vuestra cháchara de hombres! —gritó Lilla—. Yo tuve en mis manos un arma manchada con la sangre de un Nefelung. ¿Soy más hombre que vosotros por ello? —Su cara demacrada brillaba por la pasión con la que hablaba—. Decidme, ¿lo soy?

El canoso conde se limitó a recibir la pregunta con una tenue sonrisa.

—¡Muchos de estos hombres morirán si entráis en la cueva!

—¿Y cuando llegue la primavera? —Fue la brusca respuesta de Bodvar.

Lilla meneó la cabeza al darse cuenta de que no iba a poder persuadirlos.

—No deberíais molestar a aquello que no comprendéis.

—Mi niña, entiendo tus recelos —dijo Sviggarr, con dulzura—, pero esto debe hacerse. Y debe hacerse ahora. —Pareció que pretendía decir algo más, pero un nuevo ataque de tos, el peor hasta el momento, se apoderó de él.

Finn, su guardaespaldas, le puso una mano en el hombro y dio voz a lo que todos estaban pensando:

—Sire, en una cosa al menos tiene razón vuestra hija. Estáis demasiado enfermo para luchar. —El arquero dirigió una mirada a Bodvar, invitándole a hablar.

—Dejad que el conde Heidrek y yo seamos vuestras manos —ofreció Bodvar, aunque lo hizo con expresión circunspecta dirigida al otro conde—. Dejadnos llevar a cabo vuestra venganza.

La respiración del rey resonó en su pecho mientras aguardaban su respuesta. Luego, por fin, susurró:

—Muy bien, seguiré el consejo de mi hija. Vosotros realizaréis lo que yo no puedo.

—No os fallaremos, sire —dijo Bodvar.

Erlan había seguido la conversación y había previsto su curso. De modo que cuando Bodvar se giró hacia él, ya había adivinado la pregunta que el conde iba a hacerle:

—Si la entrada está sellada, ¿crees que podremos hallar otra forma de entrar?

—Sí —asintió Erlan—, creo que hay una forma. —No obstante, la perspectiva de volver a las profundidades resultaba más amarga que el veneno.

—¿Está lejos de aquí? —inquirió Heidrek.

—A un día de marcha rápida, no más. Quizá menos si seguís nuestras huellas. Yo mismo os mostraré el camino.

—No —dijo Sviggar con firmeza—. Tú ya has hecho bastante.

—Milord, iré allí otra vez si debo hacerlo. No penséis que mis heridas van a detenerme.

—Herido o no, mi decisión está tomada. Tu criado también se quedará con nosotros.

De repente, Finn rompió a reír:

—Forastero, ¡eres insaciable, estás ansioso por obtener el favor del rey! Deja que estos bastardos asesinos tengan su propia fiesta —dijo, refiriéndose a los dos condes—. Diría que tú ya has celebrado la tuya.

«Sí, la suficiente para que me estalle el vientre».

La mirada de Erlan fue de Bodvar hasta la figura desastrada del rey, y luego a Lilla.

—Entonces haré lo que deseáis, milord. —Una sensación de alivio le invadió. De pronto cayó en la cuenta de que estaba frotándose el brazo herido. Un descanso le sentaría bien—. Pero hay muchas cosas que debo contaros, lord Bodvar.

El conde soltó una carcajada:

—Hay mucho que quiero saber.

Erlan dedicó el resto del día a hablar con Bodvar y Heidrek. Desembuchó todos los detalles que pudo recordar sobre Niflagard y les hizo repetirlos hasta que ambos sabían lo mismo que él.

—Lo principal es que necesitaréis luz. Sin ella, estaréis ciegos. Y con ella, podréis derrotarlos.

Bodvar preguntó cómo podrían romper el sello para entrar en el reino subterráneo.

—Tengo una idea, pero si eso falla... —Erlan se encogió de hombros—. Tal vez estén destinados a permanecer enterrados allí abajo.

—No dejaremos que sea así —repuso Bodvar.

—Cuéntanos.

—Cuando lleguéis allí, encontraréis una enorme cascada de hielo y rocas. —Erlan le dirigió una mirada a Kai, que estaba sentado a unos metros, junto al fuego, pero lo suficientemente cerca como para escucharlos—. Es obra suya. Un peñasco bloquea ahora la entrada. Pero a la izquierda, es el hielo lo que sella buena parte de la caverna. Mi idea es esta. Encended una gran hoguera junto a esa parte de la cascada. Que el fuego arda bien. El calor de las llamas derretirá el hielo y se abrirá una nueva entrada al agujero.

Los dos condes meditaron la propuesta.

—¿Estás seguro de que puede hacerse? —preguntó Heidrek.

—Seguro, no. Pero hay una posibilidad de que funcione.

—Al menos suena razonable —dijo Bodvar—. El hielo se rinde ante el fuego.

A Erlan se le erizó la piel al recordar el extraño hechizo que Lilla había realizado y sintió una punzada de culpa al imaginar sus reproches.

Al día siguiente, mucho antes de que amaneciera, los dos condes encabezaron la marcha de una columna de soldados y caballeros y nobles guerreros. Dos batallones enteros, cerca de trescientos hombres. Dejaron atrás solo una docena para escoltar a su rey y a la princesa de vuelta a palacio.

Kai y Erlan cabalgaron junto al rey.

—¡Adelante! —gritó el viejo rey, a lomos de su caballo, contemplando cómo su ejército se alejaba—. ¡Adelante hacia la victoria!

Lilla hizo girar a su caballo y se apartó. Erlan, llevado por la curiosidad, la imitó y se puso a su lado.

—¿Aún receláis?

Ella lo miró y Erlan pudo ver un mal presentimiento en sus ojos azul oscuro.

—A veces la derrota se parece a la victoria —dijo la princesa, arreando a su caballo.

—Entonces deberíamos rezar a los dioses por que esta no sea una de esas veces —repuso Erlan. Pero entonces recordó las extrañas palabras del Observador y una duda se abrió pasó en su mente.

¿Habría algún dios que atendiera a sus rezos?



La salud de Sviggarr no mejoró lo más mínimo durante el camino de vuelta a casa.

Cada día se veían obligados a avanzar más despacio, pues su necesidad de descansar iba en aumento, y Lilla insistía en que solo se pusieran en marcha cuando el rey se sintiera lo bastante fuerte como para sentarse a lomos de su caballo.

A media tarde del tercer día, la alegría por el regreso a casa había desaparecido por completo.

—Esto parece una jodida marcha funeraria —murmuró Kai, mientras cabalgaban. Una brisa suave agitaba las copas de los árboles—. No es para nada el desfile triunfal que había esperado.

—Conociendo tu capacidad imaginativa, no me sorprende.

—Debería haber ido con el grupo de Bodvar. No estoy herido como tú. Ya es hora de que humedezca mi espada.

—Cógela —le dijo Erlan, y le tiró un odre de agua. Kai la cogió al vuelo con la mano izquierda y soltó un gemido de dolor—. Mano de Lobo —se burló su amo.

—¡Baaah! El brazo con el que manejo la espada lo tengo en perfectas condiciones.

—Resévalo para una pelea justa. En ese agujero no ibas a tenerla. De todas maneras, hay mucho...

—Tiempo, sí, lo sé. ¡Eso es lo que todo el mundo no para de decirme! —Kai miró hacia atrás para echar un vistazo al rey, acompañado por su fiel Finn—. La palmaré como el viejo chivo antes de poder participar en una buena pelea. —Hizo una mueca y añadió—: ¡Eh, tengo una idea! Podría cargarme al rey de todo Sveäland ahora mismo. ¡Sería fácil! ¿Eso me haría rey? —Erlan dejó de intentar seguir la corriente de pensamiento de su amigo—. Esta sería la primera ley que dictaría: cada nuevo rey obtiene tres esposas. De hecho, haría que todas las mujeres hermosas luchasen entre sí para obtener semejante privilegio. —Sonrió para sus adentros—. Se me ocurren unas cuantas a las que no les importaría.

—¿No suele ser precisamente al revés?

—¿Los hombres luchando por mujeres? Oh, ya lo sé. ¡Pero estas no podrían resistirse! Con el buen rey Kai en el trono, dime tú qué belleza no querría compartir su lecho. —Su rostro se iluminó ante la idea.

Erlan respondió a su pregunta con un gesto en dirección a la princesa que cabalgaba tras ellos.

—¿Qué hay de nuestra querida doncella helada de ahí atrás?

—Mmm... Te diré una cosa: un rey ha de ser misericordioso. Ella podría ser un premio. Una recompensa para mi siervo más leal, el famoso conde del jodido Niflagard —dijo Kai, en tono pomposo—, y de cualquier otro apestoso agujero que quisiera conquistar. El noble señor Erlan, hijo de nadie, heredero de ningún lugar en particular. Ahí lo tienes, ¡qué generoso rey sería!

—Creo que me sentiría más a gusto compartiendo mi lecho con un bloque de hielo.

Los dos rompieron a reír a carcajadas.

—¿Qué es eso tan divertido? —preguntó una voz dulce a su espalda. Se giraron para ver cómo Lilla hacía avanzar su montura hasta situarse entre ambos.

—Las locuras de Kai no son dignas de vuestros oídos, princesa.

—A veces subyace una gran sabiduría oculta bajo la locura.

—En ese caso, Kai debe ser el hombre más sabio del reino.

Lilla se echó a reír y Erlan descubrió que su risa era un sonido muy hermoso, libre y fresco y lleno de vida. «Debería reírse más a menudo», pensó.

—Eh, no es tan gracioso —protestó Kai, mientras Lilla se esforzaba para recuperar el control sobre sí misma—. Ahora, si me disculpáis, milady, debo estar solo. —Realizó una reverencia burlona, dirigió su caballo hacia un lado y desmontó para desabrocharse el cinto.

—Un amigo es algo muy valioso —dijo Lilla, mientras ambos lo veían desaparecer con prisas entre los árboles.

—Así es. Deberíais probarlo vos misma. —La princesa se limitó a responder con una mueca—. ¿Cómo está vuestro padre?

—Más fuerte. Al menos en sus piernas. Su respiración aún es débil. A veces escupe sangre al toser. Pero la dosis que le di le está haciendo bien.

Erlan mostró su escepticismo.

—Bueno, le deseo una larga vida. —Lilla lo miró y examinó su rostro para comprobar si hablaba con sinceridad—. Lo digo en serio. Mi vida ahora está unida a la suya. —Erlan se volvió para mirar la figura postrada del rey. Tenía que admitir que, en aquel momento, el viejo parecía un protector bastante desangelado.

Lilla alzó la mirada hacia las copas de los árboles.

—Tengo miedo de lo que ocurra cuando él muera.

—Supongo que vuestro hermano se convertirá en rey y gobernará como hace vuestro padre.

—Puede que gobierne, pero no como mi padre. Un hijo no es su padre. Cuando los reyes mueren, los lazos de lealtad se ponen a prueba. Y los reinos caen con rapidez.

—¿Hay algún otro rey que desafíe a los sveärs?

—¡Muchos! —exclamó ella, incapaz de dar crédito a la ingenuidad de Erlan—. Siempre los hay. Pero los más celosos son parientes de sangre.

—¿Os referís al linaje de Diente de Guerra?

—¿Lo sabes? —Lilla sonó sorprendida.

—Algo he oído. Eso, y que vuestro padre estuvo a punto de cortarme la cabeza al creer que era uno de los soldados del rey Harald.

—Tienes suerte de que no lo hiciera.

—Y vos también la tenéis.

Lilla se pasó la lengua por los labios resecos.

—Supongo que sí —admitió, mirando a Erlan con cautela—. La envidia de los reyes es muy duradera y nunca se trata de un asunto simple de resolver. En la época de nuestros padres, no existía la paz que ahora gozamos. Mi abuelo fue un gran rey. Su poder se extendía más allá de Sveäland, hasta la marca de los daneses y las tierras de los godos del este y del oeste.

—¿Ivar Ancho Reino?

—Así es. Lo llamaban así porque reyes muy lejanos le pagaban tributos. Vivió una larga vida. Lo suficiente como para sobrevivir a su primera esposa, que le había dado una hija llamada Autha.

—La de la Mente Profunda.

—¿Ya conoces la historia?

—Parte, pero poco más.

—Casó a Autha con el rey Rorik de la marca de los daneses, y tuvieron un hijo llamado Harald. Más tarde Ivar tuvo otra... Mi abuela.

—Pero nunca se casaron.

Lilla alzó la mirada. Un nervio vibró, produciéndole un cosquilleo. Negó con la cabeza.

—Así que tanto el vino como el barro fluyen por vuestras reales venas —se burló Erlan.

—Te equivocas si crees que eso me preocupa —repuso Lilla, con los ojos fijos en él—. Excepto porque eso les da a otros idiotas motivos para calumniar el nombre de mi padre. Lo llaman el rey Bastardo, pero nunca nació un bastardo tan noble como él. Y por lo que respecta a mi abuela, era una mujer sin igual. Tenía más dignidad en su dedo meñique que la sangre de una docena de reyes y reinas.

—Entonces ¿por qué no se casó con ella?

—Por la simple razón de que era un tonto cabezota.

—Pero ella le dio un hijo. Vuestro padre.

—Sí. Y él le estaba agradecido por ello.

—¿Y de dónde surgió la mala sangre entre ellos?

Lilla frunció el ceño mientras relataba cómo Autha había exigido que su padre la nombrase heredera de su reino y única hija legítima. Ivar se enfadó y nombró heredero a Sviggarr, y además planeó asesinar al marido de Autha y apoderarse de la

marca de los daneses.

—¿Asesinó al esposo de su propia hija? —Lilla asintió—. No es de extrañar que ella le odiase.

—Hubo varias guerras. Primero en la marca de los daneses y luego al otro lado del mar del Este, en Estland y más allá. Harald, el hijo de Autha, obtuvo gran fama allí, como hizo mi propio padre. Pero el conflicto llegó a su final cuando Ivar murió de forma repentina. Se ahogó una noche al caer de su barco, pero nadie sabe cómo.

Después de eso, el joven Sviggar regresó a Sveäland para asegurar su trono, mientras Autha enviaba a Harald a la marca para tomar posesión de su herencia. Lilla dejó escapar un suspiro al llegar al final de la historia:

—Ahora Harald gobierna allí, sobre los daneses y los godos del este. Y mi padre mantuvo el gobierno sobre Sveäland y obtiene tributos de los godos del oeste.

Aquello era nuevo para Erlan. Había oído hablar de Diente de Guerra, por supuesto, pero nunca había sabido cómo había conseguido la corona danesa.

—Y ahora hay paz entre vuestros linajes.

—Por ahora, sí...

—¿Creéis que durará?

—No lo sé.

—¿Harald podría intentar aún apoderarse del reino de vuestro padre?

—Harald no es lo bastante fuerte para hacer eso. Y en cuanto a mi padre, hace tiempo que perdió el deseo de aniquilar el linaje de Autha.

—Así que la cuestión está equilibrada.

—Mientras mi padre viva. Y si mi hermano Staffen hubiera seguido con vida... Él entendía los límites del poder del reino. Oh, era un vanidoso, pero no era estúpido, ni estaba cegado por ideas de grandeza.

—¿Y Sigurd?

—Con él no sucede lo mismo. Siempre está hablando del «verdadero reino», el Ancho Reino de nuestro abuelo, en el que los daneses, los godos y los sveärs estaban todos bajo el mando de un mismo rey. Así es como él cree que debería ser el reino, y siempre está provocando a mi padre para que lo restaure.

—¿Y qué pensáis vos?

Lilla se rio, y, de nuevo, a Erlan le sobrecogió el sonido dulce de su risa.

—¡Vaya una pregunta!

—¿Por qué?

—Una cosa que aprendes al ser una chica en el palacio de un rey es que no debes expresar abiertamente tu opinión sobre reinos y guerras.

—¿Solo debéis susurrarlos a los oídos de los hombres por la noche? —dijo Erlan con una sonrisa—. ¿No es esa una de las cosas que las mujeres saben hacer bien? ¿Hacerle creer a un hombre que ha tenido una buena idea cuando en realidad ha sido la mujer quien se la ha sugerido?

—¿Desconfías de nosotras?

—De algunas.

—Bueno, por lo que a mí respecta, no debes tenerme miedo. —Sonrió Lilla—. Los reinos son ideas que surgen en la cabeza de hombres que ansían gloria. A mí no me interesan las ideas, sino la gente. Me preocupa mi pueblo y mi familia y aquellos a los que quiero. Si quisiera gloria, no tendría que buscar más allá de los bosques por los que paseo o de las primeras luces del amanecer.

—Los hombres mueren por la gloria. ¿Moriríais vos por aquellos a los que queréis?

La princesa meditó un instante y luego respondió:

—Sí... Sí, lo haría.

—¡Vaya un vendaval! —Ambos se giraron para ver a Finn sonriéndoles a lomos de su yegua gris. Era cierto: el silbido del viento por encima de sus cabezas no dejaba de aumentar de volumen—. ¿Cómo va el brazo? —le preguntó Finn a Erlan.

—Entumecido. Y sigue doliendo.

—Bueno, ¿y qué herida no duele? Pero ahora eres un hombre adulto, ¿eh? —Finn se inclinó y le arreó una palmada en la espalda—. Si no te está impidiendo divertir a nuestra hermosa princesa, yo no me preocuparía por ese brazo.

—Creo que jamás me he sentido menos hermosa que ahora —dijo Lilla, con recato.

—Y, sin embargo, más hermosa de lo que muchas mujeres serán jamás.

La princesa esbozó una sonrisa por toda respuesta.

—¿Qué hay de él? —inquirió Erlan, con un gesto de su barbilla hacia el rey—. ¿Estás preocupado por él?

—Siempre estoy preocupado por él —bromeó Finn—. Pero tienes razón. Dudo que pueda continuar mucho más esta tarde. Pronto no habrá luz.

—Da la impresión de que cada día recorreremos menos terreno —apuntó Erlan.

—Bueno, los días se van haciendo más cortos.

—Dentro de nada será el solsticio de invierno —comentó Lilla.

—Sí —contestó Finn—. Para entonces deberíamos estar bien abrigados en palacio, brindando para superar las largas noches y dándonos un buen banquete con un cerdo navideño. Por los dientes de Hel, no puedo recordar una sola noche en la que no haya soñado con volver a casa. ¡Si hay algo que mi esposa sabe hacer es mantener a un hombre caliente en la cama!

—Llegaremos pronto —dijo Lilla.

—No lo bastante para mí —repuso Finn, con una amplia sonrisa.

—Me sorprendes —dijo Erlan—. ¿No querías unirse a Bodvar y sus hombres?

—Supongo que hubo un tiempo en el que podría haberlo querido —admitió Finn, con tono alegre—. Pero un hombre no puede hacerlo todo. Y hace tiempo me di cuenta de que, si faltas a una batalla, por lo general encontrarás otra muy pronto. Además, una vez que sabes en qué consisten tus obligaciones y te aplicas a ellas, la vida resulta mucho más simple. La mía, para bien o para mal, consiste en estar junto a

él —sentenció, indicando con la cabeza a Sviggarr.

Daba la impresión de que Finn tenía todas las respuestas. Erlan se descubrió envidiando su mente ajena a las preocupaciones.

Por detrás de ellos, se oyó el estruendo de unos cascos aproximándose. Kai apareció al galope, pasó al lado del rey y tiró de las riendas al llegar hasta ellos, con los ojos abiertos por el susto.

—¿Qué diablos te ocurre? —le preguntó Erlan.

—Hay algo allí —dijo el chico, casi sin aliento.

—¿Dónde es allí? —le exigió Finn.

—Allí atrás —jadeó Kai, señalando la zona de penumbra que se cernía en la retaguardia—. He oído algo moviéndose. ¡Lo juro!

—No hay nada en este maldito territorio salvaje.

—¡Sé que he oído algo!

—Probablemente fuera un zorro de la nieve.

—No lo era —insistió Kai—. Era algo mucho más grande.

—¡Ja! —bufó Finn—. Bueno, no hace falta ponerse nervioso. Somos una docena de hombres armados. Ninguna bestia querrá enfrentarse a nosotros. De todos modos, fuera lo que fuera lo que oíste, es probable que ya se haya asustado al ver tu trasero desnudo. —Pero Kai no pareció quedarse tranquilo. Finn soltó una risotada y le dio un empujón—. ¡Esa cara! Yo era igual que tú antes. En esta época del año mi madre nos advertía que no nos sorprendiera a la intemperie una noche invernal como esta. Solía asustarme con sus historias de la Cacería Salvaje. ¿Habéis oído hablar de ella?

—Puede —dijo Erlan—, ¿te refieres a la Cacería de Odín?

Finn asintió, con una sonrisa.

—Sí, algunos la llaman así. Mi madre nos decía a los niños que si alguna vez oíamos el sonido atronador de unos cascos y unos aullidos terribles, y alaridos en las copas de los árboles, debíamos tirarnos de bruces al suelo y cerrar los ojos bien fuerte. Porque si a alguien se le ocurría levantar la mirada, llevado por la curiosidad de saber la causa del estruendo, le arrancarían su alma, y sería el mismísimo Dios Supremo, Odín, quien se la arrebataría, cabalgando a la cabeza de la cacería, con sus doncellas y sus héroes sedientos de sangre siguiéndole, todos aullando como perros enloquecidos. Y ese pobre desgraciado caería muerto al instante y al día siguiente lo encontrarían tieso como un palo. —Finn le dedicó un guiño a Kai—. Estaréis de acuerdo con que no es una perspectiva muy halagüeña. Una vez le gastamos una broma a mi hermano pequeño y lo asustamos hasta tal punto que se cagó en los calzones. Mi madre nos dio una zurra que nunca podré olvidar. ¡Por los dioses, era una mujer muy dura! —exclamó, y rompió a reír a carcajadas.

Erlan había oído historias como aquella, sentado en las rodillas de Tolla junto a alguna de las chimeneas de Vendlagard. Sintió una punzada de nostalgia. Echó de menos sus olores y las voces conocidas. «Nunca volveré», se recordó a sí mismo.

«Nunca es mucho tiempo...».

Kai no parecía mucho más contento que Erlan. Pero antes de que pudiera responder, el viento arreció con fuerza, golpeando los pinos y agitando las ramas hasta que no quedó en ellas ni un copo de nieve.

Una tormenta parecía desatarse sobre ellos, y Erlan vio que Finn se disponía a decir algo cuando, de forma súbita, el sonido del viento cesó por completo. Una quietud total...

La quietud de una tumba.

Todos intercambiaron miradas de inquietud. Y entonces, el silencio quedó roto por un gañido, débil al principio, pero luego más y más alto, hasta convertirse en un ruido estridente que perforó el cielo.

—¿Qué diablos es eso? —murmuró Kai.

Por respuesta, desde algún punto de la penumbra algo comenzó a ladrar... y luego otro ladrido contestó al primero, mucho más tenue.

—¿Habéis oído eso? —le preguntó Kai, con los ojos bien abiertos.

—No estamos sordos —dijo Erlan.

—Uno de ellos está cerca —dijo Finn, cogiendo su arco—. Ese otro está más lejos.

—¿Es un lobo o un perro? —inquirió Lilla.

—En esta zona es más probable que se trate de un lobo —dijo Finn—. Pero ese otro sonido... —Hizo una mueca, y el gañido continuó resonando en las alturas.

—Deberíamos buscar un terreno elevado —sugirió Erlan—. Y rápido. Necesitamos fuego.

La última luz del día se extinguiría pronto y no tenían ninguna antorcha encendida. A poca distancia a su derecha se divisaba el perfil de una elevación en el terreno.

—¡Allí! —señaló Finn. Más arriba, la ladera formaba una loma en cuya cima Erlan pudo distinguir un claro entre los árboles y varios peñascos dentados.

—Dirijámonos a aquellas rocas.

—¡Mi padre! —exclamó Lilla, girándose—. Debo ir con él.

Pero Finn ya estaba en marcha:

—Yo me quedaré con él, milady. No temáis. Id con Erlan. Os seguiremos.

Las órdenes se transmitieron a gritos por toda la compañía, y uno tras otro siguieron a Erlan ladera arriba. Bajo los cascos de sus caballos se oyó el crujido de las ramas caídas y la nieve mientras ascendían al galope.

—Ve delante —le dijo Erlan a Kai—. Enciende una hoguera tan rápido como puedas. —Kai asintió y arreó a su montura—. ¡Una hoguera grande! —le gritó Erlan—. Id con él, princesa.

—¿Y tú? —preguntó Lilla.

—Iré justo detrás de vos. ¡En marcha!

Lilla hizo lo que le decían, y Erlan se volvió para mirar hacia atrás. Solo podía distinguir a los demás jinetes, y al grupo de hombres y caballos que rodeaban al rey.

Había una docena de ellos, además de Kai y él mismo, para proteger al rey y a su hija. Intentó contarlos, sombra a sombra, pero los árboles los ocultaban y la penumbra confundía sus siluetas.

Los ladridos habían cesado. Tal vez los lobos, o perros salvajes o lo que quisiera que fueran, se habían marchado. Pero era mejor ser precavido. Un jinete pasó a su lado, y al poco lo siguió otro. Reconoció en ellos a los hermanos Beran y Jovard.

Se había girado para ir tras ellos cuando un grito terrorífico quebró la noche. Erlan sintió cómo su caballo se estremecía debajo de él.

«¿Era eso la voz de un hombre?». El sonido se repitió una y otra vez. Chillidos horribles puntuados de gemidos implorantes que transmitían una sola cosa: una agonía indescriptible.

—Mierda —murmuró Erlan, hincando los talones en los costados de su montura para dirigirse colina arriba. Delante de él, las sombras de los peñascos sobresalían del bosque, y al poco pasó por un hueco entre dos de ellos y alcanzó la cima de la loma.

Vio a Kai a pie, tirando al suelo un montón de ramas sobre una pila ya considerablemente grande de leños. «El chico trabaja rápido». No había duda de ello. A un lado, Lilla sujetaba los caballos. Erlan desmontó de un salto.

—Encendamos el fuego, Kai. —Trataba de mantener la calma en su voz, pero no se sentiría tranquilo hasta que las llamas prendieran.

—¿Qué era ese ruido? ¿Qué está pasando? —Incluso en la penumbra, el rostro de Kai se veía pálido a causa del miedo.

—Hazlo rápido, chico.

Kai obedeció; se puso de rodillas y se concentró en su pedernal. Las chispas brillaron como estrellas en la oscuridad.

Llegaron otros jinetes por la misma abertura por la que lo había hecho Erlan, y por fin aparecieron Finn y el rey. Los hombres que ya habían desmontado ayudaron al rey.

—Aseguraos de que todos estén aquí —ordenó Sviggar, con la voz convertida en un zumbido oxidado.

Los gritos ya no se oían. Tampoco los gemidos. Daba la impresión de que el bosque entero aguantaba la respiración.

—Falta Sellvar —anunció Finn—. Cuento trece aparte del rey y la princesa. ¿Tú? Erlan paseó la mirada por el grupo.

—Sí, lo mismo. ¿Le viste?

—No.

—Estaba en la retaguardia —dijo Jovard, el más joven de los dos hermanos—. Le oí mientras nos seguía.

Lo que estaba claro era que ya no estaba allí. Donde quiera que estuviese, Erlan imaginó que su aspecto no sería nada agradable.

Uno de los otros soltó una maldición. Lilla preguntó qué era lo que estaba ocurriendo.



—Todavía no lo sabemos. Pero deberíamos asegurar este lugar. —Erlan examinó el círculo que formaba la cima. A medida que la hoguera ardía con mayor fuerza, las sombras a su alrededor se volvían más negras, pero las llamas al menos mostraban el terreno en el que se hallaban. Estaban dentro de una especie de recinto formado por dos inmensos peñascos que brotaban del suelo como guirnaldas de granito en torno a la cumbre de la colina—. ¿Es este el único camino para llegar hasta aquí? —inquirió, señalando el hueco por el que ellos habían entrado.

—Hay otra abertura en el lado norte —contestó Kai, que había estado recorriendo la zona en busca de madera para el fuego.

Erlan avanzó cojeando hacia aquel lado y vislumbró el segundo hueco, quizá de unos seis metros de ancho. El que estaba en el lado sur no tendría más de cuatro metros en total. En el interior del perímetro delimitado por los peñascos el terreno se elevaba un poco más y terminaba en una plataforma escarpada de granito con tres precipicios a los lados.

—Sea lo que sea lo que suba por la colina, tenemos que frenarlo en el círculo de rocas. Si nos superan, retrocederemos hacia la plataforma de granito. Finn, encárgate de la abertura que da al norte.

Finn soltó una carcajada sarcástica.

—Gracias por eso, amigo.

—Llévate a seis hombres contigo.

Finn nombró a Gakki, Jovard, Falger, Manulf, Dani... y Kai. Los hombres comenzaron a separarse.

—Si hay alguna lucha que librar, la libraré junto a mi hermano —dijo Jovard.

—De acuerdo —repuso Erlan—. Beran, ve con ellos. Dani, tú te quedas conmigo. —Danel, el pastor lapón, un hombre con cara de perro de ojos pequeños y brillantes que podía acertarle a un cuervo volando tanto con un cuchillo como con una flecha, asintió—. Nos ocuparemos de la abertura sur junto con Vakur y los demás.

Un tipo fornido envuelto en cuero se colocó el hacha al hombro; los demás se dividieron según lo acordado y fueron a ocupar sus puestos.

El rey estaba sentado en una postura incómoda sobre una de las rocas que asomaba del suelo.

—Milord, permaneced cerca del fuego. Lady Lilla, quedaos junto a él.

—¿Sabes? —le dijo Finn a Erlan, mientras se rascaba la barbilla—. El rey me hizo realizar un juramento de que no me apartaría de su lado.

—La mejor forma que tienes de protegerle es asegurarte de que nada entre por esa abertura —contestó Erlan, señalando la amenazadora oscuridad que se cernía al norte de su posición.

—No, no —protestó Sviggarr—. No me quedaré aquí sin hacer nada. —Sin embargo, su aspecto era muy demacrado—. Necesitáis que luche junto a vosotros.

—Todavía no sabemos lo que necesitamos, milord. Puede que solo haga falta vigilar durante toda la noche, nada más. Por ahora, deberíais descansar junto a la

hoguera.

Con un gruñido, el rey acabó por aceptar y volvió a sentarse.

—¿Y los caballos? —preguntó Lilla.

Erlan pensó en ellos. «Sí, ¿qué diablos podemos hacer con ellos?». Tanto animal podía ser un problema serio si se producía una lucha. Y lo más seguro era que supusieran un problema mayor para los que se defendían que para los que atacaban desde la oscuridad. Cerca de la plataforma de granito había un par de árboles jóvenes esforzándose por abrirse hueco.

—Atadlos a esos árboles.

Lilla miró a donde le señalaba y asintió, comprendiendo. Fue hacia los caballos, pero se detuvo y miró atrás. Erlan se dio cuenta de que ambos habían pensado lo mismo.

—Erlan, si se trata de los Vandrung... No son como los otros.

—Lo sé. —Erlan le sostuvo la mirada a la princesa durante un momento y luego la apartó—. Vigílad a vuestro padre.

—Ten cuidado —oyó que le decía Lilla.

«¿Que tenga cuidado?». Eso era lo único que no iba a poder hacer esa noche.

—¿Veis algo? —preguntó al ocupar su puesto en la abertura sur. La silueta agazapada de Dani escrutaba la oscuridad, con el arco dispuesto sobre sus rodillas.

—No. —El lapón escupió en la nieve—. Todo negro, eso es lo único que veo.

—Sigue vigilando.

Erlan desenganchó su escudo de su espalda y desenvainó a *Cólera*. Contempló el brillo apagado de la hoja. *Azote del demonio*. «Buen nombre para una espada —pensó—. Si llego a utilizarla». La herida de su brazo hacía parecer que el escudo pesaba más de lo normal, pero apretó los dientes e ignoró el dolor. Ya habría tiempo de que cicatrizase si salían con vida de allí.

Se agachó al lado de Dani. Más allá no podía ver nada aparte de las altas sombras de los árboles y la palidez de la nieve adherida a sus ramas. A su alrededor, los otros se disponían también para montar guardia.

—Va a ser una noche muy larga —murmuró Vakur. El tipo parecía casi cubierto de acero: sostenía un hacha enorme en su mano, una espada a la espalda y una lanza apoyada contra la roca.

—De todos modos, ¿quién iba a poder dormir con este frío? —replicó Dani.

De repente, se oyó un grito en el lado norte.

—¡Los veo! ¡Los veo!

Era la voz de Kai.

Erlan miró al frente.

—Preparaos —susurró, apretando su empuñadura.

Y entonces la oscuridad cobró vida.

En un momento la noche era un mar de negrura, y al siguiente las sombras se habían juntado para formar docenas de figuras salvajes. Se oyó un grito, agudo y áspero, que fue respondido por otro, y luego otro, hasta que el bosque se convirtió en un estruendo de chillidos inhumanos.

Al lado de Erlan, Dani colocó una flecha en su arco y dejó otro puñado en la nieve.

—¿Dónde diablos están vuestros arcos, chicos? —preguntó, justo antes de disparar por primera vez.

—¡Demasiado pronto! —siseó Erlan al ver que la flecha caía sin acertar su objetivo.

—Vaya unos bastardos, ¿eh? —gruñó Vakur, levantando su escudo.

—Y rápidos —dijo otro, llamado Foldurr.

Así que aquellos eran los Vandrung. La descendencia bastarda de la semilla del demonio. Erlan podía verlos ahora, con su pelo mugriento, espadas toscas y ennegrecidas, extremidades enormes y musculosas, vestidos tan solo con tela de arpillera.

Un enemigo muy diferente a los pálidos Nefelung.

Dani cogió una segunda flecha y la disparó. Esta dio en el blanco, acertando de pleno a un Vandrung en el cuello. Por el norte, Erlan oyó los alaridos y gritos de guerra del otro grupo. Las voces aumentaron de volumen cuando la primera oleada del ataque se aproximó a la cima de la colina.

—¡Seguid disparando! —Otro cayó y, por encima del cuerpo saltó el Vandrung que parecía liderar a los suyos, con un chillido salvaje. Erlan se frotó la pierna mala y aferró el escudo.

—Te veré en el Valhalla para compartir un barril de la cerveza de Odín. —Se rio Vakur, y en ese momento los Vandrung llegaron hasta ellos.

Hubo un chillido y un estruendo de metal. Erlan levantó su escudo y notó cómo el golpe se propagaba por la madera y también por sus huesos. Movié el escudo hacia un lado y arremetió contra el rostro de la criatura, y sintió que *Cólera* rebanaba carne. El Vandrung cayó, agonizando, pero al momento había otro detrás.

Vakur gritaba como un buey, arremetiendo con su hacha contra los atacantes, cada

vez más numerosos. Erlan percibía el olor a carne putrefacta. Lanzó su escudo hacia delante y golpeó con su borde la cara de un Vandrung. Otro saltó a la abertura entre las rocas; Erlan pateó con fuerza y hundió su bota en el pecho de otro Vandrung.

Las voces de los sveärs se oían por todas partes. Erlan oyó el chasquido del arco de Dani y su grito de triunfo al ver que otro Vandrung caía desplomado. El estruendo era ensordecedor, todo gruñidos y alaridos, choque de metales y golpes en la madera de los escudos. Erlan golpeó a una sombra con ojos despiadados que escupía sangre, vislumbró un destello de acero y se lanzó contra la pared de granito justo a tiempo de esquivar la cuchillada. Una punzada de dolor le recorrió el brazo con el que sostenía el escudo. Se giró, golpeó la espada del otro y empujó al Vandrung con el escudo, apartándolo de sí.

Dani estaba allí, con la cara transformada en una máscara salvaje, rebanándole el cuello a un Vandrung. Pero antes de que tuviera tiempo a girarse, ya había otro atacándolo. Erlan trató de advertirle, pero su compañero recibió el golpe enemigo. Dani gritó mientras el acero negro le cortaba las piernas. Cayó de rodillas. El Vandrung alzó su espada para rematarlo, pero Vakur se lo impidió con su hacha. El brazo del enemigo cayó a la nieve con un chorro de sangre.

Había más, adentrándose por la abertura. Dani se arrastraba por el suelo, tratando de apartarse a un lado. Erlan arrojó su escudo, cogió a su compañero y lo arrastró por encima de los cadáveres de dos Vandrung. El lapón no dejaba de balbucear maldiciones.

—¡Vienen más, cuidado! —gritó.

Erlan ya los había visto. Cogió una lanza y se abalanzó sobre ellos. Delante de él había una maraña de cuerpos, rostros salvajes, brazos y piernas. Golpeó con la espada el hierro de los Vandrung y luego atacó con la lanza.

La punta se hundió en la carne. Erlan gritó y giró la lanza, pero algo le arrebató el mango y un cuerpo cayó sobre él, arrojándolo al suelo. Su visión se volvió borrosa y un fuerte zumbido se le metió en los oídos. A través de ese zumbido pudo distinguir los gruñidos de la criatura que tenía encima. Erlan golpeó violentamente la nariz del Vandrung y su rival se echó hacia atrás. Pudo ver su espada de hoja basta y corta, y el odio en sus ojos, y, de pronto, se sintió cansado.

«Agotado».

Sintió que el suelo se estremecía con un trueno y le pareció extraño.

La espada del otro se movía hacia él, de arriba abajo. Erlan levantó su brazo herido, no tenía otra cosa con la que detener el golpe. Oyó entonces un golpe ensordecedor, vio una lluvia repentina de nieve, una sombra sobrevolándole y tragándose al Vandrung.

El trueno lo envolvía por completo.

Permaneció tumbado, aturdido, preguntándose por qué no estaba muerto.

Entonces cayó en la cuenta de que el trueno era producido por los cascos de decenas de caballos.

Gakki estaba muerto, con la cabeza abierta en dos.

Manulf estaba muriéndose, con las tripas derramadas en la nieve.

El rostro de Jovard era una máscara de dolor, pringada de sangre. Y en el exterior de la abertura estaban los cadáveres de al menos una docena de «ellos».

«Los Vandrung...». Eran horrendos hijos de perra. Pero eso no había evitado que Finn matase a un montón de ellos.

—Está claro que sabes cómo utilizar eso —dijo Kai, indicando el arco de Finn.

—No es mi primera vez —repuso Finn, con una sonrisa triste—. Aunque podría ser la última.

Kai respiraba con dificultad. No sabía por qué los Vandrung no habían continuado con su ataque, pero se alegraba enormemente por ello.

—¿Dónde se han ido?

Finn se colocó una trenza detrás de la oreja, con gesto cansado. Pese al frío, estaba sudando.

—Supongo que no muy lejos. No hay duda de que van a volver.

—No sobreviviremos a esta noche —dijo Beran, con voz queda. Estaba encorvado, limpiando su hacha y con la mirada fija en la oscuridad.

Finn le dio una palmada de ánimo en el hombro.

—Pero no te importará que lo intente, ¿verdad?

—El cuerno está medio lleno, hermano —dijo Jovard, con su rostro ensangrentado presentando un aspecto horrible en la penumbra—. ¡Siempre has sido un bastardo pesimista!

Kai se estaba lamentando de haber deseado poder participar en una batalla de verdad. Lo había imaginado como algo diferente, con él como héroe triunfal. En lugar de eso, se había descubierto temblando de auténtico pavor, desde el principio hasta el final.

Al menos no había echado a correr. Eso era una gran hazaña. Aunque lo cierto era que no había lugar hacia el que correr.

Había sido una enloquecida tempestad de gritos y alaridos, empujones y mandobles y solo los dioses sabían qué más. Para cuando el primer Vandrung había alcanzado la abertura, ya había otros siete muertos por flechas de Finn. Pero los demás habían llegado con rapidez, y eso había dado lugar a unos combates cuerpo a cuerpo de tal magnitud que ni siquiera en sus peores pesadillas los había visto igual.

Manulf dejó escapar una serie de gemidos.

—Pobre desgraciado —murmuró Beran—. Alguien debería poner fin a su sufrimiento.

—¿Vas a hacerlo tú? —le preguntó su hermano, con tono irritado.

Pero Beran se limitó a aferrar el hacha con más fuerza.

No supondría una gran diferencia. Manulf no gemiría durante mucho más tiempo. A Kai no le caía bien aquel tipo, pero jamás le había deseado un fin tan horrible. No

tenía claro por qué él mismo no se hallaba en aquel estado. Su espada estaba ensangrentada y el brazo izquierdo le dolía muchísimo, así que estaba seguro de que había recibido algunos golpes. Pero sería incapaz de relatar con exactitud qué era lo que había pasado. Solo que, cuando las criaturas se retiraron, él seguía en pie. Seguía respirando.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó a Finn.

—Esperamos.

Había temido que esa fuera la respuesta. No le atraía la idea de permanecer toda la noche sentado con aquel frío gélido, mientras un miedo nauseabundo se abría paso en sus entrañas. Preferiría que aquel asunto llegase de una vez a su fin. Excepto porque solo parecía haber un final posible, y tenía que admitir... que no resultaba muy tentador.

Observó a Finn mientras este contaba sus flechas y maldecía.

—¿Qué ocurre?

Finn refunfuñó con amargura y contestó:

—Un par de ataques más como ese y tendré que disparar bolas de nieve.

—¿Nadie tiene más flechas?

—Solo Danel, que está allí, con tu amo. —Hizo un guiño y añadió—: Es curiosa la suerte. Nunca hay suficientes arqueros cuando los necesitas.

—¿Voy a pedirle unas cuantas? —Al menos así tendría algo que hacer. Cualquier cosa mejor que aquella terrible espera.

—Imagino que las necesita tanto como nosotros. A menos que esté muerto. —Finn se giró para mirar hacia el exterior a través de la abertura y volvió a maldecir—. Debe haber unas quince flechas ahí fuera. —Esbozó una sonrisa amarga—. Ya no nos sirven de nada.

Kai siguió su mirada. Solo podía distinguir la forma del cadáver de un Vandrung a poca distancia ladera abajo, con una flecha sobresaliendo de su pecho.

—¿Cuántas te quedan?

—Una docena.

Kai soltó un gruñido. Una docena no serviría de mucho si volvían a atacarles. En las sombras todo estaba tranquilo. No se oían gañidos, ni tampoco el viento. Nada. Y, mientras miraba la flecha más cercana, en su cabeza surgió una idea loca. Tragó saliva.

—Iré a por ellas.

—¿Qué?

—Saldré ahí fuera y te traeré esa. Toma, sostén esto.

Le dio su escudo a Finn, clavó la espada en la nieve y, antes de que Finn pudiera decir una palabra, se alejó saltando sobre los cuerpos a través de la abertura. Oyó a su espalda los susurros de Finn, pero optó por ignorarlos. Era extraño, pero se sentía mejor estando ocupado. Se asomó por el borde del hueco y se detuvo, olisqueando el aire como si fuera un zorro. Percibió el olor de los pinos. Y de la sangre.

Escrutó los árboles en busca de alguna señal de peligro. El enemigo tenía que estar allí. Pero, si lo estaba, no se movía en absoluto. El cadáver más próximo se hallaba a solo unos pasos. Burlonamente cerca.

Se agazapó. Sin duda, el fuego alumbraba su silueta como a plena luz del día, pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Enseguida llegó junto al cadáver.

Se puso de rodillas y agarró la flecha, medio hundida en el pecho del Vandrung. El músculo estaba duro como un roble. Pero de la herida aún manaba sangre. Kai tiró, pero la flecha no parecía querer salir. Tiró con más fuerza y de repente el tejido cedió y la flecha salió con un ruido de succión.

Poco le faltó para gritar de júbilo. Una flecha suponía una pequeña victoria, pero algo era algo. Miró hacia atrás, listo para escurrirse hacia la seguridad de la cima, pero entonces su ojo distinguió otra figura unos pocos pasos más abajo. Otra flecha en otro bulto inmóvil.

«Uno más no me hará daño...».

Titubeó, atento al más pequeño sonido, y como no oyó nada, se deslizó hacia delante. Un momento después ya tenía su segundo premio. Sonrió. Con la puntería de Finn, cada flecha significaba un enemigo menos. Volvió a aguzar el oído. Nada.

«Bien, amigo mío. Ahora es cuando te ganas el pan».

Un rato más tarde extrajo la sexta flecha del cuello de un Vandrung. Fue una tarea horrorosa. Tenía las manos pegajosas a causa de la sangre, pero prácticamente las había recuperado todas. Había soltado un par de maldiciones al encontrar dos flechas rotas, pero la suerte le había sonreído: había conseguido otras dos en el mismo árbol.

Echó un vistazo hacia atrás. Estaba quizás a unos veinte pasos de la abertura. Una buena carrera, ahora que pensaba en ello. Pero el último cadáver solo quedaba a otros seis metros, tirado en una pequeña hondonada.

«La última». Y las tendría todas.

Cuando llegó hasta allí, se llevó una sorpresa al ver que sus piernas se hundían en la nieve amontonada. Dejó las flechas a un lado y se concentró en liberar la última. Se hallaba bien alojada en el costado de la criatura, entre las costillas. Tiró y giró la muñeca, retorció y volvió a tirar, pero la flecha estaba bien incrustada.

Sin embargo, no estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente. El hedor del cuerpo resultaba sobrecogedor, pero se las ingenió para montarse encima para poder tirar con más fuerza. Se disponía a dar otro tirón cuando oyó un ruido que le paralizó el corazón.

Un rugido bajo, en algún punto entre los árboles, tan chirriante que sonó como una sierra.

Primero pensó en un buey, aunque uno que sonaba muy infeliz y, seguramente, muy perdido. Fuera lo que fuera, Kai necesitaba salir de allí. Tiró otra vez, sin conseguir ningún avance.

Oyó otro bramido. Esta vez con un crujido de madera y un golpe pesado. Miró ladera abajo y distinguió una sombra moviéndose con torpeza en la arboleda.

—¡Kai! —gritó Finn.

De nuevo sonó el bramido, más enfurecido esta vez.

—¡Kai! ¡Vuelve aquí!

—¡Solo un segundo! —gritó Kai en respuesta, tirando todavía con más fuerza y maldiciendo la flecha por su obstinación.

—¡Déjalo!

En esta ocasión fue un rugido, y, durante un momento, la sombra se apartó de los árboles que la rodeaban.

«¡Qué diablos!».

Un oso. El oso más enorme con el que jamás había soñado. Y avanzaba hacia él.

De pronto, había también otras sombras brotando de la oscuridad.

—Hora de largarse —dijo con un último tirón. De golpe, la flecha quedó libre, y la fuerza que había empleado lo lanzó de espaldas a la nieve—. ¡Siete! —gritó, y al tiempo pudo oír los gruñidos y gritos de los Vandrung por encima de los bramidos del oso, mientras él tanteaba el suelo para recoger su premio. Entonces, más alto que todos los demás sonidos, sonaron los aullidos de los lobos.

—Tiene que ser una broma. —Gimió Kai. Pero conocía aquel sonido mejor que ningún otro.

—¡Kai! —chilló Finn, mientras el chico trataba de liberar las piernas—. ¡Vuelve aquí! ¡Se te vienen encima!

—¡No me digas! —Por fin tocó suelo sólido, salió de la hondonada en un abrir y cerrar de ojos, cogió el montón de flechas y echó a correr.

No miró atrás, no debía mirar atrás. Pero podía oírlos, acercándose, el estruendo de sus pisadas, como si fueran mucho más veloces que él. Solo quedaban treinta zancadas, y ya oía a su espalda la respiración jadeante de un Vandrung.

Cuando quedaban veinte zancadas pudo distinguir los rostros de Finn y sus compañeros. En su mano, las flechas entrechocaban unas con otras. Quince zancadas por delante y el jadeo ronco que le perseguía le retumbaba en los oídos. Diez zancadas y ya no pudo resistirlo más. Miró hacia atrás y vio la amenazadora sombra a punto de darle alcance, con un boca cruel abierta y su espada negra cortando el aire. Cerró los ojos, consciente de que su momento había llegado.

Algo pasó rozando su mejilla, el aire emitió un chasquido, se oyó un gruñido y las pisadas que lo seguían cesaron de pronto.

La mitad de los caballos se habían marchado.

Pero también la mitad de los hombres estaban muertos.

Lilla había escuchado el primer ataque, el choque del acero y el hierro, el estruendo de gritos de los soldados sveärs mezclados con los alaridos bestiales de los Vandrung. Nunca se había sentido tan impotente ante algo que no podía comprender. Si aquellas eran las criaturas que se habían separado del grupo que la había llevado a



las grutas de Niflagard, su número había aumentado. O, tal vez, su aturdimiento había sido peor de lo que había creído.

Había docenas de ellas. Su mirada había cambiado de dirección frenéticamente, de norte a sur, mientras trataba de relatar a su padre todo cuanto ocurría. Al principio había estado convencida de que el grupo de la abertura norte cedería, al ver cómo la multitud de Vandrung se lanzaba hacia allí, pero fue el otro grupo, el del hueco sur, el que había estado a punto de caer. La princesa vio caer a un hombre, luego a otro, y luego a aquellas horribles criaturas adentrándose en la brecha.

Su instinto le había impulsado a correr y participar en la lucha con su lanza, pero entonces su mirada había caído sobre la manada de caballos que tiraban de sus ataduras con nerviosismo. Sin pensárselo dos veces, desató a los animales, y mediante gritos y palmadas los había dirigido hacia la abertura sur.

Los animales habían retrocedido asustados y se habían lanzado al galope contra los Vandrung, lanzándolos por los aires como si fueran hojas otoñales. Fue suficiente para recuperar la ventaja, y lo siguiente que supo fue que los Vandrung daban marcha atrás, dejando a sus compañeros muertos y moribundos a merced de los hombres de su padre.

Había visto a Erlan poniéndose en pie y se había sorprendido por el alivio que la había invadido. Pero el alivio no iba a durar mucho esa noche.

¿Habían pasado horas? ¿O solo unos momentos? No sería capaz de decirlo. El tiempo se desangraba, igual que los cuerpos. La noche era más oscura que nunca. Pero, de repente, el bosque se transformó en un estruendo terrible y las criaturas reaparecieron, y los gritos de los hombres que protegían el hueco norte sonaron más desesperados que nunca.

—¿Qué ves? —le gritó su padre, mirando hacia el norte, con los puños apoyados en las rodillas.

—Vienen más, padre. Nuestros hombres están muy presionados.

Lo cierto era que apenas podía ver una maraña de cuerpos y sombras. A un lado, Finn disparaba flecha tras flecha con un ritmo frenético. Los otros, aquellos que aún estaban vivos, golpeaban a los Vandrung con mandobles desesperados, aunque Lilla pudo distinguir a uno de los guerreros ensartado en el suelo. Otro dio muerte al Vandrung responsable, pero el grupo no se podía permitir perder a ningún miembro más.

Los labios de la princesa se movían con rapidez febril, pero incluso ella dudaba de que la magia pudiera salvarlos.

Entonces se oyó un grito de advertencia, la deshilachada fila de guerreros se retiró hacia un lado y un oso se coló por la abertura.

Su enorme cuerpo hizo que los hombres que había junto a él parecieran enanos; su bramido, que dejó a la vista sus colmillos como dagas, sobrecogió a la princesa. El oso giró sobre sí mismo, arrancándole a uno de los soldados el escudo de la mano y lanzándolo por los aires. En un instante, el animal se abalanzó sobre él. Lilla vio

como la cabeza de la fiera se movía y, al alzarse, se llevaba entre los dientes la garganta del hombre. Luego el oso lo apartó con sus pezuñas, y el soldado cayó como una muñeca inerte.

Su padre se había puesto en pie.

—Debo luchar.

—Padre, no. Es demasiado peligroso. —Intentó obligarlo a sentarse de nuevo sobre la roca, pero el rey había recuperado algo de fuerzas—. ¡Tú debes sobrevivir!

—Algunas muertes ofrecen la única forma de vida —repuso el viejo, acariciando el rostro de su hija. A continuación desenvainó el *Azote de Bjarne*, la espada de su padre y del linaje de los reyes sveär—. Debo ir. —Y mientras él se erguía, con su espada en alto y el rostro endurecido como una piedra, Lilla distinguió en él al joven rey guerrero que había sido en otra época. La visión le impidió hablar.

«Tal vez este sea su destino». ¿Quién era ella para apartarlo de su destino?

Sviggar levantó su escudo y se lanzó por la cuesta tan rápido como la edad y la fiebre se lo permitieron. Lilla miró en dirección sur. Erlan y sus hombres resistían a duras penas, golpeando a uno y otro lado como si fueran leñadores. Pero su grupo era reducido y cada vez menguaba más. La princesa se preguntó qué podía hacer, y luego, con una mueca, cogió su lanza.

Si iba a morir allí, lo haría con su propia sangre. Se abalanzó tras los pasos de su padre.

Por delante de ella, el grito de guerra del rey Sviggar se alzó feroz por encima del estruendo de la batalla. El oso se giró hacia él al percibir una nueva amenaza. Finn hizo lo mismo al oír la voz de su señor, pero no tuvo tiempo de protestar. Lilla le vio disparar una última flecha y empuñar después la espada.

El oso se lanzó hacia su padre, con el hocico manchado de sangre y los ojos tan amenazantes como el invierno. El rey se irguió por completo y le gritó en la cara al animal.

Era una auténtica locura. «Pero, al fin y al cabo, ¿qué otra cosa nos queda aparte de la locura?».

Al oso se le erizó el lomo. Abrió sus fauces y rugió. Sin embargo, su padre permaneció impávido y atacó con el *Azote de Bjarne* la enorme cabeza del oso. El animal la esquivó y contraatacó. El escudo de Sviggar recibió el golpe y el impactó lo lanzó a lo lejos hasta caer boca arriba sobre la nieve.

—¡Padre! —gritó Lilla, temiendo que el oso le arrancase también la garganta, pero Finn ya estaba allí y clavó la punta de su espada en el costado de la bestia. El oso retrocedió para golpear a Finn y arrojarlo contra una roca. Otro guerrero saltó hacia delante: Beran. Su rostro reflejaba su temor al hacer frente a la bestia. Movié la espada con gestos feroces y acertó al animal; se oyó entonces un terrible ruido y las largas garras del oso golpearon al hombre en la cabeza.

Beran cayó hacia atrás, tapándose la cara con ambas manos, herido de muerte. Pero había salvado a su rey, aunque solo fuera durante un instante: Sviggar volvía a

estar en pie. Lilla continuaba estando a espaldas del oso, y sentía que la lanza pesaba en su mano como si fuera plomo. Su padre alzó el escudo, empuñando la espada. Finn gritaba, esforzándose por volver a la lucha.

Aterrorizada, Lilla se acercó un poco más, tanto que pudo percibir el olor agrio del pellejo del animal. El oso se alzó sobre sus patas traseras y su padre avanzó, con el rostro encendido como el amanecer. Lilla inhaló con fuerza y hundió la lanza en el costado de la bestia.

El animal rugió, se retorció en agonía, arrancándole el mango de la lanza de las manos. Sus enormes caderas giraron hacia ella. Lilla trató de retroceder, con la mirada borrosa, pero la nieve entorpeció su avance. Tropezó y cayó, y oyó el grito de su padre mientras el animal se lanzaba sobre ella.

Y de repente se produjo un golpe tremendo y la princesa sintió que la cabeza le estallaba de dolor, y ya no vio más que oscuridad.

—¡A lo alto de la colina! —gritó Erlan—. ¡Retroceded! —No quedaba nadie que pudiera oírle aparte de Vakur.

El fornido guerrero respondió con un grito que Erlan interpretó como de asentimiento. Los demás yacían entre los cadáveres de los Vandrung. Los ojos muertos de Dani miraban fijamente desde su rostro, carente por completo de color. De la garganta de Foldurr manaba un chorro de sangre que manchaba la nieve.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Erlan otra vez. Todos sus músculos ardían por el agotamiento. Hundió a *Cólera* en el vientre de un Vandrung que hostigaba a Vakur.

Vakur gritó algo y echó a correr colina arriba.

Fueran cuales fueran sus opciones de victoria en la cima, serían mejores que las que tenían allí. Después de eso... «un lisiado no podía correr».

Con el Vandrung que yacía a sus pies agonizando, tenía unos segundos de ventaja. Empezó a correr, con el tobillo doliéndole más que nunca. Vakur ya se hallaba a medio camino de la cima. Delante de él, Erlan vio una silueta inmensa en la nieve. Al lado de ella estaba el rey, gritando como un hombre que hubiera perdido el juicio y la expresión de su rostro contraída por la sed de sangre, la fiebre y el miedo.

Erlan comprendió de pronto que la silueta era la de un oso gigantesco. La punta de una espada sobresalía de su columna vertebral, y de su costado lo hacía el mango de una lanza. Sviggarr sacó la espada, y sin mirar otra vez al animal, corrió hacia otro bulto más pequeño que yacía junto a él.

—¡Erlan! ¡Estás vivo! —Erlan se giró y vio a Kai, casi irreconocible, con su túnica convertida en el delantal de un carnicero y una mueca de tensión en la cara.

—Ve a la cima —le gritó—. ¡Todos, ahora!

—Ayúdame —chilló el rey. Dejó caer su escudo y empezó a palpar el bulto tirado en la nieve. Finn estaba a su lado.

—¡Milord, debemos irnos ya! —gritó Erlan—. ¡Vienen por la abertura sur!

—¡Mi hija, mi hija!

Y entonces Erlan vio a Lilla allí tirada. Tenía los ojos cerrados y el cabello revuelto sobre la nieve. Sviggarr tiraba de ella. Ladeó el cuerpo y Erlan distinguió un hilillo de sangre oscura surcando su rostro.

—Ayúdame. —Gimió Sviggarr.

—Está muerta, sire —le gritó Finn—. Por favor, debemos retirarnos.

—¡No! —El rey aún trataba de coger a su hija en brazos.

Erlan comprendió que no iba a dejarla, ya estuviera viva o muerta. Envainó su espada y se postró de rodillas.

—Cógela por las piernas —le chilló a Finn.

El arquero soltó un juramento, arrojó su escudo y cogió a la princesa por las piernas.

—¡Vamos, ahora!

Erlan no necesitó oírlo dos veces. Vakur ya había rebasado la hondonada y estaba en lo alto de la plataforma de piedra, urgiéndoles para que se movieran más rápido. Jovard estaba vivo, haciendo esfuerzos por liberarse del montón de cuerpos caídos. Kai corría justo delante de él.

Erlan llegó a la hondonada. Al mirar hacia atrás pudo ver a los que le seguían: el rey, con el rostro contraído por la angustia; Kai, a una docena de pasos más atrás; y luego Jovard. Algo se deslizó sobre las rocas que se alzaban a un lado. Miró hacia allí y vio dos sombras que se adentraban en el recinto.

—¡Lobos! —gritó—. ¡Kai! —No había nada que pudiera hacer. Solo ver cómo el chico se giraba para hacerles frente, acompañado por Jovard.

Oyó a Kai riendo enloquecido:

—¿Creéis que podéis conmigo ahora que tengo una de estas? —chilló el chico, blandiendo su espada. El primer lobo no paró su avance, sino que saltó al suelo y se lanzó directo hacia Kai. Pero lo que sucedió entonces sorprendió incluso a Erlan. El lobo se lanzó hacia el cuello de Kai, pero con total frialdad, el chico se hizo a un lado y golpeó con su espada. Se oyó un gáñido y el lobo cayó inerte, con la cabeza cortada en dos.

Jovard se encontraba ante el segundo lobo, pero este, al ver el destino que su compañero había corrido, se decidió a no atacar.

—Déjalo —le gritó Erlan al alcanzar la cima.

—Déjala en el suelo —dijo Finn, y ambos dejaron a la princesa con suavidad sobre las rocas. El arquero preparó su arco en un segundo.

Jovard se alejaba del lobo, mientras Kai le gritaba para que se moviera más rápido. El lobo se lanzó hacia ellos. Jovard sujetó su escudo y echó hacia atrás el brazo para golpear con el hacha. El lobo saltó. Una sombra oscura se movió por el aire, y al punto cayó a los pies de los dos hombres, sin vida. Una flecha le atravesaba la garganta.

—Buen disparo —masculló Erlan.

—Simple suerte, supongo. —Sonrió Finn.

—Creo que nos vendría bien algo más de esa suerte.

El rey estaba inclinado sobre la princesa, buscando señales de vida, pero sin hallar ninguna. Erlan echó un vistazo al recinto delimitado por los peñascos. Ya estaban entrando los primeros Vandrung por ambas aberturas, la del norte y la del sur. Pero no corrían. Pasaban por encima de los cadáveres con una sensación de inexorabilidad que resultaba mucho más amenazadora, como una marea negra. Los sveärs habían matado a docenas de ellos, y, no obstante, quedaban varias docenas más.

—Ya vienen —se limitó a decir cuando Kai llegó jadeando y sin escudo, con Jovard apoyado contra él.

El rey pasó un dedo por el perfil del rostro de su hija y luego se incorporó.

—Este es un buen lugar para morir —dijo el viejo, con tono grave—. Llega un momento en el que un hombre ha de mirar a la muerte a la cara y darle la bienvenida.

Nadie dijo nada. Erlan miró a Kai. El chico le devolvió la mirada, pero el miedo parecía haber desaparecido de su rostro. Solo se le veía agotado, y mucho más viejo de lo que era.

—No —dijo Erlan—. No vamos a morir hoy.

Finn esbozaba una sonrisa lánguida.

—Es triste decirlo, pero el rey tiene razón. Podemos llevarnos a unos cuantos de esos hermosos bastardos con nosotros, pero no tenemos más esperanza que la recompensa de Odín. Parece que después de todo ha venido a por nosotros.

—¡No! —volvió a negar Erlan—. Vamos a vivir. —Y ahora, por encima de todo lo demás, sabía que quería vivir.

Kai asintió con una mueca de determinación en la boca.

—Siempre pensé que erais un par de locos. —Se rio Finn—. Ahora lo sé.

—Preparaos —gritó Sviggarr—. Todos moriréis con honor y con la bendición del Dios de la Lanza.

«¿Y de qué nos serviría eso?», se preguntó Erlan. El fuego ardía con poca intensidad y la oscuridad engullía la claridad. No sabría decir por qué, pero en su memoria apareció el crepúsculo que había presenciado desde la atalaya, sobre aquel paisaje agreste cubierto de nieve. La belleza de aquel lugar solitario en el que el silencio reinaba como un dios.

Tal vez el silencio podría ser su dios. «Un dios que no habla no puede mentir». Un dios silencioso.

Contempló cómo los Vandrung rodeaban la cima de la colina y cómo el círculo de sombras monstruosas se iban cerrando en torno a ellos.

Quizás el dios silencioso les ayudase ahora.

*Ella conoce esa silueta. El sol es una luz trémula a través de las hojas otoñales. Ella le grita para que le espere. Que ya va. Él se gira.*

—¡Staffen!

*Pero él le da la espalda al oír su nombre y avanza entre los árboles. Ella ahora echa a correr. Apresurándose hacia él. Más cerca. Ya casi lo alcanza. Su corazón se llena de la emoción de volver a coger la mano de su hermano. De volver a oír su voz.*

*Pero cuando casi puede tocarlo, él se detiene. Se gira. Niega con la cabeza.*

—Vuelve. —*Su boca forma las palabras, pero no hay sonido alguno.*

*Su corazón se rompe.*

*Los labios vuelven a moverse:*

—Vuelve.

*Ella no comprende.*

—¿Qué debo hacer? —pregunta.

*Él no dice nada. Solo se lleva el cuerno a los labios y lo hace sonar...*

Los ojos de Lilla se abrieron de golpe. La oscuridad era más intensa que antes, el amanecer aún quedaba lejos. Tenía el cuerpo frío, pero su corazón ardía.

Se incorporó hasta quedar sentada. Había varios hombres rodeándola. Guerreros cuyos rostros apenas resultaban visibles, duros como ídolos. Lilla volvió a mirarlos y su mente comenzó a reconocerlos. «Ese es Finn. Ese otro, Kai. Ese de ahí, el forastero».

La noche estaba llena de gritos. Pero no eran aquellos hombres los que gritaban. Ellos aguardaban en silencio. A su alrededor, los gritos se aproximaban. Vio a su padre. Vio su espada ensangrentada, y en su cinto, su cuerno.

De repente, su voluntad se concentró en algo, aguda y directa como una flecha.

Se puso de rodillas. Alguien chilló. Su padre se giró. La expresión de su rostro cambió. Caminó hacia ella y extendió sus brazos, pero ella apartó su mano, fija su mirada en el cuerno.

Lo cogió y lo arrancó de su cinto.

—¿Qué haces? —le oyó preguntar. Pero Lilla no le contestó. Se llevó la boquilla de metal a los labios y emitió una nota que quebró la noche.

Al oír el sonido, todos se giraron hacia ella. Pero Lilla volvió a soplar el cuerno, una y otra vez, y otra, con tanta fuerza que sus pulmones estaban a punto de explotar. Hasta que al fin fue incapaz de continuar.

Durante un breve instante, los alaridos de los Vandrung cesaron. Y en el silencio, ahogada por el bosque y la nieve, se oyó una respuesta.

Otro cuerno, largo, grave y constante. Y luego otro.

Los hombres que la rodeaban permanecían inmóviles como estatuas, aguzando los oídos. De repente, Erlan le arrebató el cuerno de la mano, se lo llevó a los labios y lo hizo sonar con tal fuerza que parecía estar convocando al verano.

Entonces la oscuridad se transformó en cantos de cuernos que sonaban cada vez más cercanos, y con ellos se alzaron gritos y el estruendo de cascos de caballos al

galope. En el bosque, más allá del círculo de rocas, parecía bailar el fuego. Erlan continuó haciendo sonar el cuerno, y dio la impresión de que nunca iba a parar. Los gritos de los Vandrung se apagaron.

—¡La Cacería de Odín! —chilló Finn, con una risotada.

Y, de pronto, por las aberturas de las rocas aparecieron jinetes que portaban antorchas y acero. Los Vandrung se estremecieron y comenzaron a retroceder. Pero no había escapatoria. Pues no dejaban de llegar más y más jinetes, ansiosos de sangre y muerte.

El amanecer surgió tenue y gris.

Y reveló un panorama desolador.

Erlan avanzó cojeando detrás del rey, entre los cadáveres que cubrían la cima de la colina. Había un par de hogueras encendidas, una para los sveärs muertos, otra para los Vandrung, y el aire hedía a su olor dulzón y nauseabundo. Uno tras otro, cada cuerpo era arrastrado a la pira. Pero el cadáver del oso permanecía allí donde había caído. Era tan extraño que resultaba indescriptible. Un cuerpo de extremidades retorcidas y grueso pelaje, pero su cabeza había sufrido un cambio.

El rey y sus ayudantes se detuvieron ante él. Erlan había visto muchas cosas capaces de revolverle el estómago, pero ninguna tan rara como aquella cabeza humana malformada brotando de los hombros de un oso. O de una criatura que en algún momento había sido un oso.

—Los lobos también eran cambiaformas —dijo Finn, pasándose el dorso de la mano por la boca—. Parece que el príncipe Staffen ha sido vengado.

—Así es —corroboró Sviggar—. Tiene que haber sido vengado. —El rey se volvió hacia el cadáver de un Vandrung y le giró la cabeza con la bota—. Mirad cómo los hombres se transforman en aquello que veneran.

Erlan lo veía. Era cierto que en aquellos rasgos sin vida se percibía una crueldad que jamás había visto en ningún otro rostro, pero ¿era a causa de la veneración o de la semilla del demonio? Frunció el ceño. ¿Qué importaba, siempre y cuando acabase en la pira junto a los demás?

«Todo esto debe arder».

La ayuda que habían recibido no había sido por parte de la Cacería de Odín, sino de los maltrechos restos de los dos batallones de Bodvar, que regresaban de las cavernas de Niflagard. Su furia había sido insaciable: no habían parado hasta que el último de los Vandrung fue aniquilado.

Ahora la mañana había llegado, y en cuanto todos los cadáveres fueron arrojados al fuego, el rey reunió a sus hombres de confianza.

—La suerte te trajo de vuelta a nosotros, Bodvar.

—Suerte para algunos, milord. Pero no para todos. —La mejilla del conde era una molleja en carne viva. Muchos de sus hombres tenían heridas mucho peores. Muchos



otros ni siquiera habían regresado con vida.

—¿Heidrek está muerto?

—No cuando me separé de él, aunque había sufrido varias heridas. Nos viene siguiendo, junto con los heridos.

El rey había recuperado parte de sus fuerzas. La tos todavía resonaba en su pecho, pero la fiebre parecía haber menguado.

—Cuéntenos qué os ocurrió.

Bodvar respiró hondo antes de hablar:

—Vos y vuestro pueblo habéis sido vengados, sire.

Todos se sentaron para escuchar el relato de Bodvar. Comenzó por narrar cómo habían llegado hasta la cascada de hielo y poco había faltado para que se confundieran.

—¿Dónde está ese chico tuyo? —le preguntó el conde a Erlan.

—Allí arriba —respondió Erlan, señalando la cima—, curando la herida que la princesa tiene en la cabeza.

—Bien —gruñó Bodvar—, ese chico selló ese lugar mejor que la entropierna de una virgen. —Les había llevado un día y una noche preparar una hoguera lo suficientemente grande como para que derritiera el hielo.

Luego, uno a uno, se habían adentrado en la caverna y habían descendido a aquel agujero putrefacto. Más de uno había vomitado, aumentando el hedor que se hacía más y más intenso a cada paso. Cuando, según creía Bodvar, todavía estaban a cierta distancia de los pozos que Erlan les había descrito, encontraron un cuerpo. Las antorchas les mostraron heridas horribles y una pierna casi amputada por completo.

—Daba la impresión de que se había arrastrado hasta allí desde las profundidades y luego había muerto.

—¿Era como estos? —quiso saber el rey.

Bodvar negó con la cabeza.

—Más pequeño que estos. Más parecido a un hombre. Examinamos el cuerpo. Su piel era pálida como la nieve. Estaba sucio, cubierto de llagas y furúnculos. Pero tenía rasgos humanos.

—Un Nefelung —dijo Erlan.

—Tú sabes cómo se llaman a sí mismos, forastero. Yo solo digo lo que vimos. Lo creáis o no, la visión nos animó. Si esas criaturas tenían cuerpo de hombre, podían morir como mueren los hombres.

Habían seguido bajando y habían encontrado más y más cuerpos, tanto de hombres como de mujeres. Todos estaban desfigurados por heridas terribles y yacían en charcos de sangre. Y cuando se acercaron al gran abismo de los pozos oyeron ruidos, lejanos al principio, que luego se transformaron en gritos y chillidos, y en el entrecuchar del hierro.

—Envié a dos hombres a explorar. Regresaron enseguida diciendo que, aunque la luz era escasa, los sonidos eran evidentes: se estaba librando una batalla. —Bodvar

ordenó a sus hombres que se adentrasen en el abismo y se encontraron en medio de una terrible carnicería—. Cientos de los pequeños Nefelung se habían alzado contra las criaturas como estas de aquí —explicó el conde.

—Los Vandrung.

—Si tú lo dices.

Erlan se preguntó qué había ocurrido tras su huida junto a Lilla y solo pudo imaginar que los esclavos Nefelung se habían rebelado por fin contra sus opresores.

—Los pozos se habían convertido en un revoltijo de cuerpos que luchaban entre sí, despedazándose —continuó Bodvar—. Algunos de los Nefelung tenían armas, pero la mayoría luchaba con las manos. Pero superaban a los otros en número. Aun así, estaban recibiendo un gran castigo por parte de sus rivales. No esperamos a ver quién vencía. —Bodvar mandó a sus hombres atacar. Muchos sveärs murieron, pero al final sus fuerzas comenzaron a hacerse notar. Limpiaron cada uno de los pozos hasta que no quedó ningún Nefelung ni ningún Vandrung con vida. Y después continuaron descendiendo para asegurarse de que hasta el último de ellos era aniquilado.

—¿Encontrasteis más? —preguntó el rey.

—A ninguno con vida. Pero las nornas os habían sonreído, milord. Encontramos una cámara llena de oro.

—¿Oro? —preguntó Finn.

—Te gusta como suena, ¿eh, chico? —dijo Bodvar con una risotada—. Sí, tal cantidad de oro que no cabría ni en tus sueños.

—No conocéis mis sueños, lord Bodvar. —Se rio Finn—. Son un lugar en el que hay cabida para maravillas sin fin.

—Sin duda. Pero el oro es muy real. Cada uno de mis hombres cogió todo el que pudo cargar. Es todo vuestro, sire, puesto que luchamos por vos. —Hizo un gesto por encima del hombro—. Nos sigue cargado en los caballos, con Heidrek y sus hombres. Pero os he traído esto como muestra.

Sacó de su manto un grueso collar dorado y se lo tendió a Sviggarr, que lo recogió y lo examinó. Las grandes esferas de oro que había en cada uno de sus extremos brillaron a la débil luz de la mañana.

—Pesa bastante —exclamó, con el resplandor amarillento del collar iluminando su barba—. Y es... maravilloso.

—El mejor de todos cuanto había, sire —dijo Bodvar—. Lo demás lo trae Heidrek.

—¿Qué más encontrasteis?

—Muchas cosas, pero todo repugnante. Erlan y la princesa Aslif tenían razón. Era mejor dejarlo allí abajo. Y ahora ninguno de ellos supone ya un problema para vuestro reino.

—¿Encontrasteis un cuerpo enorme? —inquirió Erlan—. ¿El cuerpo de un hombre que parecía un gigante?

—Vimos muchas cosas extrañas. Pero eso no.

—¿Tampoco una cabeza? Una cabeza del tamaño de una gran roca. —Erlan no pudo disimular la urgencia que había en su voz. Tenían que haberlo visto. Tenía que estar allí.

—Ni rastro.

Erlan se sumió en un silencio sombrío. «¿Acaso había perdido el juicio?». Levantó la mirada hacia el lugar donde Kai atendía a la princesa. «No, ella también lo vio». Ambos habían compartido aquellas horribles visiones. Aquellas pesadillas. Había sido real, real como las negras trazas de pellejo que hinchaban la bolsa de su cinturón. Esa era toda la prueba que necesitaba.

—¿A cuántos hombres perdisteis? —quiso saber el rey.

—Cuando regresamos a la superficie nos faltaban setenta y cuatro.

—Setenta y cuatro —repitió Sviggar, meneando su cabeza—. ¿De dos batallones? Es un peaje muy alto.

—¿No deberíamos alegrarnos por ellos, sire? —intervino Finn—. Ya están sentados junto a los héroes.

—Está claro que te gustaría cambiarte por cualquiera de ellos —le dijo Bodvar.

—Tenlo por seguro. —Se rio Finn—. ¿Tú no?

Bodvar hizo una mueca sarcástica, pero fue el rey quien respondió:

—Los honraremos, como debe ser. —Luego Sviggar soltó una carcajada y le dio una palmada a Bodvar en la espalda—. Lo has hecho bien, mi querido conde. ¡Realmente bien! —De pronto, un ataque de tos ahogó su voz y Finn se aprestó a ayudarlo a sostenerse en pie—. Estoy bien, muchacho. —Se giró y escupió hacia un lado—. Mucho mejor. —En la nieve quedó una mancha carmesí—. Esperaremos aquí a Heidrek. Enviad jinetes en su busca.

—Ya se ha hecho —dijo Bodvar.

—¡Excelente! —rugió el rey—. En cuanto llegue, volveremos a casa. Llevo demasiado tiempo fuera de mi lecho. Sí, ¡y también de lo que me aguarda en él!

No tuvieron que esperar mucho. Esa misma tarde, Heidrek y los rezagados llegaron a la colina. A la mañana siguiente, toda la compañía se puso en marcha hacia palacio. En el plazo de dos días dejaron atrás las silenciosas tierras de los lagos y bosques y se adentraron en los campos y cultivos de los condes occidentales.

A dos noches de distancia de palacio, incluso pudieron dormir bajo techo, lo que ayudó a mejorar aún más la salud del rey. Y para el último día de viaje, Sviggar se encontraba muy animado.

En el cielo brillaba el sol invernal. El aire era frío y la escarcha decoraba las ramas y los tallos de las plantas.

Erlan cabalgaba a poca distancia por detrás del rey. Kai iba a su lado. Durante aquellos últimos días el chico había estado algo distraído. Erlan había observado a

menudo cómo sus ojos azules se perdían en la lejanía, con la mirada vacía, y cómo sus labios se movían sin decir nada. Cuando le preguntaba por lo que le ocurría, Kai se limitaba a sonreír con picardía y decir:

—Oh, no es nada.

Cuando el palacio de Sviggar surgió a lo lejos, aligeraron el paso. El viejo rey se abrió paso hasta que quedó al frente de su maltrecho ejército, con aspecto más hidalgo que el de cualquier otro rey sveär anterior. Varios cuernos anunciaron su llegada y poco después el camino se llenó de una multitud que daba la bienvenida a su rey.

Pero a medida que se acercaban al Bosque Sagrado, el rey tiró con brusquedad de las riendas, redujo la marcha hasta un mero trote y luego detuvo su montura.

Toda la compañía se detuvo junto a él y Erlan vio enseguida lo que había hecho que Sviggar se parase.

Allí, colgando a la intemperie de cada una de las nueve ramas del roble sagrado, estaban los cuerpos de nueve mujeres jóvenes, vestidas con ropa blanca que había quedado tiesa a causa de la helada. Estaban descalzas, con los dedos encogidos. La escarcha se había posado en sus rostros y había formado cristales que centelleaban en sus cejas y pestañas, y en sus mejillas. Sus párpados estaban cerrados, como si solo ocultasen pálidas visiones de un sueño tranquilo y pacífico. Todas ellas eran hermosas.

—¿Quién ha ordenado esto? —La voz de Sviggar sonó cortante como el acero—. ¿QUIÉN HA ORDENADO ESTO? —gritó. Pero nadie respondió.

De pronto se oyó un llanto de desesperación. Finn saltó de su caballo y se adentró corriendo en el bosque.

Erlan lo miró hasta que varias figuras que en ese momento aparecieron en la entrada del palacio atrajeron su atención. Reconoció entre ellas al príncipe Sigurd, y junto a él a su ayudante, Vargalf. Otros dos hombres los seguían. Sigurd levantó el brazo para saludarles.

—Saludos, padre. Y mi hermana, también. Qué feliz...

—¿Qué es esto? —aulló Sviggar, señalando los nueve cadáveres.

Sigurd pareció no comprender a qué se refería.

—Es un sacrificio de sangre. Ya lo sabes, padre.

—Sé lo que es. Pero ¿por qué? ¿Quién lo ha ordenado?

—Yo —empezó Sigurd, con un leve titubeo—. Me dejaste al mando.

—Te dije que protegieras mi palacio, ¡no que asesinases a mi gente!

—Estuviste demasiado tiempo fuera. No enviaste ningún mensaje —protestó Sigurd—. No sabíamos si estabas en peligro. O si volverías alguna vez, o si ya estabas muerto. —No se detectaba en su voz el menor arrepentimiento—. Hicimos lo que estaba en nuestra mano para asegurar tu victoria.

—¡Idiota! —exclamó Sviggar—. Nos fuimos para evitar que se derramase más sangre, y tú has añadido aquí otras nueve víctimas.

—Lo consulté con la reina.

—¿La reina? —explotó Sviggar—. Te dejé a ti a cargo. ¡No a ella!

—Sin embargo, las runas dijeron que esto debía hacerse —dijo una voz mimosa detrás de ellos. Erlan se giró junto con el resto del séquito de Sviggar para ver a la reina Saldas.

Iba cubierta con la piel brillante del más blanco de los zorros invernales. Su melena colgaba suelta, brillante como el azabache, con una simple cinta plateada en la cabeza, y los ojos fijos en su esposo.

—Saldas. —El nombre pareció atragantarse en la garganta de Sviggar.

—Bienvenido a casa, mi señor esposo. —Saldas hizo una reverencia y percibió las miradas de todos los hombres presentes—. Este sacrificio de sangre se realizó para tu beneficio.

La mirada de rabia del viejo rey era dura como el pedernal.

—¿Acaso no ordené antes de mi partida que no debía haber nada de...?

—¿Acaso no habéis tenido éxito? —le interrumpió la reina, sin que su mirada vacilase.

El rey soltó un gruñido. Titubeó. Y con esa pequeña pausa, Erlan supo que alguien había ganado y alguien había perdido.

—Esta vez las nornas tejieron la victoria para nosotros, sí.

—¿Las nornas? —La voz de Saldas sonó cargada de burla—. Fue gracias al Dios Supremo, cuyo favor nosotros obtuvimos para vos. Vuestra victoria es la prueba. —La boca de la reina esbozó una sonrisa seductora—. Así que, decidme, milord, ¿de qué os quejáis?

El rey le dirigió una mirada feroz, mientras la rabia se traslucía en su rostro. Luego se giró para mirar hacia el bosque.

—Estoy cansado de muerte —murmuró—. Y de estos dioses que nunca se sacian. —Se volvió hacia Sigurd—. Bajadlas de inmediato.

—Como deseéis.

Sviggar alzó la voz para que todos pudieran oírle:

—Esta noche, mis buenos camaradas, debéis descansar. Que vuestras heridas sean bien atendidas. Y mañana celebraremos un banquete que será recordado. Mi hija me ha sido devuelta y nuestro reino ha eliminado las sombras que se cernían sobre él. ¡Debemos celebrarlo!

Cuando terminó de hablar, puso su caballo al galope y su séquito le siguió.

Pero Erlan no podía apartar los ojos del círculo que formaban las mujeres muertas. Recordó otro grupo de mujeres. Atadas. Asesinadas. ¿Y para qué? Solo una respuesta parecía tener sentido. «Porque este mundo está roto». Sintió una profunda náusea.

—Erlan. —Se giró al reconocer la suave voz de Lilla. Ella dejó que su caballo avanzase y dirigió un gesto al roble sagrado y sus lúgubres adornos—. Nos salvamos el uno al otro de la oscuridad de las profundidades de la tierra —dijo con una sonrisa

triste asomando en sus labios—. ¿Quién nos salvará de la oscuridad que llevamos dentro? —Se alejó sin esperar su respuesta.

—Es una lástima. —Erlan bajó la mirada y vio a Kai contemplando a través de su sucia pelambreira a las mujeres, que colgaban como fantasmas—. Sí, una verdadera lástima.

—¿Conocías a alguna de ellas?

—A todas —repuso Kai—. Este lugar va a ser mucho menos hermoso sin ellas —añadió, con un gesto de profunda tristeza.

—Bueno, tendrás que conformarte con echarlas de menos... O con olvidarte de ellas.

—Sí, yo puedo olvidar —dijo Kai—. Pero él no lo hará.

Junto al roble sagrado, Finn estaba bajo una de las mujeres, con los brazos estirados para sujetar sus pies congelados. Estaba inmóvil. Calmado. Sin que la rabia se apoderase de él. En su cara no se distinguía la cólera, más allá de una arruga en la frente. Se limitaba a mirarla, como si estuviera hechizado, pues su esposa había sido verdaderamente hermosa. Erlan contempló las nubecillas de vapor que producía el aliento de Finn. Y justo antes de arrear a su caballo, vio que un rayo de sol centelleaba en la mejilla del arquero y caía al suelo.

Erlan decidió que nunca podría ser un rey.

No si un rey tenía que dar discursos tan largos como aquel.

Sviggarr debía estar cansándose allí arriba, parloteando sin parar, pensó. No tenía la menor duda, a juzgar por el cansancio que él mismo sentía. Se sentía rígido como un poste y en carne viva como un buey despellejado.

«Tal vez así deben ser las cosas: cuanto mayor es el banquete, más largo debe ser el discurso».

Y no podía ponerse en duda que aquel era un gran banquete.

De las vigas colgaban banderolas con bestias astadas y hombres con cuernos bailando entre hilos dorados y escarlatas. A lo largo de las paredes había escudos de bordes brillantes que despedían destellos hacia todos los rincones del salón. Jirones de humo escapaban desde calderas bruñidas a través de las grietas del tejado hacia las estrellas, girando como lunas sobre las llamas de las hogueras.

Cuando Sviggarr se puso en pie, interrumpió el alboroto. Aquellos sveärs no necesitaban que nadie les dijera cómo montar una fiesta. En un abrir y cerrar de ojos, los rostros de los hombres y mujeres se habían enrojecido por efecto del vino dulce y la cerveza. Los cuernos y los vasos se llenaban y vaciaban, volvían a llenarse y volvían a vaciarse. El lugar resplandecía con sonrisas, inundado de los olores del cuero encerado, perfumes del sur mezclados con los de cerdos y pollos asados, remolacha con miel y panes recién hechos, quesos y pasteles de cebada, pescado ahumado y requesón dulce.

El ruido era sobrecogedor. Quinientas personas hablando a la vez, gritos groseros, chillidos burlones, carcajadas estridentes, comentarios subidos de tono, risitas. Perros ladrando, tintineo de cubiertos, choques de puños y criadas abriéndose paso entre el tumulto como navíos en una tempestad para mantener la fiesta en marcha.

De algún modo, Sviggarr había silenciado todo aquello. Todos estaban atentos al rey, aunque Erlan tenía la impresión de que ya estaba a punto de agotar su paciencia. Su aspecto era espléndido, con su peculiar imagen de nobleza tosca, envejecido pero imponiendo aún respeto, con el collar dorado brillando en su cuello.

No dejó de mencionar ningún nombre, todo hombre caído, ya fuera caballero, soldado raso o conde, fue honrado, tal y como había prometido. Y con cada nombre,

se producía una ovación que daba un leve descanso a la multitud de su forzado silencio. Sviggar había arrastrado a Bodvar a la tarima y todos habían brindado por él. Por último, le llegó el turno a Erlan. El rey le había concedido un honor especial, sentándolo a su derecha, al lado de su hija. Sviggar se extendió en los servicios que Erlan le había prestado, y mientras lo hacía, Erlan permanecía allí en pie evitando las miradas de los asistentes.

A pesar de su incomodidad, la multitud había estado a punto de hacer que el techo se viniera abajo con sus ebrios rugidos de admiración, provocando que Erlan se sintiera agradecido cuando por fin pudo volver a sentarse.

Ahora Sviggar estaba asegurando a sus súbditos lo afortunados que eran:

—Nuestros mercados prosperan. Nuestros campos y rebaños florecen. Cuando llegue la primavera nuestros puertos se abrirán y seremos aún más ricos. ¡Tenemos paz! Paz con el heredero de Autha. Recibimos tributos de los normandos y de los godos del oeste. —Bajó la mirada hacia donde Saldas estaba sentada, con Sigurd junto a ella—. Veo a un heredero enérgico y a una bella reina. ¿Ha habido alguna vez un rey tan bendecido por los dioses? —Le dirigió una sonrisa a su reina. Ella se la devolvió fugazmente y luego desvió la mirada con una muestra de frío desinterés. La sonrisa desapareció de la cara del rey y se giró hacia la multitud—: ¡Que la fiesta retumbe esta noche! —gritó, y una estruendosa ovación surgió de los bancos—. ¡Por el Dios de la Guerra, que nos ha concedido la victoria una vez más!

—¡Por el Dios de la Guerra! —repetieron todos. Varios puños golpearon la mesa, y el banquete se reanudó con renovado fervor.

Cuando Sviggar estaba sentándose, Sigurd se hizo oír por encima del estrépito:

—Te equivocas con respecto al heredero de Autha, padre. Diente de Guerra no ha perdido su sed de lucha. Y sus hijos menos aún. Su avaricia los traerá hasta aquí. Solo están esperando el momento adecuado.

—¡Por los dioses, cómo te gusta repetir lo mismo una y otra vez! ¿Por qué no puedes simplemente disfrutar de la paz?

—No podemos confiar en Diente de Guerra.

Bodvar, que estaba sentado cerca, respondió por el rey:

—A menudo un hombre joven mira a otros hombres y se asusta de lo que ve en sí mismo.

—Muy cierto, conde. —Se rio Sviggar—. Sigurd, te dejaré un reino poderoso. Alégrate por ello. No deberías ser tan rápido viendo engaños por todas partes. Si no confías en nadie, nadie confiará en ti. Un reino se basa en la confianza.

—Un reino se basa en el poder —replicó Sigurd.

—No voy a discutir contigo sobre cómo debe gobernar un rey. La balanza está equilibrada. El linaje de Autha y el mío pueden vivir en paz.

—Te deshonoras a ti mismo, padre. No puedes amar al mismo tiempo la paz y el honor. Diente de Guerra lo sabe. Por eso vendrá.

—Harald y yo hemos obtenido suficiente fama para asegurarnos nuestros asientos



en el Valhalla cuando llegue el momento. Ninguno de los dos tenemos ya necesidad de demostrar nada.

—Como juzgues, déjalo estar. —El tono que empleaba Sigurd era cortante—. Pero cuando tú ya no estés, no hay duda de que habrá guerra. Una manada de lobos se está reuniendo en nuestras fronteras.

—¿Lobos?

—He oído que los hijos de Harald están convocando a guerreros. Ringast ha acogido al campeón de Friesland, Ubbi. Grepí y Gamli han vuelto desde las costas inglesas. Otros están de camino. ¿Por qué otra razón iban a reunirse todos esos alimentadores de cuervos? ¡No es para saciar su sed con la cerveza de Ringast!

—Pues está muy buena —afirmó Bodvar—. Eso dicen.

—Si un rey fuera a la guerra cada vez que un señor invitase a otro a un banquete, agotaría enseguida sus fondos —dijo Sviggar—. Además, los hombres pueden estar unidos tanto por la espada como por un juramento. Hay formas tan seguras de conseguir la paz como la guerra.

—Un juramento puede romperse. Ata a un hombre con la espada, y no volverá a causarte problemas.

—¡Ja! ¡Si eso fuera cierto! —Se rio su padre. Sviggar se echó hacia atrás y contempló a su hijo—. Entonces, osado hijo mío, ¿qué te gustaría que hiciera?

—Que organices un ejército. Ataca a Harald antes de que él esté listo.

Las carcajadas de Sviggar retumbaron por toda la mesa.

—¿Qué es lo que quieres en realidad? ¿Llevarte a una chica danesa a la cama? ¿El oro de Diente de Guerra? ¿Otro sacrificio de sangre? ¡Vamos, dímelo!

—Solo pienso en la gloria de los sveärs, y en el destino de tu reino.

—Sí, es mi reino. Haces bien en recordarlo. Tal vez el tiempo que has ocupado mi trono se te ha subido a la cabeza.

Sigurd frunció el ceño y apartó la mirada.

—¿Qué piensas tú, Bodvar?

Antes de responder, el conde se rascó la barba.

—Quizá sería buena idea enviar a Sigurd a Ringast para que lo vea por sí mismo. —Sigurd pareció sorprenderse y se irguió en su asiento. Pero Bodvar añadió—: Da la impresión de que su lugar está allí, entre las doncellas de Dannerborg, embelesándose con Ubbi y aquellas otras.

—¡Ja! —Se rio Sviggar—. ¡No es mala idea!

La voz de Sigurd sonó gélida ahora, mientras en sus labios se formaba una feroz sonrisa:

—No olvidaré vuestra burla, conde. Esa fue una de las primeras lecciones que aprendí de mi padre: la memoria de un rey es la medida de su sabiduría. Os daréis cuenta de que soy bastante sabio.

Pero el rostro de Bodvar desapareció tras su jarra, con los ojos un tanto borrosos por efecto de la bebida. Erlan se preguntó si, de haber estado sobrio, se habría

lanzado a hacer aquella burla. Sigurd se concentró en cortar un pedazo de cerdo como si lo que tuviera en el plato fuese la garganta del conde. Pero se guardó para sí mismo sus oscuros pensamientos.

—Había considerado a Bodvar lo bastante inteligente como para no granjearse la enemistad de mi hermano —murmuró Lilla. La princesa estaba prácticamente irreconocible, no había nada en ella del demacrado espectro que había salido a trompicones de la oscuridad de Niflagard. Ahora su aspecto resultaba encantador, pese al cardenal púrpura que manchaba su sien. Estaba peinada con una celosía de trenzas, entretejidas con cintas negras y atadas en la nuca, con dos mechones sueltos que enmarcaban su rostro. Sus ojos estaban subrayados con polvillo de hulla, lo que les hacía brillar como la superficie del mar a la luz de la luna, y llevaba puesto un vestido amarillo cerrado con dos broches de plata y ajustado en la cintura con una faja con bordados de plata. Y, sin embargo, a pesar de su gran belleza, parecía incómoda. Como si algo la inquietase.

—Bodvar no teme a ningún hombre —dijo Erlan—. Sirve al rey, y que Hel se lleve a todos los demás.

—¿Y tú? ¿Tampoco temes a ningún hombre? —En la voz de la princesa se percibía la ironía.

—¿Debería?

Lilla se encogió de hombros y dijo:

—Ahora cuentas con el favor de mi padre. Pero tu éxito te habrá granjeado también el odio de otros.

—¿Incluso si mi éxito conllevaba la vida de su princesa?

Lilla soltó una aguda carcajada.

—Para la mayoría de ellos importa poco si yo vivo o muero, excepto en el caso de que mi vida pudiera darles cierta celebridad. Ahora les has quitado esa oportunidad.

—¿Y vos?

—¿Qué ocurre conmigo?

—¿Tengo también vuestro favor?

La princesa le dirigió una mirada enigmática.

—¿Qué te importa eso?

—Quizá nada —repuso Erlan, con una mueca.

—Entonces no te lo diré. Guardaré el secreto. Como haces tú. Te gustan tus secretos, ¿verdad?

Erlan frunció el ceño y sonrió a la vez, pero no contestó.

—¡Muy bien, entonces! —La princesa alzó su copa—. ¡Por mis pensamientos secretos!

—Supongo que brindaré por eso. —Erlan hizo chocar su copa y vertió el vino en su garganta. Nunca había probado el vino hasta esa noche, pues era un privilegio reservado para los hombres del rey. Su sabor era sorprendentemente suave.

—¡Se supone que lo debes beber a tragos cortos, zoquete! ¡Te vas a emborrachar!

—dijo la princesa, con una risita. Y a continuación interrumpió sus propias risas con un hipido.

—No soy el único, princesa.

Se dio una palmada en la frente y se sonrojó un poco. Y luego extendió el brazo y puso su mano sobre la de él.

—Por favor, llámame Lilla. Siempre estás diciendo «princesa esto, princesa lo otro». ¡Haces que me entren ganas de gritar! —Y soltó una carcajada nerviosa.

—Muy bien —repuso Erlan, con una sonrisa—. Lilla.

—Gracias —dijo la princesa—. Eres un hombre muy curioso, ¿lo sabes? No te comprendo, forastero. —Su voz era algo pastosa y mezclaba unas palabras con otras—. Dime una cosa.

—Claro.

—¿Qué es lo que quieres?

Erlan apartó la mirada, cogió la jarra de vino y rellenó lentamente sus copas. Durante un buen rato, no hizo otra cosa que contemplar el líquido oscuro.

—Reivindicación —dijo al fin.

—¿Reivindicación? ¿De qué?

Erlan levantó la vista para mirarla:

—De todo.

Tal vez fuera por efecto del vino que había consumido, pero los ojos azules de la princesa sostuvieron su mirada, sin parpadear. Fue él quien apartó la suya primero, para recorrer las curvas del cuerpo de Lilla aprisionadas en su vestido amarillo.

—No deberías mirarme así —murmuró la princesa—. Tú no.

—¿Por qué yo no? —preguntó Erlan, inclinándose hacia ella.

Pero ella no le ofreció una respuesta, ni tampoco apartó la mirada.

En lugar de eso, levantó la mano, casi como si estuviera ensimismada. La tenía a medio camino de la mejilla de Erlan cuando ambos oyeron una voz a su espalda:

—¡Qué encantador! —Lilla se volvió con un gesto brusco y su mano cayó como si fuera una piedra. La reina Saldas se había acercado a ellos, con una sonrisa dibujada en los labios—. Con frecuencia la amistad surge de situaciones terribles. —Lilla apartó la mirada, ruborizada—. Me alegro de verte a salvo y feliz, hija. —El rostro de la reina quedaba medio oculto por las sombras. Se inclinó y le plantó un beso en el lóbulo de la oreja a Lilla, y luego, como si tal cosa, pasó las yemas de sus dedos por la piel desnuda de los hombros de la princesa. Lilla se estremeció—. ¡Cómo ha sufrido! En este terrible episodio. Su pobre corazón. El amor ha sido un maestro muy cruel.

A Erlan no se le escapó que Lilla parecía empequeñecer ante la reina. Se encogía con cada caricia de Saldas, y su expresión quedaba tapada por una especie de velo.

Incómodo, buscó en su mente algo que decir:

—La princesa Aslif es afortunada por teneros en el lugar de su madre.

Lilla le lanzó una mirada hostil. Saldas echó la cabeza hacia atrás y se rio. Como

todo en ella, su risa parecía surtir un extraño efecto en quien la oía.

—Me halagas si piensas que Lilla podría quererme tanto como a ella. Aunque lo intento, ¿verdad, cariño? —Mientras hablaba, recorrió con su dedo la barbilla de Lilla—. Pero me malinterpretas. El amor del que hablo es un amor joven. ¿Acaso ese amor no está siempre condenado a la tristeza? Nosotras, las mujeres, estamos destinadas a amar a hombres que aman la guerra, y por eso acabamos llorando. —Erlan dirigió una mirada interrogante a Lilla, pero la princesa evitó sus ojos—. Quizá tú sepas algo al respecto, forastero.

—¿Sobre el amor? —preguntó Erlan, con un bufido—. No tengo respuestas para ese misterio.

—No las hay. Solo debemos gozar de sus placeres. —La yema del dedo de Saldas siguió recorriendo la piel de Lilla—. O someternos a su dolor.

Erlan percibió que el malestar entre Saldas y Lilla se intensificaba. Se puso en pie.

—Os pido que me disculpéis, mi reina. Me asusta pensar en el problema que mi criado puede estar metiéndose.

—Harías bien buscándote un problema para ti también, me parece —repuso Saldas, con tono burlón.

Y tras decir eso, de forma tan inesperada como había llegado, la reina retiró sus manos y se alejó.

Erlan no quiso quedarse allí, así que se apartó de Lilla, pero no pudo evitar preguntarse qué había estado pensando la princesa durante todo este tiempo. Mientras descendía los peldaños de la tarima, el ruido se convirtió en un rugido compuesto por gritos y cantos y carcajadas. Pero el mayor estrépito, por supuesto, procedía del banco en el que Kai estaba sentado.

Erlan vio el gesto familiar que Kai hacía con su flequillo. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y estaba riendo con ganas. Todos los que lo rodeaban reían del mismo modo.

Kai vio que Erlan se acercaba:

—¡Hermano, hermano! Ahí estás, ven, ven —le gritó, mientras empujaba a sus compañeros de asiento—. Erlan, tienes que ver esto. ¡Jamás has visto nada igual! —Le agarró de la túnica y tiró de él. Frente a Kai se sentaba Einar el Barrigón, rojo como una remolacha y con la barba pegajosa por el hidromiel. A su alrededor había una multitud de hombres y criadas, algunos en pie, otros sentados a horcajadas en los bancos, las chicas sobre los regazos de los guerreros, todos gritándose unos a otros, arrebatándose las jarras de hidromiel, tambaleándose, tropezando y derramando cerveza por todas partes—. ¡Hazlo otra vez! —gritó Kai—. Vamos, saco de cerveza, ¡por nuestro héroe!

—¿Qué? ¿Otra vez? —bramó Einar.

—¡Vamos!

—¿Que haga qué? —gritó Erlan.

—Puede tirarse pedos por la oreja. Lo juro como que soy el heredero del viejo Askar y su sospechosa fortuna, ¡para lo que me sirve! ¡Ja! ¡Es lo mejor que he visto! ¡Silencio todo el mundo! —Volvió a gritar Kai, regando a Erlan con sus babas.

Muchos le obedecieron mientras Einar se apretaba la nariz, cogía una bocanada de aire y soplaba. Y entonces un extraño sonido brotó de su oreja, algo a medio camino entre el sonido de un cuerno minúsculo y el pedo más pequeño del mundo. Los que le rodeaban lo miraron entusiasmados mientras Einar hacía sonar una melodía graciosa. Uno tras otro, todos comenzaron a golpear la mesa para seguir el ritmo. Y acto seguido se alzó un ruidoso coro:

*Bebe, bebe, bebe hasta caer,  
si no puedes mantenerte en pie, puedes tirártela encima.  
Bebe, bebe, bebe hasta el amanecer,  
si no puedes ver bien, ella puede soplar tu cuerno.*

Todos chocaron sus copas, las vaciaron de un trago y rompieron a reír a carcajadas.

—Buen truco —dijo Erlan, cuando otro de los presentes distrajo un momento a Kai—. ¿De dónde te lo has sacado?

—Fue en una pelea con un tipo que me golpeó la oreja con su escudo. Desde entonces apenas puedo oír nada. —Einar chasqueó sus gruesos labios—. Sin embargo, ahora puedo hacer esto, y con ello la gente se ríe. Él recibió a cambio mi acero y una invitación directa al Salón de los Héroes. Fue un buen negocio para mí.

Alguien le pasó a Erlan un cuerno desbordado de espuma.

—Por los buenos negocios, entonces.

—Beberé por eso, sí.

—¿Has visto a Finn?

—Sí —repuso Einar, y su sonrisa se disipó.

—¿Está bien?

—Por ahora. —Einar dejó su copa sobre el banco con un golpe seco. Más allá, apoyado contra una columna, había un hombre con la espalda contra la pared y una chica que se movía arriba y abajo sobre su regazo. La pareja no prestaba atención a la fiesta que les rodeaba. Cuando la chica empezó a moverse con mayor rapidez y apretó la cabeza del hombre contra sus senos, Erlan reconoció el pelo rubio del arquero.

—Parece que no está de luto —murmuró.

—Supongo que eso es una forma de estar de luto —repuso Einar, encogiendo los hombros—. Lo único que sé es que el hombre no es feliz.

—Bueno, este es un buen lugar para enterrar tus penas.

—Sí que lo es —asintió Einar—. Pero luego llegará mañana...

Erlan ofreció su cuerno.

—Bien, brindemos por él.

—¡Por él! Todos servimos a Svigggar, pero él realmente adora a ese viejo bastardo. «Y mucho bien le ha hecho eso». Chocaron sus copas y Erlan trasegó su cerveza.

—¡Hermano, hermano! —Kai empezó a tirar de él, excitado—. Aquí hay alguien a quien debes conocer.

—¿Quién es ella?

—Solo el amor de mi vida —gritó el chico, señalando un grupo más allá, junto a la mesa. Una chica con la melena roja hasta la cintura se reía a carcajadas. Kai lanzó un silbido agudo y todos se giraron hacia él—. ¡Bara, ven aquí! —le dijo, haciendo gestos ostensibles—. Ven a conocer a un auténtico héroe. —Su actitud era tan inocente que ni el mismo rey habría dudado en hacerle caso, así que la chica se acercó—. ¿No es una preciosidad? —susurró Kai. Era cierto que no había nada en aquella muchacha que no pudiera volver loco a un hombre. Todo en ella era redondo y suave y voluptuoso, lo que hacía que las miradas se volvieran a su paso. Estaba claro, por el brillo que había en sus ojos, que era consciente de ello.

—Así que un verdadero héroe, ¿eh? —dijo la chica, con un mohín—. ¿Acaso no está el salón lleno de ellos?

—No como él —repuso Kai—. Ya has oído al rey: ¡es el mejor guerrero de todos!

—Lo que le gusta al rey no es lo mismo que me gusta a mí.

Erlan rompió a reír.

—¿Y quién eres tú, que eres tan difícil de satisfacer?

—¿No te lo ha dicho él? —dijo la chica, haciendo que sus pechos temblasen—. Voy a ser la doncella personal de lady Saldas. Bara, la hija de Baldur, será un nombre que muy pronto todos deberán recordar.

—¿Cómo podría yo olvidarlo? —babeó Kai—. Ya sabes que fue tu recuerdo lo que me ayudó a soportar las largas noches a la intemperie.

—Sí, ya me lo has dicho, ¡y un montón de veces! —Bara le dio a Kai en el pecho—. Debe haber docenas de hombres que piensan en mí para sobrevivir a la noche, ya estén en medio de una ventisca o acurrucados con sus esposas. —Al reírse, echó hacia atrás sus rizos—. ¿Qué te hace pensar que dedicaré mis pensamientos a ti en lugar de a cualquiera de ellos, mi pequeño cachorrito?

—¡Bah! ¡Son perros mestizos, todos ellos! Pero yo tengo pedigrí, en serio. Y tengo dientes. Sé cómo morder.

Bara lo miró un instante, evaluándolo, y luego se encogió de hombros con un gesto de coquetería.

—Imagino que a veces a un gato le gusta jugar con un cachorrito, pero tiene que tratarse de un animal especial.

—¡Eso es! —exclamó Kai, con tono triunfal—. Nunca encontrarás otro cachorro como yo.

—Eso dices tú. Pero la doncella personal de una reina puede conseguir a quien

quiera y tú todavía no me has impresionado. Vuelve cuando hayas crecido, ¿de acuerdo? —Bara le dio un cachete cariñoso y se volvió hacia Erlan—. Deberías mantener a tu cachorro con una correa. ¿No querrás que le hagan algún rasguño ahora, verdad, «héroe»? —Con aire provocativo, le puso la uña en la barbilla, giró sobre sus talones y desapareció entre la muchedumbre.

Kai se quedó mirándola y Erlan le dio una palmada en la espalda, riéndose.

—¡Pobre Kai! Esa gatita va a comerte vivo.

—Oh, eso espero.

—Que Frey te conceda suerte con ella. La vas a necesitar.

—Ya has oído lo que ha dicho. Solo tengo que impresionarla y prácticamente ha prometido que se entregará a mí —dijo Kai, que parecía incapaz de creer su buena suerte.

—Eso no es exactamente lo que ha dicho.

—¡Tonterías! Ahora bien, déjame pensar...

—Bueno, te dejaré para que le des una vuelta. Necesito mear.

Dejó a Kai meditando sobre su problema y salió al exterior.

La noche era un brillante dosel de estrellas, clara y fría. Era el mes de Yule, cerca del solsticio de invierno, el día en que él había nacido. «La noche más larga». Mientras dejaba que la bebida saliera de él y se vertiera sobre la nieve, se preguntó si su padre estaría pensando en él, si los fuegos de Vendlagard serían un poco más fríos ahora que él no estaba.

«Ahora que ninguno de los dos estamos...».

De repente, una gran tristeza creció en su interior. Se imaginó volando con alas de águila sobre aquellas tierras extrañas de regreso a su antiguo hogar, de vuelta a los brazos de su padre.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

Soltó un bufido, enfadado consigo mismo. «Ya está bien de esto... Hakan está muerto. Murió con su hermana». Pero el dolor de su corazón continuaba allí.

Se abrochó el cinto y se limpió las lágrimas.

De pronto, oyó una voz quebradiza a su espalda:

—Algo te inquieta, lisiado.

Erlan se giró para encontrarse ante Sigurd. Aquel insulto todavía hería su orgullo.

—Muchas cosas me inquietan —dijo, sorbiéndose la nariz—. ¿Y a vos?

Las paletas de la nariz de Sigurd temblaron levemente, inseguro de cómo responder.

—Deberías estar contento —refunfuñó al fin—. Este es tu momento.

—No solo mío.

—Por supuesto —dijo Sigurd, con impaciencia—. Pero fuiste quien salvó a mi hermana. —Le dio una patada a un montón de nieve y añadió—: Supongo que debería estarte agradecido. —Su mirada huraña no mostraba gratitud alguna.

—Como nosotros a vos.

—¿A qué te refieres? —inquirió el príncipe, con vehemencia.

—Por tu participación en nuestra victoria. Allí está, colgando del roble sagrado para que todos la vean. Fue un acto muy valiente. —Erlan podía distinguir la rabia en la expresión de Sigurd, pero no le importó.

—¿Te atreves a burlarte de mí? ¿Tú? ¡Un lisiado!

La palabra volvió a hacer mella en él. Erlan sintió que su orgullo le impulsaba a responder. Pero lo mantuvo bajo control y no dijo nada.

—Mi padre, estúpido de él, te considera un regalo de los dioses. Pero todos los lisiados son un castigo de los dioses. Un desecho. Marcado por la vergüenza.

—Puede que eso sea cierto —asintió Erlan—. No obstante, pese a que soy un lisiado, vuestro padre consideró que era más hombre que vos.

El rostro de Sigurd mostró una mueca de desagrado.

—Puedes haber engañado a ese viejo idiota, pero nunca me engañarás a mí.

—No. —Sonrió Erlan—. Eso lo dejaré a otros.

—No te creas superior a mí, lisiado.

Erlan se inclinó hacia el príncipe y siseó:

—Así es. Soy un lisiado. Pero decidme, milord, ¿qué fue lo que os paralizó a vos?

La confusión se apoderó de Sigurd, y antes de que pudiera pensar en una respuesta, Erlan se alejó de él y fue en busca de mejor compañía.

Pronto estuvo de vuelta en la estruendosa fiesta, subiendo los escalones que conducían a la mesa principal. Avanzó entre las sombras por detrás de los miembros de la nobleza, sin que se percatasen de su presencia hasta que, de repente, una silueta se alzó y se interpuso en su camino.

La reina lo contempló lánguidamente mientras hacía girar un cáliz en sus dedos.

—Milady Saldas —saludó Erlan, inclinando la cabeza.

—Nuestro querido forastero. Dime, ¿cómo estaba tu pequeño amigo? ¿Está disfrutando de nuestra fiesta y de todas sus... maravillas? —preguntó, alzando una ceja.

Sus ojos permanecían quietos y misteriosos como estanques en mitad de un bosque. Si la coquetería de Bara podía cautivar el cuerpo de un hombre, la belleza de la reina cautivaba su alma.

—Ese chico es como un gato —respondió—. Lo puedes tirar en cualquier parte y siempre caerá de pie.

—Su amo tampoco se defiende mal.

—Tal vez.

—Apareciste aquí como un pordiosero. Mírate ahora. Estás sentado a la derecha del rey.

—Esta noche.

—Estás siendo modesto. —Suspiró la reina—. No lo seas, no te queda bien. Tus actos merecieron el favor del rey.

—El rey me honra.



—Es mérito tuyo. Acéptalo como es. Por lo que he oído, demostraste ser muy capaz de recuperar a nuestra hija.

—Solo me alegro de que la princesa Lilla esté a salvo.

—Estoy segura de ello —dijo Saldas, con un destello de enfado en su expresión—. Por supuesto, hay otras maneras en las que un hombre ha de probar su valía. —Dio un trago de su copa de vino, despacio, sin apartar ni un momento sus ojos de él—. Fuiste a un territorio salvaje. A lo desconocido... y derrotaste a lo que se escondía en la oscuridad. Domaste aquello que te era extraño. —Bajó la voz para añadir—: Un hombre como tú, con tu cuerpo aún tan... —Sus ojos se posaron en su pecho—. Tan joven. Necesitas encontrar una pareja que esté a tu altura. Un tipo diferente de especie salvaje a la que domar.

De algún modo, la reina parecía estar ahora más cerca de él. Con cada palabra, Erlan podía percibir su oscura y seductora fragancia. Peligrosa.

—¿Diferente?

—Uno que tenga buen gusto. Una vez que un hombre prueba eso, nunca querrá otra cosa.

Los labios de Saldas se curvaron en una sonrisa persuasiva, sus ojos convertidos en una caldera de deseo. Una sensación de calor invadió a Erlan, como si la reina le hubiera acariciado con una mano invisible.

Cerca de ellos, un cáliz se estrelló contra el suelo. Erlan miró a su alrededor, distraído.

—Piensa en lo que he dicho, forastero —murmuró Saldas cuando él se giró—. Hay formas de obtener el favor de un rey. Y hay formas de obtener el favor de una reina. —Le tocó la mano. Solo fue un breve roce, pero las yemas de sus dedos abrasaban como el fuego—. Ahora debo atender a mi esposo.

Erlan la vio alejarse mientras aguardaba a que el golpeteo de su corazón en su pecho disminuyera.

«Sería estúpido jugar a este juego». Meneó la cabeza para aclararla y volvió a ocupar su asiento. Lilla estaba allí, y había recuperado su brillo de hacía un rato. Pero cuando él se sentó, la princesa le dirigió una mirada extraña. Casi de reproche.

Iba a preguntarle a qué se debía, pero antes de que ninguno de ellos pudiera hablar se oyó un estruendo sobre la algarabía de la fiesta.

Se produjo un tumulto de gritos, un estrépito de cubiertos y platos y luego los presentes quedaron en silencio, expectantes ante la procedencia de aquel ruido.

Erlan siguió las miradas de los demás y vio, con horror, a su amigo Kai subido a una de las mesas, dando pisotones como un semental enfurecido. La gente que había a su alrededor intentaba hacerle bajar, pero los apartó y continuó con los pisotones.

—¿Qué demonios está haciendo ahora? —murmuró Erlan. Lilla no pudo evitar reírse por lo bajo.

Kai alzó su copa, sintiéndose, sin duda, muy seguro:

—¡Mi rey! ¡Mi noble rey! ¡Apelo a vos, milord!

Ante eso, los que lo acompañaban dejaron de tirar de él y se giraron para ver la reacción del rey.

Y cuando todos los presentes habían aguantado la respiración durante un momento, por fin Sviggar se decidió a hablar:

—Vamos, pequeño sinvergüenza. ¿De qué va esto? Has interrumpido nuestro banquete; será mejor que tengas una buena razón para hacerlo.

—No la hay mejor, milord —graznó Kai—. No se me ocurriría incordiaros, mi noble rey, si no fuera para colmaros de honor. —Dicho esto, realizó una sumisa reverencia.

—Colmarme, ¿eh? —replicó Sviggar, con una sonrisa asomando a sus labios—. Dime, muchacho, ¿cómo pretende un criado colmar de honores a un rey?

—¡Con una canción, por supuesto, milord!

—¿Una canción? No, has escogido al rey equivocado, muchacho. ¡En los Nueve Mundos no hay nada más tedioso que un juglar!

—No podría estar más de acuerdo, mi buen rey. Les deseo la viruela a todos los juglares y a sus mujeres. Sin embargo, tengo una magnífica canción para vos... ¡Para toda esta noble compañía! Juro que merece la pena ser escuchada.

El rey meneó la cabeza, divertido.

—¿Qué dice mi reina ante esto? ¿Le escuchamos?

—Confieso que siento curiosidad —respondió Saldas—. Dejadle cantar si es lo que quiere.

—Muy bien —declaró Sviggar—. Para satisfacer a la reina, pues, ¡somos todo oídos!

En el rostro de Kai apareció una sonrisa exultante. Y, entonces, de repente, se puso serio y se quedó inmóvil, y tras alzar su copa, comenzó a cantar con voz alta y clara:

*Escucha esta canción palaciega, Dador de Tesoros,  
deja de beber cerveza,  
historias cantadas sobre los actos de hombres muertos,  
ninguna tan cierta como la mía.*

*El vino del lobo empapa la nieve,  
las sombras ladronas, no dejan rastro,  
espíritus de alma oscura, las crías de Hel  
asesinan a hombres de la raza de Sviggar.  
Una inundación roja alcanzó el túmulo de las Tierras Altas,  
espadas implacables buscaron a esos espectros mortíferos,  
tragados por el silencio del bosque,  
cuatro atractivos héroes los masacraron.*

Kai continuó cantando, verso tras verso, relatando todo lo ocurrido. Erlan paseó la mirada por los bancos. Una media sonrisa aquí, una boca abierta allí, otro con los ojos cerrados. Escuchando. No se movía ni un músculo ni se levantaba una copa. Se preguntó qué lugares imaginaban los que escuchaban la canción, qué criaturas conjuraban en su imaginación, y qué diferente debía ser su visión de la que él, que lo había visto en realidad, recordaba.

Kai ya se aproximaba al final de su canción. Sus palabras hacían referencia a los terribles gritos en medio de la oscuridad, al miedo, al hedor de la batalla... era demasiado. Erlan regresó al presente. De vuelta a aquel salón lleno de cuerpos cálidos y comida caliente. De risas y canciones. De amistad, incluso. Y por primera vez dejó que en su mente surgiera una idea que no podría haber surgido antes.

Aquel era ahora su hogar.

Una sonrisa se formó en sus labios cuando Kai ponía fin a su canción:

*Condes y hombres juramentados valientemente escarbaron,  
el borde rojo se alzó contra el enemigo,  
les hicimos frente con acero y muerte,  
recogimos la cosecha en la batalla.  
Ellos se lanzaron a la lucha,  
los hermanos que cayeron a manos de las espadas Vandrung  
fueron enviados al Dios de la Lanza,  
regresamos a casa con un tesoro reluciente.*

*Ahora resuenan las vigas de roble,  
todos gritan ¡Honrado sea el rey Sviggarr!  
El forastero es recibido como amigo y hermano,  
los condes lucen anillos dorados.  
Odín sonrío a sus hijos de armas,  
los hombres se enfrentaron al reto, su favor ganado,  
la Hermosa Freya ahora grita: «¡Hijas mías,  
amad a vuestros chicos, antes de que la noche se acabe!».*

Kai alzó su copa, la vació de un trago y la lanzó contra el suelo. De todas las mesas brotó una tormenta de aplausos. Kai permaneció allí, sobrecogido, con una sonrisa amplia como la luna creciente.

Y durante un momento Erlan olvidó todo lo que le había llevado hasta aquel palacio lejano y golpeó la mesa con admiración al son que marcaban los demás.

Mientras tanto, el rey se puso en pie y gesticuló para que la multitud guardase silencio.

—¡Bien, joven godo! Un rey rara vez te dará las gracias por demostrarle que se equivoca, pero esta noche me alegro de admitirlo. No olvidaremos la lección. —Se

quitó un anillo, deslizándolo por su dedo—. Toma, muchacho, un tesoro de parte de tu Dador de Tesoros. —Y lanzó el anillo por los aires.

Con agilidad, un caballero lo recogió al vuelo y se lo pasó a Kai. El joven juglar lo cogió y lo contempló ensimismado en la palma de su mano.

—Es la primera vez que se queda sin palabras —murmuró Erlan.

—Dudo que sea por mucho tiempo —replicó Lilla.

Kai no dejó de mirar boquiabierto su pieza de oro mientras bajaba de la mesa para volver a su silla y recibía montones de palmadas de felicitación en la espalda.

—Parece que nuestro joven juglar me ha inspirado —gritó Sviggar, atusándose la barba—. Mirad a este héroe de quien canta el muchacho, Erlan, que llegó aquí como un extraño. Tu criado lo ha dicho bien en su canción. Debes considerarnos tu familia. —Le dirigió a Erlan una mirada munificente—. ¡Vamos, ponte en pie! Que todos puedan verte. —A regañadientes, Erlan se incorporó—. Dos cosas tengo para ti. La primera es esta —desabrochó el collar dorado que adornaba su cuello—: acepta lo que tu valor ha conseguido para mí. Yo ya tengo suficiente oro. —Dicho esto, puso el collar en las manos de Erlan—. ¿Y bien? ¡Vamos, pónselo! —Erlan obedeció—. Ahí está. Te sienta bien.

—Gracias, milord —dijo Erlan, inclinando la cabeza y ajustando el peso del collar en torno a su cuello.

—Ahora la segunda —dijo el rey—. Tal vez el hidromiel de Odín esté surtiendo efecto esta noche, pero me parece que ya no puedes tener solo ese nombre de «Erlan», un extraño que ha renunciado a su pasado. Para nosotros ya no eres un extraño. Viniste como un vagabundo, tú y tu godo granuja. Así que te doy un nuevo nombre: Aurvandil. «Viajero luminoso». Sí, ¡serás conocido como Erlan Aurvandil! —El rey se giró hacia los demás—. ¡Vamos! Brindemos por el héroe de la balada, ¡Erlan Aurvandil! —gritó, y se llevó la copa de vino a los labios hasta que se derramó por su barba como si fuera sangre.

Erlan contempló el mar de rostros y vio cómo su nuevo nombre flotaba como el viento en sus labios. Miró a su izquierda y vio la cara reluciente del viejo rey; a su derecha, la elegante figura de Lilla, con una sonrisa tan tenue que pensó que podría estar riéndose de él. Quizá deseó que lo estuviera haciendo.

Percibió la calidez en sus miradas. «Su señor y... lo que Lilla fuera para él». Pero aquello no era todo. Miró más allá, a los insondables ojos de su reina y sintió el calor que manaba de ellos. Y más allá de ella, la rabiosa envidia de Sigurd.

Su mirada continuó desplazándose, de la mesa hacia las sombras. Y allí, por primera vez, distinguió el resplandor de dos ojos que lo miraban desde la oscuridad. Ojos que ahora se daba cuenta de que lo habían observado toda la noche.

Vargalf. El hombre que se movía en las sombras. Erlan sintió el frío odio de aquellos ojos y se estremeció.

De repente, una voz gritó su nuevo nombre por encima de todo el alboroto, una y otra vez.

—¡Aurvandil! ¡Aur-van-dil! —Y la voz estaba tan llena de desesperación que todos los presentes en el salón se callaron al instante. Todos los ojos se volvieron hacia un hombre que se ponía en pie entre improperios y patadas, encaramándose a la mesa y saltando hacia la chimenea.

Era Finn, borracho como una cuba, con su melena rubia convertida en un lío enmarañado.

—¡Salud todos al Aurvandil! —gritó, agitando su cuerno rebosante de líquido—. Forastero, mira, ¡eres tú el que tiene la suerte que necesita, no yo! Has obtenido el favor de esta gran casa. —Su voz era un balbuceo rencoroso, con la lengua pastosa a causa de la bebida—. Esta casa, ¡que recompensa la fidelidad con el asesinato! Mantente alerta, forastero. —Se abalanzó hacia la tarima, apuntando con un dedo acusador al rey—. Os realicé un juramento. Igual que vos a mí. Honor... protección... mi sangre por la vuestra... ¿Y qué vale vuestra palabra, milord? —gruñó—. ¡Ni medio montón de mierda!

La reina se puso en pie de un salto.

—Tienes mala memoria, esclavo. Le debes todo a tu rey.

—¡Ajá! —berreó Finn, completamente ebrio—. ¡Sí, sí! ¡Nuestra bella reina, sin igual en todo el reino! Ahora más que nunca, ¿no estáis de acuerdo? —Se giró para obtener la aprobación de los presentes, pero solo encontró silencio. Volvió a girar hacia la mesa principal, con el ceño fruncido—. ¡Yo te maldigo, maldita bruja!

—¡Cómo te atreves! —exclamó Saldas, con voz gélida—. Me encargaré de que te reúnas con tu esposa en el reino de Hel.

—Sí, sí, milady —balbuceó Finn, sin dejar de sonreír—. Ya habrá tiempo para eso. Pero, antes, ¡por Aurvandil, viva! —aulló, riendo enloquecido—. ¡Por su honor! ¡Por su fortuna! ¡Por su destino! ¡Salud todos al Aurvandil! —Y mientras se tambaleaba, se llevó el cuerno a los labios y bebió hasta la última gota.

Todos aguardaron en silencio, estupefactos. Esperaron a que alguien dijera algo. El rey se estaba poniendo en pie, pero antes de que comenzara a hablar, el cuerno de Finn cayó de su mano y el arquero se desplomó de rodillas, atragantándose. Alguien gritó. Las mujeres que estaban más próximas a él se retiraron con gestos de desagrado. De pronto, Finn se incorporó, agarrándose el cuello. Erlan contempló horrorizado el espantoso borboteo que salía de la garganta del arquero. Finn se tambaleó hacia atrás, chocó contra un banco provocando que un hombre se fuera sobre la mesa; las copas cayeron, una criada chilló y le dio un empujón. El arquero cayó al suelo aferrándose la garganta, arañándose desesperado mientras su rostro se teñía de púrpura y sus pies se arrastraban frenéticamente. Y, entonces... el horrendo borboteo cesó. Sus extremidades quedaron inmóviles. Su cara se convirtió en una máscara gris.

Estaba muerto.

Un hombre saltó desde su asiento, se arrodilló junto a Finn y se inclinó sobre él para olisquear su boca abierta. Apartó la cabeza enseguida y miró al rey.

—Ha sido envenenado, milord.

La expresión de Sviggar era de profunda consternación. Si pretendía decir algo, sus palabras quedaron ahogadas por el estrépito de voces. Todo el mundo estaba gritando.

Pero Erlan no dijo una palabra. Miraba fijamente la funesta mueca grabada en el rostro del guardaespaldas del rey, mientras a su alrededor el tumulto iba en aumento. Y de pronto el collar en su cuello se le antojó frío y siniestro como unos grilletes. Aquel premio. Aquella marca de honor.

Aquel oro.

Y su tacto quemaba como el hielo.

## Nota histórica

*Fuego, hierro y sangre* no pretende ser una recreación de la historia. Los escandinavos de principios del siglo VIII eran, en el sentido técnico del término, prehistóricos. No mantenían registros de hechos históricos, como sí se hacía en otras partes de Europa y del mundo, donde la escritura y la conservación de textos escritos se llevaba realizando desde hacía siglos.

De ahí que los únicos medios disponibles para hurgar en las sombras de aquellos oscuros días del norte de Europa sean los rastros físicos que han quedado en los registros arqueológicos, y los ecos de acontecimientos (que podrían haber sucedido o no) que encontramos en las sagas y en la poesía que han pasado de generación en generación y de boca en boca, y de las que solo una pequeña porción quedó guardada para la posteridad en textos escritos, y a menudo siglos después de que fueran concebidas por primera vez. Solo de forma ocasional esos ecos pueden ser verificados.

El *Ragnarök* era un concepto de gran importancia en la mentalidad de la antigua Escandinavia. El destino se desplegaba de forma inexorable hacia ese acontecimiento cataclísmico, en el que todo el cosmos sería presa del caos y el conflicto, y caería a una destrucción final (el llamado «destino funesto de los dioses» o «crepúsculo de los dioses», según por qué traducción se incline cada cuál).

Nuestro conocimiento con respecto a cómo se pensaba en las creencias de la antigua Escandinavia que esos acontecimientos llegarían a ocurrir procede de dos fuentes distintas. La *Völuspá* (La Profecía de la *Vala*), que es el más antiguo poema conocido de la literatura escandinava, una parte del cual es fechada por los expertos en el siglo VI. La otra es el relato, más tardío, de *Gylfaginning*, que forma parte del poema en prosa *Edda*, la colección de relatos de la antigua Escandinavia de Snorri Sturlason, escrita en el siglo XIII.

En estas fuentes se describe el *Fimbulvetr* (el «Gran Invierno») que presagia el comienzo del *Ragnarök*. En *Gylfaginning*, uno de los dioses describe lo que él sabe de las señales del caos que se aproxima: «Habrá entonces grandes heladas y vientos gélidos. El sol no calentará. Habrá tres inviernos seguidos y ningún verano entre ellos».

La *Völuspá* es más poética. Cuenta que los hijos del lobo Fenrir se llevarán la

luna, atacarán al sol y pintarán el hogar de los dioses de rojo con su propia sangre. Los rayos del sol se oscurecerán y las estrellas ya no resultarán visibles en los veranos siguientes, durante los cuales estallarán violentas tormentas.

En otras palabras, proporcionan descripciones bastante claras de condiciones climáticas específicas. Expertos en el tema han sugerido que estos detalles podrían ser un reflejo de un acontecimiento real en la historia: el llamado Velo de Polvo del año 536 d. C. Fue una catástrofe natural, posiblemente de escala mundial, que puede identificarse en las fuentes históricas de otras partes del mundo. Por ejemplo, un oficial romano escribió en Italia sobre «algo que venía hacia nosotros desde las estrellas», con el resultado de un «sol azulado» que provocó «un verano sin calor... escarcha perpetua... sequía antinatural». Los cultivos se marchitaron en los campos y, mientras tanto, «las luces de las estrellas se han oscurecido».

Otras fuentes procedentes del Mediterráneo y de Oriente Próximo dan descripciones similares de una prolongada oscuridad celestial, un frío impropio de la estación y cosechas malogradas, y todas ellas cuentan cómo el sol estaba tan nublado en la región que apenas proyectaba sombras desde comienzos del año 536 d. C. hasta finales del año 537 d. C.

Otros datos científicos respaldan estas fuentes históricas, apoyando la idea de que algo drástico sucedió a mediados del siglo VI, que afectó al medio ambiente a nivel global y que tuvo un efecto particularmente severo en la región de Escandinavia.

No se conoce con certeza la causa del Velo de Polvo. Quizá se debió a una serie de erupciones volcánicas masivas, tal vez al impacto de un meteorito, o puede que a una combinación de ambas cosas. Fuera cual fuera la causa, la existencia de un fenómeno climático extremo durante el año 536 d. C. es incuestionable y pudo tener repercusiones en el medio ambiente durante las siguientes dos décadas.

El registro arqueológico, al menos en Escandinavia, demuestra que el resultado de este fenómeno fue que grandes áreas de tierra que previamente se habían dedicado a la agricultura volvieron a ser zonas de bosque. Esto, a su vez, probablemente acarrió una reducción de la población. En la región alrededor de Upsala, en particular, la mayoría de las aldeas fueron abandonadas para establecerse en un número mucho más reducido de puntos en zonas elevadas, alejadas de ríos que pudieran desbordarse. El colapso debió ser repentino y severo. Las hambrunas eran frecuentes, lo que produjo una extrema inquietud social y episodios de violencia. Y por si eso no hubiera sido suficientemente malo, el Velo de Polvo pudo haber provocado también el estallido de la plaga de Justiniano, que exterminó a enormes cantidades de gente en el sudeste de Europa y podría haberse extendido al norte hasta incluso Escandinavia.

A mediados del siglo VI también hubo un gran aumento del número de depósitos de oro como sacrificios por toda la región. Es fácil imaginar que semejantes circunstancias extremas podrían forzar a los atormentados escandinavos a desprenderse de grandes cantidades de su preciado oro en un intento de apaciguar a los dioses, a los que creían responsables de haber provocado toda aquella



devastación.

Sea cual sea la explicación exacta, los tumultuosos acontecimientos de mediados del siglo VI parecen haber dejado una profunda cicatriz en la psique de los escandinavos que se ha reflejado en los relatos que han contado a lo largo de los años y se ha conservado en los detalles de poemas como *Völuspá* y relatos como *Gylfaginning*.

A raíz de todo esto surgió el concepto central de *Fuego, hierro y sangre*.

*Supongamos que*, en medio del terror y la confusión producidos por ese desastre meteorológico y su consecuente agitación social, un grupo de personas formasen una especie de culto del día del Juicio Final.

*Supongamos que*, para escapar de los desastrosos efectos de un sol moribundo, e interpretando quizás este fenómeno como una señal del destino funesto dictado por los dioses y la destrucción del mundo tal y como lo conocían, esa gente se refugiara bajo tierra.

*Supongamos que* hubieran permanecido allí, sobreviviendo, pero evolucionando a una comunidad cada vez más deshumanizada, los Nefelung...

Por supuesto, mi propia imaginación ha guiado esas suposiciones hasta el territorio de la fantasía, haciendo que esas gentes fueran atraídas hacia las entrañas de la tierra por la influencia de algún tipo de demonio. Es difícil que los arqueólogos encuentren los restos de uno de esos sombríos Vandrung, por muy profundas y exhaustivas que sean sus excavaciones.

Por otro lado, siento la tentación de decir que no es tan descabellado como podría parecer en un principio. Un somero examen de los cultos del día del Juicio Final en tiempos más recientes (Waco, Jonestown, Uganda o la región de Penza en Rusia) muestra que, creas en la existencia de los demonios o no, la inspiración del diablo forma parte de la realidad tanto como de una novela de ficción como esta.

La cuestión es, supongo, cómo vencerla.

## Agradecimientos

Hay tres personas sin las cuales nunca habría empezado a escribir este libro. Dos de ellas no tendrán ni idea de ello.

Tropecé con el mundo de dioses y héroes de la Antigua Escandinavia a través del portal de Ring Cycle, la serie de óperas de Wagner (que algunos calificarían de interminable). Comencé a escucharlas en 2003 recomendado por mi amigo Richard McElroy, que me aseguró que, con un poco de perseverancia, descubriría en ellas algo extraordinario. Estaba en lo cierto. Pero a través de ellas descubrí mucho más que eso. Así que tengo que agradecerle que me introdujera en el material que forma el semillero de esta novela.

La semilla cayó bastante tiempo después, en la primavera de 2009, durante una conferencia dada por Michael Green, un experto teólogo de la Universidad de Oxford. Esa semilla germinaría y con el tiempo se transformó en la narrativa que compondrá la serie de *Fuego, hierro y sangre*. Estoy seguro de que Michael no podría reconocer en este primer libro nada derivado claramente de su conferencia, pero fue así. Por ello, le estoy muy agradecido.

Un agradecimiento especial, no obstante, debo dárselo a Tilly Bagshawe, quien se reunió conmigo cuando la idea de escribir una novela épica era poco más que un sueño imposible. Fue totalmente gracias a que ella me incitó a encontrar primero un argumento y después una oferta, tras la que recibimos suficiente interés por parte de su agente en Nueva York como para convencerme de que ponerme a escribir las primeras páginas de *Fuego, hierro y sangre* no sería un ejercicio inútil. Eso fue en junio de 2012.

Los años (algo más de tres) entre el momento en que me puse a escribir y que conseguí un agente fueron a veces arduos y solitarios. Con frecuencia me pareció muy acertada la analogía de Stephen King: escribir un primer borrador es semejante a cruzar a remo el Atlántico en una bañera de hojalata. Gracias a estas personas por darme los ánimos y el apoyo necesarios para seguir remando: Laura Halonen, Alex Story, Will van der Hart, Rick Buhrman, John O’Loghlen, y mis cuñadas; y, en especial, a mis adorados padres y mis dos hermanos, Christian y Alexis. Estoy particularmente agradecido a Christian, que ha leído cada una de las versiones que he escrito y nunca ha dejado de tomar en serio tanto al libro como a mí, incluso cuando

yo dudaba de que debiera hacerlo.

Will Francis de Janklow y Nesbitt también me proporcionó una ayuda indispensable. Después de leer las mil páginas de mi borrador, me presentó a Helen Francis, su hermana. El consejo editorial de Helen me señaló la manera de salir del fango y me permitió dar forma a mi gigantesco primer borrador y convertirlo en algo publicable. Por ello, mi agradecimiento a ambos.

Me encontraba saliendo de una cafetería junto con Charlie Campbell, de la agencia literaria Kingsford Campbell, cuando surgió en mi cabeza la idea que representaba la pieza que faltaba en el puzle. Por eso resultó apropiado que, una vez que había reescrito el libro, Charlie se ofreciera a representarme, en octubre de 2015. Mi imperecedero agradecimiento tanto a él como a su socia, Julia Kingsford, por creer en *Fuego, hierro y sangre*, por darle una oportunidad y por iniciar la búsqueda de un hogar para la obra.

En mi primera reunión con Sara O'Keefe, mi maravillosa editora en Corvus Atlantic, me emocioné al descubrir que había una persona que entendía mi visión, tanto para este libro como para los que le seguirán. Desde entonces, trabajar junto a ella para preparar *Fuego, hierro y sangre* para su publicación no ha hecho más que reforzar mi convicción de que el libro ha encontrado su verdadero hogar. Mil gracias a ella y al resto del equipo de Corvus por sus aportaciones creativas e incansables esfuerzos para hacer que *Fuego, hierro y sangre* llegue a los lectores.

Un libro como este requiere mucha investigación. De entre las cientos, si no miles, de páginas que he leído, sobresalen las de dos investigadores en particular. El fascinante libro de Neil Price, *The Viking Way*, me proporcionó una brillante comprensión de la ética del guerrero para las gentes de la Antigua Escandinavia, y cómo esa ética se vincula con la magia, el chamanismo y la concepción que tenían de lo sobrenatural. Por otro lado, su estudio, junto con Bo Gräslund, sobre la conexión entre el concepto escandinavo del *Ragnarök* y el Velo de Polvo del año 536 d. C. me proporcionaron la base para el concepto fundamental de este libro. Me siento en deuda con ellos.

Cuando empecé a escribir *Fuego, hierro y sangre* era un hombre soltero que vivía solo en una casita de campo infestada de arañas, en Norfolk. Hacia la mitad del proceso de escritura, conocí a Natasha y me casé con ella, y ahora se ha convertido en mi inimitable aliada en todo. De entre todas las personas que conozco, Natasha posee el mayor instinto natural para el drama, una cualidad que, como autor, he aprendido a apreciar profundamente. También tiene una delicada sensibilidad para distinguir aquello que no funciona (lo que también podría llamarse «basura»). Como resultado de ello, en esta historia hay considerablemente menos cosas absurdas de las que habría habido si yo hubiera hecho lo que me hubiera dado la gana. Pero, más allá de todo eso, Natasha es una compañera creativa. Lo que a mí me falta, ella lo tiene en abundancia. No puedo expresar suficientemente mi amor y gratitud hacia ella por los sacrificios que ha realizado y que está dispuesta a realizar en beneficio de mis sueños

creativos.

Cuando nos casamos, Natasha trajo consigo a mi hijastra, Ella, que a su vez insistió en añadir un perro a nuestro grupo. Para septiembre, esperamos una nueva hija. De ahí que la escritura del resto de esta serie será una experiencia mucho más ruidosa que el solitario proceso de dar a luz esta primera novela.

No me estoy quejando.

T. H. R. B.

*Julio de 2016*



THEODORE BRUN estudió arqueología de la Edad Media en Cambridge, donde se licenció obteniendo una licenciatura en Arqueología y Antropología y un master de filosofía en Historia. También fue miembro del equipo de remo de la universidad en la tradicional regata anual entre Oxford y Cambridge. Theodore es un inmigrante vikingo de tercera generación y en su novela Fuego, hierro y sangre rinde homenaje a sus antepasados.